

N. G. Chernyshevski

¿QUÉ HACER?

"¿Qué hacer?" es una novela escrita desde el cautiverio, considerada autobiográfica, donde Chernyshevski combina la triple faceta de su actividad literaria: crítico, implacable fustigador del semifeudalismo y semicapitalismo zarista, y teórico del socialismo: Y todo ello en el ropaje novelístico de una historia de amor.

Como crítico literario Chernyshevski se encara repetidas veces con el lector autosuficiente que espera una trama melosa, llena de artificios, desconectada de la realidad y que satisfaga los convencionalismos superficiales de la época: Cortando bruscamente el hilo de la narración el Chernyshevski crítico encauza la atención del lector hacia el contenido social de su obra, para que no se encandile con las peripecias circunstanciales de sus personajes. No pretende fantasear un mundo quimérico, sino describir con realismo la aparición cada vez más frecuente de hombres nuevos, primeros precursores de una futura nueva sociedad que se acerca a pasos agigantados.

Lectulandia

Nikolái Chernyshevski

¿Qué hacer?

ePub r1.0
Primo 28.05.16

Título original: *Shto delat?*
Nikolái Chernyshevski, 1863
Traducción: Iármila Reznickova & Gabriel Guijarro Díaz

Editor digital: Primo
ePub base r1.2

PRÓLOGO
EL SOCIALISMO DE ¿QUE HACER?

Dentro del siglo XIX Chernyshevski ocupa un lugar prominente en la historia del socialismo ruso. Junto con Belinski y Herzen completa el grupo de los llamados socialistas premarxistas, aunque más bien habría que denominarlos socialistas gradualistas, socialistas democráticos o socialistas no revolucionarios. Es cierto que en la historiografía marxista se ha querido hacer de ellos antecesores inconscientes del materialismo histórico y de las tesis políticas de Marx. Sin embargo, la lectura de esta obra de Chernyshevski suministra toda clase de argumentos, para situar a éste mucho más cercano al socialismo de Fourier, V. Considérant o L. Blanc que al socialismo de los blanquistas, marxistas o anarquistas revolucionarios.

Sin duda, no por defender un socialismo gradualista arriesgó menos Chernyshevski bajo el despotismo asfixiante de la Rusia zarista. Su carrera como periodista quedó violentamente truncada en 1862, cuando por orden expresa del zar Alejandro II fue recluido en la tristemente famosa fortaleza de Pedro y Pablo, Allí permaneció casi dos años consumiéndose en un calabozo incomunicado, de donde lo sacaron sólo para un prolongado destierro de más de veinte años en Siberia. Y todo ello por sus Críticas sociales (aguadas por una implacable censura), aparecidas ininterrumpidamente en la revista Sovremennik *a partir del año 1854.*

Fue precisamente esa circunstancia de aislamiento forzoso en aquella fortaleza la que le permitió dedicar todos sus esfuerzos durante cuatro meses seguidos (desde diciembre de 1862 hasta abril de 1863) a la confección de su novela socialista ¿Qué hacer? *Cuando en esta obra encontremos repetidamente la imagen de vivir en una lóbrega prisión o de salir a la luz después de los horrores de un sucio calabozo, podremos sentir los dolorosos ecos de una trágica autobiografía.*

En esta novela Chernyshevski combina la triple faceta de su actividad literaria: crítico, implacable fustigador del semifeudalismo y semicapitalismo zarista, y teórico del socialismo: Y todo ello en el ropaje novelístico de una historia de amor, que es al mismo tiempo una historia de hombres nuevos socialistas caminando hacia el socialismo.

Como crítico literario Chernyshevski se encara repetidas veces con el lector autosuficiente que espera una trama melosa, llena de artificios, desconectada de la realidad y que satisfaga los convencionalismos superficiales de la época: Cortando bruscamente el hilo de la narración el Chernyshevski crítico encauza la atención del lector hacia el contenido social de su obra, para que no se encandile con las peripecias circunstanciales de sus personajes. No pretende fantasear un mundo quimérico, sino describir con realismo la aparición cada vez más frecuente de hombres nuevos, primeros precursores de una futura nueva sociedad que se acerca a

pasos agigantados.

Y el preso Chernyshevsky (preso sin juicio, sin defensa y sin cargos), no tiene muchos miramientos al vapulear, sin compasión la abyección social y política de su época. Con el más profundo desprecio satiriza el envilecimiento de la nobleza rusa representada en el ridículo pretendiente de la protagonista. Y con no menos dureza hace desfilar por la obra a los corrompidos funcionarios del Zarismo, cuyo horizonte no alcanza más allá de la avaricia, el servilismo y la ausencia de todo sentimiento humano. Tampoco se escapan al sarcasmo (aunque en este caso las páginas pertinentes quedaron arrancadas por la censura, incluyéndolas, no obstante, la presente edición en un apéndice al final del libro) los altos dignatarios con apariencias liberales y con una burda costra de cultura occidentalista. En un momento decisivo de la novela estos «Comprensivos» liberales ocasionarán el paro momentáneo del proyecto socialista, por considerarlo como un peligro alarmante contra el buen orden, capitalista, del zarismo. Y, por último, será, sobre todo este mismo sistema capitalista el blanco preferido de toda su crítica. En la novela el capitalista aparece al desnudo como el holgazán explotador, el que arrebata a los obreros una parte considerable de un trabajo que no ha realizado. La instauración de un nuevo orden social es tan sólo la otra cara de la exclusión simple y rotunda del propietario. La tesis de Chernyshevski es que la sociedad sólo funciona racional y humanamente desde el momento en que los mismos trabajadores sean sus propios dueños, no trabajen para nadie ajeno a ellos, no se sometan a la denigrante sangría de esos parásitos. Cuando uno de los protagonistas con la contabilidad: de una fábrica socialista en la mano compare la situación del mundo obrero en los dos sistemas, el lector quedará convencido de que el verdadero personaje malvado de la obra, el gusano que ha podrido todas las conexiones humanas hasta el presente, no es otro que el sistema capitalista.

Como teórico del socialismo nos revela en esta novela el futuro y el presente de este movimiento. Cuando el lector se ha habituado a esos hombres nuevos, a sus transformaciones radicales en la sociedad presente y a sus proyectos sociales para cambios de mayor envergadura, es decir, en los últimos capítulos; se encuentra con la descripción de la sociedad en un mañana socialista. Pero esa pasajera visión, todavía en forma de sueño lejano, de futuro ideal, se completa en los restantes capítulos de la novela con el relato minucioso sobre unos socialistas: del presente: El título mismo de la obra, ¿Qué, hacer?, *supone simultáneamente una incitación a la acción en el momento actual y la clave para la comprensión del libro. Chernyshevski viene a decir: Si quieres una nueva sociedad, tal como la añoramos tú y yo para todos, actúa como lo hacen los personajes socialistas de mi novela; todo lo que ellos han realizado, y que yo te refiero con tanta fidelidad, está en tu mano repetirlo o ampliarlo; de ti depende ser también uno de ellos. No es, pues, una novela para soñar, sino un llamamiento al trabajo; no se cierra con la última página del libro, sino que se abre a la iniciativa original de cada lector socialista. Él enciende una*

pequeña hoguera de progreso social, pero no para ser contemplada con embeleso, sino para inflamar con este ejemplo y remodelar así las estructuras sociales.

En cuanto al socialismo definitivo, destacan de modo particular algunos rasgos. El de más relieve y el que con más complacencia describe Chernyshevski es la transformación total del hombre mismo. Por vez primera los vínculos auténticamente humanos, recluidos hasta ahora al ámbito de los reducidos círculos socialistas, se hacen universales, evidentes, cotidianos. El hombre no se acerca ya a su semejante para someterlo, engañarlo o explotarlo. Se respeta en el otro la igualdad, la independencia, y se pone a su disposición todos los medios sociales para su completa, realización como persona. El novelista subraya insistentemente la insuperable diversidad de caracteres y la necesidad de que cada una de esas individualidades encuentre los medios adecuados para su desarrollo peculiar. Es significativa la preocupación de Chernyshevski por las personas que disfrutan con un Ocio solitario, por los que desean sus comidas en la intimidad de sus casas (a pesar de la excelencia y gratuidad de las comidas en comunidad) o por los que prefieren singularizarse en los alimentos o en el vestido. Evidentemente, la futura sociedad será para los hombres, para cada hombre en concreto, y no los honores para esa sociedad.

Al referirnos la organización de ese socialismo, Chernysheveski está más empeñado en trazar ante nosotros la vida apacible, llena de todo tipo de satisfacciones para cada uno de sus componentes, que en elucubrar las estructuras económicas o políticas que la sostienen. Y eso que él se interesó por la economía política, tradujo al ruso el libro de J. Stuart Mill Principios de economía política *y presenta a sus protagonistas como expertos en esa materia. Nos dice, sin embargo, que el trabajo se ha convertido para todos en auténtica diversión, que para cualquiera que lo desee la vida es comunitaria, que las comidas son variadas y exquisitas, que con excepción de algunos voluntarios la mayoría de la población pasa los inviernos en las zonas cálidas y los veranos en las zonas templadas del país, etc. Nos hace asistir a una de su constantes fiestas, nos muestra construcciones fastuosas para los centros de reunión con interiores climatizados y gigantescas cristaleras para su plena iluminación, y deja entrever cómo el amor, sin excluir el sensual, reina sin cortapisas durante las abundantes horas de ocio de unos trabajadores felices: Pero no se trata de retornar artificialmente a una sociedad preindustrial. Por todas partes asistimos a la introducción masiva de una maquinaria super avanzada que suaviza el trabajo humano convirtiéndolo en un entretenimiento. La eliminación de las zonas desérticas, la ampliación inimaginable de las tierras de cultivo, la invención de nuevos elementos para la construcción y él adorno de los edificios (mencionando en particular la supremacía del aluminio), todo ello supone que el socialismo incorporará el progreso tecnológico sin la miseria lacerante del capitalismo.*

A pesar de todo, estos destellos del futuro apenas configuran un escueto

horizonte de esperanza para encuadrar el verdadero núcleo de las novelas: las posibilidades del socialismo hoy día, las tareas urgentes a realizar, la caracterización de esos hombres nuevos socialistas de nuestro tiempo. Cada uno de esos personajes positivos de la novela, cada una de sus reflexiones, decisiones, actividades, posturas frente a la vida, perfilan más y más con absoluta nitidez el socialismo defendido, por Chernyshevski.

En líneas generales podemos dividir su proyecto socialista para él presente en dos facetas complementarias: la transformación de las condiciones laborales y la transformación de los vínculos personales. También podríamos expresarlo de esta manera: la implantación del socialismo en sus estructuras económicas y sociales y la configuración del socialismo en la vida Cotidiana. Todo ello encarnado en los tres protagonistas fundamentales de la novela, particularmente en la figura femenina. Y de tal manera interrelacionados todos los aspectos del socialismo que esas nuevas estructuras económica (los nuevos talleres) conformarán un nuevo tipo de vida en los trabajadores; lo mismo que los vínculos plenamente humanos entre, los protagonistas florecerán necesariamente en su actividad socialista exterior con la creación de unas estructuras laborales hasta entonces inusitadas.

En cuanto al diseño de esas estructuras socialistas Chernyshevski sigue sin duda alguna el modelo de socialismo, gradualista no revolucionario y asociacionista de inspiración francesa. No es casual que entre los libros de los protagonistas aparezcan: algunos de Victor Considerant, discípulo de Vourier; o qué los talleres fundados por la protagonista reproduzcan con bastante fidelidad el proyecto socialista de asociaciones (o comunas) de trabajadores libres, dueños de sus propias herramientas de trabajo. No se trata de conspirar para derrocar en un golpe revolucionario todo el entramado capitalista. Hay que plantear dentro de éste los gérmenes en expansión de una nueva sociedad, que irán paulatinamente arrinconando como obsoletas y anacrónicas las viejas relaciones laborales. La novela tratará de convencer al lector de que el socialismo, paso a paso, en pequeña escala pero siempre creciente, está a mano, es posible. Basta tener la iniciativa y la decisión socialista de esos protagonistas.

Es preciso observar, sin embargo, que no son los obrero mismos los que se asocian, sino que alguien fuera de su mundo lo educa para esa asociación. Pero no para Convertirse en jefe indiscutible y permanente; más bien para que ellos posteriormente asuman la plena responsabilidad e independencia. La autogestión obrera aparece así como la meta única de toda organización laboral. Son los mismos obreros los que han de planificar la producción, decidir el reparto de los ingresos, determinar las condiciones laborales, elegir y controlar la dirección. Aunque la fotografía de Owen (el socialista inglés) cuelgue simbólicamente en la casa de uno de los protagonistas, no es el socialismo filantrópico y paternalista de aquél el modelo real de Chernyshevski. La protagonista considera terminada su misión en los nuevos talleres sólo cuando no es considerada allí como indispensable, cuando los

mismos trabajadores han asumido la dirección, cuando el buen funcionamiento no requiere su presencia.

Y ese proyecto inmediato de empresa socialista aparece tan sencillo, tan asequible, que el lector se asombra seguramente del contrasentido que supone mantener todavía la superflua y despiadada explotación de los propietarios. Una antorcha fácilmente encendida, en la oscuridad suscitará ciertamente nuevas luces, y poco a poco el conjunto de esas luces hará desvanecerse la agobiante oscuridad del capitalismo. Ese es el proyecto socialista de Chernyshevski:

Si en la estructura autogestinaria del socialismo se puede rastrear tal o cual influjo de los pensadores socialistas franceses, Chernyshevski muestra toda la originalidad de su programa socialista al esbozar las nuevas relaciones, plenamente humanas, que entablan unos hombres radicalmente distintos. La igualdad y la libertad no se reducen a igualdad o libertad frente a la ley o el Estado, sino que suporten la total autonomía frente a cualquier oirá persona, el respeto a la intimidad o individualidad del otro, y el completo desarrollo de las peculiaridades de cada temperamento. No *se puede hablar de socialismo mientras la liberación no alcance el círculo familiar y no sé introduzca hasta en las relaciones más íntimas entre marido y mujer. La novela parece repetir este estribillo: Dime cómo vives en la intimidad de tu casa, y te diré lo Socialista que eres*.

Tal vez pueda sentirse chocado algún lector ante las minuciosas prescripciones sobre la separación de dormitorios entre los esposos, la instancia en mantener un cuarto neutral, la recomendación de aparecer siempre bien vestido y arreglado ante el otro, o el puntilloso horario repartido entre horas pasadas en común y horas reservadas a la intimidad de cada uno. Pero la tesis que subyace en el fondo de esas meticulosidades anecdóticas sintetiza su actitud socialista ante la vida familiar: no hay amor sin libertad, no hay libertad sin independencia, no hay independencia sin el máximo respeto a la individualidad del otro. En Chernyshevski no se da la chocante dicotomía de muchos presuntos socialistas, auténticos déspotas en su propia casa, que sólo proclaman la igualdad, la libertad, o el amor fraternal cuando han traspasado hacia el exterior el umbral del hogar…

Y como ese otro es en esta novela la protagonista, el autor une indisolublemente el avance del socialismo con la ejecución estricta del programa feminista. La mujer no se realizará como persona mientras no encuentre su papel en la sociedad y mientras no asuma los vínculos más íntimos con un hombre desde la más absoluta igualdad. Por ello la protagonista no se contenta con la fundación de talleres socialistas, sino que inicia y concluye felizmente la carrera de medicina. Ningún abismo la separará en adelante de su marido.

Esta proclamada igualdad feminista no se reduce al trabajo fuera de casa o a la independencia económica. La mujer exige ser considerada como igual de modo especial en la relación cotidiana con el marido. Y aquí es donde Chernyshevski tiene que ir reeducando incluso a sus protagonistas socialistas para que rectifiquen en más

de una ocasión los usos inveterados de una tradición discriminatoria la historia de la mujer, tal como la expone el autor en un largo capítulo de la novela, ha sido la historia de su esclavitud y de su paulatino reconocimiento. Pero el reconocimiento pleno, y con él el verdadero amor, no podrá surgir hasta la constitución gradual de esos grupos socialistas. Dentro de este contexto, en el que se mueve toda la novela, el matrimonio, la separación voluntaria o la relación intima más o menos temporal y extraoficial se distancian inequívocamente de la compra y venta de un rato de placer, de la degradación de la mujer, tal como la ofrece la moral no socialista. En ¿Qué hacer? *el hombre nuevo comienza así en la propia casa, con los propios allegados, en su manera de hablar, en sus gestos, en su respeto para con los más cercanos. Antes de transformar el mundo se han transformado a sí mismos y esa autotransformación es un halo que los acompaña por doquier y que permite el mutuo reconocimiento.*

Quedaría, sin embargo, incompleta la teoría socialista de Chernyshevski si no mencionáramos, por último, su materialismo y su utilitarismo, que repetidas veces invocan los protagonistas como la fuente intelectual de todo socialismo. No en vano aparece también entre los libros de los protagonistas la obra de Ludwig Feuerbach, destacado filósofo materialista alemán de aquella época. A este pensador debe Chernyshevski gran parte de su cosmovisión que se confiesa fiel al materialismo. Esos hombres nuevos, que están, siempre dispuestos a las más dolorosas renuncias por los demás, que sacrifican la carrera, la vida familiar, el bienestar económico o la cómoda y despreocupada tranquilidad siempre que lo exige la ayuda a un ser humano, se declaran sin ambages convencidos materialistas. Y es evidente que el materialismo de ellos (materialismo filosófico y humanista, materialismo heredado de la Ilustración y vivo en gran parte de los movimientos socialistas del XIX*) nada tiene que ver con el materialismo grotesco de la podrida sociedad que les rodea y que hipócritamente invoca un pretendido espíritu para justificar su cinismo cotidiano. El materialismo de estos idealistas (y no hay contradicción en esa expresión) es la negación sin paliativos de toda dicotomía en el hombre —cuerpo y alma, materia y espíritu, este mundo y el otro mundo—, es el reconocimiento de que el ser humano es tan sólo una parte de la naturaleza, digno de todo respeto, pero que no tiene que ser adornado, artificialmente con un supuesto espíritu especial que lo realce. No existe la menor mención de la divinidad ni en el socialismo presente ni en el futuro. Los elevados ideales de los protagonistas no necesitan apoyarse en una ética religiosa, del tipo que sea. No aparece en toda la obra la menor discusión sobre Dios. Simplemente ha sido barrido de ese horizonte progresista. En los detalles positivos del presente y en la radiante luminosidad del futuro tan sólo ha quedado un objeto de la preocupación socialista: el hombre, cada hombre en su particularidad. Feuerbach habría apostillado que en la novela de Chernyshevski se ha superado positiva y definitivamente toda alienación religiosa.*

También el utilitarismo inglés ha dejado su huella en la novela. Incluso cuando los protagonistas nos parecen desinteresados, dispuestos a toda renuncia; olvidados

de sí mismos y de sus conveniencias, en realidad siguen, según afirman machaconamente ellos mismos, el impulso hacia el propio interés. Esa paradójica situación se aclara si tenemos en cuenta que el interés o egoísmo de ellos es tan diferente del interés de la masa, que a nosotros nos puede resultar heroísmo o sacrificio. Los protagonistas buscan siempre su propia satisfacción; pero esa satisfacción propia es tan respetuosa de los derechos de los demás y tan al servicio de la transformación positiva de la sociedad, que los no iniciados lo confunden con el altruismo Chernyshevski se ve obligado a detener repetidas veces la narración para defender frente al lector estas sutilezas filosóficas. En todo caso vale la pena recordar que en su libro «La moral anarquista» Kropotkin sitúa a Chernyshervski a la misma altura que Bentham y J. Stuart Mill, como los tres Clásicos del utilitarismo.

La mayor objeción al socialismo de «¿Qué hacer?» la descubrimos en la misma novela, y claramente expuesta por su autor. En una serie de páginas (cortadas por la censura y, como ya dijimos, añadidas en el apéndice a la presente edición) se nos describe la nefasta intervención del Estado, alarmado por la mera existencia de esos talleres socialistas. Evidentemente, un capitalismo con despotismo político se sentiría siempre amenazado incluso por unos modestos gérmenes de socialismo. En la novela el Estado consigue paralizar cualquier crecimiento ulterior de los talleres socialistas. Es posible que dentro de la realidad zarista de aquella época y tras la hostilidad gubernamental no hubiera quedado ni rastro de aquellos experimentos. También es posible que Chernyshevski sacara la conclusión de que su modelo socialista seguía siendo pálido y viable pero dentro de un Estado democrático o al menos tolerante.

En todo caso, con la lectura de esta novela podrá acercarse el lector a los orígenes del pensamiento socialista. Allí podrá comprobar por sí mismo que es imposible un auténtico proyecto socialista sin la supresión radical de la explotación, sin la desaparición de todos los capitalistas, sin la autogestión: obrera efectiva, sobre todo en el centro de trabajo, sin la eliminación de la competencia, la economía de mercado y la frenética carrera por la ganancia y el lucro. Comprenderá así la ridiculez de muchos supuestos socialistas que, comparados con los socialistas del XIX, apenas tienen en común más que el nombre pues han desmochado al socialismo de todo su contenido real.

Independientemente del tipo de socialismo que defienda cada lector, la novela de Chernyshevski le plantean desde la primera página hasta la última el mismo desafío: ¿Qué hacer en la actualidad? ¿Qué puedes y debes realizar tú para promover el progreso hacia la única y verdadera sociedad del futuro, la sociedad socialista?

GABRIEL GUIJARRO DIAZ

I
UN TONTO

La mañana del 11 de julio de 1856, el servido de uno de los más grandes hoteles de Petersburgo, cerca de la estación del Ferrocarril de Moscú, estuvo desconcertado, en parte incluso alarmado. El día anterior, hada las nueve de la noche, llegó un señor con una maleta, ocupó una habitación, entregó el pasaporte para inscribirse, pidió té y una chuleta, dijo que no le molestaran por la noche, porque estaba cansado y quería dormir, pero que al día siguiente lo despertaran sin falta a las ocho, porque tenía asuntos urgentes, cerró la puerta de su habitación y, después de oírse el cuchillo y el tenedor, después de oírse el servicio de té, pronto se hizo silencio; por lo visto se durmió. Llegó la mañana; a las ocho, el sirviente llamó a la puerta del huésped de ayer. El huésped sigue sin responder. Se ve que estaba muy cansado. El sirviente esperó un cuarto de hora, se puso a llamar de nuevo, de nuevo no consiguió despertarlo. Empezó a pedir consejo a otros sirvientes, al camarero. «¿No le habrá pasado nada?» «Hay que tirar la puerta». «Así no se puede hacer; la puerta hay que tirarla con la policía». Decidieren intentar despertarlo una vez más, más fuertemente; si no se despierta ni esta vez, llamarían a la policía. Hicieron el último intento; no lo despertaron; mandaron a buscar la policía y ahora esperan qué encontrarán con ella.

Hacia las diez de la mañana acudió un policía, él mismo tocó a la puerta, mandó que tocara el servicio, con el mismo éxito que antes. «No hay nada que hacer, tirad la puerta, muchachos».

Tiraron la puerta. La habitación estaba vacía. «Mirad debajo de la cama» —el huésped no está ni debajo de la cama—. El policía se acercó a la mesa; sobre la mesa había una hoja de papel, y en ella estaba escrito con unas letras grandes:

«Me marcho a las 11 horas de la noche y no vuelvo. Me oirán en el puente Liteiny entre las 2 y las 3 de la madrugada. No sospechen de nadie.»

—Así que es eso, ya se entiende, aquel asunto, si no, no podíamos explicarlo —dijo el policía.

—¿De qué se trata, Ivan Afanasievich? —preguntó el camarero.

—Deme un poco de té, se lo contaré.

La narración del policía sirvió en el hotel por mucho tiempo; de tema de comentarios animados y de juicios. La historia era ésta:

A las dos y media de la madrugada —la noche estaba nublada y oscura— en medio del puente Liteiny se vio un fulgor y se oyó un disparo de pistola. Los retenes de guardia se echaron a correr en la dirección del disparo, se aglomeraron los transeúntes poco numerosos en el lugar donde resonó el disparo, no había nadie ni nada.

—Eso significa que no asesinó, sino que se suicidó. Se encontraron personas dispuestas a buscar; al cabo de algún tiempo trajeron palos, trajeron incluso una red

de pescador, se sumergían, hurgaban, palpaban, cogieron medio centenar de grandes astillas, pero el cuerpo no lo encontraron ni lo cogieron. ¿Y cómo encontrarlo? La noche está oscura. En esas dos horas está ya en la orilla del mar; ve a buscar allí. Por eso surgieron los progresistas que rechazaron la suposición original: «Puede que no hubiera ningún cuerpo, puede que un borracho o simplemente un sinvergüenza hiciera una tontería. Disparó y se escapó; y ahora, a lo mejor, está aquí entre una muchedumbre que se esfuerza por encontrarlo, y se ríe de la alarma que provocó.»

Pero la mayoría, como siempre, cuando enjuicia con sensatez, se mostró conservadora y defendía lo primero: «Cómo que hizo una tontería, se metió la bala en la frente, y eso es todo.» Los progresistas estaban vencidos. Pero el partido triunfante, como siempre, se dividió inmediatamente después de la victoria. Se suicidó, bien; ¿pero por qué? «Borracho» —era la opinión de unos conservadores—; «se arruinó» —aseguraban otros conservadores—. «Simplemente un tonto» —dijo alguien—. En esto, «simplemente un tonto», coincidieron todos, incluso aquellos que negaban que sé hubiera suicidado. En realidad, ya se tratara de un borracho o de un arruinado que se suicidó; ya se tratara de un sinvergüenza que no se suicidó, sino que hizo solamente una travesura, de todas formas es un asunto tonto, estúpido.

En esto quedó el asunto en el puente anoche. Por la mañana, en el hotel cerca del Ferrocarril de Moscú, se descubrió que el tonto no había hecho ninguna tontería, sino que se había suicidado. Sin embargo, en el resultado de la historia quedó un elemento con el cual estuvieron de acuerdo incluso los vencidos, es decir, aun si no bromeó, si no se suicidó, de todas maneras era un tonto. Este resultado, satisfactorio para todos, era sólido precisamente por el hecho de que triunfaran los conservadores. En el fondo, si solamente hubiera bromeado con el disparo en el puente, entonces, en lo esencial, habría sido todavía dudoso si era un tonto o solamente un sinvergüenza. Pero se suicidó en el puente. ¿Quién se suicida en el puente? ¿Cómo en el puente? ¿Por qué en el puente? ¡Es tonto suicidarse en el puente! Por eso se trata, sin duda, de un tonto.

De nuevo apareció en algunos la duda. Se suicidó en el puente; en el puente no suelen suicidarse, por lo tanto, no se suicidó. Pero por la tarde, el servicio del hotel fue llamado a la comisaría para, mirar la gorra con visera con huellas de bala que habían sacado del agua. Todos reconocieron que era la misma gorra que había llevado el huésped. Así que, indudablemente, se suicidó; y el espíritu de la negación y del progreso fue vencido definitivamente.

Todos estaban de acuerdo en que era un «torito», y de pronto todos se pusieron a hablar: en el puente, ¡una buena, ocurrencia! Eso significa, para no sufrir mucho tiempo en el caso de que no se consiga disparar, bien. ¡Lo decidió con inteligencia! De cualquier disparo se cae al agua y se ahoga antes de que se recobre; sí, en el puente… ¡listo!

Ahora ya era imposible comprender nada; un tonto y al mismo tiempo un listo.

II
PRIMERA CONSECUENCIA DEL ASUNTO TONTO

La misma mañana, sobre las doce, una dama joven estaba sentada en una de las tres habitaciones de una pequeña casa de campo en la isla Kamenny; estaba cosiendo y cantaba una canción francesa, viva y enérgica.

«Somos pobres —decía la canción—, pero somos gente trabajadora, tenemos las manos sanas. Somos oscuros; pero no somos tontos y queremos luz. Aprenderemos; el conocimiento nos liberará; trabajaremos, el trabajo nos enriquecerá; todo irá bien; el que viva, lo verá.

Ça ira,
Qui vivra, verra.

Somos vulgares, pero por nuestra vulgaridad sufrimos nosotros mismos. Estamos llenos de prejuicios, pero nosotros mismos padecemos por ellos; lo sentimos. Buscaremos la felicidad, y encontraremos el humanismo, y seremos buenos; todo irá bien, el que viva, lo verá.

El trabajo sin el conocimiento es inútil; nuestra felicidad es imposible sin la felicidad de los demás. Nos ilustraremos y nos enriqueceremos. Seremos felices y seremos hermanos y hermanas; todo irá bien, el que viva lo verá.

Aprenderemos y trabajaremos; cantaremos y amaremos, habrá paraíso en la tierra. Estaremos alegres de vivir; todo irá bien, será pronto, lo veremos todos,

Donc vivons,
Ça bien vite ira,
Ça viendra,
Nous tous le verrons!»

La canción era enérgica y viva, también la melodía era alegre, había en ella dos o tres notas, tristes, pero quedaban encubiertas por el carácter general claro del motivo; desaparecían en el refrán, desaparecían en todo el cuplet final; al menos deberían quedar encubiertas, desaparecer, desaparecerían, si la dama estuviera en otro estado de ánimo; pero ahora en ella las pocas notas, tristes sonaban más tristemente que otras; ella, como si se animara al darse cuenta de ello, baja la voz en ellas y más fuertemente empieza a cantar los sonidos alegres que las siguen; pero ella vuelve a dejarse llevar de la canción hacia sus pensamientos, y de nuevo los sonidos tristes ganan. Se ve que a la dama joven no le gusta someterse a la tristeza. Pero, al parecer,

la tristeza no quiere abandonarla, por más que la aleje. No obstante, sea triste o alegre la canción, vuelva o no a tener notas alegres como debe ser, la dama cose con mucha obstinación. Es una buena costurera.

En la habitación entró una criada, una chica joven.

—Mire Masha, cómo coso. Ya he terminado casi las mangas que me preparo para su boda.

—¡Ah, pero si tienen menos dibujo que en aquellas que me bordó a mí!

—¡No faltaría más! ¡La novia no puede lucir menos que los demás en su boda!

—Le he traído una carta, Vera Pavlovna.

En la cara de Vera Pavlovna se notó confusión, cuando se puso a despegar la carta: en el sobre estaba el sello del correo local. «¿Cómo es posible? ¡Si está en Moscú!» —Apresuradamente abrió la carta y palideció. Su mano se cayó junto con la carta. «¡No, no es eso, no llegué a leerlo, en la carta no está eso!» Y volvió a levantar la mano con la carta. Todo era cuestión de dos segundos. Pero esta segunda vez sus ojos miraren largo tiempo y sin moverse las pocas líneas de la carta, y esos ojos claros iban perdiendo cada vez más el brillo, la carta cayó de las manos debilitadas sobre la mesita de la costura, sé tapó la cara con las manos, estalló en sollozos, «¡Qué hice! ¡Qué hice!» —y de nuevo sollozos.

—Verochka, ¿qué te pasa? ¿Es que eres aficionada a llorar? ¿Cómo te ocurre eso? ¿Qué te pasa?

Un hombre joven entró en la habitación con unos pasos rápidos, pero ligeros, prudentes.

—Lee… está sobre la mesa…

Ya no lloraba, pero estaba sentada sin moverse, apenas suspiraba.

El joven cogió la carta, también palideció, también sus manes temblaron, también él miró largo tiempo la carta, aunque era pequeña, solamente unas dos decenas de palabras:

«Enturbié vuestra tranquilidad. Me marcho de la escena. No estéis tristes; es quiero a ambos tanto, que me hace muy feliz mi decisión. Adiós.»

El joven se quedó de pie mucho tiempo, frotándose la frente, luego se puso a retorcer las puntas del bigote, luego miró la manga de su chaqueta; por fin, se recobró. Dio un paso adelante hacia la joven, que estaba sentada como antes sin moverse, apenas suspiraba, como en un letargo. Cogió su mano:

—¡Verochka!

Pero en cuanto que tocó su mano la mano de ella, ella saltó con un grito de terror como sacudida por una corriente eléctrica, con impetuosidad retrocedió del joven, febrilmente lo empujó atrás:

—¡Fuera! ¡No me toques! ¡Estás manchado de sangre! ¡Tienes encima su sangre! ¡No puedo verte! ¡Me marcharé de ti! ¡Me marcharé! ¡Vete de mi vista! Y empujaba todo el tiempo empujaba el aire vacío y de pronto se abalanzó, cayó en el sillón, se tapó la cara con las manos.

—¡También yo tengo su sangre encima! ¡También yo! ¡Tú no tienes la culpa, yo sola… yo sola! ¡Qué hice! ¡Qué hice!

Jadeaba entre sollozos.

—Verochka —dijo él silenciosa y tímidamente—; ¡amiga mía!

Ella recobró difícilmente el aliento y con una voz tranquila y todavía siempre temblorosa dijo, apenas si pudo decir:

—¡Querido mío, de jame ahora! Dentro de una hora vuelve, entonces estaré ya tranquila. ¡Dame un poco de agua y vete!

Calladamente obedeció. Entró en su habitación, volvió a sentarse detrás de su escritorio, donde estaba tan tranquilo, tan contento hace un cuarto de hora, volvió a asir la pluma. «Precisamente en momentos como éste hay y que saber dominarse; tengo voluntad, todo pasará… pasará». Y la pluma escribía, sin ser consciente él de ello en medio de un artículo: «¿Lo superará? Es horrible; la felicidad se destruyó…»

—¡Querido mío! ¡Estoy lista, vamos a hablar! —se oyó de la habitación contigua —. La voz de la joven era apagada, pero dura.

—Querido mío, tenemos que despedirnos. Me decidí. Es duro. Pero aún más duro sería vernos. Yo soy su asesino. Lo maté por ti.

—Verochka, ¿en qué tienes la culpa?

—No digas nada, no me justifiques o te odiaré. Yo, yo soy culpable de todo. Perdóname, mi querido, que tome una decisión muy dolorosa para ti. ¡Para mí, querido mío, lo es también! Pero no puedo preceder de otro modo, tú mismo verás dentro de algún tiempo, que había qué obrar así. Esto es definitivo, amigo mío. Escucha: Me voy de Petersburgo. Será más fácil estar lejos de los lugares que recuerden lo pasado. Venderé mis cosas: con ese dinero podré vivir algún tiempo; ¿dónde? En Tver, en Nizhni, no sé, es igual. Buscaré clases de canto, seguramente las encontraré, porque me quedaré en alguna ciudad grande. Si no las encuentro, me haré institutriz. Creo que no me faltará nada; pero si es así, me dirigiré a ti; ocúpate de que tengas preparado en todo caso algún dinero para mí. Sabes, tengo muchas necesidades, gastos, aunque soy avara; no puedo evitarlo, ¿me oyes? ¡No renuncio a tu ayuda! Ves, amigo, mío, eso te demuestra que seguirás siendo querido para mí… ¡Y ahora nos despediremos para siempre! ¡Márchate de la ciudad… ahora, ahora! Me sentiré mejor cuando me quede sola. Mañana no estaré ya aquí, entonces vuelve. Iré a Moscú, allí veré, averiguaré en qué ciudad de provincia podré contar con clases más seguramente. Te prohíbo estar en la estación para acompañarme. Adiós, querido mío, dame la mano para despedirme, por última vez la apretaré.

Él quiso abrazarla; ella advirtió su gesto.

—¡No, no hace falta, no se puede! Eso sería humillante para él. Dame la mano. ¡Estoy apretándola, ves, con qué fuerza! ¡Bien, adiós!

Él no soltaba la mano de ella de la suya.

—Basta, vete —ella retiró la mano, él no pudo oponerse—. ¡Adiós!

Lo miró con gran ternura, pero con pasos firmes se fue a su habitación y no se

volvió ni una sola vez.

Durante mucho tiempo no pudo encontrar su sombrero; aunque cinco veces lo cogió en la mano, no vio que lo cogía. Estaba como ebrio; por fin entendió que lo que tenía en la mano era precisamente el sombrero que estaba buscando, salió a la antesala, se puso el abrigo; ya se acerca a la puerta: «¿Quién corre detrás? Sí, Masha… parece». —se siente mal—. Se volvió. Vera Pavlovna se echó a su cuello, lo abrazó, Io besó fuertemente.

—¡No, no aguanté, querido mío! ¡Ahora adiós para siempre!

Se fue corriendo, se echó sobre la cama y quedó llena de las lágrimas que había contenido tanto tiempo.

III
PRÓLOGO

«El argumento de la narración es el amor, la protagonista es una mujer, eso es bueno, aunque la narración misma sea mala» —dice la lectora.

—Es verdad —digo yo.

El lector no se limita a tales conclusiones ligeras. Es que el hombre posee vina capacidad de pensar por naturaleza más fuerte, incluso está más desarrollada que en la mujer. Él dice —la lectora también probablemente lo piensa, pero no considera necesario hablar, y por eso no tengo razón para discutir con ella—, el lector dice: «Yo Sé que ese señor suicida no se suicidó.» Yo me agarro a la palabra «sé» y digo: tú no lo sabes, porque no se te ha dicho eso todavía, sino sabes solamente que te lo dirán; tú mismo no sabes nada, no sabes siquiera que por la manera de empezar la narración te ofendí, te humillé. ¿Verdad qué no lo sabías? Ves, ya lo sabes.

Sí, las primeras páginas de la narración revelan que pienso muy mal sobre el público. Empleé la astucia corriente de los novelistas; empecé la narración con unas escenas de efecto, arrancadas del medio o del final de la narración, las envolví en la niebla. Tú, público, eres bueno, muy bueno, por eso eres poco exigente y poco perspicaz. Uno no puede; estar seguro que tú desde las primeras páginas distingas, si el argumento de la narración merece la pena de leerla, tienes un mal olfato que necesita un complemento, y este complemento es de dos clases: o el nombre del autor o el impacto de la manera de narrar. Te presento mi, por ahora, primera narración. Tú todavía no dispones de juicio si el autor posee el talento artístico (es que tú tienes tantos escritores a les que adjudicaste el talento artístico). Mi firma no te seduciría todavía, así que tuve que echarte el anzuelo con el cebo del efecto. No me censures por eso, tú mismo tienes la culpa: tu ingenuidad bonachona me obligó a bajar hasta esta banalidad. Pero ahora ya te tengo en mis manos, y yo puedo proseguir la narración tal como, es debido, a mi manera, sin ninguna artimaña. Ya no habrá enigmas, tú siempre verás veinte páginas antes del desenlace de cada situación, y aprovechando la ocasión, te diré incluso el desenlace de toda la narración: el asunto terminará alegremente, con copas, con canciones; no habrá ni adornos ni efectos. El autor no tiene ganas de adornos, bondadoso público, porque no deja de pensar en el embrollo que hay en tu cabeza, en tantos sufrimientos inútiles que causa a todo hombre la salvaje confusión de tus conceptos. Me resulta lamentable y ridículo mirarte; eres tan desvalido y tan malo a causa de la cantidad desmesurada de tonterías en tu cabeza.

Estoy enfadado contigo porque te portas tan mal con la gente, pero tú eres la gente. ¿Cómo te portas tan mal contigo mismo? Por eso te reprendo. Pero eres malo a causa de la incapacidad intelectual, por lo que, reprendiéndote, me veo obligado a ayudarte. ¿Por dónde empezar a proporcionar ayuda? Empecemos con tus

pensamientos de ahora: ¿qué clase de escritor es éste, que habla tan descaradamente conmigo? Te diré qué clase de escritor soy.

No tengo ni sombra de talento artístico. Incluso el idioma Io domino mal. Pero eso de todas formas no importa: lee, bondadoso público, no leerás sin provecho. La verdad es una buena cosa; compensa las insuficiencias del escritor que le sirve. Por eso te digo: si no; te lo hubiera advertido, a ti, a lo mejor, te parecería que la narración estaba escrita artísticamente, que el autor tenía mucho talento poético. Pero yo acabo de advertirte que no tengo talento, así tú ahora sabrás que todos los méritos de la narración provienen de su veracidad.

A propósito, mi bondadoso público, charlando contigo, hay que decirlo todo; aunque eres aficionado a adivinar lo que está insinuado, no eres un maestro en ello. Cuando digo que no tengo ni sombra de talento artístico y que mi narración es muy floja en cuanto a la realización, no se te ocurra concluir que te estoy explicando que soy peor que tus escritores, a los que consideras grandes, y que mi novela es peor que las obras suyas. No digo eso. Yo digo que mi novela es floja en cuanto a su realización en comparación con las obras de personas con un auténtico talento. Por el mérito de la realización, coloca sin temor mi narración al lado de las obras famosas de tus excelentes escritores, colócala incluso: más alto que ellas. ¡No te equivocarás! A pesar de todo, contiene más arte que aquéllas; a este respecto puedes estar tranquilo.

Dame las gracias, puesto que te gusta inclinarte delante de aquellos que te desdeñan. Inclínate entonces también delante de mí.

Tú, público, posees algo de las personas —ahora ya ese algo es bastante considerable— que yo estimo. Contigo, con la inmensa mayoría, me comporto de un modo descarado, pero sólo con ella he hablado hasta ahora. Con la gente a la que he mencionado ahora, hablaría con modestia, incluso con timidez. Pero con ellos no tendría la necesidad de explicar nada. Yo valoro sus puntos de vista, pero sé de antemano que su punto de vista está de mi parte. Bondadosos y audaces, honrados y con conocimientos, hace poco empezasteis a aparecer entre nosotros, pero ya no sois pocos y cada vez hay más. Si fuerais vosotros el público, no tendría ya necesidad de escribir; si no existierais, todavía no podría escribir. Pero todavía no sois el público, y ya estáis entre el público, por eso todavía tengo necesidad de escribir y ya puedo hacerlo.

CAPÍTULO PRIMERO
LA VIDA DE VERA PAVLOVNA EN FAMILIA

I

La educación de Vera Pavlovna era muy corriente. Su vida antes de conocer al estudiante de medicina Lonujov tenía algo notable, pero no especial. Sin embargo, en sus actos ya entonces había algo especial.

Vera Pavlovna creció en una casa de muchos pisos en la calle Gorojovaia, entre la Sadovaia y el puente de Semionovski. Ahora esa casa está señalada con un número como es debido, pero en el año 1852, cuando no había todavía tales números, tenía una inscripción: «Casa del consejero de Estado Ivan Zajarovich Storeshnikov». Esto decía la inscripción; pero Ivan Zajarovich Storeshnikov murió ya en el año 1837, y desde entonces, el dueño de la casa era su hijo Mijail Ivanovich; eso lo decían los documentos. Pero los inquilinos de la casa sabían que Mijail Ivanovich era el hijo de la dueña, y que la dueña de la casa era Anna Petrovna.

La casa era entonces, como ahora, grande con dos puertas de cochera y con cuatro entradas a la calle, con tres patios en el fondo. En la escalera más solemne, en el piso principal, vivía en el año 1852, como sigue viviendo ahora, la dueña con su hijo. Anna Petrovna era entonces, como ahora, una dama de buen aspecto. Mijail Ivanovich, ahora un oficial de buen aspecto; también entonces era un oficial guapo y de buen aspecto.

No sé quién vive ahora en la más sucia de las innumerables escaleras de servicio del primer patio, en la cuarta planta, en el piso a la derecha; pero en el año 1852, aquí vivía el administrador de la casa Pavel Konstantinych Rozalski, un hombre fuerte, también del buen aspecto, con su mujer María Alexevna, una dama delgada, firme, de alta estatura, con la hija, una muchacha crecida —ésta es Vera Pavlovna— y con el hijo Fedia de nueve años.

Pavel Konstantinych, además de administrar la casa, sirvió como ayudante al jefe de la oficina de Un departamento. Por el cargo no percibía ninguna ganancia; por la casa la tenía, pero mesurada; otro recibiría mucho más, Pavel Konstantinoch; como él mismo decía, tenía conciencia; pero la dueña estaba muy contenta de él, y durante los catorce años de su administración, él acumuló unos diez mil de capital. Sin embargo,

del bolsillo de la dueña había aquí unos tres mil, no más; los demás crecieron de la circulación, no a costa de la dueña: Pavel Konstantinych prestaba dinero a cambio de objetos empeñados.

María Alexevna también tenía un pequeño capital y rublos cinco mil, como decía a las comadres; en realidad eran más. Los cimientos de este capital se colocaron hace quince años mediante la venta de un abrigo de piel de castor, de un vestido y de muebles que María Alexevna había heredado de su hermano funcionario. Al recibir unos ciento cincuenta rublos, los puso también en circulación en forma de préstamos, actuaba de un modo mucho más arriesgado que su marido y varias veces cayó en la trampa. Un bribón se llevó cinco rublos empeñando el pasaporte, el pasaporte resulto ser robado, y María Alexevna tuvo que añadir unos quince rublos más para librarse del asunto. Otro truhán empeñó por veinte rublos un reloj de oro, resultó que el reloj lo habían robado a un hombre asesinado, y María Alexevna tuvo que pagar bastante para librarse del asunto. Pero si ella sufrió pérdidas que evitaba su marido, seleccionando con prudencia los objetes empeñados, también las ganancias le crecían más rápidamente. Se encontraron también ocasiones especiales para conseguir dinero. Una vez. Vera Pavlovna era entonces todavía pequeña (con una hija mayor María Alexevna no haría eso, pero entonces no había razón para no hacerlo; ¡si la niña no entiende!; y realmente, Verochka sola no lo hubiera entendido, pero, estupendo la cocinera se lo explicó muy claramente. La verdad es que ni la cocinera se lo hubiera explicado, porque la niña no debía saber estas cosas, pero ocurrió que el corazón no aguantó después de una de las fuertes riñas de parte de María Alexevna por una juerga de aquélla con el amante —a propósito, un ojo de Matrena estaba siempre morado, no porque se lo hiciera María Alexevna, sino el amante—. ¡Eso no es malo, porque la cocinera con un ojo morado es siempre más barata!).

De modo que una vez le llegó a María Alexevna una dama nunca vista, conocida, elegante, hermosa, suntuosa, llegó y se quedó de visita. Durante una semana estaba todo tranquilo, sólo que la visitaba un funcionario civil, también hermoso, y obsequiaba a Verochka con caramelos y la obsequió con buenas muñecas y le regaló dos libros, ambos con dibujitos; en un libro había buenos dibujitos —animales, ciudades—; pero el otro libro María Alexevna se lo quitó a Verochka, cuando el invitado se marchó, así que vio esos dibujitos solamente una vez, con él: él mismo se los enseñaba. Así la conocida vivía en casa una semana, y todo estaba en calma; durante toda la semana, María Alexevna no se acercó al armario (donde estaba la garrafa con el vodka), la llave del cual no dejaba a nadie, no pegó a Matrena, no pegó a Verochka, no reñía en voz alta. Luego una noche despertaron a Verochka unos gritos continuos y terribles de la invitada, y pasos, y agitación en casa. Por la mañana, María Alexevna se acercó al armario y permaneció junto a él más tiempo que normalmente y no paraba de decir: “¡Gracias a Dios, todo acabó felizmente, gracias a Dios!”; incluso invitó a acercarse al armario a Matrena y dijo: «A la salud. Matrena, tú también trabajaste mucho», y luego en vez de pegar y reñir, como ocurría en otros

tiempos después de permanecer junto al armario, se acostó, después de besar a Verochka. Luego durante otra semana estuvo la casa tranquila, la invitada no gritaba, sólo que no salía de su cuarto y luego se marchó. Dos días después de que se fuera, vino un funcionario civil, pero ya otro, y trajo a la policía, y le gritó mucho a María Alexevna.

María Alexevna no cedió en nada y afirmaba sin cesar: «Yo no conozco ningún asunto suyo. Infórmese, en los libros de la casa, quién vivía aquí, la comerciante Savastianova de Pskov, mi conocida, éste es todo el cuento.» Al final, después de reñir mucho, el funcionario se fue y no volvió a aparecer. Eso lo vio Verochka, cuando tenía ocho años; y cuando tenía nueve años, Matrena le explicó qué había ocurrido. Por lo demás, un caso como éste era único; otros eran diferentes, pero no mucho.

Cuando Verochka tenía diez años, la niña, que iba con su madre al Rastró, al torcer de la calle Gorojovaia a la Sadovaia, recibió un inesperado golpe en la nuca con la advertencia: «Estás viendo la iglesia, tonta, ¿por qué no te santiguas entonces? ¿No ves cómo la gente buena se santigua?»

Cuando Verochka tenía doce años, empezó a frecuentar un pensionado, y a casa empezó a venir un profesor de piano, un alemán borracho, pero bueno, y un buen profesor, pero, pon lo borracho que era, muy barato.

Cuando tenía catorce años, cosía para toda la familia; la verdad es que la familia era pequeña.

Cuando se acercaba a los dieciséis años, la madre empezó a gritarle de esta forma: «¡Lavate esa cara tan fea, que la tienes como una gitana! Pero no podrás lavarla, naciste un espantajo, no sé a quién te pareces.» Verochka aguantó mucho por el color moreno de su tez, y ella se acostumbró a considerarse feúcha. Antes la madre la vestía casi de harapos, pero ahora empezó a adornarla. Y Verochka, luciendo un vestido nuevo, va con su madre a la iglesia y piensa: «A otra le sentarían bien estos adornos, pero a mí, me pongas lo que me pongas, siempre estaré como una gitana, un espantajo tanto con un vestido de percal como con uno de seda. Y es bueno ser guapa. ¡Cuánto me gustaría ser guapa!»

Cuando Verochka cumplió los dieciséis, dejó de aprender con el profesor de piano y en el pensionado, y ella misma empezó a dar clases en el mismo pensionado; luego, su madre le consiguió otras clases.

Al cabo de medio año, la madre dejó de llamar a Verochka gitana y espantajo y empezó a vestirla mejor que antes, y Matrena —ésta era ya la tercera Matrena después de aquélla. Aquélla tenía siempre morado el ojo izquierdo, ésta tenía golpeado el pómulo izquierdo, pero no siempre— dijo a Verochka que el jefe de Pavel Konstantinych se disponía a pedirla en matrimonio, lo mismo que un importante jefe con una orden en el cuello. Reamente, los pequeños empleados en el departamento decían que el jefe del departamnto, donde servía Pavel Konstantinych, empezó a ser benevolente con él, y el jefe del departamento entre sus iguales empezó

a expresar la opinión de que necesitaba una mujer, incluso sin dote, pero hermosa, y también la opinión de que Pavel Konstantinych era un buen empleado.

No se sabe cómo hubiera terminado esto. El jefe del departamento se preparaba mucho tiempo, con sensatez, cuando de repente se ofreció otra ocasión.

El hijo de la dueña vino a decir al administrador que su madre rogaba a Pavel Konstantinych traer muestras de varios papeles, pintados, porque la madre quería reformar el piso en el que vivía. Antes, los recados de este tipo los transmitía a través del mayordomo. Desde luego, cosa comprensible incluso para gente no tan experimentada como María Alexevna y su marido. El hijo de la dueña, que sólo vino a transmitir un recado; se quedó más de media hora y se dignó tomar un poco de té (de flores). Al día siguiente, María Alexevna regaló a su hija un collar con broche que quedó sin desempeñar, y encargó a su hija dos vestidos nuevos, muy buenos; sólo el material valía para uno cuarenta rublos, para el otro cincuenta y dos, y con volantes y lazos y la hechura. Los dos vestidos se llevaron ciento setenta y cuatro rublos; al menos, eso era lo que María Alexevna dijo a su esposo; pero Verochka sabía que todo valió menos de cien rublos —las compras se hicieron en su presencia—, pero incluso por cien rublos se puede hacer dos vestidos muy bonitos. Verochka se alegró con los vestidos, se alegró con el collar, pero más que nada se alegró de que su madre acordó por fin comprarle los zapatos en la tienda de Korolev. Es que en el Rastro los zapatos son tan feos, y los de Korolev sientan en el pie tan maravillosamente.

Los vestidos no fueron en vano. El hijo de la dueña tomó la costumbre de venir a casa del administrador y, claro está, hablaba más con la hija que con el administrador y su esposa, que también claro está, lo trataban a cuerpo de rey: Y bien, la madre, daba preceptos a su hija; todo como es debido, no hace falta describirlo; la cosa, es bien sabida.

Una vez, después de comer, la madre dijo:

—Verochka, vístete bien. Te prepararé una sorpresa; vamos a la ópera, compré entradas para la segunda galería, allí suelen estar todas las mujeres de los generales. Todo es por ti, tonta. No lamento gastar el último dinero que me, queda. Tu padre ya, por los gastos para ti, pasa hambre. ¡Cuánto pagué sólo, por el pensionado de madame, y cuánto al profesor de piano! ¡Tú no te das cuenta de nada, desagradecida, se ve que no tienes corazón, qué insensible!

Sólo eso dijo María Alexevna, no riñó más a su hija; ¿y qué riña es ésta? María Alexevna hablaba ya sólo de este modo con Verochka, y ya hace tiempo dejó de regañarla; y en cuanto a pegar no la pegó ni una sola vez desde que corrió la voz sobre el jefe del departamento.

Se fueron a la ópera. Después del primer acto entró en el palco el hijo de la dueña, y con él dos amigos, uno civil, flaco y muy elegante, el Otro era militar, corpulento y más sencillo. Se sentaron y hablaren en voz baja mucho entre sí, el hijo de la dueña habló cada vez más en el civil, el militar habló poco. María Alexevna escuchaba atentamente; casi examinaba cada palabra, pero pudo entender poca cosa ya que ellos

hablaban todo en francés. Unas cinco palabras de su conversación las conocía: belle, charmante, amour, bonheur; ¿pero qué significan esas palabras? Belle, charmante —María Alexev— na de todos modos oye desde hace tiempo que su gitana es belle y charmante—; amour —María Alexevna sólo ve que él cayó del todo en el amour—; y si amour, entonces también, claro está, bonheur. ¿Qué significan esas palabras? Sólo que, ¿se casará pronto?

—Verochka, eres desagradecida; eso es, desagradecida —María Alexevna susurraba a su hija al oído—, ¿por qué apartas tu jeta de ellos? ¿Te ofendieron porque entraron? Te hacen honor a ti, tonta. ¿Y la boda en francés se dice mariage, o cómo, Verochka? ¿Y cómo es novio con novia, y cómo casarse en francés? Verochka se lo dijo.

—No, estas palabras no se oyen… Vera, tú, por lo visto, no me has dicho esas palabras bien. ¡Mírame!

—No, bien; sólo que estas palabras no las oirá de ellos. Vámonos, yo no puedo quedarme aquí por más tiempo.

—¿Qué? ¿Qué has dicho, miserable? —Los ojos de María Alexevna se llenaron de sangre.

—Vámonos. Haga luego conmigo lo que quiera, pero yo no me quedaré. Luego le diré por qué. Mamá —eso ya lo dijo en voz alta—, me duele mucho la cabeza. No puedo estar sentada aquí. Se lo ruego.

Verochka se levantó. Los caballeros se agitaron. —Eso pasará, Verochka —severamente, pero con educación dijo María Alexevna—, paséate por el pasillo con Mijail Ivanych, y se te pasará el dolor.

—No, no se pasará; me siento muy mal. Rápido, mamá.

Los caballeros abrieron la puerta, quisieron sostener a Verochka; los rechazó. ¡Miserable muchacha! Ellos mismos les ayudaron a ponerse las capas, ellos mismos las acompañaron hasta el coche. María Alexevna miró con orgullo a los lacayos: «Mirad, brutos, qué caballeros, y éste será mi yerno. Yo misma tendré unos brutos como sois vosotros. Y tú; muévete, miserable, muévete, ya te daré.» Pero espera, espera; ¿qué dice el yerno a su muchacha infame, al sentar a esa orgullosa miserable en la carroza? Santé: eso es, al parecer, salud; savoir: me enteraré; visite: a nuestra manera lo mismo; permettez: pido permiso. No disminuyó la ira de María Alexevna con estas palabras; pero hay que tomarlas en consideración. La carroza se movió.

—¿Qué te dijo cuando te ayudaba a sentarte?

—Dijo que mañana por la mañana pasaría a preguntar por mi salud.

— ¿No mientes en eso de mañana?

Verochka callaba.

—¡Qué suerte tienes! —no aguantó, Sin embargo, María Alexevna, tiró a su hija de los pelos; sólo una vez y ligeramente—. No te tocaré ni con un dedo, pero mañana tienes que estar alegre. Por la noche duerme, tonta. No se te ocurra llorar. Si mañana veo que estás pálida o que tienes les ojos llorosos, prepárate. Hasta ahora te lo

perdonaba todo… no perdonaré más. No tendré compasión de esta carita linda, desaparecerá al mismo tiempo, así, al menos, me daré a conocer.

—Hace tiempo dejé de llorar, usted lo sabe.

—Ya, ya, pero procura ser con él más habladora. —Sí, mañana hablaré con él.

—Así es; ya es hora de entrar en razón. Teme a Dios y compadécete de tu madre, boba.

Pasaron unos diez minutos. —Verochka, no te enfades conmigo, yo te riño por amor, deseo tu bien. Tú no sabes lo queridos que son los hijos a sus madres. ¡Nueve meses te llevé en el vientre! Verochka, dame las gracias, sé obediente, tú misma verás que es para tu provecho. Compórtate como te digo, mañana hará la proposición.

—Mamá, usted se equivoca. Él no piensa hacer ninguna proposición. ¡Mamá! ¡Qué cosas decían ellos!

—Lo sé. Si no de la boda, está claro de qué hablaron. Pero no se topó con gente así. Ya lo llamaremos al orden. Lo llevaré en un saco a la iglesia, cogido por las cejas lo arrastraré al altar, y se alegrará. Bueno, no tengo por qué, hablar mucho contigo; ya dije de sobra. Las jóvenes tío deben saber estas cosas, es cosa de las madres. Las jóvenes deben obedecer, todavía no entienden nada. ¿Entonces, hablarás con él cómo te mando?

—Sí, hablaré con él.

—¿Y usted, Pavel Konstantinych, por qué está sentado como una piedra? Diga también usted por sí mismo, que también usted, como padre, le manda obedecer a su madre; que la madre no le enseñará cosas malas.

—María Alexevna, tú eres una mujer lista, solo que el asunto es peligroso; no sé si no quieres forzarlo demasiado.

—¡Idiota! Eso es lo que dice, y estando aquí Verochka. No debí despertarte. El refrán dice la verdad: si no tocas la porquería, no apesta. Ya abrió la boca. Tú no juzgues, sino di: ¿tiene que obedecer la hija a su madre?

—Desde luego, tiene que obedecer, no hay que hablar más, María Alexevna.

—Entonces, manda como padre.

—Verochka, obedece en todo a tu madre. Tu madre es una mujer lista, una mujer con experiencia. Ella no te enseñará cosas malas. Yo te lo ordeno como padre. El coche se paró delante de la puerta. —Está bien, mamá. Ya le dije que hablaría con él. Estoy muy cansada. Necesito descansar.

—Acuéstate y duerme. No te molestaré. Te hace falta para mañana. Duerme bien.

Realmente, todo el tiempo mientras subían por la escalera, María Alexevna callaba. ¡Y lo que le costó eso! Y otra vez, lo que le costó, cuando Verochka se iba directamente a su habitación, al decir que no quería tomar té, lo que le costó a María Alexevna decir con una voz amable:

—Verochka, acércate —la hija se acercó—. Quiero darte la bendición antes de irte a acostar, Verochka. Inclina la cabeza —la hija se inclinó—. Que Dios te bendiga, Verochka, como yo te bendigo.

Tres veces bendijo a la hijas y Je dio su mano para besarla.

—No, mamá. Ya le dije hace tiempo que no le besaría la mano. Y ahora deje que me retire. Realmente me siento mal.

Ah, como antes, a María Alexevna le brillaron otra vez los ojos. Pero se contuvo y dijo dulcemente:

—Vete a descansar.

En cuanto Verochka se desvistió y recogió el vestido —por otra parte, le llevó eso mucho tiempo, porque constantemente se ponía a pensar. Se quitó la pulsera y se quedó sentada con ella mucho tiempo en la mano, se quitó un pendiente y otra vez se quedó sin moverse, y pasó mucho tiempo, hasta que recordó que estaba tremendamente cansada, que incluso no pudo mantenerse de pie delante del espejo, sino que se dejó caer sin fuerzas en la silla, recordó cómo había llegado hasta su habitación, que había que desvestirse rápidamente y acostarse en cuanto Verochka se acostó, entró en la habitación María Alexevna con una bandeja sobre la cual estaba la taza grande del padre y había un montón de galletas.

—Come, Verochka. Aquí tienes, come para tu salud. Yo misma te lo traje: ves, tu madre piensa en ti. Estoy sentada y pienso: ¿cómo que Verochka se fue a dormir sin tomar el té? Yo sola bebo y todo el tiempo pienso. Así que te lo traje. Toma, hija mía querida.

A Verochka le pareció extraña la voz de su madre; de verdad era suave y amable, eso no ocurría nunca. Miró a su madre con desconcierto. Las mejillas de María Alexevna estaban encendidas y sus ojos se extraviaban un poco.

—Toma, yo me sentaré y te miraré. Cuando tomes esta taza, te traeré otra.

El té, lleno hasta la mitad con una crema espesa; sabrosa, le abrió el apetito. Verochka se recostó sobre el codo y se puso a beber. «¡Qué sabroso, es el té, cuando está fresco, espeso y cuando tiene mucho azúcar y mucha crema! Extraordinariamente sabroso. En absoluto se parece al té de siempre, pasado, con un trocito de azúcar, que incluso está asqueroso. Cuando tenga mi propio dinero, siempre tomaré té como éste.»

—Gracias, mamá.

—No duermas, te traeré otra —regresó con otra taza del mismo té maravilloso—. Tema, me sentaré otra vez.

Durante un rato estaba callada, luego de repente empezó a hablar desuna forma especial, unas veces rápidamente, otras alargando las palabras.

—Ahora, Verochka, me diste las gracias. Hace tiempo no oí de ti agradecerme nada. Tú crees que soy mala. Sí, muy mala, pero es que no se puede no ser mala. Y me estoy haciendo débil, Verochka; con tres ponches me he hecho débil, y pe tengo todavía tantos años. Tú también me inquietaste, Verochka, me disgustaste: Por eso me puse débil. Mi vida es dura. No quiero que tú vivas así. Vive en riqueza. ¡Cómo me atormenté, Verochka, y-y-y, y-y-y, cómo! Tú no te acuerdas cómo vivíamos tu padre y yo, cuando no era todavía administrador. Pobremente, y-y-y, y qué pobremente

vivíamos, y yo entonces era honrada, Verochka. Ahora no soy honrada, no, no cargaré mi alma con el pecado, no te mentiré, no diré que soy ahora honrada. ¿Dónde?; esos tiempos pasaron ya hace mucho. Tú, Verochka, tienes conocimientos; yo no, pero sé todo lo que está escrito en vuestros libros; también está escrito que no hay que hacer lo que hicieron conmigo. «Tú, dicen, eres deshonesta.» También tu padre. Es tu padre; no era padre de Nadenka un tonto pobre, me hacía reproches, me ofendía—. Así se apoderó la maldad de mí. Si, como digo, según vosotros, soy deshonesta; entonces seré así. Nadenka nació. ¿Y qué, que nació? ¿Quién me lo enseñó? ¿Quién era el responsable? Aquí mi pecado era menor que el pecado de él. Y me la quitaron, la colocaron en un asilo —era imposible enterarme dónde estaba—, así que no llegué a verla, y no sé si vive… ¡Ah, cómo puede estar viva! Ahora, no me afligiría tanto, pero entonces no me resultó fácil; ¡me dio una rabia! Así que me hice mala. Y entonces todo iba bien. A tu padre, idiota, ¿quién le consiguió el cargo? Yo. ¿Y quién lo hizo el administrador? Yo. Así empezamos a vivir bien. ¿Y por qué? Porque yo me hice deshonesta y mala. Esto, sé, está escrito en vuestros libros, Verochka; que únicamente las personas deshonestas y malas viven bien en el mundo. Es verdad, Verochka. Ahora también tu padre tiene dinero; yo se lo proporcioné. Yo también tengo, puede que incluso más que él. Todo lo conseguí yo misma, para la vejez me preparé un pedazo de pan. Y tu padre, idiota, empezó a respetarme, empezó a andar como yo decía, lo amaestré. Yantes me echaba, me insultaba. ¿Y por qué? Entonces no tenía por qué hacerlo, era porque yo, Verochka, no era mala.

En vuestros libros, Verochka, está escrito que no se debe vivir así. ¿Tú crees que yo no lo sé? Y en esos, libros Vuestros está escrito que, si no se debe vivir así, entonces hay que ordenar todo de nuevo, y que según las reglas de ahora no se puede vivir, como ellos mandan; ¿entonces por qué no ordenar todo de nuevo? Ah, Verochka, tú crees que yo no sé qué ordenes nuevos están escritos en: vuestros libros; lo sé; son buenos. Sólo que, nosotras no llegaremos a vivirlos, el pueblo es muy tonto; ¡cómo se puede ordenar todo bien con un pueblo así! ¿Y cuál es el viejo orden? En vuestros libros está escrito: el viejo orden está para robar y engañar. Es verdad, Verochka. Eso quiere decir: si no hay un orden nuevo, vive según el viejo; roba y engaña. Por amor te lo di, jrrr…

María Alexevna comenzó a roncar y se cayó.

II

María Alexevna sabía lo que se había dicho en el teatro, pero todavía no sabía lo que había salido de esa conversación.

Mientras que ella, trastornada por el disgusto que le había dado su hija, se echó mucho ron en su ponche y estaba roncando hace tiempo, Mijail Ivanych Storeshnikov estaba cenando en un restaurante de moda con los otros caballeros que habían entrado en el palco. En la compañía había todavía una cuarta persona: uña francesa que había llegado con el oficial. La cena estaba por terminar: —¡Monsieur Storeshnik! —Storeshnikov se regocijó: la francesa se dirigió a él por tercera vez durante la cena—. ¡Monsieur Storeshnik! Permítame llamarlo así, suena mejor y se pronuncia más fácilmente. No creí que iba a ser la única dama en su compañía; esperé ver aquí a Adèle, sería agradable, la veo tan rara vez. —Adèle se enfadó conmigo, por desgracia.

El oficial quiso decir algo, pero se calló. —No lo crea, m-lle Julie —dijo el civil — tiene miedo de revelarle la verdad, piensa que usted se enfurecería al saber que había abandonado una francesa por una rusa.

—No sé por qué nosotros venimos también aquí —dijo el oficial.

—No, Serge, por qué no; si Jean lo quiso, me era muy agradable conocer a monsieur Storeshnik. Pero monsieur Storeshnik, fu, qué gusto tan malo tiene usted. No tendría nada en contra si abandonara a Adèle por esa georgiana en cuyo palco había estado con ellos dos. Pero cambiar a una francesa por una rusa… me imagino: los ojos sin color, el pelo ralo sin color, la cara sin expresión y sin color… perdone, no sin color, sino, como dicen ustedes, sangre y leche, es decir, comida que pueden meter en la boca solamente sus esquimales. Jean, alcance el cenicero al pecador contra las gracias. ¡Qué se eche ceniza sobre su cabeza criminal!

—Dijiste tantas tonterías, Julie, que no es a él, sino a ti a quien hay que echar ceniza sobre la cabeza —dijo el oficial —puesto que aquella que tú llamaste georgiana, es esa rusa.

—¿Te ríes de mí?

— La rusa más pura —dijo el oficial.

—Imposible.

—Piensas en vano, querida Julie, que en nuestro pueblo hay un solo tipo de belleza, como en el vuestro. Incluso entre vosotros hay muchas rubias. Pero nosotros, Julie, sernos una mezcla de razas, desde los de pelo blanco como los finlandeses («Sí, sí, los finlandeses» —anotó para sí la francesa—) hasta los de pelo negro, mucho más negro que el pelo de los italianos, ésos son los tártaros y les mongoles («Sí, los mongoles, lo sé» —anotó para sí la francesa—), todos ellos dieron mucha sangre suya a la nuestra. Entre nosotros, las rubias, que tú odias, es meramente uno de los tipos, el más extendido, pero no dominante.

—Es sorprendente. ¡Pero ella es magnífica! ¿Por qué no se hace actriz? Por otra

parte, señores, hablo solamente de lo que vi. Queda la pregunta, muy importante: sus pies. Vuestro gran poeta Karasen dijo, según me comentaron, que en toda Rusia no había ni cinco pares de pies pequeños y esbeltos.

—Julie, esto no lo dijo Karasen, y mejor que lo llames Karamzin. Karamzin era un historiador, y no era ruso, sino tártaro, aquí tienes una nueva prueba de la variedad de nuestros tipos. Sobre los pies habló Pushkin; sus versos eran buenos para su tiempo, pero ahora perdieron gran parte de su valor. A propósito, los esquimales viven en América, nuestros salvajes que beben la sangre de los renos se denominan los samoyedos.

—Gracias, Serge. Karamzin, historiador; Pushkin, lo sé; esquimales en América; rusos, samoyedos; sí, samoyedos, pero eso suena muy gracioso: sa-mo-ye-dos. Ya lo recordaré. Yo, señores, ordene a Serge decirme todo esto, cuando estamos solos y no en nuestra sociedad. Es muy útil para la conversación. Con todo, las ciencias son mi pasión; yo nací para ser m-me Staël, señores. Pero ése es un episodio secundario. Volvamos a la cuestión: ¿su pie?

—Si me permite ir mañana a su casa, m-lle Julie, tendré el honor de traerle su zapato.

—Tráigalo, lo compraré. Esto despierta mi curiosidad.

Storeshnikov estaba entusiasmado. ¿Cómo?, él apenas llega a la altura de Jean, Jean apenas llega a la altura de Serge, Julie —una de las primeras francesas entre las francesas de la sociedad de Serge— ¡un honor, un gran honor!

—El pie es satisfactorio —confirmó Jean—, pero yo, como hombre realista, me interesó por cosas más sustanciales. Yo examiné su busto.

—El busto está muy bien —dijo Storeshnikov, que se estaba animando gracias a los comentarios favorables sobre el objeto de su gusto y que pensaba que podía ya decir cumplidos a Julie, lo que hasta ahora no pudo— su busto es encantador, aunque, por supuesto, elogiar el busto de otra mujer aquí es un sacrilegio.

—Ja, ja, ja. Este señor quiere decir un cumplido a mi busto. No, soy hipócrita y no soy mentirosa; monsieur Storeshnik: yo no soy presumida y no aguanto que los demás elogien lo que tengo malo. Gracias a Dios, todavía me quedó bastante de lo que puedo presumir de verdad. Pero mi busto, ja-ja-ja. Jean, usted vio mi busto; ¡dígale! ¿Está callado; Jean? Su mano, monsieur Storeshnik —ella cogió su mano— ¿nota que no es el cuerpo? Pruebe todavía aquí y aquí; ¿sabe ahora? Llevo un busto postizo, como llevo el vestido, la falda, la camisa, no porque me guste; sino porque es costumbre en la sociedad. Pero la mujer que vivió tanto como, yo —¡cómo viví, monsieur Storeshnik!— ahora soy una santa, una monja, en comparación con lo que era; una mujer así no puede conservar su busto —y de pronto rompió a llorar—: ¡Mi busto! ¡Mi busto! ¡Mi pureza! ¿Oh, Dios, por qué nací?

—Están mintiendo, señores —grito ella, se levantó de un salto y golpeó la mesa con el puño—, están calumniando. ¡Son ustedes personas bajas! Ella no es su amante. Él quiere comprarla. Vi cómo le daba la espalda, ardía de indignación y de odio. ¡Es

asqueroso!

—Sí —dijo el civil, estirándose perezosamente—, te jactaste, Storeshnikov; todavía no os habéis puesto de acuerdo, y tú va contaste que vivíais juntos, incluso que habías roto con Adèle para convencernos mejor. Sí, lo describías muy bien, pero describías lo que no habías visto todavía. Por otra parte, no importa; si no hace una semana, entonces dentro de una semana, es igual. No te decepcionarás en las descripciones que hacías según la imaginación; encontrarás incluso algo mejor de lo que piensas. La examiné: quedarás contento.

Storeshnikov estaba fuera de sí de rabia.

—No, m-lle Julie, usted se equivocó, puedo asegurarla en su conclusión. Perdone que me atreva a contradecirla, ella es mi amante. Eso era una riña corriente por los celos; vio que durante el primer acto estuve en el palco de Mlle Matilde, eso es todo.

—Mientes, querido, mientes —dijo Jean y bostezó.

—No miento, no miento.

—Demuéstralo. Yo soy un hombre realista y no creo sin pruebas.

—¿Qué pruebas puedo presentarte?

—¿Ves, cómo retrocedes y confirmas que mientes? ¿Qué pruebas? ¿Es que es difícil encontrarlas? Te doy una posibilidad: mañana pensamos cenar otra vez aquí. Mlle Julie será tan amable y traerá a Serge, yo traeré a mi querida Berta, tú traerás a ella. Si la traes, yo perderé y la cena irá de mi cuenta; si no la traes, quedarás expulsado con vergüenza de nuestro círculo —Jean tiró de la cuerda del timbre; entró el sirviente—. Simon, tenga la bondad: para mañana una cena para seis personas, exactamente la misma que cuando me casé aquí con Berta. ¿Se acuerda? Antes de la Navidad. Y en la misma habitación.

—¡Cómo no recordar una cena como ésa, monsieur! Todo estará preparado.

El sirviente salió.

—¡Qué gente tan asquerosa! ¡Qué gente tan repugnante! En París fui durante dos años una mujer de la calle, medio año viví en una casa donde se reunían les ladrones, pero ni allí encontré tres personas tan bajas juntas. ¡Dios mío, con qué estoy obligada a vivir en la misma sociedad! ¿Por qué esta vergüenza, oh Dios? —se cayó de rodillas—. ¡Dios! Soy una mujer débil. Supe soportar el hambre, pero en París hace tanto frío en invierno. El hambre era tan fuerte, las seducciones tan astutas. Quise vivir, quise amar, por Dios. Pero si eso no es pecado; ¿por qué me castigas así? ¡Arráncame de este ambiente, arráncame de este fango! ¡Dame la fuerza de hacerme otra vez una mujer de la calle en París, no te pido otra cosa, no soy digna de otra cosa, pero líbrame de esta gente, de esta asquerosa gente! —se levantó de un salto y corrió hacia el oficial—. Serge, ¿tú eres también así? No, tú eres mejor. («Mejor» —anotó flemáticamente el oficial—.) ¿Es que no es asqueroso? —Es asqueroso, Julie.

—¿Y tú te callas? ¿Lo permites? ¿Estás de acuerdo? ¿Participas en ello?

—Siéntate sobre mis rodillas, mi querida Julie —se puso a acariciarla, ella se tranquilizó—. Cómo te quiero en momentos como éstos. Eres una mujer maravillosa.

¿Pero, por qué no quieres casarte conmigo? ¡Cuántas veces te lo pedí! Da tu consentimiento.

—¿Matrimonio? ¿Yugo? ¿Prejuicio? ¡Jamás! Te prohibí hablar sobre estas tonterías. No me disgustes. No… Serge, querido Serge, prohíbeselo. Él te tiene miedo, sálvala.

—Julie, cálmate. Es imposible. Si no es él, será otro, da lo mismo. Mira, Jean está pensando ya arrebatársela, y tú sabes que hay miles de Jean como éste. No la protegerás de todos, si la madre pretende negociar con su hija. No atravesarás el muro con la frente, decimos los rusos. Somos un pueblo inteligente, Julie. Ves lo tranquilo que vivo al aceptar este principio ruso.

—¡Jamás! Tú eres un esclavo, la francesa es libre. La francesa lucha, se cae, pero luché. ¡No lo permitiré! ¿Quién es ella? ¿Dónde vive? ¿Lo sabes?

—Lo sé.

—Vámonos a su casa. La advertiré.

—¿A la una de la noche? Mejor que vayamos a dormir. Hasta la vista, Jean. Hasta la vista, Storeshnikov. Desde luego, no espere a Julie ni a mí en su cena mañana. Ve cómo está excitada. Y a mí tampoco, a decir verdad, me gusta esta historia. Por supuesto, no tienen por qué tomar en cuenta mi opinión. Hasta luego.

—Qué francesa tan alocada —dijo el civil, estirándose y bostezando, cuando el oficial y Julie salieron—. Es una mujer muy picante, pero esto ya es demasiado. Es muy agradable ver cuando una mujer guapa se enfada, pero con ésta no aguantaría ni cuatro horas, ni que decir tiene cuatro años. Desde luego, Storeshnikov, nuestra cena no se estropeará por su capricho. Traeré a Paul con Matilde en vez de ellos. Y ahora es hora de irse a casa. Yo tengo todavía que ir a ver a Berta y luego a la pequeña Lotchen, que es muy simpática.

III

—Bien, Vera, bien. No tienes llorosos los ojos. Parece que has entendido que tu madre dice la verdad, te estabas rebelando todo el tiempo —Verochka hizo un movimiento impaciente—; bueno, no diré más, no te disgustes. Ayer me dormí en tu habitación, a lo mejor dije cosas inútiles. Ayer no era yo misma. No creas lo que dije borracha, ¿me oyes? No lo creas.

Verochka volvió a ver a la María Alexevna de antes. Ayer le pareció que por debajo de su piel de bestia se asomaban unos rasgos humanos, ahora es otra vez una bestia y nada más, Verochka trató de superar la repugnancia, mas no pudo. Antes solamente odiaba a su madre, ayer pensó que dejaría de odiarla, que solamente la compadecería, ahora volvió a sentir el odio, pero también quedó la compasión.

—Vístete, Verochka, a lo mejor vendrá pronto —con mucho cuidado revisó la vestimenta de su hija—. Si te portas hábilmente, te regalaré pendientes con unas esmeraldas muy grandes; tiene una montura antigua, pero si se rehacen serán un broche bonito. Se quedaron empeñados por ciento cincuenta rublos, con el interés doscientos cincuenta, pero valen más de cuatrocientos. Escucha, te los regalaré.

Apareció Storeshnikov. Ayer por mucho tiempo no sabía cómo cumplir la tarea con la que había cargado; desde el restaurante iba a casa andando y todo el tiempo pensó. Pero llegó a casa ya tranquilo —lo inventó mientras anduvo y ahora estaba contento.

Preguntó por la salud de Vera Pavlovna —«estoy bien»; dijo que se alegraba, y entabló conversación sobre que la salud había que aprovecharla—, «desde luego que sí», y según la opinión de María Alexevna, «la juventud también»; él está completamente de acuerdo y piensa qué sería bueno aprovechar la tarde para una excursión fuera de la ciudad; el día está helado, el camino está estupendo. ¿Con quién piensa ir? «Solamente tres personas: usted, María Alexevna, Vera Pavlovna y yo.» En ese caso, María Álexevna está totalmente de acuerdo; pero ahora irá a preparar el café y para comer, mientras Verochka cantará algo. «¿Verochka, cantarás algo?» —añade con un tono que no admite objeciones—. «Cantaré.»

Verochka se sentó al piano y cantó «Troika»; por aquel entonces acaban de componer la música para esta canción; según la opinión concebida por María Alexevna detrás de la puerta, esta canción era muy bonita: la muchacha miró al oficial —Verka cuando quiere es lista y astuta—. Verochka dejó de cantar pronto; siempre es así; María Alexevna se lo ordenó así: canta un poco y luego empieza a hablar. Y Verochka habla, sólo que, para disgusto de María Alexevna, en francés —“qué tonta soy, se me olvidó decirle que hablara en ruso”; pero Vera Pavlovna habla en voz baja… sonrió, eso significa que todo está bien. ¿Sólo que por qué él abrió, tanto los ojos? Por otra parte, es un tonto y un tonto se quedará; siempre está con los ojos desorbitados, no comprende nada. Eso es lo que necesitamos. Ahora le extiende la mano, se hizo lista Verka, muy bien.

—Monsieur Storeshnikov, tengo que hablar con usted seriamente. Ayer tomó el palco para exponerme a sus amigos como su amante. No le diré que es deshonesto. Si usted fuera capaz de entenderlo, no lo habría hecho. Pero le advierto: si se atreve a acercarse a mí en el teatro, en la calle, donde sea, le daré una bofetada. Mi madre me atormentará (aquí era donde Verochka sonrió), pero pase conmigo lo que pase, todo es igual. Esta tarde recibirá una neta de parte de mi madre que la excursión sé estropeó porque yo estoy enferma.

Él estaba de pie con los ojos desorbitados, como observó ya María Alexevna.

—Hablo con usted como un hombre en el que no hay ni pizca de honor. Pero, puede ser, que no esté usted todavía corrompido del todo. Si es así, le ruego: deje de visitarnos. Entonces perdonaré su calumnia. Si está de acuerdo, deme su mano —ella le extendió su mano; él la cogió sin comprender lo que hacía.

—Se lo agradezco. Ahora váyase. Diga que tiene que apresurarse para preparar los caballos para el viaje.

De nuevo se quedó con los ojos desorbitados: Ella se volvió hacia las partituras y siguió cantando la «Troika». Lastima que no estuvieran expertos; era interesante oírla: seguramente, no tenían muchas ocasiones de escuchar cantar con un sentimiento así; induso había ya demasiado sentimiento, eso no es artístico.

Dentro de un instante, entró María Alexevna, y la cocinera trajo la bandeja con el café y los entremeses. Mijail Ivanych, en vez de sentarse a tomar el café, se lanzó hacia la puerta.

—¿A dónde va usted, Mijail Ivanych?

—Tengo prisa, María Alexevna, para preparar los caballos.

—Todavía tiene tiempo, Mijail Ivanych.

Pero Mijail Ivanych estaba ya detrás de la puerta.

María Alexevna se precipitó desde el pasillo al salón con los puños levantados. —¿Qué hiciste, Verka maldita? ¿Ah? —pero la Verka maldita no estaba ya en el salón; su madre corrió detrás de ella a su habitación, pero la puerta de la habitación de Verochka estaba ya cerrada; la madre empujó con todo el cuerpo la puerta; para derribarla pero la puerta no cedió y la Verka maldita dijo:

—Si derriba la puerta, romperé la ventana y empezaré a pedir socorro. No me entregaré a usted viva.

María Alexevna estuvo como encolerizada mucho tiempo, pero no trató de derribar la puerta; al final dejó de gritar. Entonces Verochka dijo:

—Mamá, antes solamente no la quería; desde ayer por la noche empecé también a tener compasión por usted. Usted sufrió mucho y por eso es usted así. Antes no hablé con usted, pero ahora quiero hablarle, solo si no se enfada. Hablaremos bien, como no hablamos antes.

Desde luego, María Alexevna no tomó demasiado en serio esas palabras; pero los nervios fatigados piden un descanso, y en María Alexevna empezó a surgir la idea: ¿no será mejor entrar en negociaciones con la hija, cuando ella, miserable, se hizo

completamente indomable? Sin ella, de todas formas, no se puede haber nada. ¡No la casarás con Mishka el tonto sin ella! Y además, todavía no se sabe qué le dijo. Al fin y al cabo se dieron las manos; ¿qué significa eso?

Así estaba, cansada, María Alexevna, meditando entre la astucia, cuando sonó el timbre. Eran Julie y Serge.

IV

—¿Serge, habla su madre el francés? —era la primera palabra de Julie al despertarse.

—No sé. ¿Pero no se te ha quitado todavía de la cabeza esa idea?

No, no se le ha quitado. Y cuando, al examinar todos los indicios en el teatro, decidieron que, seguramente, la madre de esa muchacha no hablaba el francés, Julie llevó consigo a Serge como intérprete. Por lo demás, se había adaptado de tal forma a su destino, que habría ido, aunque la madre de Verochka hubiera sido el cardenal Mezzofonti. Pero él no se quejaba de su destinó, sino iba a todas partes con Julie como el confidente de una heroína de Corneille. Julie se despertó tarde; por el camino fue a Wichman. Luego, ya no porque le cogía de paso, sino por necesidad, entró todavía en cuatro tiendas. De este modo, Mijail Ivanych tuvo tiempo para explicarse, María Alexevna tuvo tiempo para enfurecerse y quedarse largo rato sentada, antes de que Julie y Serge llegaran desde la calle Liteinaia hasta la Gorojovaia.

—¿Y bajo qué pretexto hemos venido? Uf, qué escalera tan asquerosa. No he visto unas escaleras como esta ni en París.

—Da lo mismo; lo qué se te ocurra. La madre presta dinero a cambio de cosas empeñadas, así que quítate el broche. O hay algo aún mejor: ella da clases de piano. Diremos que tú tienes una sobrina.

Matrona se avergonzó por primera vez en su vida por su pómulo lastimado, al ver el uniforme de Serge y particularmente el esplendor de Julie; nunca antes había mirado cara a cara una dama tan importante.

María Alexevna sintió el mismo respeto profundo y una sorpresa indescriptible, cuando Matrena le anunció que hicieron el honor de venir el coronel con su señora. ¡Especialmente eso de «con su señora»! El círculo social sobre el que le llegaban chismes a María Alexevna, alcanzaba solamente el nivel de los funcionarios civiles, mientras que los chismes sobre los aristócratas de verdad se esfumaban a mitad de camino antes: de llegar a María Alexevna; por eso también, entendió en su sentida" totalmente legal las palabras «marido y mujer» que utilizaban Serge y Julie a la manera parisiense. María Alexevna se arregló rápidamente y salió.

Serge dijo que se alegraba de la ocasión de ayer, etc., que su esposa tenía una sobrina, etc., que su esposa no hablaba el ruso y por eso él era el intérprete.

—Sí, puedo darle las gracias a mi creador —dijo María Alexevna—, Verochka tiene un gran talento para respeto, miró insistentemente a sus huéspedes—, no sé si será capaz de salir y hacer una prueba al piano. ¿Verochka, vida mía, puedes venir aquí?

Gente desconocida, no habrá escena. ¿Por qué no salir? Verochka abrió la puerta, miró a Serge y enrojeció de vergüenza y de cólera.

Eso no pudieren dejar de advertirlo ni siquiera unos ojos miopes; pero Julie tenía unos ojos quizá más agudos que la misma Marie Alexevna. La francesa empezó

directamente:

—Mi querida hija, usted se sorprende y confunde al ver al hombre en cuya presencia la ofendieron ayer tanto y que probablemente participó en las ofensas. Mi marido es ligero, pero aún así es mejor que otros bribones. Discúlpelo por mí, yo vine a su casa con buenas intenciones. Las clases para mi sobrina son solamente un pretexto; pero hay que seguir el juego. Usted tocará algo corto, iremos a su habitación y allí hablaremos. Obedézcame, hija mía.

¿Es esa Julie a la que conoce toda la juventud aristocrática de Petersburgo? ¿Es esa Julie que comete travesuras que hacen enrojecer a otros desvergonzados? No, ésta es una duquesa a cuyos oídos jamás llegó una palabra vulgar.

Verochka se sentó al piano para hacer la prueba. Julie se colocó a su lado. Serge se ocupó de conversar con María Alexevna para enterarse de cuál era el asunto con Storeshnikov. Al cabo de unos minutos, Julie paró a Verochka, la abrazó, se paseó con ella por el salón, luego la llevó a su habitación. Serge explicó que su mujer estaba contenta de cómo tocaba Verochka, pero que quería charlar con ella porque había que conocer el carácter de la profesora, etc., y seguía hablando de Storeshnikov. Todo eso era estupendo, peto María Alexevna miraba con una perspicacia y una sospecha cada vez mayores.

—Mi querida hija —dijo Julie, al entrar en la habitación de Verochka su madre es una mujer muy mala. Pero para saber cómo hablar con usted, le ruego que me cuente cómo y por qué estuvo ayer en el teatro. Ya lo sé todo de mi marido, pero de su narración conoceré su carácter. No tenga miedo de mí. Después de escuchar a Verochka dijo—: sí, con usted se puede hablar, usted tiene carácter —y con las expresiones más prudentes y delicadas le contó sobre la apuesta de ayer—; a eso contestó Verochka contando sobre la proposición de la excursión.

—Eso significa que él quiso engañar a su madre o ambos estaban de acuerdo contra usted. —Verochka empezó a decir que su madre no era mala hasta tal punto como para conspirar contra ella—. Ahora me enteraré —dijo Julie—. Usted quédese aquí, allí no la necesito —Julie volvió al salón.

—Serge, él ya invitó a esta mujer y a su hija a una excursión esta noche. Cuéntale sobre la cena de ayer.

—A mi mujer le gusta su hija, ahora sólo falta ponerse de acuerde sobre el precio, aunque, probablemente, no vayamos a discutir por eso. Pero permítame terminar nuestra conversación sobre nuestro conocido común. Usted le elogia mucho. ¿Y sabe usted qué dice él sobre sus relaciones con su familia, por ejemplo, con qué fin nos invitó a nosotros a su palco?

En los ojos de María Alexevna, en vez de la mirada examinadora, se reflejó el pensamiento: «eso es».

—No soy chismosa —respondió con descontento—. Yo misma no divulgo chismorreos y no suelo escucharlos —lo dijo no sin mordacidad, con todo su respeto al huésped—. ¡Come si los jóvenes hablaran poco entre sí! No hay que prestarle

mucha atención.

—Bueno; ¿y este lo llamará usted chismorreos? —él empezó a contar la historia de la cena—. María Alexevna no le dejó terminar: en cuanto que pronunció la primera palabra sobre la apuesta, ella saltó y exclamó con furia, olvidando por completo la importancia de los huéspedes.

—¡Así es, qué cosas! ¡Es un bandido! ¡Es un miserable! Por eso nos invitó a la excursión. A mí me quiso fuera de la ciudad, mandar al otro mundo, para deshonrar a la muchacha indefensa. ¡Qué criminal! —y así seguía. Luego se puso a gradecer al huésped por salvar su vida y el honor de su hija—. Así es, señor, yo ya empecé a adivinar que ustedes no habían venido sólo así, que las clases eran unas clases especiales, que habían venido por otra cosa, pero esto no lo suponía; y creí que ustedes tenían preparada para él otra novia, que nos lo querían arrebatar; me equivoqué, maldita de mí, le pido mil perdones. Se puede decir: qué nos salvó la vida, etc. Juramentos, agradecimientos, disculpas caían durante mucho tiempo como una corriente desordenada.

Julie no se quedó a escuchar por mucho tiempo esta charla infinita cuyo significado le era claro por los gestos y por el tono de las voces, con las primeras palabras de María Alexevna, la francesa se levantó y volvió a la habitación de Verochka.

—Sí, su madre no era su cómplice y ahora está muy irritada contra él. Pero conozco bien esta clase de personas que es su madre. Ningún sentimiento se mantiene en ellas mucho tiempo contra los cálculos financieros; pronto volverá a cazar a un novio, y cómo acabará todo, sabe Dios; en todo caso, a usted le será muy difícil. Al principio la dejará en paz; pero le digo que no durará mucho. ¿Qué debe hacer ahora? ¿Tiene parientes en Petersburgo?

—No.

—Es una pena. ¿Tiene un amante? —Verochka no sabía cómo contestar a esto, abrió solamente de una manera extraña los ojos—. Disculpe, disculpe, está claro, pero es peor. Eso significa que no tiene refugio. ¿Qué hacer? Escuche. No soy lo qué aparento. No soy su mujer, me mantiene. Me conoce Petersburgo entero como la mujer más pialad Pero soy una mujer honrada. Venir a mi casa significaría, para usted, perder la reputación; ya es suficientemente peligroso para usted el que una vez estuve en esta casa, venir aquí por segunda vez sería seguramente destruirla. —Pero tengo que verla todavía, puede ser que no una sola vez, en el caso de que confíe en mí. ¿Sí? ¿Entonces, cuándo puede mañana salir?

—A las doce —dijo Verochka—. Eso era para Julie demasiado pronto, pero es igual, ordenará que la despierten y se reunirá con Verochka a la altura de Gostinydver, en frente de la avenida Nevski; es el trozo más corto; allí se encontrarán fácilmente, y allí nadie conoce a Julie.

—Sí, todavía una idea feliz: deme el papel, escribiré a ese sinvergüenza una carta para tenerlo cogido —Julie le escribió—: «Monsieur Storeshnikov, usted está ahora,

probablemente, en una gran dificultad; si quiere librarse de ella, venga a mi casa a las 7. M. le Tellier.» Ahora adiós.

Julie extendió la mano, pero Verochka se le echó al cuello y la besó; lloró y volvió a besarla. Y Julie no aguanto; ella lloró con más facilidad que Verochka y además la enterneció mucho la alegría y el orgullo de que hacía algo noble. Entró en éxtasis, hablaba, hablaba, entre lágrimas y besos, y terminó con una exclamación:

—¡Hija mía, mi querida hija! ¡Dios no permita qué sepas nunca lo que siento yo ahora, cuando después de muchos años, por primera vez tocan mis labios unos labios puros! ¡Muere, pero no des un beso, sin amor!

V

El plan de Storeshnikov no era tan criminal como suponía María Alexevna. Ella, a su manera, dio al asunto una forma demasiado vulgar, pero la esencia del asunto la adivinó. Storeshnikov tenía la intención de llevar, avanzada la tarde, a sus damas al restaurante, donde se iba a celebrar la cena. Está claro, todos ellos se habían quedado helado y hambrientos. Viene bien calentarse y tomar el té; él echaría un poco de opio en la taza copa de María Alexevna; Verochka se trastornaría al ver a su madre sin sentido; él llevaría a Verochka a la habitación, donde se estaba celebrando la cena, y la apuesta estaría ganada; y luego… según las circunstancias. A lo mejor, Verochka en sudesconcierto no entendería nada y consentiría quedarse con gente desconocida, y aun si se fuera enseguida, no pasaría nada, lo perdonarían, porque ella acababa de iniciar la carrera de una aventurera y, naturalmente, al principio tendría escrúpulos. Luego, con María Alexevna se arreglaría con dinero; de todas formas, ella ya no tendría nada que hacer.

¿Pero ahora, cómo proceder? Maldecía su jactancia ante sus amigos, su falta de ingeniosidad después de la inesperada resistencia feroz de Verochka, deseaba que se lo tragara la tierra. Y en esta perturbación y decaimiento de ánimo, la carta de Julie actuó como un bálsamo que cura las heridas como un rayo de salvación en una nube densa, como un camino firme bajo los pies del que se hunde en una ciénaga sin fondo. Oh, ella le ayudará, ella es la mujer más inteligente; ella es capaz de inventarlo todo. ¡Qué mujer tan buena! Diez minutos: faltaban para las siete, y él estaba ya ante su puerta. «Lo están esperando y me ordenaren que lo dejara pasar.»

¡Con qué soberbia está sentada y con qué severidad lo mira! Apenas inclinó la cabeza en respuesta a su reverencia —«me alegro mucho de verle, le ruego; que se siente»—. Ningún músculo se movió en su cara. Habrá un fuerte lavado de cerebro; no pasa nada, repréndeme, pero sálvame.

—Monsieur Storeshnikov —empezó ella con un tono frío y lento—, usted conoce mi opinión sobre el asunto por el que nos hemos reunido y que parece no necesito caracterizar. Vi a esa joven de la que se había hablado ayer, me enteré de la visita que¡ usted ha hecho hoy a su casa, por consiguiente lo sé todo y me alegro mucho porque eso me evita la difícil necesidad de preguntarle algo. Su situación está del todo clara tanto para mí como para, usted. (¡Señor, mejor si me reprendiese!, piensa el acusado). Me parece que usted no puede salir de ella sin una ayuda de fuera y no puede esperar una ayuda eficaz de ninguna otra persona, excepto de mí. Si tiene algo que objetar, espero. Así qué (después de una: pausa) usted, lo mismo que yo, supone que nadie más es capaz de ayudarle. Escuche, pues, lo que puedo y quiero hacer por usted; si el socorro que le prepongo le parece suficiente, le diré las condiciones con las cuales estoy dispuesta a proporcionárselo.

Y con el mismo estilo estirado de un escrito oficial dijo que podía enviar a Jean una carta diciendo que después del arrebato de ayer lo había pensado mejor y que

quería participar en la cena, pero que esta tarde estaba comprometida, por lo que pedía a Jean que convenciese a Storeshnikov para que trasladase la cena; sobre el día ya se pondría de acuerdo con Jean. Leyó la carta, en la carta se percibía el convencimiento de que Storeshnikov ganaría la apuesta; que a él le resultaría enojoso aplazar su victoria. ¿Será suficiente esta carta? Por supuesto. En ese casó —sigue Julie con el mismo tono lentísimo de las notas oficiales— mandaré la carta con dos condiciones; usted puede aceptarlas o no aceptarlas. Si las acepta, mandaré la carta; si las rechaza, quemaré la carta, etc. Todo eso lo decía con ese mismo modo interminable que martirizaba al que ella había salvado. Por fin las condiciones. Son dos: «Primera: usted interrumpirá toda persecución de la joven de la que estamos hablando; segunda: usted dejará de mencionar su nombre en sus conversaciones.» «¡Sólo eso! —piensa el salvado—. Creí que ella exigiría Dios sabe qué, y sabe Dios lo que yo hubiera estado dispuesto a hacer.» Está de acuerdo, y en su cara se neta el entusiasmo de la facilidad de las condiciones, pero Julie no se deja ablandar con nada y sigue alargando y sigue explicando: «la primera es necesaria para ella, la segunda también para ella, pero aún más para usted. Yo aplazaré la cena una semana, luego otra semana, todo se olvidará, pero comprenda que los demás lo olvidarán solamente en el caso de que usted no lo recuerde mediante ninguna palabra sobre la joven, sobre la cual»; etc. Y sigue explicando, sigue demostrando, incluso que Jean recibirá la carta a tiempo —«me enteré, almuerza en casa de Berta», etc—, «irá a la casa de usted cuando termine de fumar su cigarro», etc.; y todo por el estilo; y por ejemplo así: «De modo que la carta se va a enviar, me alegro mucho. Tómese la molestia de leerla; yo no tengo confianza y no la exijo. La ha leído; tómese la molestia de pegarla, aquí tiene el sobre: Toca el timbre. Polina, usted haga el favor de entregar la carta, etc. «Polina, yo no he visto ahora a monsieur Storeshnikov, él no estuvo aquí —¿entiende?—. Aproximadamente una hora duró esa salvación tormentosa. Por fin, la carta fue enviada, y el salvado respira más libremente, pero está bañado en sudor, y Julie continúa.

—Dentro de un cuarto de hora tendrá que apresurarse para que Jean lo encuentre en casa. Pero puede disponer todavía de un cuarto de hora, y yo aprovecharé este tiempo para decirle unas cuantas palabras; usted seguirá o no seguirá el consejo que contienen, pero medítelo a fondo. No hablaré sobre las obligaciones de un hombre honrado con respecto a una muchacha cuyo nombre comprometió; conozco demasiado bien a nuestra juventud mundana para esperar alguna utilidad de la consideración sobre este lado de la cuestión. Sin embargo, yo considero que el casamiento Con la joven de la que estamos hablando, sería para usted conveniente. Como una mujer sincera, le expondré los fundamentos de este mi punto de vista con una plena claridad, aunque, algunos sean desagradables para su oído; por lo demás, bastará la menor insinuación suya para que me detenga. Usted es un hombre de carácter débil y está expuesto a caer en manos de una mujer mala que lo martirizará y jugará con usted. Ella es buena y noble, por lo que no lo ofendería. El casamiento con

ella, a pesar de su origen humilde, y en comparación con Usted, su pobreza, haría avanzar mucho su carrera. Ella, introducida en el gran mundo, con los medios financieros de usted, con su belleza, inteligencia y fuerza de carácter ocuparía en él un puesto brillante; son comprensibles las ventajas que se desprenden de ello para cualquier hombre. Pero, además de estas ventajas, que recibiría cualquier otro marido de una mujer así, usted, por los rasgos de su carácter, más que cualquier otro necesita una ayudar lo diré más directamente: una dirección. Pese cada palabra mía, cada palabra está basada sobre la observación de ella. No exijo confianza, pero le recomiendo meditar sobre mi consejo. Dudo mucho de que ella acepte su mano; pero si la aceptara, eso sería muy ventajoso para usted. No lo detendré más, tiene que darse prisa para llegar a casa.

VI

María Alexevna ya, por supuesto, no pretendió cambiar la idea de Verochka sobre la excursión, cuando vio que Mishka el tonto no era en absoluto tan tonto, sino que por poco la había engañado. Dejó a Verochka en paz, y ésta, al día siguiente, se fue sin obstáculo alguno a Gostiny dvor.

—Aquí está helando, no me gusta el frío —dijo Julie— hay que ir a alguna parte. ¿A dónde? Espere, ahora mismo volveré de esa tienda. Compró un velo espeso para Verochka. Póngaselo, así puede ir a mi casa sin miedo. Sólo que no levante el velo hasta que estemos a solas. Polina es muy discreta, pero no quiero que la Vea siquiera ella: La cuido demasiado, hija mía. En realidad, ella misma llevaba la capa y el sombrero de su doncella y se escondía bajo un velo espeso. Cuando Julie se calentó, escuchó todas las novedades de Verochka, ella contó sobre su encuentro con Storeshnikov —Ahora, querida hija mía, no hay ninguna duda de que le haga una proposición. Estas personas se enamoran hasta las orejas cuando es rechazada su galantería. ¿Sabe, hija mía, que usted lo trató como una coqueta experimentada? La coquetería —estoy hablando de una coquetería auténtica, no de sus imitaciones tontas y burdas; son repugnantes, como toda imitación mala de una buena cosa—, la coquetería es la inteligencia y el tacto aplicados a los asuntos de la mujer con el hombre. Por eso las muchachas completamente inocentes actúan sin intención como unas coquetas experimentadas, si tienen inteligencia y tacto. Puede que también mis consejos influyan en él, pero lo principal es su dureza. Sea como sea, le hará la proposición, le aconsejo aceptarla.

—¿Usted, que me dijo ayer: mejor morir que dar un beso sin amor?

—Mi querida hija, lo dije en un momento de arrebato; en un momento de emoción es cierto y bueno. Pero la vida es prosa y cálculo.

—¡No, jamás, jamás! ¡Él es repugnante, esto es repugnante! No me rebajaré, aunque me destrocen, me tiraré por la ventana, iré a pedir limosna… no daré mi mano a un hombre repugnante y bajo; no, mejor morir.

Julie empezó a explicarle las ventajas: «Se librará de las persecuciones de su madre y la amenaza de que la venda. Él no es malo, sino solamente corto; un marido corto y no malo es mejor que cualquier otro para una mujer lista con carácter; usted será la dueña en casa».

Con colores brillantes le describió la situación de las actrices, bailarinas, que no se someten a los hombres en el amor, sino que los dominan: «Esta es la mejor situación del mundo para una mujer, excepto la situación, cuando a la misma independencia del poder se añade, por parte de la sociedad, el reconocimiento normal de la legalidad de tal situación, es decir, cuando el marido se porta con la mujer como el admirador de la actriz con la actriz». Habló mucho, Verochka habló mucho, las dos se enardecieron, Verochka al final llegó hasta el éxtasis.

—Usted me llama soñadora, me pregunta qué quiero de la vida. No quiero ni

dominar ni someterme, no quiero ni engañar ni aparentar; no, quiero tomar en cuenta la opinión de los demás ni ambicionar lo que me recomiendan los demás, cuando a mí misma no me hace falta. No me acostumbré a la riqueza, yo misma no la necesito; ¿por qué tengo que buscarla solamente porque los demás piensan que es agradable a todos y que consiguientemente, tiene que serlo también para mí? Yo no estuve en la sociedad, no experimenté lo que significaba brillar, eso no me atrae todavía; ¿por qué tengo que sacrificar algo por una posición brillante; sólo porque, según la opinión de los demás, es agradable? No sacrificaré nada, no sólo a mí misma, sino ni el mero capricho por algo que no necesito yo misma. Quiero ser independiente y vivir como yo quiero; estoy preparada para lo que necesito; no quiero, y lo repito una vez más, no quiero lo que no necesito. No sé lo que necesito; usted dice: es usted joven, sin experiencia, con el tiempo cambiará; y qué, cuando cambie, cambiaré; pero ahora no quiero, no quiero, no quiero nada lo que no quiero. ¿Y pregunta qué quiero ahora? Es cierto, no lo sé. ¿Si quiero amar a un hombre? No lo sé; si ayer por la mañana, cuando me levantaba, no sabía que quisiera amarla a usted; unas cuantas horas antes de empezar a amarla, no sabía que la fuera a amar, no sabía qué sentiría cuando empezara a amarla. Así ahora, no sé qué sentiré si empiezo a amar a un hombre, solamente sé que no quiero someterme a nadie, quiero ser libre, no quiero sentirme obligada a nadie por nada, para que nadie pueda decirme: tú estás obligada a hacer para mí algo. Quiero hacer únicamente lo que desee hacer, y que los demás hagan lo mismo. No quiero exigir de nadie nada, no quiero limitar la libertad de nadie y yo misma quiero ser libre.

Julie escuchó y pensó, pensó y enrojecía —es que no pudo dejar de arder, cuando debajo de ella había fuego. Saltó y con una voz temblorosa dijo:

—¡Eso es, hija mía, eso es! Yo misma sentiría esto si no estuviera corrompida. No estoy corrompida por lo que les demás denominan a una mujer caída, por lo que había de mí, lo que sufrí, de lo que padecí, no estoy corrompida porque entregaron mi cuerpo a la deshonra, sino porque me acostumbré a la banalidad, al lujo, no tengo fuerzas para vivir por mí misma, necesito de los demás, halago, hago lo que no quiero; ésa es la corrupción. Olvida lo que te dije, hija mía: yo estaba corrompiéndote, ¡qué tormento! No puedo tocar nada limpio sin ensuciarlo; ¡huye de mí, hija mía, soy una mujer malvada, no pienses en el mundo! Allí todos son repugnantes, peores que yo: donde hay banalidad, hay asco; donde hay lujo, hay asco. ¡Huye, huye!

VII

Storeshnikov empezaba a pensar cada vez con más frecuencia: ¿y qué pasará si yo de verdad me caso con ella? Le ocurrió el caso muy corriente en la vida de personas no solamente débiles como él mismo, sino también con un carácter fuerte. Incluso ocurre en la historia de los pueblos: de estos casos están llenos los tomos de Hume y Gibbon, de Ranke y Thierry. La gente va empujándose en una dirección sólo porque no oyen estás palabras: «¿por qué no probáis, hermanos, empujaros en otra dirección?»; las oyen y empiezan a torcerse todos juntos a la derecha y van a empujarse en otra dirección. Storeshnikov oyó hablar y vio que los jóvenes ricos se buscaban muchachas pobres y bonitas como amantes, así que trató de convertir a Verochka en su amante. La otra palabra no se le ocurrió; oyó la otra palabra: «es posible casarse»; y él empezó a pensar sobre el tema «esposa», como antes pensó sobre el tema «amante».

Este es el rasgo común por el que Storeshnikov muy satisfactoriamente encarnaba en su persona nueve décimas partes de la historia del género humano. Pero los historiadores y los psicólogos dicen que en cada hecho particular la causa general «se individualiza» (según su expresión) por los elementos de lugar, de tiempo, de raza y de personalidad, como si estos elementos particulares fueran importantes; es decir, que todas las cucharas siguen siendo cucharas, pero cada uno se zampa su sopa o coles con aquella cuchara que tiene precisamente en su mano, y que hay que examinar precisamente esta cuchara. ¿Por qué no examinarla?

Lo principal lo dijo Julie (como si hubiera leído las novelas rusas, que hablan, siempre sobre ello): la resistencia despierta las ganas. Storeshnikov se acostumbró a soñar cómo «poseería» a Verochka. Igual que a Julie, me gusta llamar las cosas vulgares con los nombres directos del lenguaje vulgar y banal, en el que casi todos nosotros, constantemente pensamos y hablamos. Storeshnikov ya desde hace varias semanas estaba ocupado imaginándose a Verochka en distintas posturas y deseaba que estas imágenes fueran realidad. Resultó que ella no las realizaría como una amante, entonces que las realice como esposa; es igual. Lo fundamental no es el nombre, sino las posturas, es decir, la posesión. ¡Qué suciedad! ¡Qué, suciedad! «Poseer»; ¿quién se atreve a poseer a un hombre? Poseen una bata, unos zapatos. Tonterías: casi todos nosotros, los hombres, dominamos a alguna de vosotras, nuestras hermanas; otra vez tonterías: ¿qué hermanas sois vosotras? ¡Vosotras sois nuestras criadas! Algunas de vosotras, muchas, nos dominan; eso no quiere decir nada: también muchos criados dominan a sus señores.

Después del teatro los pensamientos sobre las posturas persiguieron a Storeshnikov con tanta fuerza como nunca antes. Al enseñar a sus amigos a la amante de su imaginación, vio que la amante era mucho mejor de lo que había pensado. Es que la mayoría de la gente valora con exactitud la belleza, lo mismo que la inteligencia o que cualquier otra cualidad, solamente según la valoración de los

demás. Cada uno ve que una cara hermosa es hermosa, pero hasta qué punto es hermosa, ¿cómo pueden entenderlo mientras el rango no esté confirmado con el título? En la galería o en las últimas filas de butacas, Verochka, desde luego, hubiera pasado desapercibida; pero cuando apareció en el palco del segundo balcón, muchos gemelos fueron dirigidos hacia ella; y cuántos elogios de ella oyó Storeshnikov, cuando, después de acompañarla, se dirigió al vestíbulo. ¿Y Serge? Él es un hombre con el gusto más refinado. ¿Y Julie? Oh no, cuando está a la vista una suerte como ésta, no hay que pararse en consideraciones sobre el nombre con que hay que «dominarla».

El amor propio se excitó junto con la lascivia. Pero el amor propio estaba herido: también de otro modo: «ella con dificultad se casará con usted». ¿Cómo? ¿No se casará con él, con este uniforme y con esta casa? No, mientes, francesa, se casará. Ya lo creo que se casará.

Hubo todavía otra razón de la misma índole: la madre de Storeshnikov, naturalmente, se opondrá al casamiento —la madre en este caso representa al mundo —, y Storeshnikov hasta ahora se subordinaba a su madre y, por supuesto, le pesaba su dependencia de ella. Para las personas sin carácter es muy atractiva la idea: «Yo no tengo miedo, tengo carácter.»

Desde luego, también tuve el deseo de progresar en su carrera mundana mediante su mujer.

A todo esto se añadía el hecho de que, aunque Storeshnikov tenía prohibido aparecer delante de Verochka en su papel de antes, algo lo obligaba a verla.

En una palabra, Storeshnikov pensaba cada día más firmemente casarse, y al cabo de una semana, cuando María Alexevna, un domingo, al volver de la última misa, estaba sentada y pensaba cómo cazarlo, él mismo vino con la proposición. Verochka no salió de su habitación, él pudo hablar solamente con María Alexevna. María Alexevna, por supuesto, dijo que ella, por su parte, lo consideraba un gran honor, pero, como una madre cariñosa, tenía que saber la opinión de su hija y rogaba venir a por la respuesta al día siguiente por la mañana.

—Bien, es maravillosa esta muchacha mía —decía a su marido María Alexevna, sorprendida por esta vuelta tan repentina del asunto—, mira cómo metió en un puño al joven. Y yo pensé, estuve pensando y no sabía qué inventar. Pensé que me iba a costar mucho esfuerzo atraerlo, pensé que todo estaba estropeado y mientras, mi pequeña no lo estropeó, sino que lo llevó a buen término; sabía cómo había que proceder. Es astuta, no hay nada que decir.

—El Señor da ingenio a los jóvenes —declaró Pavel Kenstantinych.

Él desempeñaba rara vez algún papel en la vida doméstica. Pero María Alexevna era una observadora severa de las buenas tradiciones, y en un caso tan ceremonioso como es el anunciar a su hija que le habían hecho una proposición, le indicó al marido aquel papel de honor que corresponde por derecho al cabeza de familia y al amo. Pavel Konstantinych y María Alexevna se sentaren en el sofá, como en el lugar

más solemne, y mandaren a Matrona para que se presentara la señorita ante ellos.

—Vera —empezó Pavel Kenstantinych—, Mijail Ivanych nos hace el honor de pedir tu mano. Nosotros contestamos como padres que te queremos, que no te obligaríamos, pero que, por un lado, nos alegrábamos. Tú, como una hija buena y obediente, que así siempre te hemos visto, puedes contar con nuestra experiencia para asegurarte que no pudimos pedirle a Dios un novio como éste, ¿estás de acuerdo, Vera?

—No —dijo Verochka.

—¿Qué dices, Vera? —gritó Pavel Konstantinych—. La cosa estaba tan clara que aún él, pudo gritar sin pedir consejo a su mujer de cómo proceder.

—¿Te has vuelto loca, tonta? ¡Atrévete a repetirlo, miserable, desobediente! —gritó María Alexevna, acercándose a la hija con los puños.

—Permítame, mamá —dijo Verochka, levantándose—, si me toca, me marcharé de casa; si me encierra, me tiraré por la ventana. Sabía cómo recibiría mi renuncia, y pensé lo que tenía que hacer. Siéntese y quédese sentada o me iré.

María Alexevna se sentó. «¡Qué tontería he hecho, la puerta de entrada no está cerrada con llave! El pestillo se abre en un segundo, si no la coges, se va. Si está loca.»

—Yo no me casaré con él. Sin mi consentimiento no podrán casarnos.

—Vera, te has vuelto loca —decía María Alexevna con una voz entrecortada.

—¿Cómo es posible? ¿Qué le diremos mañana? —de— día el padre.

—Ustedes no tienen la culpa de que yo no de mi consentimiento.

Unas dos horas duró la escena. María Alexevna se ponía furiosa, veinte veces empezaba a gritar y apretaba los puños, pero Verochka decía: «No se levante o me marcharé.» Hacían todo lo posible, pero no pudieron hacer nada. Todo se acabó, cuando entró Matrena y preguntó, si podía servir la comida; la empanada ya se había pasado.

—Piensa hasta la tarde, Vera, piénsalo mejor, tonta —dijo María Alexevna y susurró algo a Matrería.

—Mamá, usted quiere hacer algo conmigo, sacar la llave de la puerta de mi habitación o algo parecido. No haga nada: será peor.

María Alexevna dijo a la cocinera: «No hace falta.»

¡Qué monstruo es esta Verka! No se merece otra cosa que partirle la jeta, pegarla hasta que aparezca la sangre, pero ahora, ¿cómo pegarla? Se desfigurará; ¡maldita!

Fueron a comer. Almorzaron en silencio. Después de comer, Verochka se fue a su habitación. Pavel Konstintinych se acostó un rato, como siempre. Pero no logró dormirse: en cuanto que empezó a dormitar, entró Matrena y dijo que había venido un hombre de parte de la dueña; la dueña ruega a Pavel Konstantinych ir ahora mismo a verla. Matrena temblaba todo el tiempo como hoja de un árbol. ¿Por qué temblaba?

VIII

¿Y cómo puede dejar de temblar si fue ella la que había provocado toda esa desgracia? En cuanto que invitó a Verochka a ver a su papá y a su mamá, inmediatamente corrió a decir a la mujer del cocinero de la dueña que «vuestro señorito se había prometido con nuestra señorita». Llamaron a la segunda doncella de la dueña y empezaron a reprocharle que se portaba hostilmente, que no les había dicho hasta entonces nada; la segunda doncella no pudo entender qué secretos le estaban reprendiendo; se lo dijeron —«yo misma no oí decir nada»—, le pidieron perdón por haberle reprochado: injustamente esconder secretos; ella, corrió a comunicarle la novedad a la primera doncella, la primera doncella dijo: «Eso significa que él lo hizo en secreto para que su madre no supiera nada, va que yo no oí decir nada, Pero tengo que saber qué sabe Anna Petrovna.» Y se fue a comunicarlo a la señera. Esta es la historia que provocó Matrena. «¡Maldita lengua mía, ya me hizo mucho, daño! —pensó ella—. María Alexevna se enterará quien lo sacó de la casa.» Pero la cosa ocurrió de tal modo qué María Alexevna olvidó enterarse a través de quién había salido de la casa.

Anna Petrovna decía ah y oh, dos veces cayó desmayada a solas con la primera doncella: eso significa que estaba muy disgustada y mandó llamar a su hijo. El hijo entró.

—Michel, ¿es verdad lo que oigo? (Con un tono de sufrimiento y enfado.)

—¿Qué es lo que oyó, mamá?

—¿Que hiciste una preposición a esa… esa… esa… hija de nuestro administrador?

—Lo hice, mamá.

—¿Sin preguntar la opinión de tu madre?

—Quise preguntar si estaba de acuerdo cuando hubiera recibido el consentimiento de ella.

—Supongo que de su consentimiento podías estar más seguro que del mío.

—Mamá, así se hace ahora, que primero se enteran del consentimiento de la muchacha y luego habían con les parientes.

—¿Así se hace según tú? ¿Puede que según tú los hijos de buenas familias se casan, Dios sabe con quién, y las madres tienen que estar de acuerdo?

—Ella, mamá, no es Dios sabe quién; cuando la conozca, aprobará mi elección.

—«¡Cuando la conozca!» ¡No la conoceré jamás! «¡Aprobaré tu elección!» ¡Te prohíbo cualquier pensamiento sobre esa elección! ¿Me Oyes? ¡Te lo prohíbo!

—Mamá, eso no se hace ahora; no soy un niño pequeño pará que usted tenga que llevarme de la mano. Yo solo sé a dónde voy.

—¡Ah! —Anna Petrovna cerró los ojos.

Ante María Alexevna, Julie, Vercchka, Mijail Ivariych flaqueaba, puesto que ellas eran mujeres Con inteligencia y carácter; pero aquí, con respecto a la inteligencia, el

combate era igual, y si con respecto al carácter había un peso algo mayor del lado de la madre, el hijo pisaba un suelo más firme; hasta ahora temía a su madre por costumbre pero ambos recordaban bien que, en realidad, la dueña no era dueña, sino la madre del dueño, lo mismo que el hijo de la dueña no era el hijo de la dueña, sino el dueño. Por eso la dueña tardó en decir la palabra decisiva «prohíbo», alargaba la conversación, esperando que confundiría y fatigaría al hijo antes de que llegara a una batalla de verdad. Pero el hijo llegó ya tan lejos que no pudo volver, y él, por necesidad, tuvo que mantenerse.

—Mamá, le aseguro que no podría tener una hija mejor.

—¡Monstruo! ¡Asesino de tu madre!

—Mamá, vamos a pensar con sangre fría. Antes o despues hay que casarse, y un hombre casado tiene más gastes que uno soltero. Yo podría, si usted quiere, casarme con una mujer tal, que yo me llevara todas las rentas de la casa: Pero ella será una hija respetuosa, y nosotros podríamos vivir con usted como hasta ahora. —¡Monstruo! ¡Mi asesino! ¡Vete de mi vista! —Mamá, no se enfade; yo no tengo la culpa.

—¡Se casa con una gentuza así y no tiene la culpa! —Bien, ahora, mamá, me voy. No quiero que en mi presencia la llamen con estos nombres.

—¡Mi asesino! —Anna Petrovna se desmayó, y Michel se fue, contentó de lo valientemente que resistió la primera escena, que era la más importante.

Al ver que el hijo se iba, Anna Petrovna interrumpió su desmayó. ¡El hijo se está independizando decididamente! Como respuesta a «prohíbo» él explica que la casa Io pertenece. Anna Petrovna pensó, vertió, su dolor sobre la primera doncella, que en este caso compartía toramente los sentimientos de la; dueña en cuanto al desprecio por la hija del administrador, le pidió Consejo y mandó llamar al administrador.

—Hasta ahora he estado muy contenta con usted, Pavel Konstantinych; pero ahora, las intrigas, en las que usted, a lo mejor, no tomó parte, pueden obligarme a, rompor con usted.

—Su Excelencia, yo no tengo la culpa de nada, Dios me sea testigo.

—Desde hace tiempo sé que Michel corteja a su hija. No se lo impedí porque un joven no puede vivir sin distracciones. Soy benevolente con las travesuras de los jóvenes. Pero no permitiré la humillación de mi apellido. ¿Cómo se atrevió su hija a pensar en esto?

—Su Excelencia, ella no se atrevió a pensar en esto. Es una muchacha respetuosa, nosotros la educamos en el respeto.

—¿Eso qué significa?

—Ella, Su Excelencia, contra su voluntad no se atreverá nunca.

Anna Petrovna no dio crédito a sus oídos. ¿De verdad tendrá una suerte así?

—Usted tiene que conocer mi voluntad… No puedo dar consentimiento a un casamiento tan extraño, se puede decir, indecente.

—Lo comprendemos, Su Excelencia; Verochka lo comprende también. Así lo dijo

ella: yo no puedo, dice, enfadar a Su Excelencia.

—¿Cómo fue eso?

—Fue así, Su Excelencia, que Mijail Ivanovich expresó su intención a mi mujer, y mi mujer le dijo que yo, Mijail Ivanovich, no le diría nada hasta mañana por la mañana, y mi mujer y yo no teníamos la intención, Su Excelencia, de ir a verla y exponerlo todo, porque a estas horas tan tardías no nos atrevíamos a molestar a Su Excelencia. Y cuando Mijail Ivanovich se fue, se lo dijimos a Verochka, y ella dice: estoy con ustedes, papá y mamá, completamente de acuerdo, que nosotros no debemos pensar en eso.

—¿Así es la muchacha de sensata y honrada?

—Así, Su Excelencia; una muchacha respetuosa.

—Bien, me alegro mucho de que podamos quedar en amistad. Lo recompensaré por ello: Ahora sí estoy dispuesta a recompensarlo. ¿En la escalera principal, donde vive el sastre, el piso, parece, está libre?

—Dentro de tres días quedará libre, Su Excelencia. —Quédeselo. Puede gastar hasta doscientos rublos para el arreglo. También le subiré el sueldo en doscientos cuarenta rublos al año.

—Permítame besar la mano de Su Excelencia.

—Muy bien, muy bien. ¡Tatiana! —entró la primera doncella—. Traéme mi vestido azul de terciopelo. Se lo regalo a su mujer. Vale ciento cincuenta rublos (ochenta y cinco); me lo puse solamente dos veces (más de veinte). Esto se lo regajo a su hija —Anna Petrovna dio el administrador un reloj muy pequeño de señora— pagué por él trescientos rublos (ciento veinte). Sé recompensar y no lo olvidaré ni más adelante. Soy benevolente con las travesuras de los jóvenes.

Después de dejar salir al administrador, Anna Petrovna volvió a llamar a Tatiana.

—Llame a Mijail: Ivanovych. O no, mejor que vaya yo a él. Temió que la recadera transmitiera al sirviente de su hijo, y el sirviente a él el contenido de las noticias que había comunicado el administrador, y el olor se esfumara y no le diera a su hijo de pleno en las narices con sus palabras.

Mijail Ivanovich estaba acostado y se retorcía las puntas de su bigote no sin cierta satisfacción. «¿Y eso, por qué habrá venido aquí? Pero si yo no tengo las sales para los desmayos», pensó, levantándose cuando entró su madre. Pero él vio en su cara un triunfo desdeñoso.

Se sentó y dijo:

—Siéntese, Mijail Ivanovych, hablaremos —y durante largo rato lo miró con una sonrisa. Al final dijo:

—Estoy muy contenta, Mijail Ivanovych; adivine de qué estoy contenta.

—No sé qué pensar, mamá; usted parece tan extraña…

—Verá que no es nada extraño; piense, quizá acierte.

Otra vez hube un largo silencio. Él se confunde sin entender, ella disfruta con la victoria.

—Usted no puede acertar, se lo diré. Es muy sencillo y natural; si en usted hubiera sólo una pizca de un sentimiento noble, lo adivinaría. Su amante —en la conversación anterior, Anna Petrovna maniobraba, ahora va no había por qué maniobrar. El enemigo estaba privado de todo medio de vencer a su amante… No me contradiga, Mijail Ivanovych, usted mismo declaraba en todas partes que era su amante. Esa criatura de bajo origen, de baja educación, de bajo comportamiento, incluso esa criatura despreciable…

—Mamá, no quiero escuchar tales expresiones sobre la muchacha que será mi esposa.

—No las emplearía si supiera que ella sería su esposa. Pero yo empecé con el fin de explicarle que eso no pasaría y por qué no pasaría déjeme terminar: Entonces usted podrá censurarme por esas expresiones que luego estarán fuera de lugar, según su opinión, pero ahora déjeme terminar… Quiero decirle que su amante, esa criatura sin nombre, sin educación, sin comportamiento, sin sentimiento, incluso ella se avergonzó de usted, incluso ella entendió la indecencia de su intención…

—¿Qué? ¿Qué cosa, mamá, dice usted?

—Usted mismo me entretiene. Quise decirle que incluso ella entienda—, incluso ella supo comprender y apreciar mis sentimientos, incluso, ella, al conocer de su madre sobre su proposición, mandó con su padre a decirme que no se opondría a mi voluntad y no deshonraría nuestro apellido con su nombre sucio.

—Mamá, ¿me engaña usted?

—Para mi suerte y la suya, no. Ella dice que…

Pero Mijail Ivanovych ya no estaba en la habitación, ya estaba poniéndose el abrigo.

—¡Cógelo, Pedro, cógelo! —gritó Anna Pettovnar. Pedro abrió la boca ante una orden tan extraordinaria, mientras Mijail Ivanovych ya bajaba corriendo la escalera.

IX

—¿Qué hay? —preguntó María Alexevna a su esposo al entrar él.

—Estupendo, mujer; ya se enteró y dice: ¿cómo se atreven? Y le digo: nosotros no nos atrevemos, Su Excelencia, Verochka lo rechazó ya.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Así de pronto lo soltaste, burro?

—María Alexevna…

—¡Burro! ¡Infame! ¡Asesino! ¡Matón! ¡Aquí tienes! —el marido recibió una bofetada—. ¡Así hay que enseñar al idiota! —lo cogió por el pelo y empezó a arrastrarlo—. La lección duró bastante, porque Storeshnikov, después de las largas pausas y el aleccionamiento de su madre, que había entrado corriendo en la habitación, encontró a María Alexevna todavía en pleno furor de la enseñanza.

—Burro, no cerró siquiera la puerta; ¡en qué forma nos encuentran personas extrañas! ¡Debería darte vergüenza, cerdo! —solamente fue capaz de decir María Alexevna.

—¿Dónde está Vera Pavlovna? ¡Tengo que ver a Vera Pavlóvna ahora mismo! ¿Realmente me rechaza?

Las circunstancias eran tan difíciles que María Alexevna hizo solamente un ademán con la mano. Lo mismo le ocurrió a Napoleón después de la batalla de Waterloo, cuando el mariscal Grouchy se mostró tonto como Pavel Konstantinych, y La Fayette empezó a alborotar como Verochka. Napoleón también luchó y luchó, realizaba maravillas de arte, sin embargo no sirvió de nada y pudo solamente hacer un ademán con la mano y decir: renuncio a todo, haced lo que queráis tanto con vosotros mismos como conmigo.

—¡Vera Pavlovna! ¿Usted me rechaza?

—Juzgue usted mismo, ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¡Vera Pavlovna! La ofendí brutalmente, soy culpable, digno de castigo, pero no puedo soportar su rechazo…, etc., etc.

Verochka lo escuchó algunos minutos; al final tuvo que cortarlo, lo que resultó difícil.

—No, Mijail Ivanovych, basta; no siga más. No puedo estar de acuerdo.

—Si es así, le ruego una sola misericordia: usted ahora todavía siente muy vivamente cómo la ofendí… no me dé ahora la respuesta, de jeme tiempo para merecer su perdón. Me encuentra bajo, infame, pero mire, a lo mejor me corregiré, emplearé todas las fuerzas para corregirme. Ayúdeme, no me rechace ahora, de me tiempo, la obedeceré en todo. Verá cómo soy humilde; a lo mejor encontrará algo bueno en mí, de me tiempo.

—Me da lastima usted —dijo Verochka— veo la sinceridad de su amor (Verochka, eso no es todavía en absoluto el amor, eso es una mezcla de bajeza y suciedad; esto no es el amor; no quiere siempre a la mujer el hombre al que resulta desagradable aceptar su rechazo; el amor no es eso, pero Verochka todavía no lo sabe

y está conmovida); usted quiere que no le de la respuesta; cómo quiera. Pero le prevengo que este aplazamiento no servirá de nada; jamás le daré otra respuesta que no sea la que acabo de darte.

—Mereceré, mereceré otra respuesta; usted me salva —cogió su mano y empezó a besarla.

María Alexevna entró en la habitación y en el arrebato del sentimiento quiso bendecir a los hijos queridos sin formalidad, es decir, sin Pavel Konstantinych, luego llamarlo a él y bendecir solemnemente. Storeshnikov desechó la mitad de su alegría al explicarle con besos que Vera Pavlovna, aunque no esté de acuerdo, tampoco lo rechazó y aplazó la respuesta. Es malo, pero aun así es bueno en comparación con lo que hubo.

Storeshnikov volvió a casa victorioso. De nuevo entró en escena el tema de la casa, y de nuevo Anna Petrovna tuvo que desmayarse.

María Alexevna decididamente no sabía qué pensar sobre Verochka. La hija hablaba y aparentemente procedía decididamente contra sus intenciones. Pero resultó que la hija venció todas las dificultades que no había podido superar María Alexevna. A juzgar por el curso del asunto resultó que Verochka quería lo mismo que ella, María Alexevna; sólo que, como una persona sabia y refinada, elaboraba su materia de una manera diferente. Pero si es así, por qué no dice a María Alexevna: mamá, yo pretendo lo mismo que usted, quédese tranquila. ¿O está ya tan enfadada con su madre que hasta la misma cosa en la que ambas deberían actuar de acuerdo, quiere llevar a cabo sin su madre? Que tarde en dar la respuesta, eso lo comprende María Alexevna. Quiere amaestrar totalmente al novio, de tal forma que no se atreva sin ella ni a respirar, y conseguir la sumisión de Anna Petrovna. Evidentemente, es más astuta que la misma María Alexevna. Cuando María Alexevna pensó en estas cosas, los pensamientos la llevaban precisamente a este punto de vista. Pero sus ojos y su oídos constantemente testimoniaban contra eso. Y mientras tanto, ¿qué hacer si su punto de vista está equivocado, si la hija realmente no quiere casarse con Storeshnikov? Es una bestia tal que no sé sabe cómo domarla. Según todas las probabilidades, la Verka indigna no quiere casarse. Eso es incluso indudable. El sentido común de María Alexevna era demasiado fuerte como para engañarse mediante sus propias meditaciones astutas sobre Verochka, como sobre una intrigante refinada. Pero esta muchacha lo maneja de tal forma que si sale la cosa (y sabe Dios qué tiene en la cabeza, puede que incluso esto), entonces, de verdad, será una dueña absoluta del marido, de su madre y de la casa. ¿Qué más queda por hacer? Esperar y mirar, no hay otra cosa que hacer. Ahora Verka todavía no quiere, pero se acostumbrará, por capricho incluso querrá, también se podrá asustarla un poco… ¡Sólo que a tiempo!; pero ahora hay solamente que esperar hasta que llegue ese tiempo. Y María Alexevna esperó. Pero era tentadora esa idea, censurada por su sentido común, de que la misma Verka lleve el asunto hasta la boda. Todo, exceptuando las palabras y el proceder de Verochka, confirmaba esa idea: el novio se había quedado como una seda. La madre

del novio lucho durante tres semanas, pero el hijo la vencía con la casa, y ella empezaba a conformarse. Expresó el deseo de conocer a Verochka, pero Verochka no fue a verla. En un primer momento, María Alexevna pensó que estando ella en el lugar de Verochka, procedería más inteligentemente, iría, pero luego comprendió que no ir era mucho más inteligente. Oh, ¡es una muchacha astuta! Y realmente: al cabo de unas dos semanas, Atina Petrovna misma vino bajo el pretexto de ver el nuevo arreglo del nuevo piso, se comportó con frialdad, con una amabilidad sarcástica. Verochka se retiró a su habitación después de sus dos o tres frases punzantes; antes de que se fuera, María Alexevna no pensó que fuera necesario marcharse, pensó que debería contestar a mordacidades con mordacidades, pero cuando Verochka se marchó María Alexevna lo entendió enseguida: sí, irse era lo mejor de todo, que lo acabe el hijo, eso era mejor. Al cabo de dos semanas, Anna Petrovna volvió a venir y ahora ya sin presentar pretextos para la visita, dijo simplemente que había venido de visita, y en presencia de Verochka no habló mordazmente.

Así pasaba el tiempo. El novio hacía regalos a Verochka: se hacían a través de María Alexevna y, desde luego, se quedaron en ella, como el reloj de Anna Petrovna, aunque no todos; otros, los más baratos, los entregaba María Alexevna a Verochka como, cosas que se habían quedado desempeñadas: era necesario que el novio viera algunas de sus cosas en la novia. Las veía y se convencía de que Verochka había decidido dar su consentimiento, en caso contrario no hubiera aceptado sus regalos, ¿por qué tarda tanto? Él mismo lo comprendía y María Alexevna le mostraba por qué: ella está esperando a que Anna Petrovna se acostumbre a la idea del todo… Y él con un celo duplicado fustigaba a su madre; era una ocupación que le proporcionaba no poca satisfacción.

De este modo dejaban a Verochka en paz; estaban pendientes de ella. Este servilismo de perros le resultaba repugnante, procuraba estar con su madre lo menos posible. La madre ya no se atrevía a entrar en su habitación, y cuando Verochka estaba allí, es decir, casi el día entero, no la molestaban. A Mijail Ivanovych le permitía a veces entrar en su habitación. Él era obediente como un niño; le ordenaba leer, y él leía con diligencia, como si se estuviera preparando para un examen. Sacaba poco provecho de la lectura, pero de todas formas algo sacaba; ella procuraba ayudarle con conversaciones, eso le resultaba más comprensible que los libros, y hacía algunos progresos, muy pequeños y lentamente, pero los hacía. Ya empezó a tratar a su madre un poco más decentemente que antes, en vez de fustigarla prefería mantenerla sujeta por las riendas.

Así pasaron tres o cuatro meses. Había armisticio, había tranquilidad, pero cada día podía; desatarse la tormenta, y Verochka estaba con el corazón en vilo por una espera tan pesada; si no hoy, entonces mañana, Mijail Ivanovych o María Alexevna vendrán exigiendo el consentimiento; no van a esperar un siglo. Si quisiera componer unos enfrentamientos espectaculares, daría a esta trama un desenlace formidable; pero no estaba en el asunto. Si quisiera intrigar mediante lo desconocido, no diría

ahora que no pasó nada semejante. Pero yo escribo sin artilugios y por eso digo de antemano: no habrá ningún desenlace formidable, la trama se desenredará sin tormentas, sin truenos, sin rayos.

CAPÍTULO SEGUNDO
EL PRIMER AMOR Y EL MATRIMONIO LEGAL

I

Es sabido cómo acababan antes semejantes situaciones: una muchacha excelente en una familia despreciable, un novio impuesto a la fuerza, un hombre vulgar que a ella no le gusta, que por sí mismo es un hombre canalla y con el tiempo se haría un canalla cada vez mayor, pero, permaneciendo a la fuerza junto a ella, se somete a ella y poco a poco se va convirtiendo en un hombre no bueno, pero tampoco malo. La muchacha empezó con que no se casaría con él; pero gradualmente se iba acostumbrando a tenerlo bajo su mando y, convenciéndose de que de dos males —un marido así y una familia como la suya el marido era el mal menor, empezaba a contentar a su admirador. Al principio le resultaba repugnante, cuando se daba cuenta qué significaba contentar a alguien sin amor; pero el marido era obediente: con paciencia vendrá el amor, y ella se iba convirtiendo en una dama buena y corriente, es decir, en una mujer que por sí misma era buena, pero se había conformado con la vulgaridad y terminaba llevando una vida sin sentido. Eso es lo que ocurría antes a las muchachas excelentes, eso es lo que les ocurría antes también a los muchachos excelentes que no dejaban de convertirse en buenas personas, pero que terminaban también no haciendo nada útil. Así ocurría antes, porque personas decentes había muy pocas; así de insignificantes, por lo visto, eran antes las cosechas de gentes decentes. Pero no se puede vivir siglos solo o sola sin sucumbir, y así sucumbían o se conformaban con la vulgaridad.

Pero ahora, cada vez más frecuentemente, aparecían otros casos. Las personas decentes empezaban a conocerse y, claro, tiene que ocurrir eso cada vez más frecuentemente, ya que el número de personas decentes aumenta conreada nuevo año. Y con el tiempo esto será el caso más normal y todavía con más tiempo no habrá otros casos, porque toda la gente será gente decente. Entonces se estará muy bien.

Verochka está bien ya ahora. Yo por eso también cuento (con su consentimiento) su vida, ya que, por lo que sé, ella es una de las primeras mujeres cuya vida se formó bien. Los primeros casos tienen un interés histórico. La primera golondrina interesa mucho a los habitantes del Norte.

La ocasión a partir de la cual empezó a formarse su vida bien, fue la siguiente. Había que preparar para el bachiller al hermano pequeño de Verochka. El padre empezó a preguntar a sus compañeros del departamento por un profesor barato. Uno de los compañeros le recomendó al estudiante de medicina Lopujov.

Cinco o seis veces estuvo Lopujov en su nueva clase antes de que Verochka y él llegaran a verse. Él estaba sentado con Fedia a un lado de la casa, ella al otro, en su habitación. Pero en la academia se acercaban los exámenes; él trasladó las clases de la mañana a la tarde, porque por las mañanas tenía que estudiar, y cuando llegó por la tarde, encontró a toda la familia tomando el té.

En el sofá estaban los personajes conocidos: el padre, la madre del alumno, al lado de la madre, en la silla, el alumno, y un poco más lejos un personaje desconocido: una muchacha alta, esbelta, bastante morena, con el pelo negro —«un pelo bonito, espeso», con los ojos negros— «unos ojos bonitos, incluso muy bonitos», con un tipo de cara meridional —«como de Malorrusia; o espera, más bien incluso un tipo caucasiano; bien, una cara muy hermosa, sólo que muy fría, eso ya no es meridional; la salud es buena; nosotros, los médicos, disminuiríamos si el pueblo fuera así. Sí, el color es sano y el pecho ancho, éste no conocerá el estetoscopio. Cuando entre en el mundo, producirá un impacto. Por lo demás, no me interesa».

También ella miró al profesor, que acababa de entrar. El estudiante ya no era un muchacho, era un hombre de estatura mediana o algo más alta que mediana, con el pelo castaño oscuro, con los rasgos de cara regulares, incluso hermosos, con una mirada orgullosa y audaz «no es feo, y seguramente es bueno, sólo que demasiado serio».

Ella no añadió a los pensamientos: «por lo demás no me interesa», porque no pudo considerar siquiera la posibilidad de que se interesara por él. ¿Acaso Pedia no le habló tanto de él, que ya estaba cansada? «Él es bueno, hermana, sólo que es poco hablador. Yo le dije, hermana, que usted era nuestra belleza, y él, hermana, dijo: “¿y qué?”, y yo hermana, dije “es que todos quieren a las bellezas”, y él dijo: “todos los tontos las quieren”, y yo dije: “¿es que usted nos las quiere?”, y él dijo: “yo no tengo tiempo”. Y yo le dije, hermana: ¿así que usted no quiere conocer a Verochka?, y él dijo: “yo tengo bastantes conocidas aun sin ella”. Todo esto lo contó Fedia pronto después de la primera clase y luego contó siempre lo mismo, con distintas añadiduras: y yo le dije ahora, hermana, que todos la miraban Cuándo estaba en algún sitió, y él, hermana, dijo: “y bien, estupendo”, y yo le dije; ¿y usted no quiere mirarla?, y él dijo: “ya la veré”. O, “luego”. Y yo le dije, hermana, qué manos tan pequeñas tenía usted, y él, hermana, dijo: “usted tiene gana de charlas; ¿acaso no puede hacerlo entonces sobre algo más interesante?”»

Así el profesor se enteró por Fedia sobre todo lo que había que saber sobre la hermana; él no dejaba a Fedia charlar sobre los asuntos familiares; ¿pero cómo impedirá usted a un niño de nueve años decirle todo sin asustarlo? Logra interrumpirlo en la quinta palabra, pero ya es tarde, puesto que los niños empiezan sin

rodeos, van directamente al grano del asunto; y junto con otras explicaciones de diferentes asuntos familiares, el profesor oyó éstos comienzos de charlas: «Y mi hermana tiene un novio rico. Y mamá dice: el novio es tonto.» «Y mamá trata al novio tan bien.» «Y mamá dice: la hermana cazó al novio hábilmente.» «Y mi mamá dice: yo soy astuta, pero Verochka lo es más.» «Y mi mamá dice: nosotros echáremos de casa a la madre del novio», etc.

Era natural que con estas informaciones, los jóvenes tuvieran pocas ganas de conocerse, aunque nosotros, hasta ahora solamente, sabemos que eso era natural de parte de Verochka. Ella no se encontraba en tal grado de desarrollo como para tratar de «vencer a los salvajes» y de «domar a aquel oso»; tampoco estaba con ánimos para ello: Se alegraba de que la dejaran en paz. Era una persona destrozada y atormentada que consiguió afortunadamente reclinarse de tal forma que la mano lastimada se calmara y no sintiera el dolor en el costado, y que temía moverse para que no volviera el dolor en todas las articulaciones. ¿Cómo va a entablar nuevas amistades, y encima con los jóvenes?

Sí, Verochka está así. ¿Y él? Él es un salvaje, a juzgar por las palabras de Fedia, y su cabeza está repleta de libros y de preparados anatómicos, que constituyen el placer más agradable, el alimento más sabroso para el espíritu de un buen estudiante de medicina. ¿O acaso Fedia lo desfiguró?

II

No, Fedia no lo desfiguró; Lopujov realmente era un estudiante que tiene la cabeza repleta de libros —que qué libros, eso lo veremos por las investigaciones bibliográficas de Mária Alexevnay de preparados anatómicos. Sin llenarse la cabeza de los preparados no se puede ser un profesor, y Lopujov contaba con ello. Pero tal como vemos por las informaciones que comunicó Fedia sobre Verochka, Lopujov no la conocía demasiado bien. Del mismo modo, también hay que completar las informaciones que transmitió Fedia sobre el profesor, para conocer bien a Lopujov.

Por su situación financiera, Lopujov pertenecía a esa pequeña minoría de los estudiantes de medicina que no viven de la ayuda de la caja del Estado y que no pasan hambre ni frío. Cómo y de qué vive la enorme mayoría de estos estudiantes, eso lo sabe Dios, pero para la gente eso es inescrutable. Pero nuestra narración no pretende ocuparse de gente a la que faltan productos comestibles, por lo que recordará solamente en dos o tres palabras la época, cuando Lopujov se encentraba en una situación así de incómoda.

Sí, pero no se encontraba en esta situación mucho tiempo, unos tres años, incluso menos. Hasta que, llegó a la Academia de Medicina se educó en la abundancia. Su padre, un burgués de Riazan, vivía, de acuerdo Con el cualificativo de burgués, con holgura, es decir, su familia no tenía coles con carné solamente los domingos e incluso tomaba el té todos los días. Pudo de alguna manera mantener a su hijo en el bachiller; de todas formas, desde los quince años, el hijo lo hacía más fácil con algunas clases. Para mantener a su hijo en Petersburgo, les recursos del padre no eran suficientes; aun así, durante los primeros dos años, Lopujov recibía de su casi treinta y cinco rublos al año y otros tantos ganaba copiando documentos sobre él libre arrendamiento en el barrio de Vyborg; entonces eran cuando vivía pobremente. E incluso en eso tenía la culpa: le concedieron una beca, pero él inició una pelea y tuvo que alejarse a un modo inferior de sustentarse. Cuando estaba en el tercer curso, sus asuntos empezaron a mejorar. El ayudante del inspector de policía le propuso unas clases, luego empezaron a encontrarse otras, y así ya desde hace un año vivía en un piso, pero no en una habitación, sino en dos —eso significa que no vivía pobremente — con otro afortunado; como él, Kirsanov. Ambos eran buenos amigos. Ambos se acostumbraron pronto a abrirse el camino con su propio esfuerzo, sin tener ninguna ayuda; y, en general, había entre ellos muchas cosas parecidas, de modo qué al encontrarlos por separado; parecían dos personas con el mismo carácter. Y cuando se los veía juntos, se notaba que, aunque los des eran personas sólidas y muy abiertas, Lopujov era un poco más reservado, mientras que su compañero era un poco más expansivo. Nosotros vemos ahora solamente a Lopujov. Kirsanov aparecerá mucho más tarde. Y dejando aparte a Kirsanov, sobre Lopujov solamente se puede decir lo que habría que repetir también sobre Kirsanov. Por ejemplo, Lopujov estaba ahora ocupado más que de otra cosa, de cómo organizar su vida después de terminar el

curso, del que le quedaban solamente unos cuantos meses, lo mismo que a Kirsanov; y el plan sobre el futuro era en los dos el mismo.

Lopujov sabía con seguridad que sería médico interno en uno de los hospitales militares de Petersburgo —eso se considera una gran suerte— y que pronto recibiría una cátedra en la Academia. No quería ocuparse de la práctica. Es un rasgo interesante. En los últimos diez años, empezó a aparecer entre algunos de los mejores estudiantes de medicina la tendencia a no ocuparse después de terminar los estudios de la práctica, que era lo único que daba al médico los medios para vivir desahogadamente, sino que a la primera ocasión dejaban la medicina por una de sus ciencias auxiliares, por fisiología, química o algo parecido. Y eso que cada una de estas personas sabía que, ocupándose de la práctica, a los treinta años tendría una fama considerable, a los treinta y cinco la vida asegurada, a los cuarenta y cinco tendría riqueza. Pero ellos piensan de otra manera: se puede observar que la medicina se encuentra todavía en tal estado de infancia, que todavía no se debe curar, sino solamente ir preparando a los médicos futuros el material para poder curar. Y ellos, para el bien de su ciencia querida —son muy aficionados a calumniar la medicina, sólo que dedican to— das sus fuerza para su bien renuncian a la riqueza, incluso a la suficiencia y están en los hospitales, haciendo, ¿qué le parece?, unas observaciones interesantes para la ciencia: cortan las ranas, abren cientos de cadáveres todos los años y a la primera ocasión se procuran un laboratorio químico. El grado de rigor con el que cumplen esta decisión noble depende, por supuesto, de cómo va su vida doméstica. Si no lo necesitan para su familia, no empiezan siquiera a ocuparse de la práctica, es decir, casi se abandonan a la miseria. Pero si lo exige la situación familiar, entonces abren una consulta sólo en la medida, necesaria para sostener a la familia, es decir, en una proporción muy pequeña, y tratan únicamente a personas que están enfermas de verdad y a las que se puede curar con el actual estado lamentable de la ciencia, es decir, tratan a unos enfermos completamente desventajosos. A esta clase de gente pertenecían Lopujov y Kirsanov. Este año debían terminar el curso y anunciaron que iban a hacer (o; como se dice en la Academia: pasar) el examen directamente para obtener el título de doctor en medicina. Ahora ambos trabajaban en las disertaciones doctorales y hacían perecer cantidades ingentes de ranas; ambos escogieren como su especialidad el sistema nervioso y, propiamente dicho, trabajaban juntos; pero para la disertación, el trabajo estaba dividido: el uno anotaba entre el material para su disertación los hechos que habían observado con respecto a una cuestión, y el otro que habían observado con respecto a otra cuestión.

No obstante, va es hora, por fin, de hablar solamente de Lopujov. Hubo una época en que fue un auténtico juerguista; ero era cuando estaba unas veces sin té, otras sin zapatos. Unos tiempos así son muy favorables para juergas, no sólo desde el punto de vista de la predisposición, sino también de la posibilidad: beber es más barató que comer y vestirse. Pero la juerga era la consecuencia de la angustia de Una pobreza insoportable, nada más. Ahora ya desde hace tiempo no había, otro hombre que

llevara una vida más rigurosa, y no sólo con respecto al vino. Antes, Lopujov tenía muchas aventuras amorosas. Una vez, por ejemplo, ocurrió que se enamoró, de una bailarina ambulante. ¿Qué hacer?, pensó y se fue a verla a su casa. «¿Qué desea usted?» «Me manda el conde con una carta.» El criado consideró sin problema el uniforme de estudiante como un uniforme de escribiente o uno especial de ordenanza. «Deme la carta. ¿Esperará la respuesta?» «El conde mandó esperar.» «¡Este es, éste es! Grita siempre de tal modo que distingo su voz incluso desde el camarín. ¿Cuántas veces lo llevaron, a la policía por escándalo en mi honor?» «Dos veces.» «Poco. ¿Bien, por qué está aquí?» «Para verla.» «Estupendo. ¿Y qué; más?» «No lo sé. Lo que quiera.» «Yo sé lo que quiero. Quiero desayunar. Vea, el servicio está sobre la mesa. Siéntese usted también» Trajeron otro servicio. Ella se rió de él, él se rió de sí mismo. Él es joven, no feo, no tonto —incluso original—, ¿por qué no hacer travesuras?

Las travesuras duraron dos semanas, luego dijo ella: «¡váyase!». «Yo ya también quería, pero me resultaba incómodo.» «¿Eso significa que nos despedimos como amigos?» Se abrazaron una vez más, y en paz. Pero eso fue hace mucho tiempo, hace tres años, ahora, desde hace dos años ya, dejó todas esas andanzas.

Además de los compañeros y dos o tres profesores que veían en él a un buen científico, se veía solamente con las familias donde daba clases. Pero con estas familias solamente se veía; temía como al fuego la familiaridad y se comportaba de un modo muy seco y frío con todas las personas qué componían estas familias, excepto con sus pequeños alumnos y alumnas.

III

Así que Lopujov entró en la habitación, vio a la familia sentada detrás de la mesa de té, incluyendo a Verochka. Por supuesto, también la familia vio, y con ellos también Verochka vio, que en la habitación entró el profesor.

—Le ruego que se siente —dijo María Alexevna—. Matrena, trae otro vaso.

—Si es para mí, se lo agradezco, pero no voy a tomar el té.

—Matrena, no hace falta el vaso. (¡Un joven bien educado!) ¿Por qué no quiere tomarlo? Debería tomar un poco.

Estaba mirando a María Alexevna, pero, de pronto, como si fuera a propósito, dirigió su mirada a Verochka; y puede, que realmente fuera a propósito. A lo mejor él se dio cuenta de que ella había encogido ligeramente los hombros. «Pero si él vio que me puse colorada.»

—Gracias; tomo el té solamente en casa. «Con todo, no es ningún salvaje, cuando entró, se inclinó un poco, con soltura» —anota alguien, para sus adentros a un lado de la mesa—. «Con todo, si es una muchacha corrompida, entonces, al menos, se avergüenza de la vulgaridad de su madre» —anota alguien al otro lado de la mesa.

Pero Fedia pronto terminó de tomar el té y se fue a estudiar. De esta manera, el resultado más importante dé la tarde fue que María Alexevna se formó una opinión favorable sobre el profesor, al ver que su azucarera; probablemente, no sufriría un gran perjuicio a causa del traslado de las clases de la mañana a la tarde.

Al cabo de dos días, el profesor otra vez encontró a la familia tomando el té y otra vez se negó a tomarlo, con lo que había tranquilizado definitivamente a María Alexevna, Pero esta vez vio detrás de la mesa otra cata nueva: al oficial ante el cual hacía Zalamerías María Alexevna. «Será el novio.»

Y el novio, de acuerdo con su uniforme y su casa, consideró necesario no simplemente ver al profesor, sino, al verlo, medirlo de pies a cabeza con una mirada negligente y lenta, como es costumbre en la buena sociedad. Pero en cuanto que empezaba a mirarlo de arriba abajo, sintió que el profesor no es que estuviera también mirándolo de arriba abajo, sino incluso algo peor; lo miraba directamente a los ojos, pero tan insistentemente, que el novio, en vez de seguir con las mediciones, dijo:

—Ciertamente es difícil su oficio, monsieur Lopujov, me refiero al oficio de doctor.

—Sí, difícil.

—Y sigue mirándolo directamente a los ojos.

El novio notó que con la mano izquierda, sin saber por qué, estaba jugando con el segundo y el tercer botón comenzando por arriba de su uniforme. Ahora bien, si la cosa llegó hasta los botones, eso significaba que ya no había otra salvación que apurar rápidamente el vaso para pedirle a María Alexevna Otro.

—Usted lleva, si no me equivoco, el uniforme del regimiento tal.

—Sí, sirvo en el regimiento tal —contesta Mijail Ivanych.

—¿Lleva mucho tiempo sirviendo?

—Nueve años.

—¿Entró usted directamente en ese regimiento?

—Directamente.

—¿Tiene usted a su mando una compañía o todavía no?

—No, no la tengo todavía. (Pero si él me interroga, como si me presentara ante él como un ordenanza). —¿Espera recibirla pronto?

—No, todavía no.

—Así es. —El profesor lo consideró suficiente e interrumpió la conversación, después de mirar una vez más insistentemente a les ojos del ordenanza imaginario.

«Con todo, con todo» —piensa Verochka—, ¿qué significa ese «con todo»? Al final encontró qué significaba ese «con todo». Con todo se porta, como sé portó Serge cuando vino entonces con la buena de Julie. ¿Cómo que es un salvaje? ¿Pero por qué habla tan extrañamente sobre las muchachas, de que a las bellezas las quieren los tontos y, y, qué es «y» —encontró qué significaba ese «y»—, y por qué no quiso oír nada sobre mí?; ¿dijo que «no era interesante»? —Verochka, teca algo al piano, Mijail Ivanych y yo escucharemos —dijo María Alexevna, cuando Verochka coloca sobre la mesa el segundo vaso.

—Bueno.

—¿Y no podría cantar algo, Vera Pavlovna? —añade con un tono suplicante Mijail Ivanych.

—Bueno.

Sin embargo, este «bueno» se asemeja a «Yo estoy dispuesta sólo para desembarazarme» —piensa el pro— fesor—. Y la verdad es que ya lleva aquí sentado cinco minutos y, aunque no la miró, sabe que no le dirigió al novio ninguna mirada, excepto ahora, cuando le contesta. Y entonces lo miró exactamente igual que a su madre y a su padre, fríamente y sin niguna amabilidad. Aquí algo no es tal como lo contó Fedia. Por lo demás, lo más probable es que la muchacha es realmente orgullosa y fría, que quiere entrar en el gran mundo para dominar y brillar; le resulta desagradable que no encontrara a un novio mejor; pero, despreciando al novio, acepta su mano, porque no hay otra mano que la lleve allí donde quiere entrar. Por otra parte, es algo interesante.

—Fedia, termina pronto —apuntó su madre.

—No le de prisa, María Alexevna, quiero escuchar, si Vera Pavlovna me lo permite.

Verochka tomó, la primera partitura que encontró, incluso ni miró qué era. Abrió el cuaderno, otra vez, donde le cayó la mano, y se puso a tocar maquinalmente; lo mismo da, toque lo que toque, sólo que se libre pronto. Pero la composición tenía sentido, era algo de una ópera decente, y pronto, la interpretación de la muchacha cobró alma. Al terminar, quiso levantarse.

—Pero usted prometió cantar, Vera Pavlovna; si pudiera, le pediría que cantara

Rigoletto (ese invierno estaba de moda la donna é mobile).

—Como quiera. Verochka cantó la donna é mobile, se levantó y se fue a su habitación.

«No, no es una muchacha fría sin corazón. Es interesante.»

—¿Verdad que es bonito? —dijo Mijail Ivanych al profesor ya con voz sencilla y sin mirarlo de arriba abajo; es que no es necesario estar en malas relaciones con gente que interroga a los ordenanzas. ¿Por qué no hablar sin pretensiones con el profesor para que no se enfade?

—Sí, bonito…

—¿Usted entiende de música?

—Algo.

—¿Y es usted mismo músico?

—Un poco.

María Alexevna, que escuchaba la conversación, tuvo una feliz idea.

—¿Y qué toca usted, Dmitri Sergueich? —preguntó ella.

—El piano.

—¿Puedo rogarle qué haga el favor de tocar algo?

—Con mucho gusto.

Tocó una composición. No tocó de un modo fuera de serie, pero, de todos modos, no estaba mal.

Cuando estaba por terminar la clase, María Alexevna se le acercó y dijo que para él día siguiente preparaban una velada pequeña, el cumpleaños de su hija, y que ella le rogaba venir.

Está claro, faltan caballeros, como es propio de unas veladas así. Pues bien, examinará más de cerca a esa muchacha, si tiene o le pasa algo interesante. «Se lo agradezco mucho, vendré.» Pero el profesor se equivocó:

María Alexevna tenía para él un papel más importante que el de ocuparse de las chicas.

Lector, tú, por supuesto, sabes ya de antemano que en esa velada habrá una declaración, que Verochka y Lopujov se enamorarán. Desde luego, así es.

IV

María Alexevna tuvo la intención de hacer una gran fiesta el día del cumpleaños de Verochka, pero Verochka suplicó que no invitaran a nadie. Una tenía ganas de organizar la exposición del novio, a la otra le resultaba pesada esa exposición. Acabaron acordando hacer una velada muy pequeña, invitar solamente a los conocidos más íntimos. Invitaron a los compañeros (por supuesto, a los más adelantados en rangos y a los más elevados en cargos) de Pavel Konstantinych, a dos amigas de María Alexevna, a tres muchachas que eran más amigas de Verochka que otras.

Al observar a los invitados reunidos, Lopujov vio que caballeros no faltaban: junto a cada muchacha estaba un joven candidato a novio o ya novio. Parece que a Lopujov lo invitaron no en calidad de caballero; ¿por qué entonces? Luego recordó que a la invitación había precedido el examen de su interpretación al piano. Por lo visto lo invitaron para reducir los gastos al no llamar a un pianista. «Bien, pensó — que perdone María Alexevna»—, y se acercó Pavel Konstantinych.

—Y bien, Pavel Konstantinych; ya es hora de organizar el *whist*: ve, losviejedtos se están aburriendo.

—¿Y usted, a cuál juega?

—A cualquiera.

Enseguida se formó una partida, y Lopujov se sentó a jugar. La academia en el barrio de Vyborg es el establecimiento clásico por lo que se refiere a las cartas. Allí no es nada raro que en algún número (es decir, en la habitación de los estudiantes becarios) jueguen un día y medio seguido. Hay que reconocer que las sumas que se encuentran sobre las mesas de juego son mucho más reducidas que en el Club inglés, pero el nivel artístico de los jugadores es más elevado. En su tiempo, es decir, el tiempo sin dinero, Lopujov jugó asiduamente.

—Madames, ¿eso qué es? —jugar por turno, bien; pero así quedamos solamente siete; faltará un caballero o una dama para la cuadrilla.

El primer robber se terminó cuando una de las chicas, la más desenfadada, corrió hacia Lopujov.

—Monsieur Lopujov, usted tiene que bailar.

—Con una condición —dijo, levantándose e inclinándose.

—¿Cuál?

—Le pido la primera cuadrilla.

—¡Oh! Dios mío, para la primera estoy comprometida; la segunda, si no le importa.

Lopujov hizo otra inclinación profunda. Des de los caballeros jugaban por turno. La tercera cuadrilla Lopujov se la pidió a Verochka; la primera la bailó ella con Mijail Ivanych, la segunda él con la muchacha desenfadada.

Lopujov observó a Verochka y se convenció definitivamente de su anterior

opinión equivocada sobre ella como sobre una joven sin corazón, que se casa por un cálculo frío con el hombre al que desprecia. El vio ante sí a una muchacha corriente que con toda el alma bailaba y reía a carcajadas. Sí, para vergüenza de Verochka hay que decir que era una muchacha corriente a la que le gustaba bailar. Insistió que no hubiera ninguna velada, pero la velada se hizo, pequeña y sin exposición, eso significa, no desagradable, para ella, y ella —lo que no esperaba en ningún caso—, olvidó su dolor. Gen esa edad, una no quiere estar triste, una quiere correr, reírse y alegrarse tanto, que la menor posibilidad de olvidar hace olvidar por algún tiempo el dolor. Lopujov estaba ahora predispuesto, en su favor, pero todavía no comprendía muchas cosas. Le interesó lo extraño de la situación de Verochka.

—Monsieur Lopujov, en absoluto esperé que lo viera bailar —empezó ella.

—¿Por qué? ¿Acaso es tan difícil bailar?

—En general, desde luego, no; para usted, naturalmente, sí.

—¿Por qué para mí?

—Porque conozco su secreto, el suyo y el de Fedia: usted desdeña a las mujeres.

—Pedia no comprendió, del todo correctamente mi secreto. No desdeño a las mujeres, sino las rehúyo. ¿Y sabe por qué? Tengo una novia muy celosa que, para obligarme a rehuirlas, me contó el secreto de ellas.

—¿Usted tiene una novia?

—¡Eso sí que es inesperado! Un estudiante y ya está comprometido. ¿Es guapa, está enamorado de ella? —Sí, es bella, y la quiero mucho.

—¿Es morena o rubia?

—Eso no puedo decirlo. Es un secreto.

—Bueno, dejémosla, si es un secreto. ¿Pero qué secreto de las mujeres le reveló para obligarle a rehuir su compañía?

—Ella observó que no me agradaba estar de mal humor, y me susurró un secreto suyo tal que no puedo ver a una mujer sin que me ponga de mal humor; por eso rehúyo a las mujeres.

—¿Usted no puede ver a una mujer sin ponerse de mal humor? Desde luego, no es usted un modelo en decir cumplidos.

—¿Cómo decírselo de otra forma? Compadecer significa estar de mal humor.

— ¿Acaso somos tan lamentables?

—¿Acaso usted no es una mujer? Basta que le diga solamente su deseo más íntimo, y usted estará de acuerdo conmigo. Es un deseo común de todas las mujeres.
—Diga, diga.

—Es éste: «¡Oh, cómo me gustaría ser un hombre!» No encontré a ninguna mujer en la que hubiera sido imposible rastrear este secreto íntimo. Y en gran parte no hace falta buscarlo, ella lo declara directamente, incluso sin ninguna apelación, en cuanto que la mujer se trastorne por algo, enseguida oyes algo así: «¡Somos unas pobres criaturas, las mujeres!» o: «El hombre no es en absoluto lo mismo que la mujer» o incluso así, con las palabras directas: «Ah, ¿por qué no soy un hombre?»

Verochka sonrió: es cierto, eso se puede oír de toda mujer.

—Ya ve lo lamentable que son las mujeres, que si se cumpliera el deseo íntimo de cada una de ellas, en el mundo no quedaría ni una mujer.

—Sí, eso parece —dije Verochka.

—Lo mismo que no quedaría en el mundo ningún pobre, si se cumpliera el deseo íntimo de cada pobre. Ya ve lo lamentable que son las mujeres. Tan lamentables como los pobres. ¿A quién le resulta agradable el ver a los pobres? Exactamente así me resulta desagradable, ver a las mujeres desde que conocí su secreto. Y me lo reveló mi novia celosa el mismo día del compromiso. Hasta entonces me agradaba mucho estar en compañía de las mujeres; después de ello, ocurrió todo lo contrario. La novia me curó.

—Su novia es una muchacha buena y lista; ¡sí, las mujeres somos unas criaturas lamentables, pebres! —dijo Verochka—. ¿Pero quién es su novia? Habla usted tan enigmáticamente.

—Este es mi secreto que ni Fedia se lo dirá. Comparto totalmente el deseo de los pobres, que no los haya; y alguna vez se cumplirá ese deseo, puesto que tarde o temprano seremos capaces de organizar la vida de tal forma que no haya pobres; pero…

—¿No los habrá? —lo interrumpió Verochka—. Yo misma pensé que no los habría; pero cómo se hará eso, eso no supe inventarlo. Diga, ¿cómo?

—Yo solo no sé decirlo; eso lo sabe contar solamente mi novia; yo aquí solo, sin ella, puedo decir únicamente: ella se preocupa de ella, ella es muy fuerte, es la más fuerte en el mundo. Pero nosotros no hablamos de ella, sino de las mujeres. Estoy totalmente de acuerdo con el deseo de los pobres que no los haya en el mundo, porque esto lo hará mi novia. Pero no estoy de acuerdo con el deseo de las mujeres de que no las haya en el mundo, porque este deseo no se puede realizar; no estoy de acuerdo con algo que no se pueda realizar. Pero yo tengo otro deseo: quisiera que las mujeres se hicieran amigas de mi novia; ella se preocupa también por ellas, lo mismo que se preocupa por muchas cosas, por todo. Si se hicieran sus amigas, yo no tendría motivo para compadecerlas. Y en ellas desaparecería el deseo de «¡Por qué rib nací hombre!» Conociéndola a ella, las mujeres no estarían peor que los hombres.

—¡Monsieur Lopujov! ¡Otra Cuadrilla! ¡Sin falta!

—Estupendo —le apretó la mano, pero tan tranquila y seriamente como si él fuera su amiga o ella su compañero—. ¿Cuál?

—La última.

—Bien.

María Alexevna se deslizó varias veces junto a ellos durante el baile.

¿Qué pensó María Alexevna sobre esa conversación, si la oyó? Nosotros, que la oímos entera, desde el comienzo hasta el final, diremos que una conversación así durante el baile es muy rara.

Llegó la última cuadrilla.

—Todo el tiempo estuvimos hablando de mí solo —empezó Lopujov—, pero eso es muy descortés por mi parte, hablar solamente de mí. Ahora quiero ser cortés y hablar sobre usted, Vera Pavlovna. Sabe, yo tenía sobre usted una opinión mucho peor que usted sobre mí. Pero ahora… bueno, eso después. Sin embargo, no sé contestar a una cosa. Contésteme usted. ¿Será pronto su boda?

—Nunca.

—Eso es lo que yo pensaba en las últimas tres horas, desde que dejé la mesa de juego. ¿Pero por qué él se considera su novio?

—¿Por qué se considera mi novio? ¿Por qué? No, no puedo decírselo, me resulta difícil: Pero puedo decir otra cosa: me da lastima. Me quiere tanto. Usted diría: hay que decirle francamente lo que pienso sobre nuestra boda. Yo se lo dije; él contesta: no diga nada, eso me mata, cállese.

—Esta es la segunda razón; la primera, que usted no quiere decirme, se la puedo decir yo: su situación en la familia es terrible.

—Ahora es llevadera. Ahora no me atormenta, nadie, esperan y me dejan o casi me dejan sola.

—Pero eso no puede continuar así por mucho tiempo. Empezarán a molestarla. ¿Entonces, qué?

—Nada. Ya pensé en ello y me decidí. Entonces no me quedaré aquí. Puedo ser actriz. ¡Qué vida tan envidiable! ¡Independencia! ¡Independencia!

—Y los aplausos.

—Sí, también eso es agradable. Pero lo principal es la independencia. Hacer lo que yo quiera, vivir como yo quiera, no preguntar a nadie, no pedir a nadie nada, no necesitar de nadie, de nadie. ¡Así quiero vivir!

—¡Así es, así es bueno! Ahora le pediré una cosa: yo me enteraré cómo hacerlo, a quién hay que dirigirse, ¿sí?

—Gracias —Verochka le apretó la mano—. Hágalo pronto, tengo tantas ganas de salir cuanto antes de esta situación abominable, insoportable, humillante. Yo digo: «Estoy tranquila, puedo aguantarlo». ¿Y es que en realidad es así? ¿Acaso no veo lo que se hace en mi nombre? ¿Acaso no sé lo que piensan todos los que están aquí? Es una intrigante, se las está arreglando, quiere ser rica, quiere entrar en la gran sociedad, brillar, tendrá a su marido en un puño, lo dominará, lo engañará; ¿acaso no sé que todos piensan de mí eso? ¡No quiero vivir así, no quiero! —De repente se puso seria—. No se ría de lo que voy a decirle: me da lastima, me quiere tanto.

—¿La quiere? ¿La mira así, como yo, o no? ¿Es ésta su mirada?

—Usted mira directa y sencillamente. No, su mirada no me ofende.

—Ve, Vera Pavlovna, eso es porque… Pero da lo mismo. ¿Así la mira?

Verochka enrojeció y callaba.

—Eso significa que no la quiere. Eso no es amor, Vera Pavlovna.

—Pero… —Verochka no terminó y se paró.

—Usted ha querido decir: ¿entonces, qué es esto, si no es amor? Eso ya es

indiferente. Pero que no es amor, eso lo dirá usted misma. ¿A quién quiere más de todos? —hablo de otro amor, no de éste— me refiero a sus parientes, a sus amigas.

—Me parece que a nadie particularmente. A nadie demasiado. Aunque no, hace poco conocí a una mujer muy extraña. Me habló muy mal de sí misma, me prohibió seguir siendo amigas. Nos vimos por un asunto totalmente especial. Dijo que cuando llegara a una situación extrema, una situación cuya única salida fuera la muerte, que entonces me dirigiera a ella, en otro caso, no. A ella la quise mucho.

—¿Desearía usted que ella hiriera por usted algo que fuera para ella desagradable o perjudicial?

Verochka sonrió.

—¿Cómo es posible?

—Bueno, imagínese que usted necesitara mucho que ella hiciera por usted algo, y ella le dijese: «Si lo hago, eso me atormentará». —¿Repetiría usted su exigencia, empezaría a insistir?

—Antes me moriría.

—Así usted misma dice que esto es amor. Sólo que este amor es simplemente un sentimiento, no una pasión. ¿Y qué es la pasión? ¿Cómo se distingue la pasión de un sentimiento sencillo? Por la fuerza. Eso quiere decir que, si con un sentimiento Sencillo, débil, demasiado débil en comparación con la pasión, el amor la coloca en tal relación con un hombre que usted dice: «Preferible morir que ser causa de un tormento para él». Si un sentimiento sencillo habla así, ¿qué dirá la pasión, que es mil veces más fuerte? Ella dirá: «Moriré antes de (no es que se trate de pedir, no es que se trate de rogar), moriré antes de permitir que este hombre haga por mí algo, excepto lo que le resulte a él agradable; antes moriré que permitir que él por mí se obligue a hacer algo, se limite en algo.» Esta es la pasión, la que habla así, esto es el amor. Y si la pasión no es así, entonces es una pasión, pero no es en absoluto el amor. Ahora me marcho de aquí. Lo dije todo, Vera Pavlovna.

Verochka le apretó la mano.

—Hasta luego. ¿No me felicita? Si es el día de mi cumpleaños.

Lopujov la miró.

—Puede ser… puede ser. Si no se equivocó, es bueno para mí.

V

«Tan pronto, tan inesperadamente —piensa Verochka, sola en su habitación, después de terminar la velada—. Hablamos por primera vez y nos compenetramos tanto. Media hora antes no nos conocíamos y al cabo de una hora nos compenetramos tanto. ¡Qué extraño!»

No, eso no es en absoluto extraño, Verochka. Personas como Lopujov poseen unas palabras mágicas que atraen hacia ellas cada criatura ofendida y dolorida. Es que su novia les sugiere esas palabras. Pero lo que de verdad es extraño, Verochka —sólo que no a ti ni a mí—, es que estés tan tranquila. Siempre dicen que el amor es un sentimiento inquietante. Y tú te dormirás con tanta calma, como un niño, y no te desconcertará ni intranquilizará ningún sueño; quizá sueñes con los alegres juegos infantiles, con las prendas, con las pelotas o, a lo mejor, con las danzas, sólo que también alegres, despreocupadas. A los demás les resulta extraño; tú no sabes que es extraño, y yo sé que no es extraño. La inquietud en el amor —no el mismo amor— la inquietud en el amor significa que algo no es como debe ser; el amor mismo es alegre y despreocupado.

«Qué extraño —piensa Verochka—, yo misma había pensado en todo eso, había sentido lo que él decía tanto sobre los pobres como sobre las mujeres y sobre cómo había que amar; ¿de dónde lo había sacado yo? ¿O estaba en los libros que había leído? No, allí no está así. Allí está todo o con dudas o con algunas reservas, y todo resulta más bien extraordinario, improbable. Como los sueños bonitos que no se realizarán. Y me pareció que era sencillo, lo más sencillo de todo, que era lo más normal, algo sin lo cual no se podía vivir, que todo eso sería exactamente así, que era lo más correcto de todo. Y yo pensé que eran los mejores libros. Pero si en la misma George Sand, tan amable, con tan buenas costumbres, y todo son meros sueños. O los nuestros; no, en los nuestros ya en ningún caso hay nada de eso. O en Dickens, en él lo hay, sólo qué él, parece, no tiene esperanza; solamente lo desea, porque es bueno, pero él mismo sabe que eso no puede ser. ¿Cómo es posible que no sepan que sin ello no se puede, que de verdad hay que hacerlo y que sin falta se hará, para que nadie en absoluto sea ni pobre ni desgraciado? ¿Acaso no lo dicen? No, a ellos les da solamente lastima, y ellos creen que en realidad todo seguirá tal como ahora, será un poco mejor, pero, por lo demás, seguirá lo mismo. Lo que yo pensé, eso no lo dicen. Si hubieran dicho eso, yo sabría que las personas inteligentes y buenas pensaban así. Y, mientras, me parecía que así pensaba yo sola, porque era una muchacha tontita, que, además de mí, tontita, nadie pensaba así, nadie esperaba que fuera así de verdad. Y él dice que su novia lo explicó a todos los que la querían, que sería precisamente tal como me había parecido y lo explicó tan claramente que todos ellos empezaron a ocuparse de que fuera así cuanto antes. ¡Qué lista es su novia! Sólo que, ¿quién es ella? Lo averiguaré, sin falta lo averiguaré. Sí, se estará bien cuando no haya pobres, nadie forzará a nadie, todos serán alegres, buenos, felices…»

Con esto Verochka se durmió y dormía profundamente, sin soñar con nada.

No, Verochka, no es extraño que lo medites y lo tomes todo tan a pecho, tú, una muchacha sencilla, que no oíste siquiera los nombres de las personas que empezaron a enseñar que eso tenía que ser así, que no podía no ocurrir; no es extraño que hayas entendido y hayas tomado tan a pecho los pensamientos que no pudieron presentártelos claramente tus libros. Tus libros los escribieron personas que aprendieron esos pensamientos cuando no eran más que pensamientos. Esos pensamientos parecían asombrosos, encantadores y nada más. Ahora, Verochka, estos pensamientos ya se ven claramente en la vida y otras personas escribieron otros libros; estas personas consideran que estos pensamientos son buenos, pero no hay nada, asombroso en ellos. Y ahora, Verochka, estos pensamientos flotan en el aire como el aroma en los campos cuando llega la época de las flores; penetran en todas partes. Los oíste incluso de tu madre embriagada, cuando te decía que había que vivir y por qué había que vivir mediante el engaño y el robo; ella quería hablar en contra de tus pensamientos, mientras que ella misma los desarrolló; los oíste de una francesa corrompida y descarada que arrastraba tras sí a su amante, como si fuera su doncella, hacía de él todo lo que se le ocurriera, y de todas formas, bastaba qué volviera en sí, y se daba cuenta que no tenía voluntad propia, que tenía que halagar, obligarse, que era muy difícil —cómo si no viviese con su Serge que era bueno, delicado, benevolente —, y a pesar de todo decía: «incluso a mí, tan mala, me resultan malas estas relaciones». Ahora, Verochka, no es difícil hacerse con estos pensamientos que tienes tú. Sin embargo, otros no los toman en serio, pero tú te los tomaste así; eso es bueno, pero tampoco extraño. ¿Qué de extraño tiene que tú quieras ser una personá libre y feliz? Es un deseo, no es ningún descubrimiento como para romperse la cabeza, no es ninguna hazaña heroica.

Lo que sí es extraño, Verochka, es que haya gente que no tenga este deseo, que tenga unos deseos totalmente distintos a ellos. Desde luego, les resultarían extraños, amiga mía, estos pensamientos, con los que te duermes la primera noche de tu amor, que después de pensar sobre ti misma, sobre tu querido, sobre tu amor, te trasladaste a otros pensamientos: todas las personas teñían que ser felices y había que contribuir a que ello llegara cuanto antes. Tú no sabes que esto es extraño; y yo sé que esto no es extraño, que es lo único natural, lo único humano, simplemente humano. «Yo siento alegría y felicidad» significa «quiero que todos sean alegres y felices»; humanamente, Verochka, estas dos ideas son lo mismo. Eres una muchacha buena; no eres una muchacha tonta; pero, perdóname, no encuentro en ti nada asombroso; posiblemente, la mitad de las chicas que conocí y conozco, y, posiblemente, más de la mitad —no las conté, y también son muchas para contarlas— no son peores que tú, algunas, incluso mejores; así que perdona.

A Lopujov le parece que eres una muchacha asombrosa; ya es así. Pero no es asombroso que le parezca eso, es que se enamoró de ti. Y no hay nada asombroso que se enamorara: es posible enamorarse de ti; y ya que se enamoró, tiene que parecerle

eso.

VI

María Alexevna se deslizaba junto a su hija y el profesor durante el primer baile; durante el segundo no apareció cerca de ellos, porque como señora de la casa estaba toda ocupada con la preparación de los aperitivos a modo de cena. AI terminar ese trabajo, preguntó por el profesor, él profesor ya no estaba.

Al cabo de dos días, el profesor vino a dar la clase. Trajeron el samovar, lo que siempre ocurría a la hora de la clase. María Alexevna entró en la habitación, donde el profesor estaba con Fedia; antes invitaba a Fedia Matrona; et profesor quiso quedarse en su sitio, porque él, como se sabe, no toma el té y, mientras, revisará el cuaderno de Fedia, pero María Alexevna le rogó sentarse con ellos, tenía que hablar con él. Él se levantó y se sentó detrás de le mesa de té.

María Alexevna empezó a preguntarle sobre la capacidad de Fedia, sobre qué colegio era mejor, sobre si no sería mejor colocar al chico en un internado. Eran unas preguntas muy naturales, sólo que ¿no se hacían un poco pronto? Durante esta conversación le pidió con tanta obstinación y amabilidad que tomara un poco de té que Lopujov cedió y renunció a su regla y cogió un vaso. Verochka tardó en salir de su habitación, por fin salió, ella y el profesor intercambiaron inclinaciones, como si no hubiera nada entre ellos, y María Alexevna seguía charlando sobre Fedia. Luego de improviso, comenzó bruscamente a hablar sobre el profesor mismo preguntando quién era, qué era, cómo eran sus padres, si tenían fortuna, cómo vivía él, cómo pensaba vivir. El profesor respondía breve e indeterminadamente, que tenía padres, que vivían en provincia, gente sin fortuna, él mismo vivía de las clases, se quedaría como médico en Petersburgo; en una palabra, de todo eso no se sacaba nada. Al ver esta tenacidad, María Alexevna procedió más directamente:

—Usted dice que se quedará aquí como médico; y los doctores aquí, gracias a Dios, pueden vivir; ¿no piensa todavía en una vida familiar o tiene una muchacha a la vista?

¿Qué es eso? El profesor ya casi había olvidado su novia fantástica, quiso decir: «no tengo a ninguna a la vista», pero se acordó: «Pero si ella escuchaba». Le resultó todo ridículo; ¡qué tontería había inventado entonces! Inventó una alegoría y no era necesario. Y por allí dicen que la propaganda es perjudicial; ya se ve qué efecto tuvo en ella la propaganda cuando el corazón era puro y no predispuesto a lo perjudicial; bueno, lo oyó y lo comprendió; ¿qué hacer?

—Claro, la tengo —dijo Lopujov.

—¿Y está comprometido o todavía no?

—Estoy comprometido.

—¿Está comprometido formalmente o sólo así, que hablaron ustedes entre sí?

—Comprometido formalmente.

¡Pobre María Alexevna! Oyó las palabras «mi novia», «su novia», «la quiero mucho», «es bella» y se tranquilizó; por lo que se refería a la posible galantería por

parte del profesor, y la segunda cuadrilla pudo dedicarla completamente al trabajo con los aperitivos a modo de cena. Pero tenía ganas de conocer de una manera más profunda y más sólida la historia tranquilizadora. Continuó con las preguntas; la verdad es que a todo el mundo le gustan las conversaciones tranquilizadoras. Y en todo caso es interesante; es que todo es interesante. El profesor contestaba seriamente, aunque, de acuerdo con su regla, con brevedad ¿es guapa su novia? Extraordinariamente. ¿Hay dote? Ahora no, pero recibirá una gran herencia. ¿Grande? Muy grande. ¿Cómo de grande? Muy grande. ¿Como cien mil? Mucho más. ¿Y cuánto? Para qué hablar de ello, es suficiente decir qué mucho. ¿En dinero? También en dinero. ¿A lo mejor también en propiedades? Sí, hay algo también en propiedades: ¿Pronto? Pronto. ¿Y la boda será pronto? Pronto. Así hay que hacerlo, Dmitri Sergueich, antes de que reciba la herencia, porque si no, habrá más novios de lo necesario. Completamente cierto. Pero qué suerte le mandó Dios, que no la atraparan otros. Así es; todavía casi nadie sabe que ella debe recibir una herencia. ¿Y él se enteró? Se enteró. ¿Y cómo? Él, hay que reconocerlo, hace tiempo iba detrás de ello, y bien, lo encontró. ¿Y se enteró bien? No faltaría más, él mismo comprobó los documentos. ¿Él mismo? Él mismo. Por allí también empezó. ¿Por allí empezó? Por supuesto, quien está en su sano juicio, no da un paso sin documentos. Es cierto, Dmitri Sergueich, no da. ¡Qué suerte! Seguramente, por las oraciones de sus padres. Seguramente.

El profesor ya antes había resultado agradable a María Alexevna porque no tomaba el té. Por todo se veía que era un hombre sólido, serio; hablaba poco, tanto mejor, no es un botarate. Pero lo que decía, eso lo decía bien, particularmente, lo que se refería al dinero; pero el otro día por la noche vio que el profesor era incluso un hallazgo muy bueno por la total imposibilidad de galantería con respecto a las chicas en las familias donde daba clases. Esta total imposibilidad rara vez sé encuentra én personas tan jóvenes. Y ahora estaba completamente satisfecha con él. ¡De verdad; un hombre tan sólido! Y no se jactó de que tuviera una novia rica: había que sacar de él cada palabra con tenazas. ¡Y cómo la husmeó! ¡Se ve que desde hace tiempo había pensado buscarse una novia rica y mira cómo se aferró a ella! Este, se puede decir, sabe ocuparse de sus asuntos. Incluso empezó directamente por los documentos, y así lo dice. «Sin eso, dice, no se puede hacer nada quien no está en su sano juicio» —¡Un joven de una seriedad extraordinaria!

Verochka, al principio, con dificultad contenía una sonrisa demasiado visible, pero poco a poco empezó a parecerle (¿cómo empezó a parecerle? ¡No, no es así, no es así!) que Lopujov, aunque respondía a María Alexevna, no hablaba con María Alexevna, sino con ella, Verochka, que de María Alexevna se burlaba, que sólo a ella, a Verochka, le decía la verdad, y sólo con ella hablaba en serio.

¿Sólo le pareció eso a Verochka o era así en realidad? ¿Quién sabe? Él lo sabía, y ella lo supo; y a nosotros no nos hace falta saberlo; nosotros necesitamos solamente hechos. Y el hecho era que Verochka, al escuchar a Lopujov, al principio sonreía,

luego en serio pensó que él no hablaba con María Alexevna, sino con ella, y sin bromas, que a ella le decía la verdad. Y María Alexevna que escuchó a Lopujov desde el principio seriamente se volvió hacia Verochka y dijo: «Verochka, bija mía, ¿por qué estás todo el tiempo tan huraña? Ahora conoces a Dmitri Sergueich, debes pedirle que te acompañe al piano y tú debes cantar.» Pero el significado de estas palabras era: «Lo estimamos mucho, Dmitri Sergueich, y deseamos que sea usted un amigo íntimo de nuestra familia; y tú, Verochka, no debes rehuir a Dmitri Sergueich, yo diré a Mijail Ivanych que él tenía ya novia, y Mijail Ivanych no tendrá celos.» Eso era para Verochka y pata Dmitri Sergueich —ahora ya incluso en los pensamientos de María Alexevna, él no era «el profesor», sino «Dmitri Sergueich»—; para, la misma María Alexevna, sus palabras tuvieron un tercer significado, el más natural y auténtico: «Hay que ser cariñosa con él; al fin y al cabo, la amistad con él, cuando sea rico, puede ser útil, granuja.» Este era el significado general de las palabras de María Alexevna para María Alexevna, y además del significado general, había en ellas también un significado particular: «al ser cariñosa con él, empezaré a decirle que somos gente pobre, que nos resulta difícil pagarle un rublo de plata por una clase». Todos estos significados tenían las palabras de María Alexevna. Dmitri Sergueich dijo que ahora mismo terminaría la clase y luego con gusto tocaría el piano.

VII

Muchos significados tenían las palabras de María Alexevna y no tuvieron menos resultados. Con respecto a su significado particular para ella misma, es decir, con respecto al ahorro de la paga por las clases, María Alexevna consiguió mayor éxito de lo que ella misma había esperado. Cuando, después de dos clases, entabló la conversación sobre el tema de que eran gente pobre, Dmitri Sergueich se puso a regatear, regateó fuertemente, por mucho tiempo no cedía, por mucho tiempo se mantenía sobre los setenta y cinco copecs (entonces todavía había, si se acuerdan, monedas de setenta y cinco copecs); María Alexevna misma no esperó bajar más, pero, por encima de sus esperanzas, consiguió rebajar la paga a sesenta copecs por clase. Parecía que el significado particular de sus palabras —la esperanza de rebajar la paga contradecía a su opinión sobre Dmitri Sergueich (no sobre Lopujov, sino sobre Dmitri Serguich) como sobre un zorro codicioso. ¿Por qué razón un avaro iba a renunciar a su dinero por nuestra pobreza? Y si Dmitri Sergueich renunció a ese dinero, entonces, propiamente, habría que decepcionarse de él, ver en él a un hombre ligero y, por consiguiente, perjudicial. Desde luego, así habría juzgado, si se tratara de un asunto ajeno. Pero el hombre ya está hecho de tal forma que le resulta difícil juzgar sus asuntos según la regla general: prefiere hacer excepciones en su favor. Cuándo el secretario colegiado Ivanov asegura al consejero colegiado Ivan Ivanych de que le es fiel en alma y cuerpo Ivan Ivanych sabe por sí mismo que no se puede esperar de nadie una fidelidad en alma y cuerpo, y lo sabe tanto mejor; ya que, particularmente, Ivanov vendió cinco veces a su propio padre a precio módico, con lo cual superó al mismo Ivan Ivanych que había llegado a vender a su padre solamente tres veces; no obstante, Ivan Ivanych cree que Ivanov le es fiel, y al mismo tiempo no le cree, y es benevolente con él por eso, aunque no se lo cree, y le permite que lo embauque, lo que significa que a pesar de todo se lo cree, aunque al mismo tiempo no se lo cree. ¿Qué se puede hacer con esta característica del corazón humano? Es mala, es perjudicial; pero María Alexevna no estaba exentó, por desgracia, de este defecto que padecen casi todos los avaros, astutos y sinvergüenzas. Esto tiene remedio: únicamente en dos tipos extremos de una característica moral: cuando el hombre es ya un sinvergüenza transcendental, la octava maravilla del mundo de la virtuosidad picaresca, al estilo de Ali pachá Ianinski, Jezzar pachá de Siria, Mohamed Ali de Egipto que engañaban a los diplomáticos europeos y (Jezzar) al mismo Napoleón el Grande con tanta facilidad, como a los niños, dado que la falsedad creció en el hombre como una armadura absolutamente segura a través de la cual no se puede llegar a ninguna debilidad humana: ni a la ambición ni a la vanidad ni a la avidez del poder ni al amor propio ni a nada. Pero héroes de la falsedad como éstos hay extraordinariamente pocos, no se encuentran casi en los países europeos, donde la virtuosidad de la bribonada se va estropeando ya con muchas debilidades humanas. Por lo tanto, si le enseñan a un socarrón, y dicen: «Mire, a ese hombre no lo engañará

nadie», apueste con valor diez rublos contra uno a que usted, aunque no sea un hombre astuto, engañará a aquel socarrón en cuanto quiera, y apueste con mayor valor aún cien rublos contra uno a que él mismo se queda con un palmo de narices en alguna ocasión, ya que engañarse a sí mismos es él rasgo más común en el carácter de los astutos. En eso fueron modelos Luis Felipe y Metternich y con qué gracia salieron con un palmo de narices de París y de Viena para les lugares lejanos de la perdición y a otros muy distantes lugares bucólicamente tranquilos. Y qué astuto era Napoleón I —mucho más astuto que aquellos dos, y además de la astucia, poseía, según dicen, un cerebro genial— y con qué habilidad se engañó a sí mismo para llegar a Elba; incluso eso le pareció poco, quiso ir más lejos y logró arrastrarse hasta Santa Elena. Y mira que era difícil —casi imposible— y consiguió superar todos los obstáculos para llegar a Santa Elena. Lea la «Historia de la campaña de 1815», de Charras. Es hasta conmovedora aquella obstinación y aquel arte con que se arrastraba hasta allí, engañándose a sí mismo. Ay, ni María Alexevna estaba privada de esta inclinación perjudicial.

Hay poca gente a la que sirve de armadura contra el engaño una perfección acabada en engañar a los demás. Por otra parte, hay mucha gente a la que en este sentido sirve con seguridad una simple honradez de corazón. Según el testimonio de todos los Vidaucs y de todos los que eran como Vanka el Caín no hay nada más difícil que embaucar a un hombre honrado y sincero, si tiene algo de juicio sano y de experiencia de la vida cotidiana. A personas inteligentes y honradas es imposible engañarlas por separado. Pero sufren otra clase, igualmente perjudicial, de esta debilidad: están sometidas a un engaño colectivo. El truhán no puede engañar a ninguna de ellas; pero todos ellos en conjunto, están constantemente dispuestos a ser engañados. Y los truhanes, cuando están solos fácilmente se dejan engañar; en grupo con dificultad caen en un engaño. En esto consiste todo el secreto de la historia universal.

Pero resultará superfluo que nos adentremos en la historia universal. Dado que te ocupas de la narración, ocúpate de la narración.

El primer resultado de las palabras de María Alexevna fue el abaratamiento de las clases. El segundo resultado que que por el abaratamiento del profesor (es decir, ya no del profesor, sino de Dmitri Sergueich), María Alexevna se confirmó más aún en su buena opinión sobre él como sobre un hombre sólido. Llegó incluso al convencimiento de que las conversaciones con él serían útiles para Verochka, que inclinarían a Verochka al casamiento con Mijail Iványch. Esta conclusión era ya muy brillante, y María Alexevna no habría llegado a ella consu inteligencia, pero tropezó con una prueba tan clara que era imposible no darse cuenta de la utilidad que tenía para Verochka la influencia de Dmitri Sergueich. Cómo tropezó con esta prueba, eso lo veremos enseguida.

El tercer resultado de las palabras de María Alexevna era, por supuesto, aquel que Verochka y Dmitri Sergúeich empezaron, con su permiso y estímulo, a pasar juntos

bastante tiempo. Después de terminar la clase, a las ocho, Lopujov se quedaba en casa de los Rozalski unas dos o tres horas más; jugaba a las cartas con la madre de la familia, con el padre de la familia y con el novio; hablaba con ellos; tocaba el piano, y Verochka cantaba o Verochka tocaba y él escuchaba. A Veces incluso conversaba con Verochka, y María Alexevna no los molestaba, no miraba de reojo, aunque, claro está, no los dejaba sin vigilancia.

Oh, por supuesto que no los dejaba, porque, aunque Dmitri Sergueich era un joven muy bueno, no en vano decía el proverbio: no des ocasión, no hagas pecar al ladrón.

Y que Dmitri Sergueich es un ladrón —no en el sentido peyorativo, sino positivo no hay ninguna duda; en caso contrario, ¿por qué respetarlo y hacerlo un buen amigo? ¿Acaso para tener amistad con un tonto? Desde luego, también con los tontos, cuando se puede esperar de ellos provecho. Pero por ahora, Dmitri Sergueich no tiene nada; por lo visto, con él se puede tener amistad únicamente por sus cualidades, es decir, por su inteligencia, es decir, por su solidez, por su prudencia, por saber llevar sus asuntos. Y si cada persona tiene Dios sabe qué en la cabeza, ¿qué hay entonces en la cabeza de una persona tan inteligente? Se ve que a Dmitri Sergueich hay que vigilarlo bien. Y María Alexevna lo vigilaba estrechamente. Pero todas las observaciones solamente confirmaban la solidez y la buena intención de Dmitri Sergueich. Por ejemplo, ¿mediante qué señales se puede averiguar las intrigas amorosas? Si echa ojeadas detrás del corsé. Ahora Verochka está tocando, Dmitri Sergueich está de pie y escucha, y María Alexevna mira para ver si no baja la mirada hacia el corsé. No, y no piensa bajarla. Otras veces ni siquiera mira a Verochka, mira a cualquier parte, otras veces la mira, la mira tan sencillamente a la cara, tan sin sentimientos, que se ve enseguida: la mira sólo por respeto; él mismo piensa en la dote de su novia, sus ojos no se encienden como les de Mijail Ivanych. Además de eso, ¿en qué se notan les asuntos amorosos? En las palabras amorosas. No se oye ninguna palabra amorosa; incluso hablan entre ellos muy poco; él habla más con María Alexevna. Otra cosa: empezó a traerle libros a Verochka. Una vez, Verochka se fue a ver a una amiga, y Mijail Ivanych estaba aquí. María Alexevna cogió los libros y los trajo a Mijail Ivanych.

—Mire, Mijail Ivanych, el libro francés lo averigüé casi yo misma: «El recibidor», eso significa manual autodidáctico del comportamiento en sociedad, pero no entiendo el libro alemán.

—No, María Alexevna, no es «El recibidor» (Gostinia), es Destinée, el destino.

—¿Qué clase de destino es éste? ¿Se titula así una novela o el oráculo, la explicación de los sueños?

—Ahora mismo lo veremos, María Alexevna, del mismo libro —Mijail Ivanych volvió unas cuantas hojas—. Aquí se habla todo el tiempo sobre todo de series. María Alexevna, será un libro serio[1].

—¿De series? Eso es bueno; tratará de cómo hacer las operaciones financieras.

—Sí, todo el tiempo es sobre eso, María Alexevna.

—Bien. ¿Y el alemán?

Mijáil Ivanych leyó despacio: «Sobre la religión, obra de Ludwig», de Luis Catorce, María Alexevna, obra de Luis Catorce; ése era María Alexevna, el rey francés, padre de ese rey en cuyo lugar sé sentó el Napoleón de ahora[2].

—¿Eso quiere decir que es sobre las cosas divinas?

—Sobre las cosas divinas, María Alexevna.

—Eso está bien, Mijail Ivanych; yo sé que Dmitri Sergueich es un joven sólido, pero de todas formas es necesario vigilar a cualquier hombre.

—Desde luego, él no tiene eso en la cabeza, María Alexevna, pero a pesar de todo le estoy muy agradecido, María Alexevna, por su vigilancia.

—Sin eso no se puede; estoy vigilando, Mijáil Ivanych; ésa es ya la obligación de una madre, conservar pura a la hija, y puede estar seguro de eso por lo que se refiere a Verochka. Sólo que mire lo que estoy pensando, Mijail Ivanych: ¿el rey francés de qué fe era?

—Católico, naturalmente.

—¿Entonces, no convierte allí a la gente a la fe papista?

—No creo, María Alexevna. Si lo escribiera el obispo católico; entonces seguramente, empezaría a convertir a la gente a la fe papista. Pero un rey no se dedica a ello; él, como político y gobernador sabio simplemente recomendará la piedad.

Se diría: ¿qué más? María Alexevna no dejaba de ver que Mijail Ivanych, con toda la limitación de su inteligencia, lo explicó con mucha sensatez; sin embargo, dejó la cosa completamente clara. Al cabo de dos o tres días, de pronto dijo a Lopujov, jugando con él y Mijail Ivanych a la preferencia.

—Y qué, Dmitri Sergueich, quiero preguntarlo una cosa: ¿el padre del anterior rey francés, de aquel rey a cuyo puesto se sentó el Napoleón de ahora, mandó santiguarse según la fe papista?

—No, no lo mandó, María Alexevna.

—¿Y es buena la fe papista, Dmitri Sergueich?

—No, María Alexevna, no es buena. Voy a jugar el siete de oros.

—Lo pregunté sólo así; por curiosidad, Dmitri Sergueich, como una mujer no instruida, y es interesante saberlo. ¡Usted, Dmitri Sergueich, está ganando mucho!

—No cabe otra cosa, María Alexevna. Eso nos lo enseñan en la Academia. Un médico tiene que saber jugar.

Para Lopujov, para siempre será un misterio, por qué María Alexevna necesitaba saber si Felipe Egalité ordenó santiguarse según la fe papista.

¿Cómo después de esto no perdonar a María Alexevna que dejase de fatigarse con una vigilancia constante? No echa ojeadas detrás del corsé, tiene cara insensible, trae libros religiosos, cualquiera diría que eso era suficiente. Pero no, a María Alexevna no le bastaba con la vigilancia, incluso preparó una prueba, como si hubiera leído la «lógica» que, también yo había aprendido de memoria, y que decía: «La

contemplación de los fenómenos que transcurren por sí mismos deben ser, verificados mediante las experiencias, efectuadas según un plan premeditado, para penetrar lo más profundamente en los secretos de tales relaciones». Y preparó esa prueba de tal modo que parecía haber leído a Saxon Grammaticus que contaba cómo una doncella había puesto a prueba a Hamlet en el bosque.

VIII
LA PRUEBA HAMLETIANA

Una vez, María Alexevna dijo, tomando el té, que había empezado a dolerle la cabeza; después de servir el té y después de guardar la azucarera, se retiró y se acostó. Vera y Lopujov se quedaron en la habitación donde se tomaba el té, junto al dormitorio, donde estaba María Alexevna. Al cabo de unos minutos, la enferma llamó a Fedia. «Dile a tu hermana que su conversación no me permite dormir; que se vayan más lejos para no molestar. Pero dilo bien para no ofender a Dmitri Sergueich; ves cómo se preocupa por ti.» Fedia se acercó y dijo lo que le había pedido su madre. «Vámonos a mi habitación, Dmitri Sergueich, queda lejos del dormitorio, allí no molestaremos.» Esto era, por supuesto, lo que esperaba María Alexevna. Pasado un cuarto de hora, sólo con las medias, sin los zapatos, se acercó furtivamente a la puerta de la habitación de Verochka. La puerta estaba entreabierta, entre el marco y la puerta había una rendija tan maravillosa, María Alexevna se puso a mirar y aguzó los oídos.

Vio lo siguiente:

En la habitación de Verochka había dos ventanas, entre las ventanas estaba colocado él escritorio. Junto a una ventana, a un lado de la mesa, estaba sentada Verochka y hacía una pechera de lana para su padre, cumpliendo sagradamente el encargo de María Alexevna; junto a la otra ventana, al otro lado de la mesa, estaba sentado Lopujov; con el codo de una mano estaba apoyado sobre la mesa, en esa mano tenía un cigarro, y la otra mano la tenía metida en el bolsillo. La distancia entre él y Verochka era de dos arshíns, si no más. Verochka mirabá más bien su labor; Lopujov miraba más bien su cigarro. La disposición era satisfactoria.

Oyó lo siguiente:

—… ¿Así hay que mirar la vida? —éstas fueron las primeras palabras que empezó a oír María Alexevna.

—Sí, Vera Pavlovna, así hay que mirar la vida.

—¿Entonces, dicen la verdad las personas prácticas y frías que al hombre lo rige únicamente el cálculo de su propio interés?

—Dicen la verdad. Lo que llaman sentimientos elevados, aspiraciones ideales, todo eso en el curso general de la vida es totalmente insignificante ante la aspiración de cada uno a su provecho, y en el fondo todas esas aspiraciones ideales no son otra cosa que la misma aspiración al provecho.

—Pero usted, por ejemplo, ¿acaso es así? —¿Y cómo, si no, Vera Pavlovna? Escuche usted en qué está el resorte esencial de toda mi vida. La esencia de mi vida consiste hasta ahora en que estudiaba, me preparaba para ser médico. Estupendo. ¿Por qué me llevó mi padre al bachiller? Me afirmaba: «Estudia, Mitia: terminarás de estudiar y serás un funcionario, nos alimentarás a tu madre y a mí, tú también estarás bien.» Por eso estudié; sin aquel cálculo, mi padre no me hubiera llevado a los

estudios; lo cierto es que la familia necesitaba un trabajador. Y yo mismo, aunque me gustó estudiar, ¿habría gastado el tiempo en eso, si no hubiera pensado que la pérdida quedaría recompensada con interés? Iba a terminar los estudios del bachiller; convencí a mi padre de que me dejara ingresar en la Academia de Medicina, en vez de destinarme a la carrera de funcionario. ¿Cómo ocurrió eso? Mi padre y yo vimos, que los médicos vivían mucho mejor que los funcionarios de las oficinas y los jefes de departamentos, por encima de los cuales no conseguiría elevarme. Esta es la razón por la cual me encontré y me quedé en la Academia, es decir, por un pedazo de pan. Sin ese cálculo no hubiera ingresado en la Academia y no me hubiera quedado en ella.

—Pero a usted le gustó estudiar en el bachiller y luego le gustaron las ciencias de la medicina.

—Sí. Ese es un adorno; también es útil para el éxito. Pero suele resultar también sin este adorno, aunque no suele ocurrir sin el cálculo. El amor a la ciencia fue únicamente un resultado de este proceso, pero no era su causa; la causa era solamente una: el propio interés.

—Supongamos que usted tiene razón; sí, tiene razón. Todas las actuaciones qué puedo conocer, se explican mediante el propio provecho. Pero esta teoría es fría.

—La teoría por sí misma tiene que ser fría. El cerebro tiene que enjuiciar las cosas fríamente.

—Pero es implacable.

—Con respecto a las fantasías, que son vacías y perjudiciales.

—Pero es prosaica.

—A la ciencia no le sienta bien una forma poética.

—¿Así que esta teoría, que tengo que admitir, condena a la gente a una vida fría, implacable, prosaica…?

—No, Vera Pavlovna: esta teoría es fría, pero enseña al hombre a conseguir el calor. Una cerilla es fría, la pared de la cajita sobre la cual se frota, es fría, la leña es fría, pero produce el fuego que prepara el alimento caliente al hombre, y a él mismo lo calienta. Esta teoría es implacable, pero, rigiéndose por ella, la gente no será el objeto miserable de una compasión vacía. La lanceta no debe moverse, en caso contrario hay que compadecer al paciente que no se pondrá mejor por nuestra compasión. Esta teoría es prosaica, pero revela los verdaderos motivos de la vida, mientras que la poesía está en la vida verdadera. ¿Por qué Shakespeare es el más grande de los poetas? Porque en él hay más vida verdadera, menos engaño que en otros poetas.

—También yo seré implacable, Dmitri Sergueich —dijo Verochka sonriendo—, no se ilusione con la idea de que tenía en mí una enemiga feroz a su teoría del cálculo del propio interés y de que consiguió para esa teoría una nueva seguidora. Yo misma hace tiempo pensé de esta manera, cuando leí su libro y lo oí de usted. Pero pensé que eran mis pensamientos personales, que las personas inteligentes e instruidas pensaban

de otro modo; por eso también vacilaba. Todo lo que lees, suele estar escrito en un espíritu contrario, lleno de críticas, sarcasmos contra lo que observas en ti mismo y en otros. La naturaleza, la vida, el juicio llevan hacia un lado, los libros arrastran hacia otro lado; dicen: eso es malo, bajo. Sabe, a mí misma me resultaban en parte ridículas las objeciones que le hacía.

—Sí, son ridículas, Vera Pavlovna.

—Con todo —dijo riéndose— nos hacemos mutuamente unos cumplidos asombrosos. Yo a usted: no se le vaya a subir demasiado, Dmitri Sergueich, el éxito a la cabeza; usted a mí: es usted ridícula con sus dudas, Vera Pavlovna.

—Bueno —dijo, él, también sonriendo—, no tenemos por qué hablar con cumplidos, por eso no hablamos con cumplidos.

—Bien, Dmitri Sergueich; la gente es egoísta, ¿es así? Usted habló de usted mismo, también yo quiero hablar de mí misma.

—Y así tiene que ser; cada uno piensa sobre todo en sí mismo.

—Bien. Veamos si no lo cojo en las preguntas sobre mí.

—Veamos.

—Tengo un novio rico. No me gusta. ¿Debo aceptar su proposición?

—Calcule, qué es para usted más útil.

—¡Qué es para mí útil! Usted sabe, yo soy muy pobre. Por una parte está la antipatía a la persona; por otra, está el dominio sobre él, una situación envidiable en la sociedad, dinero, cantidad de admiradores.

—Péselo todo; lo que es más útil para usted, eso escójalo.

—¿Y si escojo la riqueza del marido y la cantidad de admiradores?

—Diré que usted ha escogido lo que le pareció adecuado a sus intereses.

—¿Y qué habrá que decir sobre mí misma?

—Si ha procedido con sangre fría, pensándolo racionalmente, habrá que decir que ha precedido fríamente y, probablemente, no lo lamentará.

—¿Pero merecerá mi elección un reproche? —Las personas que dicen tonterías, pueden decir lo que les parezca; las personas que tienen una opinión correcta sobre la vida, dirán que usted procedió como había que proceder. Si usted lo hizo así, significa que así era su personalidad, que con esas circunstancias usted no podía proceder de otra manera; dirán que usted procedió por necesidad, que, propiamente, dicho, no tenía otra elección.

—¿Y ningún reproche a mi proceder?

—¿Quién tiene derecho a censurar las conclusiones de un hecho cuando existe un hecho? Su personalidad en la situación dada es un hecho; su proceder es la conclusión inevitable de ese hecho que produce la naturaleza de las cosas. Usted no responde de ella, y censurarlo es tonto.

—Con todo, usted no abandona su teoría. ¿Así que no mereceré su crítica, si acepto la proposición de mi novio?

—Sería un tonto, si la criticara.

—¿Así pues, por su parte sería una aceptación, tal vez incluso una aprobación, tal vez incluso hasta un consejo directo para preceder como yo digo?

—El consejo es siempre el mismo: calcule qué es para usted útil; en cuanto que siga este consejo tiene mi aprobación.

—Se lo agradezco. Ahora está mi asunto personal solucionado. Volvamos a la primera cuestión general. Empezamos con que el hombre actúa según la necesidad, sus actos son determinados por las influencias bajo las cuales transcurren; unas influencias más fuertes superan las otras. Aquí dejamos el enjuiciamiento, es decir, cuando la acción tiene una importancia para la vida cotidiana, esos estímulos se llaman provechos, su juego en el hombre es la consideración del provecho; y por eso el hombre siempre actúa según el cálculo del provecho. ¿Reproduzco bien la conexión de los pensamientos?

—Bien.

—¿Ve qué alumna tan buena soy? Ahora, esta cuestión particular sobre los actos que tienen importancia para la vida cotidiana, está acabada. Pero en la cuestión general permanecerán dificultades. Su libro dice: el hombre actúa según la necesidad. Pero hay casos cuando parece que de mi voluntad depende actuar de una u otra forma. Por ejemplo, estoy tocando y vuelvo las hojas de la partitura; las vuelvo a veces con la mano izquierda, otras con la derecha. Supongamos que ahora volví la hoja con la mano derecha; ¿acaso no pude haberlo hecho con la izquierda? ¿No depende eso de mi voluntad?

—No, Vera Pavlovna; si la vuelve, sin pensar con qué mano volver la hoja, la vuelve con aquella mano con la que le resulta más cómodo. No hay voluntad; si ha pensado: «ahora la volveré con la mano derecha», usted la vuelve bajo influencia de ese pensamiento, pero ese pensamiento apareció no de su voluntad; inevitablemente surgió de otros…

En esta palabra María Alexevna interrumpió su audición: «Bueno, ahora se han ocupado de la ciencia, ésa no es mi materia, tampoco es necesario. ¡Qué joven tan listo, serio, se puede decir noble! ¡Qué reglas tan sensatas sugiere a Verochka! Este sí que es mi hombre Instruido. Cuando yo le digo lo mismo, no escucha, se ofende; con ella nunca puedo acertar, porque no sé hablar como una persona instruida. Y mira, en cuanto que él habla como una persona instruida, ella escucha y ve que es cierto y está de acuerdo. Sí, no se dice en vano: la sabiduría es la luz, la ignorancia es la oscuridad. Si yo hubiera sido una mujer instruida, ¿acaso las cosas estarían como están? Habría hecho de mi marido un general, le habría conseguido el puesto en las tropas de aprovisionamiento o en otras. Desde luego, yo misma habría llevado en su lugar los asuntos con los contratistas. ¡A él, lo pongas donde lo pongas, malo! No habría puesto una casa como ésta. Habría comprado más de mil almas. Pero ahora no puedo. Es que primero hay que recomendarse en la sociedad de los generales. Pero yo, ¿cómo puedo recomendarme? No sé hablar ni el francés ni nada de lo que hablan ellos. Dirán: no tiene modales, sirve solamente para chillar en la plaza Sennaia. Así

qué no sirvo. La ignorancia es la oscuridad. Exacto: la sabiduría es la luz, la ignorancia es la oscuridad.» De modo que precisamente esta conversación oída llevó a María Alexevna a la convicción de que las charlas de Verochka con Dmitri Sergueich no solamente no eran peligrosas para ella —eso lo pensó ya antes—, sino que incluso le serían de provecho, le ayudarían en su preocupación para que Verochka abandone los tontos e inexpertos pensamientos de chica y acabe cuanto antes en casamiento el asunto con Mijail Ivanych.

IX

Las relaciones de María Alexevna con respecto a Lopujov se parecen a una farsa, la misma María Alexevna aparece a través de ellas en un aspecto ridículo. Tanto lo uno como lo otro es decididamente contra mi voluntad. Si hubiera querido ocuparme de lo que se denomina lo artístico, habría ocultado las relaciones de María Alexevna con respecto a Lopujov, cuya narración confiere a esta parte de la novela un carácter vaudevilesco. Hubiera sido fácil ocultarlas. El curso esencial del argumento se hubiera podido explicar sin ellas. ¿Qué extraño hubiera sido si el profesor incluso sin la amistad de María Alexevna hubiera tenido ocasión de intercambiar a veces, aunque pocas, algunas palabras con la muchacha de la familia donde daba clases? ¿Acaso se necesitan muchas palabras para que crezca el amor? En absoluto hacía falta la contribución de María Alexevna para el desenlace que tuvo el encuentro de Verochka con Lopujov. Pero yo no estoy narrando el argumento en la forma que se necesita para que adquiera la reputación de un artista, sino la narro tal como transcurrió.

Como novelista estoy muy disgustado por haber tenido que escribir algunas páginas que rebajaron el tema hasta un nivel de vaudeville.

Mi intención de exponer el argumento tal como era, y no de la manera que me resulte más cómoda para narrarlo, me produce otra cosa desagradable: estoy muy descontento que María Alexevna se presente en un aspecto ridículo por, sus pensamientos sobre la novia que inventó para Lopujov; por tratar de acertar tan fantásticamente el contenido de los libros que Lopujov daba a Verochka; por las consideraciones de si Felipe Egalité no convertía a la gente a la fe papista y de qué obras escribía Luis XIV. Todo el mundo puede equivocarse. Los errores pueden ser tontos, si un hombre juzga cosas ajenas a sus conocimientos. Pero sería injusto sacar de las equivocaciones de María Alexevna la conclusión de que su simpatía por Lopujov se basaba solamente en estas sandeces. No, ninguna fantasía sobre una novia rica o sobre la piedad de Felipe Egalité confundiría ni por un minuto su sapo juicio, si en las palabras y los actos concretos de Lopujov notara al menos algo sospechoso. Pero él se comportaba, según la opinión de María Alexevna, tal como podía comportarse únicamente un hombre que tuviera la misma naturaleza que ella. Pero si él era un joven despabilado, no echaba ojeadas detrás del corsé de una muchacha muy guapa, no se pegaba a sus faldas, jugaba con María Alexevna a las cartas sin rechistar, no respondía que «prefiero testar con Vera Pavlovna», juzgaba sobre las cosas con un espíritu que a María Alexevna le parecía su propio espíritu; como ella, él decía que todo en el mundo se hacía por interés, que, cuando un sinvergüenza hacía trampas, no había por qué emocionarse e invocar los principios de la honestidad que ese sinvergüenza debería observar, que el mismo sinvergüenza no era un sinvergüenza en vano, sino que así tenía que ser en sus circunstancias; que no ser un sinvergüenza —prescindiendo de que eso era: imposible—, sería por su parte disparatado, o simplemente tonto. Sí, María Alexevna tenía razón cuando encontraba

muchas cosas propias de ella en Lopujov.

Comprendo lo mucho que se compromete Lopujov a les ojos del ilustre público por Ja simpatía que tenía María Alexevna por su manera de pensar. Pero yo no quiero ser indulgente con nadie y no oculto esta circunstancia tan perjudicial para la reputación de Lopujov, aunque demostré que podía haber silenciado este lado feo de las relaciones de Lopujov en la familia de los Rozalski. Hago aún más: yo mismo voy a aclarar que precisamente él merecía la benevolencia de María Aléxevna.

Realmente, de la conversación de Lopujov con Verochka se descubre que su manera de pensar podía agradar con mucha mayor facilidad a las personas como María Alexevna que a los defensores de diferentes ideas hermosas. Lopujov veja las cosas a la misma luz a la que se presentan a todos los componentes del género humano, excepto a los defensores de las ideas hermosas. Si María Alexevna pudo repetir gustosa por su parte sus sugerencias a Verochka por lo que sé refería a la proposición de Stereshnikov, también él hubiera podido escribir gustoso «verdad» debajo de su confesión borracha a Verochka. La coincidencia de sus pensamientos era tan grandes que los novelistas ilustrados y nobles, los periodistas y otros formadores de nuestro público declararon ya hace tiempo: «Las personas como Lopujov no se distinguen en nada de las personas como María Alexevna.» Si los escritores tan ilustrados y nobles comprendieron así a las personas como Lopujov, ¿acaso censuraremos a María Alexevna por que no encontrara en Lopujov nada, excepto lo que —comprendieron en las personas de su calibre nuestros mejores escritores, pensadores y personas ejemplares?

Desde luego, si María Alexevna supiera al menos la mitad de lo que saben esos escritores, le bastaría la inteligencia para darse cuenta que Lopujov era para ella una mala compañía. Pero, además de ser una mujer no instruida, tiene otra disculpa para su error: Lopujov no hablaba con ella hasta el fondo. Él era un propagandista, pero no como los amantes de las ideas hermosas, que sin cesar tratan de infundir a María Alexevna unos pensamientos nobles que encuentran en sí mismos y por eso se entusiasman. Era tan sensato que no se proponía enderezar un árbol de cincuenta años. Tanto él domó ella comprendían los hechos igualmente y hablaban de ellos. Como un hombre formado teóricamente podía sacar conclusiones de los hechos; lo que no podían hacer personas como María Alexevna, que no conocían otra cosa que no fueran las preocupaciones persónales efe cada día y los aforismos di la sabiduría popular y universal: proverbios, refranes y otras sentencias viejas y vetustas, antiguas y ancestrales. Pero no llegaban hasta las conclusiones. Si él, por ejemplo, empezara a explicar qué era el «interés» del que estaba hablando con Verochka, puede ser, que María Alexevna frunciría el ceño al ver que el interés de ese interés no coincidía precisamente con su interés; pero Lopujov no explicó esto a María Alexevna, y en la conversación con Verochka tampoco hubo tal explicación, ya que Verochka sabía qué sentido de esta palabra figuraba en los libros sobre lo cuales mantenían su conversación. Por supuesto, también es cierto que, escribiendo «verdad» en la

confesión borracha de María Alexevna, Lopujov añadiría: «Y como, según su propia afirmación, María Alexevna, el nuevo orden será mejor que el orden anterior, no prohíbo que se ocupen de su instauración aquellas personas que encuentren satisfacción en ello. Por lo que se refiere a la ignorancia del pueblo, que usted considera un obstáculo a la instauración del nuevo orden, entonces sí es un obstáculo. Pero usted misma estará de acuerdo, María Alexevna, en que la gente se hace lista bastante pronto cuando se da cuenta que le es provechoso ser lista; antes no se le manifestaba esta necesidad. También estará de acuerdo en que antes tampoco tenían la posibilidad, de aprender a ser listos, pero dele esta posibilidad, y ellos, seguramente, la aprovecharían.» Pero eso no lo decía a María Alexevna, y no precisamente por prudencia, aunque era prudente, sino simplemente por el mismo sentido de juicio sano y de la decencia por el que no hablaba con ella en latín y no incomodaba su oído con las consideraciones muy interesantes para él, mismo, sobre los últimos éxitos de la medicina. Tenía la sensatez y la delicadeza suficientes como para no atormentar a una persona con declamaciones incomprensibles para esa persona.

Pero todo esto lo digo solamente para justificar el descuido de María Alexevna, que no supo averiguar a tiempo qué clase de persona era Lopujov; pero en ningún casó lo digo para justificar al mismo Lopujov. Justificar a Lopujov no estaría bien, y por qué no estaría bien lo verás más adelante. Las personas que, sin justificarlo, quisieran, por su bondad, disculparlo, no podrían disculparlo. Por ejemplo, dirían para disculparlo, que era médico y que se ocupaba de las ciencias naturales, lo que predisponía a una visión materialista. Pero una disculpa así es muy mala. ¿Acaso hay pocas ciencias que predisponen a esta visión? Las ciencias matemáticas, las ciencias históricas, las ciencias sociales y caulesquiera otras. ¿Pero acaso todos los geómetras, historiadores, economistas políticos, juristas, publicistas y muchos otros científicos son materialistas? De ninguna manera. Al parecer, Lopujov no consigue disculparse. Las personas compasivas, sin justificarlo, podrían también decir para su disculpa, que no carece de todo de algunos síntomas positivos: se decidió con premeditación y con firmeza a renunciar a todas las ventajas y honores de la vida cotidiana por el trabajo en favor de los demás, encontrando que el placer de un trabajo así era el mayor provecho para él. A la muchacha tan guapa de la que se había enamorado, la miró con una mirada muy limpia; ni siquiera todos los hermanos miran a sus hermanas así. Pero contra esta excusa de su materialismo hay que decir que en general no hay ningún hombre que esté completamente sin todos les síntoma de algo bueno y qué los materialistas, sean como sean, de todas formas son materialistas, y con esto mismo ya se ha decidido y se ha demostrado que son gentes bajas e inmorales a las que no se puede disculpar, porqué disculparlas sería favorecer al materialismo. Así pues, sin justificar a Lopujov, no se puede disculparlo. Tampoco conviene justificarlo, porque los amantes de las ideas hermosas y los defensores de las aspiraciones elevadas, que declararon a los materialistas personas bajas e inmorales, últimamente se dieron a

conocer tan maravillosamente en cuanto a la inteligencia, y también en cuanto al carácter, a los ojos de todas las personas decentes, tanto materialistas como no materialistas, que defender a alguien de sus críticas se convirtió en algo superfluo, y llamar la atención sobre sus palabras se convirtió en algo indecoroso.

X

Claro está que el tema principal de las conversaciones de Verochka con Lopujov no era qué manera de pensar había que considerar correcta. En general ellos hablaban entre sí bastante poco, y las conversaciones largas, que ocurrían rara vez, trataban solamente sobre temas secundarios, como la manera de pensar y otros temas parecidos. Ellos sabían que los observaban unos ojos muy agudos. Por eso, sobre el objeto principal, que les interesaba, intercambiaban solamente unas cuantas palabras, generalmente cuando buscaban partituras para tocar y cantar. Y esté tema principal, que ocupaba tan poco sitio en sus conversaciones no demasiado frecuentes y que incluso ocupaba un puesto insignificante en sus conversaciones breves, este tema no era su sentimiento mutuo; no, sobre el sentimiento no hablaron ni una palabra después de las primeras palabras vagas en su primera conversación en la fiesta; no tenían tiempo para charlar sobre eso. En los dos o tres minutos que escogían para intercambiar, las ideas sin temerla que los escucharan, apenas lograban hablar sobre otro tema, que no les dejaba tiempo ni ganas para declarar sus sentimientos: eran gestiones y meditaciones sobre cuándo y cómo conseguiría Verochka librarse de su terrible situación.

AI día siguiente después de la primera charla con ella, Lopujov ya estaba enterado de cómo había que proceder para hacerse actriz. Él sabía que a la muchacha se le presentarían muchos peligros desagradables en su camino hacia la escena, pero suponía que con un carácter fuerte podría abrirse camino directamente. Resultó no ser así. Al llegar al cabo de dos días a la clase, tuvo que decir a Verochka: «Le recomiendo abandonar la idea de hacerse actriz.» «¿Por qué?» «Porque ya sería mejor que se casara con su novio.» Aquí se interrumpió la conversación. Esto lo dijeren cuando él y Verochka cogían las partituras, él para tocar y ella para cantar. Verochka bajó la cabeza y varias veces se equivocó de ritmo, aunque cantaba una composición muy conocida. Cuando se acabó la canción y ellos empezaron a hablar sobre qué escoger ahora, Verochka dijo: «Y a mí me parecía que era lo mejor. Fue duro oír que era imposible. Bueno, será más difícil vivir, a pesar de ello se podrá vivir. Me haré institutriz.»

Cuando al cabo de dos días volvió, ella dijo:

—No puedo encontrar a través de quién podría buscar el puesto de una institutriz. Haga las gestiones, Dmitri Sergueich. Además de usted, no tengo a nadie a quién pedírselo.

—Lo siento, tengo pocos conocidos que puedan ser útiles en esta cuestión. Las familias donde, doy o daba clases son todas gente pobre. Y sus conocidos casi todos lo mismo, pero lo intentaré.

—Amigo mío, le quito mucho tiempo, pero no tengo otro remedio.

—Vera Pavlovna, no tiene por qué hablar de mi tiempo, cuando soy su amigo.

Verochka sonrió y a la vez enrojeció: ella misma no se daba cuenta cómo el

nombre «Dmitri Sergueich» se había convertido en «amigo».

Lopujov sonrió también.

—Usted no quiso decir eso, Vera Pavlovna, quíteme ése nombre, si lamenta habérmelo dado.

Verochka sonrió.

—Ya es tarde —y enrojeció—, y no lo lamento —y enrojeció más aún.

—Si hace falta, verá que soy un amigo fiel.

Se apretaron las manos.

Estas fueron las primeras dos conversaciones completas después de aquella fiesta.

AI cabo de dos días, se publicó en *Politseiskie vedomosti* el anuncio de que “una muchacha educada que habla el francés y el alemán, etc., Busca un puesto de institutriz, y que es posible pedir informaciones en casa del funcionario tal, en Kolomna, en la calle tal, en la casa tal”.

Ahora Lopujov realmente debía gastar mucho tiempo a causa del asunto de Verochka. Todas las mañanas se iba, en la mayoría de los casos a pie, desde el barrio Vyborg hasta Kolomna a casa de su conocido, cuya dirección estaba puesta en el anuncio. El viaje era largo; pero no encontró otro conocido así más cerca del barrio de Vyborg. Es que era necesario que el conocido reuniera muchas condiciones: una casa decente, una situación familiar buena, un aspecto digno. Una casa pobre llevaría a tina proposición en condiciones desfavorables para la institutriz, sin la dignidad y sin la visible buena vida familiar de la persona recomendadora no se tendría una opinión favorable sobre la muchacha recomendada. Y Lopujov de ninguna manera podía dar su dirección en el anuncio: ¿qué pensaría la gente sobre la muchacha de la que no se ocupa más que un estudiante? De esta manera, Lopujov se daba un buen paseo. Después de recoger en casa del funcionario las direcciones de los que buscaban una institutriz, continuaba su recorrido. El funcionario, decía que él era un pariente lejano de la muchacha y meramente un intermediario, pero que tenía un sobrino que mañana iría en coche a hablar más o fondo. El sobrino, en vez de presentarse en coche, se presentaba a pie, examinaba a la gente y, por supuesto, en la mayoría de los casos se quedaba descontento de algo: en una familia son demasiado altivos; en otra, la madre es buena, pero el padre es tonto; en la tercera es al revés, etc.; en otras se pedía vivir, pero las condiciones eran imposibles para Verochka; o hay que hablar el inglés, y ella no ío habla; o pretenden tener más que una institutriz una niñera; o gente buena en todos los aspectos, pero ellos mismos pobres, en casa no tienen una habitación para la institutriz, excepto la habitación donde viven dos niños grandes, dos pequeños, una niñera y una nodriza. Pero los anuncios seguían apareciendo en *Politseiskie vedomosti*, también seguían apareciendo los que buscaban una institutriz, y Lopujov no perdía la esperanza.

En estas gestiones pasaron dos semanas. Al quinto día de la búsqueda, cuando Lopujov, después de volver de los paseos por Petersburgo, estaba echado en su cama, Kirsanóv dijo:

—Dmitri, te has hecho un mal compañero en el trabajo. Desapareces todos los días para toda la mañana y la mitad de los días desapareces por las tardes. ¿Cogiste muchas clases o qué pasa? ¿Es que hay tiempo como para cogerlas? Yo quiero dejar incluso las que tengo. Tengo cuarenta rublos, eso será suficiente para los tres meses que faltan para terminar el curso. Y tú tenías más dinero en reserva, quizá cien rublos.

—Más, alrededor de ciento cincuenta. Pero no tengo clases; las dejé todas menos una. Tengo un asunto. Cuando lo acabe, no te quejarás de que me retraso en el trabajo.

—¿Qué asunto?

—Verás, en la clase que no dejé, la familia es despreciable, pero hay en ella una muchacha buena. Quiere ser institutriz para marcharse de la casa. Y yo le estoy buscando un puesto.

—¿Buena muchacha?

— Buena.

—Eso es bueno. Búscaselo. —Con eso terminó la conversación.

Bien, señores Kirsanov y Lopujov, son ustedes personas cultas, pero no se dieron cuenta de que eso era especialmente lo bueno. Vamos a ver; es bueno también eso de lo que han hablado. A Kirsanov no se le ocurrió preguntar si la muchacha era guapa, a Lopujov no se le ocurrió mencionarlo. A Kirsanov no se le ocurrió decir; «Y tú, hombre, no te habrás enamorado ya que te esfuerzas tan obstinadamente», a Lopujov no se le ocurrió decir: «A mí, hombre, no me interesa ella mucho»; o si no quiso decir eso, tampoco se le ocurrió anotar adelantándose a esa suposición: «No creas, Alexander, que me haya enamorado.» Como ven, los dos pensaban que cuando se trataba de librar a un hombre de una situación difícil, no tenía ninguna importancia, si ese hombre tenía una cara hermosa, aunque fuera incluso una muchacha joven; y el enamoramiento o el no enamoramiento no tenía aquí; nada que ver. Ninguno de ellos pensó que el otro pensaba en eso; y esto es lo mejor, es decir, que ni siquiera se daban cuenta que lo pensaban.

Por otra parte, ¿no demuestra esto a los lectores perspicaces (demuestra a la mayoría de los lectores empedernidos, ya que son unos señores muy perspicaces), no demuestra esto, digo, que Kirsanov y Lopujov eran personas secas, sin vena estética? Hace poco ésta era una expresión de moda entre los literatos estéticos, con aspiraciones elevadas: la «vena estética»; a lo mejor sigue siendo entre ellos el movimiento de moda, no lo sé, hace tiempo que no los veo, ¿acaso es natural que los jóvenes, si poseen una pizca de gusto y al menos un pequeño trozo de corazón, no se interesen con una pregunta por la cara, al hablar sobre una muchacha? Está claro que son personas sin el sentimiento estético (sin la vena estética). Y según la opinión de otros que estudiaren la naturaleza del hombre, en los círculos aún más ricos en el sentimiento estético que el grupo de nuestros literatos estéticos, los jóvenes en estos casos inevitablemente hablarían sobre la mujer incluso desde el lado más plástico. Así era, pero no es así ahora señores; todavía ahora suele ocurrir, pero no entre

aquellos jóvenes que se denominan precisamente la juventud de hoy. Esta juventud, señores, es una juventud extraña.

XI

—¿Qué, amigo mío, todavía no hay colocación?

—Todavía no, Vera Pavlovna; pero no se desanime, se encontrará. Todos los días voy a ver a dos o tres familias. Sería imposible que no se encontrara al final una familia decente en la que se pudiera vivir.

—Ah, pero si supiera, amigo mío, qué difícil, difícil me resulta permanecer aquí. Cuando no imaginaba tan cercana la posibilidad de librarme de esta humillación, de esta villanía, forzosamente me mantenía en un estado de insensibilidad mortal. Pero ahora, amigo mío, me ahogo en este ambiente mezquino y podrido.

—Paciencia, paciencia, Vera Pavlovna, lo encontraremos.

En este espíritu transcurrían las conversaciones una semana. El martes:

—Paciencia, paciencia, Vera Pavlovna, lo encontraremos.

—Amigo mío, ¡cuánto trabajo es para usted, cuánta pérdida de tiempo! ¿Cómo lo recompensaré?

—Me recompensará, amiga mía, si no, se enfada. Dijo Lopujov y se desconcertó. Verochka lo miró; no, no sólo que no terminó de hablar, sino que ni pensó seguir, espera respuesta de ella.

—¿Pero por qué, amigo mío, qué hizo usted? Lopujov se desconcertó más aún y como si se pusiera triste.

—¿Qué le pasa, amigo mío?

—Usted no se dio cuenta —dijo tan tristemente y luego sonrió tan alegremente—. ¡Ah, Dios mío, qué tonto soy, qué tonto soy! Perdóneme, amiga mía.

—¿Pero qué es?

—Nada. Ya me ha recompensado.

—¡Ah, eso era! ¡Qué extravagante es usted! Bueno, llámeme así.

El jueves fue la prueba según Saxon Grammaticus. Después de ello, por algunos días, María Alexevna se permite un cierto (pequeño) descanso en la vigilancia.

El sábado. Después del té, María Alexevna se va a contar la ropa que trajo la lavandera.

—Amiga mía, parece ser que todo se arreglará.

—¿Sí? Si es así, ah, Dios mío… ah, Dios mío, ¡cuanto antes! Tengo la impresión de que moriré si esto se prolonga todavía. ¿Cuándo y cómo?

—Se decidirá mañana. Casi, casi hay una esperanza indudable.

—¿Cómo, cómo?

—Manténgase tranquila, amiga mía: se darán cuenta. Por poco no salta usted de la alegría. María Alexevna puede entrar ahora mismo por algo:

—Y usted mismo está bueno. Entró radiante, de modo que mi madre lo miró largo rato.

—Y qué, le dije por qué estaba alegre; me di cuenta que había que decirle algo, y lo dije: «Encontré un puesto magnífico.»

—Pesado, pesado. Se ocupa de advertencias y hasta ahora no me ha dicho nada. Pues, hable por fin.

—Hoy, por la mañana, Kirsanov, ya sabe, mi amigo, el nombre de mi compañero Kirsanov…

—¡Lo sé! Pesado, pesado, lo sé. Hable rápido, sin esas tonterías.

—Usted misma no me deja, amiga mía.

—¡Ah, Dios mío! Y no deja de dar rodeos en vez de hablar directamente. No sé qué hacer con usted, lo haré arrodillarse; aquí no se puede, le ordeno quedarse de rodillas en su casa, cuando vuelva, y que su Kirsanov mire y me mande una nota diciendo que usted había estado de rodillas; ¿oye lo que hará con usted?

—Bien, me quedaré de rodillas. Y ahora me callaré. Cuando cumpla el castigo, estaré disculpado, entonces hablaré.

—Lo perdono, pero hable, pesado.

—Se lo agradezco. Me perdona, Vera Pavlovna, entonces usted misma tenía la culpa. Todo el tiempo me interrumpía.

—¿Vera Pavlovna? ¿Eso qué es? ¿Y su amiga, dónde está?

—Sí, era una reprimenda, amiga mía. Soy una persona susceptible y brutal.

—¿Reprimendas? ¿Usted se atreve a reprenderme? No quiero escucharlo.

—¿No quiere?

—Desde luego, no quiero. ¿Qué hay que escuchar todavía? Usted ya lo dijo todo; que casi estaba acabada, que mañana se decidiría; ve, amigo mío, si usted mismo todavía no sabe nada. ¿A qué escuchar? ¡Hasta luego, amigo mío!

—Pero escuche, amiga mía… Amiga mía, escuche.

—No escucho y me marcho. —Volvió—. Hable rápido, no lo interrumpiré. Ah, Dios mío, si supiera qué alegría me dio. Deme la mano. ¿Ve cómo la aprieto fuertemente?

—¿Y lágrimas en los ojos, por qué?

—Se lo agradezco, se lo agradezco.

—Esta mañana, Kirsanov me dio la dirección de una dama que me había indicado que mañana estuviera en su casa. Personalmente no la conozco, pero oí decir muchas cosas sobre ella de nuestro conocido común que era el intermediario. A su marido lo conozco yo mismo, nos vimos muchas veces en casa de mi conocido. Juzgando por todo esto, estoy convencido de que en su familia se puede vivir. Y ella, cuando daba la dirección a mi conocido para que me la transmitiera, dijo que estaba segura, de que estaríamos de acuerdo en cuanto a las condiciones. Por lo visto, amiga mía, todo se puede considerar casi totalmente acabado.

—¡Ah, qué bien! ¡Qué alegría! —afirmaba Verochka—. Pero yo quiero saberlo cuanto antes, cuanto antes. ¿De su casa vendrá directamente aquí?

—No, amiga mía, eso despertaría sospechas. Ya que vengo aquí solamente para las clases. Haremos lo siguiente. Enviaré por correo una carta a María Alexevna, que no puedo venir a la clase el martes y que la traslado para el miércoles. Si escribo que

para el miércoles por la mañana, significa que todo salió bien; para el miércoles por la tarde, significará que todo se malogró. Pero casi seguro será «para la mañana». María Alexevna lo dirá a Fedia, a usted, a Pavel Konstantinych.

—¿Cuándo llegará la carta?

—Por la tarde.

—¡Tanto tiempo! No, no tendré tanta paciencia. ¿Y qué sabré de la carta? Solamente «sí» y luego esperar hasta el miércoles. Eso es un tormento. Si «sí», cuanto antes me iré a casa de esa dama. Quiero saberlo inmediatamente. ¿Cómo hacerlo? Haré lo siguiente: lo esperaré en la calle, cuando salga de casa de esa señora.
—Amiga mía, eso sería aún más imprudente que venir yo aquí. No, ya será mejor que venga.

—No, aquí, a lo mejor, no se podría hablar. Y en todo caso, mi madre empezaría a sospechar. No, será mejor lo que yo inventé. Tengo un velo tan espeso que nadie me reconocerá.

—Bueno, al fin y al cabo, parece que es posible, déjeme pensar.

—No hay tiempo para pensar. Mi madre puede entrar cada momento. ¿Dónde vive esa dama?

—En la calle Galernaia, junto al puente.

—¿A qué hora estará en su casa?

—Dijo que a las doce.

—Desde las doce, estaré sentada en el bulevar Konnogvardeiski, en el último banco del lado que está más cerca del puente. Le dije que tendría puesto un velo espeso. Esta sería la señal: tendré en la mano un rollo de partituras. Si no estoy todavía, significará que me entretuvieron… Pero usted siéntese en ese banco y espere. Puedo retrasarme, pero vendré seguramente. ¡Qué bien lo he pensado! ¡Cómo se lo agradezco! ¡Qué feliz seré! ¿Qué tal le va a su novia, Dmitri Sergueich? Ya lo he degradado llamándole Dmitri Sergueich en lugar de amigo. ¡Cómo me alegro, cómo me alegro! Verochka corrió hacia el piano y empezó a tocar.

—Amiga mía, qué humillación para el arte. Cómo se estropeó su gusto. La música de galop en lugar de las óperas.

—¡Sí, tiraré las óperas, las tiraré!

Al cabo de algunos minutos volvió María Alexevna. Dmitri Sergueich jugó con ella a la preferencia, al principio ganaba, luego le permitió la revancha, incluso perdió treinta y cinco copecs; era la primera vez que le concedió la victoria y, cuando se marchaba, la dejó muy contenta, no por el dinero, sino por la victoria. Hay unas alegrías puramente ideales en los corazones hundidos en el materialismo, lo que demuestra que la explicación materialista de la vida no es satisfactoria.

XII
EL PRIMER SUEÑO DE VEROCHKA

Y Verochka tiene un sueño.

Sueña que está encerrada en un sótano oscuro y húmedo. Y, de pronto se abrió la puerta, y Verochka se encontró, en el campo, corre, salta y piensa: «¿Cómo pude no morir en el sótano? Es porque no vi nunca el campo; si lo hubiera visto, habría muerto en el sótano» —y sigue corriendo, saltando. Sueña que está paralítica, y piensa: «¿Cómo que estoy paralítica? Suelen estar paralíticos los viejos, las viejas, pero no las muchachas jóvenes.» «Lo están, con frecuencia lo están —dice una voz desconocida—, pero tú ahora estarás sana, mira, sólo te tocaré la mano, ves, ya estás sana, levántate.» ¿Quién lo dice? ¡Y qué bien me siento! Toda la enfermedad se fue, y Verochka se levantó. Anda, corre, y otra vez está en el campo, y otra vez salta, corre, y otra vez piensa: «¿Cómo pude soportar la parálisis? Es porque nací paralítica, no sabía cómo la gente andaba y corría; si lo hubiera sabido, no lo habría soportado», y corre y salta. Y ahora va por el campo una muchacha; ¡qué raro! La cara, el andar, todo cambia, cambia sin cesar; ahora es una inglesa, una francesa, ahora es una alemana, una polaca; ahora incluso rusa, otra vez inglesa, otra vez alemana, otra vez rusa. ¿Cómo que tiene siempre la misma cara? Si una inglesa no se parece a una francesa ni una alemana a una rusa, y ella a la vez cambia lacara y a la vez es la misma cara. ¡Qué extraño! También la expresión de la cara cambia constantemente: ¡qué dulce!, ¡qué enfadada! Ahora está triste, ahora alegre, cambia constantemente. Pero siempre es buena. ¿Cómo es posible eso? ¿Aun cuando se enfada es buena? Sólo que, ¡qué hermosa! Por más que cambie su cara, con cada transformación se hace más bella, más bella. Se acerca a Verochka. «¿Quién eres?» «El antes me llamaba Vera Pavlovna, pero ahora me dice amiga mía.» «¿Entonces tú eres esa Verochka que me quiere?» «Sí, la quiero mucho. ¿Pero quién es usted?» «Soy la novia de tu novio.» «¿De qué novio?» «Eso no lo sé. No conozco a mis novios. Ellos me conocen, pero a mí me es imposible conocerlos; tengo muchos novios. Escoge a alguno de ellos como tu novia, pero sólo de ellos, de mis novios.» «Escogí a…» «No necesito el nombre; no los conozco. Pero solamente escoge entre ellos, entre mis novios. Quiero que mis hermanas y mis novios se escojan entre sí. ¿Estuviste encerrada en el sótano? ¿Estuviste paralítica?» «Sí.» «¿Ahora te libraste de ello?» «Sí.» «Soy yo quien te liberó y te curó. Recuerda que todavía hay muchos encerrados, muchos enfermos. Libéralos, cúralos. ¿Lo harás?» «Lo haré. ¿Sólo que, cómo se llama usted? Quiero saberlo.» «Tengo muchos nombres. Tengo diferentes: nombres. Según me necesita alguien llamar, ese nombre le doy. Tú puedes llamarme Amor a la gente. Ese es mi nombre verdadero. Pocos me llaman así. Llamame así.» Verochka va por la ciudad: aquí hay un sótano, en el sótano están encerradas muchachas. Verochka tocó el candado, el candado cayó: «Salid». Ellas salen. Aquí hay una habitación; en la

habitación yacen muchachas paralíticas: «Levantaos». Y ellas se levantan, se van, y todas están otra vez en el campo, corten y saltan. ¡Ah, qué alegría! Con ellas se está mucho más alegre que cuando está una sola. ¡Ah, qué alegría!

XIII

Últimamente, Lopujov no tenía tiempo para reunirse con sus amigos de la Academia. Kirsanov, que seguía reuniéndose con ellos, contestaba a las preguntas sobre Lopujov que éste tenía, entre otras, la siguiente preocupación; y uno de sus amigos comunes, como ya sabemos, le dio la dirección de la dama a cuya casa se iba ahora Lopujov.

«Qué bien se arreglaría, si fuera así —pensó Lopujov por el camino hacia la casa de ella— dentro de dos; con mucho dentro de dos años y medio tendré la cátedra. Entonces se podrá vivir. Mientras, ella vivirá tranquila en casa de B.; si B. es realmente una mujer buena; pero de eso no se puede dudar.»

Realmente, Lopujov encontró en la señora B. a una mujer inteligente, buena, sin pretensiones, aunque por el cargo de su marido, por su fortuna, por su familia podía tener grandes pretensiones. Sus condiciones eran buenas, el ambiente familiar para Verochka era muy tranquilo; todo resultó estupendo, tal como había esperado Lopujov. La señora B. también encontró satisfactorias, las respuestas de Lopujov sobre el carácter de Verochka, La cosa marchaba bien, y, después de hablar una media hora, la señora B. dijo que «si su joven tía está de acuerdo con mis condiciones, la ruego trasladarse aquí, y cuanto antes lo haga, tanto más agradable será para mí».

—Está de acuerdo; me autorizó para que me pusiera de acuerdo en su lugar. Pero ahora, cuando nos decidimos, tengo que decirle lo que hubiera sido inútil decir antes. Esa muchacha no es mi pariente. Es hija de un funcionario donde doy clases. Excepto a mí, no tenía ninguna persona a quien encomendar las gestiones. Pero yo soy para ella un hombre totalmente indiferente.

—Lo sabía, monsieur Lopujov. Usted, el profesor N. (nombró al amigo a través del cual Lopujov había recibido la dirección) y su compañero, que había hablado con él sobre su asunto, se conocen como personas lo suficientemente honradas como para poder hablar entre sí sobre la amistad de uno de ustedes con una muchacha joven sin comprometer a esa muchacha en la opinión de otros dos. Y N. tiene la misma opinión de mí y, sabiendo que buscaba una institutriz, se consideró obligado a decirme que esa muchacha no era su pariente. No le reproche su indiscreción, él me conoce muy bien. También soy una persona honrada, monsieur Lopujov, y créame que comprendo a quién se puede respetar. Creo a N. tanto como a mí misma, y N. a usted tanto como a sí mismo. Pero N. no conocía su nombre. Ahora, supongo, puedo preguntar ya por él, ya que nos decidimos y hoy o mañana entrará en nuestra familia.

—Se llama Vera Pavlovna Rozalskaia.

—Ahora todavía una explicación de mi parte. Le puede parecer extraño que yo, con mi preocupación por los niños, decidí zanjar el asunto con usted, sin ver a la que tendría una relación tan estrecha con mis hijos. Pero yo sé muy bien de qué clase de personas se compone su círculo. Sé que si uno de ustedes se preocupa tan amistosamente por una persona, entonces ésa persona debe ser un hallazgo apreciado

para una madre que desea que su hija sea una persona realmente buena. Por eso el examen me pareció una falta de delicadeza totalmente inútil. Digo un cumplido a mí misma, no a usted.

—Me alegro mucho por m-lle Rozalskaia. Su vida familiar era tan difícil que se sentiría muy feliz en cualquier familia soportable. Pero no pude, soñar con que encontrara para ella una vida realmente tan buena como la que tendrá en su casa.

—Sí, N. me contó que le había resultado difícil su vida en la familia.

—Muy difícil.

Lopujov empezó a contar lo que necesitaba saber la señora B. para que en las conversaciones con Verochka evitara los temas que recordaran a la muchacha sus infortunios pasados. La señora B escuchó con interés, luego estrechó la mano de Lopujov.

—No, basta, monsieur Lopujov, o me enterneceré, y a mi edad —se me acercan los cuarenta— sería, ridículo mostrar que todavía ahora no puedo oír hablar con indiferencia sobre la tiranía familiar, de la que sufrí en mi juventud.

—Permítame que le diga una sola cosa más; es tan sin importancia para usted que, posiblemente, río sería necesario hablar de ello. Pero de todas formas es mejor advertirla. Ahora, huye del novio que le impone su madre.

La señora B. se quedó pensativa. Lopujov la miró y se quedó pensativo también.

—Si no me equivoco, está circunstancia no es para usted tan insignificante como la veía yo.

La señora B. parecía estar completamente perturbada.

—Perdóneme —siguió él, al ver que se había desconcertado por completo -perdóneme, pero veo que eso la preocupa.

—Sí, el asunto es muy serio, monsieur Lopujov. Marcharse de su casa en contra de la voluntad dedos padres, ya eso significa por supuesto, una discordia considerable. Pero eso, como le dije, no sería todavía gran cosa. Si huyera solamente de la brutalidad y de la tiranía de sus padres, con ellos se podría llegar a un acuerdo de una u otra forma; en caso extremo, algún dinero de más y ellos estarían satisfechos. Pero… si una madre así le impone un novio, eso quiere decir que el novio es rico, muy ventajoso.

—Desde luego —dijo Lopujov con un tono de desaliento.

—Desde luego, monsieur Lopujov, desde luego, rico; eso es lo que me confundió. Es que en este caso, la madre no se conformará con nada. Y usted conoce los derechos de los padres. En este caso los aprovecharían por completo. Empezarían un pleito y lo llevarían hasta el final.

Lopujov se levantó.

— De modo que me queda rogarla que olvide todo lo que le dije.

—No, quédese Deje al menos que me justifique ante usted ¡Dios mío, qué mala tengo que parecerle! Aquello que obliga a cada persona decente a que compadezca y defienda a otras, eso mismo me detiene a mí. ¡Oh, qué gente tan despreciable somos!

Realmente, daba lastima verla: no fingía. Realmente le resultaba doloroso. Bastante tiempo sus palabras eran incoherentes, tan confundida estaba por sí misma; luego ordenó sus pensamientos pero tanto desordenados como ordenados ya no le decían a Lopujov nada nuevo: Él mismo estaba perturbado. Estaba tan ocupado con la revelación que le había hecho, que no pudo ocuparse con las explicaciones referentes a esa revelación. Después de dejarla hablar a voluntad, dijo:

—Todo lo que usted ha dicho para disculparse, era inútil. Me he visto obligado a quedarme para no mostrarme maleducado, piara no hacerla pensar que la culpo o que me enfado. Pero, le confieso que no la escuché. ¡Oh, si supiera que usted tenía razón! Sí, sería estupendo si usted no tuviera razón. Le diría que no hemos coincidido en las condiciones o que usted no me ha agradado. Y nada más; Ella y yo volveríamos a esperar encontrar otra ocasión para la liberación. Pero ahora, ¿qué le diré?

La señora B. lloraba.

—¿Qué le diré? —repetía Lopujov al bajar la escalera—. ¿Qué será de ella? ¿Qué será de ella? —pensó saliendo de la calle Galernaia a la calle que iba al bulevar Konnogvardeiski.

Está claro que la señora B. no tenía razón en ese sentido incondicional en que tienen razón las personas que demuestran a los niños que la luna no se puede coger con la mano. Con su posición en la sociedad, con las relaciones oficiales bastante importantes por parte de su marido era muy probable, incluso indudable, que si ella hubiera queridq de verdad que Verochka viviera en su casa, María Alexevna no habría podido arrancarle a Verochka de sus manos ni ocasionar serias dificultades ni a ella ni a su marido que sería el demandado oficial en el proceso al que ella temía. En todo caso, la señora B. tendría bastantes preocupaciones, incluso, a lo mejor, algunas conversaciones desagradables; hubiera sido necesario pedir favores para un asuntó ajeno a gente cuyos servicios es preferible reservar para asuntos propios. ¿Quién tiene la obligación y qué persona sensata querrá proceder de una manera diferente a la de la señora B? No tenemos ningún derecho a censurarla por eso; pero también Lopujov tenía razón al desesperarse por la liberación de Verochka.

XIV

Mientras tanto, Verochka desde hace mucho tiempo estaba sentada en el banco señalado, y cuántas veces empezó a latirle rápidamente el corazón, cuando en la esquina aparecía un gorro militar. ¡Por fin! ¡Él! ¡El amigo! Se levantó de un salto y corrió a recibirlo.

A lo mejor hubiera puesto una cara más optimista al acercarse al banco, pero cogido de sorpresa antes de lo que esperaba, lo encontró con una cara preocupada.

—¿Fracaso?

—Fracaso, amiga mía.

—¡Pero si parecía tan seguro! ¿Cómo que fracaso? ¿Por qué, amigo mío?

—Vámonos a casa, amiga mía, la acompañaré. Hablaremos. Dentro de unos cuantos minutos le diré por qué el fracaso. Pero ahora de jeme pensar. Todavía no me he recobrado. Hay que inventar algo nuevo. No vamos a desalentarnos, inventaremos algo. En las últimas palabras se puso ya un poco alegre, pero no resultó convincente.

—Dígamelo ahora mismo, es insoportable esperar. Usted dice: inventar algo nuevo. ¿Eso quiere decir que lo de antes no sirve? ¿No puedo ser institutriz? ¡Pobre de mí, desgraciada de mí!

—¿Para qué engañarla? Sí, es imposible. Eso es lo que quería decirle. Pero paciencia, paciencia, amiga mía. ¡Sea firme! Con firmeza se conseguirá éxito.

—Ah, amigo mío, soy firme, pero es tan difícil.

Anduvieron unos instantes en silencio.

¿Qué es? Sí, ella lleva algo en la mano debajo del abrigo.

—Amiga mía, usted lleva algo, deje, yo lo llevaré.

—No, no, no hace falta. No pesa mucho. No es nada.

Otra vez andan en silencio. Andan durante mucho tiempo.

—Y yo hasta las dos no me dormí de la alegría, amigo mío. Y cuando me dormí, qué sueño tuve. Soñé que me liberaba de un sótano asfixiante; soñé que había estado paralítica y me había curado, y había salido al campo, y conmigo habían salido muchas amigas que, igual que yo, se habían escapado de los sótano, que se habían curado de la parálisis, y nos habíamos sentido tan alegres al correr por el campo espacioso. ¡El sueño no se cumplió! Y yo pensé que no volvería más a casa.

—Amiga mía, démelo, llevaré su hatillo, ahora ya no es ningún secreto.

Otra vez andan en silencio. Durante mucho tiempo van sin hablar.

Amiga mía, ya ve a dónde hemos; llegado esa dama y yo usted no puede marcharse de casa sin el permiso de María Alexevna. No puede ser, no, no. La llevaré del brazo, tengo miedo por usted.

—No, estoy bien, sólo que me ahogo debajo de este velo.

Se quitó el velo.

—Ahora no pasa nada, estoy bien. —(«¡Qué pálida está!») No, amiga mía, no piense en lo que le he dicho. No lo dije bien. Lo arreglaremos de alguna manera.

—¿Cómo lo arreglaremos, querido mío? Lo dice para consolarme. No hay nada que hacer.

Él está callado. Otra vez van sin hablar.

—(«¡Qué pálida está! ¡Qué pálida!») Amiga mía, hay un remedio.

—¿Cuál, querido mío?

—Se lo diré, amiga mía, pero sólo cuando se tranquilice un poco. Tendrá que decidirlo a sangre fría, hable enseguida. No me tranquilizaré hasta que no lo oiga.

—No, ahora está muy emocionada, amiga mía. Ahora no puede tomar decisiones importantes. Dentro de algún tiempo. Pronto. Aquí está la entrada. Hasta luego, amiga mía. En cuanto que vea que contestará fríamente, se lo diré.

—¿Cuándo?

—Pasado mañana en la clase. —¡Demasiado tiempo!

—Vendré mañana a propósito.

—No, antes.

—Esta tarde.

—No, no dejaré que se vaya. Venga conmigo. No estoy, tranquila, dice usted; no puedo pensar, dice usted. Bueno, coma en nuestra casa. Verá que estaré tranquila. Después de comer, mí madre dormirá y nosotros: podremos hablar.

—¿Pero cómo entraré en su casa? Si entramos juntos, su madre volverá a sospechar.

—¡Sospechar! ¡Qué me importa! No, amigo mío, por eso ya será mejor que entre. Yo iba con el velo recogido, pudieron vernos.

—Tiene razón.

XV

María Alexevna se sorprendió mucho al ver a su hija y a Lopujov que entraban juntos. Se puso a mirarlos con la mirada más fija.

—Pasé por aquí, María Alexevna, para decirle que la tarde de pasado mañana la tengo ocupada, así que vendré a dar la clase mañana. Permítame que me siente. Estoy muy cansado y disgustado. Necesito descansar.

—Realmente, ¿qué le pasa, Dmitri Sergueich? Está tremendamente serio.

¿Vienen de una cita amorosa o se encontraron sólo casualmente? Si se tratara de una cita amorosa, él estaría alegre. Y si se hubieran peleado por las cosas amorosas, por la disconformidad de ella a su deseo, entonces, claro, éj estaría enfadado; sólo que en caso de que se hubieran peleado, él no la habría acompañado. Y otra vez, ella se fue directamente a su habitación, sin mirarlo a él, no se ve ninguna discordia, no; por lo visto, se encontraron así. El diablo los entiende, hay que observarlos a los dos.

—Yo no tengo nada en particular, María Alexevná, pero Vera Pavlovna está un poco pálida, ¿o sólo me parece eso?

—¿Verochka? Eso le suele pasar.

—Puede ser que sólo me haya parecido eso. A mí, se lo confieso, de todos los pensamientos, me da vueltas la cabeza.

—¿Pero qué pasa, Dmitri Sergueich? ¿No habrá algún altercado con su novia?

—No, María Aléxevna, con la novia estoy contento. Pero quiero pelearme con mis padres.

—¿Eso cómo, hombre? Dmitri Sergueich, ¿cómo se puede pelear uno con sus padres? No pensé eso de usted.

—No es posible, María Alexevna, una familia así. Le exigen a uno Dios sabe qué, lo que uno no es capaz de hacer.

—Eso es otra cosa, Dmitri Sergueich, no contentas a todos, hay que saber la medida, así es. En ese caso, es decir, si hay discordia por el dinero, no puedo reprobario.

—Permítame ser grosero, María Alexevna: estoy tan disgustado que necesito descansar en la compañía agradable de personas que estimo; y una compañía así no encuentro en otro lugar, excepto en su casa. Permítame que me quede a comer ahora en su casa y permítame que mande a Matrena con algunos recados. Creo que aquí cerca está la bodega de Denker, tiene vino Dios sabe de qué clase, pero es bueno.

La cara de María Alexevna enfureciéndose fuertemente con la primera palabra con respectó a la comida, abandonó el enfado categórico al oír la inención sobre Matrena y tomó una expresión de expectación: «Vamos a ver, pequeño, qué añades por tu parte al almuerzo —la bodega de Denker— al parecer, será algo bueno.» Pero el pequeño, sin mirar para nada su cara, ya había sacado la cigarrera, arrancó unjtrozo de papel de una carta olvidada allí, sacó el lapiz y escribió.

—¿Le puedo preguntar, María Alexevna, qué vino suele tomar?

—Yo, querido Dmitri Sergueich, tengo que decirle que entiendo poco de vinos, es que casi no bebo. No es cosa de mujeres.

«A primera vista, por tu cara se ve que no bebes.» —Desde luego, así es, María Alexavna, pero el marras— quino lo beben incluso las muchachas. ¿Me permite que lo anote?

—¿Eso qué es, Dmitri Sergueich?

—Simplemente, no es siquiera vino, se puede decir que es un jarabe.

Sacó un papelito rojo.

—¿Será suficiente? Repasó con los ojos la nota.

—En todo caso daré todavía cinco rublos.

Ganancias por tres semanas, manutención para un mes. Pero no se puede hacer otra cosa, hay que sobornar bien a María Alexevna.

Los ojos de María Alexevna se humedecieron, y la cara adquirió irresistiblemente la sonrisa más dulce.

—¿Hay también, cerca una pastelería? No sé si habrá la empanada de nueces. Para mi gusto es la mejor empanada, María Alexevna; pero si no hay ésta, traiga la que sea, no busque.

Se dirigió a la cocina y mandó a Matrena a hacer las compras.

— Ahora nos haremos una juerga, María Alexevna. Quiero ahogar en vino la pelea con mis padres. ¿Por qué no hacer juerga, María Alexevna? El asunto con la novia marcha bien. Entonces no viviremos de esta manera —viviremos alegremente —, ¿no es así, María Alexevna?

—Así es, Dmitri Sergueich. Veo que ya está despilfarrando dinero que da pena. Eso no lo esperé de usted, como de un hombre, serio. ¿A lo mejor, recibió un pequeño anticipo de su novia?

—No recibí ningún anticipo, María Alexevna, pero si hay dinero, se puede hacer una juerga. ¿Qué anticipo? Ahora no se trata de anticipos. ¿Contentarse acaso con anticipos? El asunto hay que llevarlo limpiamente; si no, habrá sospechas. Además, es feo, María Alexevna.

—Feo, Dmitri Sergueich, claro, feo. Según mi opinión, en todo hay que observar la nobleza.

—Tiene razón, María Alexeyna.

Durante media hora o tres cuartos de hora que faltaban para el almuerzo, se desarrolló la conversación más amable, toda en este plan, sobre diversos temas elevados. En una ocasión, Dmitri Sergueich, de paso, en un arrebato de franqueza, dijo que ahora su casamiento se había acercado considerablemente. ¿Y cómo va la boda de Vera Pavlovna? María Alexevna no puede decir nada porque no obliga a su hija. Desde luego; pero según su observación, Vera Pavlovna se decidirá pronto a casarse; no le dijo nada, pero tiene ojos. Nosotros, María Alexevna, somos viejos zorros, a nosotros no nos engañará nadie. Yo, aunque no tengo mucha edad, también soy; un viejo zorro, un astuto, ¿no es así, María Alexevna?

—Así es, hombre, un astuto, un astuto.

Dicho en una palabra, la tertulia agradable y cordial con María Alexevna animó tanto a Dmitri Sergueich que su tristeza había desaparecido. Estaba tan alegre como no lo había visto María Alexevna todavía. ¡Un bicho refinado, un zorro! Se adueñó de más de mil rublos de su novia, sus padres se enteraron que se había llenado el bolsillo, y se dejaron oír; y él les dijo: no, papá y mamá, como hijo de ustedes estoy dispuesto a respetarlos, pero dinero para ustedes no tengo. ¡Qué zorro! Es agradable charlar con un hombre como éste, especialmente cuando, al oír que Matrona volvió, vas a la cocina, diciendo que vas a tu dormitorio a por el pañuelo, y ves que se había comprado vino por doce rublos y cincuenta copecs —es que con la comida se beberá solamente un tercio— y una empanada de pastelería por un rublo y cincuenta copecs; bueno, eso se puede decir que es dinero perdido, esa empanada. Pero sobrará también de la empanada. Se podrá ofrecer a las comadres en vez de la confitura; de todas formas no es para gastar, sino para ahorrar.

XVI

Y Verochka está sentada en su habitación.

«¿Hice bien en hacerlo entrar? Mamá miró tan fijamente.

¡Y en qué situación tan difícil lo puse! ¿Cómo quedarse a comer?

Dios mío, ¿qué será de mí, desgraciada?

Hay un remedio, dice él. No, querido mío, no hay ningún remedio.

No, hay un remedio, éste: la ventana. Cuando sea todo ya demasiado difícil, me tiraré de allí.

Qué ridícula soy: cuando sea todo demasiado difícil; ¿y ahora?

Y cuando te tires de la ventana, volarás tan rápidamente, tan rápidamente, como si volaras de verdad, eso debe ser muy agradable. Sólo que luego chocas contra la acera, ah, qué duro. ¿Y doloroso? No, creo que no te dará tiempo de sentir dolor; sólo será muy duro. Pero eso es un instante, muy corto; pero antes, el aire es la manta de pluma más blanda, cede tan ligera y suavemente… No, eso es bueno…

¿Y luego? Todos estarán mirando: la cabeza destrozada, la cara destrozada, llena de sangre, llena de fango… No, si fuera posible echar en ese sitio arena limpia, aquí incluso la arena está sucia… No, la más blanca, la más limpia, eso sería bueno. Hasta la cara quedaría limpia, sin destrozar, no asustaría a nadie.

Yen París las muchachas pobres se asfixian con humo. Eso es bueno; eso es muy bueno. Pero tirarse de la ventana no es bueno. Esto sí, es bueno.

Qué fuertemente hablan. ¿Qué dicen? No, no se oye nada.

Ya él le dejaría una nota en la que escribiría todo. Entonces le dije: “Hoy es el día de mi cumpleaños.” Qué atrevida era entonces. ¿Cómo pude ser así? Es que entonces era tonta, entonces no entendía.

Sí, qué listas son las muchachas pobres en París. ¿Y qué? ¿Acaso yo no seré lista? Así de ridículo será: entran en la habitación, no se ve nada, todo está lleno de humo, hasta el aire es verde; se asustaron: ¿qué ocurre? ¿Dónde está Verochka? Mamá grita a papá: ¡No te quedes parado! ¡Rompe el cristal! Rompieron el cristal y ven: yo estoy sentada delante del tocador, con la cabeza caída sobre el tocador, la cara me la tapé con las manos. “¿Verochka, te has quemado?” Pero yo estoy callada. “¿Verochka, por qué callas?” “¡Ah, pero ella se asfixió!” Empiezan a gritar, a llorar. Ah, qué ridículo será que ellos lloren. Y mamá empezará a contar lo mucho que me quería.

Sí, pero él se lamentará. Bueno, le dejaré la nota.

Sí, veré, lo haré como las pobres muchachas parisinas. Si lo digo, lo haré. No tengo miedo. ¿Y de qué tener miedo? ¡Si esto es tan bueno! Sólo esperaré a ver qué remedio es ése del que habló. Pero no, no hay ningún remedio. Eso era sólo por decir algo, me tranquilizaba.

¿Por qué la gente tranquiliza a otros? En absoluto hace falta tranquilizar. ¿Acaso se puede tranquilizar a alguien, cuando no se le puede ayudar? Y él es inteligente, y también lo, hizo, intentó tranquilizarme. ¿Por qué lo hizo? No es necesario.

¿Qué está diciendo? Parece que está alegre. ¡Qué voz tan alegre!

¿De verdad habrá inventado un remedio?

No hay ningún remedio. Pero si no lo hubiera inventado, ¿acaso estaría tan alegre?

¿Qué habrá inventado?»

XVII

—¡Verochka, ven a comer! —gritó María Alexevna!

En efecto, Pavel Konstantinych había regresado. La empanada estaba preparada hace tiempo, no la de la pastelería, sino la que Matrena tiene, una con relleno de ternera de la sopa de ayer.

—¿María Alexevna, no probó usted nunca antes de comer una copita de vodka? Es muy útil, especialmente este, amargo, de naranja. Se lo digo como médico. Por favor, pruébelo. No, no, tiene que probarlo. Como médico le receto que lo pruebe.

—¿Acaso hay que obedecer sólo al médico? Deme media copita.

—No, María Alexevna, media copita no servirá de nada.

—¿Y usted mismo, qué, Dmitri Sergueich?

—Me hice viejo, me asenté, María Alexevna. Hice promesa.

—De verdad, parece que calienta.

—Eso es lo útil, María Alexevna, que calienta.

«¡Qué alegre está, de verdad! ¿Acaso será cierto? ¿Habrá algún remedio? ¿Y cómo consiguió hacerse tan amigo con ella? Y a mí no me mira siquiera; ¡qué astuto es!»

Se sentaron a la mesa.

—Y nosotros, Pavel Konstantinych y yo, beberemos esto, sí, beberemos. Es cerveza inglesa, es lo mismo que la cerveza nuestra, no es más qué eso. Pruébela, María Alexevna.

—Si dice que es cerveza, permítame, no hay razón para no beber cerveza.

(«¡Señor, cuántas botellas! ¡Qué tonta soy! ¡Eso es, la amistad!»)

(«¡Qué sujeto tan astuto! Él mismo no bebe. Acercó solamente los labios a esa cerveza suya. Y es estupenda esta cerveza; huele como la cerveza rusa, y la fuerza la tiene también, sí, tiene mucha fuerza. Cuando enganche a Mishka con ella, dejaré el vodka, no beberé más que esta cerveza. ¡Pues, éste no perderá en bebida su cabeza! ¡Ojalá tomara algo, sinvergüenza! Bueno, yo estoy mejor. Pero, fíjate, si quisiera beber, sabría hacerlo.»)

—Pero usted, debería tomar al menos algo, Dmitri Sergueich.

—Eh, en mi vida he bebido mucho, María Alexevna; tengo reservas, durarán mucho tiempo. No había trabajo, no había dinero, así que bebía; hay trabajo, hay dinero, no hace falta vino. Aun sin él se pasa bien. Y de esta forma transcurre toda la comida.

Traen la empanada de la pastelería.

—Querida Matrena Stepanovna, ¿y qué va con esto?

—Enseguida, Dmitri Sergueich, enseguida.

Matrena vuelve con una botella de champán.

—Vera Pavlovna, usted no bebió, yo tampoco. Ahora beberemos nosotros. ¡A la salud de mi novia y de su novio!

«¿Qué es esto? ¿Acaso es esto?» —piensa Verochka. —Que Dios de felicidad a su novia y al novio de Verochka —dice María Alexevna— y a nosotros, los viejos, que Dios nos permita celebrar cuanto antes la boda de Verochka.

—Nada, será pronto, María Alexevna. ¿Sí, Vera Pavlovna? ¡Sí! «¿De verdad dice eso?» —piensa Verochka.

—Sí, Vera Pavlovna, claro que sí. Diga que sí.

—Sí —dice Verochka.

—Eso es, Vera Pavlona, no es necesario dejar a su madre con dudas. «Sí», y nada más. Ahora hace falta otro brindis. ¡Por la boda temprana de Vera Pavlovna! ¡Beba, Vera Pavlovna! Nada, todo saldrá bien. Brindemos. ¡Por su boda temprana!

Brindaron.

—¡Que Dios lo quiera, que Dios lo quiera!. Te lo agradezco, Verochka, me consuelas, Verochka, en mi vejez —dice María Alexevna y se seca las lágrimas—. La cerveza inglesa y el marrasquino le provocaron un estado de animo enternecido.

—Que Dios lo quiera que Dios lo quiera —repite Pavel Konstantinych.

—Qué contentos estamos con usted, Dmitri Sergueich —dice María Alexevna después de la comida—, muy contentos. En nuestra casa nos agasajó; hasta se puede decir que hizo una fiesta. Sus ojos miran ya con más agrado que fijeza.

Los resultados fueron más astutos de lo que se había propuesto. Lopujov no contó, con esté resultado, cuando compraba el vino; quiso meramente sobornar a María Alexevna para no perder su benevolencia al invitarse a comer. ¿Acaso se pondrá a beber en presenda de un, hombre extrañó que le es simpático totalmente, pero en el que no confía? Porque, ¿en quién puede confiar ella? Ni ella misma esperó de sí misma un desarrollo tan rápido de los hechos. Ella pensó aplazar el disfrute fundamental para después del té. Pero todos los hombres son débil. Frente al vodka y otros sabores conocidos se hubiera contenido, pero la cerveza inglesa y otras cosas estupendas sedujeron, su inexperiencia.

La comida salió completamente lujosa y señorial, por lo que María Alexevna dispuso que Matrena trajera el samovar como hay que hacer después de una comida señorial. Pero esta fineza la aprovechó solamente ella y Lopujov. Verochka dijo que no quería té, y se fue a su habitación. Pavel Konstantinych, un hombre sin cultura, inmediatamente después del último plato se retiró para echarse como siempre: Dmitri Sergueich bebía despacio; después de tomar un vaso, pidió otro. Aquí María Alexevna ya no pudo más, se excusó que desde la misma mañana no se había sentido bien; el huésped le rogó que no tuviera cumplidos con él y se quedó solo. Tomó el segundo vaso, tomó el tercero y se quedó dormitando en el sillón, seguramente, también cogió una moña, como, nuestro tesoro, según el razonamiento de Matrena. Y el tesoro ya estaba roncando. Seguramente era este ronquido lo que despertó a Dmitri Sergueich, cuando Matrena se quedó definitivamente en la cocina, después de recoger el samovar y los vasos.

XVIII

—Perdóneme, Vera Pavlovna —dijo Lopujov, al entrar en su habitación habla en una voz baja y temblorosa, aunque durante la comida gritaba. Y no dijo «amiga mía», sino «Vera Pavlovna». Perdóneme porque fui atrevido. Usted sabe lo que dije; pero a marido y mujer no se los puede separar. Entonces será usted libre.

—Querido mío, has visto, lloraba cuando entraste, de la alegría.

Él le cogió la manó y la besó muchas veces.

—Querido mío, has visto, lloraba cuando entraste, de la alegría.

Lopujov besó su mano, y la besó muchas veces.

—Ves, querido mío, me liberas del sótano. Qué listo y bueno eres. ¿Cómo se te ocurrió?

—Cuando bailamos juntos, entonces se me ocurrió. —Querido mío, ya entonces supe que eras bueno. Me estás liberando, querido mío. Ahora estoy preparada para sufrir; ahora sé que saldré del sótano, ahora no me resultará tan asfixiante, ahora ya sé que saldré de él. ¿Pero cómo saldré de aquí, querido mío?

—Así, Verochka. Ahora ya es final de abril. Al principio de julio se acaban mis ocupaciones en la Academia; hay que terminarlas, para que nosotros podamos vivir. Entonces tú saldrás del sótano. Aguanta solamente tres meses, incluso menos. Te marcharás. Yo obtendré el cargo de médico. El sueldo no es grande; pero no importa, tendré una pequeña consulta privada; lo que sea necesario, y viviremos.

—Ah, querido mío, necesitaremos muy poco. Sólo que yo no lo quiero así: no quiero vivir a tu costa. Si ya ahora tengo mis clases. Entonces las perderé, porque mi madre dirá a todo, el mundo que soy una malvada. Pero se encontrarán otras. Empezaré a vivir. ¿Es que es necesario? ¿Tendré que vivir a tu costa? —¿Quién te dijo eso, mi querida amiga Verochka? —Ah, encima pregunta quién lo dijo. ¿Acaso no fuiste tú, quien siempre habló de eso? ¿Y tus libros? La mitad de esos libros hablan de ello.

—¿Los libros? ¿Yo te lo dije? ¿Pero cuándo, Verochka?

—¡Ah, cuándo! ¿Y quién decía que todo se basaba en el dinero? ¿Quién lo decía, Dmitri Seigueich?

—¿Bien, y qué?

—¿Y tú crees que soy tan tonta que no puedo, según la expresión de vuestros libros, sacar la conclusión de las premisas?

—¿Pero qué conclusión? Dios sabe lo que dices, mi querida amiga Verochka.

—¡Ah, astuto! Quiere ser déspota, quiere que yo sea su esclava. No, eso no ocurrirá, Dmitri Sergueich; ¿entiende?

—Bueno, habla, yo entenderé.

—Todo está basado sobre el dinero, dice usted, Dmitri Sergueich; quien tiene dinero, tiene poder y derecho, dicen vustros libros. Eso significa que mientras la mujer viva a costa del hombre, estará dependiendo de él; ¿no es así, Dmitri

Sergueich? Usted, suponía que yo no lo entendería, que yo sería su esclava; no, Dmitri Sergueich, no le permitiré que sea mi déspota. Usted quiere ser un déspota bueno, misefitcordioso, pero yo no lo quiero, Dmitri Sergueich. Bien, querido, ¿y cómo viviremos todavía? Tú cortarás los brazos y las piernas a la gente, les harás beber unas mezclas repugnantes, y yo daré clases de piano. ¿Y cómo viviremos todavía?

—Así, así, Verochka. Cada uno que defienda su independencia con todas sus fuerzas frente a cualquiera, por más que te quiera, por más que confíes en él. No sé si conseguirás lo que dices, pero es casi igual. Quien se decidió a eso, ése ya casi se protegió; ya siente que puede valerse por sí mismo, que puede renunciar a la ayuda ajena, si hace falta; y este sentimiento ya es casi sufidente. ¡Pero qué gente tan ridícula somos, Verochka! Tú dices: «No quiero vivir a tu costa», y yo te alabo por eso. ¿Quién habla así, Verochka?

—Si ridículos, pues ridículos, querido. ¿Qué nos imperta? Viviremos a nuestra manera, según nos parezca mejor. ¿Cómo viviremos todavía, mi querido? —Vera Pavlovna, yo le propuse mis ideas sobre un lado de nuestra vida; usted se permitió desecharlas por completo con su plan, me llamó tirano, esclavizador; permítase pensar sola cómo se formarán otros aspectos de nuestras relaciones. Considero inútil presentar mis ideas ya que las destruiría usted exactamente del mismo modo. Amiga mía, Verochka, tú misma di cómo piensas vivir; seguramente, a mí me quedará solamente decir: ¡querida mía, qué inteligentemente piensa ella sobre to— das las cosas!

—¿Eso qué es? ¿Se permite usted decir cumplidos? ¿Pretende ser amable? Pero los conozco demasiado bien; adulan para dominar bajo la apariencia de sumisión. Le ruego de antemano hablar más sencillamente. Querido, exageras las alabanzas. Me da vergüenza, querido mío, no, no me alabes, para que no sea demasiado orgullosa.

—Bien, Vera Pavlovna, empezaré a decir groserías, si le es eso más agradable. En su carácter, Vera Pavlovna, hay tan poca feminidad, que, probablemente, expresará unos pensamientos totalmente masculinos.

—Ah, querido, di: ¿qué significa esa «feminidad»? Yo comprendo que la mujer habla en contralto, el hombre en barítono; ¿pero qué más da? ¿Merece la pena razonar sobre el hecho de qué hablemos en contralto? ¿Merece la pena pedírnoslo? ¿Por qué todo el mundo nos persuade que nos quedemos femeninas? ¿No es una tontería, querido?

—Es una tontería, Verochka, y una gran vulgaridad. —Así que, querido mío, no me ocuparé más de la feminidad; con su permiso, Dmitri Sergueich, le contaré unos pensamientos totalmente masculinos sobre cómo viviremos. Seremos amigos. Sólo que yo quiero ser tu primer amigo, Ah, todavía no te he dicho cómo odio a tu querido Kirsanov.

—No se puede, Verochka, él es una persona muy buena.

—Y yo lo odio. Te prohíbo reunirte con él.

—Un comienzo maravilloso. La asustó tanto mi despotismo que quiere convertir al marido en un muñeco. ¿Y cómo quieres que no nos veamos si vivimos juntos?

—Sí, y todo el tiempo estáis abrazados. —Desde luego. Cuando tomamos el té y comemos. Sólo que las manos están ocupadas, es difícil abrazarse.

—Y no se separan ni por un día. —Es muy probable. Él con su habitación, y yo con la mía somos casi inseparables.

—Y si es así, ¿por qué no quieres dejar de verlo completamente?

—Pero si somos amigos, a veces uno tiene ganas de hablar; entonces hablamos mientras que no se haga pesado el uno al otro.

—Todo el tiempo están juntos; se abrazan y pelean, se abrazan y pelean. Lo odio.

—¿Pero de dónde lo sacaste, Verochka? Discutir, ni una sola vez hemos discutido. Vivimos casi separados, como amigos; eso es cierto; ¿pero qué importancia tiene esto?

—¡Ah, querido, cómo te engañé, te engañé tan estupendamente! Tú no querías decirme cómo viviríamos nosotros, pero lo contaste tú mismo. ¡Cómo te engañé! Escucha cómo viviremos, según tu narración. Primero, tendremos dos habitaciones; la tuya y la mía, y una tercera, en la que tomaremos el té, comeremos, recibiremos a los invitados, que tendremos los dos, no solamente tú ni solamente yo. Segundo, yo no puedo entrar en tu habitación, para no molestarte; es que Kirsanov no puede; por eso no discutís. Tú en la mía tampoco. Eso es lo segundo. Ahora, lo tercero; ah, querido, se me olvidó preguntarte esto: ¿Kirsanov se entremete en tus asuntos o tú en los suyos? ¿Tenéis derecho a preguntar el uno al otro sobre algo?

—Eh, ya sé a qué viene este Kirsanov. No lo diré.

—Sí, de todas formas lo odio. Y no me lo digas, no hace falta. Yo misma lo sé: no tenéis derecho a haceros preguntas sobre nada. Así que, tercero: yo no tengo derecho a hacerte preguntas sobre; nada, querido. Si quieres preguntar o decirme algo sobre tus cosas, tú mismo me lo dirás. Y exactamente al revés. Estas son las tres reglas. ¿Qué más?

—Verochka, la segunda regla requiere aclaraciones. Nosotros nos vemos en la habitación neutral a la hora del té y de la comida. Ahora imagínate el caso siguiente. Tomamos el té por la mañana, yo estoy sentado en mi habitación y no puedo meter las narices en la tuya, eso quiere decir que no te veré hasta la hora de comer; ¿es así?

—Desde luego.

—Estupendo. Me viene un conocido y dice qué a las dos vendrá otro conocido; y yo a la una salgo por algún asunto; ¿puedo pedirte que transmitas a ese conocido, que vendrá a las dos la respuesta que necesita, puedo, pedírtelo si tú piensas quedarte en casa?

—Desde luego, puedes. Si me hago cargo, ésa es otra cuestión. Si me niego, tú no puedes pretender más, no puedes preguntar por qué me niego. Pero preguntar si estoy dispuesta a hacerte ese favor, puedes.

—Estupendo. Pero a la hora del té no lo sabía todavía y entrar en tu habitación;

no puedo. ¿Cómo te lo preguntaré?

—¡Dios mío, qué ingenuo es; es un niño pequeño! ¡Qué hay que entender aquí, diga, por favor! Usted hace esto, Dmitri Sergueich. Usted va a la habitación neutral y dice: «¡Vera Pavlovna!» Yo contestó desde mi habitación: «¿Qué desea, Dmitri Sergueich?» Usted dice: «Me marcho; mientras no esté, vendrá el señor A. (Usted dice el nombre de su conocido). Tengo algunas cosas que transmitirle. ¿Le puedo pedir, Vera Pavlovna, que se las transmita?» Si contesto «no», nuestra conversación se acabó. Si contesto «sí», salgo a la habitación neutral y usted me comunica lo que tengo que transmitir a su conocido. ¿Ahora ya Sabe, niño pequeño, cómo hay que proceder?

—Sí, querida Verochka, bromas aparte, pero en realidades mejor vivir como tú dices. Sólo que, ¿de dónde sacaste estas ideas? Yo las conozco, hasta recuerdo dónde las leí. Pero a tus manos estos libros no llegaron. En esos que le di, no había estos detalles. Tampoco tuviste de quién; oírlas. Es que seguramente soy yo la primera persona decente que habías encentrado.

—Ah, querido, ¿acaso es difícil llegar a estos pensamientos? Yo vi la vida familiar. No hablo sobre mi familia; es muy peculiar. Pero tengo amigas, solía estar en sus familias. Dios mío, cuántos disgustos entre los esposos; no te Io puedes imaginar, querido mío.

—Pues me lo imagino, Verochka.

—¿Sabes lo qué me parece, querido? La gente no debe vivir como vive: todos juntos, todos juntos. Deben reunirse sólo cuando tienen algún asunto o cuando, piensan juntos descansar o disfrutar. Siempre pienso: ¿por qué con las personas extrañas todos son tan atentos? ¿Por qué, en presencia de personas extrañas, todos tratan de parecer mejores que en su familia? Y en efecto, en presencia de personas extrañas son mejores. ¿Por qué es esto? ¿Por qué son con los suyos peores, aunque los quieren más, que con los extraños? ¿Sabes, querido, qué quisiera pedirte? Pórtate conmigo siempre como te has portado hasta ahora; es que eso no te impidió quererme. De todas formas, estábamos el uno del otro más cerca que de cualquier otra persona. ¿Cómo te has portado hasta ahora? ¿Contestabas irrespetuosamente, me respondías? ¡No! Dicen: ¿cómo es posible ser irrespetuoso con una mujer extraña o una muchacha extraña, cómo se la puede reprender? Bien, querido mío, ahora soy tu novia, seré tu mujer; pero tú siempre compórtate conmigo como hay que comportarse con una extraña. Eso, querido mío, me parece que es lo mejor para que haya un acuerdo firme, para que se mantenga el amor. ¿No es así, querido?

—No sé, Verochka, qué pensar de ti. Ya antes me asombrabas.

—Querido mío, tú quieres elogiarme. No, amigo mío, no es tan difícil comprenderlo, como te parece. Estos pensamientos no los tengo solamente yo: los tienen muchas muchachas y mujeres jóvenes, tan sencillas como yo. Sólo que ellas no pueden decir a sus novios o a sus maridos lo que piensan; saben lo que pensarían de ellas por eso: eres inmoral. Yo empecé a quererte, querido, porque tú no piensas eso.

¿Sabes cuándo empecé a quererte? Cuando hablamos por primera vez el día de mi cumpleaños; cuando empezaste a decir que las mujeres son desgraciadas, que dan lastima. Y por eso empecé a quererte.

—¿Y cuándo empecé a quererte yo a ti? Ese mismo día, ya lo dije; ¿pero cuándo?

—Qué ridículo eres, querido. Dijiste que no se podía no adivinar; y si lo adivino, volverás a alabarme.

—De todas formas, adivina.

—Está claro; cuándo: cuando pregunté si era cierto que se podía hacer qué la gente viviera bien.

—Por eso hay que besarte otra vez la mano, Verochka. —Basta, querido mío, no me gusta cuando a las mujeres Ies besan las manos.

—¿Por qué, Verochka?

—Ah, querido, tú mismo sabes por qué! ¿Por qué me lo preguntas? No preguntes así, querido mío. —Sí, amiga mía, es verdad. No se debe preguntar así. Es feo. Preguntaré sólo cuando de verdad no sepa lo que quieres decir. Y tú querías decir que no se debía besar la mano a nadie.

Verochka se puso a reír.

—Ahora te perdono, porque yo misma conseguí: reírme de ti: Ves, quiso examinarme y él mismo no conocía la razón fundamental por qué no era bueno. No se debe besar la mano a nadie, es cierto. Pero yo no hablé de eso, no en genera!, sino solamente que los hombres no debían besar las manos a las mujeres. Eso, querido, debería ser muy ofensivo para las mujeres; eso significa que no las consideran personas iguales, piensan que el nombre no puede humillar su dignidad ante la mujer, que ella está tan por debajo de él, que, por más que se humille, ante ella, no le es igual, que está mucho más por encima de ella. Pero tú no piensas así, querido mío; ¿entonces por qué besarme la mano? Pero escucha lo que me parece, querido: como si nosotros no fuéramos novio y novia.

—Sí; es verdad, Verochka, hay poco parecido. ¿Sólo qué, qué somos?

—Dios sabe qué, querido, o esto: como si estuviésemos casados desde hace tiempo.

—Bueno, amiga mía, es cierto. Viejos amigos, no cambió nada.

—Sólo una cosa cambió, querido mío: que yo sé ahora que salgo del sótano.

XIX

Así hablaron —una conversación, un tanto extraña para ser la primera entre novio y novia— y se estrecharon las manos, y Lopujov se fue a casa. Y Verochka misma cerró detrás de él la puerta, porque Matrena se quedó en la bodega esperando que su tesoro roncaría todavía mucho tiempo. Y en efecto, su tesoro roncaba todavía mucho tiempo.

Al volver a casa a las siete, Lopujov quiso ponerse a trabajar, pero tardó mucho en ponerse. La cabeza estaba ocupada todo el tiempo con lo que se había ocupado durante todo el largo camino desde las cercanías del puente Semiónovski hasta el barrio de Vyborg. Desde luego que estaba ocupado con sueños amorosos. Sí, con ellos, sólo que no del todo amorosos y no del todo con sueños. La vida de un hombre no asegurado materialmente tiene sus intereses prosaicos, y en éstos pensaba Lopujov. La cosa es comprensible: un materialista siempre: piensa solamente en la ganancia. Él, efectivamente, pensaba en la ganancia; en vez de elevados ensueños poéticos y plásticos estaba ocupado con ensueños amorosos que son propios de un materialista grosero.

«El sacrificio, eso casi será imposible quitárselo de la cabeza. Y eso es malo. Cuando piensas que debes algo particular a una persona, las relaciones con ella son ya un poco artificiales. Y se enterará. Los amigos le explicarán que me esperaba una carrera. Y aunque no se lo explicaran, ella misma se dará cuenta: Tú, amigo mío, mira a qué renunciaste, a una carrera que esperabas —bien, supongamos, no de dinero, de eso no me acusarán ni los amigos ni ella misma— ya será bueno el hecho de que no pensará que “él por mí se quedó pobre, cuando sin mí hubiera sido rico”. Eso no lo pensará. Pero sabrá que deseaba la fama científica y que la obtendría. Y se afligirá: “¡Ah, cómo se sacrificó por mí!” Pero yo no tenía intención de sacrificarme. Hasta ahora no he sido tan tonto como para sacrificarme y espero que nunca lo haga. Lo que, era mejor para mí, eso hice. No soy el hombre que se sacrifica. Tampoco lo hay, nadie se sacrifica. Es un concepto falso; el sacrificio: el absurdo. Según lo que te agrada, así procedes. Pero vamos, ¿cómo explicarlo? En teoría está, claro; pero cuando ve delante de sí el hecho, el hombre se enternece: usted, dice, es mi bienhechor. Y ya se dejó ver el brote de la futura, cosecha. Tú dice me liberas del sótano, qué bueno eres conmigo. Mucha falta me haría liberarte, si no me proporcionara satisfacción a mí mismo. A lo mejor, me libere a mí mismo. Sí, claro, a mí mismo: yo mismo quiero vivir, amar; ¿entiendes? Yo mismo, para mí mismo lo hago todo. ¿Qué hacer para que no se desarrolle en ella ese sentimiento perjudicial de agradecimiento que le pesaría? Lo haremos de alguna manera, ella es inteligente, entender que son tonterías. Desde luego, no me preponía hacer esto. Pensé que si ella consiguiera marcharse de casa, la cosa se aplazaría aproximadamente dos años; mientras tanto, yo hubiera tenido tiempo para llegar a ser profesor, la cuestión financiera sería satisfactoria. Resultó que no se podía aplazar. ¿Bueno, y a mí qué

perjuicio me supone? ¿Acaso pensé en mí mismo, cuando consideré que antes hacía falta arreglar la cuestión financiera? ¿Qué le importa eso al hombre? Al hombre no le importa. La falta de dinero se deja sentir en la mujer. Botas hay, los codos de la chaqueta no están gastados, sopa de coles hay en la habitación hace calor; ¿qué más necesito? Y esto lo tendré. Entonces, ¿qué perjuicio para mí? Pero a una mujer joven, guapa eso es poco. Ella necesita disfrutar, necesita éxito en la sociedad. Pero para eso no tendrá dinero. Desde luego, ella no pensará que eso le hace falta, es una muchacha inteligente, honrada. Pensará: ésas son tonterías, es algo sucio que desprecio; y lo despreciará: ¿Pero acaso ayuda el hecho de que un hombre no sabe lo qué le falta, o incluso: está convencido de que no le hace falta? Es ilusión, fantasía. La naturaleza ensordecida con la razón, con las circunstancias, con el orgullo se calla y no permite a la conciencia dejarse conocer; pero a pesar de todo, en silencio, trabaja y mina la vida. No debe vivir así una joven, no debe vivir así una mujer bella; no conviene que no esté vestida bien, como las otras, y no brille por falta de medios. Lastima de ti, pobrecita. Pensé que a pesar de todo te iría mejor. ¿Y yo qué? Yo estoy ganando, todavía no se sabe si se casaría conmigo dentro de dos años; ahora se casa…»

—Dmitri, ven a tomar el té.

—Voy.

Lopujov se dirigió a la habitación de Kirsánov y por el camino le dio tiempo para pensar: «Qué cierto es que el Yo está siempre en el primer plano; empecé por mí y termine conmigo. ¿Y dónde empecé? “Sacrificio”. ¡Qué bajeza! Como si renunciara a la fama científica y a la cátedra; ¡qué absurdo! ¿Acaso no es lo mismo? Trabajaré igualmente, igualmente obtendré la cátedra, igualmente serviré a la medicina. AI hombre, como teórico, le resulta agradable ver cómo el egoísmo juega con sus pensamientos en la práctica.»

Como advierto al lector de todo, le diré que no vea encerrada en este monólogo de Lopujov una insinuación misteriosa del autor con respecto a algún motivo importante en el curso siguiente de las relaciones entre Lopujov y Vera Pavlovna; la vida de Vera Pavlona no se verá minada por falta de posibilidad de brillar en la sociedad y de vestirse ricamente, y sus relaciones con Lopujov no se estropearán con el «sentimiento perjudicial» del agradecimiento. No soy de los artistas que ocultan en cada palabra un resorte; yo reproduzco lo que pensaron e hicieron las personas, nada más. Si algún acto, alguna conversación, algún monólogo en el pensamiento son necesarios para caracterizar al personaje o la situación, los narro, aunque no tuvieran ninguna consecuencia en el curso posterior de mi novela.

—Ahora, Alexander, no te quejarás de que me quedo atrás en el trabajo. Lo recuperaré.

—¿Qué, terminaste las gestiones por el asunto de esa muchacha?

—¿Se quedará como institutriz en casa de B.?

—No, no va a ser institutriz. Se arregló de otra manera. Por ahora le será posible llevar una vida soportable en su familia.

—Bueno, eso está bien. Vivir como una institutriz es duro. Y yo, amigo, acabé ahora el trabajo con el nervio ocular y empiezo con el tema siguiente. ¿Y tú, dónde te quedaste?

—Todavía me hace falta terminar el trabajo sobre… Y comenzaron a sonar términos anatómicos y fisiológicos.

XX

«Hoy es 28 de abril. Dijo que sus asuntos se arreglarían a principios de julio, supongamos, el día 10; pero esto ya no es a principios de mes. Se puede tomar el día 10. O, para mayor fidelidad, tomaré el día 15; no, mejor el 10; ¿cuántos días quedan? El día de hoy no hace falta contar, quedan solamente cinco horas; de abril quedan 2 días; mayo son 31 y 2, 33; junio son 30 y 33, 63; de julio 10 días. Quedan solamente 73 días. ¿Acaso es mucho, solamente 73 días? ¡Y entonces seré libre! ¡Saldré de este sótano! ¡Qué feliz soy! ¡Qué inteligentemente lo pensó él, mi querido! ¡Qué feliz soy!»

Eso ocurría el domingo por la tarde. El lunes, la clase trasladada del martes.

—Amigo mío, querido, qué alegría de estar otra vez contigo; al menos por un minuto. ¿Sabes lo que rae queda por estar en este sótano? ¿Cuándo acabas? ¿Hacia el día 10 habrás acabado?

—Sí, Verochka.

—Así ahora me queda por estar en el sótano solamente setenta y dos días y la tarde de hoy. Ya taché un día, es que hice una tablita, como hacen las chicas en el internado y los chicos en la escuela, y tacho los días. ¡Qué alegre es tachar!

—Querida mía, Verochka, querida. Ya no tendrás que angustiarte aquí por mucho tiempo, dos meses y medio pasarán pronto, y tú serás libre.

—¡Ah, qué alegre será todo! Sólo que tú, mi querido, ahora no hables conmigo y no me mires, y el piano tampoco lo tocaremos siempre que vengas. Y no siempre que estés aquí saldré de mi habitación. No, no me contendré, saldré siempre, sólo para un ratito, y te miraré tan fríamente, sin amabilidad. Y ahora mismo me voy a mi habitación. Hasta luego, querido. ¿Cuándo?

—El jueves.

—¡Tres días! ¡Tanto tiempo! Y entonces quedarán solamente sesenta y ocho días.

—Cuenta menos: alrededor del día siete podrás salir de aquí.

—¿El siete? Así que ya ahora quedan solamente sesenta y nueve días. ¡Qué alegría me has dado! Hasta luego, querido.

Jueves.

—Mi querido, tengo que estar aquí solamente sesenta y seis días.

—Sí, Verochka, el tiempo pasa rápidamente.

—¿Rápidamente? No, querido. ¡Qué largos se hicieron los días! En otros tiempos, parece que un mes entero podría pasar mientras transcurrían estos tres días. Hasta luego, querido, no debemos hablar mucho. ¿Somos astutos, no? Hasta luego. Ah, todavía tengo que estar en el sótano sesenta y seis días.

(«¡Hum, hum! No, claro, no lo noto, con el trabajo el tiempo pasa volando. Y tampoco vivo en un sótano. ¡Hum, hum! Sí.»)

Sábado.

—Ah, querido mío, todavía quedan sesenta y cuatro días. ¡Qué aburrimiento hay

aquí! Estos dos días han ido más despacio que aquellos tres. ¡Qué aburrimiento! Qué vileza hay aquí, si supieras, querido. Hasta luego, querido mío. Hasta el martes; y esos tres días serán más largos que todos los cinco días. Hasta luego, querido.

(«¡Hum, hum! Sí. ¡Hum! Los ojos no han quedado hermosos. A ella no le gusta llorar. Eso no está bien. ¡Hum! Sí.»)

Martes.

—Ah, querido, hasta dejé de contar los días. No pasan, no pasan en absoluto.

—Verochka, cariño mío, te suplico una cosa. Tenemos que hablar detenidamente. Ansías mucho la libertad. Pues, permítete un poco de libertad; ¿tenemos que hablar, no?

—Tenemos que hablar, querido, sí.

—Verás lo que te pido, Mañana, cuando te resulte más cómodo —la hora es indiferente, no tienes más que decirlo— espera otra vez en ese banco en el bulevar Konnogvardeiski. ¿Estarás allí?

—Estaré, cariño mío, estaré sin falta. A las once; ¿bien?

—Bien. Te lo agradezco, cariño.

—Hasta luego, querido. Ah, cómo me alegro que se te haya ocurrido esto. Cómo es posible que no se me haya ocurrido a mí, tontita. Hasta luego. Hablaremos. De todos modos, respiraré el aire libre. Hasta luego, querido. A las once sin falta.

Viernes.

—¿Verochka, a dónde vas?

—¿Yo, mamá? —Verochka enrojeció—. A la avenida Nevski, mamá.

—Entonces iré contigo, Verochka, tengo que ir a Gostinny dvor. Pero qué dices, Verochka, vas a la avenida Nevski, ¡y qué vestido se ha puesto! Hay que ponerse uno mejor, cuando se va a la avenida Nevski; hay mucha gente allí.

—A mí me gusta este vestido. Espere un segundo, mamá, sólo cogeré en mi habitación una cosa.

Se marchan. Andan. Llegaron a Gostinny dvor, van por la calle paralela a la Sadovaia, falta poco para llegar a la esquina de la avenida Nevski, aquí está la tienda de Ruzanov.

—Mamá, le diré dos palabras.

—¿Qué te pasa, Verochka? —Hasta la vista, mamá. No sé si será pronto; si no se enfada, hasta mañana.

—¿Qué, Verochka? Algo aquí no entiendo.

—Hasta luego, mamá. Ahora voy a donde mi marido. El otro día nos casamos, Dmitri Sergueich y yo. A la calle Karavannaia, cochero.

—Un cuarto de rublo, señorita.

—Bien, ve rápidamente. Esta, tarde él pasará por su casa, mamá. Y no se enfade conmigo, mamá.

Estas palabras ya apenas llegaron hasta María Alexevna.

—Y tú no vayas a o la calle Karavánnaia, eso lo dije solo así, para que no lo

pensaras; mucho, para separarme de esa dama cuanto antes. A la izquierda, por la avenida Nevski. Necesito ir mucho más lejos que a la calle Karavannaia, voy a la isla Vasijievski, a la línea Quinta, detrás, de la avenida Srendi. Ve rápido, te daré más.

—Ah, señorita, se permitió engañarme. Habrá que poner medio rublo.

—Si vas bien.

XXI

La boda se hizo de una forma no muy complicada, aunque no del todo corriente.

Dos días después de la conversación sobre que eran novio y novia, Verochka se alegró con una pronta liberación. Al tercer día su sótano», como decía, le pareció doblemente más insoportable que antes; al cuarto día ya lloró, lo que no le gustaba, pero lloró un poco; al quinto día un poco más, al sexto ya no lloraba, sino que solamente no podía dormir por la tristeza.

Lopujov miró —era cuando pronunció el monólogo «hum, hum»—, miró otra vez y pronunció el monólogo «hum, hum. Sí. Hum». con el primer monólogo supuso algo, sólo que no sabía lo que había supuesto exactamente, y en el segundo monólogo se explicó a sí mismo qué suposición había hecho en el primero. «No conviene dejar en la cárcel a la persona a la que se enseñó la libertad»; y después de eso meditó durante; dos horas; una hora y media por el camino desde el puente Semionovski hasta el barrio de Vyborg y media hora en su cama; durante el primer cuarto de hora pensó, sin fruncir el ceño, la restante hora y tres cuartos pensó frunciendo el ceño; cuando pasaron dos horas, se golpeó la frente y, después de decir «peor que el administrador de correos de Gogol, burro», miró el reloj. «Las diez, todavía se puede», y salió de la habitación.

Durante el primer cuarto de hora, sin fruncir el ceño, pensaba así: «Todo esto es una tontería; ¿para qué terminar el curso? Aun sin el título no me perderé, no me hace falta el título. Por las clases, por las traducciones recibiré lo mismo, a lo mejor, más de lo que recibiría con mi título. Tonterías.»

Daba la impresión de que no había por qué fruncir él ceño. A decir la verdad, la tarea no se mostró tan difícil como para partirse la cabeza; en parte también porque todavía de la clase anterior presentía algo así como este razonamiento. Ahora lo entendió. Y si se le recordara la meditación que empezaba con el tema «sacrificio» y qué terminaba con los pensamientos sobre los vestidos caros, se le podría acusar que ya desde entonces había presentido algo parecido a esta situación; porque en otro caso no hubieran tenido razón para aparecer en él pensamientos como éste: «Renuncio a la carrera científica.» Entonces se figuraba que no renunciaba, mientras que el instinto ya decía: «Renunciarás, no habrá prórroga.» Y si se le acusa a Lopujov como pensador práctico, por la falta de seriedad de entonces con su «no renuncio», él triunfaría como un teórico y diría: «Aquí tenéis un nuevo ejemplo de cómo el egoísmo dirige nuestros pensamientos y nuestros actos —yo debí haberlo visto, pero no lo vi, porque no quise verlo—. ¿Para qué entonces obligué la muchacha a estar en el sótano una semana más, cuando debí preverlo y arreglar todo entonces mismo?».

Pero nada de eso recordó ni pensó, porque había que fruncir el ceño y, después de haberlo fruncido, meditar durante una hora y tres cuartos acerca de las palabras: «¿Quién nos casará?» Y no había otra respuesta que ésta: «¡Nadie nos casará!» Y de pronto, en vez de «nadie nos casará», apareció en su mente el nombre de

«Mertsalov». Entonces se golpeó Ja frente y se regañó con justicia: ¿Cómo que no recordé desde el principio a Mertsalov? Pero en parte también sin justicia: no era normal pensar en Mertsalov como en un hombre que casaba.

En la Academia de Medicina hay mucha gente de todos los tipos; hay, entre otros, también seminaristas. Ellos tienen amistades en la Academia de Teología, y a través de ellos tenía allí amistades también Lopujov. Un estudiante de la Academia de Teología al que conocía Lopujov —un amigo no íntimo, pero bueno— terminó los estudios el año pasado y era sacerdote en un edificio con corredores infinitos en la isla Vasilievski. Allí se dirigió Lopujov; y siendo un caso tan extremo y una hora tan tardía, cogió incluso un coche.

Mertsalov, que estaba solo en casa, estaba leyendo una nueva, obra, quizá de Luis XIV u otro de la misma dinastía.

—Este es el asunto, Alexei Petrovxch. Sé que para usted es un riesgo muy serio. Será bueno si nos reconciliamos con los padres; ¿pero si empiezan el pleito? A usted le acarrearía dificultades, y seguramente será así, pero… —Lopujov no logró encontrar en su cabeza ningún «pero», ¿cómo propiamente convencer al hombre que ponga por nosotros su cabeza en la horca?

Mertsalov pensó durante mucho tiempo, también buscó el «pero» para autorizarse para un riesgo así y tampoco pudo inventar ningún «pero».

—¿Cómo salir de ésta? Yo quisiera… Lo que hace usted ahora lo hice hace un año; me quedé obligado a mí mismo, como lo estará usted. Pero me da vergüenza: habría que ayudarle. Sí, cuando se tiene una mujer, da miedo ir sin mirar atrás.

—Hola, Aliosha. Mi familia te saluda. Hola Lopujov; hace tiempo que no nos vemos, ¿qué dicen sobre la mujer? Según ustedes, las mujeres siempre son culpables —dijo la dama, que volvía de casa de su familia, una rubia de diecisiete años, guapa y viva.

Mertsalov contó a su mujer de lo que se trataba. A la joven dama le brillaren los ojitos.

—¿Aliosha, acaso te comerían?

—Hay riesgo, Natasha.

—Un riesgo muy grande —confirmó Lopujov.

—Bien, ¿qué hay que hacer? Arriésgate, Aliosha, te lo ruego…

—Si no empiezas a reprocharme; Natasha; que me olvidé de ti al correr el riesgo, entonces la conversación está acabada. ¿Cuándo quiere casarse, Dmitri Sergueich?

Por consiguiente, no quedaban obstáculos.

El lunes por la mañana, Lopujov dijo a Kirsanov:

—¿Sabes una cosa, Alexander? No puedo hacer otra cosa que regalarte aquella mitad de nuestro trabajo que me pertenecía. Tema mis papeles y preparados, yo lo dejo. Salgo de la Academia y te pido un favor. Me caso. Lopujov le contó la historia en dos palabras.

—Si fueras tonto o lo fuera yo, te diría, Dmitri, que así preceden los locos. Pero

ahora no lo diré. Todas las objeciones las consideraste con más cuidado, seguramente, que yo. Y aun si no las consideraste, es igual. No sé si precedes tonta o inteligentemente; pero, al menos, yo mismo no voy a cometer la tontería de tratar de disuadirte, cuando sé que no lo conseguiría. ¿Me necesitas para algo?

Hace falta buscar una casa en algún lugar barato, tres habitaciones. Yo tengo que hacer gestiones en la Academia, para que me entreguen los papeles, para mañana ya. Así que busca tú el piso. El martes Lopujov recibió sus papeles, se fue a casa de Mertsalov y le dijo que la boda sería al día siguiente.

—¿A qué hora le será más cómodo, Alexei Petrovich? A Alexei Petrovich le da igual, mañana estará todo el día en casa. De todas formas, creo que me dará tiempo para mandar a Kirsanov que le prevenga.

Cuando Lopujov llegó al bulevar el miércoles a las 11, esperó a Verochka bastante tiempo y empezó ya a alarmarse; pero aquí está y viene de prisa.

—Verochka, amiga mía, ¿no te pasó nada?

—No, cariño, no pasa nada, me retrasé solamente porque me había quedado dormida.

—Entonces, ¿a qué hora te habrás dormido?

—Cariño, no te lo quise decir; a las siete, Cariño; estuve pensando todo el tiempo; no, antes, a las seis.

—Mira, lo que quería pedirte, mi querida Verochka: debemos hablar cuanto antes para estar los dos tranquilos. —Sí, cariño; debemos hablar. Cuanto antes.

—Dentro de cuatro o tres días…

—Ah, si fuera así, cariño, serías un portento.

—Dentro de tres, seguramente, encontraré un piso, compraré lo que hace falta en casa. Entonces podremos instalarnos juntos.

—Sí, cariño, sí.

—Pero antes hay que casarse.

—Ah, se me olvidaba, cariño, hay que casarse antes.

—Podemos casarnos ahora, eso era lo que quería pedirte.

—Vamos, cariño, nos casaremos; ¿pero cómo conseguiste arreglar todo? ¡Qué listo eres, cariño!

—Por el camino te lo contaré, vamos.

Llegaron, recorrieron les largos corredores hasta la iglesia, encontraron al vigilante, mandaron a por Mertsalov; Mertsalov vivía en el mismo edificio con los corredores infinitos.

—Ahora, Verochka, tengo algo que suplicarte. ¿Tú sabes que en la iglesia obligan a les jóvenes a que se besen?

—Sí, mi querido; ¡sólo que tengo vergüenza!

—Por eso, para que no tengas luego tanta vergüenza, nos besaremos ahora.

—Bueno, querido, nos besaremos; ¿pero acaso no se puede sin eso?

—Es que en la iglesia no se puede sin eso, así que nos prepararemos.

Se besaron.

—Querido, es bueno que hayamos tenido tiempo para prepararnos. Ya viene el vigilante, ahora no tendré tanta vergüenza en la iglesia.

Pero no era el vigilante. El vigilante fue a buscar al sacristán; entre Kirsanov, que los había esperado a ellos y a Mertsalov.

—Verochka, éste es Alexander Matveich Kirsanov, al que odias y con el que quieres prohibirme ser amigo.

—Vera Pavlovna, ¿por qué quiere separar nuestros tiernos corazones?

—Por eso, porque son tiernos, —dijo Verochka, dando la mano a Kirsanov y, sonriendo todavía, se quedó pensativa—. ¿Acaso sabré quererlo como lo quiere usted? ¿Lo quiere mucho?

—¿Yo? Yo no quiero a nadie, excepto a mí mismo, Vera Pavlovna.

—¿Y no lo quiere, a él?

—Vivíamos, no peleamos, y basta.

—¿Y él no lo quería a usted?

—No lo noté. Además, se lo preguntaremos a él: ¿me quisiste, Dmitri?

—No te tuve un odio especial.

—Ya que es así, Alexander Matveich, no le prohibiré que se reúna con usted, y ye misma lo querré a usted.

—Eso ya es mucho mejor, Vera Pavlovna.

—Yo ya estoy preparado —se acercó Alexei Petrovich—, vámonos a la iglesia. Alexei Petrovich estaba alegre, bromeaba; pero cuando empezó el casamiento, su voz tembló un pocó («¿y si se empieza un pleito? Natasha, vete a casa de tu padre, el marido no te puede sostener, pero mala vida es vivir del pan paterno en vida del marido.») Aunque después de unas cuantas palabras volvió a dominarse totalmente.

A la mitad del oficio vino Natalia Andrevna, o Natasha como la llamaba Alexei Petrovich. Terminada la ceremonia, rogó a les jóvenes pasar a su casa; tenía preparado un pequeño desayuno; pasaron, rieron, incluso bailaren dos cuadrillas en dos parejas, incluso bailaron un vals. Alexei Petrovich, que no sabía bailar, Ies tocó el violín; una hora y media pasó ligera e imperceptiblemente. La boda fue alegre.

—Me esperan, creo, en casa para comer —dijo Verochka—, ya es hora. Ahora, querido mío, pasaré sin angustia tres o cuatro días en mi sótano; si hace falta, pasaré incluso más; ¿cómo voy a angustiarme ahora? Ahora no tengo qué temer; no, no me acompañes. Iré sola para que no me vea nadie.

—No pasa nada, no me comerán, no se preocupen, señores —decía Alexei Petrovich al acompañar a Lopujov y Kirsanov, que se quedaron unos minutes más para dejar que se fuera Verochka—; me alegro ahora mucho de que Natasha me haya animado.

Al día siguiente, después de buscar durante cuatro días, se encontró un piso en el extremo lejano de la quinta línea de la isla Vasilievski. Teniendo reservados solamente ciento sesenta rublos, Lopujov y Kirsanov decidieron que sería ahora

imposible pensar para Lopujov y Verochka poner su casa con muebles y utensilios; por eso alquilaron tres habitaciones amuebladas, con utensilios y mesa a unos dueños burgueses: al viejo que pasaba pacíficamente sus días con un canastillo con botones, cintas, alfileres y otras cosas parecidas junto a una valla en la avenida Srendi entre la primera y la segunda línea, y por las tardes charlaba con su vieja, que pasaba sus días remendando centenares y miles de diversos trapos que le traían a mentones del rastro. El servicio era también de los dueños, es decir, se encargaban de ello los mismos dueños. Todo esto costaba treinta rublos al mes. Entonces, hace diez años, en Petersburgo eran unos tiempos todavía baratos, según la medida de Petersburgo. Con un arreglo así se disponía de medios para vivir durante tres, incluso cuatro meses; ¿diez rublos para el té durante un mes basta, no? Y en cuatro meses Lopujov esperaba encontrar clases, algún trabajo literario, trabajo en alguna oficina comercial, daba lo mismo. Ese mismo día, cuando se encontró el piso —y un piso de verdad estupendo; para eso lo buscaron tanto tiempo, y lo encontraron—, Lopujov, estando en la clase el jueves, como siempre, dijo a Verochka:

—Traslâdate mañana, amiga mía; ésta es la dirección. No te diré ahora más, para que no se den cuenta.

—¡Cariño mío, me salvaste!

¿Cómo marcharse ahora de casa? ¿Decirlo? A Verochka se le ocurrió eso; pero la madre se pone a pelear, puede encerrarla. Verochka decidió dejar una carta en su habitación. Cuando María Alexevna oyó que su hija iba hacia la avenida Nevskijjy dijo que iría con ella, Verochka volvió a su habitación y cogió la carta. Le pareció que sería mejor, más honrado, si ella misma se lo decía a su madre directamente. En la calle, seguramente, su madre no se pondrá a pelear; sólo que vendrá bien, cuando le hable, quedarse un poco alejada de ella, coger cuanto antes un coche y marcharse, para que no la coja por la manga.

Y de ésta manera transcurrió la escena dramática junto a la tienda de Ruzanov.

XXII

Pero nosotros vimos todavía solamente una mitad de esa escena.

Un minuto —no, algo menos— María Alexevna, que no sospechaba nada semejante, se quedó perpleja, tratando de comprender y sin conseguirlo, qué era lo que le decía su hija, qué significa eso y cómo era posible; pero solamente un minute o menos… Se despertó, gritó alguna injuria, pero la hija entraba ya en la avenida Nevski; María Alexevna corrió unos cuantos pasos en ésa[4] dirección. Hace falta un coche; se lanzó hacia la acera —«¡Cochero!»—. «¿A dónde manda ir, señora?» ¿A dónde mandara? Oyó que su hija había dicho «a la calle Karavannaia», pero la hija torció a là izquierda por la avenida Nevski. ¿A dónde mandará ir ella? «¡A perseguir a esa miserable!», «¿Perseguir, señora? Diga usted, como Dios manda, a dónde; ¿cómo ir sin determinación y sin saber hasta dónde?» María Alexevna salió completamente de sí, insultó al cochero. «Estás borracha, señora; ya veo, eso es lo que pasa» —dijo el cochero y se fue—. María Alexevna lo insultaba a sus espaldas, gritó a otros cocheros, corría algunos pasos en diferentes direcciones, agitaba las manos y definitivamente se detuvo otra vez debajo de la columnata y pataleaba y montaba en cólera. Y alrededor de ella ya había cinco muchachos que vendían diversas chucherías junto a las columnas de Gostinny dvor; los muchachos disfrutaban mirándola, intercambiaban comentarios de carácter más o menos irrespetuoso, se dirigían a ella con aprobaciones y consejos de carácter ingenioso y bienintencionado: «¡Ay, señora, a buena hora tuvo tiempo de ponerse como una cuba, estupendo, señora!» «¡Señora, oiga, señora, cómprame cinco copecs de limones, van bien con la bebida, te los dejaré baratos!» «¡Señora, oiga, señera, no lo escuches, limón no sirve, más vale que vayas a quitarte la borrachera!» «Señora, oiga, señora, se te da bien decir tacos. ¡Venga, apostemos a ver quién supera a quién en decir tacos!» María Alexevna, sin darse cuenta ella misma de lo que hacía, agarró la oreja del interlocutor más cercano, un chico de diecisiete años que le enseñaba la lengua no sin gracia. Se le cayó el gorro y el pelo está aquí, precisamente debajo de la mano; María Alexevna agarró esos pelos. Esto provocó en les demás interlocutores un entusiasmo indescriptible: «¡Ea, señora, dale, señora! Algunos anotaban: “Fedka, tú dale la vuelta”». Pero la mayoría de los interlocutores estaban decididamente del lado de María Alexevna: «¿Qué puede Fedka contra la señora? Dale, señera, dale a Fedka, eso es lo que necesita, gamberro.» Ya había muchos espectadores además de los interlocutores: Ies cocheros, los que estaban sentados en Ies bancos, los transeúntes. María Alexevna, como si volviera en sí, con un último movimiento maquinal echó lejos la cabeza de Fedka, se puso a atravesar la calle. La acompañaban las alabanzas entusiasmadas de los interlocutores.

Vio que iba a casa sólo cuando pasó por delante de la puerta del Cuerpo de Pajes, cogió un coche y llegó felizmente. En la puerta pegó a Fedia, que le abrió, se lanzó

hacia el armario, pegó a Matrena, que se asomó al oír el ruido, se lanzó otra vez hacia el armario, se lanzó hacia la habitación de Verochka, al cabo de un minuto volvió al armario, otra vez corrió a la habitación de Verochka, se quedó allí mucho tiempo, luego andaba por los cuartos renegando, pero ya no tenía a quien pegar. Fedia se había ido corriendo a la escalera sucia, Matrena mirando por la rendija de la habitación de Verochka, corrió a toda prisa al ver que María Alexevna se levantaba, no llegó a la cocina, sino que se encontró en el dormitorio debajo de la cama de María Alexevna, donde se quedó felizmente hasta que la llamara pacíficamente.

María Alexevna no pudo determinar si había renegado y igritado mucho o poco tiempo, andando por las habitaciones vacías; pero tenía que ser mucho tiempo, porque incluso Pavel Konstantinych volvió de la oficina y recibió también él, recibió tanto ideal como materialmente. Pero como todo tiene su final, también María Alexevna gritó: «¡Matrena, sirve la comida!». Matrena vio que el ataque había terminado, salió de debajo de la cama y sirvió la comida.

Durante la comida, María Alexevna ya, en efecto, no juraba, solamente rugía y ya sin todas las intenciones agresivas, solamente así, para el propio uso; luego no se acostó, sino que se sentó y se quedó sentada sola, y callaba, y bramaba; luego dejó también de bramar, y callaba todo el tiempo, al final gritó:

—¡Matrena! Despierta al señor, que venga aquí.

Matrena, esperando disposiciones tenía prohibido ir tanto a la bodega como a cualquier otro sitio; cumplió la orden. Pavel Konstantinych se presentó.

—Vete a casa de la dueña y dile que tu hija se casó con tu consentimiento con ese diablo. Dile: yo estuve en contra de mi mujer. Dile: lo hice para agradarla a usted, porque vi que ése no era su deseo. Dile: mi mujer sola era culpable, yo cumplí su voluntad. Dile: yo mismo los junté. ¿Entiendes o no?

—Lo comprendí, María Alexevna; lo solucionaste con mucha inteligencia.

—¡Bueno, vete ya! Aunque almuerce, llamala de todos modos, levántala de la mesa. Mientras, no sabe nada.

La veracidad de las palabras de Pavel Konstantinych era tan tangible, que la dueña las creería, aun si él no dispusiera del don de una exposición respetuosa y convincente. Y la convicción de ese don era tan enorme, que la dueña perdonaría a Pavel Konstantinych, aun si no hubiera pruebas tangibles de que él había, actuado constantemente en contra de su mujer y que había juntado a propósito a Verochka con Lopujov para hacer imposible el casamiento inconveniente de Mijail Ivanych. ¿Cómo se casaron? Pavel Konstantinych no escatimó la dote; dio a Lopujov cinco mil en dinero, los gastos del casamiento y de la casa iban de su cuenta. A través de él intercambiaban también las cartas; en casa de su compañero, del jefe del departamento Filantiev, un hombre casado, Su Excelencia, porque aunque soy un hombre insignificante, el honor de mi hija, Su Excelencia, me es querido. En mi presencia se reunían; y aunque nuestro dinero no llega a tanto como para tener para un chiquillo de esta edad profesores, pero lo cogí como un pretexto, Su Excelencia,

etcétera. Pavel Konstantinych desenmascaró la mala intención de su mujer con las críticas más negras.

¿Cómo no convencerse y no perdonar a Pavel Konstantinych? Y lo que era más importante: una alegría ¡grande e inesperada! La alegría ablanda los corazones. La dueña inició su discurso de indulto con una aclaración muy larga de la repugnancia de Jos pensamientos y de los actos de María Alexevna y al principio exigió que Pavel Konstantinych echara a su mujer, pero él la suplicó, y ella misma dijo que era más por placer que por necesidad; al final, la resolución fue que Pavel Konstantiriych seguiría como administrador, él pisó a la calle se le quitaría y se trasladaría al patio posterior con el fin de que su mujer no pudiera aparecer en los lugares del primer patio, donde puede descansar la mirada de la dueña, y estuviera obligada a salir a la calle únicamente por la puerta alejada de las ventanas de la dueña. De los veinte rublos mensuales añadidos al sueldo se le quitan quince rublos, mientras que los cinco rublos se le dejan para recompensar el tesón del administrador con el que trató de cumplir la voluntad de la dueña, y también para compensar sus gastos relacionados con la boda de su hija.

XXIII

María Alexevna tenía en su mente algunos proyectos de cómo proceder con Lopujov, cuando se presentara por la tarde. El más suave consistía en ocultar en la cocina a dos porteros que se echarían sobre Lopujov a una señal, y lo apalearían. El más patético consistía en pronunciar solemnemente tanto ella cómo Pavel Konstantinych una maldición de padres a la hija desobediente y a él, al bandido, con la aclaración de que la maldición era algo fuerte, que ni siquiera la tierra, como se sabe, recibe el polvo de los que han sido maldecidos por sus padres.

Pero éstos eran exactamente los mismos sueños que la idea de la dueña de separar a Pavel Konstantinych de su mujer; tales proyectos, cómo, cualquier poesía, no sirven propiamente para la práctica, sino para el deleite del corazón, siendo base para las infinitas meditaciones a solas y para otras explicaciones en las charlas del futuro, como, por ejemplo, mira lo que pude haber hecho y quise hacer, pero, como soy tan buena (o, según el sexo de la persona: bueno), me dio lastima.

Los proyectos de darle una paliza a Lopujov y maldecir a la hija eran el lado ideal de los pensamientos y los sentimientos de María Alexevna. El lado real de su inteligencia y de su corazón tenía una dirección menos elevada y más práctica, diferencia inevitable dada la debilidad de todo ser humano. Cuando María Alexevna, volvió en sí junto al portal del Cuerpo de Pajes, se dio cuenta de que su hija había desaparecido de verdad, que se había casado y que se había ido de su casa; este hecho se presentó en su conciencia en forma de la siguiente exclamación mental: «¡Me robó!» Y durante todo él camino seguía exclamando mentalmente, a veces en voz alta: «¡Me robó!» Por eso, después de entretenerse solamente Unos minutos comunicando su dolor a Fedia y a Matrena por la debilidad humana —todos los hombres se dejan llevar por la expresión de los sentimientos hasta tal punto que en él arrebato del corazón olvidan los intereses cotidianos del momento—, María Alexevna corrió a la habitación de Verochka, se lanzó hacia los cajones del tocador, hacia el armario, recorrió todo con una mirada rápida —¡no, parece ser que todo está en su sitio!— y luego se puso a verificar esta impresión tranquilizadora mediante un examen detallado. Resultó que, realmente, todas las cosas y todos los vestidos se quedaron con María Alexevna, excepto un par de sencillos pendientes de oro, un viejo vestido de muselina, un viejo abrigo con los que Verochka salió de la casa, María Alexevna esperaba que, en cuanto al aspecto realista de la cuestión, Verochka daría a Lopujov una lista de sus cosas, para exigirlas, y decidió firmemente no darle nada de los objetos de pro y otros parecidos; en cuanto a los vestidos, darle los cuatro más sencillos y dar algo de ropa interior, la más gastada. Hay que dar algo, las conveniencias nobles no permiten no dar nada, y María Alexevna siempre observaba rigurosamente las conveniencias, nobles.

La segunda cuestión de la vida real eran las relaciones con la dueña; ya vimos que María Alexevna consiguió resolver esta cuestión con éxito.

Y ahora la tercera cuestión: ¿qué hacer con la despreciable y el sinvergüenza con la hija y con el yerno no deseado? ¿Maldecirles? Eso no es difícil, pero sirve sólo como postre para algo más sustancioso. Era posible sólo una cosa sustanciosa: presentar una denuncia, iniciar un pleito, llevar a juicio. Al principio, en el revuelo de los sentimientos, María Alexevna consideró esta solución del problema idealmente, y desde el punto de vista ideal lo veía atractivo. Pero a medida que se tranquilizaba la sangre del cansancio por la tempestad, el pleito empezó a presentarse en otro aspecto. Nadie sabía mejor que María Alexevna que los pleitos se hacen a base de dinero y más dinero, y los pleitos, como el que la sedujo con su gracia ideal, se hacen a base de mucho dinero y se prolongan mucho tiempo y, después de sacar mucho dinero, acaban completamente en nada.

¿Qué hacer? Al fin y al cabo se vio que había solamente dos posibilidades: reñir con Lopujov hasta el último gradó de satisfacción y salvar ante sus reivindicaciones las cosas de Verochka; y el medio que utilizaría para eso sería la amenaza de presentar la denuncia. Pero hay que reñir muy fuertemente; disfrutando totalmente. No consiguió ni reñir. Vino Lopujov y empezó en plan de: Verochka y yo les rogamos, María Alexevna y Pavel Konstantinych, perdonarnos que sin consentimiento…

Aquí María Alexevna gritó: «¡Maldeciré a esa perdida!»

Pero en vez de la palabra «perdida» tuvo tiempo para pronunciar solamente «perdí…», porque Lopujov dijo muy fuertemente: «No quiero escuchar sus juramentos, he venido a hablar seriamente. Usted está enfadada y no puede hablar tranquilamente, así que hablaremos solos, Pavel Konstántinych y yo, y usted, María Alexevna, mande a Fedia o a Matrena a por nosotros, cuando se calme» —y diciendo esto, ya conducía a Pavel Konstantinych del salón a su gabinete, y habló tan fuertemente, que no se lo pudo superar, por lo que María Alexevna tuvo que detenerse en su discurso.

Llevó a Pavel Konstántinych hasta la puerta del salón, aquí se paró, se volvió y dijo:

—Entonces, María Alexevna, ahora hablaré también con usted; sólo que seriamente. Hay que hablar con calma.

Ella se disponía a gritar otra vez, pero él volvió a interrumpirla:

—Bueno, no puede hablar tranquilamente, entonces nos vamos.

—¿Pero tú, por qué te vas, idiota? —chilló María Alexevna.

—Si él me lleva.

—Y si Pavel Konstantinych tampoco tiene ganas de hablar fríamente, me iré, si quieren, me da igual. ¿Sólo que, por qué, Pavel Konstantinych, permite usted que lo llamé con estos nombres? María Alexevna no sabe cómo se llevan las cosas; ella se cree seguramente que con nosotros puede hacer Dios sabe qué, pero usted es un funcionario, usted tiene que conocer el orden de las cosas: Dígale que ella ahora no conseguirá de Verochka nada, y de mí menos todavía.

«Sabe, el sinvergüenza, que con él no puedo hacer nada» —pensó María Alexevna y dijo a Lopujov que en el primer momento se había acalorado, como madre, pero ahora podía, hablar fríamente.

Lopujov volvió con Pavel Konstantinych, se sentaron; Lopujov le rogó escuchar hasta que terminara lo que iba a empezar, que el discurso de ella vendría después y empezó, a hablar, elevando fuertemente la voz, cuando ella, intentaba interrumpirlo, y llevó a cabo felizmente su discurso que consistía en que no se podía separarlos, ya que el asunto con Storeshnikov era un asunto perdido, como usted misma sabe, por eso sería inútil esforzarse, aunque, como quiera. Si hay dinero sobrante, incluso aconsejó intentarlo; y qué, incluso no hay razón para acalorarse, porque Verochka nunca quiso casarse con Storeshnikov, por lo que ese asunto era siempre irrealizable, como usted misma vio, María Alexevna. Y en todo caso hay que casar a la muchacha y éste es un asunto siempre desventajoso para los padres; hace falta la dote, la boda por sí sola vale mucho dinero, y lo fundamental: la dote; por lo que, ustedes, María Alexevna y Pavel Konstantinych deben agradecer a su hija que se casara sin pérdida alguna para ustedes. Así habló, todo en el mismo plan, y habló seriamente media hora entera.

Cuando terminó, María Alexevna vio que con un sinvergüenza así no tenía nada que hacer, y por eso empezó a hablar directamente sobre los sentimientos, que estaba disgustada, concretamente, porque Verochka se había casado sin pedir el consentimiento a sus padres, porque eso para el corazón materno era muy doloroso; bien, y cuando la cosa iba sobre los sentimientos maternos y sobre los disgustos, entonces, naturalmente, la conversación representaba en adelante para ambos lados solamente el interés de que, claro, no se podía dejar de hablar también de eso, como exigían las conveniencias. Dejaron satisfechas las conveniencias, hablaron; María Alexevna, que ella, como una madre cariñosa, estaba disgustada; Lopujov, que ella, como una madre cariñosa, puede también no disgustarse. Cuando colmaron la medida de las conveniencias correspondientes a la extensión de las meditaciones sobre los sentimientos, pasaron al otro punto exigido por las conveniencias: nosotros siempre deseábamos para nuestra hija la felicidad, eso de un lado; del otro lado se contestó que eso era, desde luego, cosa indudable. Cuando la conversación alcanzó la extensión conveniente también con respecto a este punto, empezaron a despedirse, también con aclaraciones de la extensión que exigían los nobles conveniencias. Y de todo resultó que Lopujov, comprendiendo la perturbación del corazón materno, no pedía a María Alexevna que diera a su hija permiso de visitarla, porque ahora, a lo mejor, seria todavía difícil para el corazón materno, y que María Alexevna sabría que Verochka vivía felizmente, lo que era, por supuesto, siempre el único deseo de María Alexevna, y entonces su corazón materno se tranquilizaría completamente, por lo que, entonces, ella sería capaz de ver a su hija sin disgustarse.

Así lo solucionaron y se despidieren pacíficamente.

—¡Mira, qué bandido! —dijo María Alexevna, después de despedir al yerno.

Por la noche soñó incluso algo así que estaba sentada junto a la ventana y veía: por la calle venía una carroza, la más estupenda, y esa carroza seideteñía. Y de la carroza bajaba una dama fastuosa, y con la dama estaba un hombre y entraban en la habitación de ella, y la dama decía: «¡Mire, mamá, cómo me viste mi esposo!» Y esa dama era Verochka. Y mira María Alexevna, la tela del vestido es la más cara, y Verochka dice: «Sólo la tela vale quinientos rublos en plata, y eso es para nosotros, mamá, nada. Tengo una docena de vestidos como éste; y esto, mamá, es más caro, aquí, ¡mire los dedos!» María Alexevna mira los dedos de Verochka, y en los dedos hay sortijas con enormes brillantes. «Esta sortija, mamá, cuesta dos mil rublos, y ésta, mamá, es más cara, vale cuatro mil rublos, y aquí, mire el pecho, mamá, este broche es más caro todavía: ¡vale diez mil rublos!» Y el hombre dice, y ese hombre es Dmitri Sergueich: «¡Todo esto todavía son para nosotros tonterías, querida mamá, María Alexevna! Lo realmente importante lo tengo en mi bolsillo: mire, querida mamá, la billetera, así de gruesa y llena solamente de billetes de cien rublos, y esta billetera se la regalo, mamá, porque esto también son para nosotros tonterías. Y esta billetera, que es aún más gruesa, querida mamá, no se la regalo, porque no lleva billetes, en ella no hay más que papeles de banco y letras de cambio, y cada papel y cada letra vale más que toda la billetera que le regalé, querida mamá, María Alexevna.» —Supo usted, querido hijo, Dmitri Sergueich dar felicidad a mi hija y a toda nuestra familia. ¿Sólo que de dónde, querido hijo, recibió usted tanto dinero? «Yo, querida mamá, me conseguí el privilegio de recaudador público.»

Y cuando se despertó, María Alexevna pensó para sus adentros: «Eso es, debería meterse a recaudador.»

XXIV
UNA PALABRA DE ALABANZA PARA MARÍA ALEXEVNA

Usted deja de ser un personaje importante en la vida de Verochka, María Alexevna, y, al despedirse de usted, el autor de esta narración, le ruega no quejarse de que se retire de la escena con un desenlace un tanto desfavorable para usted. No crea que por eso le haya perdido el respete. Usted se quedó atontada, pero eso no perjudica en absoluto nuestra opinión sobre su inteligencia, María Alexevna; su error no testimonia en contra de usted. Usted se encontró con gente a la que no estaba acostumbrada a encontrar antes, y no fue culpa suya, que se hubiera equivocado con ellos, juzgando por sus anteriores experiencias. Toda su vida anterior la llevó a la conclusión de que la gente se dividía en dos bandos: los tontos y los sinvergüenzas. «Quien no es tonto, es un sinvergüenza, pensaba usted, y quien no es un sinvergüenza, sólo puede ser un tonto.» Esta opinión era muy correcta, María Alexevna; hasta hace poco era completamente correcta, María Alexevna. Usted se encontró, María Alexevna, con gente que hablaba muy bien, y usted vio que todas esas personas, sin excepción, eran o unos astutos, que mareaban a la gente, con bonitas palabras, o unos grandes niños tontos, que no conocían la vida y que no sabían hacer nada. Por eso, María Alexevna, no creía usted en las palabras bonitas, las consideraba una estupidez o un engaño, y tenía usted razón, María Alexevna, su opinión sobre la gente estaba formada ya totalmente, cuando encontró a la primera mujer que no era ni tonta ni sinvergüenza. Es perdonable que usted se haya desconcertado, que se haya puesto a pensar, que no haya sabido qué pensar sobre ella, cómo portarse con ella. Su opinión sobre la gente estaba formada ya totalmente, cuando encentro al primer hombre digno, que no era un niño ingenuo y lamentable, conocía la vida no peor que usted, la juzgaba no menos correctamente que usted, sabía actuar no menos seriamente que usted. Es perdonable que usted se haya equivocado y que lo haya tomado por un zorro igual que usted. Estos errores, María Alexevna, no reducen mi respeto hacia usted como hacia una mujer inteligente y juiciosa. Usted sacó a su marido de una posición despreciable, consiguió para sí misma la seguridad en su vejez. Todas estas cosas son buenas, y para usted eran, muy difíciles. Sus medios eran bajos, pero su situación no le permitía otros medios. Sus medios corresponden a su situación, pero hay que hacer honor a su inteligencia y a la fuerza de su carácter.

¿Está usted contenta, María Alexevna, de que se reconozcan sus méritos? Desde luego, se quedaría usted contenta, porque jamás ha pretendido que la consideren amable y buena; en el momento de una sinceridad involuntaria usted misma reconoció que era una persona mala y deshonesta, y no consideró usted su maldad y su deshonra como un oprobio para sí misma, demostrando que no pudo ser otra dadas

las circunstancias de su vida. Por lo visto, a usted no le interesará mucho que al elogio de su inteligencia y de la fuerza de su carácter no haya añadido elogios a sus virtudes. Usted no considera que las tiene, y no lo considera un mérito, sino más bien considera una señal de estupidez el tenerlas. Por lo visto, usted no exigiría otro elogio que el anterior. Pero yo puedo decir en su honor otro más: de todas las personas que no quiero y con las que no quisiera tener nada que ver, de todas formas, preferiría tener algo que ver con usted que con ellos. Desde luego, usted es implacable donde eso es necesario para su provecho. Pero si usted no saca ningún provecho haciendo daño a alguien, usted no lo haría por algunas manías tontas; usted calcula que ño le merece la pena perder tiempo, esfuerzo y dinero sin utilidad. A usted, claro está, le gustaría freír a fuego lento a su hija y a su marido, pero usted supo reprimir el arrebato de venganza para considerar fríamente el asunto, y entendió qué no lograría quemarlos. Y éste es un gran mérito, María Alexevna, el saber entender lo imposible. Al entenderlo, usted no empezó el proceso que no destruiría a las personas que la habían enfadado; usted se dio cuenta de que las pequeñas cosas desagradables que usted les proporcionaría con las gestiones del proceso, la sometería a usted misma a unas gestiones y pérdidas mucho mayores, y por eso usted no inició el proceso. Si no se puede vencer al enemigo, si, acarreándole un daño insignificante, tú mismo te causas un daño grande, entonces no hay por qué empezar la lucha. Al entender eso, usted posee un juicio sano y una valentía para ceder ante lo imposible sin hacer daño inútil tanto a sí misma como a los demás, éste es también un gran mérito, María Alexevna. Sí, María Alexevna, con usted todavía se puede tener algo que ver, porque usted no desea el mal por el mal en perjuicio para sí misma; ¡éste es un mérito muy grande y muy raro, María Alexevna! Millones de personas, María Alexevna, hacen más daño que usted a sí mismos y a los demás, aunque no tienen ese aspecto terrorífico que tiene usted. Entre los que no son buenos, usted es mejor quedos otros, precisamente porque usted no es insensata y estúpida. A mí me gustaría borrarla de la faz de la tierra, pero la estimo. Usted no estropea nada; usted se ocupa ahora de cosas bajas, porque así lo exigen sus circunstancias. Pero sí le proporcionaran unas circunstancias distintas, también usted con gusto se haría inofensiva, incluso útil, porque sin el cálculo pecuniario usted no quiere hacer mal, y si le resulta ventajoso, puede hacer lo que le parezca, seguramente, incluso actuar honrada y noblemente, si fuera necesario. Usted tiene capacidad para ello, María Alexevna; usted no es culpable de que esta capacidad no actúe en usted, que en vez de ella actúen las capacidades contrarias, pero esta capacidad existe en usted, y esto no se puede decir de todo el mundo. La gente vil no es capaz de nada; usted es solamente una persona mala, pero no una persona vil. Usted está por encima de los otros también con respecto a la moral.

—¿Está contenta, María Alexevna?

—Pero hombre, cómo puedo estar contenta. ¿No son las circunstancias como para que me preocupe? —Eso es natural, María Alexevna.

CAPÍTULO TERCERO
EL MATRIMONIO Y EL SEGUNDO AMOR

I

Pasaron tres meses desde qué Verochka salió del sótano. La vida de los Lopujov iba bien. Él tenía ya buenas clases, consiguió trabajo de un vendedor de libros: la traducción de un manual de geografía. Vera Pavlovna también tenía dos clases, aunque no envidiables, tampoco muy malas. Entre los dos ya recibían ochenta rublos al mes; con este dinero no se puede vivir de otra forma que muy modestamente, pero no tenían que pasar miseria; sus medios iban aumentando poco a poco, y calculaban que dentro de cuatro meses o incluso antes podrían poner su casa (como así ocurrió).

El régimen de su vida se formó, por supuesto, no del todo tal como lo había imaginado mitad en broma y mitad en serio Vera Pavlovna el día de su fantástico compromiso, pero, a pesar de todo, de un modo muy parecido. Los viejos, en cuya casa se instalaron, hablaban mucho entre sí de lo extrañamente que vivían los jóvenes, como si ni siquiera fueran jóvenes; ni siquiera como marido y mujer, sino como vete tú a saber qué.

—Parece, por lo que veo y por lo que tú, Petrovna, cuentas, cómo decirlo, como si ella fuera para él su hermana y él para ella su hermano.

—¡Encontró con qué compararlo! Entre hermanos no hay ceremonias. Pero entre ellos, ¿cómo? Él se levanta, se pone la chaqueta y se sienta; espera hasta que traigas el samovar. Hace el té, la llama, ella, sale también vestida ya. ¿Qué hermanos serían? Así deberías decirlo: ocurre que gente pobre, por falta de dinero, viven dos familias en un piso, a eso es a lo que se puede comparar.

—¿Y cómo es eso, Petrovna, que el marido no pueda entrar en la habitación de la mujer? Eso significa que no está vestida, que no se puede. ¿Eso qué es?

Mejor que digas cómo se separan por la tarde. Dice: ¡hasta luego, querido, buenas noches! Se va cada uno a su habitación; allí están sentados, leen libros, él también escribe. Escucha qué pasó una vez. Ella fue a la cama, está acostada, lee un libro; oigo algo a través del tabique —tampoco yo podía dormir esa noche—, oigo, se levanta. ¿Y qué crees? Oigo, está delante del espejo, eso significa que se estaba arreglando el pelo. Pues, es como si fuera de visita. Oigo, se fue. Bien, yo salí al

pasillo, me subí a la silla, miro a su habitación a través del cristal. Escucho, se acerca. «¿Puedo entrar, querido?» Y él: «Enseguida, Verochka, espera un momento.» También estaba acostado. Se vistió, se puso la chaqueta. Ahora, pienso, empezará a atarse la corbata; no, no se puso la corbata, se arregló y dijo: «Ya puedes, Verochka.» «Yo, dice, en este libro no entiendo, explícamelo.» Él se lo dijo. «Perdona, querido, que te haya molestado.» Y él dice: «Ño pasa nada, Verochka, estaba acostado sin hacer nada, no me has molestado.» Y ella se fue. —¿Así se fue?

—Así se fue.

—¿Y él no hizo nada?

—Él no hizo nada. Pero tú no te asombres que se fuera, tú asómbrate de esto: se vistió y fue a verlo. Él dice: espera; se vistió, entonces dice: entra. Dime qué comportamiento es éste.

—Será esto, Petrovna: significa, alguna secta; porque hay sectas para todo.

—Eso será. Mira, tendrás razón.

Otra conversación.

—Danilych, le pregunté por ese comportamiento de ellos. Usted, digo, no se enfade por lo que le preguntaré: ¿a qué confesión pertenece? Está claro a cuál; a la rusa, dice. ¿Y su esposo? También, dice, a la rusa. ¿Y no pertenece a ninguna secta? A ninguna, dice. ¿Y usted, por qué lo pregunta? Mire por qué, señora, señorita, no sé cómo llamarla; ¿entonces vive con su marido? Se rió; vivimos, dice.

—¿Se rió?

—Se rió; vivimos, dice. ¿Entonces, por qué hacen eso, que usted sin estar vestida no lo ve, parece que no vive con él? —Eso es, dice, porque, ¿para qué mostrarse desarreglada? No hay ninguna secta—. ¿Entonces qué es? Digo. —Para que, dice, así haya más amor y menos disputas.

—Eso es, Petrovna, parece que es verdad. Significa, siempre arreglada.

—Sí, ella dijo todavía algo: sí, si no quiero que otros me vean descuidada, al marido lo quiero más, entonces, no se debe en ningún caso aparecer delante de él sin lavarse.

—Eso también es verdad, Petrovna: ¿por qué miran con deseo a las mujeres ajenas? Porque a ellas las ven adornadas, y a la suya sin arreglar. Así se dice en la escritura, en las parábolas de Salomón. Fue un zar sabio.

II

Iba bien la vida de los Lopujov. Vera Pavlovna estaba siempre alegre. Pero una vez, eso fue unos cinco meses después de la boda, Dmitri Sergueich, al volver de una clase, encontró a su mujer en un estado de ánimo especial: en sus ojos brillaba el orgullo y la alegría. En ese momento, Dmitri Sergueich recordó que ya desde hace unos días se podía observar en ella síntomas de una emoción agradable, de una meditación sonriente, de un orgullo tierno.

—Amiga mía, a ti te alegra algo; ¿por qué no compartes tu alegría conmigo?

—Parece que sí, cariño, pero espera todavía un poco. Te lo diré, cuando sea cierto. Hay que esperar todavía algunos días. Entonces me dará mucha alegría. Tú también te alegrarás, lo sé; también a Kirsanov y a los Mertsalov les gustará.

—¿Pero de qué se trata?

—Tú olvidaste, cariño, nuestro acuerdo: no hacer preguntas. Te lo diré cuando sea cierto.

Pasó todavía una semana.

—Querido mío, te contaré mi alegría. Sólo que tú, aconséjame, tú conoces todo eso. Sabes que desdé hace tiempo me apetecía hacer algo. Y se me ocurrió qué debía poner un taller de confección; ¿no es bueno?

—Bueno, amiga mía, hemos tenido el acuerdo de que no besara tus manos. Pero eso se dijo en general; para un caso como éste no hubo acuerdo. Deme su mano, Vera Pavlovna.

—Después, cariño, cuando salga la cosa.

—Cuando salga la cosa, entonces darás la mano para besarla también a Kirsanov, a Alexei Petrovich; todos la besarán. Pero por ahora estoy solo. La intención lo merece.

—¿Violencia? Gritaré.

—Grita.

— Cariño, me dará vergüenza y no diré nada. ¡Como si fuera algo tan importante!

—Y mira qué importante, amiga mía. Todos nosotros hablamos y no hacemos nada. Y tú empezaste a pensar en eso más tarde que todos nosotros y antes que nadie te decidiste a poner mano a la obra.

Verochka dejó caer su cabeza en el pecho de su marido, la ocultó.

—Querido, me has elogiado.

El marido besó su cabeza.

—La cabecita inteligente.

—Querido mío, deja. No se te puede decir nada; ves, como eres.

—Bien: habla, mi buena Verochka.

—No me llames así.

—Bueno, mala.

—¡Ah, cómo eres! Siempre interrumpes. Escucha, siéntate bien. Aquí, me parece

que lo importante es que desde el mismo comienzo cuando escoges a algunos, hay que hacerlo con cuidado, que sean realmente personas honradas, buenas, no ligeras, constantes, perseverantes y al mismo tiempo dóciles, que no provoquen disputas superficiales y que sepan escoger a otros. ¿No es así?

—Así es; amiga mía.

—Ahora encontré tres muchachas así. ¡Ah, cómo busqué! Es que ya desde hace tres meses entraba en las tiendas, conocía a chicas, y las encontré. Son unas muchachas excelentes. Las conocí bien.

—Y hace falta que sean buenas conocedoras de su trabajo; es necesario que la cosa vaya adelante por su propio mérito, ya sabemos que todo ésta basado en el cálculo comercial.

—No faltaría más eso está claro.

—¿Entonces, qué más? ¿De qué quieres hablar conmigo?

—De los detalles, cariño.

—De los detalles; pero, seguramente, tú misma lo pensaste todo y sabrás adaptarte a las circunstancias. Sabes que aquí lo más importante de todo es el principio, el carácter y ti saber. Los detalles se determinan por sí solos, según la condición peculiar de cada situación.

—Lo sé; pero de todas formas, cuando tú digas que está bien, estaré más segura.

Hablaron mucho tiempo. Lopujov no encontró nada que corregir en el plan de su mujer; peto para ella misma su plan se desarrolló y aclaró por el hecho de haberlo contado.

Al día siguiente, Lopujov llevó a la oficina de «Politséiskie vedomosti» el anuncio de que «Vera Pavlovna Lopujov recibe encargos para la confección de vestidos de señora, de ropa interior», etc., «a precios asequibles», etcétera.

Esa misma mañana, Vera Pavlovna se fue a casa de Julie. «Mi apellido actual no lo conoce, diga que m-lle Rozalskaia.»

—¡Hija mía, usted sin velo, con cara descubierta, a mi: casa y dice su nombre al criado; es una locura, se está destruyendo, hija mía!

—Es que estoy casada y puedo estar donde sea y hacer lo que quiera.

—Pero su esposo se enterará.

—Dentro de una hora estará aquí.

Empezaron las preguntas de cómo se había, casado. Julie estaba entusiasmada, la abrazaba, lloraba. Cuando pasó el paroxismo, Vera Pavlovna empezó a hablar sobre el objetivo de su visita.

Usted lo sabe: no se recuerda a los viejos amigos más que cuando se necesita: su ayuda. Quiero pedirle un gran favor. Estoy instalando un táller, de confección. Deme encargos y recomiéndeme a sus amigas. Yo misma coso bien y mis ayudantes son buenas, usted conoce a una de ellas.

En efecto, Julie conocía a una de ellas como a una costurera muy buena.

—Estas son muestras de mi trabajo. Y este vestido me lo hice yo misma; vea lo

bien que me sienta.

Julie examinó muy cuidadosamente, cómo le sentaba el vestido, examinó el trabajo del pañuelo, de las mangas, y quedó contenta.

—Hija mía, usted, podría tener un buen éxito, es hábil y tiene gusto. Pero para eso hay que tener una tienda suntuosa en la avenida Nevski.

—Sí, con el tiempo la pondré; ése será mi objetivo. Ahora recibo encargos en casa.

Dejaron los negocios, volvieron a hablar sobre el casamiento de Verochka.

—Y ese Storeshnik se corrió una tremenda juerga durante dos semanas; pero luego se reconcilió con Adèle. Me alegro por Adéle: él es buena persona; sólo que es una pena que Adèle no tenga carácter.

Al entrar en su terreno, Julie se puso a charlar sobre las andanzas de Adèle y de otros. Ahora m-lle Rozalskaia ya es una dama; por consiguiente, Julie no consideraba necesario tener reparos. Al principio, habló, sensatamente, luego se dejó llevar y empezó a describir con entusiasmo las juergas y siguió emocionándose. Vera Pavlovna se desconcertó, Julie no se dio cuenta de nada; Vera Pavlovna se repuso y escuchó ya con ese interés triste con el que se examinan los rasgos de una cara querida deformada por la enfermedad. Pero entró Lopujov. Al instante, Julie se convirtió en una seria dama de mundo, rebosando el tacto más severo. Sin embargo, mantuvo este papel por poco tiempo. Al comenzar a felicitar a Lopujov por una mujer tan bella, volvió a entusiasmarse: «No, tenemos que celebrar su boda»; ordenó servir un desayuno improvisado y el champán. Verochka tuvo que beber media copa por su boda, media copa por su taller, media cepa por la misma Julie: Empezó a darle vueltas la cabeza. Entre ella y Julie armaron una gritería, ruido, alboroto. Julie pellizcó a Verochka, se levantó de un salto, se puso a correr, Verochka detrás de ella; carrera por las habitaciones, saltos por las sillas; Lopujov estaba sentado y se reía. Se acabó con que a Julie se le ocurrió presumir de su fuerza: «La levantaré, con una mano.» «No me levantará.» Se pusieron a pelear, ambas cayeron en el sofá y ya no quisieron levantarse; sólo seguían gritando, riendo, y las dos se durmieron.

Después de mucho tiempo, era ésta la primera ocasión en que Lopujov no sabía qué hacer. ¿Despertarlas? Da lastima estropear el encuentro alegre con un final desacertado. Se levantó con cuidado, recorrió la habitación en busca de algún libro. Encontró un libro, *Chromque de l'Oeil de Boeuf*, obra, al lado de la cual palidecía «Faublase». Se sentó en el sofá al otro lado de la habitación, se puso a leer y al cabo de un cuarto de hora también él se durmió de aburrimiento.

Al cabo de dos horas, Felina despertó a Julie: era la hora de comer. Se sentaron solos, sin Serge, que estaba en una comida solemne; Julie y Verochka gritaron otra vez, otra vez se pusieron serias, al despedirse estaban ya serias del todo, y a Julie se le Ocurrió preguntar —antes no se le ocurrió preguntarlo—, ¿por qué Verochka instalaba el taller? Si ella piensa en el dinero, entonces mucho más fácil para ella es hacerse actriz, incluso cantante. Tiene una voz tan fuerte; por este motivo volvieron a

sentarse. Verochka empezó a contarle sus pensamientos y Julie se entusiasmó de nuevo, y empezaron a caer bendiciones, mezcladas con que ella, Julie de Tellier, era una mujer caída, y lágrimas, pero que ella sabía qué era la «virtud», y otra vez lágrimas, y abrazos, y de nuevo bendiciones.

Al cabo de cuatro días, Julie vino a casa de Vera Pavlovna y le dejó muchos encargos para sí misma y le dio direcciones de algunas amigas suyas de las que se podía también recibir encargos. Trajo consigo a Serge, diciendo, que sin eso era imposible: «Lopujov estuvo en mi casa, tú tienes ahora que hacerle una visita.» Julie se comportó con seriedad y mantuvo la seriedad sin claudicación alguna, aunque se quedó en casa de los Lopujov mucho tiempo; vio que allí no había paredes, sino unos tabiques muy finos, y ella sabía proteger las reputaciones ajenas. No entraba en frenesí, más bien caía en un estado de ánimo bucólico, penetraba con entusiasmó en los detalles de la modesta vida de los Lopujov y encontraba que precisamente así había que vivir, que de otra forma no se podía vivir, que solamente en un ambiente modesto era posible una felicidad verdadera, e incluso comunicó a Serge que ellos se irían a vivir a Suiza, se instalarían, en una casita pequeña en medio de los campos y las montañas, en la orilla de un lago, se amarían mutuamente, ahumarían pescado, cuidarían su huerta. Serge dijo que estaba totalmente de acuerdo, pero que habría que esperar lo que diría ella dentro de tres o cuatro horas.

El ruido de una carroza elegante y el estruendo de los caballos magníficos de Julie produjeron una impresión fulminante en la población de la quinta línea entre las avenidas Sredni y Maly, dende no se había visto nada parecido, por lo visto, desde los tiempos de Pedro el Grande, si no antes. Muchos pares de ojos vieron cómo ese fenómeno extraño se paraba delante de la puerta de una casita de madera de un piso, con siete ventanas, cómo de la carroza asombrosa salía un nuevo fenómeno, todavía más asombroso, una dama maravillosa con un oficial brillante de cuya importante dignidad no cabía duda. Se produjo un disgusto general, ya que al cabo de un minuto, la puerta se abrió y la carroza entró en el patio. La curiosidad se vio privada de la esperanza de ver al oficial majestuoso y a la dama más majestuosa aún otra vez a su salida. Cuando Danilych volvió a casa de su negocio, entre él y Petrovna se desarrolló una conversación.

—Danilych, se ve que nuestros inquilinos pertenecen a la gente importante. Los visitaron un general con su mujer. La mujer estaba vestida de tal forma que ni siquiera te lo puedo contar, y el general tenía dos estrellas.

Es caso sorprendente, de qué manera Petrovna vio estrellas en el uniforme de Serge, que no las tenía todavía; y aun si las tuviera, probablemente, no las llevaría en los viajes al servicio de Julie. Pero que las vio de verdad, que no se equivocó ni presumió, no lo testifica ella; sino que yo respondo por ella: las vio. Nosotros: sabemos que él no las tenía. Pero él tenía un aspecto tal que desde el punto de vista de Petrovna no se podía dejar de ver en él dos estrellas y ella las vio; sin bromear, les digo que ella las vio.

—Y qué librea llevaba el lacayo, Danilych: de paño inglés, cinco rublos un arshín; era severo, serio; pero respetuoso; contestaba incluso dejó que le tocara la manga, un paño estupendo. Se ve que dinero no falta. Y estuvieron en casa de los nuestros, Danilych, dos horas, y los nuestros hablan con ellos sencillamente, como yo contigo, y no se inclinan delante de ellos, sino que se ríen con ellos. Y el nuestro está sentado con el general, los dos acomodados en los sillones, y fuman, el nuestro fuma en presencia del general y se acomodó; ¿y qué más? El cigarrillo se le apagó, él cogió el del general y encendió el suyo. Y con qué respeto el general besó la mano a la nuestra, ni siquiera se puede contar. ¿Cómo, explicar ahora esto, Danilych?

—Todo viene de Dios, así pienso yo; eso quiere decir, que una amistad o un parentesco así, todo viene de Dios.

—Eso es, Danilych, de Dios, no hay nada; y yo pienso que o el nuestro o la nuestra son o hermano o hermana del general o de su mujer. Y confieso, pienso más bien, que ella es hermana del general.

—¿Cómo piensas eso, Petrovna? No se parecen nada. Y si fuera así, tendrían dinero.

—Será, Danilych, que la madre dio a luz fuera del matrimonio, o el padre tuvo hijos fuera del matrimonio. Por eso la cara es distinta. Es verdad, parecido aquí no hay.

—Eso puede ocurrir, Petrovna, fuera del matrimonio. Ocurre.

Petrovna para cuatro días enteros adquirió, una, gran importancia en su diminuto puesto. Este puesto, durante tres días enteros, atraía esa parte del público que estaba en frente. Petrovna, por el interés de la ilustración, se olvidó incluso un poco de sus remiendos, saciando la sed de los que estaban sedientos de saber.

La consecuencia de todo eso fue, que al cabo de una semana se presentó ante su hija y su yerno Pavel Konstantinych.

María Alexevna recogía noticias sobre la vida de su hija y el sinvergüenza. No es que fuera constantemente y con preocupación, sino así, en general, era más bien por un instinto puramente científico de la curiosidad. A una de sus pequeñas comadres, que vivía en la isla Vasilievski, le encargó que se informara sobre Vera Pavlovna, cuando tuviera que pasar por allí, y la comadre le proporcionaba informaciones a veces una vez al mes, a veces con más frecuencia, según la ocasión. Los Lopujov se llevan bien. Alborotos no hay. Una cosa solamente: suele estar mucha gente; todos son amigos del marido, y discretos. Viven modestamente; pero se ve que dinero hay. No están para vender, al contrario, compran. Se hizo dos vestidos de seda. Compró dos sofás, mesa para el sofá, media docena de sillones, en una ocasión pagaron cuarenta rublos, y los muebles son buenos, cien rublos habría que pagar. Dijeron a los dueños que se buscaran nuevos inquilinos. Nosotros, dice, dentro de un mes nos trasladaremos a nuestra casa; a ustedes, a los dueños, les estamos muy agradecidos por su amabilidad; y los dueños: nosotros, dicen, a ustedes también.

María Alexevna se consolaba con estas noticias. Mujer muy vulgar y muy mala,

había atormentado a su hija, había estado, dispuesta a matarla, a destruirla para su provecho, y la había maldecido, cuando su plan de enriquecerse se había venido abajo por ella, es cierto. ¿Pero se sigue de allí que no sentía por su hija amor alguno? No se sigue en absoluto. Cuando todo terminó, cuando la hija se escapó de sus manos sin remedio, ¿qué había que hacer? Lo que se perdió, perdido está. A pesar de todo, era su hija. Y ahora, cuando no se podía esperar ninguna ocasión que algún daño a Vera Pavlovna pudiera servir de provecho para María Alexevna, la madre deseaba sinceramente el bien a su hija. Y otra vez, no es que le deseara Dios sabe qué, pero es igual; por lo menos, ella, a pesar de todo, Dios sabe con qué atención la espiaba. Las medidas para seguir a la hija las tomó sólo así, de paso, porque, estarán de acuerdo, no se podía dejar de seguirla; y el deseo del bien era también de paso, porque, estarán de acuerdo, era su hija. ¿Por qué no reconciliarse? Tanto más cuanto que el yerno sinvergüenza, por lo que se ve, es un hombre serio, puede incluso que haga falta con el tiempo. De esta manera, María Alexevna avanzaba poco a poco hacia la idea de reanudar las relaciones con su hija. Tardaría bien medio año o un año más para llegar a eso; no hacía falta tener prisa, el tiempo tiene paciencia. Pero la noticia sobre el general y su mujer de una vez precipitó la historia hacia adelante saltándose la mitad del camino. El sinvergüenza se mostraba realmente un zorro. El estudiante retirado, sin título, con dos perras de dinero, entabló amistad con un general joven, por lo visto, ya muy importante, e hizo amiga a su mujer con la mujer del general. Un hombre así llegará lejos. ¿O era que Vera se hizo amiga de la generala y a su marido hizo amigo con el general? Da lo mismo, eso quiere decir que Vera llegará lejos.

Así que, inmediatamente después de recibir las noticias sobre la visita, el padre fue mandado para comunicar a la hija que la madre la había perdonado y que la invitaba a su casa. Vera Pavlovna y su marido se fueron con Pavel Konstantinych y pasaron allí el comienzo de la tarde. El encuentro era frío y forzado. Hablaron más que de otra cesa de Fedia, porque ese tema no era delicado. Hacía el bachiller; persuadieron a María Alexevna que lo enviara a un internado. Dmitri Sergueich lo visitaría allí y en días de fiesta Vera Pavlovna se lo llevaría con ella. De algún modo aguantaron hasta el té, luego se apresuraron a despedirse: los Lopujov dijeron que ahora tendrían invitados.

Durante medio año, Vera Pavlovna había respirado aire puro, su pecho se desacostumbró por completo de la pesada atmósfera de las palabras astutas de las que cada una de ellas se pronuncia por un interés avaro, se desacostumbró de oír los pensamientos hipócritas, los planes sucios, y le produjo una impresión terrible su, sótano. La suciedad, la vulgaridad, el cinismo de toda clase, todo eso le saltaba a los ojos con la brusquedad de algo nuevo.

«¿Cómo había tenido fuerzas para vivir en esta estrechez repugnante? ¿Cómo había podido respirar en ése sótano? Y no solamente vivía, sino que incluso me quedé sana, es asombroso, inexplicable. ¿Como había podido estar allí con el amor al bien? Es incomprensible, increíble» —pensó Vera Pavlovna por el camino a su casa, y se

sentía como si respirara después de haber estado, asfixiada.

Llegaron a casa, al cabo de algún tiempo se reunieron los huéspedes que esperaban —dos huéspedes de siempre por aquel entonces: Alexei Petrovich con Natalia Andreévna, Kirsanov—, y la tarde pasó, como se pasaba siempre con ellos: ¡Doblemente agradable se mostró a Vera Pavlovna su nueva vida con pensamientos limpios, en compañía de personas limpias! Cómo siempre, se habló alegremente con muchos recuerdos se habló seriamente sobre todas las cosas del mundo: desde los acontecimientos históricos de aquella época, la guerra civil en Kansas, precursora de la actual gran guerra entre el Norte y el Sur, precursora de unos acontecimientos aún mayores no solamente en América; Ocupaba a ese pequeño círculo. Ahora hablan de política todos; entonces se interesaban por ella solamente algunos; entre ellos Lopujov, Kirsanov y sus amigos hasta la disputa de aquel período sobre les fundamentes químicos de la agricultura según la teoría de Liebig; sobre las leyes del progreso histórico, sin las cuales no podía pasar entonces ninguna conversación en los círculos parecidos a éste, y sobre la gran importancia de la diferencia entre los deseos reales, que buscan y encuentran su satisfacción, y los deseos fantásticos, que no encuentran la satisfacción, que incluso no deben encontrarla, como la sed falsa durante la fiebre, (ésta tiene, como ellos, una única satisfacción: curar el organismo por cuyo estado enfermo se originan estos deseos fantásticos a través de la putrefacción de los deseos reales); sobre la importancia, que expuso entonces la filosofía antropológica, de esta diferencia esencial, y sobre todas las otras cosas parecidas y no parecidas a éstas, pero emparentadas con ellas. Las damas de vez en cuando también escuchaban esas cosas científicas, que se decían tan sencillamente, como si no fueran cosas científicas; y las mezclaban con sus preguntas, pero con más frecuencia, claro está, no escuchaban. Incluso salpicaron con agua a Lopujov y a Alexei Petrovich, cuando se entusiasmaron demasiado con la gran importancia del abono mineral; pero Alexei Petrovich y Lopujov razonaban sobre sus temas científicos inquebrantablemente. Kirsanov les ayudaba mal; estaba más, incluso del todo, del lado de las damas. Y ellos tres jugaban, cantaban, reían a carcajadas hasta la noche, cuando, cansados separaron, por fin, a los amantes inquebrantables de la conversación seria.

III
EL SEGUNDO SUEÑO DE VERA PAVLOVNA

Un campo, y por el campo van su marido, es decir, su querido, y Alexei Petrovich, y su querido dice:

—«¿A usted le interesa saber, Alexei Petrovich, por qué en una suciedad crece un trigo tan blanco, limpio y tierno, y en otra suciedad no crece? Mire la raíz de esta espiga hermosa: alrededor de la raíz hay suciedad; pero está suciedad está fresca, se puede decir, una suciedad pura; usted nota un olor húmedo, desagradable, pero no podrido, no fermentado. Usted sabe que en el lenguaje filosófico que sostenemos entre nosotros, esta suciedad pura se denomina la suciedad real. Es sucia, es cierto; pero examínela bien, verá que todos los elementos de los que se compone, en sí mismos están sanos. Ellos constituyen la suciedad en esa composición; pero si se modifica un poco la posición de los átomos, saldrá algo diferente; y todo lo que salga, será también así de sano, porque los elementos básicos están sanos. ¿De dónde viene esta propiedad sana de la suciedad? Fíjese en la situación de este campo. Usted ve que el agua tiene aquí desagüe, y por eso no puede haber putrefacción. —Sí, el movimiento es la realidad —dice Alexei Petrovich porque el movimiento es la vida, y la realidad y la vida es una misma cosa. Pero el elemento principal de ja vida es el trabajo y por eso el elemento principal, de la realidad es el trabajo, y el síntoma más veraz de la realidad es la actividad.

—Así ve, Alexei Petrovich, que cuando el sel empieza a calentar esta suciedad y el calor empieza a entremezclar sus elementos en unos compuestos químicos más complejos, es decir, en unos compuestos de formas superiores, la espiga que crezca de esta suciedad gracias a la luz solar, será una espiga sana.

—Sí, porque es la suciedad de la vida real —dice Alexei Petrovich.

—Ahora pasemos a aquel campo. Tomamos también aquí una planta, también examinamos su raíz. También está sucia. Fíjese en el carácter de esta suciedad. No es difícil darse cuenta de que esta suciedad está podrida.

—Es decir, una suciedad fantástica, según la terminología científica —dice Alexei Petrovich.

—Así es; les elementos de esta suciedad se encuentran en un estado malsano. Es natural que por más que se entremezclen y por más cosas diferentes no parecidas a la suciedad que salgan de estos elementos, de todas formas, todas esas cosas serán malsanas, despreciables.

—Sí, porque los mismos elementos no están sanos —dice Alexei Petrovich.

—No nos será difícil descubrir la causa de esta falta de salud.

—Es decir, detesta podredumbre fantástica —dice Alexei Petrovich.

—Sí, de la podredumbre de estos elementos, si nos fijamos en la situación, de este

campo. Usted ve que el agua no tiene desagüe, por eso se estanca, se pudre.

—Sí, la falta de movimiento es la falta de trabajo —redice Alexei Petrovich— porque el trabajo se representa en el análisis antropológico como la forma esencial del movimiento, que constituye la base y el contenido de todas las demás formas: La distracción, el descanso, la diversión, la alegría. Ellos, sin un trabajo anterior, no tienen realidad. Y sin el movimiento no hay vida, es decir, realidad, por eso esta suciedad es fantástica, es decir, podrida. Hasta hace poco no se sabía cómo devolver la salud a los campos como éste; pero ahora se ha descubierto el remedio; este remedio es el drenaje: el agua sobrante corre por las zanjas, se queda el agua necesaria, y ésta se mueve, y el campo adquiere la realidad. Pero hasta que no se aplique este remedio, esta suciedad permanecerá fantástica, es decir, podrida, y en ella no puede haber buen cultivo, mientras que es muy natural que en la suciedad real aparezcan buenas plantas, pues es una suciedad sana. Que era le que había que demostrar: o-e-a-a-dum, como se dice en latín.

Vera Pavlovna no pudo oír cómo se decía en latín «que era lo que había que demostrar».

—Usted, Alexei Petrovich, tiene ganas de entretenerse con un latín culinario y con la silogística —dice el querido, es decir, el marido.

Vera Pavlovna se acerca a ellos y dice:

—Ya está bien de hablar sobre sus análisis, victorias y antropologismos. Por favor señores, algo distinto, pata que pueda participar en la conversación también yo, o mejor, juguemos.

—Juguemos —dice Alexei Petrovich— confesémonos.

Confesémonos, confesémonos, eso será muy divertido —dice Vera Pavlovna—; pero es suya la idea, usted también de ejemplo de la ejecución.

—Con mucho gusto, hermana mía —dice Alexei Petrovich—, ¿pero cuántos años tiene, mi querida hermana, dieciocho?

—Pronto tendré diecinueve.

—Pero todavía, no; por eso dejamos los dieciocho, y todos nos confesaremos hasta los dieciocho; porque hace falta la igualdad de condiciones: Yo me confesaré por mí y por mi mujer. Mi padre era sacristán en una ciudad de provincia y se ocupaba del arte de la encuademación, y mi madre daba alojamiento a los seminaristas. Desde la mañana hasta la noche, mis padres trabajaban para conseguir un pedazo de pan y hablaban sobre eso. Mi padre bebía, pero solamente cuando la miseria se hacía intolerable —éste es un dolor real— o cuándo las ganancias eran considerables; entonces entregaba todo el dinero a mi madre y decía: «Ahora, madre, gracias a Dios, durante des meses no sabrás qué es la pobreza; yo me quedé con medio rublo, beberé de alegría». Esta es una alegría real. Mi madre se irritaba con frecuencia, a veces me pegaba. Eso era, cuando, como decía, se le quedaba dolorida la espalda de llevar vasijas y cubos, de lavar la ropa: para cinco hijos y cinco seminaristas, de lavar los suelos ensuciados por nuestros veinte pies; que no llevaban

chanclos, y de cuidar la vaca. Esta es una irritación real de los nervios a causa de un trabajo excesivo sin descanso; y cuando, con todo, «no se ataban los cabos», como ella decía, es decir, no llegaba el dinero para comprar botas a alguno de nosotros o zapatos para mis hermanas, entonces nos pegaba. También nos acariciaba, cuando nosotros, aunque éramos niños ignorantes, nos ofrecíamos a ayudarle en el trabajo o cuando hacíamos cualquier otra cosa buena o cuando tenía un rato no muy frecuente para descansar y, como decía, su «dolor de espalda se le escapaba». Todas éstas son unas alegrías reales…

—Ah, ya basta de sus dolores y alegrías reales —dice Vera Pavlovna.

—En ese caso, escuche la confesión de Natasha.

—No quiero escucharla: en ella hay los mismos dolores y alegrías reales, lo sé.

—Totalmente cierto.

—Pero, puede que le resulte interesante mi confesión, dice Serge, que apareció no se sabe de dónde.

—Veremos —dice Vera Pavlovna.

—Mis padres, aunque eran gente rica, también siempre hablaban de dinero y hagan todo lo posible para conseguirlo; ni siquiera la gente rica se libra de estas preocupaciones…

—Usted no sabe confesarse, Serge —dice amablemente Alexei Petrovich—. Diga, ¿por qué trataban de conseguir el dinero, qué gastos los preocupaban, qué necesidades trataban de satisfacer?

—Sí, desde luego, comprendo por qué lo pregunta usted —dice Serge—. Pero dejemos este tema; examinemos el otro aspecto de sus pensamientos. Ellos también se preocupaban por los hijos.

—¿Y los niños tenían asegurado el pedazo de pan? —pregunta Alexei Petrovich.

—Desde luego; pero había que preocuparse de que…

—¡No se confiese, Serge! —dice Alexei Petrovich—, conocemos su historia; preocupaciones por lo superfluo, pensamientos sobre lo inútil, éste es el suelo en el que creció usted. Este suelo es fantástico. Por eso, mírese usted; usted es por naturaleza una persona inteligente y muy buena, puede ser que no sea peor ni más tonto que nosotros; ¿pero para qué sirve, para qué es útil?

—Sirvo para acompañar a Julie a todas partes dónde ella me lleve; útil para que Julie pueda ir de juergas —contesta Serge.

—De esto deducimos —dice Alexei Petrovich— que el suele fantástico o malsano…

—¡Ah, qué pesado es con su realidad y fantasía! ¡Hace tiempo quedó claro esto, y ellos siguen razonando! —dice Vera Pavlovna.

—¿No quieres entonces hablar conmigo? —dice María Alexevna, sin saber tampoco de dónde había salido—. Ustedes, señores, aléjense, porque la madre quiere hablar con su hija.

Todos desaparecen. Verochka se ve a solas con María Alexevna. El rostro de

María Alexevna tomauna expresión irónica.

—Vera Pavlovna, usted es una dama culta; es tan limpia y noble —dice María Alexevna, y su voz tiembla de ira—, usted es tan buena… ¿Cómo puede una borracha mala y vulgar como yo hablar con usted? Usted, Vera Pavlovna, tiene una madre vulgar y deshonesta; ¿pero permítame, señorita, preguntarle por que se había preocupado su madre? Por el pedazo de pan; eso es, según ustedes, según la ciencia, una preocupación humana, verdadera, real; ¿no es eso? Usted oyó injurias, vio cosas sucias y bajas. Pero permítame preguntarle: ¿qué objetivo tenían? ¿Era un Objetivo vacío, malo? No, señorita. No, señorita, cualquiera que fuera la vida de su familia, no era una vida Vacía, fantástica. Ve, Vera Pavlovna, aprendí a hablar como ustedes, como una persona culta. ¿Pero usted, Verá Pavlovna, se siente incómoda y avergonzada de que su madre es una mujer mala y deshonesta? ¿Desea, Vera Pavlovna, que yo seaiihá mujer honrada y buena? Soy una bruja, Vera Pavlovna, sé hacer hechicerías, puedo cumplir su deseo. Mire, Vera Pavlovna, su deseo se está cumpliendo. Yo, mala, desaparezco; mire a la madre buena con su hija.

Una habitación. Junto a la puerta ronca un hombre borracho, sin afeitar, repugnante. No se puede saber quién es, su cara está tapada en una mitad con la mano, la otra mitad está cubierta de cardenales. Una cama. En la cama está una mujer, sí, es María Alexevna, pero buena. ¡Pero qué pálida, tan envejecida a sus cuarenta y cinco años, tan destrozada! Junto a la cama está una muchacha de dieciocho años, pero si soy yo misma, Verochka. ¿Sólo, que, no era yo una muchacha culta? ¿Y qué es esto? El color de mi cara es amarillo; los rasgos más vulgares, y la habitación, qué pobre. Casi no hay muebles. «Verochka, hija mía, ángel mío —dice María Alexevna— acuéstate, descansa, tesoro, para qué mirarme, me quedaré acostada de todas maneras. Es ya la tercera noche que no duermes.»

—No es nada, mamá, no estoy cansada —dice Verochka.

—Y yo no me siento mejor, Verochka; ¿cómo te quedarás sin mí? Tu padre tiene un sueldo pequeño, y él mismo te será una mala ayuda. Eres una muchacha hermosa; hay mucha gente mala en el mundo. No habrá quien te proteja. Tengo miedo por ti. —Verochka llora.

—Querida mía, no te enfades, no te lo diré como un reproche, sino como una advertencia: ¿por qué saliste el Si viernes de casa, un día antes de que cayera yo enferma? —Verochka llora.

—Él te engañará, Verochka, de jalo.

—No, mamá.

Dos meses. ¿Cómo pudieron pasar en un minuto dos meses? Un oficial está sentado. Sobre la mesa delante del oficial está una botella. Sobre las rodillas del oficial está sentada ella, Verochka.

Otros dos meses pasaron en un minuto.

Una señora está sentada. Delante de la señora está ella, Verochka.

—¿Y sabes planchar, querida?

—Lo sé.

—¿Y tú, de dónde procedes? ¿Eres sierva o libre? —Mi padre es funcionario.

—¿Entonces eres de una familia distinguida, querida? En este caso no puedo emplearte. ¿Qué sirvienta serías tú? Vete, querida, no puedo.

Verochka está en la calle.

—Mademoiselle, oiga, mademoiselle —dice un joven bebido—, ¿a dende va usted? La acompañaré. —Verochka corre hacia el Neva. —¿Qué, querida mía, has visto cómo estabas con una madre buena? —dice la María Alexevna verdadera, de siempre—. ¿Sé hechizar bien? ¿Acaso no he acertado? ¿Por qué callas? ¿No tienes lengua? ¡Sí, te sacaré la palabra! ¡No salen de la lengua! ¿Fuiste por las tiendas? —Sí, contesta Verochka y tiembla.

—¿Le has visto? ¿Lo has oído?

—Sí.

—¿Viven bien? ¿Los cultos? ¿Leen libros, piensan sobre vuestros nueves ordenes, cómo hacer bien a la gente? ¿Lo piensan o no? ¡Dilo!

Verochka calla y tiembla.

—Eh, no te salen las palabras. ¿Viven bien? Te pregunto.

Verochka calla y se está quedando helada.

—No te salen las palabras. ¿Viven bien? Te pregunto: ¿son buenos? Pregunto: ¿quieres ser como ellos? ¡Estás callada! ¡Vuelves el hocico! Escucha, Verochka, lo que te diré. Eres culta, eres culta por mi dinero de ladrona. Piensas en el bien, y por más mala que fuera yo, tú no sabrías qué es lo que se llama el bien. ¿Entiendes? *Todo* es de mí, eres *mi* hija; ¿entiendes? *Yo* soy tu madre.

Verochka llora, tiembla y se queda helada.

—¿Mamá, qué quiere de mí? Yo no puedo quererla. —¿Acaso te pido que me quieras?

—Yo quisiera, al menos, estimarla, pero no puedo ni eso.

—¿Acaso me hace falta tu estima?

—¿Qué necesita entonces, mamá? ¿Por qué vino a hablarme tan terriblemente? ¿Qué quiere de mí?

—Sé agradecida, no me quieras, no me estimes. Soy mala; ¿por qué quererme? Soy deshonesta: ¿por qué estimarme? Pero comprende, Verka, que si yo no fuera así, tampoco tú serías como enes. Eres buena a causa de mí, que soy deshonesta; eres amable a causa mía, que soy mala. Comprende; Ver fea, sé agradecida.

—Váyase, María Alexevna, ahora hablaré yo con mi hermana.

La novia de sus novios, la hermana de sus hermanas coge la mano de Verochka.

—Verochka, yo quería ser siempre buena contigo; tú eres buena, y yo soy tal como la persona con la que hablo. Pero tú ahora, estás triste; triste ves, yo estoy también ¿mira; estoy guapa si estoy triste?

—A pesar de todo, más guapa que todos.

—Dame un beso, Verochka, ambas estamos disgustadas. Es que tu madre decía la

verdad. Yo nq quietó a tu madre, pero la necesito.

—¿Acaso usted no puede estar sin ella?

—Después será posible, cuando la gente no necesite ser mala. Pero ahora es imposible. Como ves, los buenos no se pueden poner de pie por sí mismos, los malos son fuertes, los malos son astutos. Pero ves, Verochka, hay distintas clases de gente mala. Unos necesitan que el mundo se haga peor, otros, también malos, necesitan que se haga mejor; eso lo necesitan para su provecho. Ves, tu madre necesitó qué tú fueras culta: ella te cogía el dinero que tú recibías por tus clases; ella quería que su hija le cazara a un yerno rico, y para eso necesitaba que fueras culta. Ves, tengo pensamientos sucios, pero ellos fueron útiles para una persona. ¿Para ti fue útil?, ¿no? Pero no es así en otros malos. Si tu madre hubiera sido Anna Petrovna, ¿acaso tú habrías estudiado para que fueras culta, para que conocieras el bien, para que lo quisieras? No, no te hubiera permitido conocer algo bueno, te hubiera hecho una muñeca; ¿no es así? Una madre así necesita una hija muñeca, porque ella misma es una muñeca, y todo el tiempo juega con las muñecas a las muñecas. Sin embargo, tu madre es una persona mala, pero con todo es una persona. Ella necesitaba que tú no fueras una muñeca. ¿Ves, cómo hay distintos tipos de gente, mala? Unos me estorban. Yo quiero que las personas se hagan personas, pero ellos quieren que las personas sean títeres. Otros malos me ayudan. No quieren ayudarme, pero posibilitan que las personas se hagan personas, reúnen medios para que las personas se hagan personas. Y yo necesito solamente eso. No, Verochka, ahora no puedo estar sin esos malos que están contra los otros males. Mis malos son males, pero debajo de su mano mala crece el bien. Sí, Verochka, sé agradecida con tu madre. No la quieras, es mala, pero le debes todo. Sé consciente de ello; sin ella no serías tú.

—¿Y será siempre así? ¿No? ¿No será así?

—No, Verochka, luego no será así. Cuando los buenos sean fuertes, no necesitaré de los malos. Será pronto, Verochka. Entonces los malos verán que no deben ser malos; y aquellos malos que habían sido personas, sé harán buenos; es que eran malos solamente porque les resultaba perjudicial ser buenos, pero saben que el bien es mejor que el mal. Lo querrán, cuando sea posible quererlo sin perjuicio.

—¿Y los males que eran muñecos, qué será de ellos? Me dan lastima.

—Jugarán con otros muñecos, sólo que con muñecos inofensivos. Pero no tendrán hijos como son ellos. Todas mis personas serán personas; y a sus hijos les enseñaré a no ser muñecos, sino personas.

—¡Ah, qué hermoso será eso!

—Sí, pero incluso ahora también es hermoso, porque se está preparando aquello hermoso; al menos, incluso ahora es muy hermoso para los que lo preparan. Cuando tú, Verochka, ayudas a la cocinera a preparar el almuerzo, en la cocina hay humo, calor, pero tú te sientes bien, no te lamentas que haya humo y calor. A todos les gusta comer, pero más que a otros a aquellos que ayudaron a preparar la comida; a ése le resulta doblemente más sabrosa. Y a ti te gusta comer dulces, Verochka, ¿no es

verdad?

—Sí —dice. Verochka y sonríe, porque le descubrieron su amor por las pastas dulces y el trabajo con ellas en la cocina.

—¿Entonces, por qué estar triste? Ya ves que yo no estoy triste.

—¡Qué buena es usted!

—Y alegre, Verochka, estoy siempre alegre. Aun cuando estoy triste, estoy alegre. ¿No es así?

—Sí, cuando estoy triste, usted viene también como triste, pero siempre enseguida ahuyenta la tristeza; con usted se está alegre, muy alegre.

—¿Y recuerdas mi canción: done vivons? —La recuerdo.

—Venga, a cantar.

—Vamos.

—¡Verochka! ¿Te desperté? De todas formas, el té ya está listo. Me asusté. Oigo suspiros, y entré, y ya estás cantando.

—No, querido mío, no me has despertado, me hubiera despertado sola. Pero qué sueño he tenido, cariño, té lo contaré cuando tomemos el té. Vete, me vestiré. ¿Y cómo se atrevió usted entrar en mi habitación, Dmitri Sergueich? Olvida usted… ¿Se asustó por mí, mi querido? Ven, te besaré por eso. Lo besó; vete, vete, tengo que vestirme.

—Así tiene que ser, te serviré en vez de la doncella. —Bien, como quieras, querido; ¡pero qué vergüenza me da!

IV

El taller de Vera Pavlovna se instaló. Sus fundamentos eran tan sencillos, al principio incluso tan sencillos que no hay nada que decir sobre ellos. Vera Pavlovna no dijo a sus tres primeras costureras absolutamente nada, excepto que les daría un sueldo algo mayor que el que recibían las costureras en los comercios. La cosa no representaba nada especial; las costureras vieron que Vera Pavlovna no era una mujer frívola, ligera. Por eso sin confusión aceptaron su oferta de trabajar con ella. No había por qué desconcertarse si una dama no rica quería poner un taller de confección. Éstas tres muchachas encontraron otras tres o cuatro; las escogieron con el mismo cuidado que les había pedido Vera Pavlovna; en estas condiciones de la selección tampoco había nada que despertara sospechas, es decir, nada especial: una mujer joven y sencilla desea que las trabajadoras en el taller sean chicas juiciosas, afables, con un carácter bueno, sincero; ¿qué hay aquí de especial? No quiere, disputas y nada más; por eso es inteligente y nada más. Vera Pavlovna misma conoció a las escogidas bien antes de decir que las aceptaba; esto es natural. Eso también la recomienda como una mujer seria, pero nada más. No hay en qué pensar, no hay de qué desconfiar.

Así trabajaron un mes, recibiendo a su tiempo el sueldo convenido. Vera Pavlovna estaba constantemente en el taller y ellas tuvieron ya tiempo para conocerla muy de cerca como a una mujer calculadora, cuidadosa, juiciosa, con toda su amabilidad; así que mereció plena confianza. No había y no se preveía aquí nada especial, solamente que la dueña era una dueña buena, con la que la cosa marcharía. Sabía dirigir.

Pero cuando terminó el mes, Vera Pavlovna vino al taller con un libro de cuentas, pidió a sus costureras que interrumpieran el trabajo y que escucharan lo que iba a decir.

Empezó a decir con el lenguaje más sencillo cosas comprensibles, muy comprensibles, pero que sus costureras no habían oído ni de ella ni de nadie antes.

—Ahora nos conocemos bien —empezó— yo puedo decir de vosotras que sois tan buenas trabajadoras como buenas chicas. Y vosotras no diréis de mí que sea precisamente una tonta. Eso significa que ahora puedo deciros francamente qué ideas tengo. Si veis en ellas algo extraño, entonces ahora ya lo consideraréis bien, pero no diréis enseguida que tenga ideas frívolas, porque me conocéis como a una mujer no precisamente frívola. Estas son mis ideas.

Las buenas gentes dicen que se puede poner unos talleres de confección tales que a las costureras les resulte mucho más ventajoso trabajar en ellos que en los talleres que conocemos. Yo quise probarlo. A juzgar por el primer mes, parece que sí, que es posible. Vosotras recibíais la paga regularmente, y yo os diré, cuánto dinero, además de estas pagas y otros gastos, me quedó como ganancia. Vera Pavlovna leyó la relación de ganancia y de gastos por un raes. En los gastos entraban, además de la paga entregada, incluso los gastos de Vera Pavlovna para el coche utilizado en los

asuntos del taller: alrededor de un rublo.

—Veis —seguía— que tengo en las manos tanto y tanto dinero. Ahora: ¿qué hacer con él? Yo instalé el taller con el fin de que este dinero ganado fuera a las manos de las mismas costureras por cuyo trabajo se había recibido. Por eso lo repartiré entre vosotras; por ser la primera vez, a todas por igual, a cada una por separado. Luego veremos si éste es el mejor modo de disponer de él o si es posible todavía otro modo aún más ventajoso para vosotras. Repartió el dinero.

Las costureras por algún tiempo no pudieron volver en sí de asombro, luego empezaron a dar gracias a Vera Pavlovna. Esta las dejó que hablaran lo suficiente sobre su agradecimiento para no ofenderlas renunciando a escucharlas, lo que parecería una indiferencia a su opinión y simpatía Luego prosiguió:

—Ahora hace falta que os cuente lo más difícil de todo, de lo que alguna vez tendremos que hablar, y no sé si podré contarlo bien. A pesar de todo hay que hablar de ello. ¿Por qué no me quedé yo con ese dinero y por qué se me ocurrió poner el taller, si no pienso utilizar la ganancia? Mi esposo y yo no vivimos, como sabéis, en pobreza. No somos ricos, pero tenemos de todo bastante. Y si me faltara algo, me bastaría decirlo a mi marido; ni siquiera haría falta hablar, él mismo se daría cuenta que necesitaba más dinero, y yo tendría más dinero. Él no se ocupa ahora de cosas que sean más ventajosas, sino de aquellas que le gustan más. Pero nosotros nos queremos mucho y a él le resulta lo más agradable de todo hacer lo que me es agradable a mí, lo mismo que a mí por él. Por eso, si me faltara dinero, él se ocuparía de cosas que serían más ventajosas que Sus ocupaciones actuales, él sabría encontrarlas, porque es un hombre inteligente y hábil. Ya lo conocéis un poco. Y si no lo hace, eso significa que me basta el dinero que tenemos. Eso es porque no tengo una gran afición al dinero; vosotras sabéis que distintas personas tienen distintas aficiones y que no todas las personas están aficionadas sólo al dinero. Otros tienen afición a los bailes, otros a los vestido o a las cartas, y todas estas personas están dispuestas incluso a arrumarse por su afición, y muchos se arruinan; y a nadie le extraña que su afición les sea más querida que el dinero. Y mi afición es a la ocupación que intento con vosotras; y yo para mi afición no sólo no me arruino, sino que siquiera gasto dinero; solamente que me gusta ocuparme de ello y sin ganancia para mí. Bueno según mi opinión, aquí no hay nada extraño. ¿Quién busca ganancia de su afición? Más bien, todavía, gastan dinero para su afición. Y yo no hago ni eso, no gasto. Eso significa que tengo incluso una gran ventaja con respecto a ellos, si me ocupo de mi afición y encuentro mi satisfacción sin pérdida para mí, cuando a los otros: su satisfacción les cuesta dinero. ¿Por qué tengo esta afición? Por lo siguiente. Personas buenas e inteligentes escribieron muchos libros sobre cómo había que vivir en él mundo, para que a todos les fuera bien; y aquí lo principal consiste, dicen, en que los talleres se organicen según un orden nuevo. Y yo quiero ver si entre todas sabremos introducir el orden que se necesita. Es lo mismo que cuando uno quiere construir una buena casa o cuando quiere tener un buen jardín o un invernadero para

disfrutarlos; así yo quiero organizar un buen taller de confección para disfrutarlo alegremente.

Desde luego, ya eso sería honrado, si solamente me pusiera todos los meses a repartir entre vosotras la ganancia, como ahora. Pero la gente inteligente dice que se puede hacer todavía mucho mejor; así que también la ganancia será mayor y se podrá emplearla con más ventaja. Dicen que se puede organizar muy bien. Veremos. Yo os contaré poco a poco lo que se puede hacer todavía; según las palabras de la gente inteligente, y vosotras mismas observaréis, os iréis dando cuenta, y cuando os parezca que se pueda hacer algo mejor, intentaremos hacerlo; poco a poco, según se pueda. Pero solamente hay que deciros que yo sin vosotras no introduciré nada nuevo. Será nuevo solamente lo que vosotras mismas queráis. La gente inteligente dice que solamente sale bien lo que la gente misma quiere hacer. Yo lo pienso también. Así que, vosotras no tenéis que temer nada nuevo, todo estará como antes, a no ser que vosotras queráis cambiar algo, Sin vuestro deseo no habrá nada.

Y ahora ésta es mi última disposición como dueña sin vuestro consejo. Veis que hay que llevar cuentas y vigilar que no haya gastos inútiles. El mes pasado lo hacía yo sola; ahora no quiero hacerlo sola. Escoged a dos entre vosotras para que se ocupen de ello conmigo. Yo sin ellas no haré nada. Es que es vuestro dinero, no mío; entonces, debéis ocuparos de él. Ahora es todavía algo nueve, no se sabe quién de vosotras, tiene más capacidad para eso, así que como prueba hay que elegir para un período breve; dentro de una semana veréis si hay que elegir otras o dejar en el cargo a las anteriores.

Estas palabras extraordinarias provocaron unas conversaciones largas. Pero Vera Pavlovna se había ganado ya su confianza; además habló sencillamente, sin ir muy lejos, sin pintar ninguna perspectiva especialmente seductora, que después de un entusiasmo momentáneo origina la desconfianza. Por eso las muchachas no la tomaron por una loca, y solamente eso hacía falta, que no la consideraran loca. La cosa marchaba poco a poco.

Desde luego que poco a poco. Aquí está la breve historia del taller que abarca tres años enteros, durante los cuales este taller, constituyó el aspecto principal de la histeria de la misma Vera Pavlovna.

Las muchachas que formaron la base del taller fueron escogidas cuidadosamente, eran unas costureras buenas, estaban directamente interesadas en el éxito del trabajo; por eso, naturalmente, el trabajo transcurría con gran éxito. El taller no perdía a ninguna dama de aquellas que una vez habían probado hacerle un encargo. Apareció cierta envidia por parte de algunas tiendas y talleres de confección, pero eso no tuvo ningún influjo, excepto qué, para evitar todas las molestias, Vera Pavlovna pronto sintió la necesidad de adquirir el derecho a tener un letrero en el taller. Pronto empezaron a recibirse más encargos de los que pedían realizar las muchachas que habían entrado en el taller en el mismo comienzo, y su personal aumentó gradualmente. Al cabo de año y medio tenía alrededor de veinte muchachas, luego

más todavía.

Una de las primeras consecuencias de que la voz decisiva en toda la dirección la tuvieran las mismas costureras, consistía en la decisión que por otra parte había que esperar: el primer mes de la dirección, las muchachas determinaren que Vera Pavlovna no debía trabajar sin recompensa. Cuando se lo comunicaron, ella dije que realmente así debía ser. Querían darle la tercera parte de la ganancia. Durante algún tiempo la guardaba aparte, hasta que explicó a las muchachas que eso iba en contra de la idea básica de su régimen. Durante bastante tiempo no pudieron entenderlo; pero luego convinieron que Vera Pavlovna no renunciaba a una parte especial de la ganancia por amor propio, sino que así debía ser por la esencia misma de la cosa. Para entonces, el taller adquirió ya un tamaño tal que Vera Pavlovna no pedía ser ella sola cortadora. Hacía falta otra. Asignaron a Vera Pavlovna el mismo sueldo que a la otra cortadora. El dinero que antes había separado de la ganancia, lo recibieron en la caja a su petición, excepto el dinero que le correspondía como a uña cortadora; el resto fue para establecer un fondo. Aproximadamente durante un año, Vera Pavlovna pasaba la mayor parte del día en el taller y realmente no trabajaba menos que cualquier otra: por lo que se refería a la cantidad de horas. Cuando vio la posibilidad de no estar en el taller todo el día, su sueldo se iba reduciendo a medida que disminuía el tiempo de su trabajo.

¿Cómo repartir la ganancia? Vera Pavlovna pretendía llegar a la situación en que la ganancia se repartiera entre todas por igual, A eso llegaron a mediados del tercer año. Antes de ello pasaron por distintos grados, empezando por la distribución de la ganancia proporcionalmente al sueldo. Ante todo vieron que, si una muchacha faltaba en el trabajo algunos días por enfermedad u otras causas serias, no era correcto disminuirle por eso su parte de la ganancia, que no se había adquirido propiamente en esos días, sino durante toda la marcha de los trabajos y mediante la situación global del taller. Luego se pusieron de acuerdo que las cortadoras y otras muchachas que percibían un sueldo especial por el reparto de los encargos y por otras funciones, estaban recompensadas ya Suficientemente con su sueldo especial y que era injusto que recibieran de la ganancia más que las otras. Las costureras simples que no ocupaban cargos, tenían tanta delicadeza que no eran ellas las que exigían ésta modificación, cuando se dieren cuenta de la injusticia del anterior régimen introducido —por ellas las mismas personas en los cargos notaren lo desacertado que era aprovecharse de una paga superior y renunciaron a ella, cuando comprendieron suficientemente el espíritu del nuevo orden. Sin embargo, hay que decir, que esta delicadeza temporal —la paciencia de upas y la renuncia de las otras— no era una hazaña especial dada la constante mejor de las condiciones de unas y otras. Lo más difícil de todo fue desarrollar el concepto de que las simples costureras tenían, que recibir la misma parte de la ganancia, aunque unas eran capaces de ganarse un mayor sueldo que las otras; que las costureras que trabajaban con más éxito que otras ya estaban suficientemente recompensadas por los logros en su trabaje, con la capacidad

de ganar un mayor suelde. Este también era el último cambio en el reparto de la ganancia, que se hizo ya a mediados del tercer año, cuando el taller entendió que recibir la ganancia no era recibir recompensa por la maestría de una u otra persona, sino que era el resultado del carácter general del taller, el resultado de su organización; de su objetivo, y que ese objetive era la uniformidad a toda costa del provecho del trabajo para todos los que participaban en el trabaje, fueran, cuales fueran las capacidades personales; que del carácter del taller dependía toda la participación de las que contribuían a la ganancia. Y el carácter del taller, su espíritu, el régimen se formaba a partir de la unanimidad de todas. Y para la unanimidad era igualmente importante cada participante: el acuerdo silencioso de la más tímida o la menos dotada no era menos útil para la conservación y el desarrollo del régimen, útil para el éxito de toda la empresa, que la diligencia de la más diestra o más dotada. Omito muchos detalles, ya que no describo el taller; hablo de él solamente en la medida en la que es necesario para presentar la actividad, de Vera Pavlovna. Si menciono algunos detalles, es únicamente con el fin de que se vea cómo precedía Vera Pavlovna, cómo conducía la empresa paso a pase, con paciencia y sin fatiga y con qué firmeza observaba su regla: no disponer de nada, solamente aconsejar ofrecer su colaboración, ayudar a ejecutar las decisiones de su compañía.

La ganancia se repartía todos les meses. Al principio, cada muchacha cogía su parte entera y la gastaba independientemente de las demás; cada una tenía necesidades inaplazables y no había costumbre de actuar conjuntamente. Cuando con la participación constante en;, el taller adquirieren el hábito de considerar todo el curso de les trabajos, Vera Pavlovna les llamó la atención sobre el hecho de que la cantidad de los encargos no se repartía igualmente por los meses del año y que en los meses especialmente desfavorables no sería malo guardar una parte de la ganancia para igualar los meses desfavorables. Las cuentas se llevaban con mucha exactitud las chicas sabían que si alguna de ellas abandonara el taller, sin demora recibiría su parte que quedaba en la caja. Por eso estuvieron de acuerdo con la proposición. Se formó un pequeño capital de reserva que paulatinamente iba en aumento; empezaren a buscarle diversos empleos. Desde el principio todas entendieron que con él se podía, hacer préstamos a aquellas participantes que tenían una necesidad extrema de dinero, y a nadie se le ocurrió pedir interés por el dinero prestado. La gente pebre sabe que una buena ayuda financiera suele ser sin interés. Tras el establecimiento de este fondo siguió la fundación de un economato para las compras: las muchachas encontraron ventajoso comprar té, café, azúcar, calzado y muchas otras cosas a través del taller, que no compraba al por menor; por Jo tanto, más barato. Después de algún tiempo, fueron más lejos. Se dieron cuenta que sería ventajoso organizar de esta manera la compra de pan y otras provisiones que se compraban todos les días en la panadería y otros comercios pequeños; aquí vieron que para eso vendría bien que vivieran todas en vecindad. Empezaron a juntarse varias en un piso, a escoger casas cerca del taller. Entonces apareció juntó al taller la propia agencia para las compras en: la panadería y

el pequeño comercio. Y al cabo de un año y medio, casi todas las muchachas ya vivían en un gran pise, tenían una mesa común, hacían previsiones cómo se hace en las grandes casas.

La mitad de las muchachas no tenían a nadie. Algunas tenían parientes viejas, madres o tías; des muchachas mantenían a padres viejos; muchas tenían hermanos pequeños por estas relaciones de parentesco, tres muchachas no pudieren instalarse en el iriso común: una tenía una madre de carácter difícil; la madre de la segunda era mujer de funcionario y no quiso vivir junto con las campesinas; el padre de la tercera bebía. Estas aprovechaban solamente les servicios de la agencia, lo mismo querías costureras que eran mujeres casadas. Pero, excepto las tres, todas las demás muchachas que tenían parientes dependientes de ellas, vivían en el piso común. Ellas mismas vivían dos o tres en cada habitación; sus parientes sé colocaron según su comodidad: dos viejas tenían cada una su habitación, las demás viejas vivían juntas. Había una habitación para muchachos pequeños, otras dos para las muchachas. Estaba acordado que los muchachos pedían quedarse en el piso hasta los ocho años; a los que tenían más, se los colocaba según los oficios.

Todo se contabilizaba exactamente, para que toda la compañía viviera con una idea firme de que nadie causaba agravio a otro, de que nadie quitaba a otro nada. Las cuentas de las muchachas en cuanto al pisó y la comida eran simples. Después de algunas vacilaciones decidieron cobrar por un hermano o hermana hasta los ocho años la cuarta parte de una chica adulta. Luego la manutención de una muchacha hasta los doce años se consideraba como la tercera parte, a partir de los doce la mitad de la manutención de su hermana, a partir de los trece las muchachas se convertían en aprendices en el taller, si no se colocaban en otro sitio. Y estaba convenido que desde los dieciséis años se convertían en miembros plenos del grupo, si se reconocía que habían aprendido a coser bien. Por la manutención de los parientes adultos se cobraba, por supuesto, lo mismo que por la manutención de las costureras por las habitaciones individuales había una tarifa especial. Casi todas las viejas y los tres viejos, que vivían en el pis, del taller, se ocupaban de los trabajes en la cecina y de otras cosas de la casa; por eso, naturalmente, tenían una paga.

Podo esto se cuenta muy rápidamente con palabras; también en realidad pareció muy fácil, sencillo, natural, cuando se llevó a cabo. Pero se organizaba lentamente, cada medida nueva costó muchas reflexiones, cada transformación era consecuencia de toda una serie de gestiones. Sería demasiado largo y aburrido hablar sobre otros aspectos del régimen del taller tan detalladamente como sobre el reparto y la utilización de la ganancia. Sobre muchos aspectos no se podrá hablar en absoluto, para que no sea aburrido; otras cosas será posible solamente mencionar por encima. Por ejemplo, que el taller instaló su agencia para la venta de cosas confeccionadas, hechas durante el tiempo no ocupado con encargos. El taller no podía tener todavía una tienda especial, pero se puso de acuerdo con una de las tiendas en Gostinny dvor, puse una pequeña tienda en el Rastro; dos de las viejas eran vendedoras en la tienda.

Pero hay que relatar algo más detalladamente un aspecto de la vida del taller.

Desde los primeros días, Vera Pavlovna empezó a traer libres. Una vez hechas sus cosas, se ponía a leer en voz alta; leía media hora, una hora, si antes no la interrumpía la necesidad de volver a ocuparse de sus obligaciones. Luego las muchachas descansaban de la lectura; luego otra vez, la lectura y otra vez el descanso. No hay que decir que desde los primeros días, las muchachas se aficionaron a la lectura, a algunas les gustaba leer ya antes. Al cabo, de dos o tres semanas, la lectura durante el tiempo de trabajo se convirtió en algo, regular. Al cabo de tres o cuatro meses aparecieron varias especialistas en leer en vez alta; se convino en que ellas reemplazarían a Vera Pavlovna, que leerían media, hora y que esa media hora se Ies consideraría como trabajo. Cuando Vera Pavlovna quedó libre de la obligación de leer en voz alta, ella, que ya antes había sustituido a veces la lectura por narraciones, empezó a contar caída vez con mayor frecuencia; luego las narraciones se convirtieron en algo parecido a fáciles cursos de distintas ciencias. Después —ése era un gran paso Vera Pavlovna vio la posibilidad de introducir incluso una enseñanza regular. Las mucha— chas tenían tanta curiosidad y su trabajo, iba tan bien, que decidieron hacer en medio del día laboral, antes de comer, una gran pausa pata las clases.

—Alexei Petrovich —dijo Vera Pavlovna, estando una vez en casa de los Mortsalov— le pediré un gran favor Natasha está ya de mi parte. Mi taller se ha convertido en un liceo de diversas ciencias. Hágase uno de los profesores.

—¿Qué puedo enseñarles ya? ¿Acaso el latín o el griego o la lógica y la retórica? —dijo, riéndose, Alexei Petrovich—. Es que mi especialidad no es muy interesante, según su opinión y también según la opinión de una persona que conozco.

—No, usted es imprescindible como especialista. Usted servirá de protección de la buena conducta y de la correcta orientación de nuestras ciencias:

—Eso es cierto; veo que sin mí no se mantendrían las buenas costumbres. Indíqueme la cátedra.

—Por ejemplo, la historia rusa, extractos de la historia universal.

—Estupendo. Pero lo leeré y se supondrá que soy especialista. Magnífico. Dos cargos: profesor y protección.

Natalia Andrevna, Lopujov, dos o tres estudiantes, la misma Vera Pavlovna eran otros tantos profesores, como se llamaban ellos mismos en broma.

Junto con la enseñanza se organizaban también diversiones. Había veladas, había excursiones fuera de la ciudad; al principió rara vez, luego, cuando había ya más dinero, con más frecuencia; compraban palcos en el teatro. El tercer invierno se reservó diez asientos laterales en la ópera italiana.

Cuánta alegría, cuánta felicidad para Vera Pavlovna; mucho trabajo, muchas gestiones. Había también disgustos. Con especial fuerza afectó no sólo a ella, sino a todo el círculo la desgracia de una de las mejores muchachas en el taller. Sashenka Pribytkova, una de las tres costureras a las que había encontrado la misma Vera

Pavlovna, era muy guapa, muy delicada. Tenía un novio, un joven amable, bueno, un funcionario. Una vez iba por la calle, bastante tarde. La molestó un señor. Ella se apresuró. El detrás de ella, le agarró la mano. Ella trató, de liberarse, se liberó; pero con el movimiento de la mano le tocó el pecho, en la acera sonó el reloj caído del amable señor. El amable señor agarró a Pribytkeva ya con aplomo y con sentimiento del derecho legal y gritó: «¡Ladrona! ¡Guardia!» Vinieron corriendo dos guardias y llevaren a Pribytkeva a la comisaría. En el taller no sabían nada durante tres días sobre ella y no supieron acertar cómo había desaparecido. Al cuarto día, un buen soldado, uno de los sirvientes en la comisaría, trajo a Vera Pavlovna una nota de Pribytkova. Lopujov salió inmediatamente a hacer lo posible para ayudarle. Le dijeron groserías, él dijo dos veces más groserías y se fue a buscar a Serge. Serge y Julie estaban lejos en un gran picnic y no volvieron hasta el día siguiente. Dos horas después de que volviera Serge, el comisario se disculpó ante Pribytkova, se fue a disculparse ante su novio. Pero al novio no lo encontró. El novio había estado ya la víspera en la Comisaría con Prihvtkova. De los guardias que la habían detenido había sabido el nombre del chulo, le había visitado, lo había desafiado a un duelo; antes del desafío, el chulo se había disculpado de su error con un tono bastante irónico, y al oír el desafío, se había puesto a reír a carcajadas. El funcionario haba dicho: «A este desafío no se negará» —y lo había golpeado, en la cara—; el chulo había cogido el bastón, el funcionario lo había empujado en el pecho; el chulo se había caído. Al oír ruidos, se había reunido el servicio: el señor estaba muerto, cayó con fuerza contra el suelo y se dio con la sien en un saliente agudo del pie cortante de la mesa. El funcionario se encontró en la prisión. Se inició el pleito y no se divisaba su final. ¿Qué más? Nada más, sólo que desde entonces daba pena mirar a Pribytkova.

Hubo en el taller todavía algunas historias, no tan dramáticas, pero también tristes. Fueron historias comentes, historias por las que las muchachas lloran mucho, y la gente joven o mayor tiene una diversión corta, pero agradable. Vera Pavlovna sabía que con las ideas y circunstancias actúales estas historias eran inevitables, que ninguna preocupación por las muchachas, ninguna prudencia de las mismas muchachas podían prevenirlas. Es lo mismo que cuando en la antigüedad había la viruela, hasta que aprendieron a prevenirla. Ahora, el que enferma de la viruela, es culpable él mismo y aún más sus familiares; antes era distinto no había a quién culpar, excepto al ambiente sucio o la ciudad y la aldea sucias, y también al hombre, que, teniendo viruela, se había acercado a otro y no se había encerrado en cuarentena hasta curarse. Ahora con esas histerias: alguna vez la gente se librará de está viruela también, incluso el remedio es conocido; sólo que todavía no quieren tomarlo. Da lo mismo por cuánto tiempo; durante mucho tiempo tampoco querían tomar el remedio contra la viruela. Vera Pavlovna sabía que ese ambiente sucio todavía fletaba irremediablemente en las ciudades y en las aldeas y arrancaba las víctimas incluso de las manos más cuidadosas; pero éste es todavía un mal consuelo, cuando sabes únicamente que «yo no tengo la culpa de tu desgracia, y tú, amiga mía, no tienes la

culpa». De todos modos, cada una de estas histerias corrientes traía a Vera Pavlovna muchos disgustos y mucho más trabajo. A veces había que buscar ayuda; más frecuentemente no hacía falta buscar, bastaba solamente ayudar; tranquilizar, devolver el ánimo, el orgullo, persuadir de que «deja de llorar, cuando dejes de llorar no habrá por qué llorar».

Pero hubo muchas más —¡ah, muchas más!— alegrías. Incluso todo era alegría, excepto los disgustos; es que los disgustos eran solamente unos casos aislados y raros. Ahora, dentro de medio año, te disgustarás por una, pero al mismo tiempo te alegras por todas; y pasarán dos o tres semanas y por esa una ya puedes alegrarte otra vez. Todo el curso cotidiano de la empresa era transparente y alegre, constantemente alegraba a Vera Pavlovna. Y aun si hubo en él a veces considerables trastornes por los disgustos, los compensaban también casos especialmente alegres que eran más frecuentes que los disgusto. Por ejemplo, se logró colocar muy bien a la hermana o al hermano pequeños de una u otra muchacha. Al tercer año dos chicas aprobaron el examen para ser profesoras particulares; ¡ésa fue tanta felicidad para ellas! Había varios casos buenos como éstos. Y el motivo más frecuente de regocijo para todo el taller y de alegría para Vera Pavlovna eran las bodas. Había bastantes, y todas eran legradas. Las bodas se organizaban muy alegremente: había muchas veladas, antes y después del casamiento, había muchas sorpresas para la novia por parte de las amigas del taller; del fondo de reserva se le daba la dote. Pero una vez más, cuánto trabaje suponía también este para Vera Pavlovna; por supuesto, un ajetreo continuo. Una sola cosa al principio le parecía al taller cómo una falta de delicadeza por parte de Vera Pavlovna; la primera novia le pidió hacer de madrina, pero no lo consiguió; la segunda se lo pidió también y no lo consiguió. Con la mayor frecuencia, la madrina solía ser Mertsaleva o su madre, también una dama muy buena; pero Vera Pavlovna nunca. Ella vestía a la novia, la acompañaba a la iglesia, pero solamente como una de sus amigas. La primera vez pensaron que era por estar descontenta con algo. Pero no: Vera Pavlovna se alegraba mucho de la invitación aunque no la aceptaba. La segunda vez entendieron que era simplemente por modestia. Vera Pavlovna no quería aparecer oficialmente como la patrona de la novia. En general evitaba como podía cualquier apariencia de superioridad, trataba de dar más importancia a otras y lo lograba, de modo que muchas de las damas que venían al taller por los encargos, no la distinguían de las otras dos cortadoras. Y Vera Pavlovna consideraba casi como la alegría más agradable de todas sus alegrías del taller, cuando explicaba a alguien que todo ese régimen lo habían establecido y lo mantenían las mismas muchachas. Con estas explicaciones trataba de convencerse a sí misma de lo que quería creer: que el taller podría funcionar sin ella, que podían aparecer con una total independencia otros talleres como éste e incluso —¿Por qué, no? ¡Sería bonito! ¡Eso sería lo mejor de todo!—, incluso sin dirección alguna por parte de alguien que no fuera una de las costureras, sino que se rigiera exclusivamente con el pensamiento y la habilidad de las mismas costureras. Ese era el sueño preferido de Vera Pavlovna.

V

Así pasaron casi tres años desde la fundación del taller, más de tres años desde el casamiento de Vera Pavlovna. Pasaron en silencio y en actividad estos años, ¡estaban tan llenos de tranquilidad, de alegría y de todo lo bueno! Vera Pavlovna, despierta, se queda durante mucho tiempo en la cama; le gusta quedarse en la cama y estar un rato medio dormida y medio despierta, y piensa lo que hay que hacer; y así está en la cama, no duerme, tampoco piensa… no, piensa: «La cama está tan caliente, tan blanda, tan agradable, tan estupenda por la mañana:» Así disfruta hasta que desde la habitación neutral (no, hay que decir: desde una de las habitaciones neutrales; ahora ya son dos; sí, éste es el cuarto año del matrimonio) el maride, es decir, el «querido», diga: «¿Verochka, te has despertado?» «Sí, querido.» Eso significa que el marido puede empezar a hacer el té. Por las mañanas hace el té él, y Vera Pavlovna —no, en su habitación no es Vera Pavlovna, sino Verochka— empieza a vestirse. ¡Cuánto tiempo se viste! No, se viste enseguida; en un minuto, pero chapotea mucho tiempo en el agua, le gusta chapotear en el agua, y luego mucho tiempo peina su cabello. No, no lo peina mucho tiempo, eso lo hace en un minuto, pero juega con él mucho tiempo, porque le gusta su cabello; aunque, a veces, se queda mucho tiempo de una de las partes verdaderas de su toilette, es decir, poniéndose los botines. Tiene unos botines estupendos; se viste muy modestamente, pero los botines son su pasión.

Y ya sale para tomar el té, abraza a su marido. «¿Cómo has dormido, querido?». Charla con él sobre diversas tonterías y no tonterías; por otra parte, Vera Pavlovna —no, Verochka: tomando el té de la mañana es todavía Verochka— tema no tanto el té como la crema. El té es solamente el pretexto para tomar la crema. La crema llena más de la mitad del vaso; la crema es también su pasión. Es difícil tener una buena crema en Petersburgo, pero Verochka encontró una realmente buena, sin mezcla alguna. Sueña con tener su propia vaca; pues, si las cosas van como han ido, se podrá hacer dentro de un año. Pero ya son las diez. El querido se va a dar clases o a trabajar: trabaja en la oficina de un fabricante. Vera Pavlovna —ahora ya es definitivamente Vera Pavlovna hasta la mañana siguiente— se afana en las tareas de casa; tiene una criada, una muchacha joven a la que hay que enseñar todo y en cuanto se lo enseñes, hay que acostumbrar al orden a otra. Las criadas no se mantienen con Vera Pavlovna, todas se casan, medio año, un poco más miras y Vera Pavlovna se hace una capa o se borda unos puños, preparándose para ser madrina; aquí no puede negarse; «¿come?, Vera Pavlovna, usted misma lo preparó todo, no hay nadie además de usted». Sí, hay mucho trabaje en casa. Luego hay que ir a dar las clases, son bastantes, diez horas a la semana; más sería pesado y tampoco hay tiempo. Antes de las clases hay que pasar bastante tiempo en el taller. Al volver de las clases, también hay que asomarse allí. Y ya está la comida con su querido. Bastante a menudo hay alguien para comer, uno, dos ya son muchos, más de dos no se puede; ya cuando comen dos, hay que esforzarse un poco; preparar otro plato para que haya suficiente comida. Si Vera

Pavlovna vuelve cansada, el almuerzo suele ser sencillo, antes de comer se queda sentada en su habitación, descansa, y el almuerzo; queda como se había empezado con su ayuda, y se acabará sin ella. Si no vuelve cansada, en la cocina empieza a bullir la actividad y el almuerzo tiene una edición, algún dulce, a menudo algo que se coma con nata, es decir, que pueda servir de pretexto para la nata. Durante la comida, Vera Pavlovna otra vez cuenta y pregunta, pero más bien cuenta; ¿y cómo no contar? Hay tantas cosas nuevas para contar solamente sobre él taller. Después de comer se queda todavía un cuarto, de hora con su querido, «hasta luego», y se van cada uno a su habitación, y Vera Pavlovna oirá vez a su cama, y lee, y se siente bien; a menudo incluso duerme, incluso muy a menudo, incluso se podría decir casi que la mitad de los días duerme una hora o una hora y media. Es una debilidad, y casi es una debilidad de mal tono. Pero Vera Pavlovna duerme después de comer, cuando se adormila. Incluso le gusta quedarse adormilada, y no siente ni vergüenza ni arrepentimiento por esta debilidad de mal tono. Se levanta después de dormir (o sólo disfruta una hora y media o dos horas en la cama), se viste, e irá vez al taller, allí se queda hasta la hora del té. Si por la tarde no está nadie, durante el té otra vez conversa con su querido y media hora están en la habitación neutral; luego «hasta luego, querido», se besan y se separan hasta el día siguiente. Ahora Vera Pavlovna, a veces hasta bastante tardé, hasta las dos, trabaja, lee descansa de la lectura junto al piano; el piano está en su habitación, lo compró hace poco, antes tenía uno alquilado. Esa fue también una alegría bastante grande, cuando sé compró su propio piano; es que es más barato. Lo compró como una ocasión por cien rublos, pequeño, viejo, el arreglo costó alrededor de setenta rublos; pero la verdad es que el piano tiene un tono realmente bueno. De vez en cuando su querido viene a escuchar el canto, pero solamente de vez en cuando: tiene mucho trabajo. Así pasa la tarde: trabajo, lectura, música, canto, sobre todo lectura y canto. Eso cuando no hay nadie. Pero muy a menudo por las tardes hay invitados —en su mayoría, jóvenes, más jóvenes que su querido, más jóvenes que la misma Vera Pavlovna—. Entre ellos también los profesores del taller. Estiman mucho a Lopujov, lo consideran uno de los mejores cerebros de Petersburgo; puede que incluso no se equivocan, y su relación verdadera con Lopujov consiste en lo siguiente: encuentran, útiles para sí mismos las conversaciones con Dmitri Sergueich. Hacia Vera Pavlovna sienten una veneración inmensa, ella les deja incluso besar su mano sin sentirse humillada, y se porta con ellos como si les llevara quince años, es decir, se porta de mañera que no hace tonterías. Pero, a decir verdad, la mayoría de las veces hace tonterías, corre, hace con ellos travesuras; ellos; están entusiasmados, y entonces se suele bailar muchos galopes y valses. Sencillamente se corre, se toca mucho el piano, se habla y ríe mucho, y casi más que otra cosa se canta. Pero las carreras, las carcajadas y todo lo demás no impide en absoluto a esta juventud venerar total, incondicional e ilimitadamente a Vera Pavlovna, estimarla como permita Dios que se estime a la hermana mayor y como no siempre se estima a la madre, incluso buena. Por otra

parte, cantar ya no es hacer tonterías, aunque a veces no transcurre eso sin tonterías. La mayoría de las veces, Vera Pavlovna canta seriamente, a veces también sin cantar teca seriamente, y les oyentes se quedan entonces en un silencio mudo. No raramente hay huéspedes también mayores, iguales a los Lopujov: en su mayor parte los antiguos compañeros de Lopujov, los conocidos: de sus antiguos compañeros, dos o tres profesores jóvenes, casi todos ellos gente sin familia. De gente con familia vienen casi únicamente los Mertsalov. Los Lopujov no van de visita con tanta frecuencia, casi solamente van a casa de los Mertsalov y a casa de los padres de Mertsalova; estes viejos amables y sencillos tienen muchos hijos, que ocupan buenos cargos en diversos departamentos, y por eso en casa de los viejos, que viven con cierta abundancia, Vera Pavlovna ve una sociedad diversa y de diferentes clases.

Una vida libre, amplia, activa y con cierto sibaritismo: quedarse un rato en su camita caliente y blanda, crema y pasteles con crema. Esta vida le gusta mucho a Vera Pavlovna.

¿Hay mejor vida en el mundo? A Vera Pavlovna le parece todavía que no.

Sí, al principio de la juventud apenas la hay. Pero los años pasan y con des años se hace mejor, si la vida va como debe ir, *como* ahora va para algunos. Como irá alguna vez para todos.

VI

Una vez —eso era ya al final del verano— las muchachas se fueren, como normalmente, un domingo a una excursión fuera de la ciudad. En verano, casi todos los días de fiesta iban en barcas a las islas. Vera Pavlovna, generalmente, iba con ellas. Esta vez fue también Dmitri Sergueich; por eso la excursión era notable. Su presencia era cosa rara, ese verano venía sólo por segunda vez. El taller, al enterarse de ello, se quedó muy contento.

Vera Pavlovna estaría todavía más alegre que normalmente, y se podría esperar que la excursión estaría especialmente animada. Algunas, que habían pensado pasar el domingo de otra manera, cambiaron su programa y se unieren a las que se preparaban para la excursión. Hizo falta alquilar, en vez de cuatro yolas, cinco, e incluso eso resultó ser poco, alquilaron otra más. El grupo comprendía cincuenta o más: personas: más de veinte costureras —solamente seis no participaron en la excursión—, tres mujeres mayores, unos diez niños, madres, hermanas y hermanos de las costureras, tres chicos jóvenes, que eran los novios. Uno era aprendiz de relojero, el segundo era un comerciante pequeño y ambos no cedían en los modales al tercero, maestro de una escuela de distrito, había otros cinco jóvenes de diversas profesiones, entre ellos incluso des oficiales, ocho estudiantes universitarios y de medicina. Llevaron cuatro grandes samovares, montones de diversos productos de panadería, enormes provisiones de ternera fría y cosas parecidas. Gente joven, habrá mucho movimiento; además, al aire libre, se puede contar con el apetito. Había también aproximadamente media decena de botellas de vino: para cincuenta personas, entre ellas quince jóvenes, no parece ser mucho.

Y en efecto, la excursión no pudo salir mejor. Hubo de todo: hallaron unas veces dieciséis parejas, otras solamente doce parejas, pero también dieciocho, una cuadrillada bailaron incluso veinte parejas; jugaron a gorelki[3]; casi entre veintidós parejas, improvisaron tres columpios entre los árboles. En los intervalos entre todo esto tomaban té; comían; media hora, no, mucho menos, casi la mitad del grupo escuchó la disputa de Dmitri Sergueich con dos estudiantes, los amigos más íntimos de todos sus amigos más jóvenes; se acusaban de inconsecuencia; de moderación, de tendencias hacia lo burgués: Esas eran las recriminaciones mutuas; pero, particularmente, a cada uno se le buscaba un pecado especial. En un estudiante romanticismo, en Dmitri Sergueich esquematismo; en otros estudiantes rigorismo; claro está, a un hombre no iniciado le resulta difícil aguantar tinas acusaciones así más de cinco minutos. Así uno de los contendientes, el romántico, no aguantó más de una hora y media, se fue entre los que bailabán, pero no se escapó sin gloria. Se llenó de indignación contra un moderado, por poco incluso contra mí mismo, aunque yo no había estado allí, y sabiendo que el objeto de su ira tenía ya bastantes años, exclamó: «¿Por qué habla de él? Le citaré las palabras que me había dicho estos días una

persona decente, una mujer muy inteligente: sólo hasta los veinticinco años un hombre puede conservar una manera de pensar honrada.»

—Yo sé quién es esa dama —dijo un oficial, que se acercó por desgracia para el romántico a los que estaban discutiendo— es la señora N; lo dijo en mi presencia; es una mujer realmente maravillosa, sólo que le probaron que media hora antes había presumido de tener veintiséis años. ¿Y recuerdas cuánto rió con todos juntos? Y ahora se pusieron a reír los cuatro, y el romántico se fue riendo. Pero el oficial lo sustituyó en la disputa, y se puso en marcha un regocijo mayor que antes hasta el momento de tomar el té. El oficial, más duro que el romántico, denunciando ál rigorista y al esquemático, él mismo fue acusado de ser partidario de Comte. Después del té, el oficial declaró que mientras tenía edad para una manera de pensar honrada, no se oponía a unirse a gente de la misma edad; Dmitri Sergueich y entonces ya por fuerza también el rigorista siguieron su ejemplo: bailar no bailaron, pero jugaron a gorelki. Y cuando a les hombres se les ocurrió correr a quién llegaba primero, saltar a través de una zanja, entonces los tres pensadores se destacaron como los competidores más decididos en los ejercicios masculinos: el oficial obtuvo él primer puesto en saltar a través de la zanja. Dmitri Sergueich, un hombre muy fuerte, se enardeció cuando el oficial lo venció: esperaba ser el primero en este campe de batalla después del rigorista, que muy cómodamente levantaba en el aire y colocaba al suelo al oficial y a Dmittri Sergueich a la vez. Eso no constituía ambición ni de Dmitri Sergueich ni del oficial: el rigorista era un atleta reconocido. Pero Dmitri Sergüeich no tenía la menor gana de dejar sobre sí el estigma de que no podía vencer al oficial; cinco veces luchó con él y las cinco veces el oficial lo venció, aunque con esfuerzo. Después del; sexto combate, Dmitri Sergueich reconoció que era indudablemente más débil. Los dos agotaron sus fuerzas. Tres pensadores se echaren en la hierba y prosiguieron la disputa; ahora se mostró partidario de Comte Dmitri Sergueich, esquemático el oficial, pero el rigorista quedó rigorista.

Se fueron a casa a las once. Las viejas y los niños se durmieron en las barcas; menos mal que había de reserva mucha ropa de abrigo. Pero los demás no paraban de hablar, y en las seis horas no se interrumpían las bromas y las risas.

VII

Al cabo de dos días, al tomar el té de la mañana, Vera Pavlovna advirtió a su maride que no le gustaba el color de su cara. Él dijo que realmente esa noche no había dormido del todo bien y la tarde anterior se había sentido mal, pero que no era nada, que se había resfriado un poco en la excursión; desde luego, entonces, cuando se había quedado mucho tiempo en el suelo después de correr y luchar. Se reprendió por la imprudencia, pero aseguró a Vera Pavlovna que era una tontería. Se fue a atender sus ocupaciones de siempre; al tomar el té de la tarde, dijo que, por lo visto, todo se había pasado completamente. Pero al día siguiente por la mañana, dijo que debería quedarse algún tiempo en casa. Vera Pavlovna, que se había alarmado fuertemente ya ayer, ahora se asustó seriamente y exigió que Dmitri Sergueich llamará a un médico. «Pero si yo mismo soy médico y sabré curarme, si hace falta; pero por ahora todavía no es necesario» —pretextaba Dmitri Sergueich—. Pero Vera Pavlovna insistía, y él escribió una nota a Kirsanov. En ella ponía que la enfermedad era insignificante y le pedía que viniera sólo pata tranquilizar a su mujer. Por eso Kirsanov no tuvo prisa: se quedó en el hospital hasta, la hora de comer y llegó a casa de los Lopujov hacia las seis de la tarde.

—No, Alexander, hice bien en llamarte —dijo Lopujov— no hay peligro y, probablemente, no lo habrá, pero tengo una pulmonía. Desde luego, me curaría también sin ti, pero de todos modos, examíname. No se puede de otra forma, es necesario para no tener remordimientos de conciencia. No soy un solitario como tú.

Durante mucho tiempo palpaban los costados a uno de ellos, Kirsanov escuchaba el pecho, y ambos encontraron que Lopujov no se había equivocado: no hay peligro, y probablemente, no lo habrá, pero la pulmonía era fuerte. Habrá que quedarse en la cama semana y media. Lopujov había descuidado un poco su enfermedad, pero de todas formas todavía no importaba.

Kirsanov tuvo que hablarle mucho a Vera Pavlovna, calmarla. Al final le creyó totalmente que no la engañaban, que, según toda probabilidad, la enfermedad no sólo no era peligrosa, sino ni siquiera seria. ¿Pero de qué sirve «Según toda probabilidad»? ¿Acaso ocurren pocas cosas en contra de toda probabilidad?

Kirsanov empezó a estar dos veces al día con el enfermo: ambos vieren que la enfermedad era ligera, no peligrosa. Al cuarto día Kirsanov dijo a Vera Pavlovna: —Dmitri está bien, sano. Todavía tres o cuatro días serán difíciles, pero no más difíciles que ayer, y luego empezará a mejorar. Pero quiero hablar seriamente sobre usted. Hace usted mal: ¿por qué no duerme por las noches? Él no necesita en absoluto una enfermera, yo, tampoco soy necesario. Y se puede hacer daño a sí misma, y sin necesidad alguna. Ya ahora tiene, bastante trastornados los nervios.

Durante mucho tiempo intentaba persuadir a Vera Pavlovna, pero sin ningún resultado «De ninguna manera» y «en ningún caso» y «yo misma quisiera, pero no puedo», es decir, dormir por las noches y dejar al marido sin guardia. Al final dijo:

«Pero si lo que me está diciendo usted, me lo había dicho ya él, y muchas veces; lo sabe usted. Desde luego, antes obedecería a él que a usted, así que no puedo»

Contra este argumento no se podía oponer nada. Kirsanov movió la cabeza y se marchó. Cuando llegó al enfermo sobre las diez de la noche, se quedó junto a él con Vera Pavlovna durante media hora, luego dijo: «Ahora usted, Vera Pavlovna, váyase a descansar. Los dos se lo pedimos. Ye me quedaré aquí, toda la noche.»

Vera Pavlovna sentía reproches. Ella misma a medias, mas que a medias sabía que no había necesidad de estar toda la noche junto al enfermo, y ahora obligaba a Kirsanov, un hombre, ocupado, a perder tiempo y ¿qué es esto en realidad? Sí, «parece que no hace falta», «parece»; ¿y quién sabe? No, no se puede dejar a su querido a solas, pueden ocurrir muchas cosas. Sí, a lo mejor, querrá beber, puede que quiera un poco de té, él es delicado, no la despertaría, eso significa que hay que estar con él. Pero Kirsanov no debe quedarse, ella no lo permitirá. Dijo que no se iría, porque no estaba muy cansada, que descansaba mucho durante el día.

—En este caso, perdóneme, pero le ruego que se vaya, se lo ruego categóricamente.

Kirsanov le cogió la manó y casi por la fuerza la llevó a su habitación.

—De verdad, me siento culpable ante ti, Alexander —dijo el enfermo—. Qué papel tan ridículo desempeñas, pasando la noche junto a un enfermo, cuya enfermedad no lo exige de ninguna manera. Pero te lo agradezco mucho. Es que no puedo persuadirla que llame al menos a una enfermera, si tiene miedo a dejarme solo; no tuvo confianza en nadie.

—Si no hubiera visto que ella no pedía estar tranquila al confiarte a otra persona; claro está, no habría perturbado mí comodidad. Pero ahora, esperó, se dormirá. Soy médico y tu amigo.

En efecto, en cuanto que Vera Pavlovna llegó a su habitación, se cayó en la cama y se durmió. Tres noches sin dormir por sí solas no serían importantes. Tampoco la preocupación sola sería importante, Pero la preocupación junto con tres noches sin dormir y sin descanso alguno durante el día era peligrosa; dos o tres días sin dormir y enfermaría más seriamente que su marido.

Kirsanov pasó todavía tres noches con el enfermo; pero lo cansaba eso, ya que él dormía muy tranquiló, sólo que por prevención cerraba la puerta, para que Vera Pavlovna no viera su seguridad. Ella sospechaba que dormía en su guardia, pero estaba tranquila: es médico; ¿de qué tener miedo? Él sabe cuándo puede dormir y cuándo no. Tenía remordimientos por no haber podido tranquilizarse antes para no molestarlo a él; pero él ya no prestaba atención a sus promesas de que dormiría, aunque él no estuviera: «Usted tiene la culpa, Vera Pavlovna, por eso tiene que ser castigada. No me fío de usted.»

Pero al cabo de cuatro días veía claramente que él enfermo había dejado casi de ser un enfermó, las, pruebas contra su escepticismo eran demasiado ciarás: esa tardé entre los tres jugaron a las cartas, Lopujov estaba ya recostado, no estaba acostado, y

habló con una voz: muy buena. Kirsanov podía cesar sus guardias dormidas y lo anunció.

—¿Alexander Matveich, por qué se había olvidado completamente de mí, precisamente de mí? Con Dmitri, sin embargo, se porta bien, él está en su casa bastante a menudo; pero usted antes de su enfermedad no había estado aquí, al parecer, durante medio año; y hace tiempo, es así. Y recuerde, al principio, éramos amigos.

—La gente cambia, Vera Pavlovna. Y yo también trabajo terriblemente, puedo vanagloriarme. No voy casi a ver a nadie; no tengo tiempo, pereza. Se cansa uno tanto de estar en el hospital y en la Academia desde las nueve hasta las cinco, que luego le resulta imposible otro cambio que no fuera del uniforme de médico a la bata. La amistad es buena, pero, no se enfade, el cigarrillo en el sofá, con la bata puesta es mejor aún.

En efecto, Kirsanov casi no había estado en casa de los Lopujov desde hace más de dos años. El lector no advirtió su nombre entre sus huéspedes regulares, e incluso entre los visitantes raros él era el más raro.

VIII

El lector perspicaz —hablo solamente con el lector, la lectora es demasiado lista para fastidiarla con mi sagacidad, por eso con ella no hablo. Lo digo de una vez para siempre: hay también, entre los lectores personas inteligentes con esos tampoco hablo. Pero la mayoría de los lectores, entre ellos casi todos los literatos y pseudoliteratos son gente perspicaz, con la que me es siempre agradable charlar—. Así, el lector perspicaz dice: entiendo hacia dónde va la cosa; en la vida de Vera Pavlovna empieza un nuevo romance; en él desempeñará el papel Kirsanov; entiendo incluso más: Kirsanov está enamorado de Vera Pavlovna desde hace tiempo, por eso había dejado de visitar a les Lopujov. Oh, qué inteligente eres, lector perspicaz. En cuanto que se te dice algo, tú enseguida anotas: «Yo lo sabía», y te entusiasmas con tu perspicacia. Me inclino ante ti, lector perspicaz.

Así, en la histeria de Vera Pavlovna aparece un nuevo personaje, y haría falta describirlo, si no estuviera descrito ya. Cuando hablé sobre Lopujov, tenía dificultad en separarlo de su amigo íntimo y no supe decir de él casi nada que no fuera necesario repetir también sobre Kirsanov. Y en efecto, todo lo que el lector (perspicaz) puede saber de la siguiente descripción de las características de Kirsanov, será una repetición de las características de Lopujov. Lopujov era hijo de un burgués, acomodado por su posición, es decir, qué tenía con bastante frecuencia carne en las celes; Kirsanov era hijo de un escribiente en el juzgado del distrito, es decir, de un hombre, que con frecuencia no tenía carne en las coles, eso significa que también, al contrario, con frecuencia tenía carne en las coles. Lopujov, desde muy temprana juventud, casi desde la infancia, ganaba dinero para su manutención; Kirsanov, desde los doce años, ayudaba a su padre a copiar los papeles, desde el cuarto curso de, bachiller también daba ya clases. Los dos, con sus codos, sin relaciones, sin amistades se abrieron camino. ¿Qué clase de hombre era Lopujov? En el bachiller no se enseñaba el francés, en alemán se enseñaba a declinar «der, die, das» con pequeñas faltas. Al ingresar en la Academia, Lopujov pronto vio que en la ciencia con el ruso no llegaría lejos. Cogió el diccionario francés y libritos franceses que había podido encontrar (y se encontraron: «Telémaco» y narraciones de la señora Genlis y algunas ediciones de nuestra inteligente revista «Revue Etrangère»; ninguno de estos libros era muy atractivo) los cogió, y él mismo, por supuesto, muy aficionado a la lectura, se dijo: no abriré ningún libre ruso hasta que no lea sin dificultad en francés; y empezó a y leer sin dificultad. Con el alemán lo hizo de otra manera. Alquiló un rincón en el piso donde había muchos artesanos alemanes; el rincón era infame, los alemanes aburridos, la Academia quedaba lejos, pero, de todas formas, aguantó lo que fue necesario. Kirsanov lo hizo de un modo diferente: el alemán lo aprendió de varios libres con el diccionario, como Lopujov el francés, y el francés lo aprendió de otra manera, con un libró, sin el diccionario, con el Evangelio, un libro muy conocido. Consiguió el Nuevo Testamento en una traducción de Ginebra y lo leyó

ocho veces; la novena vez entendía todo, eso Significaba que la cosa estaba hecha. ¿Que clase de hombre era Lopujov? Así era: iba con un uniforme rote por la avenida de la isla Kamenny (de la clase, una clase por cincuenta copecs, tres verstas detrás del liceo). De frente le viene un tipo de buena presencia, va de paseo, y como es un tipo de buena presencia, va directamente hacia él, sin desviarse; y Lopujov tenía entonces una regla: no desviarse primero ante nadie, excepto ante las mujeres; se chocaron con los hombros; el tipo dio media vuelta y dijo: «Qué cerdo y animal, eres»; preparándose para proseguir la lección, pero Lopujov dio la vuelta completa hacia el tipo, cogió al tipo entre los brazos y lo colocó en la cuneta, con mucho cuidado, y se pone encima de él y dice: «No te muevas o te arrastraré más lejos, donde hay más fango.» Pasaron dos muzhiks, miraron y lo alabaron; pasó un oficinista, miró, no alabó, pero sonrió dulcemente; pasaban carruajes, de ellos no miraban: no se veía qué estaba en la cuenta; Lopujov se quedó de pie un rato, volvió a coger ál tipo, no entré los brazos, sino de la mano, lo levantó, sacó a la calle y dice: «Ah, estimado señor ¿cómo pudo caerse así? Espero que ño se haya hecho dañe. Permítame que lo limpie.» Pasó un muzhik, se puso a ayudar a limpiar al tipo, pasaron dos burgueses, se pusieren a limpiar al tipo, lo limpiaron y se marcharon. A Kirsanov no le ocurrió un caso como éste, pero hubo otro. A una dama en cuya casa uno servía para mandados, se le ocurrió que hacía falta hacer un catálogo de la biblioteca, que había quedado después de la muerte de su marido volteriano, hace veinte años. Por qué necesitaba el catálogo precisamente después de veinte años, no se sabe, Kirsanov se presentó para hacer el catálogo, se ofreció por ochenta rublos; trabajó durante mes y medio. De pronto a la dama se le ocurrió que el catálogo no era necesario, entró en la biblioteca y dice: «No trabaje más, cambié de idea, aquí tiene por su trabajo» —y le alargó a Kirsanov diez rublos—. «Yo, su —nombró la dama por su título— hice ya más, de la mitad del trabajo: de los diecisiete armarios terminé diez.» «¿Usted cree que lo engañé en dinero? Nicolas; ven aquí, ponte de acuerdo con este señor.» Entró corriendo Nicolas; «¿Cómo te atreves a decir groserías a maman?» «Y tú, mocoso —runa expresión infundada por parte de Kirsanov: Nicolas le llevaba cinco años—, deberías escucharme antes.» «¡Gente!» —gritó Nicolas—. «¿Ah, gente? ¡Yo te enseñaré qué es gente!» En un abrir y cerrar les ojos la dama dio un chillido y se desmayó y Nicolas se dio cuenta di que no podía mover los brazos que estaban pegados a sus costados como con un cinturón de hierro y que estaban pegados con et brazo derecho de Kirsanov, y se dio cuenta que la mano izquierda de Kirsanov, de spués de tirarle de los pelos, lo estaba agarrando ya por el cuello y que Kirsanov decía: «Mira lo fácil que sería asfixiarte» —y le apretó el cuello—; y Nicolas se dio cuenta que realmente sería fácil que lo asfixiara, y la mano soltó ya el cuello, se podía respirar, pero seguía agarrando el cuello. Y Kirsanov dice, dirigiéndose a los goliat que habían aparecido junto a la puerta: «¡No os mováis o lo asfixiaré! Dejen paso o lo asfixiaré.» De todo eso se dio cuenta Nicolas en un abrir y cerrar de ojos movió la nariz para dar señal de que pensaba seriamente. «¡Ahora, llévame hasta la escalera!»

—dijo Kirsanov, volviéndose otra vez hada. Nicolas, y, siempre abrazando a Nicolas, salió a la antesala y bajó la escalera, acompañado desde lejos por las miradas enternecidas de los goliat. En el último escalón soltó el cuello de Nicolas, empujó al mismo Nicolas y entró en la tienda a comprarse un gorro en vez de aquél que se había quedado como botín de Nicolas.

¿Bien, qué cosa distinta se puede decir sobre personas como clics? Todos sus rasgos destacados no eran rasgos de individuos, sino de un tipo, el tipo que se diferencia tanto de lo tipos corrientes para ti, lector perspicaz, que sus peculiaridades, comunes encubren sus diferencias personales. Estas personas entre las demás son como, entre los chinos, un grupo de europeos, a los que los chinos no pueden distinguir uno del otro; en todos ven igualmente que son «unos bárbaros de pelo rojo que no tienen, modales; a sus ojos incluso los franceses son tan «pelirrojos» como los ingleses. Y los chinos tienen razón: con respecto a ellos, todos los europeos, como si fueran un solo europeo, no son individuos, sino representantes de un tipo, nada más; todos por igual no comen cucarachas, todos por igual no cortan a la gente en trozos pequeños, todos por igual beben vodka y vino de uva, y no el de arroz; y hasta la única cosa suya que ven en ellos los chinos, es decir, beber el té, la hacen de una forma totalmente diferente de cómo lo hacen los chinos: teman el té con azúcar, no sin azúcar. Así también las personas del tipo al que pertenecían Lopujov y Kirsanov les parecían iguales a las personas que no eran de ése tipo. Cada uno de ellos es un hombre valiente, que no vacila, que no cede, que sabe ponerse a trabajar y si se pone, lo agarra fuertemente de tal manera que no se lo escapa de las manos éste es un lado de sus características por otro lado, cada uno de ellos es un hombre de una honradez desinteresada, de una honradez tal que a nadie se le pasa por la cabeza la pregunta: «¿Se puede contar con ese hombre para todo incondicionalmente?» Es tan claro como que respira con el pecho. Mientras respira, ese pecho, es ardiente e inmutable; ponga tranquilamente en él su cabeza, en ese pecho se puede descansar. Estos rasgos comunes son tan notables, que detrás de ellos desaparecen todas las peculiaridades individuales.

Este tipo apareció entre nosotros hace poco. Antes eran únicamente unos personajes aislados que lo anunciaban: era excepciones y, como excepciones, se sentían solos, impotentes. Por eso no hacían nada o se desanimaban o se exaltaban, se convertían en románticos, fantaseaban, es decir, no pudieron tener el rasgo principal de ese tipo, no pudieron ser tan fríamente prácticos, no pudieron poseer la actividad calculadora y recta, la sensatez práctica. Aunque incluso eran personas de esta naturaleza, no llegaban a evolucionar todavía hasta este tipo. Pero este tipo surgió hace poco; en mis tiempos no existían todavía, aunque no soy viejo, incluso no soy viejo en absoluto. Yo mismo no pude ser así, no crecí en la época adecuada; por eso, porque yo mismo no soy así, puedo, sin avergonzarme, expresarles mi respeto. Desgraciadamente, no me glorifico a mí mismo cuando digo sobre estas personas: gente gloriosa.

Hace poco nació este tipo y se extiende rápidamente. Lo hizo nacer la época, es la bandera de la época y, ¿hay que decirlo?, desaparecerán junto con su época, una época breve. Su vida reciente está condenada a ser también una vida breve. Hace seis años no vieron a estas personas; hace tres años las despreciaban; ahora… da lo mismo que piensan de ellas ahora; dentro de algunos años, muy pocos años, les rogarán: «¡Salvadnos!» Y todos realizarán lo que ellos dirán; todavía algunos años más, a lo mejor no años, sino meses, empezarán a maldecirles y los expulsarán de la escena bajo silbidos y maldiciones. Qué más da, silbad y gritad, perseguid y maldecir, recibisteis de ellos provecho, eso les basta. Y bajo el ruido de los silbidos, bajo la tempestad de las maldiciones se irán de la escena orgullosos y modestos, duros y amables, como eran. ¿Y no quedarán en la escena? No. ¿Cómo se estará sin ellos? Mal. Pero después de ellos, de todas formas, será mejor que antes de ellos. Y pasarán años y la gente dirá: «Después de ellos se hizo mejor; pero de todas formas, se quedó mal.» Y cuando lo digan, significará que ha vuelto la hora para que renazca ese tipo, y renacerá en mayor número de personas, en mejores formas, porque entonces habrá más de todo lo bueno, y todo lo bueno será mejor, y otra vez la misma historia en una forma nueva. Y así seguirá hasta que la gente diga: «ahora estamos bien». Entonces no habrá este tipo especial, porque toda la gente será de éste tipo y difícilmente comprenderán que hubo tiempos cuando se lo había considerado un tipo especial y no la naturaleza común de toda la gente.

IX

Pero como los europeos entre los chinos tienen la misma cara y tienen los mismos modales sólo con respecto a los chinos, y en realidad entre los europeos hay incomparablemente más diversidad que entre los chinos, así también, evidentemente, en ese tipo único la diversidad de las personalidades se desarrolla en variedades más numerosas y más distintivas una de la otra de lo que se distinguen entre sí todas las variedades de los demás tipos. Aquí hay diversas personas: tanto sibaritas como ascetas, también las hay duras y blandas, y de todo tipo. Sólo que como el europeo más brutal es muy dócil, el más cobarde es muy valiente, el más voluptuoso es muy moral ante un chino, así también ocurre con ellos: los más ascetas de entre ellos consideran necesario para el hombre mayor confort de lo que imaginan personas no de su tipo, los más sensuales son más severos en las reglas morales que los moralistas que no son de su tipo. Pero todo eso se lo figuran a sí mismos de una manera peculiar: tanto la moralidad como el confort, tanto la sensualidad como el bien los entienden de un modo especial, y siempre del mismo modo, y no sólo siempre del mismo modo; y todo esto incluso con la apariencia de ser del mismo modo. Así que tanto la moralidad y el confort como el bien y la sensualidad, todo esto aparece en ellos como si fuera lo mismo. Pero todo esto otra vez solamente con respecto a los conceptos de les chinos, porque ellos mismos entre sí encuentran unas diferencias muy grandes en la comprensión de esto, según las diferencias de sus naturalezas. ¿Pero cómo captar ahora, esas diferencias de naturaleza y de comprensiones entre ellos?

En las conversaciones entre sí, pero únicamente entre sí, no con los chinos, manifiestan su diferencia los caracteres europeos. Así ocurre, con la gente de esté tipo; por lo visto, hay una gran diversidad, cuando se trata algo entre ellos, pero solamente entre ellos, no con los extraños. Vimos ante nosotros a dos personas de este tipo a Vera Pavlovna y a Lopujov. Vimos cómo se habían formado las relaciones entre ellos. Ahora entra una tercera persona, vamos a ver qué diferencias se revelarán con la posibilidad qué tiene uno de ellos de comparar a los dos restantes: Vera Pavlovna ve ante sí a Lopujov y a Kirsanov. Antes no tenía elección; ahora la tiene.

X

Pero hace falta decir dos o tres palabras sobre las características exteriores de Kirsanov. Él, como Lopujov, tenía unos rasgos de cara regulares y hermosos. Unos encontraban que el más hermoso era éste, otros que aquél.

Lopujov, más moreno, tenía el pelo castaño oscuro, los ojos marrones y brillantes, que parecían: casi negros la nariz aguileña, los labios gruesos, la cara un poco ovalada. Kirsanov tenía el pelo rubio de un matiz bastante oscuro, los ojos azules oscuros, la nariz griega, recta, la boca pequeña, la cara alargada, de una blancura asombrosa. Ambos eran personas de una estatura bastante alta, esbeltos. Lopujov era un poco más ancho, Kirsanov un poco más alto.

La situación externa de Kirsanov era bastante buena: Tenía ya la cátedra. Una gran cantidad de les electores estaba en contra de él: no sólo que no le hubieran dado la cátedra, tampoco le hubieran concedido el título de doctor, pero era imposible. Dos o tres personas jóvenes y un antiguo profesor suyo, una persona mayor, sus amigos, hace tiempo dijeron a los demás, que, por lo visto, había en el mundo un tal Virchow, que vivía en Berlín, y un tal Claude Bernard, que vivía en París, y todavía tales y tales, a los que no se podía recordar, que también vivían en distintas ciudades, y que, al parecer, esos Virchow, Claude Bernard y todavía alguno eran las lumbreras de la ciencia médica. Todo eso era hasta el extremo improbable, porque las lumbreras de la ciencia nos son conocidas: Burgav, Hufeland. Harvey fue también un gran científico, descubrió la circulación de la sangre. También Jenner, enseñó a la gente a vacunarse contra la viruela. A éstos los conocemos, pero a esos Vichow y Claude Bernard no los conocemos; ¿qué lumbreras serán? Por otra parte, ¿quién diablos los conoce? Así que ese mismo Claude Bernard habló con respeto sobre los trabajos de Kirsanov, cuando éste todavía terminaba los estudios, así que no se podía hacer de otra manera; concedieron a Kirsanov el título de doctor y al cabo de un año y medio le dieron la cátedra. Los estudiantes decían que con su ingreso el grupo de los buenos profesores se reforzó considerablemente. No tenía consulta práctica y decía que había abandonado la medicina práctica; pero en el hospital solía pasar mucho tiempo; hubo días que comía allí, a veces incluso pasaba la noche. ¿Qué hacía allí? Él decía que trabajaba para la ciencia; no para los enfermos: «No curo, solamente observo y hago experimentos.» Los estudiantes confirmaban esto, añadiendo que ahora curaban solamente los tontos, porque ahora todavía no se podía curar. Los enfermeros juzgaban de otra manera. «A ése se lo lleva Kirsanov a su sección, eso significa que es difícil» —decían entre sí, y luego al enfermo—: «Puedes tener esperanza. Es rara la enfermedad que resiste a este médico, es un maestro; y es como un padre.»

XI

En los primeros tiempos del matrimonio de Vera Pavlovna, Kirsanov estaba en casa de los Lopujov muy a menudo, casi un día sí y otro no, y para decirlo más exactamente, casi todos los días. Y pronto, casi desde el primer día, se hizo muy amigo de Vera Pavlovna, tanto como del mismo Lopujov. Así pasó medio año. Una vez estaban los tres: él, el marido y ella. La conversación transcurría, como siempre, sin protocolo alguno; Kirsanov charlaba más que todos, pero de pronto se calló.

—¿Qué te pasa, Alexander?

—¿Por qué dejó de hablar usted, Alexander Matveich?

—Una cosa: me ha entrado la morriña.

—Eso le ocurre rara vez, Alexander Matveich —dijo Vera Pavlovna.

—Sin razón casi nunca —dijo Kirsanov con un tono forzado.

Al cabo de algún tiempo, antes que normalmente, se levantó y se marchó, después de despédirse, como siempre, sencillamente.

Al cabo de dos días, Lopujov dijo a Vera Pavlovna que había estado con Kirsanov y, según le pareció, lo había recibido de un modo bastante extraño. Como si Kirsanov quisiera ser amable con él, lo que sobraba totalmente entre ellos. Lopujov, después de mirarlo, le dijo directamente.

— Tú, Alexander, parece que estás enfadado; ¿conmigo acaso?

—No.

—¿Con Verochka?

—No.

—¿Entonces, qué té pasa?

—Nada, estoy bien; ¿por qué lo dices?

—Te portas conmigo mal ahora, tenso, amable, se ve que estás enfadado.

Kirsanov empezó a prodigar protestas, que de ninguna manera valían; con lo que definitivamente demostró que estaba enfadado. Luego, por lo visto se avergonzó, volvió a ser sencillo, bueno, como era debido. Lopujov, aprovechando que el hombre había vuelto a su juicio, le preguntó otra vez.

—Bueno, Alexander, dime, ¿por qué te habías enfadado?

—No tenía intención de enfadarme —y otra vez se hizo empalagoso y antipático.

¡Qué cosa tan rara! Lopujov no lograba recordar nada que hubiera podido ofenderlo, tampoco era posible con su estima mutua, con la amistad sincera. Vera Pavlovna trató de recordar con cuidado si no era ella la que lo había ofendido, y tampoco pudo encontrar nada, y también sabía, por la misma razón que su marido, que era imposible por su parte.

Pasaron todavía dos días; no ir a casa de los Lopujev durante cuatro días seguidos era cosa extraordinaria para Kirsanov. Vera Pavlovna incluso pensó: ¿no estaría enfermo? Lopujov pasó a ver si no estaba enfermo de verdad. ¡Qué enfermo! Sigue enfadado. Lopujov lo abordó con insistencia. Después de negarse mucho tiempo,

Kirsanov empezó a decir una estupidez absurda sobre sus sentimientos hacia Lopujov y Vera Pavlovna, que los quería y estimaba mucho. Pero de todo eso resultaba que ellos no eran atentos con él, de lo que —lo que era peor de todo— no había, por otra parte, insinuación alguna en su grandilocuencia. Estaba claro que el señor se había vuelto ambicioso. Todo eso parecía tan raro en el hombre por el que Lopujov había tenido a Krisanov, que el huésped dijo al amo de casa: «Escucha, si somos amigos. Esto, al fin y al cabo, tiene que resultarte vergonzoso.» Kirsanov con una condescendencia refinada contestó que, en efecto, por su parte, puede ser algo sin importancia, pero qué hacer, si él se sentía ofendido con muchas cosas. «¿Con qué, pues?» Empezó a enumerar uña cantidad de casos, que lo habían ofendido últimamente, todo en el mismo plan: «Tú dijiste que cuanto más claros tiene un hombre los cabellos, tanto más cerca está de lo incoloro. Vera Pavlovna dijo que ahora el té había encarecido. Eso era una mordacidad con respecto a mi color de pelo. Eso era una insinuación de que os cuesto dinero.» Lopujov dejó caer los brazos: el hombre se ha vuelto loco por la ambición o, mejor dicho, se hizo un tonto, un hombre vulgar.

Lopujov volvió a casa incluso entristecido: fue doloroso ver un lado así en el hombre al que había querido tanto. A las preguntas de Vera Pavlovna sobre qué había sabido, contestaba tristemente que mejor no hablar de eso, que Kirsanov había dicho una estupidez desagradable, que, probablemente, estaba enfermo.

Al cabo de tres o cuatro días, Kirsanov, seguramente había vuelto en sí, había visto la vulgaridad salvaje de sus salidas. Vino a casa de los Lopujov, estaba como debía estar, luego empezó a decir que había estado tonto. Por las palabras de Vera Pavlovna advirtió que ella no había oído de sti marido sus tonterías, agradeció sinceramente a Lopujov su discreción y, para castigarse, él mismo empezó a contar todo a Vera Pavlovna, se enterneció, pidió disculpas, dijo que había estado enfermo y otra vez salía todo como sincero. Vera Pavlovna intentó decir que dejara de hablar de eso, que eran tonterías; él se clavó en la palabra «tonterías» y empezó a decir las mismas necedades disparatadas que en la conversación con Lopujov. Muy delicada y refinadamente empezó a desarrollar el tema que, claro, eran «tonterías», porque él comprendía la poca importancia que tenía para los Lopujov, pero que él tampoco merecía más, etc., y todo eso lo decía con las insinuaciones más oscuras y finas utilizando las expresiones más amables de su estima y entrega. Al escucharlo, Vera Pavlovna dejó caer los brazos exactamente como antes su marido. Cuando se fue, se acordaren de que unos días antes de que se volviera tan trivial, había estado raro. Entonces no se dieron cuenta ni lo comprendieron, ahora se explicaron sus extravagancias anteriores: eran por el estilo, sólo que débiles.

Después de esto Kirsanov empezó a venir a casa bastante a menudo; pero continuar con las anteriores relaciones sencillas era ya imposible. Por debajo de la máscara de un hombre decente se asomaba durante varios días una oreja de asno tan larga que los Lopujov recuperarían una dosis bastante grande del respeto hacia el

antiguo amigo, si esa oreja se ocultara para siempre; pero la oreja de vez en cuando seguía apareciendo: no se dejaba ver tan larga y se escondía apresuradamente, pero era lamentable, despreciable, vulgar. Pronto empezaron a portarse con Kirsanov de verdad fríamente, él ya de verdad tuvo razón para no encontrarse a gusto en casa de los Lopujov y dejó de visitarlos.

Pero se veía con Lopujov en casa de unos conocidos. Al cabo de algún tiempo, el disgusto de Lopujov por él se debilitó. Se portaba bien, normalmente. Lopujov empezó a ir a su casa. Al cabo de un año incluso reanudó las visitas a los Lopujov y era él Kirsanov de antes, estupendo, sencillo y honrado. Pero estaba rara vez: se veía que le era desagradable recordar la tonta historia que había puesto en marcha. Lopujov casi la había olvidado. Vera Pavlovna también. Pero las relaciones una vez rotas no se restablecían. En apariencia, él y los Lopujov eran otra vez amigos, y también en realidad Lopujov volvió a estimarlo casi como antes y lo visitaba con bastante frecuencia; Vera Pavlovna también le devolvió una parte de su anterior simpatía, pero lo veía muy raramente.

XII

Ahora la enfermedad de Lopujov o, mejor dicho, el apego extraordinario de Vera Pavlovna a su marido, obligó a Kirsanov a estar más de una semana en breves relaciones cotidianas con los Lopujov. Él comprendía que pisaba un suelo peligroso para él, al decidirse a pasar las tardes con ellos para librar a Vera Pavlovna de las guardias. Es que se alegró tanto y estaba tan orgulloso de que entonces; hace tres años, al notar en sí síntomas de pasión, había logrado tan firmemente hacer lo que era necesario para detener el desarrollo de esa pasión. ¡Se sintió tan bien por eso! Durante dos o tres semanas entonces tenía ganas de ir a casa de los Lopujov, pero al mismo tiempo había más satisfacción por la conciencia de su firmeza en la lucha que dolor por la privación, y al cabo de un mes el dolor había pasado completamente, y quedó solamente la satisfacción por su honradez. Su corazón estaba, hasta ese punto tranquilo y contento.

Y ahora el peligro era mayor que antes: durante estos tres años, Vera Pavlovna, por supuesto, se había desarrollado moralmente; entonces era en una mitad una niña, ahora ya no lo es. El sentimiento que despertaba ya no se parecía a un afecto risueño por una muchacha a la que quieres y que te hace sonreír a la vez. Y no sólo se desarrolló moralmente: si se trata de la belleza de una mujer, una belleza auténtica, entonces entre nosotros en el Norte, la mujer se hace con cada año más hermosa. Sí, tres años de la vida a su edad añaden mucha belleza al alma, a los ojos, a los rasgos del rostro y a toda la persona, si la persona es hermosa y la vida es buena.

El peligro era grande, pero solamente para él, para Kirsanov. ¿Qué peligro suponía para Venta Pavlovna? Ella quiere a su esposo. Kirsanov no es tan vanidoso y tonto como para, considerarse un rival peligroso de Lopujov. No lo cree por una falsa modestia: todas las personas decentes que conocen a Lopujov y a él, los colocan a la misma altura. Y del lado de Lopujov se encuentra aquel mérito inmesurable de que él hábía merecido el amor —sí, la mereció—, que él ya completamente había conseguido su corazón. La elección estaba hecha, ella está muy contenta y feliz con su elección; a ella no se le puede siquiera pasar por la cabeza la idea de buscar a alguien mejor. ¿Acaso no está bien? Hasta es ridículo pensar en eso, ese temor por ella y por Lopujov sería una vanidad absurda por parte de él, de Kirsanov.

¿Acaso por una necedad, porque Kirsanov tendría que pasar triste un mes, con mucho dos, acaso por esa tontería permitirá que la mujer se trastórne los nervios, que se cause una enfermedad seria por pasar las noches junto a la cama del enfermo? ¿Acaso por eso, para evitar una perturbación insignificante y corta de su propia vida permitir un daño serio a otro hombre, no menos digno? Eso no sería honrado. Y un acto deshonroso es mucho más desagradable que la lucha, de suyo no difícil, consigo mismo, que tendría que afrontar y de cuyo desenlace —con una satisfacción orgullosa por su firmeza— no hay duda.

Así reflexionaba Kirsanov, al tomar la decisión de echar a Vera Pavlovna de una

guardia inútil.

La necesidad de la vigilancia pasó. Para salvar las apariencias, para no hacer una ruptura brusca qué despertara la atención, Kirsanov debía visitar dos o tres veces a los Lopujov estos días, luego venir al cabo de una semana, luego al cabo de medio año. Luego será suficiente explicar el alejamiento por las ocupaciones.

XIII

Todo le iba a Kirsanov bien, como había pensado. El afecto se reanudó, y más fuerte que antes; pero la lucha con él no suponía ningún tormento serio, era fácil. Kirsanov estuvo ya por segunda vez en casa de los Lopujov, una semana después de que terminara la cura de Dmitri Sergueich; ahora se quedará hasta las nueve. Es suficiente. Las apariencias estarán salvadas; la próxima vez vendría dentro de des semanas: el alejamiento se ha realizado casi. Y ahora hay que quedarse todavía una hora. Durante, esta semana se ha detenido ya a medias el desarrollo de la pasión; dentro de un mes todo habrá pasado. Está muy contente. Participa en la conversación con tanta naturalidad que se alegra de su éxito, y con esta satisfacción su naturalidad todavía aumenta.

Lopujov pensaba salir al día siguiente por primera vez a la calle. Vera Pavlovna estaba por eso en un estado de ánimo especialmente, bueno, se alegraba casi más y seguramente más, que el mismo antiguo enfermo. La conversación tocó la enfermedad. Se rieron de ella, elogiaron con un tono alegre la abnegación de esposa de Vera Pavlovna, que por poco destruyó su salud con una preocupación por algo que no merecía tal preocupación.

—Reíos, reíos —decía ella— pero yo sé que vosotros mismos no tendríais fuerzas para proceder de otro, modo en mi lugar.

—¡Y qué influencia tiene sobre un hombre la preocupación de los demás! —dijo Lopujov—. Él mismo se somete al engaño de que le hace falta Dios sabe qué cuidado, cuando ve que se preocupan por él. Ciertamente, yo, por ejemplo, hubiera pedido salir de casa hace tres días y de todas formas me quedé en casa. Esta mañana he querido salir, pero lo aplacé un día más para mayor seguridad.

—Sí, hace tiempo pudiste salir —confirmó Kirsanov. —Eso es lo que denomino heroísmo y, a decir verdad, estoy terriblemente aburrido; ahora mismo saldría corriendo.

—Querido mío, te has hecho héroe para tranquilizarme a mí. Y saldremos corriendo de verdad, si tienes tantas ganas de concluir cuanto antes la cuarentena. Pronto iré para media hora al taller. Iremos todos juntos. Por tu parte será muy amable qué la primera visita después de tu enfermedad la hagas a nuestro grupo. Se dará cuenta y se alegrará mucho de tina atención así.

—Bien, iremos juntos —dijo Lopujov con la satisfacción visible de que respiraría aire fresco en ese mismo momento.

—Vaya una anfitriona con tacto —dijo Vera Pavlovna—, ni siquiera pensé que usted, Alexander Matveich, no deseara en absoluto ir con nosotros.

—No, es muy interesante, hace tiempo quería ir allí. Su idea es feliz.

Ciertamente, la idea de Vera Pavlovna era acertada. Las muchachas, en efecto, estaban muy contentas de que Lopujov les haya hecho a ellas su primera visita después de la enfermedad. A Kirsanov le interesó realmente mucho el taller: era

imposible que un hombre con su manera de pensar no se interesara por él. Si una razón especial no Jo hubiera frenado, desde el mismo principio habría sido uño de sus fieles profesores. Media hora, puede que una hora, pasó inadvertidamente. Vera Pavlovna lo llevaba a distintosLcuartos, le enseñaba todo. Volvían del comedor a las salas de trabajo, cuando se acercó a Vera Pavlovna una muchacha, que no había estado en las salas de trabajo. La muchacha y Kirsanov se miraron: «¡Nastenka!» —«¡Sasha!»— y se abrazaron. —¡Sashenka, amigo mío, qué alegría que te haya encontrado! La muchacha seguía besándolo, se reía y lloraba. Cuando se recobró de su alegría, dijo: No, Vera Pavlovna, ahora ya no hablaré, sobre los asuntos del taller. No puedo despedirme de él. Vámonos, Sashenka, a mi habitación.

Kirsanov no se alegraba menos. Pero Vera Pavlovna vio también mucho dolor en su primera mirada, cuando la reconoció. Y no era en vano: la muchacha tenía tuberculosis en el último grado de desarrollo.

Kriukova entró en el taller hace un año, ya muy enferma. Si se hubiera quedado en la tienda, donde había estado hasta entonces, habría muerto ya hace tiempo del trabajo de costurera. Pero en el taller encontró la posibilidad para que viviera un poco más. Las muchachas la liberaron completamente de la costura. Era posible encontrar otras ocupaciones, no perjudiciales para ella; se hizo cargo de la mitad de los trabajos relacionados con las pequeñas necesidades del taller, participaba en la marcha de diversos almacenes, recibía encargos, y nadie podía decir que Kriukova era menos útil en el taller que las demás.

Los Lopujov se fueron, sin esperar el final del encuentro de Kriukova con Kirsanov.

XIV
LA NARRACIÓN DE KRIUKOVA

Al día siguiente por la mañana, Kriukova vino a ver a Vera Pavlovna.

—Quiero hablar con usted sobre lo que vio ayer, Vera Pavlovna —dijo—; durante algunos momentos tenía dificultad, no sabía cómo seguir: No quisiera que usted pensara mal de él, Vera Pavlovna.

—¿Qué es eso?; usted misma piensa mal de mí, Nastasia Borisovna.

—No, si no fuera yo, si fuera otra, no lo pensaría. Pero usted sabe que no soy como las demás.

—No, Nastasia Borisovna, usted no tiene derecho a hablar así de sí misma. La conocemos desde hace un año; y antes la conocían muchas de nuestro grupo.

—Como veo, ¿usted no sabe nada de mí?

—No, ¿cómo? Sé muchas cosas. Usted era sirvienta, últimamente, en casa de la actriz N.; cuando ella se casó, usted se fue. Para escapar del padre de su marido, entró en la tienda. N., de donde se pasó a nosotros. Lo conozco con todos los detalles.

—Desde luego, estaba segura de Maximova y Sheina, que sabían lo que había sido de mí antes, sabía que no hablarían. Pero de todas formas, pensé que habría podido llegar a usted o a las demás de otra parte. ¡Ah, cómo me alegro de que no sepan nada! Pero a usted se lo diré a pesar de todo, para que sepa lo bueno que es él. Yo era una muchacha muy mala, Vera Pavlovna.

—¿Usted, Nastasia Borisovna?

—Sí, Vera Pavlovna, lo era. Yo era muy descarada, no tenía ninguna vergüenza, siempre estaba borracha, por eso estoy enferma, Vera Pavlovna, pues con mi pecho débil bebía demasiado.

Vera Pavlovna había tenido ya tres veces la ocasión de ver unos casos así. Las muchachas, que se comportaban impecablemente desde que empezó su amistad con ellas, le decían que antes habían llevado una mala vida.

La primera vez estuvo sorprendida por tal confesión, pero después de pensarlo varios días, llegó a la siguiente conclusión: «¿Y mi vida? El fango en el que crecí yo, también era malo; sin embargo, no se me pegó, y se quedan limpias de ese fango miles de mujeres que crecieron en familias no mejores que la mía.» ¿Qué tiene de especial, si de esa humillación también pueden salir limpias aquellas a las que ayuda una ocasión feliz para librarse de ella? La segunda confesión la escuchó ya sin asombrarse de que la muchacha que la hacía, había conservado todas las características nobles de la persona: el desinterés, la capacidad para una amistad fiel, la suavidad del corazón; había conservado incluso bastante ingenuidad.

—Nastasia Borisovna, tuve las mismas conversaciones que quiere empezar usted. Una conversación así resulta difícil tanto a la que habla como a la que escucha. No la estimaré menos, más bien más que antes, sabiendo ahora que había soportado usted

mucho, entiendo todo aun sin oírlo. No hablemos de eso, ante mí no hace falta explicarse. Yo misma había vivido muchos años en grandes disgustos; trato de no pensar en ellos y no me gusta hablar de ellos; es triste.

—No, Vera Pavlovna, tengo otra razón. Quiero decirle qué bueno es él; quiero que alguien sepa, cuánto le debo, y no tengo a quien decírselo excepto a usted.

Para mí será un alivio. Claro que no tengo nada que decir sobre la vida que había llevado; en todas las que sen tan pobres como yo es igual. Quiero decir sólo cómo lo conocí. Me resulta tan agradable hablar de él. Es que voy a vivir con él; tiene que saber, por qué abandono el taller.

—Si para usted esa narración es agradable, Nastasia Borisovna, con gusto la escucharé. Permítame que coja el trabajo.

—Y yo no puedo ni trabajar. Qué buenas son esas muchachas, me encontraren ocupación según mi salud. Se lo agradeceré a cada una de ellas. Dígales también usted, Vera Pavlovna, que le rogué darles las gracias por mí.

—Iba por la avenida Nevski, Vera Pavlovna; acababa de salir, era todavía temprano; va un estudiante, me pegué a él. No dijo nada y pasó al otro lado de la calle. Yo vuelvo a acercarme a él, le cogí la mano. «No —digo yo— no lo dejaré, es usted tan guapo.» «Y yo se lo ruego, déjeme» —dice él—. «No, venga conmigo.» «No hay por qué.» «Entonces iré yo con usted. ¿A dónde va usted? No lo dejaré por nada en el mundo.» Yo era tan desvergonzada, peor que otras.

—Porque, Nastasia Borisovna, usted, a lo mejor, en realidad era tímida, se avergonzaba.

—Sí, puede ser. Al menos lo vi en otras, no entonces, claro; lo entendí después. Así que cuando le dije que iría con él en todo caso, sonrió y dijo: «Si quiere, venga; sólo que será en vano», había querido darme una lección, como dijo después. Le cayó mal que lo molestara. Y yo fui y le decía cada tontería; él estaba callado todo el tiempo. Llegamos. Aunque vivía como un estudiante, incluso entonces vivía bien, de las clases recibía veinte rublos al mes y vivía entonces solo. Me eché en el sofá y digo: «Bueno, dame vino.» «No, dice, no le daré vino, pero, si quiere, tome té.» «Con ron» —digo—. «No, sin ron.» Yo empecé a hacer tonterías y cosas desvergonzadas. Él está sentado, me mira, pero no me presta ninguna atención; era tan desagradable. Ahora hay jóvenes así, Vera Pavlovna; los jóvenes se hicieron mucho mejores desde entonces, pero entonces eran cosa rara. Me resultó incluso desagradable y empecé a injuriarle: «Si sigue así, como un trozo de madera —y lo insulté— me iré.» «Ahora no tiene por qué irse —dice— tome el té; la dueña traerá enseguida el samovar. Sólo que no injurié.» Y todo el tiempo me decía de «usted». «Mejor que me cuente quién es y cómo le ocurrió eso.» Empecé a contarle lo que había inventado para mí: nos inventamos diferentes historias, y por eso no nos creen. Y en realidad las hay que no se inventaron su historia; entre nosotras hay incluso chicas nobles y cultas. Me escuchó y dice: «No, lo tiene inventado mal; yo quisiera creerle, pero es imposible.» Ya estábamos tomando el té. Entonces dice: «¿Sabe lo que veo por su constitución? A

usted le hace daño la bebida; ya tiene casi afectado el pecho. Deje que la examine.» No me lo creerá. Vera Pavlovna, pero yo sentí vergüenza. ¡Y pensar cómo había vivido y qué desvergonzada había estado antes! Él se dio cuenta. «No, dice, sólo escucharé el pecho.» Entonces estaba solamente en el segundo curso, pero ya sabía mucho de medicina, se adelantaba a las ciencias. Se puso a examinar mi pecho. «Sí, dice, usted no debe beber en absoluto, tiene el pecho malo.» «¿Cómo podemos dejar de beber? —digo—. No podemos vivir sin bebida.» Y de verdad no se puede, Vera Pavlovna. «Entonces deje esa vida.» «¡Ni se me ocurre! ¡Es una vida alegre!» «Pues, dice, poca alegría. Bueno, dice, yo voy a trabajar ahora, y usted váyase.» Y me fui enfadada, porque desperdicié la tarde; y me daba vergüenza que él haya estado tan insensible. También tenemos nuestra ambición en eso. Al cabo de un mes, estuve por casualidad en ésos lugares; pienso: iré a ver a ese trozo de madera, disfrutaré con él. Fue antes de comer; descansé de la noche anterior y no estaba borracha. Él estaba con un libro. «Hola, trozo de madera.» «Hola, ¿qué desea?» Yo empecé a hacer tonterías otra vez. «La echaré, dice, déjelo, ya le dije que no me gustaba eso. Ahora no está borracha, puede comprenderlo. Debería más bien pensar en esto: tiene una cara más enferma que antes, tiene que dejar el vino. Arréglese el vestido, hablaremos como es debido.» Y a mí, en efecto, el pecho empezaba a dolerme. Otra vez me examinó, dijo que estaba más afectada que antes, habló mucho; y el pecho me dolía, me enternecí y me puse a llorar. No tenía ganas de morir, y él me asustaba todo el tiempo con la tuberculosis. Y le digo: «¿Cómo puedo dejar esta vida? La dueña no me deja, le debo diecisiete rublos.» Siempre nos mantienen con deudas, para que estemos indefensas. «Bien, dice, no reuniré diecisiete rublos, pero venga pasado mañana.» Me pareció, tan extraño. No lo dije por eso; ¿cómo podía esperarlo? No creí ni a mis oídos, me puse a llorar más aún, pensé que se estaba burlando de mí: «Es vergonzoso ofender a una muchacha pobre cuando ve que llora»; y durante mucho tiempo no le creí, cuando empezó a asegurarme que no hablaba en broma. ¿Y qué cree usted? Reunió el dinero y me lo entregó al cabo de dos días. Todavía no quise creerlo. «¿Pero cómo, por qué lo hace, si no quiere tener conmigo nada?» Conseguí librarme de la dueña, alquilé una habitación para mí sola. Pero no tenía nada que hacer: tenemos unas cartillas especiales. ¿A dónde voy a ir con esa cartilla? Y no tenía dinero. Así que viví como antes, es decir, no como antes. ¡Cómo se puede comparar, Vera Pavlovna! Ahora recibía solamente a mis conocidos, buenos, los que no me ofendían. Y vino en mi casa no había. Por tanto, ¿cómo se puede comparar? Y, sabe usted, eso ya me resultaba fácil en comparación con lo de antes. Aunque no, a pesar de todo era difícil; lo que le voy a decir: usted pensará que era difícil, porque tenía muchos amigos, cinco; no, hacia todos sentía simpatía, así que eso no me desagradaba. Usted me perdone, que hable así, soy con usted sincera: incluso ahora pienso así. Usted me conoce; ¿acaso no soy formal ahora? ¿Quién oyó decir de mí algo que no fuera bueno? En el taller me ocupo tanto de los niños. Me quieren todos, y las viejas no dirán que no les enseño sólo lo bueno. Sólo con usted soy sincera, Vera Pavlovna,

todavía ahora pienso así: si tienes simpatía, no importa, sólo que no haya engaño; otra cosa es si hay engaño.

Así vivía. Pasaren tres meses, y ya descansé mucho durante ése tiempo, porque mi vida era tranquila, y aunque me hacía reproches por el dinero, no me consideraba ya una mala muchacha.

Sólo que, Vera Pavlovna, Sashenka me visitaba entonces y yo lo visitaba a él. Y de nuevo volví al único tema del que había que hablar. Sólo que él no por eso me visitaba, como los demás, sino sin más, me vigilaba, para que no volviera otra vez a mi debilidad de antes, para que no bebiera vino. Y así fue, los primeros días me apoyó, porque a mí me apetecía el vino. Ante él me daba vergüenza: si viene y ve que había bebido. Y seguro que sin eso no hubiera resistido, porque mis amigos, buena gente, decían: «Mandaré a comprar vino.» Pero como me daba vergüenza ante él, decía yo: «No, de ninguna manera.» En otro caso me hubiera dejado seducir. La sola idea de que el vino me hacía daño, no habría sido suficiente. Luego, al cabo de tres semanas, yo misma me hice firme. El deseo de beber vino pasó, y yo perdí la costumbre de comportarme como una borracha. Todo el tiempo estaba reuniendo el dinero para devolvérselo, y así fue al cabo de dos meses le devolví todo. Se alegró tanto de que se lo devolviera. Al día siguiente me trajo muselina para un vestido; me compró por ese dinero otras cosas. También después de eso estaba igual, se parecía, a, un médico que vigilaba a un enfermo. Y luego, un mes después de que saldara con él las cuentas, estaba también conmigo y dijo: «Ahora, Nastenka, empezó usted a gustarme.» Ciertamente, a causa del vino la cara se estropea, y eso no pudo cambiar enseguida, pero entonces ya había cambiado, el color de la cara se me había puesto suave, los ojos se habían vuelto más claros. Y otra vez, cómo me había desacostumbrado del comportamiento de antes, empecé a hablar discretamente; sabe, mis pensamientos se hicieron pronto discretos, cuando dejé de beber. Pero en las palabras me confundía todavía, a veces olvidaba las cosas, porque me descuidaba como antes; pero para entonces me había acostumbrado ya a portarme y a hablar formalmente. Cuando dijo, eso, que le había empezado a gustar, me alegré tanto que quise echarme a su cuello, pero no me atreví, me detuve. Y él dijo: «Ve, Nastenka, no soy insensible.» Y decía que me había puesto guapa y discreta, y empezó a acariciarme —¿y cómo me acarició?— me cogió la mano, la puso en la suya y empezó a acariciarla con la otra mano; y mira mi mano; y de verdad, mis manos para entonces ya estaban blancas, finas… Pues, cuando cogió mi mano, no me lo creerá usted, me puse colorada: Después: de mi vida, Vera Pavlovna, como una señorita inocente, es terrible, pero así fue. Pero con mi vergüenza —es ridículo decirlo, Vera Pavlovna, con mi vergüenza, pero es cierto— dije a pesar de todo: «¿Cómo se le ocurrió ser cariñoso conmigo, Alexander Matveich?» Y él dijo: «Porque, Nastenka, usted es ahora una muchacha honesta.» Y esas palabras, que me había llamado una muchacha honesta, me alegraron tanto que me puse llena de lágrimas. Y él empezó a decir: «¿Qué le ocurre, Nastenka?» Y me besó. ¿Qué piensa usted? De ese beso me

dio vueltas la cabeza, perdí la memoria. ¿Se puede creer, Vera Pavlovna, que eso pudiera ocurrir después de esa vida mía?

A la mañana siguiente, estoy sentada y lloro. ¿Qué hacer ahora, yo, pobre, cómo viviré? Solamente me queda tirarme al Neva. Siento que no puedo hacer aquello de lo que vivía; mátadme, moriré de hambre, pero no lo haré. Ve, eso quiere decir que hace tiempo sentía amor por él, pero como él no mostraba ningún sentimiento por mí y no tenía ninguna esperanza de que pudiera gustarle, ese amor moría en mí y yo misma no entendía que estaba en mí. Pero ahora se reveló todo. Y está claro que cuando sientes un amor así, no puedes siquiera mirar a alguien que no fuera al que amas. Eso lo siente usted sobre sí misma, que no se puede. Desaparece todo, excepto un hombre. Así estoy sentada y lloro. Qué hacer ahora, no tengo de qué vivir. Y de verdad estaba pensando ya: iré a su casa, lo veré una vez más y luego iré a ahogarme. Así lloré toda la mañana. Sólo que de pronto veo que él entró y se puso a besarme y dice: «¿Nastenka, quieres vivir conmigo?» Yo le dije lo que había pensado. Y empezamos a vivir juntos.

Y eran tiempos felices, Vera Pavlovna; creo que hay pocos que hayan pasado una felicidad así. Él se deleitaba todo el tiempo mirándome. Muchas veces pasó esto: me despierto, y él está con un libro, luego se acerca a mirarme, y así se queda olvidándose de todo, y me mira. Pero ¡qué discreto era él!, Vera Pavlovna; claro, luego ya pude comprenderlo. Empecé a leer, me enteré cómo describían el amor en las novelas, pude juzgarlo. Pero, con toda su discreción, cómo se deleitaba mirándome y que sentimiento es ése cuando un hombre querido se deleita mirándote. Es una alegría tal que no se puede siquiera llegar a entender. Como cuando me besó por primera vez: incluso me dio vueltas la cabeza, me dejé caer sobre sus brazos. Parece qué tiene que ser dulce ése sentimiento, pero no es eso, tampoco es eso. Sabe, la sangre bulle, como con ansiedad, incluso en ese sentimiento dulce hay como un tormento. Así que incluso es penoso, aunque no hace falta decir qué felicidad es ésta, que por un minuto así se pueda, al parecer, sacrificar la vida; y la sacrifican, Vera Pavlovna; eso quiere decir, una gran felicidad, pero no es eso, en absoluto es eso. Es como cuando te quedas soñando, estando sola y simplemente piensas: «Ah, cómo lo quiero». Ya no hay ansiedad ni dolor alguno en esa sensación agradable, lo sientes tan llanamente, con tanta calmé; pues eso es lo mismo, sólo que mil veces más fuerte, cuando un hombre amado te admira. Y lo sientes, tan tranquilamente, no es que el corazón te lata, no, eso ya sería ansiedad, eso no lo sientes, sino que late con más regularidad, agradablemente, y late con tanta suavidad, y el pecho se ensancha, se respira más fácilmente. Esto es, esto es lo más acertado: se respira muy fácilmente. ¡Ah, con qué facilidad! De modo que una hora o dos pasan como un minuto; no, no hay ni minute ni segundo, no desde que te dormiste. ¿Y cómo pasó ese tiempo? No hay tiempo siquiera, es lo mismo si te despiertas o te duermes. Te despiertas, sabes que pasó mucho tiempo desde que te dormiste. ¿Y cómo pasó ese tiempo? Ño era ni un instante. Y es como después de dormir; no es cansancio, ál contrario, es frescura,

animación, como sí uno estuviera descansado; y así es: se descansaba. Dije «se respira con mucha facilidad», eso es lo más cierto. Qué fuerza tiene una mirada, Vera Pavlovna: ninguna otra caricia acaricia tanto ni da tanta ternura como la mirada. Nada de lo que está en el amor, nada es tan tierno como esta ternura.

Y no dejaba de admirarme, no dejaba de hacerlo. ¡Ah, qué placer es ése! Él que no lo haya experimentado, no se lo puede imaginar. Usted lo sabe, Vera Pavlovna.

No se cansa de besarme los ojos, las manos, luego se pone a besarme el pecho, los pies, a mí entera, y no me avergüenzo; y eso que ya entonces era como ahora. Usted sabe, Vera Pavlovna, que me avergüenzo incluso de la mirada de una mujer. Es verdad; nuestras muchachas le dirán qué tímida soy; por eso también vivo en una habitación separada. Y es extrañe, usted no me lo creerá, cuando se deleitaba mirándome y me besaba; no tenía ninguna vergüenza, sólo era agradable y se respiraba con tanta facilidad; ¿por qué es eso, Vera Pavlovna, que me avergüenzo de las muchachas y su mirada no me daba vergüenza? Pienso, si no será porque él ya no me parecía otra persona, sino, como si fuéramos una persona; como si no fuera él quien me miraba, sino yo misma, no es él quien me besa, yo misma me beso, de verdad, asirme parecía por eso no me daba vergüenza. Pero eso lo conoce usted, ño hace falta contárselo. Sólo que cuando empiezas a pensar en eso, no puedes abandonar ese pensamiento. Ahora me voy ya, Vera Pavlovna, no hay de qué hablar más. Sólo quise decir lo bueno que era Sashenka.

XV

Kriukova terminó de contar a Vera Pavlovna su historia otros días. Ella y Kirsanov vivieren juntos aproximadamente dos años. Parecía que los síntomas de la enfermedad incipiente desaparecieron. Pero al final del segundo año, cuando llegó la primavera, la tuberculosis se manifestó de pronto en un estadio fuerte. Vivir con Kirsanov hubiera significado para Kriukova condenarse a una muerte rápida. Renunciando a esa relación, podía todavía esperar que la enfermedad volviera a detenerse por mucho tiempo. Decidieron separarse: Ocuparse de un trabajo sedentario también supondría destruirse. Había que buscar trabajo de ama de llaves, doncella, niñera, algo como esto y con una señora junto a la cual no hubiera obligaciones fatigosas y no hubiera —oso principalmente— problemas: condiciones bastante raras, Pero se encontró un puesto así. Kirsanov tenía amistades entre los actores principiantes; a través de ellos, Kriukova se hizo doncella de una de las actrices del teatro ruso, una, mujer estupenda. Ella y Kirsanov se despedían durante mucho tiempo y no acababan de despedirse. «Mañana me iré a mi puesto»; y un mañana pasaba detrás del otro: lloraban, lloraban y seguían abrazándose. Hasta que la misma actriz, que conocía la razón por la cual entraba a su servicio la doncella; vino a por ella. Se dio cuenta por qué la doncella tardaba en presentarse, y se la llevó para que no prolongara la despedida perjudicial para ella.

Mientras la actriz permanecía en la escena, Kriukova vivía muy bien con ella. La actriz era una mujer educada, Kriukova apreciaba su puesto —otro igual sería difícil encontrar— y como no tenía problemas por parte de la señora, Kriukova le tenía afecto; la actriz, al verlo, se hizo más amable aún. Kriukova vivía muy tranquila, y la enfermedad no se desarrollaba. Pero la actriz se casó, abandonó la escena, se alojó en la familia de su esposo. Aquí, como había oído decir ya antes Vera Pavlovna, el padre del marido de la actriz empezó a molestar a la doncella; la virtud de Kriukova, supongamos, no caía en la tentación, pero empezó una disputa familiar: la antigua actriz empezó a avergonzar al viejo, el viejo empezó a irritarse. Kriukova no quería ser motivo de una discordia familiar, y aun si lo quisiera, ya no tenía una vida tranquila en su antiguo trabajo y lo dejó.

Eso ocurrió dos años y medio después de la separación con Kirsanov. Por aquel entonces dejó de verlo ya por completo. Al principio la visitaba, pero la alegría del encuentro la afectaba tan perjudicialmente que exigió su consentimiento para no visitarla, era para su bien. Kriukova intentó vivir como doncella en dos o tres familias más; pero en todas había tantos sobresaltos y problemas que ya era mejor trabajar de costurera, aunque ése ya era un camine directo hacia un desarrollo rápido de su enfermedad. La enfermedad se hubiera desarrollado igualmente por los problemas. Más valía someterse a ese destino sin disgustos, morir solamente a causa del trabajo. Un año de trabajo de costurera destruyó definitivamente a Kriukova. Cuando entró en el taller de Vera Pavlovna, Lopujov, que era allí el médico de la casa, hacía todo lo

posible para detener el curso de la tuberculosis, es decir, mucho én comparación con aquel pequeño éxito que obtenía; pero el desenlace se acercaba.

Hasta el último momento, Kriukova se encontraba en el engañe corriente en los tuberculosos, imaginando que su enfermedad no se había desarrollado todavía demasiado. Por eso tampoco buscó a Kirsanov para no hacerse daño. Pero ya desde hace uno o dos meses, preguntaba insistentemente a Lopujov, si le quedaba mucho de vida. Ella no dijo por qué necesitaba saberlo, y Lopujov no se consideraba en el derecho de hablarle directamente sobre la inminencia de la crisis, porque no veía en sus preguntas más que el apego normal a la vida. La tranquilizaba. Pero ella, como ordinariamente sucede, no se tranquilizaba, sino que solamente se resistía a realizar lo que podía proporcionarle alegría a su final; ella misma veía que no viviría mucho y esta idea determinaba sus sentimientos: Pero el médico le aseguraba que ella todavía tenía que cuidarse; ella sabía que debía creerle más que así misma, por eso lo obedecía y no buscaba a Kirsanov.

Desde luego, este malentendido no podía ser largo. A medida que se acercaba el desenlace, las preguntas de Kriukova se harían más insistentes; o ella revelaría que tenía una razón particular para conocer la verdad, o Lopujov o Vera Pavlovna se darían cuenta que había una necesidad especial en sus preguntas, y en dos o tres semanas, quizá unos días más tarde, se llegaría de todos modos a lo que llegó un poco antes gracias a la aparición, para Kriukova inesperada, de Kirsanov en el taller. Ahora el malentendido desapareció ño por el curso ulterior de las preguntas, sino por esta circunstancia casual.

—¡Cómo me alegro, cómo me alegro! Todo el tiempo me disponía a ir a verte, Sáshenka —decía con entusiasmo Kriukova, cuando lo llevó a su habitación.

—Sí, Nastenka, yo no me alegro menos que tú: ahora no nos separaremos; vente a vivir conmigo —dijo Kirsanov, arrastrado por el sentimiento de un amor compasivo —, y, al decirlo, enseguida recordó: ¿cómo le dije eso? Ella, probablemente, no se dio cuenta de la cercanía de la crisis.

Pero ella o no comprendió en primer momento ese significado que se desprendía de sus palabras, o lo comprendió, pero no estaba como para prestar atención a ese significado. Y Ja alegría de la renovación, del amor ensordeció en ella el dolor del final cercano. Sea como fuera, ella solamente se alegraba y decía:

—Qué bueno eres, me quieres como antes.

Pero cuando se fue, lloró: sólo ahora, entendió o pudo darse cuenta de, que había entendido el significado de la renovación del amor, que «ahora ya no tengo por qué cuidarte, no te salvaría; al menos te alegrarás». Y en efecto se alegró; él no se separaba de ella ni por un momento, exceptuando las horas que tenía que pasar en el hospital o en la Academia; así vivió aproximadamente un mes, todo el tiempo estaban juntos, y cuántas charlas hubo, charlas sobre todo de lo que había sido durante el tiempo de la separación, y todavía hubo más recuerdes sobre la anterior vida en común; y cuántas alegrías hubo: se paseaban juntos, él alquiló un coche, y todos los

días se paseaban tardes enteras por los alrededores de Petersburgo o se entusiasmaban con ellos. El hombre quiere tanto la naturaleza que se alegra incluso de esta naturaleza de Petersburgo lamentable, desdeñosa, aunque cueste millones y decenas de millones. Leían, jugaban a las cartas, jugaban a la lotería, ella incluso empezó a aprender a jugar al ajedrez, como si tuviera tiempo para terminar, de aprenderlo.

Vera Pavlovna se quedó en casa de ellos varias veces hasta muy tarde después, de que ellos habían vuelto del paseo, y aún más a menudo iba a su casa por las mañanas para distraerla a ella; cuando se quedaba sola; y cuando estaban ambas a solas, el tema de las largas y apasionadas charlas de Kriukova era uno solo: lo bueno y cariñoso que era Sashenka y cómo la quería.

XVI

Pasaron cuatro meses. Las preocupaciones por Kriukova, luego los recuerdos de ella engañaron a Kirsanov: le parecía que ahora estaba inmune frente a los pensamientos sobre Vera Pavlovna. No la rehuía, cuando ella, visitando a Kriukova, se reunía y hablaba con él, y luego, cuando trataba de distraerlo. Mientras estaba triste, en su sentimiento consciente hacia Vera Pavlovna, efectivamente, no había nada, excepto el reconocimiento amistoso por su interés.

—Pero —el lector conoce ya con antelación el significado de este «pero», como siempre sabrá lo que se relatará después de las páginas que lee pero, claro, el sentimiento de Kirsanov hacia Kriukova durante su segunde encuentro no era en absoluto el mismo que el sentimiento de Kriukova hacia él. El amor por ella había pasado hace tiempo en Kirsanov; se quedó solamente la simpatía hacia la mujer a la que había amado alguna vez. El anterior amor por ella era solamente la ansiedad de un joven de amar a alguien, a quien sea. Desde luego, Kriukeva no era una pareja adecuada para él, porque no formaban una pareja por la disparidad existente entre ellos. Cuando dejó de ser un joven, pedía solamente compadecer a Kriukova, no más; podía ser cariñoso con ella solamente por el recuerdo, por la compasión; nada más. Su pesar por ella, de suyo, se suavizó pronto. Cuando el pesar se esfumó, en realidad todavía siempre recordaba que estaba ocupado con ese pesar, y cuando advirtió que ya no tenía pesar, sino que solamente sé acordaba de ella, se encontró en unas relaciones tales con respecto a Vera Pavlovna que se dio cuenta que había caído en una gran desgracia.

Vera Pavlovna trataba de distraerlo, y él se sometía a eso, considerándose seguro, o mejor dicho, sin acordarse de que amaba a Vera Pavlovna, sin acordarse de que, sometiéndose a sus cuidados, iba hacia la desgracia. ¿Pero qué ocurría ahora, dos o tres meses después de que Vera Pavlovna empezara a distraerlo de la tristeza por Kriukova? Nada especial excepto que él pasaba durante todo ese tiempo cada tarde en casa de los Lopujov o acompañaba a alguna parte a Vera Pavlovna; la acompañaba frecuentemente junto con su marido, más frecuentemente él solo. Había sólo eso. Pero eso era más que suficiente también para ella, no solamente para él.

¿Cual era ahora el carácter de Vera Pavlovna? Hasta esta tarde el mismo que antes. Pero ahora son las seis.

Normalmente, a esta hora iba sola a su taller o se quedaba en su habitación y trabajaba sola. Pero ahora, si necesita estar por la tarde en el taller, lo dice la tarde anterior a Kirsanov y él se presenta y la acompaña. Por el camino hacia allá y hacia acá, por otra parte no muy largo, charlan sobre alguna cosa, normalmente sobre el taller: Kirsanov es su ayudante más trabajador por lo que se refiere al taller. Ella está ocupada de la organización y él también tiene mucho trabajo: acaso se recoge de treinta muchachas pocos recados y encargos que puede cumplir, él mejor que nadie. Y entre uno y otro asunto charla con los niños; al mismo tiempo varias muchachas

participan en la conversación sobre todas las cosas del mundo: sobre qué bonitos son los cuentos árabes de «Las mil y una noches», de los que él había contado ya muchos, sobre los elefantes blancos, a los que aprecian tanto en la India, como entre nosotros muchos quieren gatos blancos (la mitad del grupo considera que esto es de mal gusto los elefantes blancos, gatos, caballos—, todos son albinos, una variedad enfermiza, en sus ojos se ve que no tienen una salud tan excelente como los de color; la otra mitad del grupo defiende los gatos blancos). «¿Y no sabe algo más detallado sobre la vida de la misma señora Beecher Stowe, cuya novela todos conocemos por sus relatos?» —dice una de las interlocutoras adultas—; no, Kirsanov no lo sabe ahora, pero se enterará, él mismo lo encuentra interesante, pero mientras tanto puede contar algo sobre Howars, que era casi igual que la señora Beecher Stowe. Así transcurren a ratos los relatos de Kirsanov, a ratos las disputas de Kirsanov con el grupo; cuya mitad infantil es siempre la misma y la mitad adulta cambia constantemente. Pero Vera Pavlovna terminó ya sus asuntos, vuelve con él a casa a tomar el té, y los tres se quedan después del té; ahora Vera Pavlovna y Dmitri Sergueich pasan juntos mucho más tiempo que cuando no estaba aquí Kirsanov. Casi cada tarde que pasan los tres solos, se organiza durante una hora o incluso dos horas una sesión de música: Dmitri Sergueich toca, Vera Pavlovna canta, Kirsanov escucha; a veces Kirsanov toca, entonces Dmitri Sergueich canta junto con su mujer. Pero ahora ocurre a menudo que Vera Pavlovna vuelve con prisa del taller para vestirse para la ópera; ahora van con mucha frecuencia a la ópera, o los tres o solamente Kirsanov con Vera Pavlovna. Además, en casa de los Lopujov empezaron a estar más frecuentemente que antes invitados. Antes, sin contar a la juventud —¿qué clase de invitados son éstos, la juventud?; son solamente los sobrinos venían solamente los Mertsalov; ahora, los Lopujov se hicieron amigos además de dos o tres familias también así de agradables. Los Mertsalov y dos familias más se pusieren de acuerdo en tener cada semana pequeñas ve— ladas con baile; dentro de su círculo suele haber seis parejas, incluso ocho parejas que bailan. Lopujov sin Kirsanov no está casi nunca ni en la ópera ni en casa de las familias conocidas, pero a menudo Kirsanov solo acompaña a Vera Pavlovna en estas salidas. Lopujov dice que quiere quedarse con su bata, en su sofá. Por eso solamente la mitad de las tardes las pasan entre los tres, pero esas tardes transcurren casi invariablemente entre los tres. Es verdad que cuando en casa de los Lopujov no está nadie excepto Kirsanov, el sofá a menudo saca a Lopujov del salón, donde está el piano; el piano está colocado ahora en el salón, no en la habitación de Vera Pavlovna, pero eso salva poco a Dmitri Sergueich: al cabo de un cuarto de hora, con mucho al cabo de media hora, Kirsanov y Vera Pavlovna también dejan el piano y se sientan al lado del sofá. Por otra parte, Vera Pavlovna no se queda por mucho tiempo al lado del sofá; pronto se acomoda semiacostada en el sofá, sin embargo, de modo que a su marido le queda a pesar de todo espacio. El sofá es ancho; es decir, ya no queda mucho espacio, pero ella abraza a su marido con un brazo, por eso a él le resulta de todos modos cómodo.

De esta manera pasaron tres meses, incluso más.

El idilio ahora no está de moda; y a mí mismo no me agrada, es decir, no me agrada personalmente, como no me agradan las fiestas, como no me agradan los espárragos. ¿Acaso hay pocas cosas que no me gustan? A un hombre no le pueden gustar todas las comidas, todas las formas de distracción. Pero yo sé que esas cosas que no son de mi agrada personal, son cosas muy buenas, que son del agrado o serían del agrado de mucha mayor cantidad de personas que aquellas que, como yo, prefieren el ajedrez a las fiestas, las coles fermentadas con aceite de cáñamo a los espárragos, sé incluso que la mayoría que no comparte mi gusto por el ajedrez y le gustaría no compartir mi gusto por las coles fermentadas con aceite de cáñamo, no tiene unos gustos peores que los míos. Y por eso digo: ojalá haya en el mundo la mayor cantidad de fiestas posible y ojalá desaparezcan casi totalmente del mundo y se queden solamente como una rareza antigua para algunos excéntricos como yo las coles fermentadas con aceite de cáñamo.

Exactamente así, sé que para una enorme cantidad de gente que no es en absoluto peor que yo, la felicidad tiene que tener un carácter idílico, y yo exclamo: ojalá domine en la vida sobre todos los demás caracteres de la vida el idilio. Para los poco numerosos excéntricos como yo, a los que no les gusta, habrá otros caracteres de la felicidad; pero la mayoría necesita idilios. Eso de que el idilio no está de moda y por eso la gente lo evita, no es objeción. Lo evitan como la zorra de la fábula evita la uva. Les parece que el idilio es inaccesible, por eso se inventaron: «Que no está de moda».

Sin embargo, es la mayor necedad que el idilio es inaccesible: el idilio no es solamente una buena cosa para todo el mundo, sino también es posible, muy posible; no sería nada difícil proporcionarlo, pero no solamente para una persona o para diez personas, sino para todos. Lo mismo que la ópera italiana es algo imposible para cinco personas, pero es muy posible para todo Petersburgo, pues todos la ven y la oyen; también las «Obras completas de N. V. Gogol. Moscú, 1861» es algo imposible para diez personas, pero para el público entero es muy posible y no caro, como todos saben. Pero mientras no haya ópera italiana para toda la ciudad, solamente algunos, los melómanos especialmente obstinados, se pueden contentar con algunos conciertos, y mientras la segunda parte de «Las almas muertas» no estaba editada para todo el público, sólo algunos, les amantes más obstinados de Gogol, confeccionaban, sin quejarse del esfuerzo, para sí mismos unos ejemplares manuscritos: Un manuscrito no se puede comparar con el libro peor impreso, un concierto es muy malo en comparación con la ópera italiana, pero de todas formas las dos cosas son buenas.

XVII

Si algún extraño viniera a pedirle consejo a Kirsanov con respecto a la situación en la que Kirsanov se veía a sí mismo, cuando volvió en sí, y si Kirsanov fuera totalmente ajeno a todas las personas a las que concernía el asunto, diría al que había venido a pedirle consejo: «Es tarde para arreglar la situación mediante la huida; no sé cómo se desarrollará, pero para usted es igualmente peligroso tanto huir como quedarse, y para aquellos por los que se preocupa, su huida es casi más peligrosa que si se queda».

Está claro que Kirsanov diría esto solamente a una persona como él mismo o como Lopujov, a una persona de carácter fuerte y de una honradez inquebrantable. Con otras personas es inútil reflexionar sobre situaciones parecidas, porque esas otras personas proceden en estos casos invariablemente de un modo bajo y sucio: deshonran a la mujer, se deshonran a sí mismos y luego andan por todos sus conocidos; y gimotean o presumen y disfrutan con su virtud heroica o con su atractivo amoroso. Con gente así, ni a Lopujov ni a Kirsanov les gustaba hablar sobre cómo deben proceder personas de carácter noble. Pero al decir a la persona de su estirpe que huir ahora era casi peor que quedarse: Kirsanov tenía razón. Se entendería así: «Sé cómo te comportarías quedándote: claro está que de un modo que no revelara su sentimiento, porque solamente en este caso no serás un sinvergüenza quedándote. La tarea consiste en no perturbar en lo más mínimo la tranquilidad de la mujer cuya vida marcha bien. Pero que no se perturbe su tranquilidad, eso ya, al parecer, no se puede conseguir. El sentimiento que no está de acuerdo con sus relaciones actuales, ya probablemente —no hay nada probable aquí, simplemente dicho: sin duda alguna — surgió en ella, sólo que ella todavía no lo nota. No se sabe si se revelará pronto o no para ella misma sin señal alguna por tu parte. Parece que tu alejamiento apresurará lo que tú quieres evitar».

Pero Kirsanov no reflexionaba sobre este asunto como una persona ajena, sino como alguien implicado. A él le parecía que alejarse era más difícil que quedarse. El sentimiento lo arrastraba a quedarse; por consiguiente, si se queda, ¿no será igual que conformarse con el sentimiento, engañarse con sus sugestiones? ¿Qué derecho tiene a confiar tan incondicionalmente en que no revelará ni con la palabra ni con la mirada su sentimiento, que no dará una señal? Por eso será más correcto alejarse. Cuando el asunto se refiere a uno mismo, es difícil distinguir hasta qué punto la razón se engaña con los sofismas de la inclinación, porque la honradez dice: procede a pesar de la inclinación, entonces tendrás más posibilidades de preceder noblemente. Eso en la traducción del lenguaje teórico al lenguaje ordinario. Pero la teoría de la que era partidario Kirsanov, consideraba palabras tan grandilocuentes como la nobleza del carácter como palabras de doble sentido, oscuras. Y Kirsanov, según su terminología, se expresaría así: «Todo hombre es egoísta, yo también; ahora se plantea la pregunta: ¿qué es para mí más ventajoso: alejarme o quedarme? Alejándome, reprimo en mí

solamente un sentimiento particular; quedándome, me arriesgo a que se subleve el sentimiento de mi dignidad humana por la estupidez de alguna palabra o mirada sugerida por ese sentimiento particular. El sentimiento particular se puede reprimir y al cabo de algún tiempo se establecerá mi tranquilidad, yo volveré a estar contento con mi vida. Pero si una vez procedo contra mi naturaleza humana, perderé para siempre la posibilidad de la tranquilidad, la posibilidad de estar contento conmigo mismo, envenenaré toda mi vida. Mi situación es así: me gusta el vino y delante de mí está una jarra con un vino muy bueno; pero sospecho que ese vino está envenenado. No puedo saber si mi sospecha está fundada o no. ¿Debo beber de esa jarra o volcarla para que no me seduzca? No debo denominar mi solución ni noble ni siquiera honrada, estas palabras son demasiado grandilocuentes, tengo que llamarla calculadora y sensata: vuelco la jarra. Con esto me privo de cierto placer, me causo cierto desagrado, pero por otra parte me aseguro la salud, es decir, la posibilidad de beber por mucho tiempo el vino del que sé con seguridad que no está envenenado. No procedo tontamente, ésta es toda la alabanza que me corresponde».

XVIII

¿De qué manera alejarse? Su salida anterior, mostrarse ofendido, exponer algún aspecto vulgar de su carácter para utilizarlo, no sirve. Dos veces con lo mismo no te saldrá bien; una segunda historia así solamente aclararía el significado de la primera, lo mostraría como héroe de los tiempos no solamente nuevos, sino también, de los anteriores. Y en general, hay que renunciar a cualquier interrupción rápida de las relaciones. Un alejamiento tal sería más fácil, pero sería llamativo, despertaría la atención, es decir, sería ahora una vulgaridad y una bajeza (según la teoría kirsanoviana del egoísmo sería una estupidez, una falta en el cálculo). Por eso queda solamente una manera, la más inteligente y la más dolorosa: un alejamiento silencioso de una manera lenta e imperceptible, para que ni siquiera se den cuenta de que se aleja. Es algo difícil y muy astuto: desaparecer de la vida de tal modo que no adviertan tu movimiento, cuando te miran atentamente; pero no hay nada que hacer, hay que actuar así. Por otra parte, según la teoría kirsanoviana, esto no es doloroso, sino incluso agradable; cuanto más difícil es la cosa, tanto más te alegras (por el amor propio) de tu fuerza y habilidad si la cumples con éxito.

Y, en efecto, la cumplió con éxito: no traicionó su intención con ninguna palabra dicha o no dicha, con ninguna mirada. Como antes era natural y bromista con Vera Pavlovna, como antes se veía que se sentía agradablemente en su compañía; sólo que empezaron a encontrarse varios obstáculos para estar en casa de los Lopujov con la misma frecuencia que antes, para quedarse allí toda la tarde, como antes. Y de alguna manera resultaba que con más frecuencia que antes, Lopujov le agarraba la mano o incluso la solapa de la levita con las palabras:

«No, amigo, no te escaparás de esta disputa así de pronto», así que Kirsanov tenía que quedarse una parte cada vez mayor del tiempo pasado en casa de los Lopujov junto al sofá de su amigo. Y todo esto se hacía tan gradualmente que en absoluto se notaba cómo evolucionaba la transformación. Los obstáculos aparecían y Kirsanov no solamente no llamaba la atención sobre ellos, sino que, al contrario, se lamentaba (y eso solamente a veces; lamentarse con frecuencia no sería conveniente), que había surgido tal obstáculo; los obstáculos se presentaban siempre tan naturales e inevitables que a menudo los mismos Lopujov lo echaban de casa recordando que había olvidado la promesa de estar ahora en casa, porque querían visitarlo algunos de sus conocidos de los que no había podido desembarazarse… O se olvidó de que si no iba ahora a casa de alguien, ése se ofendería; o se olvidó de que pata el día siguiente le quedaba trabajo para cuatro horas por lo menos: ¿acaso no quiere dormir esta noche? Ya son las diez, ya no debe entretenerse, ya es hora de que se vaya a trabajar. Kirsanov incluso no siempre obedecía estas advertencias: no irá a ver a ese conocido, que se enfade ese señor, o el trabajo no se escapará, todavía hay tiempo, y él terminará la tarde aquí. Y los obstáculos seguían amontonándose, y les trabajos científicos le quitaban a Kirsanov cada vez más ineludiblemente una tarde tras otra —

se echarían a perder, según su opinión (de vez en cuando se expresaba esto de paso), estos trabajos científicos—, y los conocidos también lo abrumaban cada vez más, y cómo lo abrumaban (esto se expresa también de vez en cuando, de paso); ¡es asombroso cómo lo abruman! A él le parece, y los Lopujov lo ven claramente porque es así: él se está haciendo conocido, así que aparece cada vez más gente que lo necesita. Y no debe descuidar el trabajo; en vano empieza a holgazanear, pues en los meses anteriores había aflojado totalmente y por eso le resulta aburrido ponerse a trabajar: «Y es necesario, amigo Alexander». «¡Ya es hora, Alexander Matveich!»

La maniobra era difícil, había que extender esta vuelta completa a la izquierda a lo largo de semanas enteras y avanzar tan lentamente, con tanta regularidad como la manecilla de un reloj: por más atentamente que la mires, no verás como avanza, pero ella furtivamente realiza su trabajo, se aleja de su anterior posición. Por otra parte, qué placer experimentaba Kirsanov, como teórico, al admirar su habilidad en la práctica. Está claro, los egoístas y los materialistas hacen todo, propiamente, sólo para su propia satisfacción; Sí, también Kirsanov pudo, con la mane puesta, en el corazón, decir qué realizaba la óperación para su satisfacción; se alegraba de su habilidad y firmeza.

Así pasó un mes, puede que incluso un poco más y si alguien lo comparara, encontraría que durante ese mes no había disminuido ni un ápice la intimidad con los Lopujqv, pero, sí había disminuido el tiempo pasado en su casa, y durante ese período se había reducido en una mitad la proporción del tiempo pasado con Vera Pavlona. Algún mes más y con toda la constancia de la amistad se verían poco, y el asunto estaría concluido.

Lopujov tiene una vista aguda. ¿Acaso no advierte nada? No, nada.

¿Y Vera Pavlovna? Ni Vera Pavlovna advierte nada. ¿No advierte nada ni dentro de sí misma? Ni dentro de sí misma Vera Pavlovna advierte nada; Vera Pavlovna tiene solamente un sueño.

XIX
EL TERCER SUEÑO DE VERA PAVLOVNA

Y Vera Pavlovna tiene un sueño.

Después del té, después de haber charlado con su querido, entró en su habitación y se acostó —no para dar— mir, es todavía temprano para dormir, que va son solamente las ocho y media, no, todavía no se ha desvestido, se acostó solamente así, para leer. Y así está leyendo en su cama, sólo que deja de mirar el libro y Vera Pavlovna piensa. «¿Por qué últimamente estoy a veces un poco aburrida? ¿O no es aburrimiento? No, no es aburrimiento. Sólo recordé que ahora quería ir a la ópera, pero ese Kirsanov, tan descuidado, fue tarde a buscar las entradas.

Como si no supiera que cantaba la Bozio; es imposible conseguir entradas por des rublos a las once. Desde luego; no se le puede culpar: trabajó hasta las cinco, seguro que hasta las cinco, aunque no lo confesó… pero de todas formas es culpable. No, más vale que en adelante pida a mi querido que compre las entradas para la ópera e iré a la ópera con mi querido: mi querido no hará nunca que me quede sin la entrada, e irá conmigo a gusto, es tan amable, mi querido. ¡Y por culpa de ese Kirsanov se me escapó «Traviata», es terrible! Yo estaría en la ópera todas las tardes, si todas las tardes hubiera alguna ópera, aunque fuera la peor, con la Bozio en el papel principal. Si tuviera una voz como la Bozio, creo que cantaría todo el día. ¿Y si la conociera? ¿Cómo hacerlo? Ese artillero está bien con Tamberlik; ¿no se podría a través de él? No, no se puede, ¡pero que ocurrencia tan ridícula! ¿Para qué conocer a la Bozio? ¿Acaso cantaría para mí? Tiene que cuidar su voz.

¿Y cuándo aprendió la Bozio el ruso? Y qué bien pronuncia. Pero qué palabras tan ridículas. ¿Y de dónde sacó unos versos tan banales? Seguro que estudió con la misma gramática que yo: allí se cita como ejemplos de la colocación de los signos de puntuación. Qué tonto es citar en una gramática unos versos así, y aunque los versos no fueran tan banales; pero para qué pensar en los versos, hay que escuchar cómo canta ella:

> Tiempo de placer
> Busca, Busca;
> Los años juveniles
> Entrega al amor…[4]

¡Qué palabras tan cómicas: «juveniles» y «años» con el acento incorrecto! ¡Pero qué voz y qué sentimiento en ella! Sí, su voz se hizo mucho mejor de lo que fue antes, incomparablemente mejor. ¡Es asombroso! ¿Como pudo mejorar tanto? Yo no

sabía cómo ponerme en contacto con ella y ella misma vino a visitarme. ¿Cómo se había enterado de mi deseo?

—Desde hace tiempo me vienes invitando—, dice la Bozio, y habla en ruso.

— ¿Yo te invitaba, Bozio? ¿Pero, cómo pude invitarte, si no te conozco? Pero me alegre muchísimo de verte.

Vera Pavlovna descorre la cortina para dar la mano a la Bozio, pero la cantante se ríe. Si no es la Bozio, más bien es de Meric en el papel de la gitana en «Rigoletto», pero en" la risa, está solamente la alegría de de Meric, la voz es la de la Bozio, y se va y se esconde detrás de la Cortina. Qué desagradable, esta cortina la esconde a ella. Pero si antes no estaba la cortina, ¿de dónde apareció?

—¿Sabes por qué he venido a verte? —y ríe, como de Meric, pero es la Bozio.

—¿Quién eres? ¿No serás de Meric?

—No.

—¿Eres la Bozio?

La cantante ríe:

—Pronto lo sabrás; pero ahora tenemos que ocupamos del motivo de mi visita. Quiero leer contigo tu diario. —No tengo ningún diario, nunca lo llevé.

—Mira, ¿qué está sobre la mesita?

Vera Pavlovna mira: sobre la mesita, junto a la cama; está un cuaderno con el título: «Diario de V. L.» ¿De dónde apareció este cuaderno? Vera Pavlovna lo coge, le abre, la letra en el cuaderno es suya; ¿cuándo lo escribió?

—Lee la última página —dice la Bozio.

Vera Pavlovna lee: «Otra vez estoy a menudo sola tardes enteras. Pero no es nada: estoy acostumbrada a ello.

—¿Solamente eso? —dice la Bozio.

—Solamente eso.

—No, no lees todo.

—Aquí no está escrito nada más.

—A mí no me engañarás —dice la huésped—, ¿y esto qué es?

Desde detrás de la cortina se alarga una mano. ¡Qué bonita es esa mano! No, esta mano maravillosa no es de la Bozio; ¿y cómo puede alargarse esta mano a través de la cortina sin descorrerla?

La mano de la nueva huésped alcanza la página. Debajo de la mano aparecen nuevas líneas, que no había antes. «Lee», dice la huésped. El corazón de Vera Pavlovna se encoge, todavía no ha mirado esas líneas, no sabe qué está escrito allí; péro su corazón se: encoge. No quiere leer las nuevas líneas.

—Lee —repite la huésped.

Vera Pavlovna lee: «No, sola estoy aburrida ahora. Antes no era aburrido. ¿Por qué antes, estando sola, no me aburría, y por qué me aburro ahora?

—Pasa una hoja atrás —dice la huésped. Vera Pavlovna vuelve la hoja. «El verano de este año». ¿Quién escribe diarios así? —piensa Vera Pavlovna. Se debía

escribir: 1855, junio o julio, o indicar la fecha, pero aquí está: el verano de este año; ¿quién escribe así en un diario? «El verano de este año. Vamos de excursión, como de ordinario, fuera de la ciudad, a las islas; esta vez va con nosotros mi querido; es tan agradable para mí.» Ah, entonces es agosto; ¿qué día? ¿El quince o el doce? Sí, sí, alrededor del quince, es sobre esa excursión después de la cual mi pobre querido se puso enfermo, piensa Vera Pavlovna.

—¿Solamente eso?

—Solamente eso.

—No, no lo lees todo. ¿Y qué es esto? —dice la huésped y otra vez, a través de la cortina cerrada aparece la mano maravillosa, otra vez la página, y otra vez salen en la página nuevas líneas, y otra vez, contra su voluntad, Vera Pavlovna lee las palabras nuevas: «¿Por qué no nos acompaña mi querido más a menudo?»

—Vuelve todavía una hoja —dice la huésped.

«Mi querido está tan ocupado, y todo es para mí, para mí trabaja, mi querido. Esta es la respuesta», con alegría piensa Vera Pavlovna.

—Vuelve otra vez la hoja.

—¡Qué personas tan honradas y nobles son estos estudiantes, y cómo estiman a mi querido! Yo me siento también alegre con ellos; me siento, con ellos como si fueran mis hermanos, sin protocolo alguno.

—¿Solamente eso?

—Solamente eso.

—No, sigue leyendo.

Y otra vez aparece la mano, toca la página, otra, vez salen nuevas líneas, Vera Pavlovna otra vez lee contra su voluntad las nuevas líneas: «16 de agosto», eso es, al día siguiente después de la excursión a las islas, era entonces, precisamente el quince, piensa Vera Pavlovna: «Mi querido habló durante toda la excursión con ese Rajmetov, o, como lo llaman en brema, el rigorista, y con otros compañeros suyos. Conmigo pasó apenas un cuarto de hora», no es verdad, mas de media hora, creo, sí, más de media hora, estoy segura, piensa Vera Pavlovna, además del tiempo que estuvimos juntes en la barca. «17 de agosto. Ayer toda la tarde estuvieren aquí los estudiantes», sí, eso fue la víspera del día en que enfermó mi querido, «mi querido habló toda la tarde con ellos». ¿Por qué les dedica tanto tiempo y tan poco a mí? Es que no trabaja todo el tiempo, él mismo dice que ni mucho menos todo el tiempo, que sin descansar no se puede trabajar, que descansa mucho, piensa en algo, solamente para descansar; ¿por qué piensa solo, por qué no conmigo?

—Vuelve todavía una hoja.

«Julio de este año, y cada, mes de este año antes de la enfermedad de mi querido, y el año pasado lo mismo y antes lo mismo. Hace cinco días estuvieron aquí los estudiantes; ayer también. Yo hacía; con ellos muchas tonterías, era tan alegre todo. Mañana o pasado mañana vendrán de nuevo, de nuevo estaremos alegres».

—¿Solamente eso?

—Solamente eso.

—No, sigue leyendo.

Otra vez aparece la mano, toca la página, otra vez salen debajo de la mano nuevas líneas. Vera Pavlovna otra vez lee contra su voluntad.

«Desde el principio de este año, particularmente desde el final de la primavera. Antes estaba alegre con esos estudiantes, nada más. Pero ahora pienso a menudo: son juegos de niños, me divertirán por mucho tiempo; probablemente cuando sea una vieja, cuando por la edad yo misma no pueda jugar, disfrutaré mirando los juegos de los jóvenes, que recuerdan la infancia. Yo, ahora miro a eses estudiantes, como a mis hermanos pequeños, y no siempre quisiera convertirme en Verochka, cuando quiero descansar de les pensamientos serios y del trabajo. Yo soy Vera Pavlovna; divertirme como Verochka es agradable de vez en cuando, pero no siempre. Vera Pavlovna a veces desea la alegría en la que seguiría siendo Vera Pavlovna. Es la alegría con los iguales en cuanto a la experiencia de la vida.»

—Pasa todavía algunas hojas, atrás.

«Estos días abrí el taller y me fui a casa de Julie para pedir, encargos. Mi querido vine a reunirse allí conmigo. Ella nos invitó a desayunar, ordenó servir el champán, me obligó a tomar des copas. Entre las dos empezamos a cantar, a correr, a gritar, a luchar. Era tan alegre eso. Mi querido nos miraba y reía».

—Acaso sólo eso dice la huésped y otra vez debajo de la mano de la huésped salen nuevas palabras y Vera Pavlovna las lee contra su voluntad.

«Mi querido solamente miraba y reía. ¿Por qué no hacía travesuras con nosotras? Eso hubiera sido aún más alegre. ¿Acaso era incómodo o acaso no sabría participar en nuestro juego? No, no era incómodo y lo sabría. Pero no tiene carácter para eso. El solamente no estorba, él aprueba, se divierte, nada más». —Pasa una hoja adelante.

«Ahora hemos estado, mi querido y yo, por primera vez desde mi matrimonio en casa de mis padres. Me resultó pesado ver esa vida que me oprimía y me asfixiaba antes del matrimonio. ¡Querido mío! ¡De qué vida tan repugnante me liberó! Por la noche tuve un sueño horrible: soñé que mamá me reprochaba la falta de agradecimiento y decía la verdad, pero una verdad terrible, que empecé a gemir. Mi querido oyó esos gemidos y entró en mi habitación, pero yo ya había cantado (todo en sueño), porque había venido mi querida joven hermosa y me había consolado. Mi querido, hacía de mi doncella. Yo tenía tanta vergüenza: Pero era tan divertido, solamente me besó el hombro».

Otra vez, debajo de la mano de la huésped salen nuevas palabras, y Vera Pavlovna las lee contra su voluntad: «E incluso eso es como desagradable».

—Pasa alguna hoja atrás.

«Ahora he esperado a mi amigo D. en el bulevar, junto al puente Novy; allí vive la dama en cuya casa había pensado ser institutriz. Pero ella no estuvo de acuerdo. D. y yo regresamos a casa muy desanimados. Antes de comer, todo et tiempo pensé en mi habitación que era mejor morir que vivir como vía ahora, y, de pronto, durante la

comida, D. dice: Vera Pavlovna, bebamos por la salud de mi novia y de su novio. Yo casi no pude contenerme para no llorar allí mismo, en presencia de todos, por la alegría de una liberación tan inesperada. Después del almuerzo, D. y yo hablamos durante mucho tiempo de cómo viviríamos. ¡Cómo lo quiero!; él me saca del sótano.»

—Léelo todo.

—No hay nada más.

—Mira —otra vez debajo de la mano de la huésped salen nuevas líneas.

—No quiero leer —dice con miedo Vera Pavlovna. Todavía no ha descifrado qué está escrito en esas nuevas líneas, pero ya se siente aterrorizada.

—No puedes dejar de leer cuando te lo ordeno: ¡lee!

«¿Acaso lo amo por el hecho de que me saca del sótano? ¿No lo amo a él mismo, sino amo mi liberación del sótano? —Vuelve otra vez atrás, lee la primera página misma. «El día de mi cumpleaños, hoy, he hablado por primera vez con D. y empecé a quererlo. De nadie todavía he oído decir unas palabras tan nobles, tan consoladoras. Cómo simpatiza con todo lo que necesita simpatía; quiere ayudar a todo lo que necesita ayuda. Cómo está convencido de que, la felicidad de la gente es posible, que tiene que llegar, que el mal y el dolor no son eternos, que viene hacia nosotros rápidamente una vida nueva, luminosa. Cómo se me ensanchaba de alegría el corazón cuando oí estas convicciones de un hombre culto, serio. Con ellas se confirmaba mis pensamientos. Qué bueno ha sido cuando habló sobre nosotras, las pobres mujeres. Cualquier mujer amaría a un hombre como él. ¡Qué inteligente, qué noble, qué bueno!»

—Bien, vuelve otra vez a la última página.

—Pero esa página la leí ya.

—No, esa no era la última. Vuelve otra hoja.

—En esa hoja no hay nada.

—¡Lee! Mira cuánto hay escrito.

Y otra vez, al contacto de la mano de la huésped, salieron las líneas que no habían existido antes.

El corazón de Vera Pavlovna se hiela.

—No quiero leer, no puedo leer.

—Te lo ordeno. Tienes que leerlo.

—No puedo y no quiero.

—Entonces te leeré yo lo que tienes escrito. Escucha: «Es un hombre noble, es mi liberador. Pero la nobleza sugiere respeto, confianza, disposición a actuar conjuntamente, amistad; al liberador se le recompensa con el reconocimiento, con k entrega. Solamente eso. El tiene una naturaleza, a lo mejor, más impetuosa que yo. Cuando bulle su sangre, sus caricias son ardientes. Pero hay otra necesidad, la necesidad de un cariño prolongado, silencioso, la necesidad de dormitar dulcemente en un sentimiento tierno. ¿Lo conoce él? ¿Coinciden nuestras naturalezas, nuestras necesidades? Él está dispuesto a morir por mí, yo estoy dispuesto a morir por él.

¿Pero basta eso? ¿Vive él de los pensamientos sobre mí? ¿Vivo yo de los pensamientos sobre él? ¿Lo amo con ése amor que necesito yo? Antes no conocía esta necesidad de un sentimiento: tierno y silencioso; no, mi sentimiento hacia él no…»

—¡No quiero escuchar más! —Vera Pavlovna tira con indignación el diario—. ¡Despreciable! ¡Malvada! ¿Para qué estás aquí? ¡No te llamé, vete!

La huésped se ríe con una risa buena, silenciosa.

—No, tú no lo quieres; estas palabras están escritas con tu mano.

—¡Te maldigo!

Vera Pavlovna se despierta con esta exclamación y antes de darse cuenta de que había visto solamente un sueño y de que se había despertado, salta ya y corre. —¡Querido mío, abrázame, defiéndeme! ¡He tenido un sueño horrible! —se aprieta contra su marido. ¡Querido mío, acaricíame, sé cariñoso conmigo, defiéndeme!

—¿Verochka, qué te pasa? —el marido la abraza—. Tiemblas toda —el marido la besa—. Tienes lágrimas en las mejillas, tienes el sudor frío en la frente. Has corrido descalza por el suelo frío, mi querida; beso tus piececitos para calentarlos.

—¡Sí, acaricíame, sálvame! He tenido un sueño repugnante, he soñado que no te quiero.

—Querida mía, ¿a quién quieres sino a mí? ¡No, es un sueño ridículo, tonto!

—Sí, te quiero, sólo que acaricíame, bésame; te quiero, quiero quererte.

Abraza fuertemente a su marido, toda se aprieta contra él y, calmada con sus caricias, se duerme tranquilamente, besándolo.

XX

Esa mañana, Dmitri Sergueich no va a llamar a su mujer a que venga a tomar el té. Ella está aquí, apretada contra él; todavía duerme. Él la mira y piensa: ¿Qué le pasa, por qué estuvo asustada, de dónde viene ese sueño?

Quédate aquí, Verochka, traeré aquí el té; no te levantes, pequeña, te serviré, te lavarás sin levantarte.

—No, no me levantaré, me quedaré acostada, estoy tan bien aquí: qué listo eres, querido, cómo te quiero. Ya me he lavado, ahora trae aquí el té; ¡no, antes abrázame! —y Vera Pavlovna se quedó por mucho tiempo abrazándolo—. ¡Ah, querido mío, qué ridícula soy! ¡Cómo vine corriendo aquí! ¿Qué pensará ahora Masha? Sí, esconderemos de ella que me había despertado en tu habitación. Tráeme aquí mi ropa. ¡Acaricíame, querido mío, acaricíame, quiero amarte; necesito amarte! ¡Te amaré como no te he amado todavía!

La habitación de Vera Pavlovna se quedó vacía. Vera Pavlovna ya sin esconderlo de Masha, se instaló en la habitación de su marido. ¿Y a mí se me ocurrió que no te quería? ¡Qué ridícula soy!

—Verochka, ahora te has tranquilizado, querida mía; cuéntame, ¿qué soñaste el otro día?

—¡Ah, tonterías! Sólo soñé lo que te dije ya, que eras poco cariñoso conmigo. Pero ahora estoy bien. ¿Por qué no vivíamos así siempre? Entonces no hubiera tenido ese sueño repugnante, horrible, repugnante; ¡no quiero recordarlo!

—Pero, nosotros sin él no viviríamos como ahora.

Es verdad; le estoy agradecida a esa repugnante; no es repugnante, es buena.

—¿Quién es «ella»? ¿Tienes, además de la chica hermosa de antes, una nueva amiga?

—Sí, una nueva. Vino a verme una mujer, con una vez maravillosa, mucho mejor que la de la Bozio. ¡Y qué manos tenía! ¡Ah, qué belleza tan asombrosa! Vi solamente la mano: ella misma se escondía detrás de la cortina. Soñé que junto a mi cama —por eso también la dejé, porque había soñado eso allí— había una cortina y que la huésped se escondía detrás; ¡pero qué mano tan maravillosa, querido mío! Y ella cantaba sobre el amor y me sugería qué era el amor. Ahora lo entendí, querido mío. Qué tonta he sido, no lo entendía, era una muchacha, una muchacha tonta; ¿no es así?

—Mi querida, ángel mío, todo tiene su tiempo. Eso, como vivíamos antes, es amor; también eso, como vivimos ahora, es amor; unos necesitan un amor, otros necesitan otro. Sí, ahora te has hecho una mujer, amiga mía, y lo que antes no necesitabas, ahora te hace falta.

Pasa una semana, dos semanas. Vera Pavlovna está acostada; en su habitación está ahora solamente cuando su esposo no está en casa o cuando trabaja. Pero no, aún

cuando trabaja, ella está a menudo en su gabinete; cuando advierte que estorba, que el trabajo exige una atención plena, entonces ¿por qué estorbar? Pero tales trabajos hay pocos, la mayor parte incluso de un trabajo científico es mecánica; por eso tres cuartas partes del tiempo él ve a su lado a su mujer, y de cuando en cuando se acarician. Sólo un invento hacía falta: comprar otro sofá, menor que el del marido. Y ahora Vera Pavlovna, después de comer, se acomoda en su sofá pequeño; al lado del sofá está sentado su marido y se deleita mirándola.

—¿Querido mío por qué besas mis manos? Sabes que no me gusta.

—¿Sí? Se me olvidó que te ofendía, seguiré ofendiéndote.

—Querido mío, por segunda vez me liberas: ¡sálvame de la gente mala, sálvame de mí misma! ¡Acarícíame, querido mío, acaríciame!

Pasa un mes. Vera Pavlovna está acomodada después de comer en su sofá blando, pequeño y ancho, en la habitación de ella y de su marido, es decir, en el gabinete de su marido. Él se sentó en el sofá, ella lo abrazó, puso su cabeza sobre el pecho de él, pero se queda pensativa; él la besa, pero no pasa su melancolía, más lágrimas están dispuestas a inundar los ojos.

—¿Verochka, querida, por qué estás pensativa?

Vera Pavlovna llora y calla. No, se secó las lágrimas.

—No, no me acaricies, querido. Basta. Te lo agradezco —y lo mira tan dulce y sinceramente—. Te lo agradezco, eres tan bueno conmigo.

—¿Bueno, Verochka? ¿Eso qué es, por qué?

—Bueno, querido mío, eres bueno.

Pasan dos días. Vera Pavlovna está otra vez disfrutando en la cama después de comer, no, no está disfrutando, solamente está acostada y piensa; y está acostada en su habitación, en su cama. Su marido está al lado, la abrazó, también piensa.

«No, esto, no es eso. En mí no hay eso», piensa Lopujov.

«¡Qué bueno es, qué desagradecida soy!», piensa Vera Pavlovna.

Esto es lo que piensan.

Ella dice:

—Querido mío, vete a tu habitación, trabaja o descansa —y quiere decir y consigue decir estas palabras con un tono sencillo, no desalentador.

—¿Por qué, Verochka, me echas? Estoy también aquí bien —y quiere y consigue decir estas palabras con un torio sencillo, alegre.

—No, vete, querido mío. Haces bastante, para mí. Vete a descansar.

Él la besa y ella olvida sus pensamientos y de nuevo le resulta fácil y dulce respirar.

—Te lo agradezco, querido —dice.

Y Kirsanov es completamente feliz; Esta vez la lucha era, difícil, pero cuánta satisfacción le proporcionaba, y está satisfacción no se irá junto con la lucha, e

inflamará su pecho por mucho tiempo, hasta el final de su vida. Es honrado. Sí. Los acercó uno al otro. Sí, realmente los acercó. Kirsanov está acostado en el sofá, fuma y piensa: «Sé honrado, es decir, calculador, no falles en el cálculo, recuerda la suma, recuerda que es mayor que una parte de ella, es decir, que tu naturaleza humana es más fuerte, más importante para ti que cada aspiración tuya en particular. Prefiere las ventajas de la suma a las ventajas de cada aspiración tuya particular; si se contraponen de alguna manera, hay solamente una cosa, que sencillamente significa: sé honrado y todo será estupendo. Solamente una regla, y qué sencilla, y es todo un resultado de la ciencia, y es todo un código de una vida feliz. Sí, son afortunados les que nacieron con la inclinación a comprender esta regla sencilla. Y yo soy bastante feliz por lo que respecta a esto, desde luego, mucho, probablemente, más que a la naturaleza, lo debo a la formación. Pero, gradualmente, esto se irá desarrollando en una regla ordinaria inculcada a través de toda la educación, a través de todo el curso de la vida. Sí, entonces, a todos les resultará fácil vivir en el mundo, como ahora a mí. Sí, estoy contento. Sin embargo, hay que visitarlos: nc he estado allí desde hace tres semanas. Ya es hora, aunque ya me resulta desagradable. Ya no me atrae nada allí. Pero ya es hora. Iré allí estos días para media hora. ¿O aplazarlo hasta que pase un mes? Es posible.

Sí, el alejamiento se efectuó totalmente, las maniobras terminaron; desaparecí, de la vista y ahora no notarán si no he estado en su casa desde hace tres semanas o tres meses. Y es agradable desde lejos pensar en las personas con fas que procedí honradamente. Estoy descansando en los laureles.»

Y Lopujov, al cabo de dos o tres días, también después de comer, entra en la habitación de su mujer, coge en los brazos a su Verochka, la lleva al sofá de ella, en su gabinete: «Descansa aquí, amigar mía», y se queda contemplándola. Ella se durmió sonriendo; él está sentado y lee. Y ella ya otra vez abrió los ojos y piensa:

«Qué habitación tan vacía: exceptuando lo indispensable, no hay nada. No, también tiene sus caprichos: esta enorme caja de puros, que le regalé el año pasado, todavía está entera, espera su momento. Sí; éste es su único capricho, su único lujo: los puros. No, todavía hay un capricho: la fotografía de ese viejo; ¡qué cara tan noble tiene el viejo, qué mezcla de bondad y perspicacia hay en sus ejes y en toda la expresión de surcara! Cuánto trabajo le costó a Dmitri conseguir esa fotografía. Retratos de Qwen no hay en ninguna parte, no los tiene nadies Escribió tres cartas; dos de los que habían recibido las cartas, no encontraron al viejo, el tercero lo encontró, y cuánto lo atormentó hasta que saliera una fotografía realmente magnífica, y qué feliz era Dmitri cuando la recibió; y la carta del «viejo santo, como lo llama él, «la carta en la que Owen me alaba», según sus palabras. Y otro lujo: mi retrato. Durante medio año reunía dinero para pedírselo a un buen pintor, y cuánto me atormentaban él y ese joven pintor. Des retratos, nada más. ¿Acaso valdría mucho comprar grabados y fotografías como tengo yo? Él no tiene aquí ni flores, de las que en mi habitación hay tantas. ¿Por qué él no necesita flores y yo sí? ¿Acaso es porque

yo soy mujer? ¡Qué disparate! ¿O es porque él es un hombre sabio; serio? Pero Kirsanov tiene grabados y flores, y es también un hombre sabio y serio. ¿Y por qué le resulta aburrido dedicarme mucho tiempo? Yo sé que eso le cuesta mucho esfuerzo. ¿Acaso es porque es un hombre sabio y serio? Pero Kirsanov ¡no, no, es bueno, bueno, hizo por mí todo, está dispuesto a hacer por mí con alegría todo! ¿Quién puede amarme como me ama él? Lo amo y estoy dispuesta a todo por él…».

—¿Verochka, ya no duermes, mi amiga querida? —¿Querido, por qué no tienes flores en tu habitación?

Si quieres, amiga mía, las pondré. Mañana mismo. Simplemente no se me ocurrió pensar que fuera bonito. Y es muy bonito.

—Y te pediré otra cosa más: cómprate fotografías, o mejor, te compraré yo con mi dinero, tanto las flores como las fotografías.

—En ese caso me resultarán realmente agradables. Me gustan en todo caso, pero entonces me resultará más agradable tenerlas. Pero, Verochka, tú estabas pensativa, pensabas en tu sueño. ¿Me permitirás pedirte que me hables más sobre ese sueño, que te asustó tanto?

—Querido, ahora no pensaba en él. Y me resulta tan desagradable recordarlo:

—Pero, Verochka, puede ser que me sea útil conocerlo.

—Como quieras, cariño. Soñé que estaba aburrida porque no había ido a la ópera, que había pensado en ella, en la Bozio; vino a verme una mujer, a la que al principio tomé por la Bozió y que se escondía de mí todo el tiempo. Me obligó a leer mi diario; en él estaba escrito solamente cómo nos amábamos, pero cuándo tocaba con la mano las páginas, aparecían en ellas nuevas palabras que decían que no te amaba.

—Perdóname, amiga mía, lo que té voy a preguntar ahora: ¿lo viste solamente en el sueño?

—Cariño, si no fuera solamente en el sueño, ¿no te lo diría? Te lo dije entonces.

Lo dijo con tanta ternura, con tanta sinceridad, con tanta sencillez, que Lopujov sintió en el pecho una emoción cálida y dulce, que no olvidará en toda su vida aquel al que la suerte permitió experimentarla. ¡Oh, qué lastima que pocos, muy pocos hombres puedan conocer ese sentimiento! Todas las alegrías de un amor feliz no sen nada ante este sentimiento: para siempre llena el corazón del hombre con la satisfacción más pura, con el orgullo más sagrado. En las palabras de Vera Pavlovna, prenunciadas con cierta tristeza, se oyó un reproche; pero el significado del reproche era: «¿Querido mío, acaso no sabes que mereciste mi plena confianza? La mujer tiene que ocultar del marido los movimientos secretos de su corazón: tales son las relaciones mutuas en las que se encuentran. Pero tú, cariño mío, te portaste de tal modo que de ti no hace falta esconder nada, que mi corazón está abierto ante ti como ante mí misma.» Este es un gran mérito en un maride; este gran premio se compra solamente mediante una gran cualidad moral. Y el que lo ha merecido, ése está en el derecho de considerarse un hombre de una nobleza de carácter impecable, ese puede esperar firmemente que su conciencia esté limpia y siempre estará limpia, que el

valor no lo traicionará en nada, que en todas las pruebas, cualesquiera que sean, permanecerá tranquila y firme, que el destino casi no tiene poder sobre la paz de su alma, que desde que ha merecido ese gran honor hasta el último minuto de su vida, sean cuales sean los golpes a los que se exponga, será feliz con la conciencia de su dignidad humana. Ahora conocemos a Lopujov lo suficiente como para ver que no era un hombre sentimental, pero estaba tan conmovido con estas palabras de su mujer que su rostro se enardeció.

—Verochka, amiga mía, me censuraste —su voz temblaba por segunda y por última vez en su vida; por primera vez su voz tembló por la duda en su suposición, que acertó, ahora tembló de alegría—, me censuraste, pero esta censura me es más querida que todas las palabras de amor. ¡Te ofendí con mi pregunta, pero qué feliz soy que mi fea pregunta me dio esta censura! ¡Mira, tengo lágrimas en los ojos, desde la infancia son las primeras lágrimas en mi vida!

Durante toda la tarde no aparta de ella los ojos, y ella no pensó ni una sola vez en toda la tarde que él hacía un esfuerzo para ser cariñoso, y esa tarde era una de las más felices en su vida, al menos hasta entonces. Unos añas después de esto que les estoy contando sobre ella, tendrá muchos días enteros, meses, años así: eso será cuando crezcan sus hijos y los verá como personas dignas de felicidad y felices. Esta alegría es superior a todas las demás alegrías personales; lo que en cualquier otra alegría personal es una elevación instantánea y rara, en ella es el nivel corriente de cada día corriente. Pero eso es para ella todavía el futuro.

XXI

Pero cuando su mujer se durmió, sentada en sus rodillas, cuando la puso en su sofá pequeño, Lopujov empezó a reflexionar insistentemente sobre su sueño. Para él la cuestión no consistía en si lo quería; ese ya es su problema, en el que incluso ella es impotente, y él, como ve, lo es también; eso se aclarará por sí solo, en eso no hay por qué pensar más que en el tiempo de ocio. Pero ahora, no está descansando, ahora tiene que comprender por qué circunstancia apareció en ella el presentimiento de que no lo quería.

No era la primera que se quedó meditando sobre esto; desde hace varios días vio que no mantendría su amor. La pérdida era dura, pero ¿qué hacer? Si pudiera cambiar su carácter, adquiriría esa inclinación a la ternura silenciosa, que exigía su naturaleza; oh, entonces, claro, sería otra cosa. Pero él vio que este intento era inútil. Si la inclinación no está dada por la naturaleza o no la desarrolló la vida independientemente de las intenciones del hombre mismo, ese hombre no puede crearla en sí mismo mediante un esfuerzo de voluntad, y sin la inclinación nada se hace como es debido. Parece que la cuestión sobre él está decidida. En esto se emplearon las anteriores meditaciones. Y ahora, al terminar la suya (como un egoísta, que siempre piensa sobre todo en sí mismo y en los demás solamente cuando ya no tiene en qué pensar sobre sí mismo), pudo empezar la ajena, es decir, la meditación de ella. ¿Qué puede hacer él por ella? Ella todavía no comprende qué pasa en ella, ella todavía no vivió tanto con el corazón como él. Y qué, eso es natural: ella es cuatro años más joven, y al principio de la juventud cuatro años significan mucho. ¿Acaso no puede él, más experimentado, comprender lo que no puede comprender ella? ¿Cómo explicar el sueño?

Pronto apareció en Lopujov una suposición: la causa de sus ideas debe radicar en la circunstancia en que se produjo el suño. En el estímulo para el sueño tiene que encontrarse algún lazo con su contenido. Ella dice que se aburría porque no había ido ak ópera. Lopujov empezó, a examinar la manera de vivir de ella y de él, y poco a poco se aclaró para él todo. La mayor parte del tiempo que le quedaba libre, lo pasaba ella, como él, en la soledad. Luego empezó el cambio: ella estaba constantemente distraída. Ahora vuelve lo anterior. Esta vuelta no la puede aceptar ya con indiferencia: no va con su naturaleza, no iría con la naturaleza de la gran mayoría de la gente. Aquí no hay nada especialmente enigmático. De aquí ya estaba muy cerca la suposición que la clave de todo era su amistad con Kirsanov y luego el alejamiento de Kirsanov. ¿Por qué se alejó Kirsanov? La razón se manifestaba por sí sola: falta de tiempo, cantidad de ocupaciones. Pero no se puede engañar con ningún invento ni astucia al hombre honrado y formado, experimentado en la vida y que de modo porticular sabía utilizar la teoría de la que era partidario Lopujov. Puede engañarse él mismo por descuido, puede dejar de prestar atención al hecho. Así se equivocó Lopujov, cuando Kirsanov se alejó por primera vez. Entonces, a decir la pura verdad,

no tenía ni razón, al parecer, ni ganas de buscar con decisión la causa por la cual se había alejado Kirsanov. Para él era solamente importante considerar si no era él el culpable de la ruptura de la amistad, estaba claro que no, así que no había por qué pensar en ello más; no era un tutor de Kirsanov, no era pedagogo, obligado a encaminar correctamente los pasos de un hombre que no comprendía las cosas peor que él. ¿Y de suyo qué necesidad tenía? ¿Acaso en sus relaciones con Kirsanov había algo especialmente importante para él? Mientras eres bueno y quieres que te quiera, me es agradable; no es así, pues lo siento mucho, y vete a dende quieras; ¿acaso no me da lo mismo? Que haya un tonto más o menos en el mundo, representa, poca diferencia. Tomé a un tonto por un hombre bueno, eso es muy desagradable para mí, pero nada más. Si nuestros intereses no están enlazados con los actos de un hombre, sus actos, de suyo, nos interesan poco, si somos personas serias; excluyendo dos casos que, por otra parte, parecen ser excepciones de la regla solamente a las personas que se acostumbraron a comprender la palabra «interés» en un significado demasiado estrecho del cálculo cotidiano. El primer caso es, si ésos actos son interesantes para nosotros del lado teórico, como unos fenómenos sicológicos que esclarecen la naturaleza del hombre, es decir, si tenemos por ellos un interés intelectual; el segundo caso es, si la suerte del hombre depende de nosotros. En este caso seríamos culpables ante nosotros mismos desatendiendo sus actos, es decir, si nuestro interés en ellos es un interés de conciencia. Pero en las salidas tontas de antaño de Kirsanov no había nada que no conociera Lopujov como un atributo muy habitual de las costumbres de ahora; tampoco era raro que un hombre con convicciones decentes cayera en la vulgaridad proveniente de las costumbres actuales. Y que Lopujov desempeñara un papel importante en la suerte de Kirsanov, esto no sé le pudo imaginar Lopujov: ¿por qué Kirsanov necesita sus cuidados? Por consiguiente: aléjate, amigo mío, de mí a donde estés mejor; ¿qué necesidad tengo yo de pensar en ti? Pero ahora es otra cosa: los actos de Kirsanov resultaban tener una relación importante con los intereses de la mujer a la que Lopujov amaba. No pudo dejar de pensar en ellos atentamente. Y reflexionar atentamente sobre un hecho y comprender sus causas era casi lo mismo para un hombre con la manera de pensar que poseía Lopujov. Lopujov consideraba que su teoría daría unos medios infalibles para el análisis de los movimientos del corazón humano. Y yo, confieso, estoy de acuerdo con él en eso; durante esos largos años que la considero verdadera, no me indujo nunca a error y nunca se negó a indicarme la verdad, por más profundamente que estuviera escondida la verdad de algún problema humano. También es cierto que esta misma teoría no se domina muy fácilmente: hay que tener experiencia de la vida y saber pensar para saber entenderla.

AI cabo de una media hora de reflexiones, a Lopujov le quedaba claro todo en cuanto a las relaciones entre Kirsanov y Vera Pavlovna. Pero se quedó durante mucho tiempo pensando siempre en lo mismo. Ya no había nada qué aclarar en este tema, pero era interesante; el descubrimiento se realizó con un acabado completo de todos

los detalles, pero era tan interesante que no le permitió dormir por mucho tiempo.

Con todo, ¿por qué, de suyo, perturbar sus nervios con, insomnio? Ya, son las tres. Si no se puede dormir, hay que tomar morfina; tomó dos píldoras; «solamente echaré, una mirada a Verochka». Pero, en vez de acercarse y echar una mirada, corrió su sillón hacia su sofá, se sentó, cogió su mano y la besó. «Querido mío, te quedaste trabajando, todo por mí; qué bueno eres, cómo te quiero», dijo a través, del sueño. Contra la morfina en una cantidad suficiente no resiste ningún hundimiento del alma. Esta vez dos píldoras resultaron suficientes, va empieza a vencerlo el sueño. Por consiguiente, el hundimiento del alma se igualaba por su fuerza, según el punto de vista materialista de Lopujov, aproximadamente, a cuatro vasos de café fuerte, contra los cuales, en el caso de Lopujov, una píldora era poco y tres eran mucho. Se durmió sonriendo con esta comparación.

XXII
UNA CONVERSACIÓN TEÓRICA

Al día siguiente, Kirsanov acababa de echarse como un sibarita, con el puro y se disponía a leer para descansar después de su almuerzo tardío al regresar del hospital, cuando entró Lopujov.

—Soy un visitante inoportuno, peor que un tártaro —dijo Lopujov con un torio de broma, pero el tono de broma no le salió del todo logrado—. Perturbó tu tranquilidad, Alexander; pero tiene que ser así, pertúrbate. Necesito hablar contigo seriamente. Quería hacerlo cuanto antes, por la mañana me he quedado dormido. No te hubiera encontrado. Lopujov habló ya sin bromear. «¿Qué significa eso? ¿Acaso lo adivinó?» —pensó Kirsanov—. Hablemos —siguió Lopujov, sentándose—. Mírame a los ojos.

«Sí, habla de *aquello*, no hay ninguna duda.»

—Escucha Dmitri —dijo Kirsanov con un tono aún más serio—, somos amigos. Pero hay cosas que no se deben permitir ni los amigos. Te ruego cortes ésta conversación. No estoy ahora con ánimos para conversaciones serias. No suelo estar nunca con ánimos para eso. —Los ojos de Kirsanov miraron insistente y hostilmente, como si estuviera delante de él el hombre del que sos— pecha que tiene intención de llevar a cabo una maldad. —No se puede dejar de hablar, Alexander —prosiguió Lopujov con una voz tranquila, pero un poco ensordecida—, entendí tus maniobras.

—Cállate. Te prohíbo hablar así, si no quieres tener en mí un enemigo eterno, si no quieres perder mi respeto.

—Una vez no tuviste miedo de perder mi respeto; ¿recuerdas? Ahora está todo claro. Entonces no le presté atención.

—Dmitri, te ruego que te vayas o me voy yo.

—No puedes irte. ¿Supones qué estoy ocupado con tus intereses?

Kirsanov callaba.

—Mi posición es ventajosa. La tuya en la conversación conmigo no lo es. Doy impresión del que realiza una noble hazaña. Pero todo eso es una tontería. No puedo proceder de otra manera empleando el sentido común. Te ruego, Alexander, que dejes tus maniobras. No llevan a ninguna parte.

—¿Cómo? ¿Acaso era ya tarde? Perdóname —pronunció rápidamente Kirsanov —, y él mismo no pudo entender, si lo inquietó la alegría o el disgusto ante esas palabras: «no llevan a ninguna parte».

—No, no me has entendido bien. No era tarde. Hasta ahora no hay nada. Veremos lo que habrá. Pero ahora todavía no se ve nada. Por lo demás, Alexander, no comprendo, de qué estás hablando; y tú exactamente tampoco sabes de qué estoy hablando. No nos comprendemos: ¿no es así? Tampoco tenemos por qué comprendemos; ¿no es verdad? A ti te resultan estás adivinanzas, que no comprendes, desagradables. No las hubo. No dije nada. No tengo nada qué decirte. Dame un

cigarro: olvidé los míos por distracción. Fumaré y empezaremos a razonar sobre problemas científicos. Vine solamente por eso, a ocuparme, ya que no tenía; nada que hacer, con una charla científica. ¿Qué piensas sobre esos extraños experimentos de producir artificialmente la albúmina?

Lopujov acercó a un sillón otro para poner en él sus pies, se sentó más cómodamente, fumaba su puro y proseguía su charla.

—Según mi opinión es un gran descubrimiento, si se verifica. ¿Repetiste los experimentos?

—No, no hace falta.

—Qué feliz eres que tienes a tu disposición un laboratorio decente. Por favor, repítelos, repítelos con más cuidado. Es que la transformación completa de toda la cuestión sobre el alimento, de toda la vida de la humanidad es la producción industrial de la principal sustancia alimenticia directamente a partir de las sustancias inorgánicas. Una gran cosa, equivale al descubrimiento de Newton. ¿Estás de acuerdo?

—Desde luego. Sólo que dudo mucho de la exactitud de los experimentes. Antes o después indudablemente llegaremos a eso; la ciencia va hacia allí. Pero por ahora apenas ha llegado.

—¿Lo crees así? Yo lo creo también. Eso significa que nuestra conversación se terminó. Hasta luego, Alexander. Pero al despedirme, te ruego; que vengas a nuestra casa a menudo, como antes. Hasta luego.

Los ojos de Kirsanov, que todo el tiempo miraban a Lopujov con hostilidad y con insistencia, brillaron de indignación.

—Por lo visto pretendes, Dmitri, que me quede con la opinión de que tienes unos pensamientos bajos.

—No lo pretendo en absoluto. Pero tú tienes que venir a nuestra casa. ¿Qué tiene de particular eso? Somos amigos. ¿Qué hay de particular en mi petición?

—No puedo. Estás tramando algo insensato, y por eso despreciable.

—No entiendo de qué estás hablando, y tengo que decirte que esta conversación no me gusta en absoluto, como no te gustó a ti hace dos minutos.

—Exijo explicaciones, Dmitri.

—No hay por qué. No hay nada, no hay nada que explicar, tampoco hay nada que comprender. Te acaloras por tonterías, nada más.

—No, no puedo dejar que te vayas así. Kirsanov cogió la mano de Lopujov, que quiso marcharse. Siéntate. Empezaste a hablar, cuando no hacía falta. Me exiges Dios sabe qué. Tienes que escucharme.

Lopujov se sentó.

—¿Qué derechos tienes —empezó Kirsanov con una voz más indignada todavía que antes—, qué derecho tienes a exigir de mí lo que para mí es difícil? ¿Qué te debo a ti? ¿Y para qué es eso? Es un disparate. Ocúpate de sacarte de la cabeza das fantasías románticas. Lo que nosotros dos reconocemos como una vida normal, será

cuando se transformen, los conceptos, los hábitos de la sociedad. Esta tiene que reeducarse, así es. Y se reeduca mediante el desarrollo de la vida. El que se reeducó, ayuda a los demás, así es. Pero mientras no se haya reeducado, no se haya transformado por completo, tú no tienes derecho a arriesgar la suerte ajena. Es una cosa horrible. ¿Lo comprendes o te has vuelto loco?

—No, no entiendo nada, Alexander. No sé de qué estás hablando. Te apetece ver algún significado extraordinario en la simple petición de tu amigo que no lo olvides, porque a él le resulta agradable verte en su casa. No entiendo por qué hay que exaltarse así.

—No, Dmitri, en una conversación así no te librarás de mí con bromas. Hay que mostrarte que eres un loco que concibió algo repugnante. ¿Acaso son pocas las cosas que no reconocemos los dos? No reconocemos que una bofetada tiene en sí algo deshonroso, es un prejuicio tonto y un prejuicio perjudicial, nada más. ¿Pero tienes acaso el derecho a condenar a un hombre a que le den una bofetada? Eso sería por tu parte una maldad bajá, le quitarías a ese hombre la tranquilidad en la vida. ¿Lo comprendes, idiota? ¿Entiendes que si yo quiero a ese hombre y tú exiges que le de una bofetada, que, desde mi punto de vista y desde el tuyo, es una necedad, un disparate, entiendes que si exiges esto, te considero un tonto y una persona despreciable, y si me obligas a hacerlo, te mataré a ti o a mí, según qué vida sea menos importante, te matará a ti o a mí? Y no lo haré. ¿Lo comprendes, idiota? Hablo sobre un hombre y una bofetada, que es una necesidad, pero por ahora le queda a ese hombre la tranquilidad en la vida. Además de los hombres hay en el mundo también mujeres que son también personas; además de las bofetadas, hay otras necesidades, según nuestro punto de vista y de verdad lo son, pero que también quitan a la gente la tranquilidad en la vida. ¿Comprendes que someter a alguna persona (también puede ser una mujer) a alguna de esas necedades según nuestro punto de vista, y que lo son de verdad (a cualquiera, da lo mismo), comprendes que someter a alguien a eso es repugnante, despreciable, deshonesto? Escucha, digo que tienes pensamientos deshonestos.

—Amigo, tienes completamente razón en qué es honesto y qué deshonesto. Pero sólo que no sé por qué lo dices, y no entiendo qué relación puede tener conmigo. No te dije absolutamente nada de alguna intención de arriesgar la tranquilidad en la vida de quienquiera que sea, ni de nada parecido. Estás fantaseando y nada más. Te ruego a ti, que eres mi amigo, que no te olvides de mí, porque a mí, como a tu amigo, me es agradable pasar el tiempo contigo, eso es todo. ¿Cumplirás mi petición de amigo?

—Es deshonesta, ya te lo dije. Y yo no hago cosas deshonestas.

—Eso es digno de elogio: que no los hagas. Pero te has exaltado por algunas fantasías y entraste en teorías; por lo visto, tienes ganas de hacer teorías en el aire, sin aplicación alguna a la realidad. Bueno, también empezaré a hacer teorías, también completamente en el aire; te propondré una cuestión que en absoluto tiene relación alguna con nada, excepto el esclarecimiento de una verdad abstracta, sin aplicación

alguna a quien sea. Si alguien, sin que le desagrade, puede proporcionar placer a un hombre, entonces, el cálculo, según mi opinión, exige que se lo proporcione, porque él mismo obtiene de ello placer. ¿No es así?

—Es una tontería, Dmitri, no hablas como es debido.

—Yo no dije nada, Alexander; me estoy ocupando únicamente de cuestiones teóricas. Otra más. Si en alguien surge alguna necesidad, ¿lleva a algo bueno la preocupación por hacer desaparecer en él esa necesidad? ¿Cuál es tu opinión? No: responderías de otro modo que: no, tal preocupación no conduce a nada bueno. Conduce solamente a que la necesidad cobre una dimensión exagerada. Eso es perjudicial, o es una dirección falsa, y eso es tan perjudicial como despreciable, pues, haciéndola desaparecer, hace desaparecer al mismo tiempo también la vida, eso es lamentable.

—No se trata de eso, Dmitri. Plantearé esta cuestión teórica en otra forma: ¿tiene alguien derecho a someter a un hombre al riesgo, si ese hombre está bien incluso sin el riesgo? Llegará un tiempo en que todas las necesidades de la naturaleza de cada hombre serán satisfechas plenamente, eso lo sabemos; pero igualmente sabemos con certeza que este tiempo no ha llegado aún. Ahora un hombre sensato está contento si vive libremente, aunque no se desarrollen todos los aspectos de su naturaleza en la situación en la que vive libremente. Supondré, en el sentido de una hipótesis abstracta, qué existe este hombre sensato. Supondré que este hombre es una mujer; supondré, de nuevo en el sentido de una hipótesis abstracta, que esa situación en la que vive libremente es el matrimonio; supondré que ese hombre está contento con su situación. Y digo: ¿con estos datos, en esta hipótesis abstracta, quién tiene derecho a someterlo al riesgo, de perder lo bueno con lo que está contento, para ver si ese hombre logra obtener algo mejor de lo que puede fácilmente prescindir? La época dorada vendrá, Dmitri, lo sabemos, pero está todavía por delante. La época de hierro está pasando, casi pasó, pero la dorada todavía no ha empezado. Si, según mi hipótesis abstracta, alguna necesidad fuerte de ese hombre —supongamos y solamente a modo de ejemplo, una necesidad de amor —no se satisface por completo o se satisface mal, no diré nada en contra del riesgo que asume él mismo, sino solamente en contra de este riesgo, pero de ninguna manera en contra del riesgo al que fue inducido por algún extraño. Y si ese hombre encuentra a pesar de todo como bueno la satisfacción de su necesidad, ni siquiera él mismo debe arriesgarse. Supondré, en un sentido abstracto, que no quiere correr a riesgo, y digo: tiene razón y es juicioso que no quiera correr el riesgo, y digo; mal e irracional; mente procederá aquel que se ponga a someterlo al riesgo cuando él no desea arriesgarse. ¿Qué puedes objetar contra esta conclusión hipotética? Nada. Entiende que no tienes derecho.

—Yo en tu lugar, Alexander, diría lo mismo que tú. Yo, como tú, hablo solamente en hipótesis, como si tú tuvieras cierto puesto en esta cuestión. Sé que no tiene nada que ver con ninguno de nosotros, hablamos solamente como científicos sobre los aspectos interesantes de las opiniones científicas generales que nos parecen correctas.

De acuerdo con estas opiniones, cada uno juzga cada problema desde su punto de vista, que se determina por su relación personal con ese problema; yo hablo solamente en este sentido y digo que en tu lugar diría exactamente lo mismo que tú. Tú en mi lugar dirías exactamente lo mismo que yo. Desde el punto de vista científico general es una verdad indiscutible. A en lugar de B es B; si en el lugar de B no fuera B, no estaría todavía en el lugar de B, le faltaría todavía algo para estar en el lugar de B; ¿no es así? Consiguientemente, no tienes qué objetar contra esto, lo mismo que yo no tengo nada qué objetar contra tus palabras. Pero yo, siguiendo tu ejemplo; construiré mi propia hipótesis, también abstracta, que no tiene ninguna aplicación a nadie. Primero supongamos que existen tres personas —suposición que no encierra en sí nada imposible—. Supongamos que uno de ellos tiene un secreto que quisiera ocultar tanto del segundo como —eso particularmente—, del tercero; supongamos que el segundo descubre el secreto del primero y le dice: haz lo que te pido o revelaré tu secreto al tercero. ¿Qué piensas sobre este caso?

Kirsanov palideció un poco y durante mucho tiempo se atusaba el bigote.

—Dmitri, te portas conmigo mal —dijo finalmente. —Y me hace mucha falta, portarme contigo bien ¿acaso eres para mí importante? Con todo, no entiendo de qué estás hablando. Hablábamos como un científico con otro científico, ofrecíamos uno al otro diferentes problemas científicos abstractos; al final conseguí presentarte uno que te hizo pensar, con lo que está satisfecha mi vanidad científica. Por eso interrumpo esta conversación teórica. Tengo mucho trabajo, no menos que tú; así que, hasta luego. A propósito, por poco me olvido: ¿entonces, Alexander, cumplirás mi petición de estar en nuestra casa, casa de tus buenos amigos, que siempre se alegrarán de verte, vendrás con la misma frecuencia que en los meses pasados?

Lopujov se levantó.

Kirsanov estaba sentado, examinando sus dedos, como si cada uno de ellos fuera una hipótesis abstracta.

—Te portas mal conmigo, Dmitri. No puedo dejar de cumplir tu petición. Pero, por mi parte, te pongo una condición. Seguiré viniendo a tu casa; pero si no salgo de tu casa solo, estarás obligado a acompañarme a todas partes, y que no tenga que invitarte. ¿Me oyes? Tú mismo, sin que te invite. Sin ti no daré un paso ni a la ópera ni para ir de visita a casa de alguno de los conocidos, a ninguna parte.

—¿No es ofensiva para mí esta condición, Alexander? ¿Acaso eres un ladrón, según mi opinión?

—No he hablado en esté sentido. No té ofenderé de manera que pienses que me puedes considerar un ladrón. Pondría mi cabeza en tus manos sin pensarlo. Confío que tengo derecho a esperar lo mismo de ti. Pero es asunto mío saber lo que yo mismo pienso. Tú limítate a actuar.

—Ahora lo sé también yo. Sí, tú hiciste mucho en ese sentido. Ahora quieres ocuparte de eso con más cuidado todavía. No hay nada que decir, tienes razón. Sí, hay que obligarme. Pero, por más agradecido que esté, amigo mío, esto no dará

resultado. Yo mismo traté de obligarme. También tengo voluntad, como tú; no maniobré peor. Pero lo que se hace por cálculo, por el sentimiento del deber, por el esfuerzo de la voluntad, y no por la inclinación de la naturaleza, sale sin vida. Con este medio se puede solamente matar algo. Eso hacías contigo. Pero hacer algo vivo, no se puede. Lopujov se enterneció con las palabras de Kirsanov: «Pero es asunto mío saber lo que yo pienso.» Te lo agradezco, amigo mío. Y bien, nunca nos hemos besado, a lo mejor, ahora te apetece.

Si Lopujov examinara su actuación como teórico en esa conversación, con satisfacción anotaría: «Mira, con todo es correcta la teoría: el egoísmo mueve al hombre… Lo principal lo silencié. Supondré que ese hombre esta contento con su situación. Es que aquí había que decir: Alexander, tu suposición no es correcta, y yo lo silencié, porque para mí no era ventajoso decirlo. Es agradable al hombre, como teórico, observar las jugadas que hace el egoísmo en la práctica. Renuncias al asunto porque el asunto está perdido para ti, y el egoísmo dirige tus gestos de tal modo que atormentas al hombre que está realizando una hazaña, noble.»

Si Kirsanov examinara su actuación como teórico en esa conversación, con satisfacción anotaría: «Mira, con todo es correcta la teoría; uno mismo tiene ganas de conservar su tranquilidad, quedarse en los laureles, y mientras, digo: no tienes derecho a arriesgar la tranquilidad de la mujer. Y eso (compréndelo tú mismo) significa que, como dije, yo mismo realmente realizaba hazañas nobles para mi propia desolación, por la tranquilidad de una cierta persona y por la tuya, amigo mío; por eso póstrate ante la grandeza de mi alma. Es agradable al hombre, como teórico, observar las jugadas que hace el egoísmo en la práctica. Renunciaba al asunto para no ser un tonto y, un sinvergüenza, y triunfaba; por eso como si hubiera efectuado una hazaña heroica de una nobleza generosa. No cederás a la primera palabra significativa para no volver a violentarte a ti mismo y para no privarte de ese entusiasmo dulce de tu nobleza de carácter, mientras que el egoísmo dirige tus gestes de tal modo que atormentas al hombre que hace esfuerzos en una actuación noble».

Pero ni Lopujov ni Kirsanov tuvieron tiempo para convertirse en teóricos y hacer estas observaciones agradables. La práctica le resultaba a ambos bastante dura.

XXIII

La reanudación de las frecuentes visitas de Kirsanov se explicó muy naturalmente, Durante cinco meses estuvo apartado de sus ocupaciones y se le acumuló mucho trabajo, por eso un mes y medio tuvo que dedicarle sin permitirse un descanso. Ahora acabó el trabajo acumulado y puede disponer más libremente de su tiempo. Esto estaba tan claro que casi no hacía falta explicarlo.

Estaba realmente claro y estupendo y no provocó en Vera Pavlovna pensamiento alguno. Y, por otra parte, Kirsanov desempeñaba su papel con el arte perfecto de antes. Temía que cuando viniera a casa de los Lopujov después de la conversación científica con su amigo, haría un poco el ridículo: o se sonrojaría de emoción, cuando mirara por primera vez a Vera Pavlovna, o rehuiría demasiado visiblemente el mirarla, o algo parecido. No, se quedó y tuvo pleno derecho a quedarse contento consigo mismo al cabo de un minuto de haberse encontrado centella: una agradable sonrisa amistosa del hombre que se alegra al volver a sus viejos amigos, de los que había tenido que apartarse por algún tiempo; la mirada tranquila, la conversación animada y despreocupada del hombre que no tiene en el alma otros pensamientos, excepto los que con seguridad expresa. Si usted fuera la peor chismosa y lo mirara con el mayor deseo de encontrar algo raro, a pesar de todo no vería en él ninguna otra cosa, excepto a un hombre que se alegra mucho que puede pasar la tarde en compañía de buenos conocidos, los que con seguridad expresa. Si usted fuera la peor chismosa y lo mirara con el mayor deseo de encontrar algo raro, a pesar de todo no vería en él ninguna otra cosa, excepto a un hombre que se alegra mucho que puede pasar la tarde en compañía de buenos conocidos, ya que no tiene nada que hacer.

Y si el primer momento pasó tan bien, ¿qué importaba comportarse bien el resto de la tarde? Y si supo pasar la primera tarde, ¿sería acaso difícil pasar todas las tardes siguientes? Ninguna palabra que no fuera totalmente natural y despreocupada, ninguna mirada que no fuera buena y sencilla, directa y amistosa nada más.

Pero si él no se comportaba peor que antes, los ojos que lo miraban estaban dispuestos a registrar muchas cosas que no podría ver ningún otro ojo; no, ningún otro podría anotar algo. El mismo Lopujov, al que María Alexevna reconocía como destinado para meterse de recaudador, se asombraba de la soltura que no traicionó ni por un momento a Kirsanov, y obtenía, como teórico, un gran placer con las observaciones que contra su voluntad despertaron su interés por la magnificencia psicológica de este fenómeno desde el punto de vista científico.

Pero la huésped no había cantado y no había obligado a leer el diario en vano. Los ojos se hacen demasiado agudos, cuando la huésped susurra al oído.

Ni siquiera estos ojos pudieron ver nada, pero la huésped susurraba: acaso no se puede ver aquí esto, aunque aquí no lo hay en absoluto, como yo misma veo pero de todas formas intentaremos ver. Y los ojos examinaban, y aunque no veían nada, pero ya el que los ojos examinaran era suficiente para que los ojos observaran que aquí

hay algo raro.

Por ejemplo, Vera Pavlovna, su marido y Kirsanov se van a una pequeña velada celebrada esta vez en casa de los Mertsalov. ¿Por qué Kirsanov no baila el vals en esta velada sin protocolo, en la que el mismo Lopujov baila el vals? Porque aquí es esto la regla general: si eres un viejo de setenta años, pero te encontraste aquí, ponte a hacer tonterías con los demás; aquí nadie mira a nadie, todos tienen el único pensamiento: más ruido, más movimiento, es decir, más alegría a cada uno y a todos. ¿Por qué Kirsanov no baila el vals? Empezó a bailar. ¿Pero por qué tardó unos minutos en empezar? ¿Acaso mereció la pena pensar durante unos minutos si empezar o no empezar una cosa tan importante? Si no hubiera bailado, el enigma habría quedado revelado ya en una mitad. Si se hubiera puesto a bailar y no hubiera bailado con Vera Pavlovna, el enigma se solucionaría enseguida. Pero él era en su papel un actor demasiado hábil, no tenía ganas de bailar el vals con Vera Pavlovna, pero inmediatamente comprendió que se notaría. Por eso de esa vacilación breve, que no tenía ninguna relación visible ni con Vera Pavlovna ni con nadie en el mundo, quedó en la memoria de ella solamente una pregunta pequeña, la más ligera, que por sí sola permanecería inadvertida incluso para ella; a pesar del susurro de la cantante-huésped, si esa misma huésped no susurrara una cantidad infinita de estas preguntas pequeñas, insignificantes.

¿Por qué, por ejemplo, cuando al regresar de casa de los Mertsalov, se estaban poniendo de acuerdo para ir al día siguiente a la ópera para ver «Los puritanos» y cuando Vera Pavlovna dijo a su marido: «Querido mío, a ti no te gusta esa ópera, te aburrirás, iré con Alexander Matveich; para él cada ópera es un deleite; parece que si tú o yo escribiéramos una ópera, escucharía incluso ésa» —por qué Kirsanov no apoyó la opinión de Vera Pavlovna, no dijo «de verdad, Dmitri, no compraré la entrada para ti», por qué eso? Eso, que su querido va, eso por supuesto, no suscita ninguna pregunta; él acompaña a su mujer a todas partes desde que ella le pidió una vez: «Dedícame más tiempo.» Desde entonces no lo olvidó nunca; así que no es nada extraño que vaya. Eso significa que siempre sigue lo mismo, que es bueno y que hay que amarlo, siempre así. Pero Kirsanov no conoce ésta causa; ¿por qué no, apoyó la opinión de Vera Pavlovna? Desde luego, son tonterías, casi inadvertidas, y Vera Pavlovna casi no las recuerda, pero estos granitos de arena imperceptibles caen y caen sobre la balanza, aunque fueran imperceptibles. Y por ejemplo, esa conversación ya no es un granito, sino un grano grande.

Al día siguiente, cuando iban a la ópera en una carroza (es más barato que dos cocheros), entre otras cosas dijeron algunas palabras sobre los Mertsalov, en cuya casa habían estado la víspera, alabaron su vida armoniosa, apuntando que era algo raro. Eso lo decían, todos. En una ocasión Kirsanov dijo: «Si, con Mertsalov es muy bueno también que su mujer puede abrirle libremente su corazón.» Kirsanov no dijo más, y cada uno de los tres había pensadp decir lo mismo, pero ocurrió que lo dijo Kirsanov. Con todo, ¿por qué lo dijo? ¿Qué significa eso? Si se considera eso desde

un cierto punto de vista, ¿qué será ese? Será una alabanza a Lopujov, será el elogio de la felicidad de Vera Pavlovna con Lopujov. Desde luego, lo podía haber dicho sin pensar absolutamente en nadie, excepto en los Mertsalov; y si se supone que pensó tanto en los Mertsalov como en los Lopujov, entonces eso significa que lo dijo directamente para Vera Pavlovna; ¿con qué objeto le dijo?

Siempre ocurre así. Si apareció en un hombre la disposición para buscar algo, encuentra en todo lo que busca. Aunque no haya ninguna huella, de todos modos ve una huella clara; aunque no haya ni sombra, de todos modos ve no solamente la sombra de lo que le hace falta, sino incluso todo lo que necesita lo ve con los rasgos más indudables; y estos rasgos se hacen cada vez más claros con cada nueva mirada, con cada nuevo pensamiento.

Y aquí, además de esto, realmente había un hecho muy tangible que encerraba en sí una clave muy completa del asunto; está claro que Kirsanov estima a los Lopujov; ¿por qué rompió con ellos durante más de dos años? Está claro que esplín hombre totalmente decente; ¿de qué manera ocurrió entonces que se mostrará un hombre vulgar? Mientras que Vera Pavlovna no tenía necesidad de pensar en eso, no lo hizo, como no lo hizo Lopujov; pero ahora sentía curiosidad por pensarlo.

XXIV

Lenta, inadvertidamente para ella misma, iba madurando en ella este descubrimiento. Se iban amontonando las impresiones ligeras, y casi para olvidarlas, de las palabras y los actos de Kirsanov a los que ninguna otra persona prestaría atención, los que no Veía casi ni ella misma, sino, que solamente suponía, sospechaba. Lentamente aumentaba el atractivo del problema; ¿por qué la rehuía casi tres años? Lentamente se hacía firme el pensamiento: este hombre no pudo alejarse por un amor propio banal, que en él decididamente no hay. Y detrás de todo esto, sin saber por qué lo pensaba, aún más caótica y lentamente se elevaba de la sorda profundidad de la vida a la conciencia la idea: ¿Por qué pienso en él? ¿Qué es para mí?

Y una vez, después de comer Vera Pavlovna estaba en su habitación, cosía y pensaba muy tranquilamente, no pensaba en absoluto en eso, sino en diversas cosas referentes a la casa, al taller, a sus clases, y poco a poco, poco a poco los pensamientos se inclinaban al tema, en el que, sin saber por qué, pensaba cada vez más a menudo. Aparecieron recuerdos, pequeñas preguntas, pocas, crecían, se multiplicaban, y ahora pululaban ya por miles en sus pensamientos, y siguen creciendo, siguen creciendo y se van fundiendo en una pregunta cuya forma se aclara cada vez más: ¿qué me pasa?, ¿qué pienso, qué siento? Y los dedos de Vera Pavlovna se olvidaron de coser, y la costura cayó de unas manos sin fuerzas. Vera Pavlovna palideció un poco, enrojeció, palideció más, el fuego rozó sus mejillas ardientes, un instante, y se quedaron blancas como la nieve, y ya corría con los ojos entornados hada la habitación de su marido. Se echó de rodillas junto a él, lo abrazó febrilmente, puso la cabeza en el pecho de él, para que sostuviera su cabeza, para que escondiera su rostro, con una voz entrecortada dije: «Querido mío, lo amo» —y rompió a llorar.
—¿Qué pasa, querida mía? ¿Por qué hay que angustiarse?

—No quiero ofenderte, cariño, quiero amarte.

—Trata de hacerlo, veremos. Si puedes, estupendo. Cálmate, deja pasar el tiempo y verás lo que puedes y lo que no puedes. Sientes algo muy fuerte por mí; ¿cómo puedes ofenderme?

Él acariciaba su cabello, besaba su cabeza, apretaba su mano. Por mucho tiempo no pudo dejar de sollozar convulsivamente, pero se Calmaba poco a poco. Pero él ya desde hace tiempo estaba preparado para esta confesión, por eso la recibió con sangre fría, y por otra parte ella no pudo ver su cara.

—No quiero verlo, le diré que deje de venir aquí —decía Vera Pavlovna.

—Como tú misma lo resuelvas, amiga mía, como sea mejor para ti, así lo harás. Y cuando te tranquilices, hablaremos. Si nosotros, pase lo que pase, no podemos dejar de ser amigos. Dame la mano; aprieta la mía. Ves qué bien la aprietas. Cada una de estas palabras se decía después de una larga pausa, y las pausas fueron empleadas para acariciar su cabello, para acariciarla a ella como un hermano a su hermana

angustiada. ¿Recuerdas, amiga mía, lo que me dijiste cuando nos hicimos novios? ¡Me estás liberando!» De nuevo silencio y caricias. ¿Recuerdas cómo hablamos por primera vez de qué significaba amar a un hombre? Eso significa alegrarse de lo que es bueno para él, sentir placer cuando se hace todo necesario para que él esté mejor; ¿no es así? De nuevo silencio y caricias. Lo que es mejor para ti, eso me alegra también a mí. Pero *tú* verás lo que será mejor para ti. ¿Para qué angustiarse? Si a ti no te ocurre ninguna desgracia, ¿qué desgracia puede ocurrirme a mí?

Con estas palabras entrecortadas, que se repetían muchas veces con las ligeras variaciones ordinarias en las repeticiones, pasó mucho tiempo, igualmente difícil tanto para Lopujov como para Vera Pavlovna. Pero, calmándose poco a poco, Vera Pavlovna empezó finalmente a respirar más fácilmente. Abrazaba a su esposo muy fuertemente y afirmaba: «Quiero amarte, querido mío, sólo a ti, no quiero amar a nadie, excepto a ti.»

Él no le decía que eso no estaba en su poder. Era necesario dejar pasar el tiempo, para que sus fuerzas se restablecieran tranquilizándose con alguna idea, con la que fuera; era lo mismo. Lopujov tuvo tiempo de escribir y entregar a Masha una nota para Kirsanov en caso de que viniera. «Alexander, no entres todavía y no vuelvas por ahora, no hay y no habrá nada de particular. Solamente hace falta que descanse.» Hace falta que descanse y no hay nada de particular, una buena combinación de palabra. Kirsanov llegó, leyó la nota, dijo a Masha que había venido solamente a por ella y que ahora no tenía tiempo para entrar, necesitaba ir a otro sitio y pasaría por aquí a la vuelta cuando hiciera el encargo indicado en la nota.

La tarde transcurrió, por lo visto, tranquilamente: La mitad del tiempo Vera Pavlovna estaba en silencio sola en su habitación, mandando fuera a su marido, y la mitad del tiempo él estaba a su lado y la calmaba con las mismas pocas palabras; desde luego, no tanto con las palabras como con su voz serena y tranquila. Está claro que no era de lo más alegré, pero tampoco era triste. Tal vez expresaba un poco de melancolía, lo mismo que su rostro. Vera Pavlovna, escuchando esos sonidos, mirando ese rostro, empezó a pensar, no del todo, sino un poco, no un poco, sino casi del todo, a pensar que no pasaba nada serio, que había tomado por una pasión fuerte simplemente un sueño que se desvanecería en unos cuantos días, sin dejar huella. ¿O pensaba que no, que no pensaba eso, que sentía que no era así? No, no era así, no, así, así, cada vez más firmemente pensó que pensaba eso, y ya en efecto piensa del todo eso. ¿Y cómo no pensarlo, escuchando esa voz serena y queda que todo el tiempo dice que no pasa nada serio? Se durmió tranquilamente con esa voz, dormía profundamente y no vio a la huésped y se despertó tarde y, al despertarse, se sintió animada.

XXV

«La mejor distracción de los pensamientos es el trabajo, pensó Vera Pavlovna, y pensó del todo correctamente. Pasaré el día entero en el taller, hasta que me cure. Eso me ayudará.»

Empezó a pasar los días enteros en el taller. El primer día realmente se distrajo de los pensamientos; el segundo solamente se cansó, pero ya se distrajo poco de ellos, el tercero no se distrajo en absoluto. Así pasó una semana.

La lucha era dura. El color del rostro de Vera Pavlovna se hizo pálido. Pero por fuera estaba completamente tranquila, intentaba incluso parecer alegre, y lo lograba incluso casi sin interrupciones. Pero si nadie se daba cuenta de nada y la palidez la atribuía a un ligero malestar, Lopujov no podía pensar y ver eso; y él lo sabía de todas formas, ni siquiera tenía que mirarla.

—Verochka —empezó al cabo de una semana— vivimos cumpliendo la antigua creencia de que el zapatero está sin zapatos y el traje le sienta mal al sastre. Enseñamos a otros vivir según nuestros principios económicos, pero nosotros mismos no pensamos construir según ellos nuestra vida. ¿Y no es cierto que una gran casa es más ventajosa que varias pequeñas? Desearía aplicar esta regla a nuestra casa. Si nosotros empezáramos a vivir con alguien, nosotros y aquellos que empezarían a vivir con nosotros, empezaríamos a ahorrar casi la mitad de nuestros gastos. Yo podría dejar del todo esas clases malditas, que me son antipáticas. Sería suficiente solamente con el sueldo de la fábrica, descansaría y me ocuparía del trabajo científico, reanudaría mi carrera. Sólo hay que coincidir con gente con la que se puede convivir. ¿Qué piensas de ello?

Vera Pavlovna ya desde hace algún tiempo miraba a su marido con los mismos ojos sospechosos, que se encendían de ira, con los que lo habían mirado Kirsanov el día de la conversación teórica. Cuando terminó, su rostro ardía.

—Te ruego interrumpas esta conversación. Está fuera de lugar.

—¿Por qué, Verochka? Hablo solamente sobre las ventajas económicas. Gente no rica, como nosotros, no pueden desdeñarlas. Mi trabajo es duro, una parte de él es repugnante para mí.

—Conmigo no se puede hablar así —Vera Pavlovna se levantó—, no permitiré que hables conmigo con palabras oscuras. ¡Ten el valor de decir lo que querías decir!

—Yo quise decir solamente, Verochka, que tomando en consideración nuestras ventajas, sería bueno para nosotros…

—¡Otra vez! ¡Cállate! ¿Quién te dio derecho a cuidar de mí? ¡Empezaré a odiarte! —Rápidamente salió para su habitación y se encerró.

Esta fue su primera y última discusión.

Hasta avanzada la tarde, Vera Pavlovna se quedó encerrada. Luego fue a la habitación de su esposo.

—Querido mío, te dije palabras demasiado crueles. Pero no te enfades conmigo.

Ves que lucho. En vez de apoyarme, empezaste a colaborar contra aquello que lucho, esperando, sí, esperando salvarte.

—Perdóname, amiga mía, porque empecé tan groseramente. ¿Nos reconciliamos ya? Hablemos.

—Oh, sí, nos reconciliamos, querido. Sólo que no actúes en contra de mí. Me resulta difícil incluso luchar contra mí misma.

—Y en vano, Verochka. Te diste tiempo para examinar tu sentimiento, ves que es más serio de lo que deseabas pensar al principio. ¿Para qué atormentarte?…

—No, cariño, yo quiero amarte y no quiero, no quiero ofenderte.

—Amiga mía, tú deseas mi bien. ¿Acaso piensas que me es agradable o necesario que continúes atormentándote?

—¡Cariño, pero tú me amas tanto!

—Desde luego, Verochka, mucho; ¿por qué hablar de eso? Pero nosotros entendemos qué es el amor. ¿Acaso no está en que te alegras con la alegría, sufres con el sufrimiento de aquel al que amas? Atormentándote tú, me atormentarás a mí.

—Así es, querido; pero tú sufrirás si yo cedo a ese sentimiento, que… ¡Ah, no entiendo por qué nació en mí! ¡Lo maldigo!

—Cómo nació, por qué nado, nos es indiferente, eso ya no se puede cambiar. Ahora queda solamente una elección: o que sufras y yo sufra a través de ello; o que dejes de sufrir y yo también.

—No, querido mío, no sufriré, eso pasará. Verás que pasará.-

—Te agradezco tus esfuerzos. Los aprecio, porque muestran en ti una voluntad de cumplir lo que a ti te parece necesario, pero, para que sepas, Verochka: te parece necesario solamente a ti, no a mí. Yo miro de un lado, veo más claramente que tú tu situación. Sé que eso será inútil. Lucha mientras tengas fuerzas. Pero no pienses en mí, pues me ofenderás. Tú sabes cómo miro esto; sabes que mi opinión sobre esto es inquebrantable, y en realidad es correcta, todo esto lo sabes. ¿Acaso me engañarás? ¿Acaso dejarás de estimarme? Se puede decir más: ¿acaso tu simpatía por mí, al cambiar de carácter, se debilitará? Al contrario, ¿acaso no se reforzará porque no encontraste en mí un enemigo? No tengas pena por mí; mi suerte no será de ninguna manera lamentable porque tú no te privarás por mí de la felicidad. Pero basta. Es difícil hablar de ello y para ti es más difícil todavía escucharlo. Solamente recuerda, Verochka, lo que dije ahora. Perdona, Verochka. Ve a tu habitación a pensar, y mejor a descansar. No pienses en mí, piensa en ti. Únicamente pensando en ti, puedes dejar de causarme también a mí un dolor inútil.

XXVI

Al cabo de dos semanas; mientras Lopujov estaba en su oficina de la fábrica, Vera Pavlovna pasó toda la mañana en una excitación extraordinaria. Se tiraba en la cama, se tapaba el rostro con las manos y al cabo de un cuarto de hora se levantaba de un salto, andaba por el cuarto, se echaba en el sillón. Y otra vez empezaba a andar con unos pasos irregulares, interrumpidos, y volvía a tirarse en la cama, otra vez andaba, y varias veces se acercaba al escritorio, y se quedaba junto a él, y se alejaba. Y. al final, se sentó, escribió algunas palabras, selló la carta, y al cabo de media hora la cogió, la rompió, la quemó. Otra vez corría de un lado para otro, otra vez escribió una carta, otra vez la rompió, la quemó, y otra vez se agitaba. Otra vez escribió una carta, y apresuradamente, apenas la selló, sin permitirse el tiempo para escribir la dirección, rápidamente corrió, con ella a la habitación de su marido. La echó en la mesa y se lanzó hacia su habitación, se dejó caer en el sillón. Estaba sentada sin moverse, tapándose la cara con las manes. Media hora, puede que una hora, y suena el timbre. Es él; corrió al gabinete para coger la carta, romperla y quemarla. ¿Dónde está? No está; ¿dónde está? Apresuradamente buscaba entre los papeles. ¿Dónde está? Pero Masha está ya abriendo la puerta, y Lopujov vio desde el umbral cómo Vera Pavlovna pasó corriendo de su gabinete a la habitación de ella, perturbada, pálida.

No fue a verla, sino fue directamente al gabinete; fría, lentamente revisó la mesa, el sitio junto a la mesa; sí, ya desde hace varios días esperaba algo parecido, una conversación o una carta. Aquí está, la carta, sin dirección pero el sello es de ella. Desde luego, ciertamente ella la buscaba para destruirla o acababa de dejarla. No, la buscaba. Los papeles están desordenados, pero cómo podía haberla encontrado si, al echarla sobre la mesa, estaba en un estado de emoción convulsiva tal que la carta, echada al azar, como un trozo de carbón que quema la mano, se deslizó a través de toda la mesa y se cayó sobre; la ventana detrás de la mesa. Casi no hace falta leerla: el contenido es conocido; sin embargo, es imposible dejar de leerla.

«Querido mío, nunca he estado atada a ti tan fuertemente como ahora. ¡Si pudiera morir por ti! ¡Oh, cómo me alegraría morir, si fueras por eso más feliz! Pero yo no puedo vivir sin él. Te ofendo, querido mío, te mato, amigo mío, no lo deseo. Lo hago contra mi voluntad. Perdóname, perdóname.»

Durante un cuarto de hora, puede que más, Lopujov estaba de pie delante de la mesa, examinando, allí abajo, el antebrazo del sillón. Aunque el golpe estaba previsto, de todas, formas es doloroso; aunque con antelación está pensado y decidido qué y cómo hay que proceder después de una declaración o de una carta así, de todas formas, tan de pronto no reúnes los pensamientos. Pero, al final, se recobró. Fue a la cocina, para ponerse de acuerdo con Masha.

—Masha, usted, por favor, espere antes de servir a la mesa, hasta que se lo diga. Me siento un poco mal, necesito tomar antes de comer un medicamento. Usted no espere, coma sin tener prisa; le dará tiempo hasta que yo pueda comer. Entonces se lo

diré.

De la cocina fue a ver a su mujer. Estaba acostada, escondiendo el rostro en la almohada. A su llegada volvió en sí.

—¡La encontraste, la leíste! ¡Dios mío, qué loca estoy! ¡No es verdad lo que escribí, era una fiebre!

—Desde luego, amiga mía, no hace falta tomar esas palabras en serio, pues estabas demasiado alterada. Estas cosas no se solucionan así. Tendremos mucho tiempo para pensar y hablar sobre esto como sobre un asunto importante para nosotros. Y yo, amiga mía, quiero mientras contarte algo sobre mis cosas. Pude hacer en ellas bastantes transformaciones, todas las que eran necesarias, y estoy muy contento. ¿Pero escuchas? Desde luego, ella misma no sabía si escuchaba o no escuchaba. Podría decir solamente que, sea como sea, escucha o no escucha, pero algo oye, sólo que no tiene ánimos para entender lo que oye; no obstante, a pesar de todo oye y de todas formas entiende que se trata de otra cosa que no tiene ninguna relación con la carta. Y gradualmente empezaba a escuchar, porque se sentía atraída a eso. Los nervios quieren ocuparse de algo, no de la carta. Y aunque durante mucho tiempo no pudo entender, de todas formas se calmaba con el tono frío y satisfecho de la voz de su marido. Luego incluso empezó a entender. Y tú escucha, porque éstas son para mí cosas importantes —sin interrupción continúa su marido después de la pregunta de si escucha—. Sí, unos cambios muy agradables para mí —y lo relata bastante detalladamente—. Ella conoce las tres cuartas partes de ello, no, lo conoce todo; pero es igual: que cuente. ¡Qué bueno es! Y él sigue contando: que las clases lo cansaron ya, y por qué, en qué familia o con qué alumnos lo cansaron, y cómo el trabajo en la oficina de la fábrica no lo cansa, porque es importante, le proporciona influencia sobre el personal de toda la fábrica, y cómo puede hacer algunas cosas allí. Consiguió interesados para enseñar a otros a leer y escribir, les enseñó cómo hacerlo, sacó de la empresa una paga para esos profesores (después de haber demostrado que los trabajadores con eso estropearían menos las máquinas y el trabajo, porque después de eso vendría la disminución de ausencias injustificadas y de ebrios), la paga más insignificante desde luego, y cómo aleja a los obreros de la bebida, y para eso va a menudo a sus tabernas, y no es poco este. Pero lo importante es que firmemente se afianzó en la empresa como un hombre diligente y hábil y gradualmente concentró los asuntos de la fábrica en sus manos. Así que como conclusión del relato y como atractivo principal, para Lopujov resultaba esto: recibió el puesto de ayudante del gerente de la fábrica. El gerente será solamente un título honorífico de uno de los compañeros en la empresa, con un sueldo honorífico, pero dirigirá él; el compañero en la empresa también aceptó el puesto de gerente solamente con esta condición: «yo, dice, no puedo, a dónde voy yo»; «usted, respondí, únicamente ocupe el puesto, para que esté allí una persona honrada, pero no tiene por qué entremeterse en el trabajo; yo lo haré»; «si es así, dijo, entonces es posible y aceptaré el puesto». Pero lo importante no es que tenga poder, sino que

reciba tres mil quinientos rublos de sueldo, casi mil rublos más de lo que recibía antes por todo: por el pesado trabajo literario ocasional, por las clases, por el anterior trabajo en la fábrica. Ahora puede dejar todo, excepto la fábrica, es estupendo. Y lo cuenta durante media hora, y ál final de la charla, Verá Pavlovna puede decir ya que eso es realmente bueno, y ya puede ordenar su pelo e ir a comer.

Y después de comer, Masha recibe ochenta copecs de plata para el cochero, porque se va a cuatro sitios en total a enseñar en todas partes la nota de Lopujov en la que decía que no tengo, señores, ningún compromiso y me alegraré de verlos; y al cabo de algún tiempo aparece el terrible Rajmetov y tras él se reúne poco a poco toda una partida de jóvenes, y empieza una tertulia científica enconada con unos desenmascaramientos desmedidos de cada uno por casi todos los demás de todas las inconsecuencias posibles, y algunos traidores de la discusión elevada ayudan a Vera Pavlovna a pasar de alguna manera la tarde, y hacia la mitad de la tarde se da cuenta de dónde había desaparecido antes Masha. ¡Qué bueno es! Sí, esta vez, Vera Pavlovna se alegraba sin duda con sus jóvenes amigos, aunque no hacía tonterías con ellos, sino que estaba quieta y estaba dispuesta a besar hasta al mismo Rajmetov.

Lo invitados se fueron a las tres de la madrugada, e hicieron bien que se fueran tan tarde. Vera Pavlovna, cansada de la excitación del día, acababa de acostarse, cuando entró su marido.

—Al hablarte sobre la fábrica, amiga mía Verochka, olvidé decirte una cosa sobre mi nuevo puesto. No es, por lo demás, importante y no merecía la pena decírtelo, pero te lo diré de todos modos. Sin embargo, te pido una cosa; tengo sueño, tú también; de modo que si no digo todo sobre la fábrica, hablaremos mañana. Ahora te lo contaré en dos palabras. Verás, cuando acepté el puesto del ayudante del gerente, me reservé la siguiente condición: que pudiera tomar posesión del cargo cuando quisiera, aunque fuera al cabo de un mes, dos meses. Durante cinco años no había visto a mis viejos en Riazan, iré a verlos. Hasta luego, Verochka. No te levantes. Mañana tendrás tiempo. Duerme.

XXVII

Cuando al día siguiente Vera Pavlovna salió de su habitación, su marido y Masha llenaban de cosas dos maletas y todo el tiempo, Masha estaba aquí sin alejarse. Lopujov le daba tantas cosas para envolver, guardar, trasladar, que a dónde, podía ir Masha. «Vercohka, ayúdanos también tú.» Incluso el té lo tomaron aquí los tres, recogiendo y guardando cosas. En el mismo momento en que Vera Pavlovna empezaba a recobrarse, su marido dice: «Las diez y media; ya es hora de ir a la estación.»

—Querido mío, iré contigo.

—Amiga mía Verochka, estaré sujetando dos maletas, no habrá sitió para sentarse. Siéntate con Masha.

—No digo eso. A Riazan.

—Si es así, Masha irá con las maletas y nosotros, nos sentaremos juntos.

En la calle no se enternece uno demasiado con la conversación. Y encima hay tanto ruido de la calle. Lopujov no oye muchas cosas, a muchas contesta de modo que no se oye, y a ratos no contesta en absoluto.

—Voy contigo a Riazan —afirma Vera Pavlovna.

—Pero si no tienes preparadas las cosas; ¿cómo puedes ir? Si quieres, prepárate. Haz como te parezca. Sólo que te pediría una cosa: espera mi carta. Llegará, mañana mismo. La escribiré y mandaré desde algún lugar por el camino. Mañana da recibirás; espera, te lo ruego.

Cómo lo abraza en el andén del ferrocarril, con qué lágrimas lo besa, mientras él se sube al vagón. Y él sigue charlando sobre sus cosas en la fábrica, qué bien van; también charla sobre cómo se alegrarán sus viejos al verlo, sobre qué tonto es todo en el mundo, excepto la salud, y ella tiene que cuidar su salud, y en el mismo momento de la despedida, ya desde detrás de la barandilla dijo:

—Ayer escribiste que todavía nunca habías estado tan ligada a mí como ahora; es verdad, mi querida Verochka. Yo también estoy ligado a ti no menos que tú a mí. Y la simpatía hacia un hombre es desearle felicidad, eso lo sabemos firmemente. Y no hay felicidad sin libertad. Tú no quisieras limitarme, yo a ti tampoco. Y si empezaras a sentirte limitada por mí, me disgustarías. Así que no lo hagas, que acontezca lo que sea mejor para ti. Luego veremos. Escribe cuándo puedo regresar. Hasta la vista, el segundo silbato, ya es hora. Hasta la vista.

XXVIII

Eso fue a finales de abril. A mediados de junio Lopujov regresó; se quedó unas tres semanas en Petersburgo, luego se fue a Moscú, por asuntos de la fábrica, según dijo. El 9 de julio se marchó y el 11 de julio ocurrió el desconcierto en el hotel junto a la estación del Ferrocarril de Moscú, ya que no se levantaba el Huésped; y dos horas después la escena en la casa de campo en la isla Kámenny. Ahora el lector perspicaz ya no se equivocará al adivinar quién se había disparado. «Hace tiempo vi que había sido Lopujov» —dice el lector perspicaz, entusiasmado por su inteligencia. ¿Entonces a dónde desapareció y cómo apareció su gorra con el agujero de la bala en el borde? «No hace falta, todo eso son sus maniobras. Él mismo se encontró como en otra vida, astuto» —se hace el interesante el lector perspicaz. Bueno, vete con Dios como lo sabes, a ti no se te puede convencer de nada.

XXIX
UN HOMBRE ESPECIAL

Tres horas después de que se fuera Kirsanov, Vera Pavlovna se recobró y uno de sus primeros pensamientos fue: no sé puede dejar así el taller. Sí, aunque a Vera Pavlovna le gustaba demostrar que el taller marchaba por sí mismo, en realidad sabía que se engañaba solamente con esa idea, que en realidad el taller necesitaba una, directora; en caso contrarío se derrumbaría todo. Por otra parte, ahora ya se había regulado todo mucho, y se podía tener poco trabajo con su dirección. Martsalova tenía dos hijos; pero una hora o una hora y media al día, y eso no cada día, le puede dedicar. Ella, seguramente, no se negará, si ya ahora trabaja mucho en el taller. Vera Pavlovna empezó a recoger sus cosas para venderlas y mandó a Masha primero a casa de Mertsalov para pedirle que viniera, luego a buscar a una comerciante en ropa vieja y otras cosas que le venían bien a Raquel (una de las judías más hábiles y una buena conocida de Vera Pavlovna, con la que Raquel era indudablemente honrada, como casi todos, los pequeños comerciantes judíos con todas las personas decentes). Raquel y Masha tuvieron que ir a la casa en la ciudad, recoger los vestidos y las cosas que se habían quedado allí, por el camino ir al peletero al que habían dejado durante el verano los abrigos de piel de Vera Pavlovna, luego volver con todo ese mentón a la casa de campo, para que Raquel valorara bien y comprara todo junto.

Cuando Masha salía de la puerta la encontró Rajmetov, que merodeaba alrededor de la casa ya desde hace media hora.

—¿Usted se va, Masha? ¿Para mucho tiempo?

—Sí, seguramente volveré tarde. Tengo mucho trabajo.

—¿Vera Pavlovna se quedará sola?

—Sí.

—Entonces entraré, me quedaré en vez de usted, a lo mejor me necesitan.

—Por favor, hágalo; tenía miedo por ella. Y se me olvidó, señor Rajmetov: llamé a alguien de los vecinos; están allí la cocinera y la niñera, mis amigas, para servir la comida; ella no ha comido todavía.

—Está bien, yo tampoco he comido, comeremos solos. ¿Pero usted ha comido?

—Sí, Vera Pavlovna no me dejaba salir sin comer.

—Eso está bien. Creí que también de eso se olvidarían por pensar sólo en sí mismos.

Además de Masha y otros que la igualaban o superaban en la sencillez de alma y del vestir, todos temían un poco a Rajmetov. También Lopujov y Kirsanov y todos los que no temían a nadie y nada, sentían ante él a veces cierta cobardía. Él se mantenía a mucha distancia de Vera Pavlovna; ella lo encontraba muy aburrido, él nunca se unía a su compañía. Pero él era el favorito de Masha, aunque era menos amable y hablador con ella que los demás visitantes.

—He venido sin invitación, Vera Pavlovna —empezó—, pero vi a Alexander Matveich y lo sé todo. Por eso pensé que, a lo mejor, mis servicios le podrían venir bien, y me quedaré toda la tarde.

Sus servicios podrían venir bien, si quisiera, ahora mismo, para ayudar a Vera Pavlovna en la selección de las cosas. Cualquier otro, en lugar de Rajmetov sería invitado en ese mismo instante, y él mismo se ofrecería a ocuparse de eso. Pero él no se ofreció y no fue invitado; Vera Pavlovna solamente le estrechó la mano y con un sentimiento sincero le dijo que le agradecía mucho su atención.

—Estaré en el gabinete —contestó—. Si necesita algo, llámeme; y si viene alguien, abriré la puerta. Usted no se moleste.

Con estas palabras se fue muy tranquilo al gabinete, sacó del bolsillo un gran trozo de jamón, una rebanada de pan negro, en total eso representaba unas cuatro libras, se sentó, se lo comió todo, tratando de masticar bien, se bebió media garrafa de agua, luego se acercó a los estantes con los libros y empezó a examinar qué escoger para la lectura: «conocido…», «no original…», «no original…», «no original…», «no original…». Eso «no original» se refería a libres como Macaulay, Guizot, Tiers, Ranke, Gervinus. «Y esto es bueno que lo encontré.» Dijo después de leer en los lomos de varios tomos gruesos. «Obras completas de Newton»; apresuradamente empezó a seleccionar los tomos, al final encontró lo que buscaba y con una sonrisa de agrado pronunció: «Esto es, esto es», *Observations on the Prophetics of Daniel and the Apocalypse of St. John*, es decir, «Observaciones sobre las profecías de Daniel y el Apocalipsis de san Juan». «Sí, este aspecto de mis conocimientos quedaba hasta ahora sin una base sólida. Newton escribió este comentario en su vejez, cuando con una mitad estaba en su sano juicio, y con la otra mitad loco. La fuente clásica con respecto a la cuestión sobre la mezcla de locura y cordura. Es una cuestión universal e histórica; está mezcla se encuentra en todos los acontecimientos sin acepción, casi en todos los libros, casi en todas cabezas. Pero aquí debe de estar en una forma ejemplar. Primero, el cerebro más genial y cuerdo de todos los cerebros conocidos por nosotros; segundo, la locura añadida a él es una locura indiscutible; reconocida. Así, el libro es fundamental en su género: Los rasgos más delicados de un fenómeno general tienen qué manifestarse aquí más tangiblemente que en cualquier otro sitio, y nadie puede dudar de qué éstos sean precisamente los rasgos de aquel fenómeno al que pertenecen los rasgos de la mezcla de la locura y de la cordura. El libro es digno de estudio.» Con un placer obstinado se puso a leer el libro que en los últimos cien años probablemente nadie había leído, excepto sus correctores. Leerlo para cualquiera que fuera, excepto para Rajmetov, es lo mismo que comer arena o serrín. Pero a él le gustó.

Gente como Rajmetov hay poca. Hasta ahora he encontrado solamente ocho ejemplares de éste espécimen (entre ellos dos mujeres); no se asemejan en nada, exceptuando en un rasgo. Entre ellos había personas blandas y personas rudas, personas sombrías y personas alegres, personas diligentes y personas flemáticas,

personas lacrimosas (uno con una cara ruda, sarcástico hasta el descaro; otro con una cara tiesa, silencioso e indiferente a todo; ambos lloraron en mi presencia varias veces como mujeres histéricas, y no era a causa de sus problemas, sino en medio de urna conversación sobre diversas cosas; a solas, estoy convencido, lloraban a menudo) y personas que no dejaban de estar contentos por nada. Parecido no había en nada, excepto un rasgo que ya los unía en una sola especie y los separaba de todas las demás personas. De aquellos con los que tenía familiaridad, me reía cuando estaba con ellos a solas; se enfadaran o no se enfadaran, se reían también de sí mismos. Y efectivamente poseían muchas cosas divertidas, todo lo fundamental en ellos era divertido, todo lo que hacía de ellos personas de una especie peculiar. Me gusta reírme de gente, de este tipo. De entre ellos, aquel al que encontré, en el círculo de Lopujov y Kirsanov y del que contaré aquí, sirve como una prueba viva de que hace falta una cierta reserva frente a les razonamientos de Lopujov y Álexei Petrovkh sobre las características del suelo en el segundo sueño de Vera Pavlovna. Era necesaria la reserva de que sea cual fuera la tierra, de todas formas se puede encontrar en ella diminutos trozos en los que pueden crecer espigas sanas. La genealogía de los personajes principales de mi narración, de Vera Pavlovna, de Kirsanov y de Lopujov, no se remonta más allá, a decir verdad, de los abuelos y las abuelas, y tal vez con grandes esfuerzos… se puede añadir alguna bisabuela (al bisabuelo hay que cubrirlo inevitablemente con una nube de olvido; se sabe solamente que era marido de la bisabuela y que se llamaba Kiril, ya que el abuelo era Guerasim Kirilych). Rajmetov era de una familia conocida desde el siglo XIII, es decir, una de las más antiguas no solamente entre nosotros, sino en toda Europa. Entre los tártaros, jefes de cuerpos, descuartizados en Tver junto son su ejército, según las palabras de las crónicas, al parecer, por la intención de convertir el pueblo al islam (intención que seguramente no habían tenido; en realidad simplemente por la opresión), se encontraba Rajmet. Al pequeño hijo de ese Rajmet con su mujer rusa, sobrina del mayordomo de Rver, es decir, oberhofmarschall y feldmarschall, que había raptado Rajmet por la fuerza, lo perdonaron por su madre y lo bautizaron de Latif a Mijail. De este Latif-Mijail Rajmetovich provenían los Rajmetov. En Tver eran boyardos, en Moscú bajaron de rango, en Petersburgo, en el siglo pasado eran generales en jefe. Desde luego que no todos: la familia se ramificó y era muy numerosa, de modo que los títulos de general en jefe no bastarían para todos. El tatarabuelo de nuestro Rajmetov era amigo de Ivan Ivanovich Shuvalov, que lo resta amistad con Minij. El bisabuelo era compañero de Rumiantsev, llegó a ser general en jefe, y lo mataron en Novi. El abuelo acompañó a Alejandro a Tilsit y hubiera llegado más lejos que todos los demás, pero pronto perdió la carrera por su amistad con Speranski. El padre sirvió sin pena ni gloria, a los cuarenta se jubiló como teniente general y se instaló en una de sus propiedades esparcidas por el curso superior del río Medveditsa. Sin embargo, las propiedades no eran muy grandes, no más de unas dos mil quinientas almas. A causa del ocio del campo aparecieron muchos hijos, ocho. Nuestro Rajmetov era el penúltimo; más

joven que él era una hermana; por eso nuestro Rajmetov era un hombre con una herencia pequeña: recibió alrededor de 400 almas y 7000 desiatinas de tierra. No se sabía cómo había dispuesto con las almas y con 5500 desiatinas de tierra, tampoco se sabía que se había quedado con 1500 desiatinas, ni siquiera se sabía que era terrateniente y que, arrendando la parte de la tierra que se había dejado, tenía a pesar de todo todavía unos tres mil rublos de renta. Mientras vivía entre nosotros, esto no lo sabía nadie. De eso nos enteramos después. Entonces suponíamos, por supuesto, que pertenecía a la familia de aquellos Rajmetov entre los cuales había muchos terratenientes ricos, que, todos los miembros de la familia juntos, poseían hasta setenta y cinco mil almas en los cursos superiores del Medvedirsa, y de Jopra, del Sura y del Tsna, que invariablemente eran representantes de distritos de aquellos lugares, y si no éste, entonces aquél, siempre eran representantes de provincia en una u otra de las tres provincias a través de las cuales pasan sus ríos serviles. Sabíamos qué nuestro conocido Rajmetov gastaba al año unos cuatrocientos rublos. Para un estudiante, eso era entonces bastante; pero para un terrateniente de los Rajmetov ya demasiado poco. Puesto que cada uno de nosotros, se ocupaba poco de informaciones de esta clase, supusimos sin más averiguaciones que nuestro Rajmetov procedía de alguna rama marchita y empobrecida de les Rajmetov, hijo de algún consejero de la cámara de Estado que había dejado a Sus hijos un pequeño capital. En realidad no había por qué interesarse por estas cosas.

Ahora tenía veintidós años, estudiante era desde los dieciséis; pero abandonó la Universidad durante casi dos años. Salió del segundo curso, se marchó a su propiedad, arregló las cosas, venciendo la resistencia de su tutor, mereciendo el anatema de sus hermanos y consiguiendo que los marides de sus hermanas prohibieran éstas pronunciar su nombre; luego vagó por Rusia de diferentes modos, tanto por tierra como por agua, y en los dos casos de una forma ordinaria y extraordinaria. Por ejemplo, a pie, en los barcos de vela, en las barcas, tuvo muchas aventuras que se causaba él mismo; entre otras, llevó a des personas a la Universidad de Kazan, a cinco a la Universidad de Moscú, ésos eran sus becarios, pero a Petersburgo, donde quería vivir él mismo, no trajo a nadie. Por eso nadie de nosotros sabía que tenía no cuatrocientos, sino tres mil rublos de renta. Eso se supo solamente después, pero entonces vimos que había desaparecido por mucho tiempo, y des años antes de que estuviera sentado en el gabinete de Kirsanov con el comentario al Apocalipsis hecho por Newton, volvió a Petersburgo, ingresó en la facultad de filología —antes estaba en la de ciencias naturales— y nada más.

Pero si ninguno de los conocidos de Rajmetov en Petersburgo conocía sus relaciones familiares y financieras, todos los que lo conocían, lo conocían bajo dos apodos. Uno de ellos apareció ya en esta narración, «rigorista»; éste lo aceptaba con su sonrisa ligera, ordinaria, de una satisfacción sombría. Pero cuando lo llamaban Nikitushka o Ldmov, o con el apodo completo Nikitushka Lomov, sonreía amplia y dulcemente y tenía para eso un fundamento justo, ya que no lo había recibido de la

naturaleza, sino que había conseguido con su firmeza de voluntad llevar este nombre célebre entre millones de personas. Pero resuena su fama solamente, en la franja de cien vistas de ancho que pasa por ocho provincias; a los lectores del resto de Rusia hay que explicarles qué nombre es. Nikitushka Lomov, sirgador, que andaba por el Volga hace doce o quince años, era un gigante de una fuerza hercúlea. Quince vershóks de estatura; era tan ancho de pecho y de hombros que pesaba quince puds, aunque era un hombre solamente robusto, pero no gordo. Para saber la fuerza que tenía, basta decir que recibía la paga de cuatro personas. Cuando el barco arribaba a la ciudad y él iba al mercado, o como se decía en el Volga, al bazar, por las callejuelas lejanas se oían gritos de los chavales:

«¡Nikitushka Lomov ha llegado, Nikitushka Lomov ha llegado!», —y todos salían corriendo a la calle que iba desde el embarcadero hasta, el bazar, y una muchedumbre se agolpaba detrás de su héroe.

Cuando Rajmetov llegó a Petersburgo a los dieciséis años, era en este aspecto un muchacho corriente de una estatura bastante alta, bastante robusto pero ni mucho menos notable por su fuerza; de cada diez muchachos de su edad dos se las arreglarían con él. Pero a los dieciséis años y medio se le ocurrió que necesitaba adquirir una plenitud física y empezó a trabajar consigo mismo. Empezó a ocuparse de la gimnasia con mucho tesón. Eso es bueno, pero la gimnasia, meramente perfecciona el material, hay que almacenar el material. Así que durante el doble de tiempo de lo que le ocupaba la gimnasia, es decir, varias horas al día, se hace un obrero ocasional realizando trabajos que requieren fuerza: llevaba agua, arrastraba leña, partía leña, aserraba troncos, tallaba piedras, cavaba la tierra, forjaba hierro; pasó por muchos trabajos y los cambiaba a menudo, porque de cada trabajo nuevo, con cada cambio recibe un desarrollo; nuevo algún músculo. Adoptó una dieta de boxeador. Empezó a alimentarse —literalmente, alimentarse exclusivamente con productos que tenían reputación de afianzar la fuerza física, sobre todo con bistecs, casi crudos, y desde entonces vivía siempre así. Al cabo de un año desde que empezó con estos ejercicios, se fue a su vagabundeo y aquí tenía aún mayores facilidades para ocuparse del desarrollo de la fuerza física. Fue: labrador, carpintero, barquero y trabajó en diversos oficios saludables; una vez incluso recorrió todo el Volga como sirgador desde Dubovka hasta Rybinsk. Decir que quería ser sirgador hubiera parecido al dueño del barco y a los sirgadores el colmo del absurdo y no lo hubieran aceptado. Subió como un simple pasajero: cuando se hizo amigo de la corporación, empezó a ayudar a arrastrar la sirga y al cabo de una semana se enganchó en ella como lo hace un verdadero obrero. Pronto advirtieron con qué fuerza arrastraba, empezaron a probar la fuerza, superaba a tres, incluso a cuatro de los más fuertes de sus compañeros; entonces tenía veinte años, y los compañeros de la sirga lo bautizaron como Nikitushka Lomov, en memoria del héroe que por aquel entonces había ya desaparecido de la escena. El verano siguiente viajaba en un barco de vapor; uno de la muchedumbre de pueblo amontonada en la cubierta resultó ser su

compañero del año anterior en la sirga, y de esta manera los estudiantes que acompañaban se enteraron de que había que llamarlo Nikitushka Lomov. En efecto, adquirió una fuerza desmesurada y sin escatimar el tiempo la mantenía. «Así es necesario —decía él— eso proporciona respeto y el cariño de la gente sencilla. Es útil, puede venir bien.»

Eso se le metió en la cabeza a los dieciséis años y medio, porque desde entonces en general empezó a desarrollarse su peculiaridad. A los diecisés llegó a Petersburgo como un chico corriente, bueno, que acababa de terminar el bachiller; como un chico bueno y honrado también pasó tres o cuatro meses de un modo ordinario, tal como los pasan los estudiantes principiantes. Pero empezó a oír que había entre los estudiantes unas cabezas especialmente inteligentes que no pensaban como los demás, y supo cinco nombres de esas personas; entonces eran todavía pocas. Se interesó por ellos, empezó a buscar amistad con alguno de ellos. Por casualidad se reunió con Kirsanov y empezó su transformación en un hombre especial en el futuro Nikitushka Lomov y rigorista. Con ansiedad escuchó a Kirsanov la primera tarde, lloraba, interrumpía sus palabras con exclamaciones de maldición a aquello que tenía que perecer, de bendición a aquello que tenía que vivir. «¿Qué libros debo empezar a leer?» —Kirsanov se lo indicó—. Al día siguiente ya desde las ocho de la mañana anduvo por la avenida Nevski, desde el Almirantazgo hasta el puente Politseiski, aguardando a que abriera la primera librería francesa o alemana, se llevó lo que necesitaba, leyó durante más de tres días enteros, desde las once de la mañana del jueves hasta las nueve de la tarde del domingo, ochenta y dos horas, las primeras dos noches no durmió, sin más, la tercera se tomó ocho vasos de café fortísimo, para la cuarta no bastaban las fuerzas con ningún café, se cayó y durmió en el suelo unas quince horas. Al cabo de una semana vino a ver a Kirsanov, le pidió indicaciones para nuevos libros, explicaciones; se hicieron amigos, luego a través de él entabló amistad con Lopujov. Pasado medio año, aunque tenía solamente diecisiete años y ellos ya veintiuno, no lo consideraban ya un joven en comparación con ellos mismos. Y ya era un hombre especial.

¿Qué estímulos para esto provenían de su vida pasada? No muy grandes, pero los hube. Su padre fue un hombre de un carácter despótico, muy inteligente, culto y ultraconservador, en el mismo sentido que María Alexevna; ultraconservador, pero honrado. Se sentía, desde luego, desgraciado. Esto solo todavía no sería nada. Pero su madre, mujer bastante delicada, sufría por el difícil carácter de su esposo, y también vio él lo que ocurría en la aldea. Todo esto todavía no sería nada. Había aún otra cosa: a los quince se enamoró de una de las amantes de su padre: Ocurrió una historia, por supuesto, relacionada con ella en particular. Tuvo lástima de la mujer que fue castigada duramente por culpa de él. Los pensamientos empezaron a bullir en él, y Kirsanov fue para él lo que Lopujov para Vera Pavlovna. Había estímulos en su vida pasada; pero para ser un hombre especial, claro está, lo principal es la naturaleza. Algún tiempo antes de abandonar la Universidad y marcharse a su propiedad, y de

vagar luego por Rusia, ya había adoptado unos principios originales en la vida material, moral e intelectual, y cuando volvió, se desarrollaron ya en un sistema acabado que seguía estrictamente. Se dijo: «No tomaré ni una gota de vino. No me acercaré a ninguna mujer». Pero la naturaleza era desbordante. «¿Para qué eso? Tal extremo de ninguna manera es necesario.» «Es necesario. Exigimos para la gente el disfrute total de la vida, por eso tenemos que testificar con nuestra vida que no lo exigimos para la satisfacción de nuestras pasiones personales, no para nosotros personalmente, sino para el hombre en general; que hablamos solamente por principios, pero no por pasión, por convicción, pero no por una necesidad personal.»

Por eso empezó a llevar en general el modo de vida más duro. Para hacerse y seguir siendo Nikttushka Lomov, necesitaba comer carne de vaca, mucha carne de vaca, y comía mucha. Pero le daba pena cada copos gastado en algún alimento que no fuera carne de vaca. Mandó a la dueña comprar la mejor carne de vaca, especialmente para él los mejores trozos. Pero en cuanto a lo demás que comía en su casa era solamente lo más barato. Renunció al pan blanco; en su mesa comía solamente el negro: Semanas enteras no se llevaba a la boca un trozo de azúcar, meses enteros no comía fruta ni un poco de ternera o pollo. Con su dinero no compraba nada parecido. «No tengo derecho a gastar dinero en caprichos sin los que puedo pasar.»

Y eso que se educó en tina mesa lujosa y tenía un gusto refinado, según se veía por sus observaciones sobre los platos. Cuando comía en casa de alguien, comía con deleite muchos de los platos a los que renunciaba en su mesa, otros no los comía ni en la mesa ajena. La razón de la distinción era fundamental: «Lo que come, aunque sea de vez en cuando, el pueblo también yo puedo comerlo cuando hay ocasión. ¡Lo que es inaccesible a la gente sencilla, tampoco yo debo comerlo! Lo necesito para sentir al menos un poco hasta que punto viven con estrechez en comparación conmigo.» Por eso, si se servía fruta, no comía más que las manzanas, no comía en absoluto los albaricoques; las naranjas las comía en Petersburgo, no las comía en provincia. Miren, en Petesburgo el pueblo las come, pero no en provincia. Comía foiegras, porque «una buena empanada no es peor que foiegras, y la pasta de hojaldre la conoce el pueblo», pero no comía sardinas en aceite. Se vestía muy pobremente, aunque le gustaba la elegancia, y en todo lo demás llevaba un modo de vida espartano; por ejemplo, no admitía el colchón y dormía sobre el fieltro, ni siquiera se permitía doblarlo en dos capas.

Tenía remordimientos de conciencia, ya que no había dejado de fumar: «Sin el cigarro no puedo pensar. Si es realmente así, tengo razón, pero a lo mejor es debilidad de voluntad.» Y encima no podía fumar puros malos; es que se educó en el ambiente aristocrático. De cuatrocientos rublos de sus gastos unos ciento cincuenta correspondían a los puros. «Una debilidad repugnante», como se expresaba. Y era solamente esta debilidad la que daba alguna posibilidad de defenderse ante él. Si empezaba a atacar ya demasiado con sus desenmascaramientos, el atacado decía: «Pero la perfección es imposible, ni mismo fumas.» Entonces Rajmetov desarrollaba

una fuerza doble en las denuncias, pero más de la mitad de las reprobaciones las dirigía ya contra sí mismo; el desenmascarado recibía ya menos, aunque él, al acusarse a sí mismo, no se olvidaba por completo del otro.

Conseguía realizar muchísimo trabajo, porque por lo que se refería al aprovechamiento del tiempo también se impuso una restricción dé los placeres como en las cuestiones materiales. No perdía ni un cuarto de hora en diversiones, no necesitaba descanso. «Mis ocupaciones son variadas; el cambio de las ocupaciones es un descanso.» En el círculo de sus amigos, cuyos puntos de reunión se encontraban en casa de Kirsanov y Lopujov, no estaba de ninguna manera más a menudo de lo que sé necesitaba para quedar en una relación estrecha con él. «Es necesario; los casos diarios demuestran la utilidad de tener una relación estrecha con algún círculo de gente. Hay que tener al alcance de la mano siempre las fuentes abiertas paira varias informaciones.» Además de frecuentar las reuniones de este círculo no frecuentaba a nadie, a no ser por un asunto serio, y ni cinco minutos más de lo qué requería aquel asunto; en su casa no recibía y no admitía que se quedaran de otra forma que no fuera siguiendo esta regla. Sin rodeos comunicaba al visitante: «Hemos hablado sobré sil asunto; ahora permítame que me ocupe de otras cosas, porque tengo que economizar tiempo.»

Durante los primeros meses de su transformación casi todo el tiempo lo pasó leyendo; pero eso duró poco más de medio año. Cuando vio qué había adquirido una visión sistemática de las ideas de acuerdo con los principios que había considerado correctos, se dijo: «Ahora la lectura es algo secundario; en este aspecto estoy preparado para la vida», y empezó a dedicar a los libros solamente el tiempo no ocupado por otras cosas; y de ese tiempo le quedaba poco. Pero, a pesar de eso, ampliaba el horizonte de sus conocimientos con una velocidad asombrosa: ahora; cuando tenía veintidós años, era ya un hombre de unos conocimientos extraordinariamente fundados. Eso era porque también aquí se impuso una regla: ningún lujo, ningún capricho; exclusivamente lo que era necesario. ¿Y qué era necesario? Decía: «Sobre, cada tema hay muy pocas obras fundamentales; en todas las demás se repite meramente, se mastica, se estropea lo que está contenido de una forma mucho más completa y clara en esas pocas obras. Hay que leer solamente ésas; cualquier otra lectura es solamente una pérdida inútil de tiempo. Tomemos la literatura rusa. Y me digo: leeré sobre todo a Gogol. En miles de otras narraciones veo ya después de leer cinco líneas en cinco páginas diferentes que no encontraré más qué un Gogol estropeado; ¡para qué leerlo! Así ocurre también en las ciencias, en las ciencias es esta diferencia incluso todavía más brusca. Sí leí a Adam Smith, a Malthus, a Ricardo y a Mili, conozco el alfa y la omega de esta orientación y no necesito leer ni a uno de los centenares de economistas políticos por más excelentes que fueran. Después de leer cinco líneas en cinco páginas diferentes veo que no encontraré en ellos ni una idea nueva que les pertenezca; todo son imitaciones y deformaciones. Leo solamente lo original y solamente lo necesario para conocer esa

originalidad.» Por eso no se le podía hacer leer mediante fuerza alguna a Macaulay; después de examinar varias páginas en un cuarto de hora, consideró: «Conozco todos los materiales de los que se recogieron estos pedazos.» Leyó «La feria de las vanidades» de Thackeray con placer, empezó a leer «Pendennis» y lo cerró en la página veinte: «Lo dijo todo en *La feria de las vanidades,* se ve que no habrá nada más, y no hace falta leerlo.» «Cada libro que leo es tal que me quita la necesidad de leer centenares de libros» —decía.

La gimnasia, el trabajo para ejercitar la fuerza, la lectura, eran ocupaciones privadas, de Rajmetov; pero después de su regreso, a Petersburgo le llevaban solamente la cuarta parte de su tiempo. En el tiempo restante se ocupaba de asuntos ajenos o de asuntos de nadie en particular, observando constantemente la misma regla que en la lectura: no perder el tiempo con las cosas secundarias y con las personas secundarias; ocuparse únicamente de las capitales por las; cuales, ya sin él, se transformarán las cosas secundarias y las personas subordinadas. Por ejemplo, fuera de su círculo entablaba conocimiento solamente con gente que tenía influencia en los demás. El que no fuera autoridad para otras personas, ése de ningún modo pudo siquiera entrar en conversación con él. Él decía: «Perdóneme, no tengo tiempo», y se iba. Pero exactamente así, de ninguna manera podía evitar conocerle aquel al que quería conocer. Simplemente se presentaba ante usted y decía que le hacía falta con esté prólogo: «Quiero conocerlo; es necesario. Si no tiene ahora tiempo, señale otro.» No prestaba ninguna atención a sus pequeños problemas, aunque usted fuera su conocido más íntimo y le pidiera que penetrará en su dificultad: «No tengo tiempo», decía él y le daba la espalda. Pero entraba en los asuntos serios, cuando era necesario, según su opinión, aunque nadie lo deseara. «Tengo que hacerlo», decía. Qué decía y hacía en estos casos, es inaccesible a la razón. Por ejemplo, mi amistad con él. Entonces yo ya no era joven, vivía bien, por eso se reunían en mi casa de vez en cuando cinco o seis jóvenes de mi provincia. Por lo tanto, yo ya era para él un hombre precioso. Esos jóvenes me tenían simpatía, encontrando en mí simpatía hacia ellos; y en una ocasión oyó pronunciar mi apellido. Yo, cuando lo vi por primera vez en casa de Kirsanov, todavía no había oído hablar de él. Eso fue pronto después de su regreso del vagabundeo. Entró después de mí; yo era la única persona en esa sociedad que él no conocía. Él, cuando entró, llevó a Kirsanov aparte y, señalándome con los ojos, dijo algunas palabras. Kirsanov le contestó también con unas cuantas palabras y Rajmetov lo dejó retirarse. Al cabo de un minuto Rajmetov se sentó directamente frente a mí. En medio estaba solamente una pequeña mesa junto al diván, y desde esta distancia de aproximadamente un arshín y medió empezó a mirarme a la cara con toda insistencia. Me irrité: me examinaba sin ceremonias como si delante de él no estuviera una persona, sino un retrato; fruncí el ceño. Él no se alteró. Después de mirar durante dos o tres minutos me dijo: «G. N: necesito conocerlo. Yo lo conozco a usted, usted a mí no. Pregunte por mí al dueño de la casa y a otros en los que confíe particularmente de este grupo» —se levantó y se marchó a otra habitación—.

«¿Quién es este hombre extravagante?» «Es Rajmetov. Quiere que pregunte si merece confianza y si, indudablemente, merece la atención; es el más serio de todos Los que estamos aquí, considerados juntos» —dijo Kirsanov y los demás lo confirmaron. Al cabo de cinco minutos volvió a la habitación donde estaban todos. Conmigo no empezaba a hablar y con los demás hablaba poco; la conversación no era científica y no era aseria. «Ah, ya son las diez —dijo al cabo de algún tiempo— a las diez tengo algo que hacer en otro sitio. G. N. —se dirigió a mí—, tengo que decirle unas cuantas palabras. Cuando llevé al dueño de la casa a un lado para preguntar quién era usted, lo señalé a usted con los ojos, porque usted de todas formas debió darse cuenta que preguntaba por usted, quién era. Por tanto hubiera sido en vano no hacer gestos, naturales en una pregunta así. ¿Cuándo estará en casa para que pueda ir a verlo a usted?» A mí entonces no me gustaba conocer gente nueva, y esta importunidad no me gustaba ya de ninguna manera. «Solamente duerma en casa; no estoy en casa el día entero» —dije—. «¿Perderme en casa? ¿A qué hora vuelve para dormir?» «Muy tarde.» «¿Por ejemplo?» «A las dos, a las tres.» «Da lo mismo, indique la hora.» «Si lo desea firmemente, pasado mañana, a las tres y media de la madrugada,» «Desde luego, tengo que considerar sus palabras como una burla y grosería; puede que tenga sus razones, puede que merezcan incluso aprobación. En todo caso estaré en su casa pasado mañana a las tres y media de la madrugada.» «No, si es usted tan decidido, será mejor que venga más tarde: toda la mañana estaré en casa hasta las doce.» «Bien, vendré hacia las diez: ¿Estará usted sólo?» «Sí» «Bien.» Vino e igualmente sin rodeos procedió al asunto por el que había considerado necesario conocerme. Charlamos una media hora; es igual de qué charlamos. Es suficiente relatar lo que él decía: «hace falta», yo decía: «no»; él decía: «usted está obligado», yo decía: «de ninguna manera». Pasada media hora dijo: «Está claro que es inútil. ¿Pero está convencido de que soy una persona merecedora de plena confianza?» «Sí, me lo dijeron todos, y yo mismo lo veo ahora.» «¿Y a pesar de todo se queda con lo suyo?» «Me quedo.» «¿Sabe lo que se desprende de ello? ¡Que es usted o un mentiroso o una basura!» ¿Cómo puede gustar eso? ¿Qué se debería hacer con otra persona por tales palabras? ¿Desafiarlo a un duelo? Pero él habla con un tono tal, sin ningún sentimiento personal, como un historiador que juzga fríamente no para ofender, sino para decir la verdad, y él mismo era tan extraño que hubiera sido ridículo ofenderse, y yo pude solamente sonreír. «Pero si es lo mismo» —dije—. «En este caso no es lo mismo.» «Entonces puede que sea; lo uno y lo otro a la vez.» «En este caso lo uno y lo otro a la vez es imposible. Pero uno de ambos seguramente: o no piensa y no hace lo que dice, y en ese caso es usted un mentiroso; o piensa y hace en efecto lo que dice, y en ese caso: es una basura. Uno «de los idos seguramente. Supongo que lo primero.» «Piense lo que le parezca» —dije yo— y seguía riendo. «Hasta luego. En todo caso quiero que sepa que conservaré la confianza en usted y estoy dispuesto a reanudar nuestra conversación cuando lo desee.»

Con todo lo salvaje que fue el caso, Rajmetov tenía completamente razón: tenía

razón en que había empezado así porque antes se había informado sobre mí y sólo entonces había empezado el asunto, y también tenía razón en cómo había terminado la conversación. Yo realmente no le dije lo que pensaba, y él realmente tenía derecho a llamarme mentiroso, y eso en absoluto podía ser insultante, incluso era halagador para mí «en este caso»; según su expresión, porque así era el caso y él realmente pudo conservar hacia mí la confianza de antes e incluso el respeto.

Sí, con todo lo salvaje de sus modales, todos se quedaban convencidos de que Rajmetov había precedido precisamente de la manera más sensata y sencilla, y sus tremendas brusquedades, sus censuras más terribles las decía de tal modo que ninguna persona juiciosa podía ofenderse con ellas, y con toda su grosería era, de suyo, muy educada. Tenía incluso, introducciones en ese estilo. Cada explicación delicada la iniciaba de esta forma: «Usted sabe que hablaré sin sentimiento personal alguno. Si mis palabras son desagradables, le ruego las disculpe. Pero yo considero que nadie debe ofenderse por nada de lo que se dice con honestidad, en ningún caso con el fin de humillar, sino per necesidad. Por otra parte, en cuanto que le parezca que es inútil seguir escuchando mis palabras, me detendré; mi regla: ofrecer mi opinión siempre ente tenga que hacerlo, nunca imponerla.» Y en efecto, no la imponía. En absoluto se podía uno salvar de que él, cuando lo consideraba necesario, le expresara su opinión de tal manera que usted pudiera entender sobre qué y en qué sentido quería hablar; pero lo hacía con dos o tres palabras y luego preguntaba: «Ahora usted sabe cuál sería el contenido de nuestra conversación; ¿encuentra útil sostener una conversación así?» Si usted contestaba «no», él se inclinaba y se marchaba.

Así hablaba y llevaba sus asuntos, y esos eran muy numerosos, y todos eran asuntos que no afectaban a él personalmente. No tenía asuntos personales, eso lo sabían todos; pero qué asuntos tenía, eso el círculo no lo sabía. Se veía solamente que tenía mucho trabajo. En casa estaba poco, todo el tiempo andaba o tomaba un coche, más bien andaba. Pero también en su casa había constantemente gente, o siempre los mismos o siempre nuevos; para eso se había propuesto estar en casa siempre, de dos a tres; durante ese tiempo despachaba los asuntos y comía. Pero, a menudo se ausentaba de casa para varios días. Entonces en vez de él estaba en su casa y recibía a los visitantes uno de sus amigos, entregado a él en cuerpo y alma y silencioso como la tumba.

Dos días después de que lo viéramos sentado en el gabinete de Kirsanov con el comentario de Newton al Apocalipsis, se fue de Petersburgo, después de haber dicho a Kirsanov y a otros dos o tres de sus amigos más íntimos, qué ya no tenía nada que hacer aquí, que había hecho todo lo que podía, que hacer más sería posible solamente pasados unos tres años, que esos años dos tenía ahora libres, que pensaba aprovecharlos según le parecía necesario para la actividad futura. Luego nos enteramos de que había viajado a su antigua propiedad, había vendido la tierra que le quedaba, había recibido unos treinta y cinco mil; había ido a Kazan y a Moscú; había

repartido alrededor de cinco mil entre sus siete becarios para que pudiesen terminar los estudios. Con esto también se acabó su histeria digna de crédito. A dónde desapareció de Moscú, no se sabe. Cuando pasaron varios meses sin rumores algunos sobre él, la gente que sabía de él algo más, además de lo que conocían todos, dejaron de ocultar cosas que a su petición silenciaban mientras vivía entre nosotros. Entonces fue cuando nuestro círculo se enteró de que había tenido becarios, se enteró de la mayor parte de lo que yo había contado sobre sus relaciones personales. Se enteró de muchas historias que, por lo demás, ni mucho menos esclarecían todo, que incluso no esclarecían nada, más bien hacían de Rajmetov una figura aún más enigmática para todo el círculo, historias que asombraban por su extravagancia o que contradecían totalmente aquel concepto que el círculo tenía de él como de un hombre completamente duro en cuanto a los sentimientos personales, que no tenía, si se puede decir así, un corazón personal que latiera con las sensaciones de una vida personal. Estaría fuera de lugar relatar todas estas histerias. Citaré solamente dos de ellas; cada una de dos caracteres distintos; una es de tipo salvaje, la otra es de un tipo que contradice el concepto anterior del círculo sobre él. Las escojo de las historias que contó Kirsanov.

Un año antes de la segunda y, probablemente, la definitiva vez que desapareciera de Petersburgo, Rajmetov dijo a Kirsanov; «Deme una buena cantidad de pomada para curar heridas de armas punzantes.» Kirsanov le dio un tarro enorme, pensando que Rajmetov quería llevar el medicamento, a alguna cooperativa de carpinteros o a otros artesanos que están expuestos a frecuentes cortes. A la mañana siguiente, la patrona de Rajmetov vino corriendo con un susto tremendo a casa de Kirsanov: «Señor doctor, no sé qué ocurrió con mi inquilino. Tarda en salir dé su habitación, la puerta está cerrada, yo me asomé por la rendija: está todo ensangrentado. Le grité y él me dice a través de la puerta: "No pasa nada, Agrafena Antonovna". ¡Qué, que no pasa nada! Sálvelo, señor doctor, temo por su vida. Es que él es tan despiadado consigo mismo.» Kirsanov fue allí. Rajmetov abrió la puerta con una sonrisa amplia y sombría, y el visitante vio una cosa ante la cuál Agrafena Antonovna ni siquiera pudo hacer un gesto de asombro: la espalda y los costados de toda la ropa de Rajmetov (tenía puesta, solamente la ropa interior) estaban empapados de sangre, debajo de la cama había sangre, el fieltro sobre el cual dormía también estaba lleno de sangre. El fieltro estaba atravesado de centenares de pequeños clavos con la cabeza hacia abajo, con las puntas hacia arriba; sobresalían del fieltro casi medio vershok. Rajmetov se acostó sobre ellos durante la noche. «¿Qué es esto, por favor, Rajmetov?» —con horror profirió Kirsanov—. «Una prueba. Es necesario. Improbable, desde luego, sin embargo, en todo caso es necesario. Veo que puedo hacerlo.» Además de lo que vio Kirsanov, se vio también que la patrona, seguramente, podría contar muchas cosas curiosas sobre Rajmetov; peto como vieja sencilla e ingenua estaba por causa de él fuera de sí y, desde luego, no se podía sacarle nada: Esta vez corrió a por Kirsanov solamente porque Rajmetov se lo había permitido para que se tranquilizara. Lloró

demasiado, pensando que quería matarse.

Dos meses después de esto —eso ocurrió a finales de mayo— Rajmetov desapareció durante una semana o más, pero nadie lo advirtió entonces, ya que desaparecer para varíos días no era raro en él. Ahora Kirsanov contó la historia sobre cómo Rajmetov había pasado esos días. Constituían un episodio erótico en la vida de Rajmetov. El amor se originó por Un acontecimiento digno de Nikitushka Lomov. Rajmetov iba desde el primer Pargolov hacia la ciudad, reflexionando y mirando más bien hada abajo, como era su costumbre, junto al Instituto forestal. De la meditación lo despertó el grito desesperado de una mujer. Levantó los ojos: un caballo desbocado arrastraba un coche en el que iba una dama. La dama misma había llevado las riendas, pero se le habían escapado, y ahora sé arrastraban por el suelo. El caballo estaba ya a dos pasos de Rajmetov; él se lanzó hacia la mitad del camino, pero el caballo ya había pasado junto a él, no tuvo tiempo de coger la brida, pudo agarrar solamente el eje posterior del coche y lo paró, pero se cayó. Se aglomeró gente, ayudaron a la dama a bajar del coche, recogieron a Rajmetov; tenía lastimado un poco el pecho, y eso era lo principal, la rueda le había arrancado un buen pedazo de carne de la pierna. La dama se recobró y ordenó llevarlo a su casa de campo, que estaba aproximadamente a media versta. Él estaba de acuerdo, porque se sentía débil, pero exigió que mandaran solamente a por Kirsanov, no a por ningún otro médico. Kirsanov encontró la herida en la pierna de muy poca importancia, pero al mismo Rajmetov lo encontró ya muy debilitado por la pérdida de sangre. Se pasó en cama diez días. La misma dama salvada, por supuesto, lo cuidaba. Por la debilidad no tenía ninguna otra cosa que hacer, así que hablaba con ella —de todas formas, el tiempo se iría en vano—, hablaba y se sinceraba. La dama era viuda de unos diecinueve años de edad, una mujer no pobre y en general en úna situación completamente independiente, inteligente, una mujer honrada. Las charlas ardientes de Rajmetov, desde luego sobre el amor la cautivaron: «Lo veo en sueño, rodeado de una aureola» —decía ella a Kirsanov—. Él también se enamoró de élla. Ella, por el traje y por todo, lo consideró un hombre que no tenía totalmente nada. Por eso ella fue la primera en confesarle su amor y le propuso el casamiento cuando él, al día undécimo, se levantó y dijo que podía ir a su casa. «He estado con usted más sincero que con otros; usted ve que personas como yo no tenemos derecho a unir la suerte de alguien con la nuestra.» «Sí, eso es verdad —dijo ella -usted no puede casarse. Pero hasta que tenga qué abandonarme, hasta entonces ámeme.» «No, no puedo aceptar ni eso —dijo él— tengo que reprimir en mí el amor; el amor por usted estaría mis manos, aun así no se desatarán pronto, ya están atadas. Pero las desataré. Yo no debo amar.» ¿Qué fue luego de la dama? En su vida tuvo que ocurrir una ruptura: con toda probabilidad ella misma se hizo una persona especial. Tenía ganas de enterarme. Pero no no lo sé, Kirsanov no me dijo su nombre, y él mismo no sabía qué había sido de ella. Rajmetov le rogó que no la volviera a ver, que no preguntara por ella: «Si sospechara que usted sabe algo de ella; no me contendría, empezaría a preguntar, y eso no

conviene». Cuando supieron todos esta historia, recordaron que en ese tiempo, un mes y medio, dos meses, a lo mejor: incluso más, Rajmetov había estado más sombrío que de ordinario, no se había exaltado contra sí mismo, por más que le sacaran a relucir su debilidad repugnante, es decir, los puros, y no había sonreído amplia y dulcemente cuando lo halagaban con el nombre de Nikitushka Lomov. Yo recordé incluso algo más: ese verano, tres o cuatro veces, en las conversaciones conmigo, él, algún tiempo después de nuestra primera charla, empezó a estimarme, porque me había reído (a solas con él) dé él, y como respuesta a mis burlas le salieron palabras de este tipo: «Sí, tenga lástima de mí, tiene razón, tenga lástima; yo tampoco soy una idea abstracta, sino un hombre que quisiera vivir. Pero eso no es nada, se pasará» —añadió—. Y en efecto, se pasó. Solamente una vez, cuando lo habían alterado ya demasiado mis burlas, incluso ya bien entrado el otoño, todavía provoqué esas palabras.

El lector perspicaz, a lo mejor, supone de esto que sé sobre Rajmetov más de lo que digo. Puede que sí. No debo contradecirle, porque es perspicaz. Pero si lo sé, ¿acaso sé pocas cosas dé las que tú, lector perspicaz, nunca sabrás per los siglos de los siglos? Lo que realmente no sé, no lo sé de verdad: dónde está ahora Rajmetov, qué es de él y si lo veré alguna vez: Sobre esto no tengo ninguna otra noticia ni conjetura, excepto las que poseen todos sus conocidos. Cuando pasaron tres o cuatro meses después de su desaparición de Moscú y no llegaba ninguna información sobre él, todos supusieron que se había ido de viaje por Europa. Esta conjetura parece correcta. Al menos se confirma con un caso. Un año después de que Rajmetov desapareciera, uno de los conocidos de Kirsanov encontró en un vagón, por el camino desde Viena a Munich, a un joven ruso que contaba que había recorrido los países eslavos, en todas partes se había familiarizado con todas las clases, en cada país se había quedado tanto tiempo cuanto era suficiente para conocer la manera de pensar, las costumbres, el modo de, vida, las edificaciones, el grado de bienestar de todas las capas principales de la población. Para eso había vivido tanto en las ciudades como en las aldeas, había andado a pie de pueblo en pueblo, exactamente así había conocido a los rumanos y a los húngaros. Había recorrido en tren y a pie la Alemania septentrional, de aquí había llegado otra vez al Sur, a las provincias alemanas de Austria, ahora iba a Baviera, de aquí a Suiza, a través de Würtenberg y Badén a Francia, a la que recorrería exactamente de la misma manera. Después, de aquí pasaría a Inglaterra, y en esto emplearía todavía un año; si de ese año quedará tiempo, iría a ver a les españoles y a les italianos, si no quedara tiempo, da igual, porque eso no era tan «necesario», pero aquellos países era «necesario» verlos. ¿Por qué? «Para hacerse una idea». Y que al cabo de un año en todo Caso le era «necesario» estar en los Estados de América del Norte, cuyo estudio lo era más «necesario» que cualquier otro país, y allí se quedaría por mucho tiempo, puede que más de un año, y puede que para siempre, si encontrara allí ocupaciones para él; pero más probablemente, que al cabo de unos tres años volvería a Rusia, porque por lo visto, en Rusia le sería

«necesario» estar, no ahora, sino entonces, al cabo de tres o cuatro años.

Todo esto es muy parecido a Rajmetov, incluso esos «necesario», que se grabaron en la memoria del narrador. El viajante, por lo que había recordado el narrador, por los años, por la voz, por los rasgos del rostro, se parecía también a Rajmetov; pero el narrador entonces no prestó especial atención a su compañero de viaje, que además era su compañero per poco tiempo, no más de dos horas; subió al vagón en un pueblecito, bajó en una aldea. Por eso el narrador pudo describir solamente su aspecto con unas expresiones demasiado generales y no hay aquí plena certeza. Gen toda probabilidad había sido Rajmetov, pero, por otra parte, ¿quién lo sabe? Puede que no fuera él.

También corrió el rumor de que un joven ruso, un antiguo terrateniente, se *había* presentado ante el más grande de los pensadores europeos, el padre de la nueva filosofía, alemán, y le había dicho: «Tengo treinta mil talers; yo necesito solamente cinco mil; el resto le pido que se lo quede.» (El filósofo vive muy pobremente). «¿Para qué?» «Para editar sus obras.» El filósofo naturalmente, no los cogió; pero el ruso, por lo visto, de todas formas, depositó el dinero en casa de un banquero a su nombre y le escribió: «Disponga del dinero como quiera, puede tirarlo al agua, pero a mí ya no puede devolvérmelo, no me encontraría.» Y parece que ese dinero todavía ahora está en el banco. Si es este rumor cierto, entonces no hay ninguna duda de que ante el filósofo se presentara precisamente Rajmetov.

Sí, así era el señor que está ahora en el gabinete de Kirsanov.

Sí, éste; señor era un hombre especial, un ejemplar dé una especie muy rara, Y no describo tan detalladamente un ejemplar de esta especie rara para enseñarte, lector perspicaz, a comportarte decentemente (lo que desconoces) con gente de esta especie. Tú no verás a ningún hombre así; tus ojos, lector perspicaz, no están hechos como para ver gente así; para ti son invisibles; a ellos los ven solamente unos ojos honrados y valientes; y para eso sirve la descripción de un hombre así, o sea, para que sepas al menos de oídas qué gente hay en el mundo. Para qué sirve esta descripción con respecto a las lectoras y los lectores sencillos, eso lo saben ellos mismos.

Sí, son ridículas las personas como Rajmetov, muy divertidas. Esto se lo digo a ellas mismas, que son ridículos; lo digo porque me dan lástima. Esto digo a esas personas honradas a las que cautivan: no los sigan, gente honrada, porque el camino al que les llaman es pobre en alegrías personales. Pero la gente honrada no me escucha y dice: no, no es pobre, es muy rico, y aunque pobre en algún lugar, no será largo, tendremos fuerzas para atravesar ese lugar, para salir a los lugares infinitos, ricos en alegría. Como ves, lector perspicaz, no te digo a ti, sino a otra parte del público, que personas como Rajmetov son ridículas. Pero a ti, lector perspicaz, te diré que no es mala gente; pero tú seguramente no lo entenderás siquiera; no, no es gente mala. Son pocos, pero gracias a ellos florece la vida de todos; sin ellos sucumbiría, se echaría a perder; son pocos, pero ellos hacen que toda la gente respire, sin ellos la gente se asfixiaría. Hay una gran masa de gente honrada y buena, pero gente así hay

peca; pero éstos entre esa masa son cómo el sabor en el té, el bouquet en un vino noble; de ellos proviene su fuerza y aroma. Son la flor de la mejor gente, son motores de los motores, son la sal de la sal de la tierra.

XXX

«Bueno —piensa el lector perspicaz—, ahora el personaje principal será Rajmetov y dejará pequeños a todos. Vera Pavlovna se enamorará de él, y pronto empezará con Kirsanov la misma historia que ocurrió con Lcpujov.» No habrá nada de eso, lector perspicaz, Rajmetov se quedará por la tarde, hablará con Vera Pavlovna no me callaré ante ti ni una palabra de su conversación. Y tú verás pronto que si no, hubiera querido transmitirte esta conversación, habría sido, muy fácil no transmitirla, y el curso de los acontecimientos en mi narración no cambiaría con esta supresión. Y de ante mano te digo que cuando Rajmetov se vaya, después de hablar con Vera Pavlovna, entonces se irá ya definitivamente de esta narración y que no será un personaje ni principal ni secundario, no será personaje alguno en mi novela. ¿Por qué lo introduje en la novela y lo describí tan detalladamente? Mira, intenta adivinarlo, lector perspicaz; ¿podrás? Eso te lo diré en las páginas siguientes, inmediatamente después de la charla de Rajmetov con Vera Pavlovna; en cuanto que se vaya, te lo diré al final del capítulo. Adivina ahora lo que diré allí. No es difícil acertar, si tienes al menos la mínima noción de lo artístico, de lo que te gusta hablar tanto. ¡Pero cómo podrías! Bueno, te diré más de la mitad del acertijo: Rajmetov fue introducido para cumplir la exigencia más principal, más esencial de lo artístico, exclusivamente para satisfacerla; pues adivina al menos ahora, al menos ahora adivina, qué exigencia es ésta y qué hizo falta hacer para su satisfacción y de qué manera quedó satisfecha a través de la figura de Rajmetov que se te había mostrado y que había quedado sin ninguna influencia ni participación en el curso de la narración; así que; adivina. La lectora y el lector sencillos; que no charlan sobre lo artístico, lo saben, pero intenta adivinarlo tú, listo. Para eso también te doy tiempo y pongo precisamente para eso una raya larga y gruesa entré líneas. Ves cómo me preocupo por ti. Detente en ella y reflexiona si lo adivinas.

Llegó Mersalova, se afligió, consoló a Vera Pavlovna, dijo que con gusto se ocuparía del taller, no sabía si podría y volvió a afligirse y a consolarla, ayudando con la selección de las cosas. Rajmetov pidió a una criada de la vecindad que fuera a la panadería, puso el samovar, lo sirvió, empezaron a tomar el té; Rajmetov se quedó con las damas media hora, se tomó cinco vasos de té, vació la mitad de un enorme pote de crema y se comió una enorme cantidad de pastas, además de dos bollos sencillos que sirvieron como base: «Tengo derecho a este placer porque sacrifico la mitad entera de un día.» Se deleitó, escuchó cómo das damas se suicidan, expresó tres veces la opinión de que «era una locura», es decir, no que las damas se matasen, sino matarse a sí mismo por cualquier razón, excepto por una enfermedad física incurable y demasiado dolorosa o para prevenir una muerte inevitable y dolorosa, por ejemplo, en el tormento de la rueda. Expresó esta opinión cada vez con pocas, pero fuertes palabras, según era su costumbre, se sirvió el sexto vaso de té, vertió en él el resto de la crema, cogió el resto de las pastas —las damas terminaren de tomar el té hace

tiempo—, se inclinó y se fue con estos materiales para terminar su deleite material otra vez al gabinete y completar su experiencia sibarita; es decir, se echó en el diván en el que todo el mundo duerme, pero que era para él ya algo así como el placer de Capua. «Tengo derecho a esta fiesta, porque sacrifico doce o catorce horas de mi tiempo.» Después de terminar el placer material, reanudó el intelectual, es decir, la lectura del comentario al Apocalipsis. Hacia las nueve llegó un empleado de policía para comunicar a la esposa del suicida el asunto que ahora estaba ya explicado por completo. Rajmetov dijo que la esposa lo sabía ya y que no había per qué hablar con ella; el empleado se alegró mucho, porque se libraba de una escena desgarradora. Luego, aparecieron Masha y Raquel, empezó la selección de la ropa y de les objetos. Raquel consideró que por todo, exceptuando un buen abrigo de piel, que no aconsejaba vender, ya que dentro de tres meses *había* que hacer de, todos modos uno nuevo —Vera Pavlovna estaba de acuerdo—, por todo lo demás se pedía dar cuatrocientos cincuenta rublos; realmente, más tampoco se podía dar según la convicción interior de Mertsalova. De esta manera, hacia las diez se acabó la óperación mercantil. Raquel entregó doscientos rublos, no llevaba más; el resto lo mandaría dentro de tres días a través de Mertsalova, recogió las cosas y se marchó. Mertsalova se quedó una hora más, pero era hora de irse a casa para dar el pecho al niño, y se fue diciendo que mañana vendría a acompañarla a la estación.

Cuando se fue Mertsalova, Rajmetov cerró el comentario al Apocalipsis de Newton, lo colocó meticulosamente en su sitio y mandó a Masha a preguntar a Vera Pavlovna si podía entrar. Podía. Entró sin apresurarse y fríamente, como era su costumbre.

—Vera Pavlovna, yo puedo ahora en considerable medida consolarla. Ahora ya es posible, antes no debía hacerlo. Al prevenirla que el resultado global de mi visita será consolador —usted sabe que no digo palabras superfluas, por eso con antelación debe tranquilizarse—, voy a exponer el asunto por orden. Le dije que había encontrado a Alexander Matveich y que sabía todo. Esto es realmente cierto. Yo de verdad vi a Alexander Matveich y de verdad lo sé todo. Pero no dije que sabía todo de él y no podía decirlo, porque realmente no sé todo de él, sino de Dmitri Sergueich, que se había quedado en mi casa durante dos horas; me había hecho saber que estaría en mi casa, por eso yo me encontraba en casa; se quedó allí dos horas o más después de escribir la nota que la desoló tanto. Él me pidió…

—¿Usted sabía lo que quería hacer y no lo detuvo? —Le rogué que se tranquilizara, porque el resultado de mi visita sería consolador. No, no lo detuve, porque su decisión era seria, como verá usted misma. Cómo le dije, él me pidió que pasara está tardé con usted, sabiendo que estaría afligida, y me dio para usted un encargo. Me escogió precisamente a mí como intermediario, porqué me conocía como a hombre que cumple con una exactitud perfecta el encargo del que se haga responsable y al que no se le puede desviar del cumplimiento exacto de la obligación recibida con ningún sentimiento, ninguna súplica. Él había previsto que usted

empezaría a suplicar que se alterase su última voluntad, y había esperado que yo, sin dejarme afectar por sus súplicas, la cumpliría. Y la cumpliré, por lo que le ruego de antemano: no me pida ninguna concesión en lo que le diré. Su encargo consiste en lo siguiente: él, alejándose, para «marchame de la escena»…

—¡Dios mío, qué hizo! ¿Como pudo usted no detenerlo?

—Penetre en esta expresión: «marcharse de la escena» y no me condene antes de tiempo. Había empleado esta expresión en la nota que recibió usted; ¿no es así? También nosotros empleáremos precisamente esta expresión porque está escogida correcta y felizmente.

En los ojos de Veta Pavlovna apareció el desconcierto; empezaba a pensar cada vez más claramente: «No sé. ¿Qué es esto? ¿Qué debo pensar?» ¡Oh, Rajtnetov, con todo lo disparatado de su manera ceremoniosa de exposición, era un maestro, un gran maestro en llevar los asuntos! Era un gran sicólogo, conocía y sabía cumplir las leyes de una preparación gradual.

—Así que, alejándose para, según su expresión muy correcta, «marcharse de la escena», me había dejado una nota para usted…

Vera Pavlovna saltó:

—¿Dónde está? ¡Démela! ¿Y usted ha podido estar aquí todo el día sin entregármela?

—Pude, porque veía la necesidad. Pronto apreciará usted mis razones. Son serias. Pero antes que nada tengo que explicarle la expresión que empleé en el mismo comienzo «el resultado será consolador». Por «lo consolador del resultado» no entendí esta nota recibida por usted. Y eso por dos razones, la primera de las cuales es que recibir la nota no sería todavía suficientemente tranquilizador para merecer el nombre de consuelo; ¿no es verdad? Para consuelo se exige algo más. Así que, el consuelo tiene que consistir en el contenido mismo de la neta.

Vera Pavlovna saltó otra vez.

—Tranquilícese, no puedo decir que esté equivocada. Al prevenirla sobre el contenido de la nota, le pido que escuche la segunda razón, por la cual no pude entender que las palabras «lo consolador del resultado» se referían al hecho mismo de que usted recibiera su nota, sino que tuve que entender así su contenido. Este contenido, cuyo carácter hemos determinado, es tan importante que puede solamente enseñársela, pero no puedo entregársela. Usted la leerá pero no la recibirá.

—¿Cómo? ¿No me la entregará?

—No. Fui escogido precisamente yo, porque cualquier otro en mi lugar la entregaría. No puede quedarse en sus manos, ya que, dada la extraordinaria importancia de su contenido, cuyo carácter hemos determinado, no debe guardarse en manos de nadie. Y usted querría guardarla si se la diera. Por tanto, para no verme obligado a quitársela por la fuerza, no se la dejaré, sino que meramente se la enseñaré. Pero se la enseñaré solamente cuando se siente, coloque las manos sobre las rodillas y de su palabra de no levantarlas.

Si estuviera aquí alguien extraño, por más sensible que fuera su corazón, no podría dejar de sonreír por la solemnidad de todo este procedimiento: y especialmente por las ceremonias rituales de este final. Ciertamente es ridículo. Pero qué bueno sería para nuestros nervios, si al comunicarnos las noticias fuertes, tuvieran al menos la décima parte de aquella capacidad para ir preparándonos como Rajmetov.

Pero Vera Pavlovna, como una persona no extraña, claro está, podía notar solamente el lado angustioso de esta lentitud, y ella misma representó la imagen de la cual se podría deleitar no menos un observador, cuando, después de sentarse rápidamente y colocar apresurada y obedientemente las manos, con la voz más divertida, es decir, con la voz de una impaciencia atormentada, exclamó: «¡Se lo juro!»

Rajmetov puso sobre la mesa una hoja de carta en la que estaban escritas diez o doce líneas. En cuanto que Vera Pavlovna les dirigió la mirada, en ese mismo instante enrojeció, olvidó todos los juramentos, soltó su mano, pasó rápidamente como un relámpago para agarrar la nota, pero la nota estaba ya lejos, en la mano levantada de Rajmetov. —Lo supuse; por eso, como habría advertido; si hubiera pedido advertir estas cosas, no quitaba mi mano de la nota. Exactamente así seguiré sujetando esta hoja por una esquina todo el tiempo mientras esté sobre la mesa. Así que cualquier intento suyo de cogerla será inútil.

Vera Pavlovna volvió a sentarse y colocó las manos sobre las rodillas. Rajmetov volvió a colocar delante de sus ejes la nota. Ella la leía y releía con emoción veinte veces. Rajmetov estaba junto a su sillón muy paciente, sujetando con la mano la esquina de la hoja. Así pasó un cuarto de hora. AI final Vera Pavlovna levantó su mano ya con calma, evidentemente, no con intenciones de coger la nota. Se tapó con esa mano los ojos: «¡Qué bueno es, qué bueno es!» —dijo.

—No comparto del todo su opinión, ya explicaré por qué. Eso ya no será el cumplimiento de su encargo, sino solamente la expresión de mi opinión, que expresé también a él en nuestro último encuentro. Su encargo consistía solamente en enseñarle a usted esta nota y luego quemarla. ¿La ha visto lo suficiente?

Un poco más, un poco más.

Otra vez colocó las manos sobre las rodillas, él otra vez puso la nota y con la paciencia de antes se quedó otra vez de pie un cuarto de hora. Ella, una vez más, tapó su rostro con las manos y afirmó: «¡Oh, qué bueno es, qué bueno es!

—Usted estudió esta nota todo lo que podía. Si estuviera en un estado de ánimo tranquilo no solamente la sabría de memoria, sino que la forma de cada letra se grabaría para siempre en su memoria, ya que la miró durante tanto tiempo y con tanta atención. Pero en una excitación cómo en la que se encuentra, las leyes de la memoria fallan, y la memoria puede traicionarla a usted. Suponiendo esta posibilidad, hice una copia de la nota, y usted siempre que lo desee, podrá ver en mi casa esta copia. Dentro de algún tiempo, probablemente, incluso consideraré posible entregársela.

Pero ahora, supongo, ya se puede quemar el original, y entonces mi encargo estará terminado.

—Enséñemela todavía.

Otra vez puso la nota sobre, la mesa. Esta vez Vera Pavlovna no dejaba de levantar los ojos del papel se veía que aprendía la nota de memoria y se examinaba si la había aprendido bien. Al cabo de unos minutos suspiró y dejó delevantar los ojos de la nota.

—Ahora, como veo, ya es suficiente. Ya es hora. Ya son las doce y quiero todavía exponerle mi opinión sobre este asunto, porque considero útil para usted que conozca mi opinión sobre él. ¿Está de acuerdo?

—Sí.

La nota en ese mismo instante ardió en la llama de la vela.

—¡Ahí! —exclamó Vera Pavlovna—, no dije eso; ¿por qué?

—Sí, usted dijo solamente que consentía escucharme. Pero ya es igual. De todos modos había que quemarla. Diciendo estas palabras, Rajmetov se sentó. Con todo queda la copia de la nota. Ahora, Vera Pavlovna, le expresaré mi opinión acerca del asunto. Empezaré por usted. Usted se marcha. ¿Por qué? —Me resultaría muy difícil quedarme aquí. Ver los lugares que me recordasen el pasado me perturbaría.

—Sí, ese sentimiento es desagradable, ¿pero acaso le sería mucho más fácil estar en cualquier otro sitio? A muy pocos les resulta más fácil. Mientras que usted, ¿qué hizo? Para recibir un alivio insignificante abandonó a su suerte a cincuenta personas, cuyo futuro dependía de usted. ¿Es bueno esto?

¿A dónde desapareció la solemnidad aburrida del tono de Rajmetov? Hablaba con viveza, con facilidad, con sencillez, con brevedad, con animación.

—Sí, pero quise pedírselo a Mortsalova.

—Eso no está bien. Usted no sabe si es capaz de sustituirla en el taller; su capacidad para ello no está probada todavía. Y aquí se necesita una capacidad bastante rara. Diez contra uno que no hay nadie que pueda sustituirla a usted y que su partida destruiría el taller. ¿Es bueno este? Usted exponía a una destrucción casi segura, casi inevitable el bienestar de cincuenta personas: ¿Por qué razón? Por una pequeña comodidad para usted. ¿Es bueno este? ¡Qué preocupación tan cariñosa por el alivio insignificante para usted y qué falta de sentimiento per la suerte de otros! ¿Qué le parece este lado de su obra?

—¿Por qué no me detuvo?

—No me hubiera obedecido. Además sabía que volvería usted pronto, así que la cosa no tendría ninguna consecuencia grave. ¿Es culpable?

—Del todo —dijo Vera Pavlovna, en parte bromeando, pero en parte, incluso más que bromeando, también en serio.

—No, éste es todavía solamente un lado de su culpa. En conjunto será mucho más. Pero después del arrepentimiento la recompensa: la ayuda en la corrección de otra culpa que se puede todavía corregir. ¿Está usted contenta ahora, Vera Pavlcvna?

—Sí, casi.

—Bien. ¿Qué piensa usted, duerme Masha? ¿La necesitará ahora para algo?

—Desde luego que no.

—Ya se ha calmado usted; eso significa que ya podía haber recordado que había que decirle: duerme, ya es hora. Y ella se levanta por la mañana temprano. ¿Quién tenía que acordarse de ello, usted o yo? Iré a decirle que se vaya a dormir. Y aquí, a propósito —después del nuevo arrepentimiento, es que se está otra vez arrepintiendo —, una nueva recompensa: cogeré lo que hay allí para cenar. Por cierto, usted no ha almorzado, y ahora, creó, ya habrá apetito.

—Sí, lo hay; veo que lo hay, e incluso mucho, cuando lo recordó usted —dijo Vera Pavlovna, riéndose ya del todo.

Rajmetov trajo una comida fría, lo que sobró del almuerzo. Masha le había indicado dónde estaba el queso, un tarro con unas setas; el aperitivo resultó muy sustancioso. Trajo dos cubiertos, lo hizo todo él mismo.

—Mire, Rajmetov, con qué determinación como; ese significa que tenía hambre. Pero no lo noté, me olvidé también de mí misma, no solamente de Masha; por tanto no soy todavía una criminal tan malintencionada.

—Y yo no soy Una maravilla de preocupación por los demás al acordarme de usted y de su apetito: yo mismo tenía hambre, había almorzado mal. Es verdad comí tanto que a otro sería más qué suficiente para una comida y media, pero usted sabe lo que como yo: por dos muzhiks.

—Ah, Rajmetov, usted ha sido un ángel bueno no solamente para mi apetito. ¿Pero por qué se quedó todo el día sin enseñarme la nota? ¿Por qué me atormentó tanto tiempo?

—La razón es muy seria. Era necesario que los demás vieran lo perturbada que estaba usted, que la noticia sobre su enorme perturbación se extendiera para la credibilidad del asunto que la había perturbado. Ciertamente no hubiera deseado disimular. Y es imposible sustituir totalmente la naturaleza per nada, la naturaleza a pesar de todo actúa con un convencimiento mucho mayor. Ahora hay tres fuentes para la credibilidad del asunte: Masha, Mertsalova, Raquel. Mertsalova es una fuente particularmente importante, ella vale para todos sus conocidos. Me alegré mucho de su idea de mandar a por ella.

—¡Qué astuto es usted, Rajmetov!

Sí, esto no estuvo pensado mal, eso de esperar hasta la noche, sólo que no lo inventé yo; lo inventó el mismo Dmitri Sergueieb.

—¡Qué bueno! —Vera Pavlovna suspiró, sólo que, a decir verdad, no suspiró con pesar, sino meramente con reconocimiento.

—Ea, Vera Pavlovna, todavía lo analizaremos. Últimamente, en efecto, inventaba todo con inteligencia y procedía estupendamente. Pero encontraremos en él pecaditos, y muy grandes.

—No se atreva, Rajmetov, hablar así de él; ¿me oye? Me enfadaré.

—¿Rebelarse usted? Per eso se merece un castigo. ¿Continuar castigándola? La lista de sus crímenes acaba de empezar.

—Castigúeme, castigúeme, Rajmetov.

—Per la humildad la recompensa. La humildad se recompensa siempre. Seguro que se encontrará aquí una botella de vino. No le vendría mal tomar un poco. ¿Dónde debo buscar? ¿En el aparador o en el armario?

—En el aparador.

En el aparador se encontró una botella de jerez. Rajmetov hizo a Vera Pavlovna tomar dos copas, él mismo se encendió un puro.

—Qué lástima que no pueda también yo tomar tres o cuatro copas, me apetece.

—¿De verdad que le apetece, Rajmetov?

—Tengo envidia, Verá Pavlovna, tengo envidia —dijo riéndose—. El hombre es débil.

¡Usted todavía débil, gracias a Dios! Pero, Rajmetov, usted me sorprende. Usted no es en absoluto como me pareció. ¿Por qué está siempre como un monstruo lúgubre? Ahora es usted un hombre amable, alegre.

Vera Pavlovna, estoy cumpliendo ahora una obligación alegre; ¿por qué no estar alegre? Pero es una casualidad, algo raro. En general ves cosas tristes; ¿cómo no ser en esas circunstancias un monstruo lúgubre? Sólo que, Vera Pavlovna, “si ya que ha tenido la ocasión de verme con el humor con el que me gustaría estar siempre, y se ha llegado a esta situación de sinceridad, que sea un secreto que no soy un monstruo lúgubre por gusto. Me resulta más fácil cumplir con mi obligación, cuando no se dan cuenta que yo mismo quisiera no solamente; cumplir con mi obligación, sino también disfrutar de la vida; ahora ya no tratan de distraerme, no me quitan el tiempo para desembarazarme de las invitaciones. Y para que le sea más fácil no imaginarme de otra manera que como un menstruo lúgubre, hay que seguir la investigación de sus crímenes.

—¿Qué más quiere? Aun así ya ha encontrado dos: falta de sentimiento hacia Masha y falta de sentimiento hacia el taller. Me arrepiento.

—La falta de sentimiento hacia Masha es solamente un desliz, pero no un crimen. Masha no hubiera perecido por haberse frotado durante una hora más los ojos. Al contrario, lo haría con una sensación agradable de que cumplía con su deber, Pero por el taller de verdad quiero reñirla…

—Ya me riñó usted.

—Todavía no del todo, quiero reñirla hasta el final. ¿Cómo pudo dejarlo perecer?

—Pero si ya me arrepentí y no lo dejé; Mertsalova acordó sustituirme.

—Ya hemos dicho que su intención al dejarse sustituir por ella es una excusa insuficiente. Con esta excusa cayó solamente en un nuevo crimen. Rájmetov gradualmente temaba un tono serio, aunque no sombrío. Usted dice que ella la sustituye; ¿está decidido?

—Sí —dijo Vera Pavlovna sin la broma de antes, presintiendo ya que de esto salía

algo desagradable.

—Veamos, ¿quién lo decidió? Usted y ella, lo decidieron ustedes sin informarse de si estaban de acuerdo aquellas cincuenta personas con tal cambio, si no querían alguna otra cosa, si no encontraban algo mejor. Esto es despotismo, Vera Pavlovna. Ya pesan sobre usted dos crímenes: falta de compasión y despotismo. Pero el tercero es aún más grave. El establecimiento que correspondía más o menos bien a las ideas sapas sobre la organización de la manera de vivir, que sirvió de confirmación más o menos importante de su espíritu práctico —y las pruebas prácticas son todavía tan pocas, cada una de ellas es todavía tan preciosa— usted dejó que este establecimiento Corriera el riesgo de sucumbir, convertirse de una prueba de su espíritu práctico en un testimonio de inaplicabilidad, de lo absurdo de sus convicciones, en un medio para refutar las ideas beneficiosas para la humanidad; usted proporcionaba el argumento contra sus principios sagrados a los defensores de la oscuridad y del mal. Ahora ya no hablo de que usted destruiría el bienestar de cincuenta personas —¡qué significan cincuenta personas! Usted perjudicaría la obra de la humanidad, traicionaría la Obra del progreso. Esto es, Vera Pavlovna, lo que en el lenguaje religioso se denomina el pecado contra el espíritu santo, el pecado del que se dice que cualquier otro pecado puede ser perdonado al hombre, pero éste de ninguna manera, nunca. ¿Es verdad? ¿Es usted un criminal? Pero es bueno que todo acabara así y qué sus pecados se cometieran solamente en su imaginación. Pero, con todo, usted de verdad se ha sonrojado, Vera Pavlovna. Bien, le proporcionaré, un consuele. Si no sufriera tan fuertemente, no cometería estos crímenes ni en la imaginación. Eso quiere decir qué el criminal verdadero también en esto es aquel que la había alterado. Y usted afirma: ¡qué bueno es, qué bueno es!

—¿Cómo? Según usted, ¿él era culpable de que yo sufriera?

—¿Y quién entonces? Y todo este asunto —lo hizo muy bien, no lo discuto—, ¿pero pata qué? ¿Para qué todo este ruido? Nada de esto debió ocurrir.

—Sí, yo no debí tener ese sentimiento. Pero yo no lo llamé, trate de reprimirlo.

—Usted no tenía que hacerlo. Usted no se daba cuenta de aquello en lo que era culpable, pero se reprocha por aquello en lo que de ninguna manera es culpable. Ese sentimiento necesariamente tuvo que aparecer dados los caracteres de usted y de Dmitri Sergueich. De una u otra manera se hubiera desarrollado; es que aquí el sentimiento esencial en absoluto es que usted se enamorara de otro, ésa ya es la consecuencia; el sentimiento esencial era el descontento de sus relaciones anteriores. ¿A qué forma debió llegar ese descontento? Si usted y él, ambos, o al menos uno de ustedes no hubieran sido personas formadas, delicadas, buenas, se habría desarrollado en su forma habitual, es decir, en una hostilidad entre marido y mujer, se habrían peleado entre sí; si fueran malos los dos o uno de ustedes, habría atormentado al otro, y el otro habría sido el atormentado. En todo caso se habría llegado al tormento familiar, que disfrutamos en la mayor parte de los matrimonios; esto; desde luego no impediría la aparición del amor por otro, pero la cuestión principal consistía en él, en

el tormento, en torturar une al otro. En ustedes este descontento no pudo haber adquirido tal forma, porque ambos son personas decentes, sino que se desarrolló solamente en la forma más inofensiva, más suave, más ligera, en el amor por otro. Por lo tanto, sobre el amor por otro no hay por qué hablar; en él no está la esencia de la cuestión. La esencia de la cuestión es el descontento por la situación anterior; la causa del descontento es el desacuerdo entre les caracteres. Ambos son buenas personas, pero cuando su carácter, Vera Pavlovna, maduró, perdió la indeterminación infantil, adquirió unos rasgos claros, resultó que usted y Dmitri Sergueich no armonizaban demasiado. ¿Qué hay aquí de reprobable para alguno de ustedes? Yo también soy una buena persona; ¿y podría usted Convivir conmigo? Se ahorcaría de aburrimiento. ¿Al cabo de cuántos días, supone usted?

—Al cabo de pocos —dijo Vera Pavlovna riéndose.

—Él no es un monstruo lúgubre como yo, pero de todas formas usted y él no Coinciden. ¿Quién debió darse cuenta primeramente de ello? ¿Quién es mayor, qué carácter se estableció antes, quién tuvo más experiencia de la vida? Él debió preverlo y prepararla a usted, para que no se asustara y no se atormentara. Pero él lo entendió sólo cuando no solamente se desarrolló por completo el sentimiento que debió haber esperado y no esperó, sino cuando apareció incluso la consecuencia de ese sentimiento, otro sentimiento. ¿Por qué no le previo y no lo advirtió? ¿Es tonto tal vez? La inteligencia sería suficiente para ello. No; por falta de atención, por negligencia, menospreciaba sus relaciones con usted, Vera Pavlovna; ¡esto era! Y usted afirma: ¡es bueno, me quería! Rajmetov se iba animando, hablaba ya con ardor. Pero Vera Pavlovna lo detuvo.

—No debo escucharlo, Rajmetov —dijo con el tono de un descontento cortante —. Usted llena de reproches al hombre al que estoy infinatamente obligada.

—No, Vera Pavlovna, si no le hiciera falta escucharlo, no habría empezado a hablar. ¿Acaso me di cuenta de ello hoy? Usted sabe que no se puede evitar la conversación conmigo si a mí me parece que es necesaria. Eso quiere decir que pude habérselo dicho antes, pero calle. No digo nada antes de lo que es necesario. Usted ha viste que guardé la nota doce horas enteras en el bolsillo, aunque me daba lástima verla. Pero era necesario callar y yo calle. Por consiguiente, si ahora he empezado a decir lo que pensaba hace tiempo sobre las relaciones de Dmitri Sergueich con usted, esto quiere decir que hay que hablar de ellas.

No, yo no quiero escuchar —dijo Vera Pavlovna con una vehemencia extraordinaria—, le ruego que se calle, Rajmetov. Le ruego que se vaya. Le estoy muy agradecida porque perdió por mí la tarde. Pero le ruego que se vaya.

—¿Decididamente?

—Decididamente.

—Bien —dijo riéndose—. No, Vera Pavlovna, no se librará de mí tan fácilmente. Supuse esta posibilidad y tomé mis medidas. Esa nota que está quemada la escribió él mismo. Y ésta la escribió a mi petición. Esta se la puedo dejar, porque no es un

documento. Con su permiso. Rajmetov le alargó la nota.

«11 de julio. Las dos de la noche. Querida amiga Verochka, escucha todo lo que te dirá Rajmetov. No, sé lo que quiere decirte, yo no le encargué nada, él incluso no me insinuó nada de lo qué quería decirte. Pero sé que él no me dice nada, excepto lo necesario. Tu D. L.»

Vera Pavlovna Dios sabe cuántas veces besó esta nota.

—¿Por qué no me la dio? A lo mejor tiene todavía algo de él.

—No, no tengo nada más, porque nada más era necesario. ¿Por qué no se la di? Mientras no haga falta, no era necesario dársela.

—¿Dios mío, cómo que por qué? Pues, para darme el gusto de tener de él unas líneas después de nuestra separación.

—Así que era por eso; bueno, eso no es tan importante.

Sonrió.

—¡Ah, Rajmetov, usted pretende enfurecerme!

—¿De modo que esta nota es causa de una nueva disputa entre nosotros? —dijo, de nuevo sonriendo—. Si es así, se la quitaré y la quemaré, usted sabe que para la gente como usted y yo no hay nada sagrado. Somos capaces de cualquier violencia y maldad. ¿Y bien, puedo continuar?

Los des sé han calmado, ella por la neta que ha recibido, él, porque se quedó unos minutos en silencio, mientras ella besaba la nota.

—Sí, tengo la obligación de escuchar.

—Él no se daba cuenta de lo que debió darse cuenta —empezó Rajmetov con un tono tranquilo—. Eso produjo malas consecuencias. Pero si no se le culpa de que no se daba cuenta, de todos modos eso no lo disculpa. Aunque no sabía que eso tenía que producirse inevitablemente per la esencia de las relaciones entre su carácter y el de él, debió prepararla en todo caso para algo parecido, simplemente como para una cosa Casual que no se puede desear, que no se debe esperar, pero que puede presentarse de todos modos. No se puede garantizar el futuro ni los azares que puede traer. Este axioma de que hay toda clase de azares, eso lo sabía seguramente. ¿Cómo podía dejarla en tal estado de pensar en ello que cuando ocurrió eso, usted no estaba preparada? Que no lo previera, ocurrió por negligencia, lo que es ofensivo para usted; pero en sí mismo es algo indiferente, ni bueno ni malo. Que no la prepara para todo azar, surgió de un estímulo decididamente malo. Desde luego, él actuó inconscientemente, pero la naturaleza se manifiesta en las cosas que se hacen inconscientemente. Prepararla para eso contradiría a sus conclusiones; con la preparación se debilitaría la resistencia al sentimiento disconforme con los intereses de él. En usted surgió un sentimiento tan fuerte, que su resistencia más firme era inútil; ésta es otra vez una casualidad, que surgiera con tanta fuerza. Si hubiera sido provocado por un hombre que lo mereciera menos que él, menos digno, habría sido más débil. Los sentimientos fuertes, contra los cuales toda lucha es ineficaz, son rara excepción. Hay muchas más posibilidades para la aparición de estos sentimientos que

se pueden dominar, si la fuerza de la resistencia no está totalmente debilitada. Por éstas posibibilidades más probables él no quiso debilitarla. Este es el motivo por el cual no la dejó preparada y la sometió a tontos sufrimientos. ¿Qué le parece?

—Eso no es verdad, Rajmetov. Él no me ocultaba su manera de pensar. Sus convicciones las conocía yo tan bien como él.

—Por supuesto, Vera Pavlovna. Ocultarlo hubiera sido ya demasiado. Impedir en usted el desarrollo de las, convicciones qué correspondieran a sus propias convicciones, aparentar para ello que estaba pensando lo que no pensaba, eso sería ya algo completamente deshonesto. De un hombre así usted no se hubiera enamorado nunca. ¿Acaso lo denominé un hombre malo? Es un hombre muy bueno, qué bueno es, lo alabaré todo lo que desee. Yo solamente digo que antes de que surgiera éste punto (cuando surgió, él precedió bien), pero antes de que surgiera, él procedía con usted mal. ¿Por qué se atormentaba usted? Él decía —ni siquiera hay que decir nada, se ve por sí solo— que era para no afligirlo. ¿Cómo pudo tener usted la idea de que eso lo afligiría muy fuertemente? No debía tenerla. ¿Qué aflicción? Eso es tonto. ¿Qué celos son éstos?

—¿Usted no reconoce los celos, Rajmetov?

—En un hombre formado no debe haberlos. Es un sentimiento deformado, es un sentimiento falso, es un sentimiento abominable, es el fenómeno de aquel orden de cosas por el cual no permito a nadie que lleve mi ropa interior, que fume de mi boquilla; es la consecuencia de una opinión sobre el hombre como sobre mi pertenencia, sobre mi objeto. No, Rajmetov; si no se reconocen los celos, de allí, se desprenden unas consecuencias terribles.

—Para el que tiene celos son terribles, pero para el que no padece las consecuencias no hay en ellas no solamente nada terrible, sino que ni siquiera hay en ellas nada importante.

—¡Pero usted predica una inmoralidad total, Rajmetov!

—¿Eso le parece después de cuatro años de vida con él? En eso es culpable. ¿Cuántas veces al día almuerza usted? Una vez. ¿Se molestaría alguien si usted empezara a almorzar dos veces? Seguramente, no. ¿Por qué no lo hace? ¿Teme acaso disgustar a alguien? Con seguridad, simplemente porque no le hace falta, porque no quiere. Pero el almuerzo es algo agradable. Pero la razón y, lo que es principal, el estómago dice que un almuerzo es agradable, pero el segundo sería ya desagradable o se lo prohibiera, usted solamente empezaría a ocultarse, ST empezaría a comer platos de mal aspecto, se ensuciaría las manos al coger apresuradamente los alimentos, en sus bolsillos; nada más. No se trata en absoluto de moralidad o inmoralidad, sino solamente de si es bueno el contrabando. ¿A quién le contiene el concepto de que los celos en un sentimiento digno de respeto y misericordia, que «ah, si lo hago, lo disgustaré»? ¿A quién obliga esto a sufrir inútilmente en la lucha? Solamente a unos pocos, a los más honrados, por los que no se puede temer que la naturaleza los arrastre a la inmoralidad. A los demás este absurdo no los contiene en absoluto, sino

solamente los hace ingeniar astucias, engañar, es decir, les hace realmente animales. Esto es todo. ¿Acaso no lo conoce? —Desde luego, lo conozco.

—Después de esto, ¿dónde encontrara la utilidad moral de los celos?

—Nosotros mismos siempre hablábamos en este espíritu.

—Probablemente, no siempre en éste, o decían palabras, pero no las creían al escucharlas de otro. Y no las creían, claro, porque las oían sobre cualquier otro tema, o puede que incluso sobre este mismo tema oían las palabras en otro espíritu. De otra manera, ¿por qué se atormentó usted Dios sabe cuánto tiempo? ¿Y por qué? ¡Qué alboroto tan desagradable por tales tonterías! ¡Cuánta alteración para los tres, particularmente para usted, Vera Pavlovna! Mientras que hubieran podido seguir viviendo muy tranquilos los tres como antes, como habían vivido hace un año, o trasladarse de alguna manera todos a un piso o trasladarse de otra forma o como fuera conveniente, sólo que sin ninguna excitación; y dable. Pero si tiene imaginación o una afición enfermiza a almorzar dos veces, ¿la contendría de ello el peligro de disgustar a alguien? No. Si alguien se disgustara por ello ciaría su vestido porque escondería la comida en los bolsillos como antes hubieran podido tomar el té los tres juntos y cómo antes ir a la ópera los tres juntos. ¿Para qué esos tormentos? ¿Para que esas catástrofes? Y todo esto porque, gracias a su mala manera anterior de mantenerla no preparada, se quedó la idea: «lo mato con esto», lo que entonces no habría ocurrido. Sí, le acarreó mucho dolor inútil.

—No, Rajmetov, usted dice cosas horribles.

—¡De nuevo «cosas horribles»! Para mí son horribles los tormentos por tontería y las catástrofes por absurdos.

—Así que, según usted, ¿toda puesta historia es un melodrama tonto?

—Sí, un melodrama completamente innecesario con un sentimiento trágico completamente innecesario. Dmitri Sergueich es culpable, también de que en vez de unas simples charlas con el contenido más tranquilo resultó un melodrama desgarrador. La actuación honrada de él apenas basta para cubrir su culpa anterior al no prevenirla a usted y también a él y probablemente, para ver todo esto, muy tranquilamente como una pura tontería sin importancia, por la cual no merecía la pena tomarse un vaso de té de más o no apurar un vaso de té. Es muy culpable. Pero bueno, lo pagó bastante. Tome todavía una copa de jerez y acuéstese. He llegado ya al último objetivo de mi visita. Ya no las tres; si no la despiertan, dormirá mucho tiempo. Y yo dije a Masha que no la despertara hasta las diez y media, así que mañana apenas tendrá tiempo para tomar el *té* y tendrá que darse prisa para llegar a la estación; si no le da tiempo a preparar sus cosas, volverá usted pronto o se las traerán. ¿Cómo piensa hacerlo, que vaya a donde esté usted Alexander Matveich o volverá usted misma? Aunque ahora le resultaría difícil estar con Masha; no sería bueno que advirtiera que usted estaba completamente tranquila. ¿Pero cómo podrá darse cuenta en una media hora mientras reúna apresuradamente las cosas? Mucho peor sería Mertsalova. Pero ya pasaré mañana temprano por su casa y le diré que no venga aquí,

porque usted se había quedado mucho tiempo, sin dormir y no se la podía despertar, que fuera directamente a la estación.

—¡Qué preocupación por mí! —dijo Vera Pavlovna.

—Esto ya no se lo atribuya a él, eso ya es mío. Pero, además de que lo reprendo por lo de antes —a él personalmente le dije, por supuesto, algo más y más fuerte—, además de qué es culpable del todo en la aparición de todo este tormento, mientras que tenía lugar este tormento inútil se portó de forma digna de elogio.

XXXI
TERTULIA CON EL LECTOR PERSPICAZ Y SU EXPULSIÓN

—¿Di, oh, lector perspicaz, por qué fue introducido Rajmetov, que se marchó ahora y no aparecerá más en mi narración? Ya sabes por mí que es una figura que no participa en el argumento…

—No es verdad —me interrumpe el lector perspicaz—, Rajmetov es un personaje importante: fue él quien trajo la nota.

—Eres muy malo, señor mío, en los razonamientos estéticos, que te gustan tanto —lo interrumpe—. Después de esto, según tú, ¿también Masha es un personaje importante? Ella, en él mismo comienzo de la narración también trajo la carta que alteró a Vera Pavlovna. ¿Raquel también es un personaje importante? Ella dio dinero per las cosas sin el que Vera Pavlovna no hubiera podido salir de viaje. ¿También el profesor Ñ. es un personaje importante porque recomendó a Vera Pavlovna para el puesto de institutriz de la señora B., sin lo que no ocurriría la escena del regreso del bulevar Konnogvardeiski? ¿A lo mejor también el bulevar Konnogvardeiski es un personaje importante? Porque sin él no hubiera ocurrido la escena del encuentro y del regreso de él. Y la calle Gorojovaia resultará ser el personaje principal, ya que sin ella no existirían las casas en ella, es decir, la casa de Storeshnikov. Es decir, no existiría el administrador de esa casa, no existiría la hija del administrador de esa casa, y entonces no existiría narración alguna. Sin embargo, supongamos, como tú, que todos éstos son personajes principales: el bulevar Konnogvardeiski y Masha, Raquel y la calle Gorojovaia. De ellos se dijo unas; cinco palabras o incluso menos, porque su actuación es tal que no merece más de cinco palabras; pero mire, cuántas páginas están dedicadas a Rajmetov.

—Ahora lo sé —dice el lector perspicaz—. Introduce a Rajmetov para pronunciar la sentencia sobre Vera Pavlovna y Lopujov, es necesario para la conversación con Vera Pavlovna.

—¡Oh, qué malo eres, señor mío! Entiendes la cosa precisamente al revés. ¿Acaso es necesario inventar a un hombre en particular para que expresara su opinión sobre otros personajes? Por estas necesidades, a lo mejor, introducen y hacen desaparecer a las personas tus grandes artistas en sus obras; pero yo, aunque soy un mal escritor, entiendo algo mejor las condiciones de lo artístico. No, señor mío, Rajmetov no era; necesario en absoluto para eso.: ¿Cuántas veces la misma Vera Pavlovna, Lepujov, Kirsanov expresan ellos mismos su opinión sobre sus actos y relaciones? No son personas tontas, ellos ^mismos pueden enjuiciar lo que es bueno y lo que es malo; para eso no necesitan un apuntador. ¿Acaso crees que la misma Vera Pavlovna, cuando esté descansando, dentro de unos días, al recordar el pasado alboroto, no condenaría su despreocupación por el taller del mismo modo que lo condenó

Rajmetov? ¿Y acaso supones que Lopujov mismo no pensó sobre sus relaciones coa Vera Pavlovna todo lo que dije de él a Vera Pavlovna Rajmetov? Pensó todo eso; las personas honradas mismas piensan sobre sí mismas todo lo que se Ies puede decir a modo de crítica. Por eso, señor mío, son también personas honradas; ¿o no lo sabías? Eres muy malo, señor mío, por lo que se refiere a las ideas sobre cómo piensan personas honradas. Te diré más: ¿acaso suponías que Rajmetov en la conversación con Vera Pavlovna charlaba independientemente de Lopujov? No señor mío; él era aquí meramente un instrumento de Lopujov, y Vera Pavlovna se dio cuenta de ello al cabo de Uno o dos días, y se habría dado cuenta en el mismo instante en el que Rajmetov abrió la boca, si no hubiera estado demasiado alterada. Así estaban las cosas realmente; ¿no entiendes ni eso? Por supuesto, Lopujov en la segunda nota dice del todo correctamente que ni él dijo nada a Rajmetov ni Rajmetov dijo una palabra a él de cuál sería el contenido de la conversación de Rajmetov con Vera Pavlovna; pero Lopujov conocía bien a Rajmetov y sabía lo que Rajmetov pensaba de cada asunto y cómo hablaría Rajmetov en cada caso. Es que las personas honradas se comprenden sin explicaciones entre ellas. Lopujov hubiera podido de antemano escribir casi al pie de la letra todo lo que diría Rajmetov a Vera Pavlovna; precisamente por eso pidió a Rajmetov que fuera intermediario. ¿No debo introducirte todavía más profundamente en los secretos sicológicos? Lopujov sabía muy bien que todo. Io que pensaba entonces sobre sí mismo lo pensaba sobre él también Rajmetov (y lo pensaba Mortsalov, lo pensaba Mertsalova, lo pensaba aquel oficial que había, competido con él en las islas); al cabo de, algún tiempo empezaría a pensarlo de él también Vera Pavlovna, aunque nadie se lo dijera. Lo vería, inmediatamente después de que se pasara la primera fiebre del agradecimiento; por consiguiente, calculó Lopujov, en el resultado final no pierdo nada si le mando a ella a Rajmetov, que me reprenderá; ella misma pronto llegaría a esa opinión. Al contrario, gano en su estima; ella se dará cuenta pronto que yo había previsto el contenido de la conversación y por qué la había preparado. Ella pensará: «Qué hombre tan honrado. Sabía que en estos primeros días de emoción mi reconocimiento hacia él me agobiaría con su exaltación, y se preocupó de que en mi mente aparecieran cuanto antes pensamientos que suavizaron esa carga; aunque me enfadara con Rajmetov porque lo censuraba, entonces comprendí que, de suyo, Rajmetov decía la verdad. Yo misma llegaría a esa conclusión dentro de una semana, pero entonces ya no sería para mí importante, aun sin ello estaría ya tranquila; y gracias a que esos pensamientos se dijeron precisamente el primer día, me liberé de la carga mental que en otro caso duraría una semana entera. Ese día, esos pensamientos fueron muy importantes y útiles. Sí es un hombre muy noble.» Ésta fue la artimaña que había preparado Lopujov; Rajmetov fue solamente su instrumento. Ves, señor mío., lector perspicaz, qué astutas son las personas honrada y cómo juega en ella el egoísmo; no como en tu caso, señor mío. Ellos, si lo adviertes, encuentran su mayor placer en que las personas a las que estiman, piensen en ellos como en personas honradas, y para eso, señor mío, se

esfuerzan e ingenian diversas artimañas no menos obstinadamente que tú para tus fines; sólo que los fines en diferentes en los dos casos, porque ni las artimañas las inventáis tú y ellos de la misma manera: tú inventas unas artimañas infames, perjudiciales para los demás, mientras que ellos las inventan: honradas, útiles para los demás.

—Con todo, ¿cómo te atreves a decirme groserías? —exclama el lector perspicaz, dirigiéndose a mí—. Presentaré una denuncia contra ti, pregonaré a los cuatro vientos que eres un hombre malintencionado.

—Disculpe, señor mío —contesto—, si le digo groserías, cuando estimo su carácter tanto como su inteligencia. Yo solamente quiero ilustrarlo con respecto a lo: artístico, que es lo que le gusta tanto. En relación con; esto se ha equivocado, señor mío, suponiendo que Rajmetov fue introducido particularmente para pronunciar, la sentencia sobre Vera Pavlovna y Lopujov. No había tal necesidad; en los pensamientos que manifiesta él no hay nada que yo no pueda comunicarte a ti, señor mío —como pensamiento del mismo Lopujov sobre sí mismo y como pensamiento que, incluso sin Rajmetov, tendría al cabo de algún tiempo Vera Pavlovna sobre sí misma y sobre Lepujov. Ahora, señor mío, tengo una pregunta para ti: ¿para qué te comuniqué la conversación de Rajmetov con Vera Pavlovna? ¿Entiendes ahora que si no comunico los pensamientos de Lopujov y de Vera Pavlovna, sino la conversación de Rajmetov con Vera Pavlovna, entonces es necesario comunicar no solamente los pensamientos que constituían la esencia de la conversación, sino precisamente la conversación? ¿Para qué era necesario comunicarte precisamente esa conversación? Porque era la conversación de Rajmetov con Vera Pavlovna. ¿Lo entiendes al menos ahora? ¿Todavía no? ¡Estás tú bueno! Malo por lo que se refiere al significado, malo. Bueno, aquí tienes, te lo descifraré: cuando charlan dos personas, por su conversación se ve más o menos el carácter de esas personas; ¿entiendes a dónde va la cosa? ¿Conocías le suficiente el carácter de Vera Pavlovna hasta esta conversación? Lo conocías, no supiste nada nuevo sobre ella; tú sabías ya que enrojecía, bromeaba, no se oponía a comer con apetito e incluso a tomar una copita de jerez. Eso quiere decir que la conversación no era necesaria para la caracterización de Vera Pavlovna, sino ¿de quién? Los que conversaban eren dos: ella y Rajmetov. Para la caracterización no de ella, sino de, bueno, adivina.

—¡De Rajmetov! —exclama el lector perspicaz.

—Bien, inteligente, le adivinó, por eso te alabo. Como ves, todo lo contrario a lo que te imaginabas antes. Pero Rajmetov fue introducido para sostener la conversión, y la conversación se comunicó para que, y únicamente para que, conocieras mejor a Rajmetov. En esta conversación ves que a Rajmetov le apetecía tomar jerez, aunque no bebe, que Rajmetov no es de ninguna manera «un monstruo lúgubre», que, al contrario, cuando está cumpliendo; una, obligación agradable, olvida sus pensamientos tristes, su dolor agudo, entonces él bromea, charla alegremente; sólo que, dice, tengo poca ocasión para esto, y es triste, dice, que tengo tan pocas

ocasiones para esto, no me alegra ser «un monstruo lúgubre»; pero las circunstancias son tales que un hombre con mi amor ardiente hacia el bien no puede dejar de ser «un monstruo lúgubre», si no fuera per eso, dice, a lo mejor, bromearía todo el día, reiría, cantaría, bailaría.

¿Has entendido ahora, lector perspicaz, que aunque utilizamos muchas páginas para una descripción directa de qué clase de hombre era Rajmetov, pero que, de suyo, todavía muchas más páginas dedicamos exclusivamente para que conocieras todavía a la misma persona que no era en absoluto un personaje de la narración? ¿Dime ahora, para qué fue expuesta y descrita tan detalladamente esa persona? Recuerda, entonces te dije: «únicamente para satisfacer la principal exigencia de lo artístico». Piensa, cuál es esta exigencia y cómo se satisface mediante la colocación de la figura de Rajmetov delante de ti, ¿lo has adivinado? Qué va, cómo podrías. Bueno, escucha. O no, no escuches, no lo entenderías, quédate donde estás; ya he disfrutado bastante contigo. Ahora no hablo contigo, hablo con el público y hablo en serio.

La primera exigencia de lo artístico consiste en lo siguiente: hay que representar los objetos de tal modo que el lector se les imagine en su aspecto verdadero. Por ejemplo, si quiero representar una casa, entonces debo conseguir que ante el lector esté precisamente una casa y no esté ni una choza ni un palacio. Si quiero representar a un hombre corriente, entonces debo conseguir que ante el lector no esté ni un enano ni un gigante.

Yo quise representar a personas corrientes y honradas de la nueva generación, a personas a las qué encuentro por centenares. Tomé tres personas así: a Vera Pavlovna, a Lopujov, a Kirsanov. Los considero personas corrientes de ésa clase; ellos mismo se consideran así. Lo mismo que los consideran personas corrientes todos sus conocidos, es decir, las personas iguales que ellos. ¿Dónde no hablé de ellos en este sentido? ¿Qué dije que no fuera así? Los representé con cariño y estima, porque toda persona honrada merece cariño y estima. ¿Petó dónde me postraba ante ellos? ¿Dónde se asoma aunque fuera la más insignificante sombra de la idea de que son Dios sabe qué de elevados y bellos, que no puedo imaginarme nada superior y mejor que ellos, que ellos son los ideales de la gente? Tal como pienso de ellos, así actúan, no mejor que las personas corrientes y honradas de la nueva generación. ¿Qué hacen de grandioso? No cometen maldades, no se acobardan, tienen unas convicciones corrientes y honradas, tratan de actuar según ellas; nada más. ¡Qué clase de heroísmo es éste! Sí, quería mostrar personas que actúan como todas las personas corrientes de su tipo, y espero que lo haya conseguido. Los lectores que conocen de cerca a personas reales de este tipo, espero que hayan visto desde el mismo comienzo que mis personajes no son de ninguna manera ideales, sino personas que no rebasan en absoluto el nivel general de las personas de su tipo; que cada una de las personas de su tipo ha vivido más de dos, más de tres acontecimientos en los que no ha actuado nada peor que ellos en mi novela. Supongamos qué otras personas honradas no vivieron exactamente los mismos acontecimientos que los relatados por mí; es que decididamente no hay nada

extraordinario ni maravilloso en que todas las mujeres y todos los maridos se separen (y en modo alguno cada mujer honrada siente un amor pasional por el amigo de su marido). No todo hombre honrado lucha contra la pasión por una mujer casada, y menos durante tres años enteres, y tampoco todo hombre se verá obligado a dispararse en el puente o según las palabras del hombre perspicaz así, sin saber a dónde, desaparecer del hotel. Pero ningún hombre honrado en ningún caso consideraría, heroísmo actuar en lugar de las personas que representé exactamente de la misma manera que ellos, y estaría dispuesto a ello, si ése fuera su caso; y muchas veces procedió a creer en casos no menos o incluso más difíciles, y a pesar de ello no se considera un hombre asombroso, sino solamente piensa de sí mismo que, bueno, así, no soy nada especial, una persona suficientemente honrada: Y mis buenos conocimientos de un hombre así (todas personas como él, pues con otros no mantiene buenas amistades) también piensan de él así, que sí, es un hombre bueno; pero no se les pasa por la cabeza echarse de rodillas ante él, sino piensan: nosotros somos como él. Espero que haya logrado que cada hombre honrado de la nueva generación reconozca al tipo habitual de sus buenos conocidos en mis personajes principales.

Pero aquéllas personas que desde el mismo comienzo de la narración pensaran sobre mi Vera Pavlovna, Kirsanov, Lopujov: «Bueno, éstos son nuestros buenos conocidos, unas personas corrientes, sencillas como nosotros», los que pensarán así sobre mis personajes principales, de todas formas: todavía constituyen la minoría del público. La mayoría está todavía mucho más bajo que este tipo. El hombre que no ha visto nada más que chozas, considerará como la representación de un palacio el dibujo en el que está trazada simplemente una casa corriente. ¿Qué hacer con un hombre así, para que la casa sea para él precisamente una casa, y no un palacio? Hay que dibujar en el mismo cuadro al menos una pequeña esquina de un palacio; por esta esquina verá que el palacio no puede ser una pieza de la misma proporción que la edificación en el cuadro y que esta edificación en efecto no puede ser más grande que una casa normal y corriente en las que, o incluso en otras mejores, deberían vivir todos. Si no mostrara la figura de Rajmetov, la mayoría de los lectores se despistaría con respecto a los personajes principales de mi narración. Apuesto que hasta los últimos apartados de este capítulo, Vera Pavlovna, Kirsanov, Lepujov resultaban ser a la mayoría del público, héroes, personas de una naturaleza superior, incluso, si se quiere, personas idealizadas, si se quiere, incluso personas imposibles en la realidad dada la nobleza demasiado elevada. No, amigos míos, malvados, malos, lamentables amigos míos, no es como, os lo imagináis. No es que ellos estén demasiado altos, sino que vosotros estáis demasiado bajos. Veis ahora que ellos están simplemente sobre la tierra; os parecía que fletaban en las nubes, porque vosotros estáis sentados en la cueva más baja. A la altura a la que se encuentran ellos, tienen que estar, pueden estar todos. Las naturalezas superiores, a las que no podemos alcanzar ni yo ni vosotros, lamentables amigos, míos, las naturalezas superiores no son así. Os tracé per encima el perfil de una de ellas: no veis esos rasos. Pero si queréis esforzaros por

vuestro desarrollo, podéis ser iguales a las personas que representé totalmente. El que esté más abajo que ellos, ése es una persona baja. Elevaos de vuestra cueva, amigos míos, elevaos; no es tan difícil. Salid al mundo libre y amplio, es magnífico vivir en él, y el camino es fácil y atractivo, probadlo: formación, formación. Observad, reflexionad, leed a aquellos que os hablan del disfrute limpio de la vida, de que el hombre puede ser bueno y feliz. Leedlos, sus libros ensanchan el corazón, observad la vida, es interesante observarla reflexionad, es emocionante reflexionar. Esto es todo. No se exige sacrificios, no se requiere privaciones, no son necesarios. Desead la felicidad solamente, solamente, este deseo es necesario. Para eso os ocuparéis con deleite de vuestra formación: en ella está la felicidad. ¡Oh, cuántos deleites experimenta un hombre formado! Incluso aquello que el otro considera como un sacrificio, un dolor, él lo considera como una satisfacción para él, como un placer, y su corazón está abierto a las alegrías. ¡Y él tiene tantas! ¡Probadlo: es estupendo!

CAPÍTULO CUARTO
EL SEGUNDO MATRIMONIO

I

Berlín, 20 de julio de 1856

«Estimada señora, Vera Pavlovna:

Mi amistad con el fallecido Dmitri Sergueich Lopujov me da la esperanza de que acogerá con benevolencia entre el número de sus conocidos a un hombre que usted desconoce per completo, pero que la estima profundamente. En todo caso me atrevo a pensar que no me acusará de importuno. Entrando en correspondencia con usted, cumplo meramente el deseo del fallecido Dmitri Sergueich; y los datos que le comunico sobre él, puede usted considerarlos totalmente fidedignos, ya que transmitiré sus pensamientos con sus propias palabras, como si hablara él mismo. Estas son sus palabras sobre el asunto cuya explicación constituye el objetivo de esta carta:

Los pensamientos que originaren el desenlace que inquietó a personas cercanas a mí (transmito las propias palabras de Dmitri Sergueich, como he dicho ya), maduraron en mí gradualmente, y mi determinación cambió varias veces antes de que recibiera su forma definitiva. Me di cuenta de la circunstancia que había sido la causa de estos pensamientos de un modo inesperado y repentino, en el mismo momento en el que ella (Dimitri Sergueich habla de usted) me habló con susto sobre el sueño que la había horrorizado. El sueño me pareció muy importante y, como un hombre que contemplaba el estado de sus sentimientos desde fuera, comprendí en ese mismo instante, qué en su vida empezaba un episodio que para un tiempo más o menos largo alteraría mis anteriores relaciones con ella. Pero el hombre trata de conservar hasta el último momento la situación a la que se había habituado; en la profundidad esencial de nuestra naturaleza está un elemento conservador que abandonamos solamente a raíz de algo inevitable. En esto, según mi opinión, consiste la explicación de mi primera suposición. Deseaba pensar, y pensé que ese episodio se pasaría al cabo de algún tiempo, y entonces se restablecerían nuestras anteriores relaciones. Ella quería evitar el mismo episodio a través de un acercamiento más estrecho a mí. Eso me

sedujo y durante algunos días no consideré imposible el cumplimiento de su esperanza. Pronto me convencí, sin embargo, que esperar eso era algo inútil. La causa de ello residía en mi carácter.

De ninguna manera pretendo censurar mi carácter, diciendo esto. Lo entiendo así.

El hombre, que lleva la vida como es debido, distribuye el tiempo en tres partes: el trabajo, el disfrute y el descanso o la diversión. El disfrute exige el descanso de la misma manera que el trabajo. En el trabajo y en el disfrute el elemento humano Común se sobrepone a las peculiaridades personales; en el trabajo actuamos bajo la determinación dominante de las necesidades racionales externas; en el disfrute bajo la determinación dominante de otras necesidades también comunes a la naturaleza humana. El descanso, la diversión es el elemento en el que la personalidad busca la renovación de las fuerzas de aquella agitación que agota las reservas de los materiales vitales, el elemento que introduce ya en la vida la misma personalidad; aquí la personalidad quiere regirse por sus propias peculiaridades, por sus comodidades individuales. En el trabajo y en el disfrute las personas se ven arrastradas a otras personas por una fuerza potente común que está por encima de sus particularidades personales, es decir, por el cálculo de la ventaja en el trabajo; en el disfrute por las mismas necesidades del organismo. En el descanso no es así. No es cuestión de una fuerza común que haga desaparecer las peculiaridades personales. El descanso es la cosa más personal; aquí la naturaleza pide el mayor espacio, aquí el hombre se individualiza en la mayor medida, y el carácter del hombre se manifiesta sobre todo en qué clase de descansó es para él más fácil y más agradable.

A este respecto las personas se dividen en dos grandes apartados. Para las personas de un apartado el descanso o la diversión es más agradable en compañía de otros. La soledad es necesaria a todos. Pero para ellos es necesario qué la soledad sea una excepción; y la regla para ellos es la vida con Otros. Está clase es mucho más numerosa que la otra, la que necesita lo contrario: en la soledad encuentran más espacio que en la compañía con otros. Esta diferencia está indicada también en la opinión general que está expresada con estas palabras: el hombre sociable y el hombre cerrado. Yo pertenezco a las personas no sociables, ella a las sociables. Este es todo el secreto de nuestra historia. AI parecer, claro, está que en esta causa no hay nada censurable para ninguno de nosotros. No hay nada censurable tampoco en que ninguno de nosotros tuviera las fuerzas; suficientes para apartar esta causa. Contra su naturaleza el hombre es impotente.

A todos nos resulta bastante difícil comprender las particularidades de otras naturalezas, cada uno se representa a todos los demás según el carácter de su propia individualidad. Lo que no necesito yo, eso, según mi opinión, no necesitan otros. Así nos empuja a pensar nuestra individualidad. Son necesarios Unos síntomas demasiado llamativos para que recuerde lo contrario. Y al revés: donde yo encuentro el descanso y el horizonte abierto para mí, allí está también para otros. La naturalidad de esta inclinación de los pensamientos es mi disculpa por el hecho de que demasiado

tarde advertí la diferencia entre mi naturaleza y la de ella. Contribuyó mucho a la falta también el hecho de que cuando decidimos vivir juntes, ella me colocaba demasiado alto; entre nosotros entonces no había todavía igualdad. Por su parte había demasiado respeto hacia mí; mi manera de vivir le parecía ejemplar, ella tomaba por un rasgo humano común lo que era mi particularidad personal, y por algún tiempo la atraje. Había también otra razón, aún más fuertes Entre las personas no formadas se respeta poco la inviolabilidad de la vida interior. Todos los miembros la familia, especialmente los mayores, se meten sin ceremonias en su vida íntima. No se trata de que con esto se destruyan nuestros secretos. Los secretos son una joya más o menos valiosas; uno no se olvida de esconderlas, guardarlas. Y tampoco todo el mundo las tiene, muchos incluso no tienen nada que esconder ante los familiares. Pero todos quieren que en su vida interior haya un rincón donde no se meta nadie, lo mismo que todos quieren tener su propia habitación para él solo. Las personas no formadas no respetan ni, le uno ni lo otro: si tiene su propia habitación para usted solo, entran en ella todos, no por deseo de espiar o ser inoportunos, no, simplemente porque no se les ocurre que eso pueda molestarlo. Piensan que solamente en el caso de que le resultasen en general antipático, usted no deseará verlos aparecer sin motivo alguno delante de usted; no entienden que pueden fastidiar, pueden estorbar al hombre, al que a lo; mejor caen simpáticos. Lo sagrado del umbral a través del cual no tiene derecho a pasar nadie sin la voluntad de su ocupante, se reconoce entre nosotros únicamente en una habitación, en la habitación del cabeza de familia porque el cabeza de familia puede echar a patadas a cualquiera que aparezca delante de sus narices sin pedirle permiso. En cuanto a todos los demás, cualquiera que sea más viejo o igual por su posición en la familia puede aparecer ante sus narices cuando se le antoje. Lo mismo que ocurre con la habitación, ocurre también con el mundo de la vida interior. En ella se mete sin necesidad alguna, incluso sin pensamiento alguno, cualquiera y a propósito de cualquier tontería; y con la mayor frecuencia solamente para entretener la lengua. La muchacha tiene dos vestidos corrientes, uno blanco, otro de color rosa; ella se había puesto el de color rosa, y ya se puede entretener uno. "Te has puesto el vestido rosa, Aniuta, ¿por qué te lo has puesto?" Aniuta misma no sabe por qué se lo ha puesto, había que ponerse alguno; además, si se hubiera puesto el blanco, resultaría lo mismo. "No sé, mamá (o hermana)". "Hubiera sido mejor ponerte el blanco". La misma que charla con Aniuta no sabe por qué es mejor. Simplemente está entretenido la lengua. "¿Qué te pasa ahora Aniuta?, parece que estás triste". Aniuta no está ni triste ni alegre; ¿pero por qué no preguntar aquello que ni se ve? "No lo sé; no, creo que estoy bien." "No, estás algo triste". Al cabo de dos minutos: "¿Por qué, Aniuta no te pones a tocar el piano?" ¿Por qué? No se sabe; y así todo el día. Su alma es como Una calle, a la que se asoman todos les que están sentados junte a la ventana, no porque les sea necesario ver allí algo. No, ellos incluso saben que no verán nada necesario ni interesante, sino, así, de no tener nada que hacer. Da lo mismo; per consiguiente, ¿por qué no asomarse? A la calle,

realmente, le da lo mismo; pero el hombre no recibe en absoluto ningún placer si lo molestan.

Es natural que estas molestias sin objetivo ni pensamiento alguno pueden provocar una reacción; y en cuanto que un hombre se encuentre en la situación en que puede quedarse solo, algún tiempo encuentra placer en la soledad, aunque por naturaleza estuviera inclinado a la compañía, y no a la soledad.

Ella, en este aspecto se encontraba hasta el matrimonio en una situación excepcionalmente expuesta: la importunaban, se metían en su alma no simplemente por no tener nada que hacer, por casualidad y solamente por falta de delicadeza, sino sistemáticamente, con insistencia, cada minuto, demasiado groseramente, con demasiado descaro. Se metían malamente y con mala intención; no se metían simplemente con unas manos vulgares, sino con unas manos muy ásperas y extraordinariamente sucias. Por eso también la reacción en ella fue muy fuerte.

Por eso no hay que juzgar severamente mi falta. Durante varios meses, puede que un año, no me equivocaba: ella en efecto necesitaba y le era agradable la soledad.

Y durante ese tiempo me formé la opinión sobre su carácter. Su fuerte necesidad temporal coincidió con mi necesidad permanente. ¿Qué hay de asombroso en que tomara un fenómeno temporal por un rasgo permanente de su carácter? ¡Todos tienen la tendencia a juzgar sobre los demás según ellos mismos!

Era una falta, y muy grande. No me culpo a mí de ella, pero sigo queriendo justificarme; eso significa: tengo el presentimiento de que los demás no serán tan benevolentes conmigo como yo mismo. Para suavizar la reprobación, tengo que decir algo más sobre mi carácter con respecto a aquel aspecto que le es a ella y a la mayor parte de otras personas bastante desconocido y por eso sin explicaciones se podría comprender de un modo incorrecto.

No entiendo el descanso de otra forma que no fuera en la soledad. Estar con otros significa para mí ya ocuparse de algo o trabajar o deleitarse; Me siento en un horizonte del todo abierto únicamente cuando estoy solo. ¿Cómo denominarlo? ¿Por qué es esto? En unos por un carácter reservado, en otros por timidez en otros por la inclinación a la melancolía y a la meditación, y en otros por falta de simpatía per la gente. En mí, parece ser, no hay nada de eso. Soy sincero y abierto, estoy dispuesto a estar siempre alegre y nunca me entra la melancolía. Me resulta agradable ver a la gente; pero eso ya está relacionado para mí con el trabajo o el disfrute, algo que exige a continuación el descanso, es decir, para mí, la soledad. A mi modo de entender, en mí es este simplemente un resultado peculiar de la tendencia hacia la independencia, hacia la libertad.

Así la fuerza de da reacción contra la anterior situación demasiado inquietante en la familia la obligó por algún tiempo a adoptar una manera de vivir incongruente con y su inclinación permanente. El respeto hacia mí la mantenía en esa disposición temporal durante más tiempo de lo que hubiera durado por sí sola; y yo durante ese largo período, me formé una opinión sobre su carácter, tomé el rasgo temporal por el

permanente y me quedé tranquilo con eso; ésa es toda la historia. Por mi parte hubo una falta, pero no había nada de malo en esta falta; y por su parte no hubo completamente nada. ¡Y cuántos sufrimientos resultaron de esto para ella y con qué catástrofe acabó para mí!

Cuando su susto ante el sueño terrible me reveló el estado de sus sentimientos, era tarde para corregir mi falta. Pero si le hubiéramos advertido antes, ¿a lo mejor con un esfuerzo constante sobre nosotros, habríamos logrado quedamos para siempre contentos uno del otro? No lo sé; pero creo que, aun en caso de éxito, no hubiera salido nada especialmente bueno. Supongamos que hubiéramos transformado nuestros caracteres hasta tal punto que no hubiera quedado causa que pesara sobre nuestras relaciones. Pero las transformaciones de les caracteres son buenas sólo cuando están dirigidas contra algún aspecto malo; pero aquellos aspectos que habría que transformar en ella y en mí no tenían nada de malo. ¿En qué es la sociabilidad mejor o peor que la inclinación a la soledad o al revés? Y la transformación del carácter en todo caso es una viciación, una ruptura. Y en la ruptura se pierde muchas cosas; de la violación sucumben muchas cosas. El resultado, al cual ella y yo tal vez (tal vez, y no con seguridad) hubiéramos llegado no merecía tal pérdida. Ambos nos hubiéramos quedado en parte más pálidos, más o menos hubiéramos destruido en nosotros la frescura de la vida. ¿Para qué? Meramente para conservar ciertos lugares en ciertas habitaciones. Habría sido otra cosa, si hubiéramos tenido hijos; entonces hubiera sido necesario reflexionar mucho sobre cómo cambiaría la suerte de ellos por nuestra separación. Si hubiera empeorado, la misma prevención contra ello habría merecido los mayores esfuerzos, y el resultado de que has hecho lo necesario para la conservación de la mejor suerte para aquellos a los que amas, esté resultado habría recompensado todos los esfuerzos. Pero en las condiciones actuales, ¿qué fin racional hubiera tenido eso?

De modo que en la situación dada, mi falta, al parecer, condujo a una mejor solución; gracias a ella, ambos pudimos forzamos menos. Ella pasó mucho dolor, pero sin él, seguramente, hubiera pasado más, y el resultado no hubiera sido tan satisfactorio.

Estas son las palabras de Dmitri Sergueich. De la insistencia con la que se ocupaba de este aspecto del asunto, usted puede ver fácilmente que él, como decía, notaba algo embarazoso, desfavorable para él. Añadía directamente: Siento que de todos modos seguiré sin tener razón en la opinión de aquellos que se pondrían a examinar el asunto sin simpatía hacia mí. Pero estoy convencido de la simpatía de ella. Ella me juzgará incluso mejor que yo mismo. Y yo mismo considero que tengo completamente razón. Esta es mi opinión sobre el período antes del sueño. Ahora le transmitiré los sentimientos y las intenciones que tenía después de que su sueño le revelara lo insatisfactorio de las relaciones entre usted y él.

Dije (son palabras de Dmitri Sergueich) que desde sus primeras palabras sobre el sueño terrible había entendido la inevitabilidad de algún episodio, diferente de

nuestras anteriores relaciones. Esperé que tendría una fuerza considerable, ya que de otra manera era imposible, dada la energía de la naturaleza de ella y ese estado de su descontento que poseía ya una fuerza muy grande por haber estado oculto durante demasiado tiempo. Pero, de todos modos, la espera se me presentaba al principio en la forma más fácil y ventajosa. Razoné así: ella se dejará llevar por algún tiempo de un amor pasional per alguien, pasará uno o dos años y volverá a mí, soy una persona muy buena. Las probabilidades de coincidir con otro hombre así son muy pequeñas (hablo directamente como pienso; no poseo la astucia hipócrita de aminorar mis cualidades). El sentimiento satisfecho de amor perderá una parte de su impetuosidad; ella verá que aunque una parte de su naturaleza se satisface menos en la vida conmigo, en la complejidad global de la vida le resultará más fácil y más libre vivir conmigo que con otro, y todo se restablecerá como antes. Yo, gracias a esta experiencia, seré más atento con ella; ella adquirirá un nuevo respeto por mí, estará más ligada a mí que antes, y viviremos en mayor armonía que antes.

Pero (esto es algo cuya explicación es muy delicada para mí; no obstante hay que darla), ¿cómo me imaginé la perspectiva de que nuestras relaciones con ella se restablecerían? ¿Me alegró eso? Desde luego. ¿Pero me alegró solamente? No, me lo imaginé también como una carga, por supuesto, agradable, muy agradable, pero, de todos modos, una carga. La amo mucho y me esforzaré para adaptarme mejor a ella. Eso me proporcionará satisfacción, pero a pesar de todo, mi vida estará limitada. Así me lo imaginé, cuando me tranquilicé de la primera impresión. Y vi que no me equivocaba. Me dejó experimentarlo cuando quería que tratara de conservar su amor. El mes durante el que complacía su deseo fue el mes más pesado de mi vida. Aquí no había sufrimiento alguno (esa expresión no iría dé ninguna manera con la cuestión, sería absurda aquí). Por parte de las sensaciones positivas no experimentaba nada que no fuera la alegría de complacerla; pero me aburría. Este es el secreto de que su intento de mantener su amor por mí quedara malogrado. Me aburría al complacerla.

A primera vista puede resultar extraño que no me aburriera dedicando infinitas tardes a los estudiantes por los cuales, desde luego, no me hubiera preocupado, y que sintiera un agotamiento muy fuerte al dedicar solamente unas cuantas tardes a la mujer a la que amaba más que a mí mismo, por la cual estaba dispuesto a morir, y no solamente a morir, sino a cualquier tortura. Eso puede resultar extraño, pero solamente para él que no penetre en la esencia de mi relación con los jóvenes a los que dedicaba tanto tiempo. Primero, no tenía ninguna relación personal con esos jóvenes; cuando estaba con ellos, no veía delante de mí personas, sino veía solamente a varios tipos abstractos que intercambiaban ideas; mis conversaciones con ellos se diferenciaban poco de mis pensamientos a solas; aquí estaba ocupado en mí solamente un aspecto del hombre, aquel que menos de todos requiere descanso, es decir, la mente. Todo lo demás dormía. Y sin embargo, la conversación tenía un objetivo útil y práctico, es decir, contribuir al desarrollo de la vida mental, de la nobleza del carácter y de la energía en mis jóvenes amigos: Eso era trabajo pero un

trabajo tan fácil que servía para el restablecimiento de las fuerzas, gastadas en otros trabajos; un trabajo que no agotaba, sino descansaba, pero de todos modos, un trabajo; por eso la personalidad no planteaba aquí las exigencias que planteaba para el descanso. Aquí buscaba utilidad, no sosiego; aquí permitía dormir a todos los aspectos de mi ser, excepto a la mente; y la mente actuaba sin ninguna mezcla de relaciones personales con respecto a las personas con las que hablaba, por eso notaba el mismo horizonte abierto que a solas. Esas conversaciones, puede decirse, no me sacaban siquiera de la soledad. Esto no tenía nada que ver con las relaciones en las cuales participa toda la persona.

Sé lo embarazoso que es pronunciar la palabra aburrimiento; pero la honestidad no me permite callar. Sí, con todo mi amor per ella sentí un alivio cuando me convencí de que entre ella y yo no podía establecerse unas relaciones eh las que fuera cómodo vivir como antes. Yo empecé a convencerme de ello por aquella época en que ella empezó a notar que complacer su deseo era oneroso para mí. Entonces el futuro me lo representé en una nueva forma que era para mí más agradable. Al ver que nos era imposible mantener las relaciones de antes, empecé a pensar cómo cuanto antes —otra vez tengo que emplear una expresión embarazosa—, pensar cómo desembarazarme cuanto antes, librarme de la situación que me resultaba aburrida. Este es el secreto de lo que tenía que parecer generoso al hombre que quisiera cegarse con el reconocimiento por lo externo del asunto o no estuviera tan cerca como para descubrir la misma profundidad de les móviles. Sí, yo simplemente tenía ganas de librarme de Una situación embarazosa. Sin negar hipócritamente lo bueno en mí, no negaré que uno de mis motivos era el desearle bien. Pero ése era ya solamente el segundo motivo, supongamos que era muy fuerte, pero de todas formas por su fuerza se quedaba lejos del primero, el principal, es decir, el deseo de librarme del aburrimiento: éste fue el motor auténtico. Bajo su influencia empecé a examinar atentamente su modo de vida y vi fácilmente que en su cambio de estado de ánimo producido por el cambio de modo de vida el papel principal lo desempeñaba la aparición y el alejamiento de Alexander Matvoich. Eso me obligó a pensar también en él; entendí la causa de sus actuaciones extrañas a las que antes no había prestado atención, y después de esto mis pensamientos cobraron una dirección diferente, como he dicho ya, una dirección más agradable para mí. Cuando vi que en ella no había solamente una búsqueda de amor pasional, sino que ya estaba el mismo amor (sólo que ella todavía no era consciente de él), qué ese sentimiento se había dirigido hacia un hombre completa; mente digno y, en general, completamente capaz de sustituirme con respecto a ella, que ese hombre mismo la quería, con pasión, me alegré extraordinariamente. Por otra parte, es verdad que la primera impresión era desagradable; Cada alteración importante está relacionada con cierto dolor. Vi entonces que no podía, honradamente, considerarme persona indispensable para ella; y ciertamente me había acostumbrado a ello. Y, hay que decir la verdad, eso me resultaba agradable. Por consiguiente, la pérdida de esa relación inevitablemente

tenía que tener un lado desagradable. Pero este lado, al principio, durante muy poco tiempo, dominaba el otro lado que me alegraba. Entonces estaba seguro de su felicidad y contento por su parte. Eso era fuente de mi gran alegría. Pero sería inútil pensar que en eso consistía la satisfacción principal. No, el sentimiento personal era de nuevo mucho más importante: vi que, me liberaba por completo de esfuerzos. Mis palabras no tienen el significado de que la vida sin familia pudiera parecerme más libre o más fácil que la vida en familia. No, si ni el marido ni la mujer tienen que esforzarse para complacerse mutuamente, si están contentos el uno con el otro sin ningún esfuerzo sobre elfos mismos, si se complacen mutuamente sin pensar en absoluto en complacer al otro, entonces cuanto más estrechas sean las relaciones entre ellos, tanto más fácil y libre les será a ambos: Pero la relación entre ella y yo no era así. Por eso separarse significaba para mí quedar libre.

De esto se ve que actué por mi propio interés, cuando decidí no impedir su felicidad. Había un lado noble, en mi actuación, pero como fuerza motriz sirvió la inclinación de mi propia naturaleza hacia lo mejor para mí mismo. Por eso tuve la fuerza de actuar, según creo, bien. No agitarse de un lado para otro, no originar un caos inútil y cosas desagradables a los demás, no atraicionar mi obligación. Es fácil cuando la obligación es la inclinación de la propia naturaleza.

Me fui a Riazan. Al cabo de algún tiempo ella me llamó diciendo que mi presencia ya no la molestaría.

Yo vi, sin embargo, que la molestaba. Por lo que puedo comprender, aquí había dos causas. Le resultaba difícil ver al hombre al que debía demasiado, según su opinión. Se equivocaba en esto. No me debía absolutamente nada, ya que yo había actuado mucho más por mí, que por ella. Pero ella se lo imaginaba de otro modo y sentía un reconocimiento extremadamente fuerte por mí. Es un, sentimiento desagradable. Hay en él un aspecto agradable pero domina sólo cuando el sentimiento no es demasiado fuerte. Cuando es fuerte, es efectivamente desagradable: La otra causa es otra vez una explicación un tanto delicada (pero hay que decir lo que se piensa), la otra causa la encuentro en el hecho de que le resultaba desagradable la anormalidad de su posición en el sentido de las condiciones; sociales; le pesaba que la sociedad no le concedía el reconocimiento formal de su derecho a ocupar su posición. Así que vi que le pesaba mi existencia a su lado. No ocultaré que en este nuevo descubrimiento había un aspecto incomparablemente más desagradable para mí que todos los sentimientos que había experimentado en los anteriores períodos de la cuestión… Conservaba por ella una inclinación muy fuerte: quería seguir siendo para ella un hombre muy cercano. Esperaba que fuera así. Y cuando vi que no debía ser así, me sentía muy dolorido. Y aquí no había ya recompensa alguna por ese doler en ningún cálculo personal; puedo decir que aquí mi decisión, mi última decisión la adopté, únicamente por el afecto hacia ella, solamente por el deseo de que le fuera mejor, en absoluto por el estímulo del propio interés. Por otro lado, nunca mis relaciones con ella, ni en su mejor época, me proporcionaron tal satisfacción interior

como esa decisión. Aquí procedía, ya bajo el influjo de lo que puedo denominar la nobleza, mejor dicho, el cálculo noble, cálculo en el que la ley común de la naturaleza humana actúa completamente aislada, sin tomar refuerzo de las peculiaridades individuales. Y entonces supe lo superior que es él placer de sentir que uno procede como un hombre noble, es decir, tal como tiene que preceder en general todo hombre, no Iván y Pedro, sino cualquiera sin diferencia dé nombres. ¡Qué placer tan superior es sentirse simplemente un hombre, ni Ivan ni Pedro, sino un hombre, solamente, sin más, un hombre! Este sentimiento es demasiado fuerte; las naturalezas corrientes, como la mía, no pueden soportar una elevación demasiado frecuente Hasta ese sentimiento; pero se siente bien aquel que ha tenido alguna vez la ocasión de experimentarlo.

No hay necesidad de explicar aquel aspecto de mis actuaciones, aspecto que sería una gran imprudencia con respecto a otras personas, pero que se justificaba demasiado evidentemente por el carácter de la persona a la que yo cedía. Cuando me iba a Riazan, entre ella y Alexander Matveich no se había dicho ni una palabra; cuando adoptaba mi última decisión, no se había dicho ni una palabra entre él y yo ni entre ella y yo. Pero yo le conocía bien; no tenía necesidad de preguntar por sus pensamientos para conocerles.

Estoy transmitiendo las palabras de Dmitri Sergueich con exactitud literal, como ya dije.

Soy un hombre pará usted completamente extraño; pero la correspondencia, en la que estoy entrando con usted, cumpliendo el deseo del fallecido Dmitri Sergueich, tiene un carácter tan íntimo que, seguramente, le interesará saber, quién es este hombre desconocido para usted, totalmente enterado de la vida interior del fallecido Dmitri Sergueich. Soy un antiguo estudiante de medicina, más no sé decirle de mí. Los últimos años viví en Petersburgo: Hace unos cuantos días se me ocurrió ponerme a viajar y buscarme una nueva carrera en el extranjero. Me marché de Petersburgo al día siguiente de que se enterara usted de la muerte de Dmitri Serguerich. Por una razón particular no llevaba documentos, de modo que tuve que coger documentos ajenos, que me había procurado amablemente uno de nuestros conocidos comunes. Me los dio con la condición de que realizara por el camino algunos encargos de su parte. Cuando vea por casualidad a Rajmetov dígale que cumplí debidamente todos los encargos. Ahora vagaré seguramente por Alemania observando las costumbres. Tengo varios centenares de rublos y tengo ganas de divertirme. Cuando me canse del ocio, me buscaré trabajo, da lo mismo qué trabajo, y ¿dónde?, donde sea.

Estoy libre como un pájaro, y puedo estar despreocupado como un pájaro. Una situación así me encanta.

Es muy posible que desee honrarme con la respuesta. Pero no sé dónde estaré dentro de una semana, puede: que en Italia, puede que en Inglaterra, puede que en Praga; puedo ahora vivir según mi imaginación, y no sé a dónde me llevará. Por eso ponga en sus cartas solamente las señas siguientes: Berlín, Fridrichstrasse, 20,

Agentur von H. Schweigler. Dentro de este sobre estará su carta en otro sobre en el cual en vez de dirección alguna pondrá usted solamente las cifras 12345; éstas indicarán a la oficina de la agencia de Schweigler que la carta debe serme remitida.

Reciba, estimada señora, prueba de profunda estima del hombre, completamente extraño para usted, pero que le está entregado ilimitadamente y que se denominará:

Antiguo estudiante de medicina.

«Estimado señor, Alexander Matveich. Según el deseo del fallecido Dmitri Sergueich, tengo que transmitirle la convicción de que la mejor circunstancia para él le parecía precisamente el que su puesto tuviera que cedérselo a usted. Dadas las relaciones que condujeron a esta modificación, relaciones que se venían formando gradualmente a lo largo de tres años, cuando usted casi nunca venía como huésped, por consiguiente, que surgieron sin su participación alguna, únicamente a causa de la disconformidad de los caracteres entre dos personas a las que usted luego trató de acercar en vano, dadas estas relaciones fue inevitable el desenlace que ocurrió. Es evidente que Dmitri Sergueich de ninguna forma pudo atribuírselo a usted. Desde luego, esta aclaración es superflua; no obstante, más bien sólo como una formalidad, rae encargó hacerla. De una u otra manera, uno u otro tenía que ocupar el puesto que no pudo ocupar él; y en él pudo aparecer otro sólo porque Dmitri Sergueich no pudo ocuparlo. El hecho de que en su puesto apareciera precisamente usted, constituye, según la opinión del fallecido Dmitri Sergueich, el mejor desenlace de todos. Le estrecho su mano.

Antiguo estudiante de medicina.

—Y yo sé…

¿Qué es? —una voz conocida… Me vuelvo; ¡así es! Él, el lector perspicaz, hace poco expulsado con vergüenza por no saber nada en el campo de lo artístico; ya está otra vez aquí, y otra vez con su perspicacia. ¡Otra vez sabe algo!

—¡Oh! Sé quién lo escribió…

Pero yo apresuradamente cojo la primera cosa cómoda para mi fin que encontré al alcance de mi mano; encontré una servilleta, porque, después de copiar la carta del antiguo estudiante, me puse a desayunar; así que cojo la servilleta y se la meto en la boca: «Si lo sabes, guárdatelo para ti; ¿para qué gritarlo a pleno pulmón?»

II

Petersburgo, 25 de agosto de 1856

«Estimado señor:

Usted comprenderá hasta qué punto me alegró su carta. Se la agradezco de todo corazón. Su amistad con el fallecido Dmitri Sergueich me da derecho a considerar también a usted como mi amigo, permítame emplear ésta denominación. El carácter de Dmitri Sergueich se ve en cada una de las palabras que transmitió usted. Constantemente rastrea las causas más escondidas de sus actos, y leproporciona un placer relacionarlo con su teoría de egoísmo. Por lo demás, es la costumbre común de todo nuestro grupo. Mi Alexander también es aficionado a estudiarse en ese espíritu. ¡Si lo escuchara cómo explica su manera de actuar con respecto a Dmitri Sergueich y yo durante tres años! Según sus palabras, hacía todo por el cálculo egoísta, por su propia satisfacción. También yo hace tiempo adquirí esta costumbre. Sólo que eso interesa algo menos a Alexander y a mí que a Dmitri Sergueich; coincidimos con él plenamente, pero él tiene más afición a ella. El que nos escuche, pensaría que los tres somos unos egoístas tales como el mundo no ha producido antes. Y puede que sea cierto. Puede que antes no había tales egoístas. Sí, eso parece.

Pero además de este rasgo, común a nosotros tres, en las palabras de Dmitri Sergueich hay otro que corresponde ya propiamente a su circunstancia: el objetivo evidente de sus explicaciones es tranquilizarme. No es que sus palabras no fueran del todo sinceras —no, él nunca dice lo que no piensa—, sino que exhibe con demasiada fuerza solamente aquel aspecto de la verdad que puede tranquilizarme. Amigo mío, estoy muy reconocida por ello, pero yo también soy un egoísta; diré que se preocupa en vano solamente por mi tranquilidad. Nosotros mismos nos justificamos con mucha mayor facilidad de la que nos justifican los demás; y yo, a decir verdad, no me considero culpable ante él en nada; diré más: ni siquiera me considero obligada a sentir por el reconocimiento. Aprecio su nobleza, oh, ¡cómo la aprecio! Pero sé que él había sido noble no por mí, sino por sí mismo. También yo, si no lo engañaba, no lo engañaba por él, sino per mí, no porque engañar hubiera sido injusto con él, sino porque sería repugnante para mí misma.

Dije que no me culpaba, lo mismo que él. Pero, lo mismo que él, siento inclinación a justificarme. Según sus palabras (muy correctas), eso significa: tengo el presentimiento de que los demás no pueden librarme tan fácilmente como yo misma de la reprobación por algunos aspectos de mis actos. En absoluto tengo ganas de justificarme en esa parte de la cuestión en la que se justifica él y, al contrario, quiero justificarme en aquella parte en la que no tiene que justificarse él. En lo que había antes de mi sueño, nadie me llamará culpable por algo, lo sé. ¿Pero no fui en ese caso

yo la causa de que la cosa tuviera un aspecto tan melodramático y condujera a una catástrofe tan espectacular? ¿No debí ver mucho más simplemente la transformación de las relaciones que era va inevitable, cuando mi sueño reveló a Dmitri Sergueich y a mí nuestra situación? La tarde dé aquel día en el que falleció Dmitri Sergueich, tuve una conversación larga con el feroz de Rajmetov (¡qué hombre tan tierno y bueno!); él me decía Dios sabe qué cosas terribles sobre Dmitri Sergueich: Pero si las traducimos a un tono amistoso hacia Dmitri Sergeuich, en vez del tono duro, casi hostil con el que habló Rajmetov, entonces, tal vez, son verdaderas. Sospecho que Dmitri Sergueich comprendía muy bien qué cosas diría Rajmetov y que eso entraba en su cálculo. Sí, a mí me hizo falta entonces cirio, me tranquilizó eso mucho, y fuera quien fuera el que organizó esa conversación, le estoy muy agradecida por ella a usted, amigo mío. Pero el mismo feroz de Rajmetov tuvo que reconocer que en la última mitad de la cuestión Dmitri Sergueich procedía excelentemente. Rajmetov lo culpó Solamente por la primera mitad, por lo que él tiene ganas de justificarse. Yo me justificaré por la segunda mitad, aunque nadie me dijera que era culpable per ello. Pero cada uno de nosotros —hablo por nosotros y nuestros amigos, por todo nuestro círculo— tiene un crítico más severo que el mismo Rajmetov; es nuestra propia razón.

Sí, comprende, amigo, mío, que habría sido mucho más fácil para todos, si hubiera mirado la cosa más sencillamente y no le hubiera atribuido un significado demasiado trágico. Según el punto de vista de Dmitri Sergueich hay que decir más: en este caso él no hubiera tenido que recurrir a un desenlace espectacular y muy desagradable para él; fue llevado a él solamente a causa de la extremada vehemencia de mi inquietud. Entiendo que debía parecerle así, aunque no mandara transmitírmelo. Tanto más aprecio su simpatía por mí, que no se debilitó siquiera: per esta opinión; Pero escuche, amigo míe, no es del todo justa, no es justa en absoluto. No fue por mi falta ni por mi extremada inquietud por lo que se produjo para Dmitri Sergueich la inevitabilidad de experimentar lo que él mismo denomina como muy desagradable. Es cierto, si no hubiera concedido una importancia extraordinaria a la transformación de las relaciones se podía haber evitado el viaje a Riazari. Pero él dice que no era desagradable para él; así que aquí todavía no había una gran desgracia a causa de mi punto de vista exaltado. Desagradable fue para Dmitri Sergueich solamente la necesidad de fallecer. El explica lo inevitable de esta decisión suya mediante dos causas: yo sufría por un reconocimiento extraordinario hacia él, sufría porque no pedía, colocarme en unas relaciones con Alexander tales como exigían las condiciones sociales. En efecto, no estaba plenamente tranquila, me pesaba mi situación antes de que muriera, pero no adivinaba la verdadera causa. Piensa que verlo me pesaba, por la extraordinaria carga del reconocimiento; no es del todo así. El hombre está muy inclinado a buscar pensamientos que puedan aliviarle; y por aquel entonces, cuando Dmitri Sergueich vio la necesidad de morir, esa causa no existía ya desde hace mucho. Mi reconocimiento por él hace tiempo había adquirido aquella

mesura con la que se constituye en un sentimiento agradable. Y solamente esta causa tenía la relación con mi anterior punto de vista exaltado acerca de la cuestión. La segunda causa, que cita Dmitri Sergueich; el deseo de dar a mis relaciones, con. Alexander el carácter reconocido por la sociedad, ésta causa ya no dependía en absoluto de mi opinión sobre la Cuestión, se desprendía de los conceptos deja sociedad. Con respecto a ésta hubiera sido impotente. Pero Dmitri Sergucich se equivoca completamente, pensando que su presencia me pesaba por esta causa. No. Aun sin su muerte habría sido fácil remediarla, si hubiera sido necesario y si hubiera sido suficiente para mí. Si el marido vive junto con su mujer; eso basta para que la sociedad no haga escándalos a la mujer, esté en cualesquiera relaciones con otro. Este ya es un gran éxito. Vemos muchos ejemplos de que gracias a la nobleza del marido la cosa se ordena de este modo; y en todos estos casos la sociedad deja en paz a la mujer. Ahora considero que este modo es el mejor y el más fácil de todos los modos de ordenar los asuntos parecidos al nuestro. Dmitri Sergueich antes me había propuesto este modo. Yo lo había rechazado éntonces por mi exaltación. No sé cómo habría sido todo si lo hubiera aceptado entonces. Si hubiera podido estar contenta con que la sociedad me dejaba en paz, no me hacía el escándalo, no quería ver mis relaciones con Alexander, entonces, por supuesto, la manera que me ofreció Dmitri Sergueich, habría sido suficiente y él no habría tenido razón alguna para desear que mis relaciones con Alexander estuvieran determinadas de una manera formal. Pero me parece que esta ordenación del asunto, satisfactoria en la mayor parte de los casos parecidos al nuestro, no hubiera sido satisfactoria en el nuestro. Nuestra situación poseía esa rara casualidad de que las tres personas de las que se trataba, eran iguales en su fuerza. Si Dmitri Sergueich hubiera notado una supremacía de Alexander sobre él en la inteligencia, la formación o el carácter, si, cediendo su puesto a Alexander, hubiera cedido a la supremacía de la fuerza moral, si su renuncia no hubiera sido voluntaria, si hubiera sido meramente una renuncia del débil ante el fuerte, oh, entonces, desde luego, yo no habría tenido por qué apesadumbrarme. Lo mismo que si yo por la inteligencia o por el carácter hubiera sido mucho más fuerte que Dmitri Sergueich, si él antes del desarrollo de mis relaciones con. Alexander, hubiera sido lo que muy bien caracteriza la anécdota de la que, recuerdas, amigo mío, nos reímos mucho, anécdota de cómo se reunieron en el vestíbulo de la ópera dos señores, charlaron, quedaron mutuamente complacidos, quisieron conocerse: Yo soy el teniente tal —dice uno presentándose—. Y yo soy el esposo de la señora Redesci, — se presentó el otro—. Si Dmitri Sergueich hubiera sido el esposo de la señora Redesci, oh, entonces, desde luego, no habría habido necesidad alguna de que muriera, se habría sometido, se habría conformado; y si hubiera sido un hombre noble, no habría visto en su conformidad nada ofensivo para él mismo, y todo habría sido estupendo. Pero su relación con respecto a Alexander y a mí no era en absoluto así. Él no era ni en un ápice más débil o inferior que ninguno de nosotros; lo sabíamos tanto nosotros como él. Su concesión no era consecuencia de la impotencia;

¡de ninguna manera! Era puramente obra de su buena voluntad. ¿No es así, amigo mío? Usted no puede negarlo. ¿Entonces en qué situación me veía yo? En esto está, amigo mío, todo el fondo de la cuestión.

Me veía en una situación de dependencia de su buena voluntad; por eso me pesaba mi situación; por eso él vio la necesidad de su noble decisión, es decir, morir. Sí, amigo mío, la causa de mi sentimiento que lo obligó a eso se encentraba mucho más profundamente dedo que explica él en su carta. La magnitud onerosa del reconocimiento ya no existía. Satisfacer las pretensiones de la sociedad: hubiera sido fácil con el modo que me había propuesto el mismo Dmitri Sergueich. Además, las pretensiones de la sociedad no llegaban a mí, que vivía en un pequeño círculo que no las tiene en absoluto. Pero yo quedaba dependiendo de Dmitri Sergueich, mi posición tenía como base solamente su buena voluntad; mi posición no era independiente. Esta es la causa por la cual era molesta. Juzgue ahora si esta causa hubiera podido ser prevenida con uno u otro punto de vista mío sobre el cambio de nuestras relaciones. Aquí no era importante mi punto de vista, sino que Dmitri Sergueich es un hombre peculiar, que procedía de una u otra forma solamente por su buena voluntad; ¡por buena voluntad! Sí, amigo mío, usted sabe y aprueba este sentimiento mío: No quiero depender de la buena voluntad de quien sea, aunque fuera el hombre más entregado a mí, aunque fuera el hombre al que más estimo, en el que confío no menos que en mí misma, del que sé positivamente que siempre hará con alegría todo lo que me sea necesario, que no se preocupa por mi felicidad menos que yo misma. Sí, amigo mío, no lo quiero y sé que usted lo aprueba.

Sin embargo, ¿para qué decir todo esto? ¿Para qué este análisis, que descubre los motivos más secretos de los sentimientos que nadie podría encontrar? De todos modos yo, como Dmitri Sergueich, hago este autodesenmascaramiento en mi favor, para que se pueda decir: yo aquí no tengo culpa alguna, la cuestión dependía de un hecho que no estaba en mi poder. Hago esta anotad ción porque a Dmitri Sergueich le gustaban estas anotaciones. Quiero agradarle a usted, amigo mío.

Pero basta de esto. Usted tuvo tanta simpatía hacia mí que no lamentó perder varias horas de su tiempo para su larga (y, oh, tan preciosa para mí) carta; por ello veo, con qué diplomacia escribo exactamente los mismos giros que Dmitri Sergueich o usted. Sí, *de eso,* solamente de eso veo que le interesará saber: lo que fue de mí después de que Dmitri Sergueich se despidiera de mí al marcharse a Moscú para volver y morir. Cuando regresó de Riazan, vio que yo estaba incómoda. Eso se reveló en mí fuertemente sólo cuando regresó. Mientras vivió en Riazan, yo, le diré la verdad, no pensé en él tanto, es decir, no tanto como supone usted, juzgando según lo que vio al regresar. Pero cuando se marchó a Moscú vi que había tramado algo especial. Se notaba que se estaba deshaciendo de los asuntos en Petersburgo; se veía que durante una semana solamente esperaba que se acabasen para partir, y luego… ¿cómo pude dejar de notarle? Los últimos días noté a veces tristeza en su rostro, ese rostro que sabe bastante bien no revelar los secretes. Presentía que se preparaba algo

decisivo, radical. Y cuando se sentó en el vagón, estaba yo tan triste, tan triste. Al día siguiente estaba triste, a la mañana del tercer día me levanté más triste aún, y de pronto Masha me da la carta —qué minuto tan atormentador, que hora tan atormentadora, qué día tan atormentador—; usted lo sabe. Por eso, amigo mío, ahora estoy mejor que antes; conozco la fuerza de mi afecto por Dmitri Sergueich. Yo misma no pensé que fuera tan fuerte. Sí, amigo mío, ahora conozco su fuerza, la conoce también usted, porque usted, por supuesto, sabe que decidí separarme de Alexander. Todo el día sentí que mi vida estaba rota, envenenada para siempre. Usted conoce también, mi entusiasmo infantil al ver la nota de mi amigo tan bueno, nota que cambió por completo mis pensamientos (ve lo prudentes que son mis expresiones, debe de estar muy contento conmigo, amigo mío). Usted sabe todo esto, porque Rajmetov se fue a acompañarle a usted, después de dejarme a mí en el vagón; Dmitri Sergueich y él tenían razón, diciendo que de todos modos había que salir de Petersburgo para colmar aquel efecto por el cual Dmitri Sergueich no lamentó dejarme todo el día en un tormento tremendo. ¡Qué agradecida le estoy por esa falta de compasión! Él y Rajmetov tenían razón al aconsejar a Alexander que no me fuera a ver, que no me acompañara. Pero ya no tenía necesidad de ir hasta Moscú, hacía falta solamente alejarse de Petersburgo, y me quedé en Novgorod. Al cabo de algunos días vino allí Alexander, trajo los documentos sobré la muerte de Dmitri Serguéich, nos casamos al cabo de una semana después de esta muerte y pasamos un mes en la estación, en Chudov para que Alexander pudiera ir cómodamente tres o cuatro veces por semana a su hospital. Ayer regresamos a Petersburgo; Esta es la razón por la cual tardé tanto con la respuesta a su carta: estaba en un cajón de Masha, que se olvidó por completo de ella. Y usted, seguramente, pensaba Dios sabe qué, ya que no recibía la contestación durante tanto tiempo.

Lo abrazo, amigo mío, su

Vera Kirsanova.»

«Te estrecho la mano, amigo. Sólo que, por favor, no me escribas cumplidos, porque, si es así, de mi corazón saldrá un río entero de elogios a tu nobleza, aunque no puede haber, por supuesto, otra cosa más repulsiva para ti. ¿Sabes qué? ¿No prueba el hecho de que nos escribamos mutuamente unas cuantas líneas la presencia de una buena dosis de estupidez tanto en mí como en ti? Parece que prueba que nos sentimos un poco incómodos. Por lo demás, a mí todavía, supongamos, se me puede perdonar; ¿pero tú, por qué razón? La próxima vez espero poder charlar Contigo con soltura y escribirte un montón de novedades de aquí. Tu *Alexander Kirsanov.*»

III

Estas cartas, totalmente sinceras, en efecto eran un poco unilaterales, como observó la misma Vera Pavlovna. Ambos participantes de la correspondencia, desde luego, procuraban reducir mutuamente la fuerza de las sacudidas tremendas que habían experimentado. ¡Esta gente es muy astuta! A menudo oía decir de ellos, es decir, de ellos y de los parecidos a ellos, cosas tales que realmente reía a carcajadas en medio de sus convencimientos patéticos de que, como decían, eso para mí no era absolutamente nada, era muy fácil. Por supuesto, me reía a carcajadas cuando trataba de convencerme de ello un hombre extraño y en una conversación solamente entre dos personas. Y cuando eso mismo se le decía a un hombre que tenía que escucharlo, yo coreaba que, desde luego, eso eran tonterías de verdad. El hombre honrado es una criatura muy divertida: siempre pié reía de cada hombre honrado al que conocía.

Una criatura muy divertida, hasta el absurdo. Por ejemplo, estas cartas. Ya me he acostumbrado parcialmente a estas artimañas, teniendo amistad con unas señoras y señores así. Bien, ¿y qué efecto tiene sobre un hombre no corrompido, nuevo, por ejemplo, sobre el lector perspicaz?

El lector perspicaz ya consiguió liberar su boca de la servilleta y sentencia, moviendo la cabeza:

—¡Inmoral!

—¡Estupendo! ¡Acertó! —lo elogio—. Bien, alégrame todavía con una palabrita.

—Y el autor también es un hombre inmoral —sentencia el lector perspicaz—. Mira qué cosas aprueba.

—No, querido, te equivocas. Yo no apruebo aquí muchas cosas. Si quieres, incluso no apruebo nada, si hay que decirte la verdad. Todo esto es todavía demasiado rebuscado, solemne; la vida es mucho más simple.

¿Así que tú, quieres decir, eres todavía más inmoral? —me pregunta el lector perspicaz, desorbitando los ojos por el asombro ante la inmoralidad inconcebible en la cual cayó el ser humano con mi persona.

—Mucho más inmoral —digo yo, sin saber si es para reírme del lector perspicaz.

La correspondencia proseguía todavía tres o cuatro meses, diligentemente por parte de los Kirsanov, negligente y exiguamente por la otra parte. Luego ya dejó de contestar del todo a las cartas. Por todo esto se veía que quería meramente transmitir a Vera Pavlovna y a su espose aquellos pensamientos de Lopujov de los cuales salió la primera carta tan larga, y al cumplir esta obligación, consideró inútil continuar la correspondencia. Al quedarse dos o tres veces sin contestación, los Kirsanov lo comprendieron y dejaron de escribir.

IV

Vera Pavlovna está descansando en su cama blanda, esperando que vuelva el marido a comer de su hospital. Ahora trabaja poco en la cocina con las adiciones dulces para la comida. Tenía ganas de echarse Cuanto antes de descansar, porque trabajó bastante esa mañana, y ya hace tiempo que ocurre así, y todavía durante bastante tiempo ocurrirá que tenga bastante trabajo por las mañanas: es que está estableciendo otro taller en otro lado de la dudad. Vera Pavlovna Lopujova vivía en la isla Vasilievski. Verá Pavlovna Kirsanova vive en la calle Serguievskaia, porque su marido necesita tener la casa más cerca del barrio de Vyborg. Mertsalova cayó muy bien en ese taller en la isla Vasilievski, y era natural: ella y el taller se conocían ya muy bien. Vera Pavlovna, al volver a Petersburgo, vio que aun si necesitara estar en el taller, bastaría de vez en cuando, para poco tiempo; que si sigue estando, allí casi todos los días, es, propiamente, porque la lleva allí su afecto y porque la reciben allí con afecto. A lo mejor, por algún tiempo todavía no serán del todo inútiles sus visitas. A pesar de todo Mertsalova todavía considera alguna vez necesario pedirle consejo; pero eso le quita poco tiempo y va allí cada vez menos. Pronto Mertsalova adquirirá tanta experiencia que dejará de necesitar por completo a Vera Pavlovna. Ya en los primeros días después de su regreso a Petersburgo Vera Pavlovna estaba en el taller en la isla Vasilievski más como una visitante querida que como una persona indispensable. ¿Con qué ocuparse? Estaba claro con qué: había que fundar otro taller, en su nueva vecindad, al otro lado de la ciudad.

Así que se está estableciendo un nuevo taller en una de las callejuelas entre la calle Basseinaia y Serguievskaia. Con este taller hay mucho menos trabajo que con el primero: cinco muchachas, que constituyen el personal básico, pasaron aquí del anterior taller, donde ocuparon sus puestos unas chicas nuevas. El resto se formó con buenas conocidas de las costureras que trabajaban en el anterior, taller. Eso significa que más de la mitad de lo que había que hacer, estaba ya preparada. El objetivo y el régimen del taller eran bien conocidos a todos los miembros del grupo. Las muchachas nuevas entraban directamente con el desee de que desde el primer momento estuviera introducido aquel orden a que había llegado tan lentamente el primer taller. Oh, ahora la organización va diez veces más rápidamente que entonces y hay tres veces menos preocupaciones. Pero de todos modos hay mucho trabajo y Vera Pavlevna está ahora tan cansada como lo estuvo ayer y anteayer, como se quedaba cansada ya desde hace dos meses. Sólo dos meses, aunque pasó ya más de medio año desde su segundo matrimonio. ¿Qué? Había que hacer una fiesta nupcial, y ella lo festejó durante mucho tiempo. Pero ahora ya se puso a trabajar.

Sí, ahora ha trabajado y descansa, y piensa sobre muchas cosas, sobre muchas cosas, cada vez más sobre el presente: ¡es tan bonito y tierno! Está tan lleno de vida que tara vez queda tiempo para los recuerdos. Los recuerdos vendrán más tarde, sí, mucho más tarde. No será ni dentro de diez años ni dentro de veinte años, sino más

tarde; todavía no es su momento y todavía durante mucho tiempo no será su momento. A pesar de todo, suelen venir también ahora, rara vez, como por ejemplo ahora recordó lo que con mayor frecuencia le viene en esos recuerdos poco frecuentes. Esto es lo que recuerda.

V

—¡Querido! ¡Iré contigo!

—Pero si no tienes tus cosas.

—Querido mío, mañana mismo iré a donde estés tú, ya que no quisiste llevarme contigo ahora.

—Piénsalo. Tú verás. Espera mi carta. Llegará mañana mismo.

Vuelve a casa. ¿Qué sentía, cuando iba con Masha a casa, qué sentía y pensaba durante todo ese largo camino desde la estación de Moscú hasta pasada la avenida Sredni? Ella misma no lo sabe, tan alterada estaba con el rápido viraje del asunto; no había pasado todavía un día, sí, sólo dentro de dos horas será un día desde que él encontrara su carta en su habitación y ya Se alejó. ¡Qué rápido es esto, qué de repente! A las dos de la noche ella todavía no preveía nada, él esperó cuándo ella, agotada con la agitación de la mañana, ya no pedía resistirse por mucho tiempo al sueño entró, dijo unas cuantas palabras, y en esas pocas palabras casi todo era solamente una introducción incomprensible a lo que quiso decir, y lo que quiso decir, lo dijo en estas breves palabras: «Hace tiempo que no veo a mis viejos, iré a verlos; se alegrarán,» Nada más, y enseguida se fue. Corrió tras él, aunque, cuando entró le pidió que no lo hiciera, corrió tras él. ¿Dónde está? «¿Masha, dónde está, dónde está?» Masha, que todavía estaba recogiendo el servido de té después de los invitados que acababan de marcharse, dice: «Dmitri Sergueich se marchó; dijo cuando pasó por aquí: Voy a pasear.» Y ella tenía que acostarse; y cosa extraña; ¿cómo pudo dormirse? Pero es que ella no sabía que eso sería esa misma mañana que estaba amaneciendo; él dijo que tendrían tiempo de hablar de todo. Y apenas se despertó cuando era hora de ir a la estación. Sí, todo eso solamente pasó por delante de sus ojos, como si no le hubiera ocurrido a ella, como si alguien le contara apresuradamente que: eso había ocurrido a otro. Sólo entonces, después de regresar de la estación, ella volvió en sí y empezó a pensar: ¿qué sería ahora de ella, qué sería, ahora de ella?

Sí, irá a Riazan. Irá. No puede hacer otra cosa. ¿Pero esa carta? ¿Qué estará en esa carta? ¿No esperar esa carta para decidirse? Sabe lo que estará en ella. Pero de todos modos hay que aplazar la decisión hasta que llegue la carta. ¿Para qué aplazarla? Irá. Sí, irá. Lo piensa una hora, lo piensa dos horas, lo piensa tres, cuatro horas. Pero Masha tiene hambre ya y por tercera vez la llama para que vaya a comer, y esta vez más que llamar se lo manda. ¿Y qué? Es una distracción. «Pobre Masha, la hice pasar hambre.» «¿Pero por qué esperó, Masha? Debió comer hace tiempo sin esperarme.» «¿Cómo es posible, Vera Pavlovna?» Y otra vez piensa una hora, dos horas. «Iré. Mañana mismo iré. Solamente esperaré la carta, porque me lo pidió. Pero, esté lo que esté escrito en ella, de todos; modos sé lo que estará en ella. Da lo mismo; esté lo que esté en ella, iré.» Esto lo piensa una hora, dos;, sí, lo piensa una hora; ¿pero dos? No, aunque piense siempre lo mismo, todavía piensa en cuatro palabras, en unas cuatro palabras pequeñas: «él no lo quiere», y cada vez más piensa en esas

cuatro pequeñas palabras, y ya está poniéndose el sol, y todavía sigue pensando en, lo de antes y en esas cuatro palabras pequeñas. Y de pronto inmediatamente antes de que entre de nuevo la inoportuna de Masha y exija que Vera Pavlovna tome el té; inmediatamente antes, de esas cuatro pequeñas palabras surgen otras cinco pequeñas palabras: «y tampoco yo lo quiero». ¡Qué bien hizo la inoportuna de Masha en entrar! Ahuyentó esas nuevas cinco pequeñas palabras.

Pero ni la bondadosa de Masha ahuyentó para mucho tiempo ésas cinco pequeñas palabras. Al principio ellas mismas no se atrevieron a presentarse; en su lugar mandaron su refutación: «pero yo tengo que ir», y mandaron esta refutación solamente para volver ellas mismas bajo la cubierta de esa refutación. En un instante se presentaron con ellas sus portadores, las cuatro pequeñas palabras: «él no lo quiere», y en ese mismo instante estas cuatro pequeñas palabras volvieron a convertirse en las cinco pequeñas palabras: «y yo tampoco lo quiero». Y esto lo piensa media hora y al cabo de media hora estas cuatro pequeñas palabras, estas cinco pequeñas palabras empiezan va a rehacer por su voluntad incluso las anteriores, palabras, las anteriores palabras más importantes. Y de una palabra más importante «iré» surgen tres palabras, yo en absoluto como éstas, aunque son las mismas: «¿iré de verdad?». ¡Así es cómo surgen y se transforman las palabras! Pero otra vez Masha: «Ya le di, Vera Pavlovna, un rublo. Aquí está escrito: si lo trae antes de las nueve, un rublo, si más tarde, medio rublo. Esto lo trajo el revisor, Vera Pavlovna, llegó con el tren de la tarde; dice que como lo había prometido, así lo hizo; para mayor rapidez cogió un coche.» ¡La carta de él! ¡Sí! Ella sabe lo que está en esa carta: «no vengas». Pero ella de todas formas irá, no quiere obedecer esa carta, no la obedecerá, irá de todas formas, irá. No, en la carta no está eso, esto está en ella, y esto no se puede desobedecer: «Voy a Riazan; pero no directamente a Riazan. Por el camino tengo muchos asuntos de la fábrica. Además de Moscú, donde por la cantidad de trabajo tendré que pasar una semana, debo estar en dos ciudades antes de Moscú y en tres lugares después de Moscú antes de llegar a Riazan. Cuánto tiempo pasaré en cada lugar, cuándo estaré en cada lugar, eso no puedo determinarlo ya sólo por el hecho de que entre otras cosas tengo que recibir dinero de nuestros corresponsales comerciales; y tú sabes, mi querida amiga»… Sí, esto estaba en la carta: «mi querida amiga». Aparecía varias veces, para que viera que tenía hacia mí la misma actitud amable: que antes, que no me guardaba rencor alguno. Recuerda Vera Pavlovna: besé entonces esas palabras «mi querida amiga». Sí, estaba así: «mi querida amiga, tú sabes que cuando hay que recibir dinero, a menudo hay que esperar varios días allí donde calculabas pasar solamente unas cuantas horas; Per eso decididamente no sé cuándo lograré llegar a Riazan; pero sé que no muy pronto.» Recuerda la carta casi al pie de la letra. ¿Qué es esto? Sí, la privó totalmente de la posibilidad de agarrarse a él para mantenerse junto a él. ¿Qué hacer ahora? Y las anteriores palabras: «tengo que ir a dónde esté él» se transforman en las palabras: «a pesar de todo no debo verlo», y ese «él» ya no es aquel en el que pensó antes. Estas palabras sustituyen

constantemente las palabras de antes, y piensa una hora, piensa dos horas: «no debo verlo»; y cuando llegaron a transformarse, ya se convirtieron en las palabras: «¿es posible que quiera verlo? No»; y cuando se duerme, estas palabras se hicieron ya las palabras: «¿es posible que lo vea?». ¿Sólo que dónde está la respuesta? ¿Cuándo desapareció? Y en el mismo momento en el que surgieron, ya surgieron con las palabras: «¿es posible que no lo vea más?». Y cuando se duerme al amanecer, se duerme ya con estas palabras: «¿es posible que no lo vea más?».

Y cuando se despierta tarde por la mañana, ya en vez de todas las palabras anteriores solamente luchan todo el tiempo tres palabras con dos palabras: «no lo veré» y «lo veré». Y así transcurre toda la mañana; se olvidó de todo, se olvidó de todo en esa lucha, y esas palabras que más que otras, todo el tiempo, quieren mantener junto a ellas la palabra pequeña, así la agarran, así la sujetan: «no lo veré»; y la palabra pequeña todo el tiempo sale corriendo y desaparece, todo el tiempo sale corriendo y desaparece: «lo veré». Se olvidó de todo, se olvidó de todo en los esfuerzos de las dos palabras por mantener junto a ellas la palabra pequeña. Sí, la mantienen y llaman en su ayuda otra pequeña palabra, para que esa pequeña palabra de antes no tuviera a dónde escapar: «no, no lo veré». Sí, ahora tres palabras sujetan fuertemente entre sí la pequeña palabra traidora, no tiene a dónde huir de ellas, la apretaron entre sí: «no, no lo veré», «no, no lo veré». «No, no lo veré». ¿Pero qué hace ella? Ya tiene puesto, el sombrero, y ahora se miró instintivamente en el espejo paira ver si tema alisado el cabello, Sí, en el espejo vio que tenía puesto el sombrero y de esas cuatro palabras, que se juntaron tan firmemente, quedaron dos, y a éstas se les añadió una nueva: «no hay retorno». No hay retorno, no hay retorno. «Masha, no me espere con la comida; no comeré hoy en casa.»

—Alexander Matveich no regresó todavía del hospital —dice tranquilamente Stepan—. ¿Y por qué no debe decirlo tranquilamente, concierna? En su aparición no hay nada de particular. Antes, hace poco todavía, venía aquí con frecuencia. «Ya me lo imaginaba; es igual, esperaré. No le diga que estoy aquí.» Coge una revista, sí, puede leer, ve que puede leer; sí, en cuanto que «no hay retorno», en cuanto que está adoptada la decisión, se siente muy tranquila. Desde luego, leyó poco, no leyó en absoluto, examinaba la habitación, empezó a ordenarla, como si fuera la señora de la casa; desde luego, la ordenó poco, no la ordenó en absoluto, pero qué tranquila está. Puede leer, puede ocuparse de algo, se dio cuenta que del cenicero no habían tirado la ceniza, que había que arreglar el mantel de paño en la mesa, que esta silla se había quedado fuera de su sitio, Está sentada y piensa: «No hay retorno, no hay elección; empieza una nueva vida.» Piensa una hora, piensa dos horas: «Empieza una nueva vida. Cómo se sorprenderá, qué feliz será. Empieza una nueva vida. Qué felices somos.» Timbre; enrojeció un poco, sonrió; pasos, la puerta se abre. «¡Vera Pavlovna! Perdió el equilibrio, sí, perdió el equilibrio, se agarró al picaporte de la puerta; pero ella ya corrió hacia él, lo abrazó; «¡Querido mío, querido mío! —¡Qué Poblé es *él!* ¡Cómo te quiero! ¡No podía vivir sin ti!» ¿Y luego? ¿Qué fue luego? ¿Cómo

atravesaron la habitación? No lo recuerda; recuerda solamente, que ella se acercó a él, lo besó, pero cómo atravesaron la habitación, no lo recuerdan ni ella ni él; sola—mente recuerdan cómo pasaron junto a los sillones, junto a la mesa y cómo se alejaron de la puerta… Sí, por algunos segundos les daba vueltas la cabeza a les dos, se les nubló la vista de ese beso… «¡Verochka, ángel mío!» «Amigo mío, no podía vivir sin ti. ¡Cuánto tiempo me amabas y callabas! ¡Qué nobles eres! ¡Qué noble es él, Sasha!» «¿Dime; Verochka, cómo fue eso?» «Le dije que no podía vivir sin ti; al día siguiente, ayer, se marchó ya; yo quise ir con él, ayer pensé todo el día que iría a dónde estuviera él, pero ahora, ves, desde hace tiempo estoy aquí.» «Pero cómo has adelgazado en estas dos semanas, Verochka; ¡qué pálidas tienes las manos!» Besa sus manos. «Sí, querido mío, ha sido una lucha difícil. Ahora puedo apreciar lo mucho que sufrías tú para no estorbar mi paz. ¿Cómo pudiste dominarte de tal modo que yo no viera nada? ¡Cuánto tuviste que sufrir!» «Sí, Verochka, era muy duro —él sigue besando sus manos, sigue mirándolas, de pronto ella se ríe. «Ah, qué poco atenta soy contigo. ¡Tú estás cansado, Sasha, tienes hambre!» Se separa de él y corre. «¿A dónde vas, Verochka?» Pero ella no contesta nada, ya está en la cocina y apresurada y alegremente dice a Stepan: «¡Sirva pronto la mesa, dos servicios, pronto! ¿Dónde están los platos y todo? Déjeme; yo misma lo llevaré y pondré la mesa, usted lleve la comida. Alexander se cansó tanto en su hospital, hay que darle pronto de comer.» Va con los platos; sobre los platos suenan les cuchillo, los tenedores, las cucharas. «¡Ja, ja, ja, querido mío! La primera preocupación de los enamorados en su primer encuentro: ¡comer cuanto antes! ¡Ja, ja, ja!» Él se ríe, también le ayuda a poner la mesa, ayuda mucho, pero más estorba, porque todo el tiempo le besa las manes, «¡Ah, Verochka, qué pálidas están tus manos!» Y sigue besándolas. Se besan y ríen. «¡Pero Sasha, durante la comida hay que estar quieto!» Stepan sirve la sopa. Mientras come, cuenta cómo ocurrió todo. «¡Ja, ja, querido mío, ¡cómo comemos, los enamorados! Es verdad que ayer no comí nada.» Entra Stepan con el último plato. «¡Stepan! ¿Parece que usted se quedará sin comer por mí?». «Sí, Vera Pavlovna, habrá que comprar para mí algo en la tienda.» «No pasa nada, Stepan, en adelante sepa que hay que preparar la comida para dos personas, además de usted. ¿Sasha, dónde está tu tabaquera? Dámela.» Ella misma le corta la punta del puro, ella misma lo enciende. «Fuma, querido mío, yo mientras iré a preparar el café; ¿o quieres té? No, querido mío, nuestra comida tiene que ser algo mejor; tú y Stepan os preocupasteis demasiado poco por ello.» Vuelve al cabo de cinco minutos, Stepan trae detrás de ella el servicio de té, y, al volver; ella ve que el puro de Alexander se apagó: «Ja, ja, querido mío, cómo te quedaste soñando sin mí.» Él se ríe también. «¿Fuma?» —otra vez le enciende el puro.

Y, recordando todo eso, Vera Pavlovna se ríe incluso ahora. «¡Qué prosaico fue nuestro romance! El primer encuentro y… sopa; las cabezas daban vueltas del primer beso y buen apetito. Así fue la escena de amor. ¡Es muy divertido! Sí, ¡cómo brillaban sus ojos! Bueno, por lo demás, ahora brillan igualmente. Y cuántas lágrimas

suyas cayeren sobre mis manos, que le parecían entonces, tan pálidas. Eso ya desde luego no es así, no; en efecto, tengo bonitas manos, él dice la verdad.» Y Vera Pavlovna, después de mirar sus manos, las deja caer sobre su rodilla de modo que ésta queda dibujada debajo de Una ligera bata, y otra vez piensa: «él dice la verdad», y sonríe. Su mano se acerca lentamente al pecho y se aprieta fuertemente contra él, y Vera Pavlovna piensa: «¡es verdad!»

«¿Ah, qué estoy recordando —sigue pensando Vera Pavlovna y se ríe—, qué estoy haciendo? Como si estuviera relacionado con esos recuerdos. Oh, no, ese primer encuentro, que consistía en comer, besar las manos, en vía risa suya y mía, en las lágrimas y en mis; manos pálidas, era totalmente original. Yo me siento a servir el té: «¿Stepan, no tienen nata? ¿Se puede conseguir en algún lugar urta buena? Qué va, no hay dónde y seguramente no se puede conseguir. No hay nada que hacer; pero mañana lo arreglaremos. Fuma, querido mío, olvidas constantemente fumar.»

Todavía no habían terminado de tomar el té, cuando se oye el terrible sonido del timbre, y en la habitación entran volando dos estudiantes y ni siquiera la ven en su prisa. «¡Alexander Matveich, un sujeto interesante! —dicen con sofoco—. Acaban de traerlo, una complicación extraordinariamente rara.» Dios sabe qué término latino que indicaba la enfermedad del sujeto interesante. «Es muy interesante, Alexander Matveich, y hace falta una ayuda urgente, cada media hora es preciosa, incluso vinimos en coche.» «Rápido, querido, date prisa» —dice ella—. Sólo ahora los estudiantes se dan cuenta de ella y se inclinan, y en ese mismo momento se llevan a su profesor; sus preparativos eran muy breves, todavía tenía puesta su levita militar, y ella lo apremia. «¿De allí irás a mi casa?» —dice ella despidiéndose—. «Sí.» Lo espera hasta muy tarde. Ya son las diez, y él todavía no ha llegado, ya son las once, ya no hay por qué esperar. ¿Con todo, qué pasa? Ella, desde luego, no se inquieta en absoluto, no pudo haberle pasado nada; pero eso significa que lo entretuvo mucho el sujeto interesante. ¿Y qué hay de ese pobre sujeto interesante, está vivo ahora, consiguió Sasha salvarlo? Sí, Sasha se entretuvo mucho. Llegó a la mañana siguiente a las nueve, hasta las cuatro se había quedado en el hospital: «El caso era muy difícil e interesante, Verochka.» «¿Se salvó?» «Sí.» «¿Cómo que te has levantado tan temprano?» «No me acosté.» «¿No te has acostado? ¡Para no llegar tarde aquí, no durmió en toda la noche! ¡Desgraciado! Haz el favor de ir a tu casa y duerme hasta la hora de comer, sin falta, que no te encuentre despierto.» En dos minutos estuvo fuera.

Así transcurrieron los dos primeros encuentros. Pero esta segunda comida marcha ya como es debido. Ahora ya se cuentan mutuamente con orden sus historias, ayer decían Dios sabe qué; se ríen y se quedan pensativos, se tienen lástima mutuamente; a cada uno de ellos le parece que el otro había, sufrido más todavía… Al cabo de una semana y media alquilaron una pequeña casa de campo en la isla Kamenny y se instalaron en ella.

VI

Vera Pavlovna no recuerda con mucha frecuencia el pasado de su amor presente. Sí, en el presente hay tanta vida, que queda poco tiempo para los recuerdes. Pero cuando recuerda el pasado, a veces —al principio, sí, solamente a veces, pero luego cada vez más constante— mente—, con cada recuerdo siente un descontento, al principio débil, fugaz, indeterminado. ¿De quién? ¿De qué? Ya empieza a ver de quién: está descontenta de sí misma; ¿por qué? Ya ve qué rasgo de su carácter le produce el descontento, sí, es muy orgullosa; ¿pero está descontenta de sí misma solamente con respecto al pasado? Al principio sí; pero ya nota que el descontento de sí misma se refiere también al presente. Y qué carácter extraño se advierte en este sentimiento, cuando empezó a aclararse su carácter. Como si no fuera ella, Vera Pavlovna Kirsanova, siente en su persona el descontento igual que si en ella se manifestara el descontento de miles y millones, y como si no estuviera descontenta consigo misma personalmente, sino como si estuvieran descontentos en ella consigo mismos esos miles y millones. ¿Quiénes son esos miles y millones? ¿Por qué están descontentos consigo mismos? Si viviera como antes más sola, pensara sola, seguramente, no se lo explicaría tan pronto, pero ahora está constantemente con su marido, piensan en todo juntos, y el pensamiento sobre él está presente en todos sus pensamientos. Eso le ayudó mucho a explicar ese sentimiento. Él no pudo de ninguna manera esclarecer directamente ese enigma. Mientras el pensamiento estaba oscuro para ella, para él estaba más oscuro todavía. A él le resulta incluso difícil comprender que fuera posible sentir descontento que no amargara en absoluto el contento personal, que no tuviera relación alguna con nada personal. Eso era para él extraño pero cien veces más oscuro que para ella» Pero le ayudó mucho, que pensara constantemente en su marido, que estuviera siempre con él, que lo mirara, que pensara con él. Ella empezó a notar que cuando le llegaba el descontento, siempre estaba acompañado de una comparación. En eso consistía precisamente que comparaba a su marido y a ella; y de pronto pasó por delante de su pensamiento la palabra verdadera: «La diferencia, la insultante diferencia.» Ahora lo comprende.

VII

—Sasha, qué amable es este N. N. (Vera Pavlovna nombró el apellido de aquel oficial, a través del cual había querido conocer a Tamberlik en su terrible sueño); me trajo un nuevo poema que todavía tardará en imprimirse —decía Vera Pavlovna durante la comida—. Enseguida después de comer nos pondremos a leerlo; ¿sí? Te esperé. Todo contigo, juntos, Sasha. Y tenía tantas ganas de leerlo.

—¿Qué poema es?

—Ya lo oirás. Vamos a ver si le salió bien esto. N. N. dice que él mismo —hablo del autor— en parte está contento con él.

De modo que se instalan en su habitación, y ella empieza a leer:

Oh, llena, cajita llena,
dentro de ti percal y brocado,
compadécete, amada mía,
de mis hombros juveniles.

—Ahora veo —dijo Kirsanov después de oír unas cuantas decenas de versos—. Eso es en un estilo nuevo para él. Pero se ve que es de Nekrasov; ¿no es así? Te agradezco mucho que me hayas esperado.

—¡No faltaba más! —dijo Vera Pavlovna—. Leyeron dos veces el pequeño poema[5], que gracias a su amistad con: uno dé los conocidos del autor había caído en sus manos tres años antes de su publicación.

¿Pero sabes qué versos me afectaron sobre todo? —dijo Vera Pavlovna, después de que su marido y ella hubieran releído todavía varias veces otros trozos del poema. Esos versos no pertenecen a los fragmentos principales del poema mismo, pero atraen extraordinariamente mis pensamientos. Cuando Katia esperaba el regreso de su novio, estaba muy angustiada:

Me atormentaría, desconsolada,
si hubiera tiempo para lamentarse;
pero es tiempo de la cosecha, apremia;
diez trabajos hay que terminar.
Por frecuente que se sienta
la joven en su angustia,
bajo la guadaña se amontonaba la hierba,
bajo la hoz ardía el centeno.
Con todas mis fuerzas
trillaba por las mañanas,
hasta la noche oscura extendía

lino por los prados cubiertos de rocío…

Estos versos no son principales en su episodio, son solamente una introducción al fragmento en el cual esa maravillosa Katia sueña con su vida junto a Vania; pero mis pensamientos se agarraron precisamente a éstos.

—Sí, toda esta imagen es una de las mejores en el poema, pero no ocupa en él el lugar más destacado. Eso significa que coincidieron demasiado con los pensamientos que te habían ocupado. ¿Cuáles son esos pensamientos?

—Son éstos, Sasha. A menudo dijimos que la estructura de las mujeres es casi superior al hombre, que por eso la mujer posiblemente desplace al hombre a un segundo plano en la vida intelectual, cuando pase el dominio de la fuerza bruta. Ambos llegamos a esta probabilidad a partir de la observación de la vida; en la vida se encuentra más mujeres que hombres inteligentes por naturaleza; así nos parece a los dos. Tú lo confirmaste con diversos detalles de su anatomía y fisiología.

—Qué cosas tan humillantes para los hombres dices, y lo dices más tú que yo, Verochka. A mí me resulta ofensivo. Menos mal que la época que predecimos está todavía tan lejos. Si no, renunciaría por completo a mi opinión, para rió quedarme en un segundo plano. Por lo demás, Verochka, es solamente una probabilidad, la ciencia todavía no ha recogido tantos datos como para solucionar la cuestión de un modo tajante:

—Desde luego, querido. Tratamos sobre los motivos por los que hasta ahora los hechos de la historia contradecían tanto la conclusión, que era muy probable, según las observaciones de la vida privada y de la constitución del organismo. La mujer ha desempeñado hasta ahora un papel tan insignificante en la vida intelectual, porque el dominio de la violencia la privaba de los medios para el desarrollo y de los motivos para esforzarse por el desarrolle. Esta explicación es suficiente. Pero otro caso como éste: según la magnitud de su fuerza física el organismo de da mujer es mucho más débil; pero su organismo es más resistente; ¿no es así?

—Eso es mucho más indudable que la cuestión sobre la proporción natural de las fuerzas intelectuales. Sí, el organismo de la mujer resiste mejor las fuerzas destructivas materiales: el clima, el tiempo, el alimento insatisfactorio. La medicina y la fisiología se han ocupado todavía poco de un análisis detallado de esto; pero la estadística dio ya una respuesta general indiscutible: la duración media de la vida de las mujeres es mayor que la de los hombres. De esto se deduce que el organismo es más resistente.

—Eso se ve tanto más claramente, cuanto menos saludable es todavía por lo general la manera de vivir de las mujeres en Comparación con la de los hombres.

—Hay todavía un hecho que refuerza y aumenta la claridad de la conclusión; lo proporciona la fisiología. La plena mayoría de edad la consigue la mujer un poco antes que el hombre. Supongamos que el crecimiento de la mujer acaba a los veinte años y del hombre a los veinticinco, aproximadamente, en nuestro clima, en nuestra

raza: Supongamos, también aproximadamente, que vive la misma proporción, de las mujeres hasta los setenta años que de hombre hasta los sesenta y cinco. Si consideramos la diferencia de los plazos de desarrollo, la supremacía de la resistencia del organismo de la mujer se pone de manifieste mucho más evidentemente de lo que suponen las estadísticas, que no habían tomado en cuenta la diferencia de los años de la mayoría de edad: Setenta años son tres veces y media veinte años. Sesenta y cinco años hay que dividirlos entre veinticinco años; ¿cuánto será? Sí, exactamente, un poco más de dos y medio, sí, dos coma seis. Eso significa que la mujer vive tres períodos y medio de su pleno desarrollo tan fácilmente como el hombre casi solamente dos y medio. Y es con esta proporción con la que se mide la resistencia del organismo.

—En efecto, la diferencia sale mayor de la que había leído:

—Sí, pero yo mencioné solamente dos ejemplos, tomé las cifras redondas, de memoria. De todos modos, el carácter de la conclusión es el mismo que digo. La estadística mostró ya que el organismo femenino es más resistente; tú leíste solamente las conclusiones de la tabla de la duración de la vida. Pero si a los hechos estadísticos se añade los fisiológicos, la diferencia saldrá todavía mucho mayor.

—Eso es, Sasha; mira lo que pensé, y ahora aparece eso para mí todavía más claro. Pensé: si el organismo femenino soporta mejor las impresiones materiales destructivas, entonces es muy probable que la mujer debería soportar más fácilmente, con mayor firmeza las perturbaciones morales. Pero en realidad no vemos esto.

—Sí, es muy probable. Desde luego, eso será por chora solamente una suposición; de eso todavía no sé ocupó nadie, no se recogieron hechos especiales. Pero es así, tu conclusión se desprende tan naturalmente de un hecho ya indiscutible que es difícil dudar de ello. La resistencia del organismo está demasiado estrechamente ligada a la resistencia de los nervios. Probablemente, la mujer tiene uno nervios más elásticos; éstos tienen una estructura más fuerte, y si es así, tienen que soportar más fácilmente y con mayor firmeza las perturbaciones y les sentimientos desagradables. En realidad vemos demasiados ejemplos de lo contrario. La mujer con demasiada frecuencia sufre por lo que el hombre soporta fácilmente. Todavía nadie se ocupó a fondo del análisis de las causas por las cuales con nuestra situación histórica concreta vemos fenómenos que contradicen lo que se podría esperar de la misma constitución del organismo. Pero una de esas causas es evidente, es la que pasa a través de todos los fenómenos históricos y a través de todos los aspectos de nuestro actual modo de vida. Es la fuerza del prejuicio, la mala costumbre, la falsa espera, el falso temor. Si el hombre piensa «no puedo» entonces en efecto no puede. A las mujeres se las había convencido: «sois débiles», y ellas se sienten débiles y realmente se muestran débiles. Conoces ejemplos de cómo personas completamente sanas se debilitaban hasta la muerte y realmente morían por la sola idea de que tenían que debilitarse y morir. Pero hay ejemplos que se refieren a masas enteras, a pueblos, a toda la humanidad. Uno de los más notables lo ofrece la historia

militar. En la Edad Media la infantería se figuraba que no podía resistir a la caballería y efectivamente de ninguna manera conseguía resistir. Unos cuantos centenares de jinetes dispersaban ejércitos enteros de infantería como si fueran rebaños de ovejas. Hasta que apareció en el continente la infantería inglesa, compuesta por los pequeños agricultores independientes y orgullosos, que no tenían ese miedo, que estaban acostumbrados a no Ceder a nadie sin lucha. En cuanto que llegaron a Francia estas gentes, que no tenían ningún prejuicio de que tenían que huir ante la caballería, una caballería que los superaba con mucho incluso en número, derrotaban a esta caballería en cada combate. Conoces las famosas derrotas de la caballería francesa causadas por unos pocos infantes en Crecy, en Poitiers y en Azincourt. La misma historia se repitió cuando a los infantes suizos se les ocurrió que no tenían por qué considerarse más débiles que la caballería feudal. La caballería austriaca, y luego la de Borgoña, más numerosa, empezaron a sufrir por su parte derrotas en cada combate; luego probaron luchar con ellos todas las demás caballerías, y todas fueron derrotadas siempre. Entonces vieron todos: «Ciertamente la infantería es más fuerte que la caballería». Per supuesto que es más fuerte; pero durante siglos enteros la infantería era muy débil en comparación con la caballería sólo porque se consideraba a sí misma débil.

—Sí, Sasha, así es. Somos débiles porque nosotras mismas nos consideramos débiles. Pero me parece que hay todavía otra razón. Quiero hablar de ti y de mí. Dime, querido: ¿había cambiado mucho en esas dos semanas, cuando no me habías visto? Entonces estabas muy alterado. Podía haberte parecido más de lo que estaba, ¿o de verdad el cambio había sido fuerte? ¿Cómo lo recuerdas ahora?

—Sí, tú de verdad entonces habías adelgazado mucho y habías estado pálida.

“Ves, querido mío, ahora he entendido que precisamente esto indigna mi orgullo. Tú me amabas mucho. ¿Por qué en ti la lucha no sé había reflejado con tales síntomas externos? Nadie vio que te pusieras pálido, que adelgazaras en esos meses, cuando te separaste de mí. ¿Por qué lo soportaste tan fácilmente?

—Esa es la razón por la cual te interesaron los versos de cómo Katia se liberaba de la tristeza con el trabajo. ¿Quieres saber si había experimentado lo correcto de esta observación en mí mismo? Sí, es totalmente correcta. Soportaba la lucha con bastante facilidad porque no tenía tiempo para ocuparme de ella. Siempre que le prestaba atención, sufría muy fuertemente; pero la necesidad diaria me obligaba a olvidarme de ello durante la mayor parte de tiempo. Tenía que ocuparme de los enfermos, preparar las clases. Durante ese tiempo involuntariamente descansaba de mis pensamientos. En esos días raros, cuando me quedaban muchas horas libres; sentía que las fuerzas me traicionaban. Me parecía que si por una semana me hubiera quedado a merced de mis pensamientos, me habría vuelto loco.

—Eso es, cariño; yo también entendí últimamente que en esto estaba todo el secreto de la diferencia entre tú y yo. Hay que tener un trabajo tal que no se pueda renunciar a él, que no se pueda aplazar; entonces el hombre es incomparablemente

más firme.

—Pero tú entonces tenías mucho trabajo y ahora también.

—¿Ah, Sasha, acaso es un trabajo inaplazable? Me ocupo de él cuando quiero, durante el tiempo que quiero. Cuando se me ocurre, puedo acortarlo o aplazarlo del todo. Para ocuparme de él en un momento, cuando los pensamientos están perturbados, hace falta un esfuerzo particular de la voluntad. Sólo eso hace que me ocupe de ese trabajo. No hay apoyo en la necesidad. Por ejemplo, me ocupo de la casa, le dedico mucho tiempo, pero nueve décimas partes de ese tiempo empleo en la casa solamente por mi afición. ¿Con un servicio bueno no marcharía todo casi igualmente, aunque me ocupará de ella mucho, menos? ¿Y para qué se necesita que con una gran pérdida de tiempo vaya esto algo o un poco mejor de lo que iría con una pérdida de mi tiempo mucho menor? Es lo mismo; sólo mi afición tiene necesidad de ello. Cuando los pensamientos están tranquilos, te ocupas de esas cosas; cuando los pensamientos están alterados, las dejas, porque se puede pasar sin ellas. En favor de lo importante siempre dejas lo que lo es menos. Basta que les pensamientos se revuelvan fuertemente para que expulses los pensamientos sobre esas cosas, Tengo clases; eso ya es un poco más importante: no las puedo dejar a mi antojo. Pero tampoco se trata de eso. Les presto atención sólo cuando quiero; si durante la clase pienso poco en ella, irá solamente un poco peor, porque es una enseñanza demasiado fácil, no tiene fuerzas para absorber los pensamientos. Y otra cosa: ¿acaso en realidad vivo de las clases? ¿Acaso de ellas depende mi situación, acaso me proporcionan los recursos principales para el modo de vida que llevo? No, eses recursos me los proporcionaba el trabajo de Dmitri, ahora el tuyo. Las clases son agradables para mi sentido de independencia y en realidad no son inútiles. Sin embargo, no hay en ellas para mí una necesidad vital. Yo entonces había intentado ahuyentar los pensamientos que me habían atormentado, Ocupándome del taller mucho más de lo normal. Peto una vez más lo hacía solamente mediante el esfuerzo de mi voluntad. Yo entendía que mi presencia en el taller era necesaria solamente una hora o una hora y media, que, si me quedaba allí más tiempo, me encargaba de una ocupación artificial, que era útil, pero en absoluto indispensable para el taller. Y luego, ese trabajo mismo, ¿acaso puede servir de apoyo importante para las personas corrientes como yo? Las personas como Rájmetov son otra especie; se funden con la causa general de tal forma que para ellos es algo indispensable, algo que llena su vida; para ellos incluso sustituye la vida personal. Pero a nosotros, Sasha, esto es inaccesible. Nosotros no somos, águilas cómo él. Nosotros necesitamos solamente la vida personal. El taller ¿acaso es mi vida personal? Es un trabajo, pero no es mi trabajo, es ajeno. Yo no me ocupo de él por mí, sino por otros; si se quiere, también por mis convicciones. ¿Pero acaso a un hombre como nosotros, no un águila, acaso le importan los demás, cuando él mismo sufre mucho? No, hace falta un trabajo personal, un trabajo indispensable, del que dependiera la propia vida, un trabajo que fuera para mí personalmente, para mi modo de vida, para mis medios para vivir, para toda mi posición en la vida, que para todo

mi porvenir fuera más importante que todos mis arrebatos pasionales; sólo un trabaje así puede servir como apoyo en la lucha con la pasión. Sólo a este trabajo no lo aparta de la vida la pasión, sino que él mismo ensordece la pasión, sólo así proporciona la fuerza y el descanso. Quiero un trabajo así.

—Eso es, amiga, eso es —decía con ardor Kirsanov, besando a su mujer, a la que ardían los ojos de animación—. Eso es, y hasta ahora no he pensado en eso, aunque es tan sencillo. ¡No lo noté! No, Verochka, ningún otro puede pensar por uno mismo. El que quiera estar bien, que piense por sí mismo, que se preocupe por sí mismo, ningún otro lo sustituirá. ¡Amar tanto como yo y no entender hasta que me Io explicaras! Pero —proseguía él, riéndose ya y todavía besando a su mujer—, ¿por qué ves en eso una necesidad ahora? ¿Piensas enamorarte de alguien, Verochka? ¿Sí?

Vera Pavlovna se echó a reír y durante mucho tiempo ambos no pudieron decir ni una palabra por la risa.

—Sí, ahora los dos podemos sentirlo —dijo por fin ella— ahora puedo, lo mismo que tú, saber con seguridad que ni contigo ni conmigo puede ocurrir nada parecido. ¿Pero en serie, sabes lo que me parece ahora, querido mío? Si mi amor per Dmitri no fue un amor de la mujer madura, entonces tampoco él me amó en el sentido como lo entendemos tú y yo. Su sentimiento por mí fue la unión de un afecto muy fuerte por mí como por un amigo con unos arrebatos de pasión momentáneos hacia mí como hacia una mujer; la amistad la tuvo personalmente conmigo, propiamente conmigo, pero esos arrebatos de pasión buscaban solamente a una mujer: conmigo, personalmente conmigo, tenían poca relación. No, eso no fue amor. ¿Acaso se ocupaba mucho con pensamientos sobre mí? No, ellos no eran para él interesantes. No, tanto por su parte como por la mía no había un amor verdadero.

—Eres injusta con él, Verochka.

—No, Sasha, es así. En la conversación entre tú y yo es superfluo alabarlo. Le dos sabemos que lo colocamos en nuestros pensamientos muy alto; sabemos también que, aunque diga que le era fácil, en realidad no le fue fácil; tú también, por ejemplo, dices que te resultaba fácil luchar contra tu pasión. Todo esto es estupendo, y no es fingimiento. Pero no se puede entender en sentido literal estas afirmaciones tajantes; oh, amigo mío, entiendo lo mucho que sufriste… Mira lo fuertemente que lo entiendo.

—Verochka, me asfixiarás. ¿Y estarás de acuerdo en que además de la fuerza del sentimiento querías mostrar también simplemente la fuerza? Sí, eres muy fuerte, y cómo se pude dejar de serlo con este pecho…

—¡Querido Sasha!

VIII

—Sasha, pero no me dejaste terminar —empezó Vera Pavlovna, cuando al cabo de dos horas estaban tomando el té.

—¿No te dejé terminar? ¿Y soy el culpable?

—Desde luego, tú.

—¿Quién empezó a hacer tonterías?

—¿Y no te da vergüenza?

—¿Qué?

—Que yo empezara a hacer tonterías. ¡Puf, comprometer así a una mujer sencilla con tu flema!

—¿Eso? Y yo creí que razonabas sobre la igualdad; si la igualdad, entonces también la igualdad de la iniciativa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué palabra tan culta! ¿Pero tú me vas a culpar de ser inconsciente? ¿Acaso no trato de tener igualdad en la iniciativa? No, Sasha, yo ahora tomo la iniciativa de continuar la conversación seria que empezamos.

—Tómala, pero yo me niego a seguirte. Ahora tomaré la iniciativa de seguir olvidándola. Dame la mano.

—Sasha, pero hay que terminarlo.

—Mañana tendremos tiempo. Ahora, como ves, me interesa demasiado la investigación de tu mano.

IX

—Sasha, terminaremos lo que no terminamos ayer. Es necesario, porque voy a ir contigo; tienes que saber por qué —decía Vera Pavlovna por la mañana.

—¿Conmigo? ¿Tú vas conmigo?

—Por supuesto. Me preguntaste, Sasha, para qué necesitaba un trabajo del que dependiera seriamente mi vida, que apreciara lo mismo que tú el tuyo, que fuera igualmente inaplazable, que exigiera de mí igualmente toda mi atención en tu caso. Querido, necesito un trabajo así, porque soy muy orgullosa. Desde hace tiempo me pesa y me avergüenza el recuerdo de que la lucha con el sentimiento se manifestara en mí entonces tan visiblemente, que fuera tan insoportable para mí. Sabes que no digo que fuera difícil —la tuya tampoco fue para ti fácil—. Eso depende de la fuerza del sentimiento, y no puedo lamentarme, ahora que fuera difícil. Eso significaría lamentar que el sentimiento fuera fuerte; ¡no! ¿Pero por qué yo no tenía contra esa fuerza el mismo apoyo sólido que tenías tú? Quiero tener el mismo apoyo. Esto solamente dio pie a mi idea, pero la necesidad actual está, por supuesto, en el presente. Es ésta: quiero ser igual a ti en todo; eso es lo principal. Encontré para mí el trabajo. Cuando nos despedimos, ayer, pensé en eso durante mucho tiempo. Se me ocurrió ayer por la mañana, sin ti. Ayer quería pedirte consejo como a un hombre bueno, pero tú traicionaste mi confianza en tu seriedad. Ahora ya es tarde pedir consejo: me decidí. Sí, Sasha, tendrás que trabajar mucho conmigo. ¡Querido mío, cómo nos alegraremos si veo que soy capaz de ello!

Sí, ahora Vera Pavlovna encontró el trabajo en el que no había podido pensar antes. La mano de su Alexander estaba constantemente en su mano, por eso le resultaba fácil marchar. Lopujov no la limitaba en nada, lo mismo que ella a él. Nada más. Sí, había algo más, desde luego, mucho más. Siempre estaba segura de que en cualquier caso, cuando necesitara apoyarse sobre, su mano, su mano, junto, con su cabeza estaban a su disposición. Pero solamente «junto con la cabeza», no hubiera escatimado su cabeza en favor de ella, exactamente así no hubiera tardado en alargarle su mano; es decir, en les casos importantes, en los momentos críticos, su mano estaba igualmente preparada y segura como la mano de Kirsanov. Y lo demostró demasiado bien con su casamiento, cuando sacrificó por ella todos sus pensamientos entonces queridos sobre su carrera científica y no tuvo miedo de arriesgar el bienestar. Sí, cuando había un asunto importante, su mano se ofrecía. Pero en general esa mano estaba lejos de ella. Vera Pavlovna instalaba su taller; si en algo hubiera sido indispensable su ayuda, habría ayudado con gusto, ¿pero por qué no hizo casi nada? Él solamente no estorbaba, aprobaba, se alegraba.

Tenía su vida, ella tenía la suya. Ahora no es así. Kirsanov no esperaba su petición para que participara en todo lo que hacía ella; se interesaba igualmente que ella per todo en la vida cotidiana de ella, lo mismo que ella por todo en la vida de él. Esta relación era totalmente distinta que la relación con el primer marido, y per eso

sentía nuevos recursos para la actividad, y por eso empezaren a aparecer en ella seriamente y a adquirir para ella una exigencia práctica unos pensamientos que antes había conocido solamente en teoría y, en realidad, no había afectado su vida interior. No se piensa seriamente en lo qué no se puede hacer.

De esta índole eran los pensamientos que ahora empezó a sentir vivamente Vera Pavlovna y que empezaron a servir como estímulos para su actividad.

X

«Tenemos formalmente cerrados casi todos los caminos dé la vida ciudadana. Prácticamente tenemos cerrados muchos, casi todos, incluso aquellos caminos de la actividad social que no están obstruidos para nosotras con obstáculos formales. De todas las esferas de la vida nos queda únicamente recluirnos en la esfera de la vida familiar, ser miembros de una familia, eso es todo. ¿Además de esto, qué ocupaciones están abiertas para nosotras? Casi sólo una, ser institutrices. Tal vez una más: dar alguna clases que no quieren quitárnoslas les hombres. Nos resulta estrecho ese único camino; nos estorbamos, porque somos muchas las que nos agolpamos en él. Casi no nos puede dar independencia, porque somos demasiadas las que ofrecemos nuestros servicios. ¿Quién apreciará a una institutriz? Diga solamente que quiere tener una institutriz y vendrán corriendo decenas y centenares de nosotras para quitarse mutuamente el puesto.

No, mientras las mujeres no traten de ir por muchos caminos, no tendrán independencia. Desde luego, abrir un nuevo camino es difícil. Pero mi situación a este respecto es particularmente ventajosa. Me daría vergüenza no aprovecharla. No estamos preparadas para unos estudios serios. No sé hasta qué punto me hará falta un ayudante para prepararme para ellos. Pero sé qué sea cual fuere el grado en que yo necesite su ayuda diaria, él estará aquí, conmigo. Y no será para él una carga, le resultara tan agradable como a mí.

La costumbre nos cierra los caminos de una actividad independiente, que no están cerrados por la ley. Pero de eses caminos cerrados solamente por la costumbre puedo escoger el que quiera, si me decido solamente a aguantar; la primera oposición por parte de la costumbre. Uno de ellos está mucho más cerca para mí que otros. Mi marido es médico. Me dedicará todo su tiempo libre. Con un marido como él me será fácil intentar si puedo ser médico.

Eso sería muy importante si al final aparecieran mujeres médicos. Serían muy útiles para todas las mujeres. A una mujer le resulta mucho más fácil hablar con otra mujer que con un hombre. ¡Cuántos sufrimientos, cuántas muertes, cuántas desgracias se prevendrían así! Hay que intentarlo.»

XI

Vera Pavlovna terminó la conversación con su marido de tal modo qué sé puso el sombrero y se fue con él al hospital a probar sus nervios: si puede ver sangre, si está en condiciones de estudiar la anatomía. Con la posición de Kirsanov en el hospital, desde luego, no había obstáculo alguno a ésta prueba.

Yo, sin avergonzarme en absoluto, comprometí ya mucho a Vera Pavlovna por lo que se refería a lo poético; por ejemplo, no silencié que todos los días almorzaba, y en general con apetito, y además, dos veces al día tomaba el té. Pero ahora he llegado a tal circunstancia que, con toda la bajeza desvergonzada de mis conceptos, se apodera de mí la timidez y pienso: «¿No sería mejor callar esto? ¿Qué pensarán de la mujer que es capaz de ocuparse de la medicina?» ¡Qué nervios más bastos tiene que tener, qué corazón más duro! ¡No es una mujer, sino un carnicero! Pero, después de considerar que no presentó, a mis personajes como ideales de la perfección, me tranquilizo, que juzguen como quieran sobre la rudeza de la naturaleza de Vera Pavlovna; ¿a mí qué me importa? Si es basta, que sea basta. Por eso digo, fríamente que encontró una gran diferencia entre mirar sencillamente las cosas y trabajar activamente en ellas para utilidad de ella misma y de otros.

Recuerdo cómo me asusté, siendo un niño de doce años, cuando me despertó, a mí, que todavía nunca había visto un incendio, un ruido muy fuerte de la alarma de los bomberos. Todo el cielo estaba encendido, candente; por toda la ciudad, una gran ciudad de provincia, volaban tizones, por toda la ciudad había un tremendo alborote, carreras, gritos. Yo temblaba como en fiebre. Afortunadamente, conseguí llegar hasta el incendio, aprovechando que todos en, la casa estaban desconcertados. El incendio se produjo a lo largo del malecón (es decir, simplemente, a lo largo de la orilla; así que, ¿qué malecón?). La orilla estaba llena de madera, de mercancía de líber. Los chicos como yo recogían y llevaban todo esto lejos de las casas incendiadas; me puse a trabajar también; ¿dónde estaba todo el miedo? Trabajé con mucha determinación hasta que nos dijeron: «Basta, el peligro pasó.» Desde entonces sabía que si uno tenía miedo a un incendio grande, había que correr allí y trabajar, y se le iría el miedo por completo.

El que trabaja, ése no tiene tiempo para asustarse ni para sentir repugnancia o desprecio.

Así que Vera Pavlovna empezó a estudiar medicina; y en este campo, nuevo entre nosotros, fue una de las primeras mujeres que yo conocí. Después de esto ella realmente empezó a sentirse otra persona. Pensaba: «Dentro de algunos años estaré de verdad sobre mis propios pies.» Es una gran idea. No hay plena felicidad sin una plena independencia. ¡Pobres mujeres, sois tan pocas las que tenéis esta suerte!

XII

Y pasa un año; y pasará otro año, y todavía un año, después del casamiento con Kirsanov, y siempre pasarán los días de Vera Pavlovna como pasan ahora, al cabo de un año después del casamiento, como pasaban desde el mismo casamiento; y transcurrirán muchos años y pasarán siempre así, si no ocurre nada especial; ¿quién sabe lo que traerá el futuro? Pero hasta el momento en que escribo esto, no ha ocurrido nada parecido, y los días de Vera Pavlovna pasan siempre así, como pasaban entonces, un año, dos años después del casamiento con Kirsanov.

Después de ésa cosa tan terriblemente comprometedora, es decir, después de que a Vera Pavlovna se le ocurriera estudiar medicina y se encontrara capacitada para ello, me resulta ya fácil hablar de todo. Ninguna Otra cosa puede ya perjudicarla tan horriblemente en la opinión del público. Y tengo que decir que también ahora en la calle Serguievskaia, lo mismo que antes en la isla Vasilievski, el día de Vera Pavlovna tiene tres puntos claves: el té por la mañana, el almuerzo y el té por la tarde. Sí, conservó la característica no poética de almorzar todos los días y tomar el té dos veces y encontrarlo agradable, y en general conservó todas sus características no poéticas, no elegantes y de mal tono.

Y muchas otras cosas quedaron como antes en estos nuevos tiempos tranquilos, tal como eran en otros tiempos tranquilos. Quedó también la división de las habitaciones en neutrales y no neutrales; quedó también la regla de no entrar en las habitaciones no neutrales sin el permiso del otro, quedó también la regla de no repetir la pregunta, si a la primera pregunta contestaron «no preguntes»; quedó también que esta respuesta obligaba a dejar de pensar por completo sobre la pregunta pronunciada, olvidado quedó esto porque quedó la convicción de que si valiera la pena contestar, no haría falta preguntar, hace tiempo se habría dicho sin pregunta alguna, y en lo que se calla, seguramente no hay nada interesante. Todo eso quedó como antes en los nuevos tiempos tranquiles, tal como ocurría en los anteriores tiempos tranquilos. Sólo qué en los presentes tiempos nueves y tranquiles todo eso cambió un poco o al parecer, no cambió, pero no resulta del todo lo mismo que en los tiempos anteriores. Tampoco la vida resulta la misma.

Por ejemplo, las habitaciones neutrales y no neutrales se separan rigurosamente; pero el permiso de entrada en las habitaciones no neutrales está establecido para siempre para ciertos momentos del día. Es porque dos de los tres puntos claves del día se trasladaron a las habitaciones no neutrales; se estableció la costumbre de tomar el té de la mañana en la habitación de ella, el té de la tarde en la habitación de él. El té de la tarde se organiza sin rituales especiales; el sirviente, siempre el mismo Stepan, trae a la habitación de Alexander el samovar y el servicio, nada más. Pero con el té de la mañana hay una ceremonia especial: Stepan coloca el samovar y él servicio sobre la mesa en esa habitación neutral que está más cerca de la habitación de Vera Pavlovna, y dice a Alexander Matveich que el samovar está puesto, es decir, lo dice si

encuentra a Alexander Matveich en su gabinete; ¿pero si él no está allí? Entonces a Stepan ya no le teca informarle; que ellos mismos se acuerden que es la hora de tomar el té. Y según está costumbre, ya está establecida la regla de que per las mañanas Vera Pavlovna espera a su marido sin anunciarle que se le permite entrar; de Sasha no puede prescindir aquí, eso lo entenderá cualquiera cuando sepa cómo se levanta ella.

Después de despertarse, se queda en su cama caliente, tiene pereza de levantarse, piensa y no piensa, dormita y no dormita. Pinsa; eso significa que piensa en algo que está relacionado precisamente con ese día, con eses días, algo referente a la casa, al taller, a los conocidos, a los planes de cómo disponer de ese día. Eso desde luego no es dormitar; pero además de eso hay todavía dos temas, tres años después de la boda apareció un tercer tema, que está aquí en sus brazos, Mitia. Es «Mitia», por supuesto, en honor del amigo Dmitri. Y hay otros dos temas: uno es el pensamiento dulce sobre los estudios, que le dan la plena independencia en la vida, el segundo pensamiento es Sasha; este pensamiento incluso no se puede denominar un pensamiento en particular, se añade a todo lo que piensa, porque él participa en toda su vida: Y Cuando este pensamiento, este pensamiento no particular, sino un pensamiento de siempre, se queda solo en su meditación —ella está durante mucho, mucho tiempo sola envía meditación de él—, ¿cómo denominarlo entonces? ¿Es una meditación o un sueño, duerme o no duerme? Los ojos están semicerrados, las mejillas están ligeramente coloradas, como si fuera el color del sueño… Sí, está dormitando. Ahora, ven ustedes mismos, el tiempo pasa a menudo tan rápidamente que a Vera Pavlovna no le da tiempo de levantarse para tomar el baño (éste está instalado cómodamente, costó bastante trabajo: había que llevar un grifo a su habitación desde el grifo y desde la caldera en la cocina; y hay que decir la verdad, este lujo se lleva mucha leña; pero, que, ahora podía permitírselo). Sí, muy a menudo Vera Pavlovna consigue tomar el baño y otra vez echarse y descansar, aprovechar después del baño el rato hasta que aparezca Sasha. Pero a menudo, incluso es más frecuente, se queda tan pensativa y dormida que no se decide a tomar el baño, y Sasha entra ya.

Pero qué bueno es tomar todas las mañanas el baño; al principie el agua más caliente, luego se cierra el grifo del agua caliente, se abre el grifo del que sale el agua, pero el grifo con el agua fría se queda abierto, y el agua en la bañera se hace inadvertidamente más fresca, más fresca; ¡qué agradable es! Media hora, a veces, más, a veces una hora entera no tiene ganas de despedirse de la bañera.

Y todo esto lo hace sola; sin la sirvienta, y se viste sola; es mucho mejor. Ella sola, es decir, cuando no se queda dormida; ¿y si se le pasa? Entonces ya no puede librarse —¿y para qué librarse?— de que Sasha ejerza el cargo de doncella. ¡Sasha es terriblemente ridículo! Y puede que ni siquiera el movimiento de la mano de la huésped cantante que susurra, haga que aparezcan en el diario imaginario las palabras: «¡Y eso incluso es desagradable!» Pero en todo caso, mi querido se encargó de la obligación de servir el té de la mañana.

Y no pedía ser de otro modo; Sasha tiene totalmente razón en que había que organizado así, porque tomar el té de la mañana, es decir, casi solamente la nata calentada con una: adición pequeña de un té muy fuerte, y en la cama es extraordinariamente agradable. Sasha sale a por el servicio —sí, eso es más frecuente que si entra directamente con él— y lo sirve, y ella sigue en la cama y, después de tomar el té, todavía está recostada, ya no en su cama, sino en el diván, un diván ancho, pero su principal mérito es que es muy blando, como un plumón, sigue recostada hasta las diez o hasta las once, cuando Sasha tiene que ir al hospital o a la clínica o al auditorio académico. Pero con la última taza Sasha cogió ya el puro, y alguno de ellos recuerda al otro: «vamos a trabajar» o «basta, basta, ahora a trabajar»; ¿trabajar, en qué? Qué pregunta: la clase o la repetición a causa de los estudios de Vera Pavlovna. Sasha es su repetidor en los estudios de medicina, pero aún más necesaria es su ayuda en la preparación de aquellas asignaturas del bachiller para el examen, cuyo estudio sería demasiado aburrido para una sola; una cosa especialmente horrible son las matemáticas; casi más aburrido aún es el latín. Pero no hay más remedio, hay que aburrirse un poco con ellas. Por lo demás, no es tanto: para el examen que sustituye el certificado de los estudios de bachiller en la Academia de Medicina se exige muy poco; por ejemplo, no estoy seguro de que Vera Pavlovna alguna vez llegue a tal perfección en el latín que traduzca al menos dos líneas de Cornelio Nepote, pero ya entiende las frases latinas qué aparecen en los libros de medicina, porque este conocimiento le es necesario y no es inútil. Sin embargo, basta de esto, ya veo que comprometo a Vera Pavlovna hasta lo imposible: seguramente, el lec…

XIII

DIGRESIÓN SOBRE LAS MEDIAS AZULES[6]

—¡Media azul! ¡Hasta el extremo una media azul! ¡Detesto las medias azules! ¡La media azul es tonta y aburrida! —con, ardor, pero con seriedad dice el lector perspicaz.

Con todo, ¡cómo estamos unidos el lector perspicaz y yo! Una vez me reprendió, yo lo expulsé dos veces cogiéndolo por el cuello, pero a pesar de todo no podemos dejar de intercambiar nuestras palabras sinceras; es una enigmática atracción de corazones. ¡Qué le vamos a hacer!

—Oh, lector perspicaz —le digo— tienes razón, la media azul es realmente tonta y aburrida, y es imposible soportarla. Lo adivinaste… Pero no adivinaste *quién* era la media azul. Ahora lo verás como en un espejo la media azul habla con una afectación absurda, con presunción sobre los temas literarios o científicos, de los que no entiende ni jota. No había porque le interese de verdad, sino para lucir su inteligencia (que no tuvo ocasión de recibir de la naturaleza), sus aspiraciones elevadas (que tiene tantas como la silla en la que está sentada) y su cultura, que tiene tanta como un loro. ¿Ves, de quién es esa imagen vulgar o de quién es esta figura bien peinada en el espejo? Tuya, amigo. Sí, por más larga que te dejes la barba o por más cuidadosamente queda afeites, a pesar de todo, indudable e indiscutiblemente, eres la media azul más auténtica. Por eso te expulsé dos veces, únicamente porque detesto medias azules, que son diez veces más numerosas entre nosotros, los hombres, que entre las mujeres.

Y el que se ocupa con un objetivo práctico en algún trabajo, es, sea cual fuere el trabajo y sea cual fuere el traje que lleva una persona, con un traje de hombre o mujer, esa persona es simplemente una persona que se ocupa de su trabajo, y nada más.

XIV

La charla útil para el lector perspicaz sobre la media azul, es decir, sobre él, me desvió del relato de cómo transcurría ahora el día de Vera Pavlovna. ¿Cuándo significa ese «ahora»? Cuando quiera desde que se instaló en la calle Sergievskaia y hasta hoy día. Por lo demás, ¿para qué continuar esta descripción? Tal vez hay que decir solamente en general que aquel cambio que se había iniciado en el modo de pasar las tardes de Vera Pavlovna después de que se reanudara la amistad con Kirsanov en la isla. Vasilievski, se desarrolló totalmente ahora; que ahora los Kirsanov constituyen el centro de un número ya bastante grande de familias, todas familias jóvenes que viven tan bien y felizmente cómo ellos, y exactamente así según sus conceptos. Y la música y el canto, la ópera y la poesía, diversas fiestas y bailes llenan todas las tardes libres de cada una de estas familias, porque cada tarde hay alguna reunión en casa de una u otra familia o algún otro programa para distintos interesados. Por lo general, en estas reuniones y otros pasatiempos diversos está presenté la mitad de todo el círculo, y los Kirsanov, como los demás, la mitad de las tardes la pasan en ese alboroto. Pero de eso no hay por qué hablar, eso se entiende por sí solo. Pero hay una cosa de la cual, por desgracia, hay que hablar para muchos demasiado detalladamente para que la comprendan. Todos, si no lo experimentaron ellos mismos, al menos lo leyeron, saben qué diferencia hay para una muchacha o un, muchacho entre esa velada que es simplemente una velada, y esa velada en la que está con ella su amado o con él su amada, entre la ópera que escuchas, y nada más; y esa ópera que escuchas estando junto con aquel o aquella de la que estás enamorado. Es una gran diferencia. Eso es conocido. Pero demasiados pocos experimentan que el encanto que proporciona a todo el amor, en absoluto tiene que ser, en realidad, un fenómeno fugaz en la vida de un hombre, que esa luz brillante de vida no tiene que iluminar solamente el período de la búsqueda, de la aspiración, llamémoslo por ejemplo así, del noviazgo o del casamiento. No, este período realmente tiene que ser sólo una luz, querida, hermosa; pero precursora del día en el que hay incomparablemente más luz y calor que anteriormente, cuya luz y calor aumentan durante mucho tiempo, siguen aumentando y especialmente el calor aumenta durante mucho tiempo, sigue aumentando durante mucho tiempo pasado el mediodía. Antes no era así: cuando los enamorados se unían desaparecía pronto la poesía del amor. Ahora en la gente que se denomina la gente actual, no es así en absoluto. Ellos, cuando los une el amor, cuanto más tiempo vivan juntos, tanto más y más se dejan iluminar y calentar por su poesía, hasta el momento de la tarde avanzada, cuando las preocupaciones por los hijos que crecen absorban ya demasiado fuertemente sus pensamientos. Entonces la preocupación es más dulce que el placer personal, se hace superior, pero hasta entonces sigue aumentando. Lo que la gente de antes conocía solamente durante unos meses fugaces, la gente actual lo conserva durante largos años.

¿Por qué es así? Eso ya es un secreto; si quieren, lo revelaré. Es un secreto bueno, es magnífico aprovecharlo, y no es en vano; sólo hace falta para eso el corazón limpio y el alma honrada y el concepto actual sobre los derechos del hombre, el respeto por la libertad de aquel con él que vives. Sólo eso, no hay más secretos. Mira a tu mujer como miraste a la novia, ten presente que en cada minuto tiene derecho a decir: «Estoy descontenta contigo, fuera de mí»; mírala así, y ella nueve, anca después de la boda te hará experimentar el mismo sentimiento poético que la novia, no, más poético, más ideal en el buen sentido de la palabra. Reconoce su libertad con la misma franqueza y formalidad y sin reserva alguna como reconoces la libertad de tus amigos de tener o no tener amistad contigo, y entonces, diez o veinte años después de la boda le serás tan querido como cuando eras su novio. Así viven los maridos y las mujeres actuales. Muy envidiable. Pero también son honrados el uno con el otro, se aman diez años después del casamiento más fuerte y poéticamente que el día de la boda; pero tampoco durante esos diez años ni ella ni él dieron al otro un beso fingido; no se dijeron ni una palabra fingida «La mentira no salía de su boca» — se dijo de alguien en un libro. «No hay fingimiento en su corazón» se dijo de alguien, a lo mejor en el mismo libro. Leen el libro y piensan: «¡Qué excelente altura moral le atribuyen!» Escribían el libro y pensaban: «Describimos a un hombre al que todos tienen que admirar.» El que escribió ése libro no previo, el que lo lee no entiende que la gente actual no acepta entre sus amigos a nadie que no tenga el alma así. Y no les faltan amigos y no consideran a sus amigos nada más que simplemente personas, actuales, buenas, pero personas corrientes:

Sin embargo, da pena: hoy en día todavía por cada hombre actual hay una decena entera, si no más, de personas antidiluvianas. Es, por otra parte, natural: el mundo antidiluviano tiene que tener una población antidiluviana.

XV

—Vivimos juntos tres años (antes se decía: un año, luego: dos años; luego se dirá: cuatro, años, etc.) y todavía estamos como los enamorados que se ven de vez en cuando, en secreto. ¿De dónde sacaron, Sasha, que el amor se debilita, cuando, nadie impide a la gente pertenecer el uno al otro plenamente? Esas personas, no conocían el amor verdadero. Conocían solamente el amor propio erótico o la fantasía erótica. El amor verdadero empieza precisamente en ese momento en que las personas empiezan a vivir juntas.

—¿Acaso lo notas en mí?

—En ti noto una cosa mucho más interesante: tres años más y olvidarás tu medicina, y todavía, tres años y olvidarás leer. Y de todas las capacidades para la vida intelectual te quedará una: la vista, y aun con ella olvidarás ver otra cosa, excepto a mí.

Estas conversaciones no son largas ni frecuentes, pero sigue habiendo estas conversaciones.

«Sí, con cada año más fuertemente.»

«Conoces esos relatos sobre las personas que toman opio. Con cada año su pasión crece. El que conoció el placer que da la pasión, en ése no se debilitará jamás; solamente sigue aumentando.»

«Y todas las pasiones fuertes son así: siguen desarrollándose tamo más fuertemente, cuánto más tiempo pasa.»

«¡Saturación! La pasión no conoce saturación, conoce solamente saciedad: por unas horas.»

«La Saturación la conoce sólo una fantasía vacía, pero no el corazón, no un hombre real y vivo, sino un soñador corrompido, que huye de la vida al mundo del sueño.»

«Parece que mi apetito se debilita, parece que mi gusto se embota porque no paso hambre, pero todos los días como sin estorbes y bien. Al contrario, mi gusto se desarrolla, porqué mi mesa es buena. Y el apetito lo perderé al mismo tiempo que la vida, sin él no se puede vivir.» (Eso es ya un materialismo vulgar, anoto junto con el lector perspicaz.)

«¿Acaso por la naturaleza del hombre el afecto se debilita y no se desarrolla con el tiempo? ¿Cuándo es la amistad más sólida y más querida, una semana, un año o veinte años después de que comenzara? Solamente hace falta que las personas logren coincidir, que de verdad puedan ser amigos.»

Estas conversaciones son constantes, pero de ninguna manera frecuentes. Son breves y no muy frecuentes. En realidad, ¿para qué hablar de eso mucho y a menudo?

Pero éstas sí son más frecuentes y más largas.

—Sasha, cuánto me apoya tu amor. A través de él me hago independiente, me libro de toda dependencia, incluso de ti, incluso de ti. ¿Y a ti qué te trajo mi amor?

—¿A mí? No menos que a ti. Es una excitación de los nervios constante, fuerte y sana, inevitablemente desarrolla el sistema nervioso (un materialismo vulgar, de nuevo constatamos el lector perspicaz y yo); por eso de este amor crecen en mí las fuerzas intelectuales y morales.

Sí, Sasha, lo oigo decir de todos. Yo misma soy una mala testigo de esto, mis ojos están vendidos, pero ven lo mismo: tus ojos se hacen más claros, tu mirada se hace más fuerte y aguda.

—Verochka, ¿para qué presumir o no presumir delante de ti? Somos Una persona; pero esto tiene que reflejarse de verdad también en los ejes. Mis pensamientos se hicieron mucho más firmes. Cuando saco una conclusión de las observaciones, cuando hago un resumen general de los hechos, actualmente en una hora termino lo que antes tenía que pensar durante varias horas. Y ahora puede también abarcar con el pensamiento muchos más hechos que antes; mis conclusiones son más amplias y más completas. Verochka, si hubiera en mí algún germen de genialidad; con este sentimiento me convertiría en un gran genio. Si por la naturaleza existiera en mí la fuerza de crear algo pequeño y nuevo en la ciencia, de este sentimiento adquiriría la fuerza de reconstruir la ciencia. Pero nací para ser un trabajador de fila, un pequeño trabajador anónimo que elabora pequeñas cuestiones parciales. Así fui sin ti. Ahora, tú lo sabes, ya no soy eso: de mí empiezan a esperar más, creen que reelaboraré toda una gran rama de la ciencia, toda la doctrina sobre, la función del sistema nervioso. Y yo noto que cumpliré esta esperanza. A les veinticuatro el hombre posee una originalidad en sus puntos de vista más amplia y audaz que a los veintinueve (luego se dice: ya los treinta, a los treinta y dos, etc.), pero entonces no la poseía en tal magnitud como ahora. Y noto que sigo creciendo todavía, cuando sin ti ya hace tiempo hubiera dejado de creer. Incluso ya no crecí los últimos dos o tres años antes de que empezáramos a vivir juntos. Me devolviste el frescor de la primera juventud, la fuerza de ir mucho más lejos de donde me habría detenido; donde ya me había detenido sin ti.

¿Y la energía del trabajo, Verochka, acaso significa poco? Una excitación pasional se aporta también al trabaje, cuando toda la vida está en este estado de ánimo. Sabes qué efecto sobre la energía del trabajo intelectual tiene el café o un vaso de vino. Lo que el café y el vino dan a otros para una hora a la cual sigue el debilitamiento proporcional a esa excitación externa y pasajera, eso lo poseo ahora constantemente dentro de mí. Mis nervios mismos están dispuestos así constante, fuerte y vivamente. (De nueve un materialismo vulgar, anotamos, etcétera.)

Estas conversaciones son más frecuentes y más largas.

«El que no experimentó cómo el amor excita todas las fuerzas del hombre, ése no conoce el amor verdadero.»

«El amor consiste en ayudar a elevar y a elevarse a sí mismo.»

«El que sin él no tenía medios pata la actividad, a ése se les proporciona. El que

los posee, a ése le da fuerzas para aprovecharlos»

«Ama solamente aquel que ayuda a la mujer amada a que se eleve hasta la independencia.»

«Ama solamente aquel al que se le aclaran los pensamientos y se le refuerzan los brazos por el amor.»

Y estas conversaciones son muy frecuentes:

—Querido mío, estoy leyendo a Boccaccio (¡qué inmoralidad!, anotamos el lector perspicaz y yo. ¡Una mujer lee a Boccaccio! Eso lo podemos leer solamente nosotros. Pero yo, además de esto, anoto también lo siguiente: una mujer oirá decir del lector perspicaz más obscenidades, muy decentes, en cinco minutos, de las que encontrará en todo Boccaccio, y, desde luego, no oirá decir de él ni una idea ciará, fresca y limpia, que en Boccaccio son tan frecuentes); decías la verdad, querido, que tiene un talento enorme. Algunas narraciones suyas hay que colocarlas, según mi opinión, junto con los mejores dramas de Shakespeare per la profundidad y la finura del análisis psicológico.

—¿Y cómo te divierten sus relates cómicos en los que manifiesta tanta falta de ceremonia?

—Algunos son divertidos pero en general, estas narraciones son aburridas, como cualquier farsa demasiado grosera.

—Pero eso hay que perdonárselo. Vivió hace quinientos años antes que nosotros; lo que nos parece demasiado obsceno, demasiado grosero, entonces no se consideraba indecente.

—Lo mismo que nuestras costumbres y todos nuestros modales nos parecen mucho menos groseros, y sucios de lo que parecerán dentro de quinientos años. Pero eso no es interesante; hable sobre aquellas narraciones, excelentes, en las que seriamente representa un amor elevado, pasional. Es en ellas donde más se nota su gran talento. Pero mira lo que quise decir, Sasha: lo representa muy bien y con fuerza. A juzgar por esto, se puede decir que entonces no conocían esa ternura en el amor como ahora, el amor no se sentía entonces, tan fuertemente, aunque dicen que ésa era la época del placer más pleno del amor. No, cómo es posible, no disfrutaban ni con la mitad de fuerza. Sus sentimientos eran demasiado superficiales, su satisfacción todavía demasiado débil y demasiado pasajera.

«La fuerza de la sensación es proporcional a la profundidad del organismo desde la cual se eleva. Si se origina exclusivamente con un objeto externo, con un estímulo externo, es pasajera y afecta solamente un aspecto particular de la vida. El que bebe solamente porque le ofrecen el vaso, ése apreciará poco el sabor del vine, le proporciona demasiado, poca satisfacción. El placer ya es mucho más fuerte, cuando su rafe está en la imaginación, cuando la imaginación busca, el objeto y el estímulo para el placer. Entonces la sangre se agita ya mucho más fuertemente y ya se neta en ella cierto calor que da a la impresión mucha mayor ternura. Pero esto es todavía muy

débil comparado con el caso cuando la raíz de las relaciones, unidas con el placer, se encuentra en la profundidad misma de la vida moral. Aquí la excitación penetra todo el sistema nervioso, lo altera durante mucho tiempo y es extraordinariamente fuerte. Aquí el calor penetra todo el pecho. Esto ya no es el mero latir del corazón que es causado por la imaginación. No, todo el pecho siente una frescura y una ligereza extraordinarias. Se parece al cambio de atmósfera que respira el hombre, como si el aire se volviera mucho más puro y rico en oxígeno. Es una sensación como aquella que proporciona un caluroso día de sol; se parece a la sensación que tienes cuando te calientas al sol, pero la diferencia es enorme en el hecho de que el frescor y el calor se desarrollan en los nervios mismos, los reciben ellos directamente, sin que debiliten de ninguna manera su fuerza acariciadora por los elementos intermediarios.»

«Estoy muy contenta de haber dejado todavía a tiempo esa costumbre desfavorable. Es verdad: es necesario que la circulación de la sangre no se obstruya con ningún apretón. ¿Pero pera qué luego entusiasmarse con que el color de la piel se hizo más suave? Así tiene que ser. ¡Y de qué tontería! ¡Son tonterías, pero cómo estropean la pierna! La media tiene que sostenerse sola, toda y ligeramente; la línea se hizo regular, ese desequilibrio desaparece.

Eso no pasa tan pronto. Sólo durante tres años llevé el corsé, lo dejé todavía antes de nuestra vida de ahora. Pero es cierto que nuestros vestidos de todas formas aprietan la cintura incluso sin el corsé. ¿Pero es cierto que esto también se pasará como se corrigió la pierna?

Es verdad, se pasa un poco, se pasará; qué contenta estoy. ¡Qué corte de vestido tan insoportable! Hace tiempo debimos comprender, que las griegas habían sido más inteligentes, el vestido debe ser ancho desde los mismos hombros, tal como vestían ellas. ¡Cómo estropea nuestro corte de vestidos el talle! Pero mi línea se está recuperando, ¡cómo me alegro por eso!”.

—¡Qué guapa eres, Verochka! —¡Qué feliz soy, Sasha!

Y de su charla amena,
el canto fluyente,
y su apretón de manos,
¡oh, y sus besos ardientes![7]

Amigo querido, apaga
tus besos.
E incluso sin ellos junto a ti
el fuego arde en la sangre,
y sin ellos junto a ti
quema el rubor la mejilla,
y se excita el pecho,
y brillan los ojos,

igual que en la noche las estrellas[8].

XVI
EL CUARTO SUEÑO DE VERA PAVLOVNA

Y Vera Pavlovna tiene un sueño, sueña que:

Liega a ella una voz conocida —¡oh, qué conocida era!— desde lejos, cada vez más cerca.

Wie herrlich, leuchtet
Mir die Natur!
Wie glänzt die Sonne!
Wie lacht die Flur!

Y Vera Pavlovna ve que es así, siempre así…

Con un matiz dorado brilla el trigal; el campo está cubierto de flores, se abren centenares, miles de flores en les matorrales que bordean el campo, el verde bosque se levanta detrás de les matorrales y todo está coloreado de flores. Un aroma llega desde el trigal, desde el prado, desde les matorrales, desde las flores que llenan el bosque; por las ramitas revolotean los pájaros, y desde las famas llegan junto con el aroma miles de voces; y detrás del trigal, detrás del prado, detrás de los matorrales y del bosque se ve otros trigales que brillan como oro, otros prados cubiertos de flores, otros matorrales cubiertos de flores hasta las lejanas montañas, cubiertas de bosques, iluminadas con el sol; y encima de sus cumbres allí como aquí, allí como aquí, unas nubes claras, plateadas, doradas, purpúreas, transparentes con sus matices dibujan ligeramente en el horizonte un azul claro. Salió el sol, la naturaleza se alegra sin cesar, vierte la luz y el calor, el olor y la canción, el amor y la ternura en el pecho. Entona éste una canción de alegría y de ternura, de amor y de bienestar: «¡Oh, tierra! ¡Oh, ternura! ¡Oh, amor! ¡Oh, amor dorado, hermoso, como las nubes matinales encima de esas montañas!»

O Erd'! O Sonne!
O Glück! O Lust!
O Lieb', o Liebe!
So goldenschön
Wie Morgenwolken
Auf jenen Höh'n!

—¿Ahora me conoces? ¿Sabes que soy guapa? Pero, no me conoces, nadie de vosotros todavía me conoce en toda mi belleza. Mira lo qué fue, lo que es ahora, lo

que será. Escucha y mira:

> Wohl perlet im Glase der purpurne Wein,
> Wohl glänzen die Augen der Gäste…

Junto al pie de la montaña, al lado del bosque, entre las filas espesas y altas de matorrales en flor se elevaba un palacio.

—Vámonos allí.

Se van: allí, van volando.

Una fiesta suntuosa. En las copas burbujea el vino; los ojos de les invitados brillan. El ruido y el susurro que acompaña al ruido, la risa y el secreto apretón de mano, y a veces un silencioso beso furtivo. «¡Una canción! ¡Una canción! ¡Sin canción no es completa la alegría!» Y se levanta el poeta. Su frente y su pensamiento están iluminados por la inspiración. A él le comunica la naturaleza sus secretes, a él revela la historia su significado, y la vida de miles de años se plasma en su canción en una serie de imágenes.

1

Suenan las palabras del poeta y aparece una visión. Las tiendas de les nómadas. Alrededor de las tiendas pacen las ovejas, los caballos, los camellos. A lo lejos un bosque de olivos e higueras. Todavía más lejos, al borde del horizonte hacia el noroeste, una doble cordillera de altas montañas. Las cumbres de las montañas están cubiertas de nieve, sus pendientes, están cubiertas de cedros. Pero más esbeltos que los cedros son estos pastores, más esbeltas que las palmeras son sus mujeres, y es despreocupada su vida en una ternura perezosa; tienen un solo trabajo: el amor. Todos sus días transcurren, uno tras otro, entre caricias y canciones de amor.

—No —dice una chica bella y rubia—, eso no es sobre mí. Entonces yo no existía. Esa mujer era una esclava. Donde no hay igualdad, allí no estoy yo. A esa reina la llamaban Astarté.

Allí está. Una mujer espléndida. En las muñecas y en los pies, tiene pesados brazaletes de ero; en el cuello tiene un pesado collar de perlas y corales engastados en oro. Su cabello está rociado con mirra. La voluptuosidad y el servilismo están en su rostro, la voluptuosidad y la vaciedad están en sus ojos.

«Sométete a tu amo; deleita su ocio en momentos de arrebatos; tienes que amarlo, porque te compró, y si no le amas, te matará» —dice a la mujer que yace delante de ella en el polvo:

—Ves, que no soy yo —dice la chica bella.

2

De nuevo suenan las palabras inspiradas del poeta. Aparece una visión.

Una ciudad. Lejos, en el norte y en el este las montañas; a lo lejos en el este y en el sur, junto al oeste, el mar. Una ciudad extraña. Las casas en ella no son grandes y su aspecto no es fastuoso. ¡Pero cuántos templos raros hay en ella! Particularmente en la colina, a donde conduce una escalera con una puerta de una grandiosidad y belleza asombrosas. Toda la colina está llena de templos y edificios públicos, cada uno de ellos sería suficiente ahora para incrementar la belleza y la fama de la capital más suntuosa. En estos templos y en toda la ciudad. Hay miles de estatuas de las que una sería suficiente para convertir el museo donde estuviera ella en el mejor museo del mundo. Y qué hermoso es el pueblo, que se amontona en las plazas, en las calles. Cada uno de estos jóvenes, cada una de estas jóvenes mujeres y muchachas podrían servir de modelo para una estatua. Un pueblo alegre, vivo, trabajador, pueblo cuya vida entera es clara y encantadora. Esas casas, de un aspecto no lujoso, por dentro muestran una gran riqueza en su belleza y en tu arte extramado de disfrutar de la vida: se puede admirar cada objeto del mobiliario y de los utensilios. Y todas estas gentes, tan hermosas, tan capaces de comprender la belleza, viven para, el amor, para servir a la belleza. Ahora el proscrito regresa a la ciudad que había derrocado, su poder: regresa para mandar, todos lo saben. ¿Es que ni una mano se levanta contra él? En la carroza va con él, enseñándolo al pueblo, pidiendo al pueble que lo acepte, diciendo al pueblo que ella lo protege, una mujer de una belleza extraordinaria incluso entre estas bellezas, y, admirando su belleza, el pueblo entrega el poder a Pisístrato, su amante. Ahora el juicio; les jueces son unos ancianos sombríos; el pueblo puede apasionarse, ellos no conocen pasión. El Areópago es famoso por su severidad implacable, por su rectitud inexorable; los dioses y las diosas dejaban sus asuntos a su decisión. Y ahora debe presentarse ante ellos una mujer a la cual todo el mundo considera culpable de horribles crímenes. Tiene que morir, la estructura de Atenas, cada uno de los jueces lo decidió ya en su corazón; aparece ante ellos Aspasia, la acusada, y todos ellos se postran delante de ella y dicen: «¡Tú no puedes ser juzgada, eres demasiado bella!» ¿No es éste el reino de la belleza? ¿No es éste el reinado del amor?

—No —dice la hermosa muchacha rubia—, yo entonces no existía. Reverenciaban a la mujer, pero no la reconocían igual a ellos. La reverenciaban, pero solamente como a una fuente de placer; ¡no reconocían todavía en ella la dignidad humana! Donde no hay respeto por la mujer como persona, allí no existo yo. A esa reina la llamaban Afrodita. Allí está.

En esta reina no hay ningún adorno; es tan hermosa que sus admiradores no quisieron que tuviera vestido, sus formas maravillosas no deben estar ocultas ante sus ojos entusiasmados.

¿Qué dice ella a la mujer, casi tan hermosa como ella, que echa incienso a su

altar?

«Sé fuente de placer para el hombre. Él es tu señor. Vives para él, no para ti mismo.»

Y en sus ojos está sólo la ternura del placer físico. Su porte es orgulloso, en su rostro hay orgullo, pero es meramente un orgullo por su belleza física. ¿Y a qué vida estaba condenada la mujer durante, su reinado? El hombre encerraba a la mujer en el gineceo, para que nadie, excepto él, su amo, pudiera admirar su belleza que le pertenecía. Ella no tenía libertad. Había entre ellas otras mujeres, que se llamaban a sí mismas libres, pero éstas vendían el placer con su belleza, vendían su libertad. No, éstas tampoco eran libres. Esa reina era semiesclava. Donde no hay libertad, no hay felicidad; allí no estoy yo.

3

De nuevo suenan las palabras del poeta. Aparece una nueva visión.

Una arena delante del castillo. Alrededor un anfiteatro con una muchedumbre brillante de espectadores. En la arena los caballeros. Encima de la arena, en el balcón del castillo, está sentada Una joven. En su mano sostiene un pañuelo. Para el que venza será el pañuelo y un beso a su mano. Los caballeros luchan a muerte. Tohgenburg venció. «Caballero, le quiero como una hermana. No exijáis otro amor. No late más fuertemente mi corazón, cuando llegáis vos, no late más fuertemente, cuando os alejáis.» «Mi suerte está decidida» —dice él y se embarca para ir a Palestina. Por toda la cristiandad corre la fama de sus hazañas. Pero él no puede vivir sin ver a la reina de su corazón. Regresa, no había encontrado el olvido en les combates. «No toque a la puerta, caballero, está en el monasterio.» Él se construye una cabaña desde cuyas ventanas, sin que ella lo vea, pueda verla, cuando ella, por las mañanas abre la ventana de su celda. Y toda su vida consiste en esperar a que aparezca ella junto a la ventana, hermosa como él sol; no tiene otra vida que ver a la reina de su corazón, y no tenía otra vida mientras que se extinguía en él la vida; y cuando se apagaba en él la vida, estaba sentado junto a la ventana de su cabaña y pensaba una sola cosa: ¿la veré todavía?

—Esto ya de ningún modo es sobre mí —dice la bella muchacha rubia.

La amó mientras no la tocaba. Cuando se convertía en su mujer, se convertía en su sierva; ella tenía que hacerlo temblar; la encerraba; dejaba de amarla. Iba de caza, se iba a las guerras, festejaba con sus compañeros, violaba a sus vasallas; la mujer estaba abandonada, encerrada, despreciada. A la mujer a la qué tocaba el hombre, este hombre ya no la amaba; No, entonces, no existía yo. A esa reina la llamaban «La castidad». Allí está.

Modesta, dócil, tierna, hermosa, más hermosa que Astarté, más hermosa qué la misma Afrodita, pero pensativa, triste, dolida. Ante ella se inclinan, le traen coronas de rosas. Ella dice: «Mi alma está triste con un dolor mortal. La espada atravesó mi corazón. Afligíos también vosotras. Sois desgraciadas. La tierra es un valle de lágrimas.»

—No, no, yo no existía entonces —dice la bella chica rubia.

4

—No, esas reinas no se parecían a mí. Todas todavía continúan reinando pero los reinados de todas ellas están cayendo. Con el nacimiento de cada una de ellas empezaba a decaer el reinado de la anterior. Y yo nací sólo entonces cuando empezó a decaer el reinado de la última de ellas. Y desde que nací, sus reinados empezaron a decaer rápidamente, rápidamente, y caerán todos. La que venía detrás de ellas no podía sustituir a las anteriores, y éstas quedaban junto a ella. Yo sustituyo a todas, ellas desaparecen; yo sola quedaré para reinar sobre todo el mundo. Pero ellas tenían que reinar antes que yo; sin sus reinados no pudo venir el mío.

Las gentes eran como bestias. Dejaron de ser bestias, cuando el hombre empezó a apreciar en la mujer la belleza. Pero la mujer es más débil que el hombre en cuanto a la fuerza; y el hombre era nido. Todo se solucionaba entonces mediante la fuerza. El hombre se apropió una mujer cuya belleza empezó a apreciar. Se convirtió en su propiedad, su objeto. Ese era el reinado de Astarté:

Cuando evolucionó un poco más, empezó a apreciar su belleza más que antes, se inclinó ante su belleza. Pero su conciencia no estaba todavía desarrollada. Él apreciaba en ella solamente la belleza. Ella sabía pensar únicamente lo que le oía decir. Él decía que sólo él era persona, ella no era persona, y ella todavía veía en sí misma meramente una joya hermosa que le pertenecía, no se consideraba una persona. Ese era el reinado de Afrodita.

Pero empezó a despertarse en ella la conciencia de que también ella era una persona. ¡Qué dolor tuvo que apoderarse de ella, cuando apareció en ella, aunque fuera en la medida más débil, la idea de su dignidad humana! Es que todavía no se la reconocía como persona. El hombre no la quería tener todavía de otra forma que no fuera tina amiga esclava. Y ella decía: ¡No quiero ser tu amiga! Entonces la pasión por ella la obligaba a suplicar, a conformarse, y él olvidaba que no la consideraba una persona, y la amaba, una virgen inaccesible, intocable, casta. Pero bastaba que creyera su súplica, bastaba que la tocara y ¡ay de ella! Estaba en sus manos, esas manos eran más fuertes que las de ella, y él era rudo, y la convertía en su esclava y, la despreciaba. ¡Ay de ella! Ese era el triste reinado de la virgen.

Pero pasaron los siglos. Mi hermana —¿la conoces?— esa que antes que yo venía a ti, hacía su trabajo. Ella existía siempre, existía antes que nadie, existía cuando había gente, y siempre trabajaba sin descanso. Su trabajo era duro, el éxito lento, pero ella trabajaba, trabajaba, y el éxito crecía. El hombre se hacía más razonable, la mujer se daba cuenta cada vez más firmemente de que era igual al hombre; y llegó el día cuando nací yo.

Eso fue hace poco, oh, eso fue hace muy poco. ¿Sabes quién notó por primera vez que había nacido yo, y lo dijo a los demás? Lo dijo Rousseau en «La nueva Eloísa». En ella la gente por primera vez le oyó hablar de mí.

Y desde entonces mi reino crece. Todavía no soy reina dé muchos. Pero mi reino

crece rápidamente, y tú ya prevés la época, cuando reinaré sobre toda la tierra. Sólo entonces la gente notará plenamente lo buena que soy. Ahora los que reconocen mi poder, no pueden someterse todavía a toda mi voluntad. Están rodeados de una masa, desfavorable, a toda mi voluntad. La masa los atormentaría, envenenaría la vida de ellos, si ellos conocieran y cumplieran toda mi voluntad. Y yo necesito la felicidad, no deseo sufrimiento alguno, y les digo: no hagáis aquello por lo que os harían sufrir; reconoced mi voluntad por ahora sólo eh tanto en cuanto que podéis reconocerla sin daño para vosotros mismos.

—¿Pero yo puedo conocerte entera?

—Sí, tú puedes. Tu posición es muy afortunada. Tú no tienes qué temer. Tú puedes hacer lo que desees. Y si conoces toda mi voluntad, de ti mi voluntad no querrá nada que te perjudique. A ti no te hace falta desear ni desearás nada por lo que te atormentarían los que no me conocen. Tú estás ahora totalmente contenta con lo que tienes; no piensas ni pensarás en ninguna otra cosa ni en ningún otro hombre. A ti puedo revelarme entera.

—Dime tu nombre, me nombraste a las reinas anteriores, no me has dicho tu nombre todavía en ninguna ocasión.

—¿Quieres que te diga mi nombre? Mírame, escúchame.

5

—Mírame, escúchame. ¿Reconoces mi voz? ¿Reconoces mi rostro? ¿Habías visto mi rostro?

—No, todavía no había visto su rostro, jamás lo había visto, ¿cómo pudo parecerle que lo había visto? Ya desde hace un año, desde que habla con él, desde que él la mira, la besa, ve con tanta frecuencia a esta bella muchacha rubia, y la muchacha bella no se esconde de ella, lo mismo que no se esconde ella de él; ella entera aparece delante de ella.

—No, no te había visto, no había visto tu rostro; aparecías ante mí, te vi, pero tú estabas rodeada de una aureola, no pude verte, vi sólo que eres la más bella. Tu vez, la oigo, pero oigo sólo que tu vez es la más bella.

—Mira, para ti, para este instante, disminuiré el brillo de mi aureola, y mi voz te sonará en este instante sin el encanto que le doy siempre; por un momento dejaré de ser pará ti una reina. ¿Has visto, has oído? ¿Me has reconocido? Basta, de nuevo soy la reina, y ya para siempre.

De nuevo está rodeada de todo el esplendor de su aureola, y de nuevo su voz es indescriptible, embriagadora. Pero por un momento, cuando dejó de ser la reina, para dejarse conocer, ¿de veras es así? ¿De veras había visto ese rostro, de veras había oído esa voz Vera Pavlovna?

—Sí —dice la reina— querías saber quién soy, ya lo sabes. Querías conocer mi nombre. No tengo un nombre distinto de aquella delante de la cual aparezco, mi nombre es su nombre; has visto quién Soy. No hay nada superior al hombre, no hay nada superior a la mujer. Soy aquella delante de la cuál aparezco, aquella que ama, aquella que es amada.

Sí, Vera Pavlovna lo ha visto: es ella misma, ella misma, pero diosa. El rostro de la diosa es el rostro de ella misma, es su rostro vivo, cuyos rasgos están tan lejos de la perfección; todos los días ve más de un rostro más bello que el suyo. Es su rostro iluminado por el resplandor del amor, más hermoso que todos los ideales que nos dejaron los escultores de la antigüedad y los grandes pintores del gran siglo de la pintura. Sí, es ella misma, pero iluminada por el resplandor del amor, ella, cuyo rostro no se equipara a los centenares de rostros más hermosos en Petersburgo, tan pobre en belleza, ella es más bella que la Afrodita del Louvre, más bella que las bellezas conocidas hasta ahora.

—Tú te ves en el espejo tal como eres por ti misma, sin mí. En mí te ves tal como te ve aquel que te ama. Para él me fundo contigo. Para él no hay nadie más hermosa que tú; para él todos los idéales palidecen al lado tuyo. ¿No es así?

¡Así es, así es!

6

Ahora sabes quién, soy; debes saber qué soy.

En mí está el placer del sentimiento que estaba en Astarté: es la madre fundadora de todas nosotras, de otras reinas que la sucedieron. En mí está la embriaguez de la contemplación de la belleza qué estaba en Afrodita. En mí está la veneración de la pureza que estaba en «La castidad».

Pero en mí está todo en una forma distinta de como estaba en ellas, es más pleno, más elevado, más fuerte. Lo que estaba en «La castidad», se une en mí a aquello que estaba en Astarté, y a aquello que estaba en Afrodita. Y, uniéndose en mí con otras fuerzas, cada una de estas fuerzas se hace mejor y más poderosa por la unión. Pero lo nuevo que está en mí, lo que no estaba en ninguna de las reinas anteriores, proporciona a estas fuerzas una mayor, todavía mucha mayor magnitud y encanto. Eso nuevo en mí, lo que me distingue de ellas, es la igualdad de los derechos de los enamorados, la relación en pie de igualdad entre ellos como personas, y gracias solamente a esto nuevo, todo lo que está en mí es mucho más, oh, mucho más hermoso que lo que estaba en ellas, canto que no Conocían antes de mí, al lado del Cual no es nada todo lo que conocían antes de mí.

Antes de mí no conocían, el placer pleno del sentimiento, porque sin una inclinación libre de los dos amantes ninguno de ellos siente una embriaguez luminosa. Antes de mí no conocían el placer pleno de la contemplación de la belleza, porque si la belleza no se descubre mediante una inclinación libre, no hay una embriaguez luminosa en su contemplación. Sin una inclinación libre tanto el placer como el entusiasmo son lúgubres al lado del placer y del entusiasmo que están en mí.

Mi castidad es más pura que aquella «Castidad», que hablaba solamente de la pureza del cuerpo: en mí hay pureza del corazón. Soy libre, por eso en mí no hay engaño, no hay fingimiento. No digo palabras que no siento, no doy un beso en el que no haya simpatía. Pero aquello que es en mí nuevo, que da un encanto superior a lo qué estaba en las reinas anteriores, por sí mismo constituye en mí un encanto que es superior a todo. El señor está incómodo en presencia del criado, el criado está incómodo en presencia del señor. El hombre está libre únicamente con uno igual a él. Con uno inferior se aburre, sólo con el igual hay una alegría completa. Por eso también antes de mí el hombre no conocía la plena felicidad del amor; aquello que sentía antes de mí, no se merecía llamar felicidad. Era solamente una embriaguez pasajera. ¡Y la mujer! ¡Qué lamentable era antes de mí la mujer! Era solamente una figura sometida, esclavizada; vivía en el miedo, antes de mí sabía demasiado poco de lo que era el amor. Donde hay miedo, no hay amor…

Por eso, si quieres expresar con una palabra qué soy, esa palabra es la igualdad. Sin ella el placer del cuerpo, el entusiasmo por la belleza son aburridos, sombríos, repugnantes; sin ella no hay pureza del corazón, hay solamente el engaño de la pureza del cuerpo. De ella, de la igualdad proviene la libertad en mí, sin la cuál no estoy yo.

Te dije lo que puedes decir a otros, todo lo que soy ahora. Pero ahora mi reino es todavía pequeño, todavía tengo que proteger a los míos de las calumnias de los que no me conocen, todavía no puedo expresar toda mi voluntad a todos. La diré a todos, cuando mi reinado se extienda a todas las personas, cuando todas las personas sean hermosas de cuerpo y puras de corazón, entonces les revelaré toda mi belleza. Pero tú con tu destino eres especialmente feliz; a ti no te desconcertaré, a ti no te perjudicaré, si te digo lo que seré, cuando no algunos, como ahora, sino todos sean dignos de reconocerme como su reina. Sólo a ti te diré los secretos de mi futuro. Jura que lo callarás y escucha.

7

… … … … … … … … … … … … … … … …
… … … … … … … … … … … … … … … …

8

—Oh, amor mío, ahora conozco toda tu voluntad; sé lo que será. ¿Pero cómo será? ¿Cómo vivirá entonces la gente?

—Yo sola no puede contártelo, para eso necesito la ayuda de mi hermana mayor, de aquella que hace tiempo se te aparecía. Ella es mi señora y mi criada. Puedo ser solamente lo que ella hace de mí; pero ella trabaja para mí. Hermana, ven a ayudarme.

Aparece la hermana de sus hermanas, la novia de sus novios.

—Hola, hermana —dice a la reina—. ¿Estás aquí también tú, hermana? —dice a Vera Pavlovna—. ¿Quieres ver cómo vivirá la gente, cuando la reina, mi discípula, reine sobre todos? Mira.

Un edificio, un edificio enorme, como los que hay ahora solamente en las capitales más grandes, o no, ahora no existe ni uno como éste. Está en medio de trigales y prados, jardines y bosques. Los trigales son como nuestros trigales, sólo qué no son iguales que los nuestros, son espesos, espesos, copiosos, copiosos.

¿De verdad es trigo? ¿Quién había visto unas espigas así? ¿Quién había visto unos granos así? Solamente en un invernadero se podría cultivar ahora las espigas con estos granos. Los campos son nuestros campos; pero estas flores se encuentran ahora solamente en nuestros jardines. Los jardines, los limoneros, los naranjos, los melocotoneros y lo albaricoqueiros, ¿cómo pueden crecer al aire libre? Oh, sí, hay columnas alrededor de ellos, están al descubierto durante el verano; sí; son invernaderos, abiertos durante el verano. Los bosques son nuestros bosques: el roble y el tilo, el arce y el olmo; sí, los bosques son los mismos que ahora; los cuidan muy bien, no hay entre ellos ningún árbol enfermo, pero los bosques son los mismos, sólo ellos quedaron los mismos que ahora. Pero este edificio; ¿qué es, de qué arquitectura es? Ahora no es así. No, ya hay una insinuación de ella: el palacio que está en la colina Saidengamski; el acero y el cristal, el acero y el cristal, sólo eso. No, no sólo eso. Ese es solamente el exterior del edificio, con sus muros exteriores; pero por dentro es ya una casa de verdad, una casa colosal. Está cubierta con esta construcción de acero y de cristal como con un estuche; éste forma alrededor de la casa unas galerías anchas en todas las plantas. ¡Qué arquitectura tan ligera en esa casa interior, qué espacios tan pequeños entre las ventanas; y las ventanas son enormes, anchas, cubren toda la altura de las plantas! Sus paredes de piedra se asemejan a una serie de pilastras que constituyen los marcos para las ventanas que dan a la galería. ¿Pero cómo son los suelos y los techos? ¿De qué son las puertas y los marcos de la ventana? ¿Qué es? ¿Plata? ¿Platino? Incluso casi todos los muebles son así, los muebles de madera están aquí solamente por capricho, solamente para variar; ¿pero de qué es todo el mobiliario restante y los techos, los suelos? «Prueba mover este sillón» —dice la reina mayor—. Estos muebles metálicos son más ligeros que los muebles de nogal. ¿Pero qué clase de metal es? Ah, ahora lo sé, Sasha me enseñó una tablita, era ligera

como el cristal y ahora hay ya pendientes y broches como esto. Sí. Sasha decía que antes o después el aluminio sustituiría a la madera, puede que incluso a la piedra. ¡Pero qué rico es todo esto! En todas partes aluminio y más aluminio, y todos los espacios entre las ventanas están revestidos de espejos. ¡Y qué alfombras en el suelo! En esta sala la mitad del suelo está descubierta, se ve que el suelo es de aluminio. «Ves que aquí es mate, para que no sea demasiado resbaladizo; aquí juegan los niños, y junto con ellos también los mayores; y en esta sala el suelo está también sin alfombras, es para los bailes.» Y en toda partes árboles y fletes del sur; toda la casa es un enorme invernadero.

¿Pero quién vive en esta casa, que es más suntuosa que un palacio? «Aquí vive mucha, mucha gente; ven, los veremos.» Van al balcón que sale de la planta superior de la galería. ¿Cómo que Vera Pavlovna no lo advirtió antes? «Por esos campos están diseminados grupos de personas; por todas partes están los hombres y las mujeres, les ancianos, los jóvenes y los niños juntos. Pero hay más jóvenes; viejos hay pocos, viejas menos aún, niños más que viejos, pero; a pesar de todo, muy pocos. Más de la mitad de los niños se quedó en casa para ocuparse del trabajo en ella. Hacen casi todo en casa, les gusta mucho; con ellos están algunas viejas. Y hay muy pocos viejos y viejas, ya que aquí envejecen muy tarde, aquí la vida es saña y tranquila; conserva la frescura.» Casi todos los grupos que trabajan en el campo cantan; ¿pero qué trabajo realizan? Ah, recogen el trigo. ¡Qué rápido les va el trabajo! ¡Cómo no les va a ir rápidamente, cómo no van a cantar! Casi todo lo hacen por ellos las máquinas: Riegan, hacen las gavillas, se las llevan. La gente casi solamente anda, se monta en las máquinas, las conduce. Y se las arreglaron muy cómodamente. El día es caluroso, pero a ellos, desde luego, no les importa. Por encima de aquella parte del campo, donde trabajan, está extendido un enorme toldo; a medida que avanza el trabajo, avanza también el toldo; ¡qué bien se inventaron el frescor! ¡Cómo no van a trabajar rápida y alegremente, cómo no van a cantar! ¡Así incluso yo me pondría a segar enseguida! Y todo son canciones, desconocidas, nuevas; pero ahora recordaron también una nuestra; la conozco:

> Viviremos, tú y yo, como señores;
> esas gentes son nuestros amigos,
> lo que desee tu corazón,
> todo lo conseguiré con ellos…[9]

Pero el trabajo se acabó, todos van al edificio. «Entremos de nuevo para ver cómo comerán» —dice la Her— mana mayor—. Entran en la sala más grande entre las enormes. La mitad de la sala está ocupada por las mesas. Las mesas están ya puestas. ¡Cuántas son! ¿Cuántas personas comerán aquí? Serán mil personas o más. «Aquí no están todos; el que lo desee come aparte, en su casa; aquellas viejas, viejos, niños que no salieron al campo, lo prepararen todo. Preparar la comida, ocuparse de la casa,

limpiar las habitaciones, ése es un trabajo demasiado fácil para otros brazos —dice la hermana mayor—; deben ocuparse de él aquellos que no pueden todavía o no pueden ya hacer otra cosa.» Un servicio magnífico. Todo es aluminio y cristal; en la franja central de las mesas anchas están colocados floreros con flores; los platos están ya sobre las mesas, entraron los trabajadores, todos se sientan a la mesa, tanto ellos como los que prepararon la comida. «¿Y quién servirá?» «¿Cuándo? ¿Durante la comida? ¿Para qué? No hay más de cinco o seis platos. Aquellos que tienen que estar calientes, están colocados en los sitios donde no se enfriarán; ves, esas cavidades son depósitos de agua hirviendo —dice la hermana mayor—. Tú vives bien, te gusta una buena mesa; ¿hay en tu casa con frecuencia una comida como ésta?» «Unas cuantas veces al año.» «Para ellos ésta es corriente. El que lo desee, ése la tiene mejor, lo que se le antoje, pero entonces tiene una cuenta particular. Y el que no exige para sí una comida especial con respecto a la que se hace para todos, ése no tiene que pagar nada. Y todo es así: aquello que pueden permitirse todos con los medios de toda la compañía, por eso no se paga; cada cosa particular o capricho se paga.»

«¿De veras somos nosotros? ¿De veras es nuestra tierra? Oí cantar nuestra canción, hablan el ruso.» «Si cerca ves un río, es el Oka, ¡esta gente somos nosotros, yo contigo soy rusa!» «¿Y lo hiciste todo tú?» «Todo esto se hizo para mí. Yo animaba a hacerlo, yo animo a perfeccionarlo, pero lo hace ella, mi hermana mayor, ella es la trabajadora, yo solamente disfruto.» «¿Y todos vivirán así?» «Todos —dice la hermana mayor—, para todos la primavera y el verano serán eternos, la alegría será eterna. Pero te enseñamos solamente el final de mi mitad del día, del trabajo, y el comienzo de su mitad. Todavía los veremos por la tarde, dentro de dos meses.»

9

Las flores se marchitaron, las hojas empiezan a caer de los árboles; el cuadro se hace melancólico. «Ves, sería aburrido contemplar esto, sería aburrido vivir aquí —dice la hermana menor— yo, no lo quiero así.» «Las salas están vacías, en los campos y en los jardines tampoco hay nadie —dice la hermana mayor—. Lo establecí según, la voluntad de mi hermana reina.» «¿De verdad que el palacio se quedó vacío?» «Sí, hace frío y hay humedad aquí, ¿para qué estar aquí? De dos mil personas se quedaron aquí ahora diez o veinte excéntricos a los que les pareció esta vez un cambio agradable quedarse aquí en la soledad, perdidos, para contemplar el otoño del norte. Dentro de algún tiempo, en invierno, habrá aquí turnos continuos, estarán viniendo en pequeños grupos amantes de los paseos invernales para pasar aquí algunos días de invierno.»

«¿Pero dónde están ahora?» «En todas partes, donde haga calor y se esté bien —dice la hermana mayor—. Para el verano, cuando hay aquí mucho trabajo y se pasa bien, vierte aquí una variada multitud de invitados del sur. Estuvimos en la casa donde sólo estabais vosotros; pero muchas casas están construidas para los huéspedes. En otras incluso los huéspedes de otras nacionalidades y los dueños se instalan juntos; cada uno escoge la compañía según más le guste. Pero al recibir muchos huéspedes en verano como ayudantes en el trabajo, vosotros mismos durante los siete u ocho meses malos de vuestro año os vais al sur, a donde le resulte a cada uno más agradable. Pero tenéis en el sur una región particular, allí es a donde se va la mayor parte de vosotros. Esa región se llama «La Nueva Rusia.» «¿Es donde está Odesa y Jersón?» «Eso era en tus tiempos, pero ahora, mira dónde está La Nueva Rusia.»

Las montañas vestidas de jardines, entre las montañas estrechos valles, anchas llanuras. «Estas montañas eran antes unas rocas desnudas —dice la hermana mayor—. Ahora están cubiertas de una gruesa capa de tierra, y sobre ellas en medio de los jardines crecen bosques con los árboles más altos; abajo en las depresiones húmedas hay plantaciones de café; arriba crecen palmeras datileras, higueras; la vid se mezcla con las plantaciones de caña de azúcar; en los campos hay también trigo, pero hay más arroz.» «¿Qué tierra es ésta?» «Subamos por un momento más arriba, verás sus fronteras.» En él lejano noreste dos ríos que se unen directamente al este del lugar desde el cual mira Vera Pavlovna; más al sur, en la misma dirección al sureste, una bahía ancha y larga; en el sur la tierra llega lejos, ampliándose cada vez más hacia el sur entre esta bahía y una bahía estrecha y larga que forma su frontera occidental. Entre la estrecha bahía occidental y el mar, que está lejos en el noroeste, un estrecho istmo. «¿Pero estamos en el centro del desierto?» —dice asombrada Vera Pavlovna—. «Sí, en el centro del antiguo desierto; pero ahora, como ves, todo el espacio desde el norte, desde ese gran río en el noroeste, ya está convertido en la tierra más fértil, en la misma tierra que había sido en algún tiempo y volvió a serlo aquella franja junto al

mar al norte de ella, de la cual se decía antiguamente que rebosa de leche y miel. No estamos muy lejos. Ves que desde el límite meridional del espacio cultivado, la parte montañosa de la península sigue siendo una estepa arenosa y estéril, como estaba en tu tiempo toda la península; cada año que pasa, la gente, vosotros, los rusos, traslada el límite del desierto hacia el sur. Otros trabajad en otros países. Todos tienen mucho sitio y bastante trabajo, y hay espacio y abundancia. Sí, desde el gran río en el noroeste, todo el espacio hacia el sur hasta la mitad de la península está verde y en flor, en toda la extensión se elevan, como en el norte, unos edificios enormes, tres o cuatro verstas uno del otro, como innumerables figuras colosales sobré una gigantesca tabla de ajedrez.» «Bajaremos a uno de ellos» —dice la hermana mayor.

Una casa igualmente colosal y de cristal, pero sus columnas son blancas. «Son de aluminio —dice la hermana mayor porque aquí hace mucho calor, el blanco se calienta al sol menos, es algo más caro que el acero, pero aquí es más cómodo.» Pero inventaron todavía una cosa: a una gran distancia alrededor del palacio de cristal van filas de columnas delgadas y extraordinariamente altas; en ellas, en lo alto encima del palacio, encima de todo el palacio y en un radio de media versta, está extendido un toldo blanco. «Constantemente lo salpica él agua —dice la hermana mayor—. ¿Ves cómo, de cada columna se eleva encima del toldó una pequeña fuente que esparce alrededor la lluvia? Por eso hace fresco aquí; ¿ves? Cambian la temperatura como quieren.» «¿A quién le gusta el color y el sol fuerte de aquí?» «A lo lejos ves pabellones y tiendas. Cada uno puede vivir como se le antoje; Ies llevo a eso, trabajo solamente para eso.» «Eso significa que siguen existiendo ciudades para les que Ies gustan las ciudades.» «No hay mucha gente así, hay menos ciudades que antes, sirven sólo para ser centres de enlace y transporte de mercancías, en los buenos puertos y en otros centros de comunicaciones. Pero estas ciudades son mayores y más soberbias; siguen viviendo allí durante algunos días para variar; la mayoría de sus habitantes cambia continuamente, vive allí por el trabajo, durante un tiempo breve.» «¿Pero quién quiere vivir permanentemente en ellas?» «Viven como vosotros vivís en vuestro Petersburgo o París o Londres. ¿A quién le importa eso? ¿Quién se lo impedirá? Que viva cada uno como quiera, sólo que la enorme mayoría, de cada cien personas noventa y nueve viven de la forma como te enseñamos mi hermana y yo, porque eso les resulta más agradable y más ventajoso. Pero entra ya en el palacio. Ya es bastante tarde, es hora de verlos.» «No, antes quiero saber, cómo se hizo esto.» «¿Qué?» «Que el desierto estéril se convirtiera en la tierra más fértil, dende casi todos nosotros pasamos dos terceras parte de nuestro año.» «¿Cómo se hizo? ¿Qué hay en ello interesante? Esto no se hizo ni en un año ni en diez años, poco a poco hacía avanzar el trabajo. Desde el noroeste, desde las riberas del gran río, desde el noroeste, desde la orilla del mar grande. Ellos tienen muchas máquinas potentes; traían tierra, ésta hacía compacta la arena, hacían canales, instalaban el riego, apareció el verde, apareció también más humedad en el aire. Avanzaban paso a paso unas cuantas verstas, a veces una versta al año, como ahora avanzan cada vez más hacia el sur.

¿Qué hay de particular en ello? Sólo que se hicieron inteligentes, empezaron a dirigir en su favor la gigantesca cantidad de fuerzas y recursos, que antes gastaban sin utilidad o directamente en perjuicio contra sí mismos. No trabajo y enseño en vano. A la gente le resultó difícil solamente entender lo que era útil. En tus tiempos eran todavía tan salvajes, tan groseros, rudos, insensatos. Pero yo los instruía; y cuando empezaron a comprender, el realizarlo ya no era difícil. No exijo nada difícil, tú lo sabes. Si haces algo según lo que digo y para mí, ¿acaso es difícil?» «No.» «Desde luego que no. Recuerda tu taller. ¿Acaso tuvisteis muchos medios? ¿Acaso tuvisteis más medios que otros?» «No, ¿qué medio pudimos tener?» «Y ciertamente, tus costureras tienen diez veces más comodidades, veinte veces más alegrías en la vida, experimentan cosas desagradables cien veces menos que otras con los mismos medios que teníais vosotras. Tú misma demostraste que incluso en tu tiempo la gente podía vivir muy libremente. Solamente hay que ser juiciosos, saber organizarse bien, saber cómo emplear de una forma más ventajosa los medios.» «Eso es, yo lo sé.» «Ve todavía a ver un poco cómo vive la gente al cabo de algún tiempo de empezar a entender lo que hace tiempo entendías tú.»

10

Entran en la casa. De nuevo una sala magnífica, enorme. La tarde está en su pleno apogeo y alegría, habían pasado ya tres horas desde la puesta del sol; la hora más alegre. ¿Con qué está iluminada la saja tan fuertemente? En ninguna parte se ve ningún candelabro, ninguna lámpara; ¡ah, eso es! En la cúpula de la sala hay un gran recinto de cristal opaco, a través de él pasa la luz. Claro, así tiene que ser: totalmente como la luz del sol, blanca, clara y suave. Sí, es la iluminación eléctrica. En la sala hay aproximadamente mil personas, pero podría haber tranquilamente tres veces más. «Y suele ocurrir que cuándo vienen los huéspedes —dice la hermosa chica rubia— llega a haber incluso más.» «¿Y qué es esto? ¿Un baile? ¿Es acaso una tarde ordinaria?» «Por supuesto.» «Según los conceptos de ahora esto sería un baile de la corte, tan lujosos son los vestidos de las mujeres; sí, en otros tiempos, se ve incluso por el corte de los vestidos. Hay algunas damas con nuestros vestidos, pero se ve que se lo pusieron para variar, de broma. Sí, hacen tonterías, se burlan de su traje. Otras tienen atrás ropas, las más variadas, de diversos cortes orientales y meridionales, todas son más graciosas que las nuestras; pero predomina el vestido parecido a aquel que llevaban las griegas en la época más elegante de Atenas, muy ligero y suelto. Los hombres llevan también un traje ancho, largo, sin cintura, algo como una capa o un mantón; se ve que es su traje habitual para estar en casa. ¡Qué traje tan modesto y hermoso! ¡Señala las formas tan suave y elegantemente, subraya tanto la gracia de los movimientos! ¡Y qué orquesta, más de cien artistas de ambos sexos, pero, en particular, qué coro!» «Sí, entre vosotros en toda Europa no había ni una decena de voces como éstas, de las que encontrarás en esta sala un centenar entero, y en cualquier otra sala encontrarías la misma cantidad. La manera de vivir no es la misma; por eso también el pecho es mejor, y la voz es mejor también» —dice la reina rubia. Pero las personas en la orquesta y en el coro varían constantemente: unos se van, otros se colocan en su lugar, ésos se van a bailar, éstos vienen de entre los que bailan.

Es una velada habitual, de todos los días. Todas las tardes se divierten y bailan así. ¿Cuándo había viste tal derroche de energía alegre? ¿Pero cómo no van a tener esa energía alegre, desconocida para nosotros? Por la mañana trabajaron. El que no trabajó lo suficiente, ése no preparó sus nervios para sentir la plenitud de la diversión. Y ahora la diversión de las personas sencillas, cuando tienen la ocasión de divertirse, es más amena, viva y fresca que la nuestra; pero nuestra gente sencilla tiene pocos medios para la diversión: Aquí los medios son más ricos que los nuestros y la diversión de nuestra gente sencilla se ensombrece con el recuerdo de las incomodidades y de las privaciones, de las desgracias y sufrimientos, se ensombrece con el presentimiento de volver a lo mismo en adelante! Es un momento pasajero dé olvidar la miseria y el dolor. ¿Y acaso se puede olvidar por completo la miseria y el dolor? ¿Acaso la arena no llena el desierto? ¿Acaso las miasmas no contagian hasta el

pequeño pedazo de buena tierra con aire puro que está entre el desierto y la ciénaga? Pero aquí no hay ni recuerdos ni peligro, de miseria o dolor; aquí hay solamente recuerdos de un trabajo libre, realizado a gusto de abundancia, de bondad y de placer, aquí hay incluso la espera de todo esto en adelante. ¡Qué comparación! Y además: nuestra gente trabajadora tiene los nervios solamente fuertes, por eso son capaces de soportar mucha diversión, pero los tienen bastos, no susceptibles. Pero aquí los nervios son fuertes como en nuestra gente trabajadora, están desarrollados, son impresionables como los nuestros. La disposición para la diversión, la sana y fuerte sed de ella, que no hay entre nosotros, y que proporciona solamente una salud formidable y el trabajo físico, se une en estas gentes con todo el refinamiento de las sensaciones que hay en nosotros. Poseen todo nuestro desarrollo moral junto con el desarrollo físico de nuestra gente trabajadora. Está claro que su diversión, que su placer, su pasión son más vivos y más fuertes, más amplios y más dulces que entre nosotros; ¡gente feliz!

No, ahora no saben todavía lo que es una diversión verdadera, porqué todavía no hay una vida tal como es necesaria para ellos, y no hay gente así. Sólo personas como éstas pueden divertirse plenamente y conocer toca, la emoción del placer. ¡Cómo rebosan de salud y de fuerza, qué esbeltos y elegantes son, qué enérgicos y expresivos son sus rasgos! ¡Todos ellos son personas hermosas y felices que llevan una vida libre, una vida de trabajo y de placer! ¡Felices, felices!

La mitad de ellos se divierte ruidosamente en la sala grande. ¿Pero dónde está la otra mitad? «¿Dónde están los demás? —dice la reina rubia—. Están en todas partes; muchos están en el teatro, unos son los actores, otros los músicos, otros los espectadores, según le plazca a cada uno; otros se dispersaron por los auditorios y los museos, o están en las bibliotecas; otros están entre los árboles del jardín, otros en sus habitaciones, o descansando en soledad o con sus hijos. Pero la mayoría, la gran mayoría, ése es mi secreto. Has visto en la sala cómo arden las mejillas, cómo brillan los ojos; has visto que se iban, venían. Al irse yo los atraje. Aquí cada uno, cada una tiene su habitación, es decir, mi cobijo, en ellas mis secretos son inviolables, las cortinas en las puertas, las alfombras lujosas, que absorben el sonido, allí hay silenció, allí hay secreto; regresaban y yo los devolvía del reino de mis secretos a la diversión ligera. Aquí reino yo.

Yo reino aquí. ¡Aquí todo es para mí! El trabajo es la elaboración del frescor, de los sentimientos y de las fuerzas para mí. La diversión es la preparación para mí. El descanso es después de mí. Aquí soy el objetivo de la vida, aquí soy toda la vida.

11

«En mi hermana, la reina, está la felicidad superior de la vida —dice la hermana mayor— pero ves que aquí hay felicidad de varias clases, la que necesita cada uno. Aquí viven todos según le resulte mejor a cada uno; aquí todos y cada uno de ellos tienen plena libertad, plena libertad. Lo qué te hemos enseñado, no se realizará pronto en su gradó completo, como has visto aquí. Se sucederán muchas generaciones, antes de que se realice plenamente lo que tú presientes. No, no muchas generaciones; mi trabajo va ahora rápidamente, cada año más rápidamente, pero tú todavía no entrarás en este reino total de mi hermana; al menos lo has visto, conoces el futuro. Es luminoso, hermoso. Di a todos: esto está en el futuro, el futuro es luminoso y hermoso. Amadlo, aspirad a él, trabajad para él, acercadlo, trasladad de él al presente cuanto podáis trasladar. Vuestra vida será luminosa y buena, rica en alegría y placer en la medida en que sepáis trasladar a ella el futuro. Aspirad a él, trabajad para él, acercadlo, trasladad de él al presente cuanto podáis trasladar.»

XVII[10]

Al cabo de un año, el nuevo taller estaba ya totalmente organizado, establecido. Ambos talleres estaban estrechamente relacionados entre sí, se pasaban encargos, cuando uno estaba agobiado por ellos y el otro tenía tiempo para cumplirlos. Entre ellos había una cuenta corriente. La cuantía de sus medios ya era suficiente para que pudieran abrir una tienda en la avenida Nevski, si se unían entre sí más todavía. Organizar eso costó mucho trabajo a Vera Pavlovna y a Mertsalova. Aunque sus compañías eran amigas, aunque a menudo una compañía recibía en su casa la visita de la otra, aunque se reunían a menudo para las excursiones fuera de la ciudad, la idea de la solidaridad de las cuentas de dos diferentes empresas era una idea nueva que había que aclarar mucho y durante mucho tiempo. Sin embargo, la ventaja de tener en la avenida Nevski su tienda era evidente y, después de varios meses de trabajo para fundir las dos cuentas de ganancias en una, Vera Pavlovna y Mertsalova lo lograron. En la avenida Nevski apareció un nuevo letrero: «Au bon travail. Magasin des Nouveautés.» Con la apertura de la tienda la empresa empezó, a desarrollarse más rápidamente que antes y se hacía cada vez más ventajosa. Mertsalova y Vera Pavlovna soñaban ya en sus conversaciones que dentro de des años aproximadamente en vez de dos talleres habría cuatro, cinco y pronto incluso diez, veinte.

Tres meses después de la apertura de la tienda, vino a ver a Kirsanov un colega suyo de medicina, en parte conocido, pero mucho más desconocido. Hablaba mucho sobre diversos casos en medicina, ante todo sobre los asombrosos éxitos de su método de practicar la medicina, que consistía en aplicar sobre el pecho y el vientre dos bolsitas estrechas y largas, llenas de hielo desmenuzado y envueltas cada una de ellas en cuatro servilletas, y para concluir dijo que uno de sus conocidos deseaba conocer a los Kirsanov.

Kirsanov cumplió el deseo; el encuentro fue agradable, se habló de muchas cosas, entre Otras del taller. Explicó que la tienda se había abierto, propiamente, con un fin comercial; durante mucho tiempo hablaron sobre el letrero de la tienda, si era bueno que estuviera escrito en él «travail». Kirsanov decía que travail significaba; trabajo. «Au bontravail» era una tienda que realizaba bien Jos encargos; razonaban si no sería mejor sustituir esta divisa por el apellido. Kirsanov empezó a decir que el apellido ruso de su mujer supondría una pérdida comercial. Al final ingenió este remedio: su mujer se llama Veira, «vera» en francés es foi. ¿Y si en el anuncio se pudiera poner en vez de «Au bon travail» «A la bonne foi», no sería suficiente? Eso tendría el significado más inocente: «una tienda concienzuda» y el nombre de la dueña estaría en el letrero; después de pensarlo, vieron que era posible. Kirsanov dirigía la conversación a estas cuestiones con un tesón particular y en general lo lograba, de modo que regresó a casa muy contento.

Pero, en todo caso, Mertsalova y Vera Pavlovna cortaron considerablemente las alas de sus sueños y empezaron a ocuparse de mantenerse en su sitio, y ya no de ir adelante.

De ésta manera, después de que se enfriara el ardor exagerado de Vera Pavlovna y Mertsalova, los talleres y la tienda seguían existiendo sin desarrollarse, pero alegrándose también del hecho de que seguían existiendo. La nueva amistad de Kirsanov continuaba y le proporcionaba muchas satisfacciones. Así pasaron todavía dos años o más sin acontecimientos especiales.

XVIII
CARTA DE KATERINA VASILÍEVNA POLOZOVA

San Petersburgo, 17 de agosto de 1860

«Querida Polina, me gusta tanto una cosa completamente nueva que conocí hace poco y de la que yo misma me ocupo ahora con una gran determinación, que quiero describírtela. Estoy segura de que te interesará también. Pero lo principal es que tú misma, a lo mejor, encontrarás la posibilidad de ocuparte dé algo parecido. Es tan agradable, amiga mía.

Lo que quiero describirte es un taller de confección; propiamente dicho, dos talleres, ambos organizados según el mismo principio por la mujer qué conocí hace sólo dos semanas. Ya me hice muy amiga de ella. Ahora le estoy ayudando, con la condición de que me ayude luego ella a establecer otro taller como éste. Esta dama, Vera Pavlovna Kirsanova, es todavía joven, amable, alegre, completamente según mi gusto, es decir, se parece más a ti, Polina, que a tu Katia, tan sosegada. Es una señora viva y animada. Cuando oí hablar por casualidad de su taller —me hablaron solamente de uno—, directamente fui a verla y sin cualquier recomendación y pretexto le dije simplemente que me interesaba su taller. Nos agradamos mutuamente desde la primera ocasión, tanto más, cuanto que en Kirsanov, su marido, encontré al mismo doctor Kirsanov que hace cinco años me había hecho, como recordarás, un favor tan importante.

Después de charlar conmigo media hora y después de ver que realmente simpatizaba con estas cosas, Vera Pavlovna me llevó a su taller, a aquel del que se ocupa ella misma (del otro, que se había organizado antes, se había encargado una de sus amigas íntimas, también una dama joven y muy amable). Te reproduciré las impresiones de mi primera visita; eran tan nuevas y sorprendentes que entonces las anoté en mi diario, que había dejado hace tiempo, pero que había renovado por una circunstancia particular, de la que te contaré, a lo mejor, dentro de algún tiempo. Estoy muy contenta de que apunté entonces esas impresiones. Ahora olvidaría mencionar muchas cosas que me habían sorprendido entonces, pero que ahora, sólo dos semanas después, me resultan ya de lo más ordinarias y que no deberían ser de otra forma. Pero cuanto más ordinaria resulta esta cosa, tanto más apego siento a ella, pues es muy buena. Así que, Polina, empiezo a copiar de mi diario, completando con los detalles que supe luego.

El taller de confección; ¿qué crees que vi? Nos detuvimos delante de la entrada. Vera Pavlovna me condujo por una escalera muy buena, sabes, una de esas escaleras en las que a menudo encuentras a un portero. Llegamos al tercer piso. Vera Pavlovna tocó el timbre, y me encontré en un gran salón, con un piano, con unos muebles buenos; en una palabra: el salón tenía un aspecto tal que parecía que habíamos

entrado en la casa de una familia que gasta cuatro, cinco mil rublos al año. ¿Este es el taller? ¿Y ésta es una de las habitaciones que ocupan las costureras? Sí; éste es el recibidor y la sala para las reuniones de la tarde, vamos a ver las habitaciones en las que, propiamente, viven las costureras, están ahora en los cuartos de trabajo, no estorbaremos a nadie. Esto es lo que vi, recomendó las habitaciones, y lo que me explicó Vera Pavlovna.

El domicilio del taller se compone de tres pisos que salen de un descansillo común y que se convirtió en un solo piso, cuando comunicaron con puertas los pisos entre sí. Estos pisos se arrendaban anteriormente por 700, 550 y 425 rublos al año, en total por 1675 rublos. Pero, al arrendarlos todos juntos con un contrato para 5 años, el dueño de la casa acordó cederlos por 1250 rublos. En total hay en el taller 21 habitaciones, de ellas, dos son muy grandes, con cuatro, ventanas, una sirve como recibidor, otra como comedor; en otras dos, también muy grandes, trabajan; en las demás viven. Entramos en seis o siete habitaciones en las que viven las muchachas (todo el tiempo hablo de mi primera visita). El mobiliario de estos cuartos es también muy bueno, de madera de caoba o de nogal; en algunos hay espejos con un soporte, en otros, muy buenos espejos de pared, muchos sillones y sofás de buena fabricación. El mobiliario en las distintas habitaciones es variado, casi todo se compraba en ventas de ocasión, por un precio barato. Esas habitaciones en las que viven, tienen la apariencia de los pisos de familias de empleados medios, de familias de viejos jefes de departamento o de jóvenes funcionarios que pronto serán jefes de departamento. En las habitaciones algo mayores viven tres muchachas, en una incluso cuatro, en otras dos.

Entramos en los cuartos de trabajo, y das muchachas que trabajaban allí, me parecían también vestidas como hijas, hermanas y jóvenes esposas de esos funcionarios, unas llevaban puestos vestidos de tejidos corrientes de seda, otras de lana ligera, de muselina. Las caras tenían aquella suavidad y dulzura que aparece solamente a causa de una vida en abundancia. Puedes imaginarte cómo me había sorprendido todo esto. En las habitaciones de trabajo nos quedamos por mucho tiempo. Allí mismo conocí a algunas de las muchachas; Vera Pavlovna les dijo el objetivo de mi visita. El grado de su formación era desigual; unas hablaban ya perfectamente el lenguaje de la sociedad culta, conocían la literatura, como nuestras señoritas bien, tenían una idea aceptable de la historia y de otros países y de todo lo que constituye el horizonte ordinario de los conocimientos de las señoritas de nuestra sociedad; dos mostraban incluso una gran erudición conseguida por la lectura. Otras, las que no llevaban mucho tiempo en el taller, eran menos eruditas, pero aun así con cada una de ellas se podía hablar como con una muchacha que poseía cierta cultura. En general, el grado de la formación era proporcional al tiempo que llevaba viviendo cada una de ellas en el taller.

Vera Pavlovna, trabajaba, a veces se acercaba a mí, y yo hablaba con las muchachas. Y de esta forma llegó la hora de comer. En los días no festivos consiste

en tres platos. Ese día había sopa de arroz, pescado cocido y ternera. Después del almuerzo, en la mesa apurado el té y el café. La comida estaba hasta tal punto buena que comí con gusto y no consideraría como una privación vivir con comidas como ésta.

Y tú sabes que mi padre incluso ahora tiene un buen cocinero.

Esta era la impresión global de mi primera visita. Me habían dicho y yo lo había sabido que estaría en un taller en el que vivían costureras, que me enseñarían habitadores de costureras, que vería costureras, qué comería con costureras; en vez de eso vi casas de gente no pobre, pisos unidos en uno, vi muchachas del círculo medio de funcionarios o del círculo pobre de terratenientes, comí Un almuerzo no rico; pero satisfactorio para mí. ¿Qué es esto? ¿Cómo es posible?

Cuándo volvimos a casa de Vera Pavlovna, ella y su marido me explicaron que no erá asombroso en absoluto. A propósito, Kirsanov me escribió entonces, para darme un ejemplo, un pequeño cálculo en pedazo de papel que se conserva entre las páginas de mi diario. Te lo copiaré; pero antes todavía algunas palabras.

En vez de la pobreza la abundancia; en vez de la suciedad no sólo la limpieza, sino cierto lujo en las habitaciones; en vez de la grosería, una buena instrucción. Todo esto proviene de dos causas: por una parte se aumenta el sueldo de las costureras, por otro se consigue una gran economía en su gato.

Entiendes por qué reciben mayor sueldo. Trabajan por su propia cuenta, ellas mismas son las dueñas; por eso reciben aquella parte que sé quedaría como ganancia la dueña de la tienda. Pero eso no es todo; trabajando para su propia ganancia y por cuenta propia, son mucho más cuidadosas con respecto al material del trabajo y al tiempo. El trabajo va más rápidamente y los gastos para él son más reducidos.

Se entiende también que ahorran en los gastos para su vida. Compran todo en grandes cantidades, pagan con dinero en efectivo, por eso obtienen los productos más barato que comprándolos a crédito o al por menor; escogen las cosas con cuidado, con conocimiento, habiéndose informado. Por eso compran no sólo barato, sino también mejor de lo que por lo general tiene que comprar la gente pobre.

Además de esto, muchos gastos o bien se reducen extraordinariamente o bien son innecesarios por completo. Fíjate en esto, por ejemplo: recorrer todos los días para ir a la tienda dos o tres verstas, cómo se desgata el calzado, la ropa. Te citaré el ejemplo más insignificante, pero que se aplica a todo en el mismo sentido. Si no tiene un paraguas, eso significa que se pierde mucho a causa del deterioro del vestido por la lluvia. Ahora escucha las palabras que me dijo Vera Pavlovna. Un sencillo paraguas de lienzo cuesta, supongamos dos rublos. En el taller viven 25 costureras. Los paraguas para todas se llevarían 50 rublos. Aquella que no tenga paraguas, sufriría pérdidas en la ropa por más de dos rublos. Pero viven juntas; cada una sale de casa sólo cuando le resulta cómodo, por eso no ocurre que con mal tiempo salgan de casa muchas. Consideramos que cinco paraguas son totalmente suficientes. Son unos paraguas de seda, buenos; cuestan cinco rublos cada uno. Todos los gastos en los

paraguas fueron de 25 rublos, es decir, por cada costurera un rublo. Ves que cada una de ellas utiliza una cosa buena en vez de una mala y a pesar de todo tiene dos veces menos gasto en esa cosa. Así ocurre con muchas cosas pequeñas, que todas juntas tienen upa gran importancia. Lo mismo ocurre con el piso, con la comida. Por ejemplo, esa comida que te describí costó 5 rublos, 50 copecs o 5 rublos 75 copecs con pan (pero sin té y café). A la mesa estaban 37 personas (sin contarme a mí, como huésped, y a Vera Pavlovna); la verdad es que estaban incluidos varios niños. 5 rublos 75 copecs para 37 personas representa menos de 16 copecs por persona, menos de 5 rublos al mes. Y Vera Pavlovna dice que si el hombre come solo, por ese dinero no puede tener dada más que el pan y esa porquería que se vende en tiendas pequeñas. En un comedor público un almuerzo como éste (sólo que preparado con menos limpieza) vale, según las palabras de Vera Pavlovna, 40 copecs de plata, por 30 copecs es mucho peor. Es comprensible esta diferencia; el restaurante que prepara el almuerzo para 20 personas o menos, tiene que mantenerse a sí mismo por ese dinero, tener alojamiento, tener servicio, aquí casi no hay estos gastos de más o son mucho más reducidos. El sueldo para dos ancianas, parientes de dos costureras, éste es todo el gasto para mantener el personal de la cocina. Ahora comprenderás el cálculo que le hizo como ejemplo Kirsanov, cuando estuve en su casa por primera vez. Cuando lo escribió, me dijo:

—Por supuesto, yo no puedo decirle las cifras exactas, sería difícil encontrarlas, ya que, usted lo sabe, cada empresa comercial, cada tienda, cada taller tiene sus propias proporciones entre diferentes apartados de ingresos y de gastos; en cada familia hay también sus grados particulares en el ahorro de los gastos y proporciones particulares entre sus diferentes apartados. Pongo las cifras solamente a modo de ejemplo; pero para que el cálculo sea más convincente, pongo cifras que representan una menor ventaja real de nuestro régimen, en comparación con los gastos verdaderos de cada empresa comercial y de cada funcionamiento de una casa pequeña, pobre.

—Los ingresos de la empresa comercial provenientes de la venta dé los productos —proseguía Kirsanov— se dividen en tres grandes partes: una se destina para los sueldos de los trabajadores; otra para los demás gastos de la empresa; el alquiler de la instalación, la iluminación, el material para el trabajo; la tercera se queda como ganancia para el dueño. Supongamos que el ingreso se distribuye entre estas partes de la manera siguiente; para los sueldos de los trabajadores va la ciudad de los ingresos, para otros gastos la cuarta parte; la restante cuarta parte es la ganancia. Eso quiere decir que si los trabajadores reciben 100 rublos, para otros gastos van 50 rublos, el dueño se queda también 50 rublos. Vamos a ver cuánto reciben las trabajadoras en nuestro régimen. Kirsanov empezó a leer su papelito con los números:

Reciben su paga............................... 100 r.
Ellas mismas son sus dueñas, por eso reciben también la ganancia

de los dueños.............................. 50 r.

Sus cuartos de trabajo están alojados en su misma casa, por eso salen más barato que un taller aparte; son cuidadosas con el material; en esto está una gran proporción del ahorro, creo que la mitad, pero supondremos que solamente un tercio; de los 50 rublos que irían a esos gastos, ahorran todavía para su ganancia.................................

16 r. 67 c.

166 r. 67 c.

—Así llegamos ya a la conclusión —continuó Kirsanov— de que nuestras trabajadoras recibían 166 rublos 67 copecs, cuando con otro régimen hubieran tenido solamente 100 rublos. Pero ellas reciben todavía más: trabajando para sí mismas, trabajan con mayor dedicación, por eso con más éxito, más rápidamente. Supongamos que cuando con una dedicación ordinaria, es decir, mala, conseguían hacer cinco objetos en nuestro ejemplo; cinco vestidos, ahora hacen seis. Esta proporción es demasiado pequeña, pero dejémosla así; eso significa que mientras otra empresa gana cinco rublos, en el mismo tiempo la nuestra gana seis rublos.

A causa de la rapidez, a causa de un trabajo realizado con una mayor dedicación, la ganancia y los ingresos se aumentan en una quinta parte: de 166 r. 67 c. quinta parte son, hay que añadir...................................33 r. 53. c. a los anteriores........................ 166 r. 67 c.

200 r.

—Por eso nuestras trabajadoras tienen un ingrese doble que las otras —proseguía Kirsanov—. Ahora, cómo se emplea este ingreso. Teniendo medios dos veces mayores, los emplean de un modo mucho más ventajoso. Aquí la ventaja es doble, como usted sabe: primero, porque todo se compra al por mayor; supónganlos que de esto se gana la tercera parte, cosas que en una compra en pequeñas cantidades y a crédito saldrían por tres rublos, salen por dos rublos. En realidad, la ventaja es mayor. Pongamos por caso el piso; si estas habitaciones se las arrendara por rincones, aquí vivirían en 17 habitaciones con dos ventanas tres o cuatro personas, en total, supongamos 55 personas; en dos habitaciones con tres ventanas seis personas, y en dos con cuatro ventanas nueve personas, 12 más 18 son solamente 30 personas, y 55

en las habitaciones pequeñas. En toda la casa 85 personas; cada una pagaría 3 rublos 50 copecs al mes, eso significa 42 rublos al año. Así los pequeños dueños que viven de los alquileres de rincones, cobran por un arrendamiento de este tipo. 42 rublos por 85, qué son 3,570 rublos. Nuestras, chicas tienen ese piso por 1250 rublos, casi tres veces más barato. Esto ocurre con muchas cosas, casi con todas. Seguramente no habría llegado todavía a la proporción real, si hubiera supuesto el ahorro en una mitad; lo supondré también tan sólo en una tercera parte. Eso no es todavía todo. En este régimen de vida no tienen necesidad de tener muchos gastos, o necesitan mucha menos cantidad de cosas. Verochka le puso como, un ejemplo el calzado, la ropa. Supongamos que a causa de esto la cantidad de las cosas compradas se reduce a una cuarta parte: en vez de cuatro pares de zapatos les bastan tres, o tres vestidos los llevan tanto tiempo cuanto se hubieran llevado cuatro: Esta proporción es otra vez más pequeña. Pero mire lo que resulta de estas proporciones.

> La economía de las compras hace que las cosas se adquieran en un tercio más baratas; es decir que, supongamos, por tres objetos se paga en vez de 3 rublos solamente 2 rublos; pero con nuestro orden con estos tres objetos se satisfacen tantas necesidades cuantas con otro régimen se satisfarían con no menos de cuatro objetos; eso significa que por sus 200 rublos nuestras costureras tienen tantas cosas cuantas con otro régimen no tendrían por menos de 300 rublos, y que estas cosas con nuestro régimen proporcionan a su vida tantas comodidades, cuantas con otro se proporcionaría con una suma no menor de...................................400 r.

—Compare la vida de una familia gastando 1000 rublos al año, con la vida de la misma familia gastando 4000 rublos; ¿no es cierto que encontraría usted una gran diferencia? —proseguía Kirsanov—. Con nuestro régimen existe exactamente la misma proporción, si no mayor: con este régimen se obtiene un ingreso dos veces mayor y se emplea de un modo dos veces más ventajoso. ¿Es asombroso pues que no encontrara usted la vida de nuestras costureras en absoluto parecida a aquella que las costureras llevan con un régimen habitual?

Este es el milagro que vi, amiga mía Polina, y lo explican tan sencillamente. Y yo ahora me acostumbré tanto a él que ya me resulta extraño cómo pude sorprenderme, cómo no esperaba encontrar todo precisamente tal como lo encontré. Escríbeme si tienes posibilidad de ocuparte de algo parecido para lo que me preparo ahora: la organización de un taller de confección o de otra clase según este principio. Es tan

agradable, Polina.

Tu *K. Polozova.*

P. D. Olvidé por completo hablar del otro taller, pero ya no hay nada que hacer, será otro día. Ahora te diré solamente que el taller anterior se desarrolló más y por eso en todos los sentidos es superior al que te he descrito. En los detalles de la organización hay muchas diferencias, porque todo se adapta a las circunstancias.»

CAPÍTULO QUINTO
NUEVOS PERSONAJES Y EL DESENLACE

I

Polozova habló en la carta a su amiga que debía mucho al marido de Vera Pavlovna. Para aclarar esto, hay que decir qué clase de hombre fue su padre.

Polozov era capitán o capitán mayor de caballería jubilado; durante el servicio, según la costumbre de aquellos tiempos viejos, se dedicaba a juergas y perdió en ellas una fortuna familiar bastante grande. Cuando la gastó, se volvió sensato y se jubiló para ocuparse de la creación de una nueva fortuna. Al recoger las últimas migajas que le quedaban, vio que tenía unos diez mil —en asignados a la manera de entonces—. Emprendió con ellos un pequeño negocio de cereales, realizaba pequeños encargos de varios tipos por contrato, se metía en cualquier negocio ventajoso, y al cabo de diez años tenía un buen capital. Con esta fama de hombre serio y hábil, con su grado militar y con su nombre conocido en aquellos lugares, pudo entonces escoger cualquier novia éntre tas hijas de los comerciantes en las dos provincias en que desarrollaban sus negocios, y la escogió con mucha premeditación, con una dote de medio millón (también en asignados). Entonces tenía cincuenta años, y eso había ocurrido veinte años y pico antes de que viéramos a su hija entablando amistad con Vera Paxlovna. Al añadir a su anterior capital este gran dineral, empezó a llevar sus negocios en una magnitud extensa y diez años después era un millonario incluso en plata, como empezaron a contar después el dinero. Su mujer murió; ella, acostumbrada a la vida en provincia, le impedía el traslado a Petersburgo. Entonces se trasladó a Petersburgo, subió más rápidamente aún y al cabo de otros diez años calculaban que poseía tres o cuatro millones. Las muchachas y las viudas, las jóvenes y las viejas le cortejaban, pero él no quiso casarse por segunda vez, en parte porque conservaba un apego fiel, a la memoria de su mujer, y más todavía porque no quería dar una madrastra a Katia, a la que amaba mucho.

Polozov subía y subía, no habría tenido sólo tres o cuatro millones, sino diez, si se hubiera ocupado de objetos empeñados, pero les tenía asco y consideraba como asuntos honrados solamente encargos y suministros. Sus colegas millonarios se burlaban de esta delicadeza en hacer diferencias y tenían razón; y él, aunque no tenía razón, se afirmaba en lo suyo: «Trabajo en el comercio, no quiero enriquecerme con

el robo.» Pero un año o un año y medio antes de que su hija conociera a Vera Pavlovna, salió a la luz una prueba demasiado clara de que su comercio se distinguía, en el fondo, muy poco de los empeños, aunque se distinguiera mucho según su manera de ver. Tenía un enorme contrato no sé yo exactamente si para lienzo, víveres o calzado, y él, haciéndose cada año más testarudo y arrogante por la edad, por el éxito constante, por el respecto creciente hacia él, discutió con un hombre necesario; se acaloró, riñó, y la cosa empezó a hacerse fea. Al cabo de una semana le dijeron: «cede» —«no quiero». «Te arruinarás», —«que me arruine, no quiero». Dijeron lo mismo al cabo de un mes, él contestó lo mismo. Y ocurrió que ceder no cedió, y arruinarse se arruinó. La mercancía fue desechada; además de esto, aparecieron, por lo visto, algunas irregularidades, por lo visto, malintencionadas, y todos sus tres o cuatro millones se vinieron abajo, y Polozov a los sesenta años se quedó mendigo. Es decir, mendigo frente a lo de antes; pero así; sin la comparación con lo de antes, vivían bien; le quedó una participación en alguna fábrica de estearina, y él, sin desanimarse, le hizo gerente de esa fábrica con un buen sueldo. Además de esto, quedaron intactas por algún milagro varias decenas de miles. Si le hubiera quedado esto hace quince o incluso diez años, habría sido suficiente para volver a subir a una altura respetable. Pero teniendo más de sesenta años, ya es difícil subir, y Polozov llegó a la conclusión de que para intentar una cosa así ya era tarde, no bastan las fuerzas. Ahora pensó únicamente en vender cuanto antes la fábrica cuyas acciones casi no daban, ganancia, cuyos créditos y asuntos ya era imposible poner en orden; lo solucionó inteligentemente y logró explicar a los demás accionistas principales que la venta rápida era el único medio de salvar el dinero enterrado en las acciones. Todavía pensó en arreglar el casamiento de su hija. Pero lo principal era vender la fábrica, convertir todo el dinero en papeles al cinco por ciento, que entonces se pusieron de moda, y acabar sus años más tranquilo, recordando la grandeza pasada cuya pérdida soportó con ánimo, conservando la alegría y la firmeza.

II

El padre amaba a Katia, no permitía a las institutrices ultrasoberbias adiestrar demasiado a la muchacha. «Eso son tonterías», decía de todos esos pulimentos del talle, pulimentos de los modales y de todas las demás cosas por el estilo. Cuando Katia tenía quince años, estuvo de acuerdo con ella que podía prescindir incluso de la inglesa y de la francesa. Entonces Katia ya se quedó totalmente descansada, se sentía en casa completamente libre, y ser libre significaba para ella que nadie le impidiera leer y soñar. No tenía muchas amigas, dos o tres íntimas; pretendientes a su mano innumerables. Polozov tiene solamente una hija, da escalofrío al pronunciarlo: ¡cuatro millones!

Pero Katia leía y soñaba, y los pretendientes a su mano caían en desesperación. Y Katia tenía ya diecisiete años. Leía y soñaba, y no se enamoraba, sólo que de pronto empezó a adelgazar, se volvía pálida y tuvo que guardar cama.

III

Kirsanov no se ocupaba de la práctica, pero no se consideraba en el derecho de negarse a participar en las consultas de especialistas. En aquel tiempo —aproximada — mente un año después de que se hiciera profesor y un año antes de que se casara con Vera Pavlovna—, los ases de la medicina práctica, de Petersburgo empezaron va a invitarlo con mucha frecuencia a las consultas. Había dos causas. La primera: resultó que realmente existía Claude Bernard y que vivía en París. Uno de los ases que iba no se sabe por que con un fin científico a París, vio con sus propios ojos a Claude Bernard, de verdad al vivo y real Claude Bernard; se le presentó a él por su cargo, título, órdenes y por su ilustre enfermo, y Claude Bernard, después de escucharlo media hora, le dijo: «Vino usted a París en vano para estudiar los éxitos de la medicina, no tenía usted por qué salir para eso de Petersburgo»; el as lo tomó por atestación de sus estudios y, después de volver a Petersburgo, pronunciaba el nombre de Claude Bernard no menos de diez veces al día, añadiéndole no menos de cinco veces: «mi sabio amigo» y «mi destacado compañero en la ciencia». ¿Cómo se podía después de esto dejar de invitar a Kirsanov a las consultas? No se podía. Y la segunda causa era aún más importante: todos los ases vieron que Kirsanov no les quitaría la clientela, no solamente no la quitaba, sino que no la cogía ni ante una petición obstinada. Se conoce que los ases prácticos tienen la siguiente costumbre: si se le acerca al enfermo, según la opinión del as, la hora de la muerte y por una disposición malintencionada de la suerte no se puede uno desembarazarse del enfermo mediante ningún balneario ni mediante ninguna otra estancia en el extranjero, entonces hay que pasarlo a otro médico, y aquí el as está dispuesto incluso a dar dinero con tal de que lo coja. Kirsanov se encargaba muy rara vez de la curación incluso a petición de un as que deseaba librarse de eso. Por lo general recomendaba a sus amigos que ejercían la medicina práctica, y él mismo se quedaba solamente con algunos casos interesantes en el sentido científico. ¿Cómo se puede dejar de invitar a las consultas a un colega así, conocido por Claude Bernard y que no quita la clientela?

Polozov el millonario tenía como médico a uno de los ases más célebres, y cuando Katerina Vasilievna se puso peligrosamente enferma, las consultas se componían durante mucho tiempo solamente de ases. Al final la cosa se puso tan mala que los ases decidieron: invitar a Kirsanov. Realmente, la tarea era difícil para los ases: no hay ninguna enfermedad en la enferma, pero las fuerzas de la enferma disminuyen rápidamente. Hay que encontrar la enfermedad; el médico que la trataba inventó *atrophia nervorum*, «interrupción de la nutrición de los nervios». No sé si existe en el mundo una enfermedad como ésta o no, pero si existe, entonces comprendo que tiene qué ser incurable. Y si, a pesar de lo incurable que es, se cura de todos modos, que la cure Kirsanov o alguno de sus amigos, jovenzuelos descarados.

Así, una nueva consulta con Kirsanov. Examinaban, hacían preguntas a la enferma, la enferma contestaba con prontitud, muy tranquila; pero Kirsanov se calló

después de las primeras palabras y solamente miró cómo la examinaban e interrogaban los ases. Cuando se cansaron y la cansaron todo lo que exigen las apariencias en estos casos y preguntaron a Kirsanov: «¿Qué opina usted, Alexander Matvoich?», él dijo: «No he examinado suficientemente a la enferma. Me quedaré aquí. Es un caso interesante. Si hace falta convocar una nueva consulta, se lo diré a Karl Fedorych», es decir, al médico de cabecera que se había entusiasmado creyéndose salvado gracias a su *atrophia nervorum*.

Cuando se fueron, Kirsanóv se sentó junto a la cama de la enferma. La enferma sonrió sarcásticamente.

—Es una pena que no nos conozcamos —empezó él—, el médico necesita confianza; y puede que consiga merecer la suya. Ellos no entienden su enfermedad, aquí hace falta cierta perspicacia. Escuchar su pecho, darle medicamentos es completamente inútil. Hace falta una sola cosa: conocer su situación y pensar juntos si se puede hacer algo. ¿Me ayudará en eso?

La enferma callaba.

—¿Usted no quiere hablar conmigo?

La enferma callaba.

—Usted seguramente desea que me vaya. Le pido solamente diez minutos. Si dentro de diez minutos sigue considerando, como ahora, que mi presencia es inútil, me marcharé. ¿Sabe usted que no padece ninguna otra alteración que no sea la melancolía? ¿Sabe usted que si éste estado moral continúa, entonces dentro de dos o tres semanas, a lo mejor antes, no se la podrá salvar? Usted todavía no tiene tuberculosis, pero está muy cerca, y a su edad con estas condiciones se desarrolla con una rapidez extraordinaria; puede acabar con usted en algunos días.

La enferma callaba.

—No responde usted. Pero se quedó indiferente. Eso significa que mis palabras no han sido para usted nuevas. Con su silencio me dice «sí». ¿Sabe usted lo que haría en mi lugar casi cualquier otro? Iría a hablar con su papa. Posiblemente, mi conversación con él la salvaría, pero si usted no lo desea, no lo haré. ¿Por qué? Tengo una regla: no se debe hacer nada por el hombre contra su voluntad; la libertad es superior incluso a la vida. Por eso, si usted no desea que sepa la causa de su estado muy peligroso no trataré de saberla. Si usted dice que desea morir, solamente le pediré que me explique las causas dé ese deseo; aun si me parecieran infundadas, no tendría derecho a impedírselo. Si me parecen serias, tengo la obligación de ayudarle y estoy dispuesto a ello. Estoy dispuesto a darle el veneno. Con estas condiciones, le ruego que me diga la causa de su enfermedad.

La enferma callaba.

—Usted no desea contestarme. No tengo derecho a continuar preguntando. ¿Pero puedo pedirle permiso para contarle sobre mí mismo lo que puede servir para aumentar la confianza entre nosotros? ¿Sí? Se lo agradezco. Por la razón que sea, usted sufre. Yo también. Amo apasionadamente a la mujer que no sabe siquiera y

jamás debe saber que la amo. ¿Me compadece?

La enferma callaba, pero sonrió ligeramente con tristeza.

—Usted está callada, pero no ha podido ocultar que estas palabras mías le llamaron más atención que las anteriores. Eso ya es suficiente: veo que usted y yo sufrimos por la misma causa. ¿Desea usted morir? Lo comprendo muy bien. Pero morir de tuberculosis es largo y doloroso. Estoy dispuesto a ayudarle a morir, si no se le puede ayudar en ninguna otra cosa; estoy diciendo que estoy dispuesto a darle veneno, un veneno estupendo, que mata rápidamente, sin ningún sufrimiento. ¿Quiere proporcionarme con esta condición el medio para saber si su situación es realmente tan desesperada como le parece a usted?

—¿No me engañará usted? —dijo la enferma.

—Míreme atentamente a los ojos, verá que no la engañará.

La enferma vacilaba algunos momentos.

—No, con todo lo conozco a usted demasiado poco.

—Otro en mi lugar ya empezaría a decir que el sentimiento por el que sufre es bueno. Yo todavía no lo diré. ¿Su papá está enterado? Le pido que recuerde que no hablaré con él sin su permiso.

—No lo sabe.

—¿La quiere?

—Sí.

—¿Qué piensa que le diré ahora? Usted dice que la quiere; oí decir que no era una persona tonta. ¿Por qué es inútil revelarle su sentimiento? ¿No estará de acuerdo? Si el obstáculo consiste únicamente en la pobreza del hombre que usted ama, eso no le impediría intentar convencer a su papá que dé su consentimiento. Eso creo yo. De modo que usted supone que su papá tiene una opinión demasiado mala de él; otra razón para no decírselo a su papá no puede haber. ¿No es así?

La enferma callaba.

—Se ve que no me equivoco. ¿Qué piensa ahora? Su papá es un hombre con experiencia, conoce a la gente; usted no tiene experiencia; si alguna persona la considera mala y usted buena, entonces, con toda probabilidad, se equivoca usted, no él. Usted ve que tenga que pensar así. ¿Quiere saber por que le digo esta cosa desagradable? Se lo diré. Puede enfadarse por mis palabras sentir antipatía hacia mí por ellas, pero usted dirá: él dice lo que piensa, no finge, no quiere engañarme. Gano su confianza. ¿Verdad que hablo con usted honradamente?

La enferma dudaba si contestar o no.

—Es usted un hombre extraño, doctor —dijo al final

—No, no extraño, sólo que no me parezco a un embaucador: Dije directamente lo que pensaba. Pero ésta es sólo mi suposición. A lo mejor me equivoco. Deme la posibilidad de saberlo. Dígame el nombre del hombre por el que siente afecto. Entonces —pero de nuevo, sólo si usted lo permite—, hablaré de él con su papá:

—¿Qué le diría?

—¿Lo conoce bien?

—Sí.

—En este caso, le diría que consintiera su casamiento sólo con una condición: no fijar la fecha de la boda para ahora, sino para dentro de dos o tres meses, para que usted tuviera tiempo para pensar fríamente, si su papá no tenía razón.

—No lo consentirá.

—Con toda probabilidad lo consentirá. Y si no, le ayudaré como dije.

Kirsanov habló durante mucho tiempo en este plan. Al final consiguió que la enferma le dijera el nombre y le permitiera hablar con su padre. Pero tratar con el viejo era aún más difícil que con ella. Polozov se sorprendió mucho al oír que el decaimiento de las fuerzas de su hija provenía de un amor desesperado; se sorprendió más aún al oír el nombre del hombre del que estaba enamorada, y dijo con firmeza: «Más vale que se muera antes que casarse con él. Su muerte tanto para ella como para mí sería menos dolorosa.» La cosa era muy difícil, tanto más cuanto que Kirsanov, después de escuchar los argumentos de Polozov, vio que la razón estaba realmente del lado del viejo, no de la hija.

IV

Los novios por centenares hacían la corte a la heredera de la enorme fortuna, Pero la sociedad que se agolpaba en las comidas y en las veladas de Polozov era aquella sociedad de tipo dudoso, de una elegancia muy dudosa que llena los salones de todos los ricos parecidos a Polozov, elevados por encima de su círculo familiar, más o menos respetable, lejos del gran mundo, y que no tenían ni parientes ni relaciones en la verdadera sociedad del gran mundo, también más o menos respetable. Se convierten en sostenedores de sinvergüenzas y chulos, completamente irrespetables aún por su apariencia, sin hablar de sus cualidades interiores. Por eso Katerina Vasilievna estaba interesada, cuando entre sus admiradores apareció un auténtico hombre mundano, de un tono completamente bueno; se comportaba de una forma mucho más elegante, habló mucho más inteligente e interesantemente que ellos. Su padre se dio cuenta pronto que ella empezó a mostrarle preferencia ante los demás y, hombre diligente, decidido, firme, en cuanto que lo advirtió, le dio a conocer a su hija: «Amiga mía, Katia, te corteja mucho Solovtsov; mucho ojo con este hombre: es un hombre muy malo, un hombre totalmente sin corazón; serías con él tan desgraciada, que preferiría verte muerta antes que verte su mujer; esto sería más fácil tanto para ti como para mí.» Katerina Vasilievna quería a su padre, se acostumbró a respetar su opinión; no la contrariaba nunca; sabía que él hablaba solamente por su amor hacia ella; y lo principal era que por su carácter pensaba más en los deseos de aquellos que la querían que en sus antojos. Pertenecía a aquellas personas a las que les gustaba decir a sus íntimos: «Lo que piensa usted, así lo haré.» Ella contestó a su padre: «Solovtsov me agrada, pero si usted considera que para mí es mejor alejarme de él y lo haré.» Desde luego, ella no lo habría hecho y, según su carácter que no mentía, no lo habría dicho, si lo hubiera amado; pero su afecto por Solovtsov era todavía muy débil, entonces todavía casi no existía; él era solamente más interesante que los demás. Empezó a ser fría con él y, posiblemente, todo hubiera salido bien. Pero el padre, por su impetuosidad, exageró la nota; y no la exageró demasiado, pero al hábil de Solovtsov le bastó incluso eso. Vio que debía desempeñar el papel de víctima; ¿cómo encontrar el pretexto para convertirse en, una víctima? Polozov le dijo una vez una mordacidad. Solovtsov con dignidad y con tristeza se despidió de él y dejó de visitarlos. AI cabo de una semana Katerina Vasilievna recibió de él una carta apasionada y extraordinariamente humilde, en el sentido de que él nunca había esperado que ella le correspondiera, que para ser feliz le habría sido suficiente verla de vez en cuando, incluso sin hablar con ella, sólo verla; que sacrificaba incluso esta felicidad y de todos modos era feliz y al mismo tiempo desgraciado, y así por el estilo, y no había ni súplicas ni deseos, ni siquiera pidió una respuesta. Estas cartas seguían viniendo y al final produjeron su efecto.

Pero no lo produjeron enseguida; Katerina Vasilievna en los primeros días después del alejamiento de Solovtsov no estaba triste en absoluto, ni melancólica.

Incluso antes de esto estaba ya fría con él, y con tranquilidad recibió el consejo de su padre que se cuidara de él. Por eso, cuando dos meses después se puso triste, ¿cómo podía imaginarse su padre que estaba aquí mezclado Solovtsov, al que había olvidado ya? «Parece que estás triste, Katia.» «No, no es nada; es sólo así.» Al cabo de una semana o dos el viejo pregunta ya: «¿Pero no estás enferma, Katia?» «No, no es nada.» Cuando pasaron dos semanas más, el viejo dice ya: «Debes llamar al médico, Katia.» Katia empieza a someterse al tratamiento y el viejo se tranquiliza por completo, ya que el médico no encuentra nada peligroso, solamente una debilidad, algún agotamiento, y con mucho fundamento demostraba lo fatigoso de la manera de vida que había llevado Katerina Vasilievna durante ese invierno todos los días veladas hasta las dos, las tres, a menudo hasta las cinco. Ese agotamiento pasaría. Pero no pasa, sino que aumenta.

¿Por qué no decía Katerina Vasilievna nada a su padre? Estaba convencida de que sería inútil: su padre se lo había dicho con tanta firmeza, y él no habla en vano. No le gusta expresar sobre la gente una opinión que no sostenga inquebrantablemente; y nunca daría su consentimiento a su matrimonio con un hombre al que considerara malo.

Y así Katerina Vasilievna soñaba, soñaba; leyendo las modestas y desesperadas cartas de Solovtsov y al cabo de medio año de esta lectura estaba ya a un paso de la tuberculosis. Y su padre no pudo advertir ni por una palabra suya que la enfermedad se debía al asunto en el que en parte era culpable también él. La hija era cariñosa con él como antes. «¿Estás descontenta por algo?» «Por nada, papá.» «¿No estás disgustada por algo?». «No, papá.» Y se ve que no; solamente estaba desanimada, pero eso era por el debilitamiento, por la enfermedad. El médico lo dice también: eso es por la enfermedad. ¿Y por qué la enfermedad? Mientras el médico consideraba la enfermedad cómo algo banal, se contentaba con reprobar los bailes y los corsés; y cuando se dio cuenta del peligro, apareció «la interrupción de la nutrición de los nervios», *atrophia nervorum*.

V

Pero si los ases de la medicina práctica estaban de acuerdo en que m-lle Polozova padecía *atrophia nervorum* originada por el modo de vida fatigoso unido a la inclinación natural hacia los ensueños y la melancolía, Kirsanov no tenía mucho que investigar para ver que el decaimiento de las fuerzas se debía a alguna causa moral. Antes de la consulta el médico de cabecera le había explicado todas las relaciones de la enferma: disgustos familiares, no los hay; el padre y la hija se llevan muy bien. Y de todos modos el padre no conoce la causa de la alteración; porque el médico de cabecera no lo sabe ¿qué es esto? Pero está claro que la muchacha tiene un carácter fuerte, ya que durante tanto tiempo ocultaba incluso la alteración y ya que durante todo ese tiempo no dio a su padre ninguna ocasión para que adivinara su causa; se ve el carácter fuerte también en el tono tranquilo de sus respuestas en la consulta. No hay en ella huella alguna de resentimiento, acepta bien su suerte. Kirsartov vio que una muchacha así merecía que se ocupara de ella; ¿no se la puede ayudar? La intromisión le pareció inevitable; desde luego, de una u otra forma, incluso sin él se explicará un día el asunto; ¿pero no sería ya tarde? La tuberculosis está muy cerca y entonces ningún cuidado serviría ya.

Así que luchó con la enferma durante dos horas y consiguió vencer su desconfianza, supo en qué consistía el asunto, y obtuvo el permiso de hablar de él con el padre.

El viejo se asombró, cuando oyó decir a Kirsanov que la causa de la enfermedad de su hija era el amor por Solovtsov. ¿Cómo es posible? Katia entonces había recibido tan fríamente el consejo de alejarse de él, se había quedado tan indiferente, cuando dejó de visitarlos. ¿Cómo que se muere por amor hacia él? Y por lo demás, ¿se puede morir de amor? Tales muestras de exaltación no podían resultar verosímiles al hombre que estaba acostumbrado a lleva; una vida exclusivamente práctica, a Considerar todo con una sensatez fría. Kirsanov dialogó con él mucho tiempo, él decía continuamente: «Es fantasía de una niña que se atormentará un poco y lo olvidará.» Kirsanov le explicaba largamente, y al final le aclaró que ella no lo olvidaría y que se estaba muriendoprecisamente porque era una niña. Polozov dio su brazo a torcer, se convenció, pero en vez de ceder, golpeó la mesa con el puño y dijo con una decisión concentrada: «Si quiere morir, que se muera; será mejor que ser desgraciada. ¡Sería mejor para ella y para mí también!» Las mismas palabras que había dicho hace medio año a la hija. Katerina Vasilievna no se equivocaba, al pensar que sería inútil hablar con él.

—¿Pero por qué está tan obstinado? Le creo que él es una mala persona; ¿pero realmente es tan malo que la vida con él sería peor que la muerte?

—Es así. No tiene corazón; ella es buena, delicada, él es un pervertido asqueroso. Y Polozov se puso a describir a Solovtsov, lo describió de tal modo que Kirsanov no encontró cómo objetarle. ¿Y cómo no estar de acuerdo con Polozov? Solovtsov era el

mismo Jean que entonces, antes de que Storeshnikov quisiera casarse, después de la ópera, cenó con Storeshnikov, Serge y Julie. Es completamente cierto que para una muchacha respetable es mucho mejor morir que hacerse esposa de un hombre así. Ensuciaría, atormentaría, destruiría con su vileza a una mujer respetable: mucho mejor que muera.

Kirsanov se quedó pensativo durante algún rato.

—No —dijo luego—, ¿acaso me dejé de verdad llevar por su arrebato? La cosa es segura precisamente porque él es tan malo. Ella no puede dejar de verlo, sólo que dele tiempo para que lo vea tranquilamente. Se puso a explicar con insistencia su plan que había manifestado a su hija sólo como una suposición, puede que incorrecta, de que ella misma rechazaría al hombre amado si era realmente malo. Ahora estaba totalmente seguro de ello, porque el hombre amado era muy malo.

—No le diré que el matrimonio no representa algo tan tremendamente importante, si se considera fríamente. Cuando la mujer es desgraciada, ¿por qué no se puede separar de su marido? Usted lo considera impermisible, su hija está educada en los mismos conceptos. Para usted y para ella eso es una pérdida realmente irreparable y, antes de que se reeduque, con un hombre así se atormentaría hasta la muerte, que es peor que de tuberculosis. Pero hay que considerar la cosa del otro lado. ¿Por qué no cuenta con el juicio de su hija? Ella no está loca. Cuente siempre con el juicio, sólo que déjelo actuar libremente, él no traicionará nunca en una causa justa. Usted mismo tiene la culpa de atarlo en su hija, desátelo, y él la volverá a su lado, cuando la razón está de su lado. La pasión ciega, cuando encuentra obstáculos; suprímalos, y su hija se volverá sensata. Dele la libertad de amar o de no amar, y ella verá si ese hombre merece su amor. Que sea su novio, y dentro de algún tiempo lo rechazará ella misma.

Esta manera de ver las cosas era demasiado nueva para Polozov. Contestaba bruscamente que no creía en estos absurdos, que conocía demasiado bien la vida, que había visto demasiados ejemplos de falta de juicio en la gente para contar con su juicio; y tanto más ridículo era contar con erl juicio de una muchacha de diecisiete años. En vano objetaba Kirsanov que las temeridades se cometen únicamente en dos casos: en un primer impulso, en un arrebato momentáneo, o cuando el hombre no tiene libertad y se excita con la resistencia, Estos conceptos eran un galimatías total para Polozov. «Está loca; es tonto confiar su suerte a una niña como ella; más vale que se muera.» No se lo podía desviar de ninguna manera de estos puntos.

Desde luego, por más firmes que fueran las ideas del hombre que se encontraba en el error, si otro hombre, más formado, con más conocimientos, que entiende mejor la cuestión, trata constantemente de sacarlo del error, el error no resistirá. Así que ¿cuánto tiempo se llevará la lucha lógica con él? Desde luego, ni la conversación de ahora se quedará sin resultado. Aunque ahora no se nota ninguna influencia de ella en Polozov, el viejo a pesar de todo empezará a reflexionar sobre las palabras de Kirsanov; eso es inevitable; y si continúan estas conversaciones, cambiará de opinión. Pero él se enorgullece de su experiencia, se considera infalible, es testarudo y

obstinado; sin duda se lo puede convencer con las palabras, pero no pronto. Y cada aplazamiento es peligroso; un aplazamiento largo es seguramente fatal; y un aplazamiento largo es inevitable en el modo metódico de la lucha razonable con él.

Hay que recurrir a un medio radical. Es cierto que es arriesgado; pero con él hay solamente riesgo, sin él una muerte segura. Y el riesgo en absoluto es tan grande en realidad como podría parecerle a un hombre menos convencido de sus conceptos sobre las leyes de la vida que a él, Kirsanov. El riesgo no es grande en absoluto. Pero es serio. De toda la lotería un solo billete representa la pérdida. No hay probabilidad alguna de que salga, ¿y si sale? El que va a arriesgarse, tiene que estar dispuesto a no pestañear si toca perder. Kirsanov vio la firmeza tranquila y silenciosa de la muchacha y estaba seguro de ella. ¿Pero tiene derecho a someterla al riesgo? Desde luego que sí. Ahora de cien posibilidades hay solamente una de que no sucumba en esta cuestión de su salud y más de la mitad de las posibilidades de que sucumba rápidamente; y aquí de mil posibilidades una estará contra ella. Que se arriesgue a la lotería, aparentemente más terrible, por ser más rápida, pero, en realidad, incomparablemente menos peligrosa.

—Bien —dijo Kirsanov—, usted no quiere curarla con los medios que están en su poder; la curaré con Jos míos. Mañana volverá a reunirse la consulta.

Después de volver a la enferma, le dijo que su padre era testarudo, más testarudo de lo que había supuesto, que había que actuar contra él de una manera radical.

—No, no servirá de nada —dijo tristemente la enferma.

—¿Está segura de ello?

—¿Está dispuesta a morir?

—Sí.

—¿Qué pasará si me decido a someterla al riesgo de la muerte? Le hablé de ello de paso, para ganar su confianza, para mostrar que estaba de acuerdo con todo lo que sería necesario para usted; ahora hablo con decisión. ¿Qué ocurrirá si hay que darle el veneno?

—Desde hace tiempo veo que mi muerte es inevitable, que me quedan pocos días de vida.

—¿Y si mañana por la mañana?

—Tanto mejor —hablaba con completa tranquilidad.

—Cuando como única salvación queda llamar en su ayuda la decisión de morir, esta es casi siempre eficaz. Si dices: «Cede o moriré», casi siempre ceden; pero usted sabe que no se debe bromear con este gran principio. Tampoco se puede humillar su dignidad; si no ceden, hay que morir de verdad. Le explicó el plan, muy comprensible ya por estos razonamientos.

VI

Por supuesto, en otros casos parecidos, a Kirsanov no se le hubiera ocurrido recurrir a un riesgo semejante. Mucho más sencillo: sacar a la muchacha de la casa y que se case con quien quiera. Pero aquí la cuestión se enredaba por la manera de pensar de la muchacha y por las características del hombre al que quería. Con sus ideas sobre la inseparabilidad de marido y mujer seguiría atada; al hombre despreciable, aunque viera que la vida con él es un tormento. Unirla con él es peor que matarla. Por eso quedaba, un solq remedio: matarla o darle la posibilidad de volverse razonable.

Al día siguiente se reunió la consulta con las Celebridad des más, grandes de la alta medicina práctica. Había cinco personas, las más importantes. No puede ser de otra manera: ¿con qué ejercer presión sobre Polozov? Hace falta que la sentencia sea irrevocable a sus ojos. Kirsanov hablaba, ellos escuchaban seriamente lo que decía con aires de importancia, hacían coro a todo eso, no se puede hacer otra cosa, porque, ya sabe usted, en el mundo hay un Claude Bernard y vive en París, y, además, Kirsanov dice cosas que —¡al diablo con estos jovenzuelos!— es imposible entenderlas. ¿Cómo no van a hacer coro?

Kirsanov dijo que había examinado muy atentamente a; la enferma y que estaba completamente de acuerdo con Karl Federych en que la enfermedad es incurable; y la agonía de esa enfermedad era dolorosa; más aún, en general, con cada hora más que pase, para la enferma es una hora más de sufrimiento; por eso consideraba una obligación de la consulta adoptar la determinación de que, por humanidad, había que interrumpir los sufrimientos de la enferma mediante una dosis de morfina de la cual no despertaría ya. Con esta instrucción llevó a la consulta a que volviera a examinar a la enferma, para que aceptara o rechazara su opinión. La consulta la examinó, abriendo los ojos ante la cantidad de Dios sabe qué explicaciones incomprensibles de Kirsanov, regresó al salón de antes, lejos de la habitación de la enferma y decidió interrumpir los sufrimientos de la enferma mediante una dosis mortal de morfina.

Cuando adoptaron la determinación, Kirsanov llamó al sirviente y le pidió que invitara a Polozov al salón de la consulta. Polozov entró. El más importante de los sabios con un lenguaje respetable, triste y solemne y con una voz sombría y llena de grandeza le comunicó la decisión de la consulta.

Polozov se quedó aturdido. Esperar la muerte pronto, pero sin saber si pronto y si de verdad, y oír dentro de media hora no estará entre los vivos, son dos cosas completamente diferentes. Kirsanov miró a Polozov con una atención tensa. Estaba completamente seguro del efecto, pero de todos modos la cosa estaba como para excitar los nervios; unos dos minutos el viejo callaba, consternado: «¡No hace falta! ¡Ella se muere por mi testadurez! ¡Estoy de acuerdo con todo! ¿Se pondrá bien?» «Desde luego», dijo Kirsanov.

Las celebridades se habrían enfadado mucho, si hubieran tenido tiempo para

enfadarse, es decir, para después de mirarse mutuamente, ver que, por lo visto, mis compañeros y yo, todos comprendemos que fuimos un muñeco en las manos de este jovenzuelo. Pero Kirsanov no permitió a ninguno que se ocupara de la observación de «cómo me miran los demás». Kirsanov, después de decir al sirviente que acompañara a Polozov, que se había hundido, ya les estaba agradeciendo su perspicacia con la que habían adivinado su intención, habían comprendido que la causa de la enfermedad era el sufrimiento moral, que hacía falta asustar al testarudo que de otra forma hubiera destruido realmente a su hija. Las celebridades se relajaron, cada una de ellas contenta con que su sabiduría y perspicacia estaban confirmadas ante todos los demás.

Pronto, después de darles la atestación, Kirsanov fue a decir a la enferma que la cosa había salido bien. Ella, al oír sus primeras palabras, agarró su mano y él casi no pudo retirarla para que ella no la besara. «Pero no dejare pronto que su papá entre a verla para comunicarle lo mismo, dijo él. Primero oirá de mí una lección sobre cómo portarse.» Le dijo cómo amonestaría a su padre y que no lo dejaría hasta que no lo amonestara bien a fondo.

Sacudido por el efecto de la consulta, el viejo se hundió mucho y no miro ya a Kirsanov Con los mismos ojos que ayer, sino con los ojos con los que María Alexevna había mirado a Lopujov, cuando Lopujov se le había aparecido en el sueño como uno que se había metido de recaudador. Ayer para Polozov todo el tiempo era natural la idea: «Soy mayor que tú y tengo más experiencia. Además, no hay en el mundo nadie más inteligente que yo; y tanto más debo dejar de escucharte, mocoso, pobretón, cuanto que ámase con, mi inteligencia dos millones (exactamente, en realidad había solamente dos millones y no cuatro); amásalos tú y luego hablaremos:» Pero ahora pensaba: «Qué oso, qué vuelta dio; sabe persuadir»; y cuanto más tiempo hablaba con Kirsanov, tanto más vivamente se dibujaba ante él, como añadidura a lo de oso, otra imagen, un viejo y olvidado recuerdo de la vida de húsar: el caballerizo Zajarchenko está montando a Gromoboi (entonces todavía circulaban las baladas de Zhukovski entre las señoritas y en parte a causa de ellas, de los señores caballeros, militares y civiles); Gromoboi hacía filigranas debajo de Zájarchenko, sólo que la boca de Gromoboi estaba considerablemente desgarrada, llena de sangre. Polozov se aterrorizó en parte al escuchar cómo respondía Kirsanov a su primera pregunta:

—¿Le hubiera dado de verdad la dosis mortal?

—¡No faltaba más! Por supuesto —contestó con una total frialdad Kirsanov.

«¡Qué desalmado! Habla como el cocinero sobre una gallina degollada.»

—¿Y hubiera tenido fuerzas?

—Claro que hubiera tenido fuerzas; ¡no soy ningún trapo!

—¡Es usted un hombre temerario! —repetía Polozov.

—Eso significa que usted todavía no ha visto hombres temerarios —con una sonrisa condescendiente respondía Kirsanov, pensando para sí mismo: «Tendrías que

ver a Rajmetov.»

—¡Pero cómo usted hacía danzar a todos esos médicos!

—¡Como si fuera difícil hacer danzar a gente como ellos! —con una mueca ligera contestó Kirsanov. Polozov recordó a Zajarchenko cuando estaba diciendo al capitán mayor Volynov: «¿Me ha traído a éste con las orejas caídas para adiestrarlo, Su Excelencia? Me da vergüenza montarlo.»

Kirsanov cortó las infinitas preguntas, siempre las mismas, de Polozov e inició la amonestación de cómo había que comportarse.

—Recuerde que el hombre puede razonar solamente cuando no lo molestan, en absoluto; que no se irrita solamente cuando no lo excitan; que no aprecia sus fantasías solamente cuando no se las quitan, cuando dejan que él mismo vea si son buenas. Si Solovtsov es tan malo como lo describe usted —y yo se lo creo totalmente—, su hija misma se dará cuenta de ello; pero sólo si usted no se pone a estorbar, no provoca en ella la idea de que usted, de alguna manera, está intrigando en contra: de él o trata de separarlos. Una palabra suya, hostil a él, estropearía el asunto para dos semanas, varias palabras para siempre. Usted tiene que mantenerse totalmente aparte. La orientación fue apoyada por los siguientes argumentos: «¿Es fácil obligarlo a hacer lo que no quiere? Pero yo lo obligué; eso quiere decir que entiendo cómo hay que actuar. Así que créame lo que le digo; así hay que hacerlo. Sé lo que le digo, usted sólo escuche.» Con gente como el Polozov de entonces no se puede hacer otra cosa que tratarlos intempestivamente, poniéndoles un cuchillo en el cuello. Polozov quedó domado, prometió portarse como se le decía. Pero, aún convencido de que Kirsanov hablaba con sensatez y que había que obedecerlo, no acababa de entender qué clase de persona era: está de su lado y al mismo tiempo del lado de la hija; lo obliga a ceder ante la hija y quiere que la hija cambie su voluntad: ¿cómo conciliar todo esto?

—Es muy sencillo, quiero que no le impida ser juiciosa, eso es todo.

Polozov escribió a Solovtsov una nota en la que le pedía que viniera a verlo por un asunto muy importante; por la tarde se presentó Solovtsov, realizó una proposición tierna, pero llena de dignidad al viejo. Fue declarado novio con la idea de que la boda sería dentro de tres meses.

VII

Kirsanov no pudo abandonar el asunto: había que ayudar a Katerina Vasilievna a salir cuanto antes de la ceguera, y todavía más había que vigilar a su padre, mantener en él la fidelidad al método adoptado de no intromisión. Pero consideró incómodo ir a casa de los Polozov los primeros días después de la crisis. Katerina Vasilievna, desde luego, se encuentra todavía en estado de exaltación; si él ve (lo que hay que esperar sin falta) que el novio es un villano, entonces meramente su descontento silencioso con el novio, no sólo un rechazo expreso, hará daño, renovará la exaltación. Kirsanov pasó por allí al cabo de una semana y media por la mañana para no buscar directamente el encuentro con el novio, sino para recibir el consentimiento de Katerina Vasilievna. Katerina Vasilievna había mejorado ya mucho; estaba todavía muy delgada y pálida, pero completamente sana, aunque de las prescripciones médicas se ocupó, el destacado médico anterior, al que Kirsanov había vuelto a entregarla, diciendo: «Siga su tratamiento con él; ahora no le harán daño ninguna de sus drogas, aunque las tome.» Katerina Vasilievna recibió a Kirsanov con entusiasmo, pero lo miró con ojos asombrados, cuando dijo por qué había venido.

—¡Usted salvó mi vida y necesita mi permiso para visitarnos!

—Pero mi visita en su presencia podría parecerle un intento de intromisión en sus relaciones sin su consentimiento. Usted conoce mi regla: no hacer nada sin la voluntad del hombre en cuyo favor quisiera actuar.

Al volver dos o tres días después por la tarde, Kirsanov encontró al novio exactamente tal como lo había descrito Polozov, y a Polozov lo encontró manteniendo una actividad satisfactoria: el viejo adiestrado no ponía obstáculos a la hija. Kirsanov se quedó toda la tarde, no manifestaba con nada su opinión sobre el novio, y, al despedirse de Katerina Vasilievna, no hizo ninguna insinuación de cómo le había parecido.

Eso ya era suficiente para provocar en ella la curiosidad y duda. Al día siguiente surgía en ella constantemente la idea: «Kirsanov no me dijo sobre él ni una palabra. Si hubiera producido una buena impresión a Kirsanov, Kirsanov me lo habría dicho. ¿Acaso no le agradó? ¿Qué no le habrá gustado en él a Kirsanov?» Cuando por la tarde vino el novio, ella examinaba su comportamiento, examinaba sus palabras. Se decía a sí misma por qué lo hacía: para mostrarse a sí misma que Kirsanov no debió, no pudo encontrar en él ningún defecto. Así era. Pero la necesidad demostrarse a sí mismo que en la persona amada no hay defectos lleva ya a que sean advertidos.

Al cabo de algunos días Kirsanov volvió y otra vez no dijo ni una palabra de cómo le había parecido el novio. Esta vez ella no aguantó ya y al final de la tarde dijo:

—¿No da su opinión? ¿Por qué calla?

—No sé si desea oír mi opinión y no sé si la considerará objetiva.

—¿No le gusta?

Kirsanov se quedó callado.

—No dije eso.

—Es evidente. ¿Por qué no le gusta?

—Esperaré hasta que se vea por qué no me gusta.

A la tarde siguiente, Katerina Vasilievna examinaba a Solovtsov con más atención. «En él está todo bien; Kirsanov es injusto; ¿pero por qué no puedo ver qué es lo que no le gusta en él a Kirsanov?» Se molestaba por su incapacidad de observar, pensaba: «¿De veras soy tan simple?» Se despertó en ella el amor propio en el sentido más peligroso para el novio.

Cuando Kirsanov vino de nuevo al cabo de varios días, advirtió ya la posibilidad de actuar más insistentemente. Hasta ahora evitaba la conversación con Solovtsov para no inquietar a Katerina Vasilievna con una intervención precipitada. Ahora se sentó en el grupo que rodeaba a ella y a Solovtsov, se puso a entablar conversación sobre temas en los que se manifestaría el carácter de Solovtsov, lo hacía participar en la conversación. Se habló de la riqueza, y a Katerina Vasilievna le pareció que Solovtsov estaba ocupado demasiado con los pensamientos sobre la riqueza; se habló de las mujeres, a ella le pareció que Solovtsov hablaba de ellas con demasiada ligereza; se habló de la vida familiar, ella se esforzaba en vano por expulsar del pensamiento la impresión de que, a lo mejor, a la mujer le resultaría la vida con un hombre así fría y difícil.

La crisis ocurrió. Katetina Vasilevna tardó en dormirse, todo el tiempo lloró de enfado consigo misma, porque ofendía a Solovtsov con estos pensamientos acerca de él. «No, él no es un hombre frío; no desprecia a las mujeres; me quiere a mí, no mi fortuna».

Si estas objeciones fueran respuestas a las palabras de otro, obstinadamente se mantendrían en su pensamiento. Pero ella se objetaba a sí misma; y uno no se resiste por mucho tiempo a la verdad que encontró él mismo. Ella es ella, se conoce íntimamente; no se puede acusar a sí misma de ninguna astucia. A la tarde siguiente, ya Katerina Vasilievna misma examinaba a Solovtsov, como lo había examinado el día anterior Kirsanov. Se decía a sí misma que pretendía únicamente convencerse de que lo ofendía inútilmente; pero ella misma sentía que había en ella desconfianza hacia él. Y otra vez tardó en dormirse, pero ya estaba molesta con él: ¿por qué había hablado de modo que no había ahuyentado sus dudas, sino que las había reforzado? Se enfadaba consigo misma, pero en este enfado asomaba ya claramente el motivo siguiente: «¿Cómo pude ser tan ciega?»

Es comprensible que al cabo de un día o dos estuviera ocupada exclusivamente con el miedo causado por este pensamiento: «Pronto perderé la posibilidad de corregir mi equivocación, si me equivoqué con él.»

Cuando Kirsanov vino la próxima vez, vio que podía hablar con ella.

—Usted preguntó por mi opinión sobre él —dijo—, no es tan importante como la suya. ¿Qué piensa *usted* sobre él?

Ahora callaba ella.

—No puedo indagar —dijo él; empezó a hablar de otra cosa y se alejó pronto.

Pero al cabo de media hora ella misma se le acercó. —Aconséjeme; usted ve que mis pensamientos vacilan—. ¿Para qué necesita un consejo ajeno, cuando usted misma sabe lo que hay que hacer, si los pensamientos vacilan?

—¿Esperar hasta que dejen de vacilar?

—Eso ya lo verá usted.

—Aplazaré la boda.

—No hay ninguna razón pata no aplazarla si usted considera que es mejor.

—¿Pero cómo lo recibirá él?

—Cuando vea cómo lo recibe, entonces piense de nuevo lo que sería mejor.

—Pero me resulta desagradable decírselo.

—Si es así, encargue a su padre que se lo diga.

—No quiero ocultarme detrás de otro. Se lo diré yo misma.

—Si usted cree que tiene fuerzas para decírselo usted misma, eso, por supuesto, es mucho mejor.

Está claro que con otros, por ejemplo, con Vera Pavlovna, no era posible tratar un asunto tan lentamente. Cada temperamento tiene sus propias exigencias. Si a un hombre vehemente lo irrita una manera de proceder lenta y sistemática, al hombre tranquilo lo indigna una brusquedad radical.

El éxito de la conversación de Katerina Vasilievna con su novio superó las esperanzas de Kirsanov, que había pensado que Solovtsov sabría mantener la calma, alargaría la cuestión con humildad y súplicas dulces. No, con todo su dominio de sí mismo, Solovtsov no se contuvo, al ver que la enorme fortuna se le escapaba de las menos, y él mismo echó a perder las pocas posibilidades que le quedaban. Se deshizo en quejas bruscas contra Polozov, al que acusó de intrigar contra él; dijo a Katerina Vasilievna que permitía a su padre tener demasiado poder sobre ella, que le tenía miedo, que actuaba ahora por su orden. Y Polozov todavía no sabía de la decisión de su hija de aplazar la boda; la hija constantemente notaba que le dejaba una completa libertad. Las críticas a su padre por una parte la disgustaron por lo injustas qué eran, por otra parte la ofendieron por el hecho de que en ellas se dejaba ver la opinión de Solovtsov sobre ella como sobre una criatura privada de voluntad y de carácter.

—¿Parece que usted me considera un juguete en manos de otros?

—Sí —dijo él, excitado.

—¡Había estado preparada para morir sin pensar en mi padre, y usted sin comprenderlo! Desde este momento todo se terminó entre nosotros —dijo ella y salió rápidamente de la habitación.

VIII

Después de esta historia, Katerina Vasilievna estuvo durante mucho tiempo triste; pero su tristeza, originada por aquel caso, no tenía relación solamente con aquel caso particular. Hay caracteres para los que un hecho particular por sí solo es poco interesante, sirve, solamente para estímulo a las reflexiones generales, que los afectan con un vigor mucho mayor. Si estas personas poseen, una inteligencia notablemente grande, se convierten en transformadores de ideas generales y antiguamente se hacían grandes filósofos. Kant, Fichte, Hegel no elaboraron ninguna cuestión particular, eso les resultaba aburrido. Eso se refiere, por supuesto, solamente a los hombres. Es que las mujeres no tienen, hoy por hoy, una gran inteligencia; ustedes ven que la naturaleza las privó de ella, como privó a los herreros de un color de rostro suave, a los sastres de la esbeltez de la figura y a los zapateros de un olfato fino; todo eso es naturaleza. Por eso, entre las mujeres no suele haber personas de una gran inteligencia. Las personas de una inteligencia débil con esta orientación de carácter suelen ser flemáticas hasta la insensibilidad. Las personas de una inteligencia corriente suelen estar dispuestas a la meditación, a la vida silenciosa y en general están inclinadas a soñar. Eso todavía no significa que sean fantaseadoras. Muchas poseen una imaginación débil, y son gente muy realista; simplemente les gusta una meditación silenciosa.

Katerina Vasilievna se enamoró de Solovtsov por sus cartas; ella se moría de un amor basado sólo en sus sueños. Ya de esto se ve que entonces tenía una disposición de ánimo muy novelesca. Pero la vida ruidosa de la sociedad vulgar que llenaba la casa de los Polozov, en absoluto estimulaba un idealismo exaltado. Eso significa que este rasgo provenía de su propia naturaleza. Desde hace tiempo la molestaba el ruido, le gustaba leer y soñar. Ahora empezó a pesarle la misma riqueza, no: solamente su ruido. No hace falta considerarla por este sentimiento una naturaleza extraordinaria: lo conocen todas las mujeres ricas con un carácter modesto y silencioso. Solo que en ella se desarrolló antes de lo normal, ya que pronto recibió una lección.

«¿En quién puedo confiar? ¿En qué puedo confiar?», se preguntaba a sí misma después de la historia con Solovtsov y vio: en nadie, en nada. La riqueza de su padre atraía la sed de dinero, la astucia, el engaño de toda la ciudad. Estaba rodeada de aváros, mentirosos, aduladores; cada palabra que se le decía, estaba calculada por los millones de su padre.

Sus pensamientos se hacían cada vez más serios. Le empezaron a interesar las cuestiones generales sobre la riqueza, que le estorbaba tanto, sobre la miseria, que tanto atormenta a otros. Su padre le daba bastante dinero para sus gastos; ella, como cualquier mujer buena, ayudaba a los pobres. Pero leía y pensaba, y empezó a observar que la ayuda que proporcionaba ella, tenía mucha menos utilidad de la que debería tener. Empezó a ver que la engañaban demasiado los pobres simulados o los pobres despreciables; que incluso a las personas dignas de ayuda, que sabían

aprovechar el dinero regalado, este dinero no les proporcionaba casi nunca una utilidad sólida: las sacaba por algún tiempo de la miseria, pero al cabo de medio año o un año estas personas estaban de nuevo en la misma miseria. Empezó a pensar: «¿Para qué sirve esta riqueza que corrompe tanto a la gente? ¿Y por qué esta perpetuidad de la miseria de los pobres? ¿Y por qué ve ella tantos pobres que son tan insensatos y malos como los ricos?»

Era soñadora, pero sus sueños eran tan silenciosos como su carácter, tenían tan poco brillo como ella misma. Su poeta preferido era George Sand; pero ella no se imaginaba a sí misma ni como Lelia ni «como Indiana ni como Cavalcanti ni siquiera como consuelo, ella en sus sueños era Jeanne, pero con mayor frecuencia Geneviève. Geneviève era su héroína preferida. Se ve cómo va por el campo y recoge flores que servirán de modelos para su trabajo. Ahora encuentra a Andrés, ¡unos encuentros tan silenciosos! Se dan cuenta de que se aman; eran solamente sueños de los que ella misma sabía que eran solamente sueños. Pero le gustaba soñar lo envidiable qtre era la suerte de miss Nightingale, de esa muchacha ciliada, modesta, de la cual nadie sabía nada, excepto que era favorita de toda Inglaterra. ¿Es joven, rica, pobre? ¿Es feliz ella misma o desdichada? De eso nadie habla, en eso nadie piensa, todos solamente bendicen a la muchacha que era el ángel consolador en los hospitales ingleses de Crimea, y después de terminar la guerra, vuelve con los centenares a los que había salvado la vida, y sigue cuidando a los enfermos… Esos eran los sueños cuya realización hubiera deseado Katerina Vasilievna. Más allá de los pensamientos sobre Geneviève y miss Nightingale no la llevaba su imaginación. ¿Se puede decir que tuviera imaginación? ¿Y se puede decir que fuera soñadora?

Geneviève en una sociedad ruidosa y vulgar de sinvergüenzas y malos engreídos, miss Nightingale en un lujo vacío; ¿podía ella dejar de aburrirse y de ser triste? Por eso Katerina Vasilievna casi reaccionó más con agrado que con pesar, cuando su padre se arruinó. Le daba lástima ver cómo de un hombre todavía no viejo y vigoroso se hiciera un anciano; también le daba lástima que sus medios para ayudar a los demás disminuyeran demasiado; la primera vez fue ofensivo ver el desprecio de la muchedumbre que antes se había deshecho en halagos y se había inclinado ante su padre y ella. Pero también fue agradable que la muchedumbre vulgar, aburrida, repugnante, los abandonara, dejara de incomodar su vida, de indignar con su falsedad y bajeza. ¡Era tan libre ahora! Surgió también la esperanza de ser feliz: «Ahora si encuentro en alguien afecto será un afecto por mí, no por los millones de mi padre.»

IX

Polozov quería arreglar la venta de la fábrica de estearina en la que tenía su parte y que dirigía. Después de medio año o más de una búsqueda esforzada encontró al comprador. En las tarjetas de visita del comprador estaba escrito Otarles Beaumont, pero no se pronunciaba este nombre Sharl Bomon, como lo leerían los no iniciados, sino Qtarlz Biumont; y era natural que se pronunciara así: el comprador era agente de la firma londinense Hodchson, Loter and Company que se dedicaba a comprar sebo y estearina. La fábrica no podía marchar dado el lamentable estado financiero y administrativo de su sociedad anónima; pero en manos de tina firma fuerte tenía que dar grandes ganancias; gastando en ella quinientos o seiscientos mil podía contar con cien mil rublos de renta. El agente era una persona concienzuda: examinó atentamente la fábrica, estudió detalladamente sus libros, antes de aconsejar a su firma la compra; luego, empezaron las negociaciones con la sociedad sobre la venta de la fábrica y se alargaban mucho a causa de la mentalidad de nuestras sociedades anónimas, con las que se aburrirían incluso los pacientes griegos, que no se habían aburrido al asediar durante diez años Troya. Y Polozov, todo ese tiempo, trataba bien al agente según la antigua costumbre de tratar bien a las personas necesarias, y continuamente lo invitaba a comer a su casa. El agente evitaba los cuidados y durante mucho tiempo declinaba las invitaciones para comer; pero una vez, cuando se había quedado por mucho tiempo negociando con la dirección de la sociedad y se había quedado cansado y hambriento, accedió a ir a comer a la casa de Polozov, que vivía en la misma escalera.

X

Charles Beaumont tal como debe ser todo Charles John, Janies, William, no era aficionado a entrar en intimidades y expansiones personales; pero cuando le preguntaban, contaba su historia, no con muchas palabras, pero sí con mucha precisión; Su familia, decía él, procedía del Canadá; así es, en Canadá casi la mitad de la población y la forman los descendientes de los colonos franceses; y su familia provenía de ellos, por eso también su apellido tenía el corte francés, también en cuanto al rostro se parecía más a un francés que a un inglés o yanqui. Pero, proseguía, su abuelo se trasladó de los alrededores de Quebec a Nueva York; eso suele ocurrir. Durante ese traslado, su padre era todavía un niño. Luego, está claro, creció y se convirtió en un hombre adulto; y entonces a un ricachón y progresista en la agricultura se le ocurrió establecer en su propiedad, en la orilla meridional de Crimea, plantadores de algodón en vez de la vid; a alguien le encargó traerle un capataz de América del Norte. Le trajeron a James Beaumont, natural del Canadá, habitante de Nueva York, es decir, a uno que había visto las plantaciones de algodón desde la misma distanda, que nosotros, tú, lector, y yo, habíamos visto el monte Ararat desde nuestro Petersburgo o Kursk. Eso ocurre siempre con semejantes progresistas. La verdad es que la cosa no se estropeó en absoluto por la total ignorancia del capataz americano del modo de cultivar las plantaciones algodoneras, porque cultivar el algodón en Crimea, es lo mismo que en Petersburgo cultivar la vid. Pero cuando se supo esto, el capataz americano fue despedido del departamento de algodón y se encontró como destilador en una fábrica en la provincia de, Tambov. Pasó allí casi toda su vida, allí engendró a su hijo Charles y pronto, después de eso, enterró a su mujer. Hacia sus sesenta y cinco años, después de haber ahorrado algo de dinero para los años decrépitos, se le ocurrió volver a América y volvió. Charles tenía entonces veinte años. Cuando murió su padre, Charles quiso regresar a Rusia, porque, habiendo nacido y vivido hasta los veinte años en una aldea de la provincia de Tambov, se sentía un ruso. Él y su padre vivían en Nueva York y él trabajaba como derk en una oficina comercial. Cuando murió su padre, pasó a la oficina en Nueva York de la firma londinense de Hodchson, Loter and Company, sabiendo que tenía relaciones con Petersburgo; y cuando se ganó una buena reputación, expresó el deseo de obtener un puesto en Rusia, explicando que conocía Rusia como su patria. Tener un empleado así en Rusia, está claro, era ventajoso para la firma. Lo trasladaron a la oficina londinense para prueba, pasó la prueba, y medio año antes de la comida en casa de Polozov, vino a Petersburgo como agente de la firma para sebo y estearina con un sueldo de quinientas libras esterlinas. De total acuerdo con esta historia, Beaumont, que había nacido y que había vivido hasta los veinte años en la provincia de Tambov con un solo americano o inglés en un radio de veinte, cincuenta o cien verstas, con su padre, que había estado todo el día en la fábrica, de acuerdo con esta historia, Charles Beaumont hablaba el ruso como un ruso de pura cepa; y el inglés

con desenfado, bien, pero no con total perfección, como era natural en un hombre que sólo en su edad adulta había vivido unos cuantos años en un país de habla inglesa.

XI

Beaumont encontró a la mesa solamente dos personas, además de él, al viejo y a una rubia muy agradable, un poco pensativa, su hija.

—¡Nunca pensé —dijo durante la comida Polozov— que estas acciones de la fábrica tendrían para mí importancia! Es duro experimentar en la vejez un golpe así. Menos mal que Katia soportó con tanta indiferencia qué yo había destruido su fortuna; ya viviendo yo era más de ella que mía. Su madre había tenido un capital, yo había tenido poco; desde luego, yo de cada rublo hice veinte, eso quiere decir que, por otra parte, procedía más de mi trabajo que de la herencia; ¡y trabajé mucho! Y hacía falta mucha inteligencia —el viejo razonaba largo rato en este tono de elogio a sí mismo—, la amasé con mi sudor y mi sangre y, lo principal, con mi inteligencia —concluyó y repitió en la conclusión el prólogo de que un golpe así se soportaba con dificultad y que si también Katia se lo hubiera reprochado, él, seguramente, se habría vuelto loco, pero que Katia misma no solamente no lo lamentaba, sino que incluso lo animaba a él, que ya era viejo.

De acuerdo con la costumbre americana de no ver nada extraordinario en un enriquecimiento rápido ni en la ruina, o por su carácter personal, Beaumont no tenía ganas de emocionarse por la grandeza de la inteligencia del que había acumulad tres o cuatro millones ni sufrir por una ruina, después de la cual habían quedado medios para mantener un cocinero decente. Pero había que anotar algo como signo de simpatía para con salgo del largo discurso, por eso dijo:

—Sí, es una gran ayuda, cuándo la familia supera junta los acontecimientos desagradables.

—Pero usted habla como con alguna duda, Karl Iakovlich. ¿Usted cree que Katia es melancólica porque echa de menos la riqueza? No, Karl Iakovlich, no la ofenda usted en vano. Nosotros tenemos otro dolor: nosotros nos decepcionamos de la gente —dijo Polozov con el tono mitad en broma y mitad en serio, con el que hablan sobre los pensamientos buenos pero sin experiencia de sus hijos los viejos con experiencia.

Katerina Vasilievna se sonrojó. Le era desagradable que su padre empezara a hablar de sus sentimientos. Pero además del amor paternal había también otra cierta circunstancia, en la que su padre no era culpable. Cuando no hay de qué hablar, si está en la habitación un gato o un perro, se habla de ellos; si no hay ni gato ni perro, entonces se habla sobre los hijos. El tiempo ya es solamente el tercer grado extremo de falta de recursos.

—No, papá, usted explica inútilmente mi melancolía, con este motivo elevado. Usted sabe que simplemente no tengo un carácter alegre y que me aburro.

—No ser alegre, eso, según le plazca a cada uno —dijo Beaumont—, pero aburrirse, según mi opinión, es imperdonable. El aburrimiento está de moda entre nuestros hermanos los ingleses; pero nosotros, los americanos, no lo conocemos. No tenemos tiempo para aburrirnos, tendremos demasiado trabajo. Considero, me parece

—corrigió su americanismo, que también el pueblo ruso debería verse a sí mismo en esa situación; según mi opinión, tiene también demasiado trabajo por delante. Pero en realidad encuentro en los rusos algo totalmente opuesto: están muy predispuestos a la melancolía. Los mismos ingleses no resisten con mucho la comparación con ellos en este punto. La sociedad inglesa, célebre en toda Europa, incluyendo a toda Rusia, la más aburrida en el mundo, es más habladora, más viva, más alegre que la rusa, en la misma medida en que se queda en todo esto detrás de la sociedad francesa. ¡Y sus viajeros les hablan sobre el aburrimiento de la sociedad inglesa! ¡No entiendo dónde tiene esta gente los ojos para ver lo que ocurre en su casa!

—Los rusos son melancólicos con justicia —dijo Katerina Vasilievna—. ¿Qué trabajo tienen? No tienen nada que hacer; tienen que estar sentados con los brazos cruzados. Indíqueme un trabajo y, seguramente, dejaré de aburrirme.

—¿Quiere encontrar para usted un trabajo? Oh, por eso no hay que detenerse; usted ve a su alrededor tanta ignorancia, perdone que hable de esta manera de su país, de su patria —corrigió su anglicismo—, pero yo mismo nací y crecí en ella, la considero mi patria, por eso hablo sin reparos. Usted ve en ella una ignorancia turca una impotencia japonesa. Odio a su patria, porque la quiera como si fuera mía, le diré imitando a un poeta de ustedes. Pero hay en ella mucho que hacer.

—Sí; pero uno, y más aún, una, ¿qué puede hacer? —Pero tú haces, Katia —dijo Polozov—. Le revelaré su secreto, Karl Iakovlich. Ella por aburrimiento enseña a las muchachas. Todos los días están con ella sus alumnas, y se ocupa de ellas desde las diez hasta la una, a veces más.

Beaumont miró a Katerina Vasilievna con respeto. —Eso es a la manera americana; desde luego, hablando de los americanos entiendo solamente los estados libres, del norte; los del sur son peores que todo Méjico, casi tan repugnantes como Brasil (Beaumont era un abolicionisna furioso), eso es a la manera nuestra; ¿pero en este caso, por qué aburrirse?

—¿Acaso es un trabajo serio, m-r Beaumont? No es más que una distracción, así pienso yo; puede que me equivoque; puede que me llame materialista…

—¿Usted espera este reproche de un hombre proveniente del pueblo del que todos afirman que su único objetivo y pensamiento son los dólares?

—Usted está bromeando, pero yo seriamente temo expresarle mi opinión; ésta se puede parecer a la que predican los oscurantistas sobre la inutilidad de la ilustración.

«¡Mira por dónde! —pensó Beaumont—, ¿de verdad llegó hasta eso? Esto empieza a ser interesante.»

—Yo mismo soy un oscurantista —dijo él—, estoy de parte de los negros analfabetos en contra de sus propietarios civilizados en los estados sureños; perdone, me he dejado llevar por mi odio americano. Pero me interesa mucho su opinión.

Es muy prosaica, m-r Beaumont, pero me indujo a ella la vida. Me parece que el trabajo del que me ocupo es demasiado unilateral, y el lado al que se dirige no es el lado primordial al que deben ser dirigidas las preocupaciones de la gente que desea

ser útil al pueblo. Pienso así: dé a la gente pan, ellos mismos aprenderán a leer. Hay que empezar por el pan, de otra manera perdemos el tiempo en vano.

—¿Por qué no empieza usted por donde hay que empezar? —dijo Beaumont ya con cierta animación. -Es posible, conozco ejemplos, en América —añadió él.

—Se lo dije: ¿yo sola, qué puedo empezar? No sé cómo ponerme. Y si lo supiera, ¿qué posibilidad tengo? Una muchacha está tan atada en todo. Estoy independiente en mi habitación. ¿Pero qué puedo hacer en mi habitación? Colocar sobre la mesa un libro y enseñar a leer. ¿A dónde puedo ir sola? ¿A quién puedo ver sola? ¿Qué puedo hacer sola?

—Parece que me muestras como un déspota, Katia —dijo su padre—. En esto no soy culpable desde que me diste esa lección.

—Papá, me pongo colorada por eso, entonces era una niña. No, papá, usted es bueno, no me limita. Me limita la sociedad— ¿Es cierto, m-r Beaumont, que la muchacha en América no está tan atada?

—Sí, podemos enorgullecemos de eso: desde luego, ni siquiera allí es como debe ser; sin embargo, no se puede comparar con ustedes, los europeos. Todo lo que les cuentan sobre la libertad de la mujer entre nosotros, es cierto.

—Papá, nos iremos a América, cuando m-r Beaumont compre la fábrica —dijo bromeando Katerina Vasilievna. —Yo trabajaré allí en algo. ¡Cómo me alegraría!

—Se puede encontrar trabajo incluso en Petersburgo —dijo Beaumont.

—Dígamelo.

Beaumont vacilaba dos o tres segundos. «¿Pero para qué vine aquí? ¿Y a través de quién es posible enterarse mejor?» —pensó él.

—¿No lo ha oído? Existe un experimento de aplicar a la realidad los principios que elaboró en los últimos tiempos la ciencia económica; ¿los conoce usted?

—Sí, lo leí; eso tiene que ser muy interesante y útil. ¿Y yo puedo participar en ello? ¿Dónde encontrarlo?

—Lo fundó la señora Kirsanova.

—¿Quién es ella? ¿Su marido es médico?

—¿Usted lo conoce? ¿Y él no le contó ese asunto?

—Eso ocurrió hace mucho tiempo, él entonces no estaba todavía casado; yo estuve enferma, él vino varías veces y me salvó. ¡Ah, qué hombre es! ¿Se parece ella a él?

¿Peto cómo conocer a Kirsanova? ¿Beaumont presentará Katerina Vasilievna a Kirsanova? No, los Kirsanov ni siquiera habían oído su nombre; pero ninguna presentación hace falta. Kirsanova seguramente se alegrará al encontrar tal simpatía. Hay que enterarse de su dirección allí donde trabaja Kirsanov.

XII

Fue de esta manera como Polozova conoció a Vera Pavlovna; se fue a su casa al día siguiente por la mañana, y Beaumont estaba tan interesado, que por la tarde vino a preguntar córho le había parecido a Katerina Vasilievna la nueva amistad y el nuevo trabajo.

Katerina Vasilievna estaba muy animada. No había huella alguna de su tristeza; la melancolía dejó paso al éxtasis. Con entusiasmo contó a Beaumont —y eso que lo había contado ya a su padre, pero no se cansó por haberlo relatado una vez— lo que había visto por la mañana, y su relato no acababa nunca; sí, ahora su corazón latía plenamente. ¡Encontró un trabajo vivo! Beaumont escuchaba con atención. ¿Pero se puede escuchar así?

Y ella casi con indignación le dijo:

—M-r Beaumont, me estoy decepcionando de usted.

¿De veras le afecta tan poco que le resulta sólo interesante? ¿Nada más?

—Katerina Vasilievna, usted olvida que yo había visto todo esto en América; para mí son interesantes algunos, detalles; pero la cosa misma la conozco demasiado. El interés que suscita la novedad lo pueden tener para mí sólo los personajes a los que la cosa debe su éxito, nuevo para usted. Por ejemplo, ¿qué me puede decir sobre m-me Kirsanova?

—Ah, Dios mío, está claro que me gustó extraordinariamente; me explicaba todo con tanto cariño.

—Eso lo dijo usted ya.

—¿Qué más quiere? ¿Qué le puedo decir más? ¿Acaso estaba yo como para pensar en ella, cuando tenía ante mis ojos una cosa así?

—Claro —dijo Beaumont—, entiendo que uno olvida por completo las personas, cuando le interesa el asunto. De todos modos, ¿qué más me puede decir usted de m-me Kirsanova?

Katerina Vasilievna se puso a reunir sus recuerdos sobre Vera Pavlovna, pero encontró en ellos solamente la primera impresión que había producido en ella Vera Pavlovna. Muy vivamente describió su aspecto, su manera de hablar, todo lo que salta a la vista en el momento del encuentro con una persona nueva; pero en sus recuerdos ya realmente no había casi nada más que tuviera relación con Vera Pavlovna: el taller, el taller, el taller y las explicaciones de Vera Pavlovna sobre el taller. Ella grababa en su memoria todas estas explicaciones, pero a la misma Vera Pavlovna durante el restante tiempo del encuentro, después de las primeras palabras, ya no la veía.

—Así que esta vez me desilusioné en espera de conseguir de usted muchas informaciones sobre m-me Kirsanova; pero no la dejaré a usted, en paz. Dentro de algunos días volveré a preguntarle sobre ella.

—¿Pero por qué usted mismo no quiere conocerla si le interesa tanto?

—Tengo ganas de hacerlo; a lo mejor, lo haré algún día. Pero antes tengo que

saber sobre ella algo más —Beaumont se detuvo por un instante—. Estuve pensando si sería mejor pedírselo o no; parece que es mejor pedírselo: cuando tenga ocasión de mencionar mi nombre en las conversaciones con ellos, no diga usted que yo había hecho preguntas sobre ella o que quisiera alguna vez conocerlos.

—Pero eso empieza a parecerse a un enigma m-r Beaumont —con un tono serio dijo Katerina Vasilievna—. Usted quiere averiguar cosas sobre ellos y usted mismo quiere ocultarse.

—Sí, Katerina Vasilievna; ¿cómo explicárselo? Tengo miedo de conocerlos.

—Todo esto es extraño, m-r Beaumont.

—Es verdad. Se lo diré más directamente: me temo que les resulte desagradable. Ellos, no oyeron nunca mi nombre. Pero yo pude haber tenido algunos choques con alguien de las personas cercanas a ellos o con ellos; da lo mismo. En una palabra, tengo que estar seguro de que les sería agradable conocerme.

—Todo esto es extraño, m-r Beaumont.

—Soy un hombre honrado, Katerina Vasilievna, puedo asegurarle que nunca desearía comprometerla a usted; ésta es sólo la segunda vez que la veo; pero ya la estimo mucho.

—Yo también veo, m-r Beaumont, que es usted un hombre respetable, pero…

—Si me considera un hombre respetable, me permitirá visitarla para que, cuando usted confíe suficientemente en mí, yo pueda volver a preguntar sobre los Kirsanov. O mejor, usted misma empezará a hablar de ellos, cuando crea que puede cumplir mi petición, que hago ahora y no volveré a hacerla. ¿Me lo permite?

—Tiene mi permiso, m-r Beaumont —dijo Katerina Vasilievna, encogiendo ligeramente los hombros—. Pero estará de acuerdo en que…

Otra vez no quiso terminar la frase.

— …¿que ahora tengo que despertar en usted cierta desconfianza? Es verdad. Pero esperaré hasta que se pase.

XIII

Beaumont empezó a visitar con mucha frecuencia a los Polozov. «¿Por qué? —pensó el viejo—. Un partido conveniente, desde luego, antes Katia hubiera podido tener otro novio. Pero ni siquiera entonces era una joven interesada o vanidosa. Pero ahora no se puede esperar nada mejor.»

Realmente, Beaumont era un partido conveniente. Él decía que pensaba quedarse para siempre en Rusia, porque la consideraba su patria. Es un hombre serio. A los treinta, habiendo partido de cero, tiene un buen puesto. Si hubiera sido ruso, a Polozov le hubiera gustado que fuera noble, pero con los extranjeros eso no va, particularmente con los franceses; y con los americanos menos todavía. Allí en América, hoy eres zapatero o labrador, mañana general, pasado mañana presidente, y luego otra vez oficinista o abogado. Es un pueblo completamente especial, allí se interesan por el hombre solamente según el dinero y según la inteligencia. «Eso es también más correcto —seguía pensando Polozov—. Yo mismo soy una persona así. Me ocupé del comercio, me casé con la hija de un comerciante. El dinero es lo principal; y la inteligencia, porque sin la inteligencia no conseguirás dinero. Y él puede conseguirlo: se puso en ese camino, comprará la fábrica, será el gerente; luego la firma lo tendrá en cuenta. Y las firmas de allí no son como las nuestras. También él estará moviendo millones…»

Es muy posible que los sueños de Polozov de que su yerno sería un millonario en el área comercial no estaban predestinados a realizarse, lo mismo que no lo estaban los sueños de María Alexevna de que su primer yerno se haría recaudador. De todos modos, Beaumont era un buen partido para Katerina Vasilievna.

—Sin embargo, ¿no se equivocaba Polozov, figurándose a Beaumont como a su yerno? Si el viejo tenía de ello todavía alguna duda, ésta se disipó cuando Beaumont, dos o tres semanas después de que empezara a visitarlos, le dijo que, posiblemente, la compra de la fábrica se demoraría por algunos días. Por lo demás, apenas sería una demora; probablemente, ellos, aun sin esperar a mister Loter, no confeccionarían las condiciones definitivas hasta dentro de una semana, y mister Loter estaría en Petersburgo dentro de cuatro días.

—Antes, cuando no lo conocía a usted personalmente —dijo Beaumont—, quise llevar a cabo el asunto yo mismo. Ahora es incómodo, porque nos conocemos tan bien. Para que no surgiera luego ningún malentendido, se lo escribí a la firma, es decir, que durante las negociaciones comerciales había conocido al gerente, que tenía casi todo el capital en las acciones de la fábrica; exigí que la firma enviara a alguien para concluir en mi lugar el asunto, y como ve, llegará mister Loter.

Esto es prudente e inteligente. Y con esto Beaumont muestra claramente la intención de casarse con Katia. Una simple amistad no sería causa suficiente para tomar tal precaución.

XIV

Las dos o tres visitas siguientes de Beaumont empezaban con un recibimiento bastante frío por parte de Katerina Vasilievna. Ella realmente empezó a desconfiar un poco de este hombre poco conocido, que había expresado el enigmático deseo de indagar sobre una familia a la que, según sus palabras no conocía y a la que, sin embargo, tenía miedo de conocer a causa de alguna inseguridad de que su amistad fuera agradable a esa familia. Pero aun durante esas primeras visitas, si Katerina Vasilievna lo recibía con desconfianza, pronto se dejó atraer a una conversación animada con él. En su vida anterior, antes de conocer a Kirsanov, no había encontrado personas como él. Comprendía todo lo que le interesaba a ella, la comprendía tan bien; ni siquiera con las amigas queridas —por lo demás, tenía, propiamente, una sola amiga, Polina, que se había trasladado ya hace tiempo a Moscú, después de casarse con un fabricante moscovita—, ni siquiera con Polina hablaba con tanta libertad como con él.

Y él, él al principio venía, evidentemente, no por ella, sino para enterarse a través de ella sobre Kirsanova; pero desde el mismo comienzo de la amistad, desde el momento en que empezaron a hablar sobre el aburrimiento y sobre los medios de evitar el aburrimiento, se veía que la estimaba, que simpatizaba con ella. Durante el segundo encuentro él se sintió muy atraído hacia ella por el entusiasmo que ella mostraba al haber encontrado un trabajo. Ahora con cada nuevo encuentro su inclinación hacia ella se le hacía a ella cada vez más evidente. Muy pronto se estableció entre ellos la amistad más sencilla y cálida, y al cabo de una semana Katerina Vasilievna le contaba sobre los Kirsanov. Estaba segura de que en este hombre no podía existir ningún pensamiento innoble.

También es verdad que, cuando se puso a hablar sobre los Kirsanov, él la detuvo:

—¿Por qué tan pronto? Me conoce usted demasiado poco.

—No, lo suficiente, m-r Beaumont; veo que si usted no quiso explicarme lo que me parecía extraño cu su deseo, entonces, seguramente, usted no tenía derecho a hablar; ¡y acaso hay pocos secretos!

Y él dijo:

—Yo ya no tengo la impaciencia de antes de saber lo que quiero saber de ellos.

XV

La animación de Katerina Vasilievna continuaba sin debilitarse, sólo que se transformaba en un estado de ánimo constante, ya habitual, optimista y vivo, claro. Y, por lo que le parecía, precisamente esta animación cada vez más atraía hacia ella a Beaumont. Y él pensaba ya mucho en ella; se veía demasiado claramente. Después de escuchar dos o tres de sus relatos sobre los Kirsanov, la cuarta vez le dijo ya.

—Ahora conozco todo lo que necesitaba saber. Se lo agradezco.

—¿Pero qué sabe usted? Yo le dije solamente que se querían mucho y que eran completamente felices en sus relaciones.

—Más no necesitaba saber. Por lo demás, yo mismo lo supe siempre.

Y la conversación pasó a otro tema.

Por supuesto, el primer pensamiento de Katerina Vasilievna entonces, cuando había, hecho él su pregunta sobre Kirsanova, era que estaba enamorado de Vera Pavlovna. Pero ahora, era demasiado evidente que no era así en absoluto. Tal como lo conocía ahora Katerina Vasilievna, pensaba incluso que Beaumont era incapaz de estar enamorado. Puede amar, eso sí. Pero si ahora ama a alguien, entonces es «a mí», pensaba Katerina Vasilievna.

XVI

¿Pero se querían? Empezando, por ejemplo, por ella. Hubo un caso en el que se manifestó por su parte preocupación por Beaumont; ¡pero cómo terminó ese caso! En absoluto de la manera como se debía esperar dado cómo comenzó. Beaumont visitaba a los Polozov decididamente todos los días, a veces para mucho tiempo, a veces para poco tiempo, pero todos los días; en esto también se basaba la seguridad de Polozov de que quería casarse con Katerina Vasilievna; otros fundamentos para semejante esperanza no existían. Pero una vez transcurrió la tarde y Beaumont no vino. —¿Usted, papá, no sabe qué le pasa?

—No oí decir nada; seguramente no pasa nada; no tuvo tiempo, nada más.

Pasó otra tarde, Beaumont no vino otra vez. A la mañana siguiente Katerina Vasilievna se dispuso para salir.

—¿A dónde vas, Katia?

—Nada, papá, por mis asuntos.

Se fue a casa de Beaumont. Estaba sentado con un abrigo de mangas anchas y leía; levantó la vista del libro, cuando se abrió la puerta.

—¿Katerina Vasilievna, es usted? Me alegro mucho y se lo agradezco —con el mismo tono con el que hubiera recibido al padre de ella; aunque no con un tono mucho más amable.

¿Qué le pasa, m-r Beaumont, que hace tiempo que no viene a vernos? Me obligó usted a preocuparme por usted y, además de esto, me obligó a aburrirme.

—No pasa nada de particular, Katerina Vasilievna; como usted ve, estoy bien. ¿Pero no tomará un poco de té? Ve, estoy bebiendo.

—Sí, gracias; ¿por qué no vino desde hace tantos días?

—Pedro, traiga un vaso. Usted ve que estoy bien; por consiguiente, es una tontería. Mire lo que pasó: estuve en la fábrica con mister Loter y, explicándole algo, me descuidé, puse una mano sobre un tomillo, éste giró y me rasguñó la mano a través de la manga. Y no pude ni anteayer ni ayer ponerme la chaqueta.

—Déjeme ver o me preocuparé de que no fuera un rasguño, sino un daño mayor.

—¿Pero qué mayor (entra Pedro con el vaso para Katerina Vasilievna), cuando puedo utilizar las dos roanos? Pero si lo desea, permítame (se sube la manga hasta el codo). Pedro, limpie este cenicero y tráigame la caja de puros, está en el gabinete sobre la mesa. Como ve, es una tontería. Además de esparadrapo no hacía falta nada más.

—Sí, pero de todos modos está hinchado y rojo.

—Ayer lo estaba mucho más y mañana no estará nada. (Pedro, después de tirar la ceniza y traer la caja de puros, se va). No quería presentarme ante usted como un héroe herido.

—Pero pudo haber escrito. ¿Cómo es posible?

—Pero entonces pensé que me pondría la chaqueta al día siguiente, es decir,

anteayer; anteayer pensé que me la pondría ayer, ayer que hoy. Pensé que no merecía la pena de alarmarla a usted.

—Sí, pero me alarmó más. Eso no está bien, m-r Béaumont. ¿Y cuándo termina el asunto de la compra?

—Sí, seguramente estos días; pero todo el tiempo, sabe usted, la demora, no está producida por mister Loter o por mí, sino por la misma sociedad.

—¿Y qué estaba leyendo?

—La nueva novela de Thackeray. ¡Con un talento así y cómo se gastó! Es porque las reservas de ideas son pobres.

—Ya lo leí, realmente… —etc. (Han lamentado el decaimiento de Thackeray, han hablado durante media hora de otras cosas en el mismo espíritu).

—Con todo, ya es hora de que vaya a casa de Vera Pavlovna; ¿y cuándo piensa conocerlos? Son muy buena gente.

—De alguna manera me decidiré; se lo pediría a usted. Le agradezco mucho que rae haya visitado. ¿Esté es su caballo?

—Sí, es mío.

—Es que su padre nunca va con éste. Y es un caballo bueno.

—Eso parece; yo no entiendo de esto.

—Es un buen caballo, señor, vale unos trescientos cincuenta rublos —dijo el cochero.

—¿Y qué edad tiene?

—Seis años, señor.

—Vamos, Zajar; me entretuve. Hasta luego, m-r Beaumont. ¿Vendrá hoy?

—Lo dudo. No, mañana, seguramente.

XVII

¿Acaso se hacen así? ¿Así son las visitas de las muchachas enamoradas? Sin hablar ya de que una muchacha bien educada no se permite nada parecido, pero si se lo permite, entonces, desde luego, resulta de eso algo completamente distinto. Si el acto que hizo Katerina Vasilievna era contrario a la moralidad, entonces más contrario aún a los conceptos generalmente aceptados sobre las relaciones entre los hombres y las muchachas era el contenido de ese, por así decir, acto inmoral. ¿No está claro que Katerina Vasilievna y Beaumont no eran personas, sino peces o si eran personas, entonces con sangre de peces? Con este encuentro estaba totalmente de acuerdo también la forma con la que se comportaba generalmente ella con él, cuando él estaba con ella.

—Estoy cansada de hablar, m-r Beaumont —decía ella, cuando se había quedado él mucho tiempo—, quédese con papá, yo iré a mi habitación —y se marchaba.

Él le contestaba a veces:

—Quédese todavía un cuarto de hora, Katerina Vasilievna.

—Como quiera —contestaba ella en estos casos; pero con mayor frecuencia él respondía:

—Hasta, luego, pues, Katerina Vasilievna.

¿Qué clase de gente son? Desearía saber yo, y desearía saber si no son simplemente buenas personas a las que nadie impide verse, cuando y cuanto tiempo les apetezca, a las que nadie impide casarse, en cuanto que se les ocurra, y que no tienen razón para ponerse nerviosas. Pero de todos modos me desconcierta su mutuo comportamiento frío, y no me avergüenzo tanto por ellos cuanto por mí. ¿De veras mi suerte de novelista consiste en comprometer ante la gente bien educada a todas mis heroínas y héroes? Algunos de ellos comen y beben; otros no se ponen nerviosos sin motivo. ¡Qué gente sin interés!

XVIII

Y mientras tanto, según la convicción del viejo Polozov, la cosa marchaba para la boda; ¡con esta conducta de la supuesta novia con el supuesto novio la cosa marchaba para la boda! ¿Acaso no escuchaba él sus conversaciones? Es verdad que su hija y el supuesto novio no se movían eternamente delante de sus narices; con más frecuencia que estar con él en la misma habitación, estaban sentados o andaban en otra habitación o en oirás habitaciones; pero no por eso había alguna diferencia en sus conversaciones. Estas conversaciones podrían en cualquiera de los conocedores perfectos del corazón humano (conocedores que en realidad no suele haber entre la gente) quitar toda esperanza de ver a Katerina Vasilievna y a Beaumont casados. No es que no hablaran entre sí en absoluto de los sentimientos, no; hablaban de ellos como de todo en el mundo, pero poco. Y esto todavía no sería nada, pero lo principal es lo que decían y el tono con que lo decía. El tono era indignante por su tranquilidad, y el contenido era horroroso por lo extremadamente absurdo que era. Por ejemplo, eso ocurrió una semana después de la visita por la cual Beaumont «había estado muy agradecido» a Katerina Vasilievna, dos meses después del comienzo de su amistad. La venta de la fábrica estaba terminada, mister Loter se disponía partir al día siguiente y partió. No esperen que origine alguna catástrofe; él, como es propio de un hombre de negocios, hizo la óperación comercial, comunicó a Beaumont que la firma lo designaba gerente de la fábrica con un sueldo de mil libras esterlinas, lo que era de esperar. Y nada más; ¿qué necesidad tenía él de meterse en algo que no fuera el comercio? Eso lo entenderán ustedes mismos, los accionistas, entre ellos también Polozov, al día siguiente debían recibir (y recibieron, otra vez, no esperen ninguna catástrofe; la firma Hodchson, Loter and Company es muy seria) la mitad del dinero al contado y la otra mitad en letras a un plazo de tres meses. Polozov, contento por eso, estaba sentado a la mesa en el salón de estar y examinaba los papeles financieros; en parte escuchaba también la conversación de su hija con Beaumont, cuando atravesaban el salón. Andaban a lo largo de las cuatro habitaciones del piso quedaban a la calle.

—Si a la mujer, a la muchacha le ponen obstáculos los prejuicios —decía Beaumont (sin cometer ya ningún anglicismo ni americanismo)—, entonces también el hombre —hablo de una persona honrada— está expuesto por eso a grandes problemas. Dígame, ¿cómo casarse con una muchacha que no haya vivido las sencillas relaciones cotidianas en el sentido de las relaciones que surgen a partir de su consentimiento a la proposición? Ella no puede juzgar si le gustará la vida de cada día con un hombre, con un carácter tal como el de su novio.

—Pero si, m-r Beaumont, sus relaciones con ese hombre incluso antes de su proposición tenían un carácter cotidiano, eso, de todos modos, representa para ella y para él alguna garantía de que sigan estando contentos mutuamente.

—Alguna sí; pero aun así sería mucho más correcto, si la prueba fuera más

completa y más multilateral. Ella de todos modos no conoce por su experiencia el carácter de las relaciones en las que entra. Por eso la boda para ella es, a pesar de todo, un riesgo tremendo. Eso se refiere a ella; pero por esta razón, al hombre honrado con el que se casa, le ocurre lo mismo. Él generalmente puede juzgar si estará contento; él había conocido de cerca a mujeres de distintos caracteres, había probado qué carácter era mejor para él. Ella no lo había hecho.

—Pero ella podía observar la vida y los caracteres en su familia, en las familias conocidas; ella podía pensar mucho.

—Todo esto es estupendo, pero no basta. Nada puede sustituir la experiencia personal.

—¿Usted pretende que se casen solamente las viudas? —riéndose, dijo Katerina Vasilievna.

—Usted lo ha expresado con mucho acierto. Solamente las viudas. Las muchachas deberían tener prohibido casarse.

—Es verdad —dijo seriamente Katerina Vasilievna. A Polozov le resultaba al principio escalofriante escuchar estas conversaciones o fragmentos de conversaciones que le llegaban al oído. Pero ahora ya estaba acostumbrado y pensó: «Y qué, yo también soy un hombre sin prejuicios. Me ocupé de negocios, me casé con la hija de un comerciante.»

Al día siguiente esta parte de la conversación —es que éste fue meramente un pequeño episodio en la conversación que en conjunto no trataba en absoluto de esto, sino de toda clase de temas—, esta parte de la conversación del día anterior proseguía de esta manera:

—Usted me contó la historia de su amor por Solovtsov. ¿Pero qué fue eso? Eso fue…

—Sentémonos, si no le importa. Ya estoy cansada de andar.

—Bueno, un sentimiento infantil, que no da ninguna garantía. Eso sirve para bromear recordando, y estar triste, si quiere, porque aquí hay un aspecto doloroso. Usted se salvó solamente gracias a la casualidad especial y rara de que la cosa cayera en las manos de un hombre como Alexander.

—¿Quién?

—Matveieh Kirsanov —completó él como si no se hubiera detenido en el nombre «Alexander»—. Sin Kirsanov usted estaría muriéndose a causa de tuberculosis o a causa de un sinvergüenza. Se podía sacar de esto unos pensamientos fundamentales sobre el perjuicio de la posición que usted ocupaba en la sociedad. Usted los sacó. Todo esto es estupendo, pero todo esto la hizo solamente una persona más juiciosa y mejor, pero le proporcionó todavía la experiencia de saber distinguir el carácter del hombre que le iría a usted. No un sinvergüenza, sino un hombre honrado; eso es todo lo que usted pudo saber. Magnífico. ¿Acaso una mujer respetable puede contentarse sólo con, que el hombre escogido por ella fuera honrado, prescindiendo, de su, carácter? Hace falta un conocimiento de los caracteres y las relaciones más exacto, es

decir, hace falta una experiencia totalmente distinta. Ayer decidimos que, según su expresión, debían casarse únicamente las viudas. ¿Qué clase de viuda es usted?

Todo, esto lo decía Beaumont con cierto descontento; las últimas palabras sonaban claramente a irritación.

—Es cierto —dijo un tanto desalentada Katerina Vasilievna— pero yo no pude engañar.

—Y no lo sabría, porque no se puede fingir la experiencia, cuando no la tienes.

—Usted no deja de hablar sobre la insuficiencia de los medios que tenemos, las muchachas para hacer una elección razonada. En general es cierto. Pero existen casos excepcionales, cuando para una elección razonada no es necesaria tal experiencia. Si la muchacha no es tan joven, puede conocer ya bien su carácter. Por ejemplo, yo conozco mi carácter y veo que ya no cambiará. Tengo veintidós años. Sé lo que necesito para mi felicidad: vivir tranquilamente, que no me impidan vivir tranquilamente, nada más.

—Es verdad. Eso se ve.

—Y como si fuera difícil ver si hay o no hay para esto rasgos en el carácter dé uno u otro hombre. Eso se ve con unas cuantas charlas.

—Es verdad. Pero usted misma dijo que éste era un caso excepcional. Esta no es la regla.

—Por supuesto, no es la regla. Pero, m-r Beaumont, con las condiciones de nuestra vida, con nuestros conceptos y costumbres no se puede desear para la muchacha ese conocimiento de las relaciones cotidianas del que hablamos, sin el que, en la mayoría de los casos, la muchacha se arriesga a hacer una elección superficial. Su situación no tiene salida con las condiciones actuales. Con ellas, aunque entre en relaciones cualesquiera, eso tampoco casi en ningún caso puede darle experiencia; no se puede esperar de ello utilidad, y el peligro es enorme. La muchacha se puede en realidad humillar fácilmente, aprender un engaño feo. Es que ella tendría que engañar a los padres y a la sociedad, esconderse ante ellos; y de esto no están lejos los engaños que en efecto corrompen su carácter. Es muy posible también que empiece a considerar la vida con demasiada ligereza. Y si no ocurre esto, si permanece buena, entonces su corazón estará deshecho. Y mientras tanto, ella de todos modos no gana nada en cuanto a la experiencia cotidiana, porque estas relaciones, tan peligrosas para su carácter o tan atormentadoras para su corazón, son de todos modos, dramáticas, de días de fiesta, pero no cotidianas. Usted ve que de ninguna manera se puede aconsejar esto dada nuestra vida.

—Por supuesto, Katerina Vasilievna; pero precisamente por eso nuestra vida es mala.

—Está claro, en esto estamos de acuerdo. ¿Qué es esto? Prescindiendo ya de que esto es. Dios sabe qué, por lo que se refiere a los conceptos generales, ¿pero qué sentido tenía esto en unas relaciones personales? El hombre dice: «Dudo de que sea usted una buena mujer para mí.» Y la muchacha contesta: «No, por favor, hágame la

proposición.» ¡Un descaro asombroso! ¿O puede que no sea eso? A lo mejor el hombre dice: «No tengo por qué razonar si seré con usted feliz; pero sea prudente, incluso escogiéndome a mí. Usted escogió, pero yo le pido: piense, piense todavía. Es algo demasiado serio. Ni siquiera confíe en mí, aunque la quiero mucho, sin una reflexión muy atenta y rigurosa.» Y puede que la muchacha esté contestando: «Amigo mío, veo que usted no piensa en usted, sino en mí. Tiene usted razón, somos lamentables, nos engañan, nos llevan con los ojos vendados para que nos engañemos. Pero por mí no tema: *a mí usted* no me engaña. Mi felicidad está asegurada. Tal como está tranquilo por usted, así lo estoy yo por mí.»

—Me sorprende una cosa —seguía Beaumont al día siguiente (ellos otra vez paseaban, a través de las habitaciones, en una de las cuales estaba sentado Polozóv) me sorprende que con estas condiciones existan matrimonios felices.

—Lo dice con un tono como si le molestara que existan matrimonios felices —riéndose, contestaba Katerina Vasilievna—. Ella ahora, como se puede ver, se ríe a menudo, con una risa silenciosa, pera alegre.

—Y en efecto, puede suscitar estos pensamientos tristes. Si las muchachas tienen que juzgar con estos mínimos medios sobre sus necesidades y sobre los caracteres de los hombres y a pesar de todo con bastante frecuencia saben hacer una elección acertada, entonces esto muestra la inteligencia femenina como muy clara y sana. ¡Qué inteligencia tan perspicaz, fuerte y correcta dio a la mujer la naturaleza! Y esta inteligencia permanece sin utilidad para la sociedad; ésta la rechaza, la reprime, la asfixia. La historia de la humanidad avanzaría diez veces más rápidamente, si esta inteligencia no fuera rechazada y abatida, si actuara.

—Usted es un panegirista de las mujeres, m-r Beaumont; ¿no se puede esto explicar más sencillamente por la casualidad?

—¡Una casualidad! Cualquier caso se puede explicar mediante la casualidad; pero cuando los casos son numerosos, usted sabe que además de la casualidad que causa una parte de ellos, tiene que haber también alguna causa común por la que se produce la otra parte. Aquí no se puede suponer ninguna otra causa común además de mi explicación: la elección sana proveniente de la fuerza y la perspicacia de la inteligencia.

—Usted es decididamente mistress Bcecher Stow con respecto a la cuestión femenina, mr Beaumont. Ella demuestra que los negros son la raza más dotada, que son superiores a la raza blanca por lo que se refiere a las capacidades intelectuales.

—Usted bromea, pero yo no.

—¿Usted, tal vez, está enfadado conmigo, porque no venero a la mujer? Pero considere como mi disculpa al menos la dificultad de ponerme de rodillas ante mí misma. —Usted bromea, pero yo estoy molesto en serio. —¿Pero no será por mí? Yo no tengo ninguna culpa de que las mujeres y las muchachas no puedan hacer lo que es necesario según su opinión. Por lo demás, sí quiere, también yo le diré mi opinión seria, sólo que no será sobre la cuestión de la mujer, sino, propiamente, sobre usted,

mr Beaumont. Usted es un hombre de carácter muy reservado, sin embargo, se irrita cuando habla de esto. ¿Qué se deduce de allí? El hecho de que usted debió tener alguna relación personal con esta cuestión. Probablemente, usted sufrió por algún error en la elección que había hecho una muchacha, como usted dice, sin experiencia.

—Puede que sí, puede que algún otro cercano a mí. No obstante, piénselo, Katerina Vasilievna. Aquello se lo diré, cuando reciba de usted la respuesta. Dentro de tres días le pediré la respuesta.

—¿A la pregunta que no se ha hecho? ¿Acaso lo conozco a usted tan poco como para tener necesidad de pensarlo durante tres días? —Katerina Vasilievna se detuvo, puso su mano en la nuca de Beaumont, inclinó la cabeza de él hacia ella y lo besó en la frente.

Según todos los ejemplos, e incluso según la exigencia de la misma cortesía, Beaumont debería abrazarla y besarla ya en los labios; pero él no lo hizo, solamente le apretó la mano que bajaba de su cabeza.

—Bien, Katerina Vasilievna; pero de todos modos, piénselo.

Y otra vez empezaron a andar.

—¿Pero quién le dijo, Charlie, que no haya pensado en esto mucho más de tres días? —contestó ella, sin sol— tar su mano.

—Sí, desde luego, yo lo observé; pero aun así se lo diré ahora; eso ya es un secreto; vámonos a su habitación y nos sentaremos allí, para que él no nos oiga.

—El final de ése comienzo ocurrió, cuando pasaban al lado del viejo; el viejo vio que iban cogidos de la mano, lo que no había sucedido nunca antes, y él pensó: «Le pidió la mano, y ella le dio su palabra. Bien.»

—Dígame su secreto, Charlie; de aquí papá no oirá nada.

—Puede parecer ridículo, Katerina Vasilievna, que yo siga temiendo por usted; desde luego, no hay de qué temer. Pero usted entenderá por qué la advierto tanto; cuando le diga que conocí Un caso. Desde luego, usted verá que nosotros podemos vivir juntos. Pero ella me daba lástima. Sufrió tanto y tantos años estaba privada de la vida que necesitaba. Eso es lamentable. Lo vi con mis propios ojos. Da lo mismo dónde ocurrió, supongamos que en Nueva York, en Boston o en Filadelfia, usted sabe, da lo mismo; ella era una mujer muy buena y consideraba a su esposo como un hombre muy bueno. Estaban extraordinariamente unidos. Sin embargo, ella tuvo que sufrir mucho. Él estaba dispuesto a dar su cabeza para aumentar en lo más mínimo su felicidad. A pesar de todo ella no pudo ser feliz con él. Es bueno que terminara así. Usted no lo sabe, por eso no tengo todavía su respuesta.

—¿Podría oír de alguien esta historia?

—Puede.

—¿Puede que de ella misma?

—Puede.

—¿No te he dado todavía la respuesta?

—¿No la conoces?

—Si, la conozco —dijo Beaumont, y empezó la escena ordinaria, que debe ocurrir entre el novio y la novia, con los abrazos.

XIX

Al día siguiente, a las tres, Katerina Vasilievna vino a casa de Vera Pavlovna.

—Pasado mañana me caso, Vera Pavlovna —dijo ella, al entrar— y esta tarde le traeré a mi novio.

—¿Por supuesto a Beaumont, del que se volvió loca hace tanto tiempo?

—¿Yo? ¿Yo me volví loca? Cuando todo era tan tranquilo y sensato…

—Ya lo creo que usted habló con él tranquila y sensatamente; pero conmigo en absoluto fue así.

—¿De veras? Es curioso. Pero mire lo que es más curioso aún: él les quiere mucho, a ustedes dos, pero a usted, Vera Pavlovna, todavía mucho más que a Alexander Matveich.

—¿Qué hay aquí de furioso? Si usted le habló de mí sólo con la milésima parte de ese entusiasmó con el que me habló usted de él, entonces desde luego…

—¿Usted cree que él la conoce a través de mí? Esta es la cuestión; que no es a través de mí, sino por sí mismo; y mucho mejor que yo.

—¡Esa es una novedad! ¿Cómo es posible?

—¿Cómo? Enseguida se lo diré. Él, desde el primer día qué llegó a Petersburgo, deseaba muchísimo verla; pero le pareció que sería mejor aplazar la presentación hasta el momento en que viniera a verla no solo, sirio con su novia o esposa. Le pareció que a usted le resultaría más agradable verlo con ella que a él sólo. Usted ve que a nuestra boda se llegó, por su deseo de conocerla a usted.

—¡Casarse con usted para conocerme a mí!

—¡Conmigo! ¿Quién dijo que se iba a casar conmigo por usted? Oh, no, nosotros no nos casamos, por supuesto, por el amor hacia usted. ¿Pero sabíamos de la existencia del otro, que existíamos en el mundo, cuando vino a Petersburgo? ¿Y si no hubiera venido, cómo nos habríamos conocido? Pero a Petersburgo vino por usted. ¡Qué ridícula es usted!

—¿Él habla mejor el ruso que el inglés, dice usted? —dijo con emoción Vera Pavlovna.

—Habla el ruso como yo; y el inglés también como yo. —Amiga mía, Katienko, ¡cómo me alegro! —Vera Pavlovna abrazó a su huésped—. ¡Sasha, ven aquí! ¡Pronto, pronto!

—¿Qué, Verochka? Buenos días, Katerina Va…

No tuvo tiempo para terminar su nombre, la huésped lo estaba besando ya.

—Estamos de Pascua, Sasha; dile a Katienka: en verdad resucitó.

—¿Pero qués es esto?

—Siéntate, ella lo contará, yo misma todavía no sé nada con precisión. ¡Basta, ya os besasteis bastante, y en mi presencia! Habla, Katienka.

XX

Por la tarde, por supuesto, había más alboroto todavía. Pero cuando se restableció el orden, Beaumont contando su vida a petición de sus nuevos conocidos, empezó directamente por su llegada a los Estados Unidos. «En cuanto que llegué —decía él —, me preocupé por obtener cuanto antes la nacionalidad. Para eso hacía falta encontrar a alguien; ¿a quién? Por supuesto, a los abolicionistas. Escribí varios artículos en "Tribune" sobre la influencia de la servidumbre en todo el régimen social de Rusia. Este era un buen argumento de los abolicionistas contra la esclavitud en los estados sureños, y me hice ciudadano de Massachusetts. Pronto, después de la llegada, obtuve también a través de ellos el puesto en la oficina de una de las pocas grandes casas comerciales de su partido en Nueva York.» Luego venía esa misma historia que ya conocedlos. Eso significa, al menos, que esta parte de la Biografía de Beaumont está fuera de dudas.

XXI

Esa misma tarde se pusieron de acuerdo: hay que buscar para las dos familias pisos que estuvieran uno al lado del otro. En espera de esto, mientras se buscaran y arreglaran unos pisos cómodos, los Beaumont vivían en la fábrica, donde, según la disposición de la firma, se había preparado un piso para el gerente. Este alejamiento fuera de la ciudad se podía considerar como correspondiente al viaje que realizan los jóvenes según la hermosa costumbre inglesa, que se está extendiendo ahora por toda Europa.

Cuando al cabo de un mes y medio se encontraron dos pisos cómodos, uno al lado del otro y los Kirsanov se instalaron en uño y los Beaumont en el otro, el viejo Polozov prefirió quedarse en la casa de la fábrica, cuyo espacio le recordaba, aunque en un grado pequeño, su anterior grandeza. Le resultó agradable quedarse allí también, porque allí era la persona más respetada en un radie de tres o cuatro verstas. Eran infinitas las muestras del respeto que gozaba entre los intendentes suyos y de los alrededores, entre los trabajadores y demás vecindad suburbana, menos alta en cuanto a la posición en la sociedad que aquella un poco más alta de los intendentes de las fábricas; y casi es imposible medir la satisfacción con la que recibía patriarcalmente estas muestras de reconocimiento general hacia él como hacia la primera personalidad de aquel contorno. Su yerno venía a la fábrica casi todos los días por la mañana, casi todos los días venía con el marido su hija. En verano se trasladaban (y siguen trasladándose) del todo a la fábrica, que hacía las veces de casa de campo. Y en lo que queda del año, el viejo, además de recibir por las mañanas a la hija y al yerno (que permanece siendo un norteamericano), todas las semanas e incluso más a menudo tiene el placer de recibir a los huéspedes que vienen por las tardes con Katerina Vasilievna y su marido; a veces son solamente los Kirsanov con algunos jóvenes, otras veces es un grupo más numeroso. La fábrica sirve como objetivo habitual de los frecuentes paseos por las afueras de la ciudad del círculo de los Kirsanev y de los Beaumont. Polozov está muy contento con cada irrupción así de los huéspedes; y cómo no, si le corresponde el papel de anfitrión dotado de la honorabilidad patriarcal.

XXII

Cada una de las familias vive a su manera, tal como le gusta más a cada una. En los días ordinarios hay más ruido en una mitad, en la otra hay más silencio. Se ven, como si fueran familiares, en un solo, día hasta diez veces, pero cada vez para uno o dos minutos; otras veces casi todo él día una de las mitades está vacía; su población está en la otra mitad. Eso es según las ocasiones. Y cuando hay reuniones de invitados, otra vez también según la ocasión; a veces las puertas entre los pisos están cerradas, porque las puertas que unen el salón de uno con el recibidor del otro están por lo general cerradas. Constantemente abierta está solamente la puerta entre la habitación de Vera Pavlovna y Katerina Vasilievna; así que a veces las puertas que unen los recibidores, permanecen cerradas; eso sucede cuando la compañía no es grande. Y cuando la velada está muy concurrida, esas puertas se abren, y entonces ya los huéspedes no saben en qué casa están de visita: si en casa de Vera Pavlovna o de Katerina Vasilievna; hasta las anfitrionas lo distinguen mal. Quizá se pueda hacer la siguiente distinción: la juventud, cuando está sentada, está más bien en la mitad de Katerina Vasilievna; cuando no está sentada, está más bien en la mitad de Vera Pavlovna. Pero a los jóvenes no se los puede considerar huéspedes, son gente de la casa, y Vera Pavlovna los echa sin ceremonias a la mitad de Katerina Vasilievna: «A mí me cansaron ustedes, señores; váyanse a ver a Katienka, ella nunca se cansa de ustedes. ¿Y por qué con ella están más tranquilos que conmigo? Parece que es porque soy mayor.» «No se preocupe, la queremos más a ella que a usted.» «¿Katiénka, por qué te quieren más que a mí?». “Yo les riño menos que tú.” «Sí. Katerina Vasilievna se porta con nosotros como con gente seria, y nosotros mismos somos serios con ella.» No era malo el efecto de la ocurrencia que se repetía con bastante frecuencia el pasado invierno en el círculo íntimo; donde se reunían solamente los jóvenes y los amigos más cercanos: los dos pianos de las dos mitades se colocaban juntos; los jóvenes se sorteaban y se dividían en dos coros, obligaban a sus protectoras a sentarse cada una a su piano, una frente a la otra, mirándose a la cara; cada coro se colocaba detrás de su primadonna y al mismo tiempo cantaban: Vera Pavlovna con su coro «La donna é mobile», y Katerina Vasilievna con su coro «Hace tiempo me rechazaste», o Vera Pavlovna con su coro alguna Canción de Lisette de Béranger y Katerina Vasilievna con su coro «Canción e Ietemushka». En este invierno se ha puesto de moda otra cosa: las antiguas primadennas conjuntamente transformaron a su modo «La disputa de dos filósofos griegos sobre lo bello»; empieza así: Katerina Vasilievna elevando los ojos al cielo y suspirando con languidez, dice: «¡Divino Schiller, embriaguez de mi alma!»; Vera Pavlovna replica con dignidad: «Pero los zapatos de prunelle de la tienda de Korolév son también hermosos» —y levanta hacia adelante el pie—. Aquél de los jóvenes que empieza a reírse durante esta competición, se pone en el rincón; al final de la competición, de diez o doce personas, quedan solamente dos o tres que no escuchan desde los rincones. Pero el entusiasmo desmesurado se

produce, cuando traen con engaño ante la escena a Beaumont y Io llevan al rincón.

¿Qué más? Los talleres siguen conviviendo y existiendo ya son tres. Katerina Vasilievna hace tiempo creó el suyo; ahora sustituye mucho a Vera Pavlovna en su taller, y pronto tendrá que sustituirla del todo, porque este año Vera Pavlovna —perdóneselo, realmente se presentará al examen para ser médico, y entonces va de ninguna manera podrá ocuparse del taller. «Es una lástima que no haya posibilidad de que se desarrollen estos talleres: ¡cómo se desarrollarían!» —dice a veces Vera Pavlovna—. Katerina Vasilievna no responde nada, sólo que en sus ojos brilla una expresión maligna. «Qué apasionada eres, Katia; eres peor que yo —dice Vera Pav lovna—. Menos mal que tu padre a pesar de todo tiene algo; eso es muy bueno.» «Sí, Verochka, es bueno; estoy así más tranquila por mi hijo» (por consiguiente, tiene un hijo). «A propósito, Katia, me hiciste pensar en no sé qué. Vivimos silenciosa y tranquilamente.» Katerina Vasilievna calla. «Sí, Katia, di pues para mí: sí…» Katerina Vasilievna se ríe. «Eso no depende de mi "sí” o ”no”; por eso para tu satisfacción te diré: sí, vivimos tranquilamente.»

Y en efecto todos ellos viven tranquilamente. Viven en armonía y en amistad, en silencio y ruidosamente, alegre y activamente. Pero esto todavía no quiere decir que mi relato sobre ellos haya terminado, no. Los cuatro son todavía personas jóvenes, trabajadoras; y si su vida se estableció en armonía y en amistad, bien y sólidamente, no por eso dejó de ser de ninguna manera interesante, ni mucho menos. Y todavía se contar de ellos muchas cosas y les aseguro que la continuación de mi historia sobre ellos será mucho más interesante que lo que he contado sobre ellos hasta ahora.

XXIII

Viven alegre y amistosamente, trabajan y descansan, y disfrutan de la vida, y miran el futuro si no sin preocupaciones, al menos con una seguridad firme y totalmente fundamentada de que cuanto más adelante, tanto mejor les iría. Así transcurría para ellos el tiempo hace dos años y hace un año, así transcurre para ellos este mismo año, y el invierno de este año ya casi ha pasado, la nieve ha empezado a derretirse, y Vera Pavlovna preguntaba:

«¿Habrá todavía por lo menos un día frío para organizar al menos una vez más el picnic invernal?» Pero nadie pudo contestar a su pregunta. Pasaba día tras día, siempre con deshielo, y con cada día disminuía la probabilidad de hacer un picnic invernal. ¡Pero por fin! Cuando se había perdido ya la esperanza, cayó una nevada totalmente invernal, y no con deshielo, sino con una helada estupenda, ligera; el cielo era claro, la tarde sería magnífica. ¡Picnic! ¡Picnic! Todo es de repente, para reunir a los demás no queda tiempo, un picnic pequeño, sin invitaciones.

Por la tarde se pusieron en marcha dos trineos. Un trineo iba con charlas y bromas. Pero el otro trineo, ese ya es un desorden total: en cuanto que salió de la ciudad, los que iban en él se pusieron a cantar; ¡y qué cantaban!

……………………………………………
Salía una joven
por la puerta nueva,
por la puerta de arce, la nueva,
por la puerta enrejada:
—Mi propio padre es severo,
implacable conmigo:
no me permite divertirme basta la noche,
jugar con un joven soltero.
Yo no obedeceré a mi padre,
alegraré al joven
……………………………………………

¿Qué se puede decir? ¡Vaya una canción que encontraron! Pero eso no es todo. A ratos van despacio, se quedan atrás un cuarto de versta y de pronto se ponen a galopar, adelantan con voces y gritos al otro trineo alegre, pero tranquilo, y cuando lo adelantan, le tiran bolas de nieve. El trineo tranquilo después de dos ofensas de este tipo decidió defenderse. Dejaron pasar adelante el trineo alborotador, ellos mismos cogieron puñados de nieve fresca, la cogieron con cuidado, de modo que el trineo alborotador no se diera cuenta. Ahora el trineo, alborotador volvió a ir despacio, se quedó atrás, pero el trineo tranquilo va con perfidia, no dieron a conocer, cuando los

adelantaban, que se habían procurado armas; y el trineo alborotador de nuevo se lanza hacia ellos con clamor y griterío, el trineo tranquilo se preparó para mostrar una resistencia formidable mediante la sorpresa; ¿pero qué es esto? El trineo alborotador tuerce a la derecha, a través de la cuneta —no le importa nada— pasan al lado a una distancia de cinco sázhehs. «Sí, ella se dio cuenta, ella misma cogió las riendas, está de pie y maneja a los caballos» —dice el trineo tranquilo—. «No, no; ¡los alcanzaremos! ¡Nos vengaremos!» Una carrera desesperada. ¿Los alcanzarán o no los alcanzarán? «¡Los alcanzaremos!» —con entusiasmo dice el trineo tranquilo—, «no» —con desesperación dicen aquellos—, «los alcanzaremos» —con nuevo entusiasmo. «¡Nos alcanzará!» —con nuevo entusiasmo. «¡Nos alcanzarán!» —con desesperación dice el trineo alborotador—, «¡no nos alcanzarán!» —dicen con entusiasmo. «¿Los alcanzarán o no los alcanzarán?

En el trineo tranquilo iban los Kirsanov y los Beaumont, en el alborotador iban cuatro jóvenes y una dama, y de ésta provenía todo el alboroto del trineo alborotador.

—Bienvenidos, mesdames y messieurs, nos alegramos mucho de volver a verlos —dice ella desde la plazoleta de la entrada de la fábrica. Señores, ayuden a las damas a salir del trineo —añade ella, dirigiéndose a sus acompañantes.

¡Rápido, rápido adentro! ¡El frío los puso colorados a todos!

—¡Buenas tardes, viejecito! ¡Pero si no es todavía en absoluto viejo! ¿Katerina Vasilievna, por qué me habló usted de él como de un viejo? Él me cortejará todavía. ¿Lo hará, viejecito querido? —dice la dama del trineo alborotador.

—Sí —dice Polozov, cautivado ya, porque ella le ha acariciado amablemente Sus patillas grises.

—¿Chicos, le permiten que me corteje?

—Sí, dice uno de los jóvenes.

—¡No, no! —dicen los otros tres.

¿Pero por qué está esta dama toda de negro? ¿Es luto o capricho?

—Con todo estoy cansada —dice ella y se echa en el diván turco que esta a lo largo de toda una pared del salón. ¡Chicos, más cojines! ¡No para mí sola! Las otras damas, creo, también están cansadas.

—Sí, a nosotras nos extenuó usted también —dice Katerina Vasilievna.

—Cómo me destrozaron las sacudidas por los baches, mente una versta —dice Katerina Vasilievna.

—Menos mal que para llegar a la fábrica quedaba solamente una versta —dice Katerina Vasilievna.

Ambas se dejan caer fatigadas en el diván entre los cojines.

—¡No se dieron cuenta ustedes! Ustedes seguramente no habían ido con frecuencia a galope. Debieron ponerse de pie, entonces los baches no son nada.

—Incluso nosotros estamos bastante cansados —dice por Beaumont y por sí mismo Kirsanov. Se sientan al lado de sus mujeres, Kirsanov abrazó a Vera Pavlovna; Beaumont cogió la mano de Katerina Vasilievna. Una imagen idílica. Es agradable

ver matrimonios felices. Pero por el rostro de la dama con luto pasó una sombra, por un instante, de modo que no lo advirtió nadie, excepto uno de los jóvenes acompañantes. Este se fue hacia la ventana y se puso a examinar los arabescos que había trazado la helada sobre los cristales.

—Mesdames, sus historias son muy curiosas, pero yo no he oído nada con precisión, sé solamente que son conmovedoras y divertidas, y que acaban felizmente, me gusta eso. ¿Y dónde está el viejecito?

—Hace de anfitrión; está preparando la cena; eso le interesa siempre —dijo Katerina Vasilievna.

—Pues, que se quede con Dios en ese caso. Cuente, por favor. Pero brevemente; me gusta cuando cuentan brevemente.

—Contaré muy brevemente —dijo Vera Pavlovna—. Se empieza por mí; cuando el tumo llegue a otros, que cuenten: Pero les prevengo que al final de mi historia hay un secreto.

—Entonces, pues, expulsaremos a esos señores. ¿O no expulsarlos todavía?

—No, ahora pueden escuchar.

Vera Palovna empezó su historia.

…………………………………………

—¡Ja, ja, ja! ¡Esta simpática de Julie! ¡La quiero mucho! ¡Se echa de rodillas, regaña, se porta sin educación alguna! ¡Simpática!

…………………………………………

—¡Bravo, Vera Pavlovna! «¡Me tiraré por la ventana!» ¡Bravo, señores! La dama con luto dio unas palmadas. Después de ésta orden la juventud aplaudió clamorosamente y gritó «bravo» y «hurra».

…………………………………………

—¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? —dijo con susto Katerina Vasilievna al cabo de dos o tres minutos.

—No, nada, no es nada; deme un poco de agua, no se preocupen. Mosolov la trae ya. Gracias, Mosolov —cogió el agua que había traído aquel de sus jóvenes acompañantes que antes se había ido hacia la ventana—, ustedes ven cómo lo amaestré, sabe todo con antelación. Ahora ya pasó por completo. Siga, por favor; escucho.

—No, estoy cansada —dijo al cabo de cinco minutos, levantándose tranquilamente del diván. Necesito des— cansar, dormir una hora u hora y media. Miren, me voy sin ceremonias. Vamos, Mosolov, a buscar al viejecito, él nos acostará.

—Permítame, ¿por qué no puedo ocuparme de esto yo? —dijo Katerina Vasilievna.

—¿Vale la pena molestarse?

—¿Usted nos abandona? —dijo uno de los jóvenes, adoptando una pose trágica. Si lo hubiéramos previsto, habríamos traído dagas. Ahora no tenemos con qué

atravesarnos.

—Traerán la cena, nos atravesaremos con los tenedores —dijo con el entusiasmo de una salvación inesperada otro.

—Oh, no, no quiero que sucumba antes de tiempo la esperanza de la patria —con la misma solemnidad dijo la dama de luto. Consuélense, hijos míos. ¡Mosolov, un cojín pequeño sobre la mesa!

Mosolov coloca el cojín sobre la mesa. La dama de luto se puso junto a la mesa con una pose soberbia y lentamente bajó la mano sobre el cojín.

Los jóvenes acercaron los labios a su mano.

Katerina Vasilievna se fue a acostar a la huésped cansada.

—¡La pobre! —dijeron unánimemente los tres que habían ido en el trineo tranquilo, cuando ellas se alejaron: —¡Es magnífica! —dijeron los tres jóvenes.

—¡Claro! —dijo con presunción Mosolov.

—¿La conoces desde hace mucho tiempo?

—Desde hace tres años.

—¿Y a él lo conoces bien?

—Bien. No se preocupen, por favor —añadió dirigiéndose a los que habían ido en el trineo tranquilo—; es sólo porque está cansada.

Vera Pavlovna intercambió una mirada vacilante con su marido y Beaumont y movió la cabeza.

—¡No me diga que está cansada! —dijo Kirsanov.

—Se lo aseguro. Está cansada, nada más. Dormirá y se le pasará todo —repitió Mosolov con un tono indifereri— te y tranquilizador.

Al cabo de diez minutos volvió Katerina Vasilievna.

—¿Qué? —preguntaron seis voces. Mosolov no preguntaba.

—Se acostó y ya estaba durmiéndose, ahora, seguramente está dormida ya.

—Yo se lo dije —dijo Mosolov—. Tonterías.

—¡De todos modos, es una pobrecita! —dijo Katerina Vasilievna. Nos quedaremos con ella por separado. Yo contigo, Verochka, y Charlie con Sasha. —Pero eso de todos modos no debe incomodarlos —dijo Mosolov—. Podemos cantar, bailar, gritar; ella duerme muy profundamente.

¿Duerme? ¿Son tonterías? ¿Qué es en realidad? La impresión perturbadora que había producido durante un cuarto de hora la dama de luto, desapareció, se olvidó; no del todo, pero casi. La velada sin ella se iba enderezando lentamente, se iba pareciendo a todas las veladas anteriores de esta clase y se enderezó totalmente; transcurriría con alegría.

Con alegría, pero no del todo. Al menos, las damas se miraron entre sí cinco o seis veces con una grave preocupación. Dos veces Vera Pavlovna susurró furtivamente a su esposo: ¿Sasha, y si me ocurre a mí? Kirsanov la primera vez no supo qué contestar; la segunda encontró la respuesta: «No, Verochka, a ti esta no puede ocurrirte.» «¿No puede? ¿Estás seguro?» «Sí». También Katerina Vasilievna

dos veces susurró furtivamente a su esposo: «¿A mí no me puede pasar esto, Charlie?» La primera vez Beaumont sonrió meramente, no era una sonrisa alegre ni tranquilizadora; la segunda vez también encontró la respuesta: «Con toda seguridad, no puede ocurrirte, con toda seguridad.»

Pero éstos eran solamente unos, ecos fugaces, y solamente al principio. En general, la tarde transcurría alegremente, al cabo de media hora ya alegremente del todo. Charlaban, jugaban, cantaban. Ella duerme profundamente, asegura Mosolov y da ejemplo. Y en efecto, no se la puede molestar: la habitación en la que se había acostado está muy alejada del salón, separada de éste por otras tres habitaciones, el pasillo, la escalera y otra habitación más está exactamente en la otra mitad del piso.

Así la velada se enderezó por completo. Los jóvenes, como de ordinario, se unían a los demás o se separaban, o bien todos, o bien una parte de ellos; dos veces se separó con ellos Beaumont; dos veces separó Vera Pavlovna a los jóvenes de Beaumont y de una conversión seria.

Charlaban mucho, muchísimo; y razonaban entre todos, pero no mucho.

Estaban sentados todos juntos.

—¿Y qué, sin embargo, se deduce de ello? ¿Bueno o malo? —preguntó aquel de los jóvenes que había adoptado la pose trágica.

—Más bien malo que bueno —dijo VeraPavlovna.

—¿Por qué, Verochka? —dijo Katerina Vasilievna.

—En todo caso, sin eso no se puede vivir —dijo Beaumont.

—Es algo inevitable —confirmó Kirsanov.

—Estupendamente malo, por consiguiente, estupendo —lo solucionó el que había preguntado.

Los tres compañeros suyos asintieron con la cabeza y dijeron: «Bravo, Nikitin.»

Los jóvenes estaban sentados a un lado.

—Yo no lo conocía, Nikitin; pero tú, por lo visto, llegaste a conocerlo, ¿no? —preguntó Mosolov.

—Yo era entonces un muchacho. Lo vi.

—¿Y qué te parece ahora, según los recuerdos? ¿Dicen la verdad? ¿No lo adornan por la amistad?

—¿Y después de eso no volvieron a verlo?

—No. A propósito, Beaumont estaba entonces en América.[11]

—¡Es verdad! Karl Iakovlich, por favor, un minuto. ¿No había visto usted en América a ese ruso del que ellos hablaban?

—Ya debería regresar.

—Qué fantasía se me ocurrió —dijo Nikitin—; sería una pareja para ella.

—Señores, venga alguien a cantar conmigo —dijo Vera Pavlovna—. ¿Incluso dos dispuestos? Tanto mejor.

—Se quedaron Mosolov y Nikitin.

—Puedo enseñarte una cosa interesante, Nikitin —dijo Mosolov—. ¿Qué crees,

duerme ella?

—Pero no se lo digas a nadie. A ella se lo puedes decir, cuando la conozcas mejor. A nadie más. A ella no le gusta.

Las ventanas de la casa eran bajas.

—Por supuesto, ¿será la ventana donde hay luz? —Mosolov miró—. Es ésta. ¿La ves?

La dama de luto estaba sentada en un sillón que había acercado a la mesa. Se apoyaba sobre la mesa con el codo de la mano izquierda, con la mano sostenía la cabeza un poco inclinada tapándose la sien y parte del cabello. La mano derecha yacía sobre la mesa y sus dedos se levantaban y bajaban maquinalmente, como si teclearan algún motivo. El rostro de la dama tenía una expresión inmóvil, pensativa, triste, pero más bien dura. Las cejas se fruncían ligeramente y se separaban, se fruncían y se separaban.

—¿Así está todo el tiempo, Mosolov?

—Como ves. Pero vamos o nos resfriaremos. Ya llevamos aquí un cuarto de hora.

—¡Qué insensible eres! —dijo Nikitin, mirando con insistencia, los ojos de su compañero, cuando pasan jun— to al farol a través de la antesala.

—Te dejaste llevar por el sentimiento, hombre. Para ti es la primera vez.

Sirvieron la cena.

—El vodka tiene que estar estupendo —dijo Nikitin—. ¡Pero qué fuerte! ¡Corta la respiración! ¡Eres como una muchacha! ¡Hasta los ojos se te pusieron colorados! —dijo Mosolov.

Todos empezaron a burlarse de Nikitin. «Eso es sólo porque me atraganté, pero puedo beber» —se justificaba él. Empezaron a averiguar qué hora era. Todavía solamente las once; se puede charlar todavía una media hora, tenemos tiempo.

Al cabo de inedia hora, Katerina Vasilievna se fue a despertar a la dama de luto. La dama la recibió en la puerta, desperezándose después del sueño.

—¿Ha dormido usted bien?

—Estupendamente.

—¿Y cómo se siente usted?

—Maravillosamente. Ya le dije que era una tontería, me cansé porque había hecho muchos disparates. Ahora estaré más seria.

Pero no, no logró portarse seriamente. Al cabo de cinco minutos estaba ya cautivando a Polozov, dirigía a los jóvenes, aporreaba una marcha o algo por el estilo con dos tenedores en la mesa. Se apresuraba a salir, pero los demás, que se habían puesto ya del todo alegres a causa de su renovado alboroto, no tenían prisa.

—¿Están preparados los caballos? —preguntó ella, levantándose de la mesa.

—No, todavía no, sólo mandaron enganchar.

—¡Pesados! Pero si es así, Vera Pavlovna, cánteme algo. Me dijeron que tenía usted una bonita voz.

—Le pediré a menudo que cante —dijo la dama de luto.

—¡Ahora usted, ahora usted! —insistieron todos.

Pero no les dio tiempo para insistir, ya que ella estaba sentada ya al piano…

—Como quieran, sólo que yo no sé cantar, pero eso no es para mí ningún obstáculo; ¡para mí nada es un obstáculo! Pero, mesdames y messieurs, en absoluto canto para Ustedes, canto solamente para los niños. ¡Hijos míos, no os riáis de vuestra medre! —ella misma tomaba los acordes, escogiendo el acompañamiento. Hijos, no vayáis a reíros, porque cantaré con sentimiento—. Y procurando escoger las notas más chillonas posible, se puso a cantar:

Se queja una paloma…

Los jóvenes estallaron de risa ante este canto inesperado y los demás se rieron, ni siquiera la misma cantante se contuvo ante un estallido de risa; pero, después de reprimirlo, con un tono más chillón proseguía:

…gris
Se queja de día, de noche:
su amigo queri…[12]

Pero en ésta palabra su voz tembló de verdad y se interrumpió. «No me sale, y es estupendo que no salga, eso no debe salir, saldrá otra cosa mejor; escuchad, hijos míos, el consejo de la madre: no os enamoréis y sabed que no debéis casaros.» Contralto lleno y fuerte:

Hay muchas bellezas en nuestras, aldeas caucasianas,
las estrellas brillan en la sombra de sus ojos;
¡es envidiable amarlas dulcemente!
Pero…

este «pero» es tonto, hijos.

Pero más alegre es la libertad juvenil.

La objeción no está en esto; esta objeción es tonta. Pero vosotros sabéis por qué:

¡No te cases, joven!
¡Escúchame![13]

Lo que sigue, hijos, es una tontería; por lo demás, esto también es una tontería. Es

posible, hijos, enamorarse es posible casarse, sólo que escogiendo bien y sin engaño, sin engaño, hijos; Yo os contaré sobre mí, cómo me casé, el romance es antiguo, pero yo soy también una vieja. Estoy sentada en el balcón, en nuestro castillo Dalton, soy escocesa, blanca, rubia; al lado está et bosque y el río Bringal. Al balcón, por supuesto, viene secretamente mi novio; es pobre, yo rica, hija de un barón lord; pero lo quiero mucho y le canto:

La orilla abrupta y hermosa del Bringal,
el bosque verde alrededor;
allí está el cobijo diario mío y de mi amigo,

porque yo sé que durante el día se esconde y todos los días cambia su cobijo,

más querido que la casa paterna, por lo demás, la casa paterna en efecto no era demasiado agradable. Así le canto: me iré contigo. ¿Cómo piensan que me contesta?

Doncella, tú quieres ser mía,
olvidar tu familia y tu dignidad,

porque, claro, yo soy una aristócrata.

—Pero primero adivina,
qué suerte es la mía.

«¿Eres cazador?» —digo yo. «No». «¿Un cazador furtivo?» «Casi lo adivinaste» —dice él.

Cuando nos reunimos, los hijos de la oscuridad, porque nosotros, hijos, y ustedes, mesdame y messieurs, somos gente muy mala,

entonces, créeme, tenemos que
olvidar quiénes habíamos sido,
olvidar quiénes somos ahora.

—canta él. «Lo adiviné hace tiempo —digo yo. Eres un bandolero»; y qué, es cierto, es un bandolero. ¿Sí? Es un bandolero. ¿Qué contesta él, señores? «Ves, dice; soy un mal novio para ti»:

Oh, doncella, soy un mal amigo;
el habitante de los bosques tupidos,

es completamente cierto, de los bosques tupidos. Por eso, dice, no vengas conmigo,

será peligrosa tu vida, porque en los bosques tupidos hay fieras,

será triste tu final,

Eso no es cierto, hijos, no será triste, pero entonces lo pensé, él lo pensó también. Yo de todos modos contesto lo mío:

La orilla abrupta y hermosa del Bringal,
el bosque verde alrededor;
allí está el cobijo diario mío y de mi amigo,
más querido que la casa paterna.[14]

En efecto, así fue. Eso significa que no se me puede tener lástima; él me dijo lo que me esperaba. *Así* es posible casarse y amar, hijos, sin engaño; y tenéis que saber escoger.

Se alza la luna
silenciosa y tranquila,
y el joven soldado va al combate.
Carga su fusil el dzhiguit;
y la doncella le dice:
«Querido mío, con valor entrégate al destino»[15],

es posible enamorarse de gente así, es posible casarse con ellos.

(«¡Olvida lo que te había dicho, Sasha, escúchala a ella!», —susurra una y le aprieta la mano. «¿Por qué no te decía esto? Ahora te lo diré» —susurra la otra.)

—Permito amar a gente así y os bendigo, hijos:

¡Querido mío, con valor
entrégate al destino!

Me puse totalmente alegre con ustedes; y donde está la alegría, allí hay que beber.

Ea, shinkárochka[16] mía,
échame miel y vino,

Miel sólo porque no puedes quitar las palabras de la canción; ¿queda champán? ¿Sí? ¡Estupendo! Abran las botellas.

Ea, shinkárochka mía,
échame miel y vino,
para que mi cabecita
esté alegre.

¿Quién es la shinkárochka? Yo soy la shinkárochka:

¡Y la shinkárochka tiene cejas negras,
tacones con bordes de metal!

Se levantó de un salto, se pasó la mano por las cejas y taconeó.

—¡Ya terminé de echar el champán! ¡Mesdames y messieurs, viejecito, hijos, tomen para que las cabecitas estén alegres!

—¡Por la shinkárochka! ¡Por la shinkárochka!

—¡Gracias! Bebo a mi salud —y ya estaba de nuevo al piano y cantaba:

¡El dolor se disipará, convirtiéndose en polvo! Y se disipará.

Y en los corazones limpios
se asentará la alegría sin fin[17]

así será, es evidente:

Un miedo negro huye como una sombra
de los rayos que trae el día;
la luz, el calor y el aroma
ahuyentan rápidamente la oscuridad y el frío;
el olor de la podredumbre se hace cada vez más débil.
el olor de la rosa cada vez más fuerte…[18]

CAPÍTULO SEXTO
CAMBIO DE DECORACIÓN

—¡A Passazh! —dijo la dama de luto, sólo que ahora ya no llevaba luto, sino un vestido de color rosa claro, un sombrero rosa, una mantilla blanca y en la mano sostenía un ramo de flores. No iba sola con Mosolov; Mosolov y Nikitin estaban sentados en el banquillo delantero del coche, en el pescante se erguía todavía un tercer muchacho; y al lado de la dama estaba sentado un hombre de unos treinta años. ¿Qué edad tenía la dama? ¿De veras tenía los veinticinco, como decía ella, y no veinte? Pero si se añade años, es cuestión de su conciencia.

—Sí, querido mío, durante dos años esperé este día, más de dos años; cuando conocí a ése (enseñó con los ojos a Nikitin), lo presentía solamente, pero no se puede decir que esperara. Entonces existía solamente la esperanza, pero pronto apareció también la certeza.

—¡Permítame, permítame! —dice el lector, y no es solamente el lector perspicaz, sino cualquier lector que se desconcierta al pensar: ¿Hace más de dos años desde que conoció a Nikitin?

—Así es —contesto yo.

—¿Pero no conoció ella a Nikitin entonces, cuando estuvo con los Kirsanov y los Beaumont en ese picnic que organizaron al final de este invierno?

—Completamente cierto —contesto yo.

—¿Entonces qué significa esto? ¿Usted empieza a contar sobre lo sucedido el año 1865?

—Así es.

—¡Pero cómo es posible, por favor!

—¿Por qué no, si lo sé?

—¡Ya está bien! ¿Quién lo escuchará a usted?

—¿De veras no quiere escuchar?

—¿Por quién me toma? Claro que no.

—Si ahora no le apetece escuchar, yo, claro, tengo que aplazar la continuación de mi narración hasta el momento en que a usted le apetezca escucharla. Espero que ese momento llegue pronto.

4 de Abril de 1863

APÉNDICE[19]

Referente a la pág. 429

Al cabo de un año el nuevo taller se organizó por completo, se estableció, se puso en orden. Ambos talleres estaban estrechamente relacionados entre sí, se pasaban los encargos; uno ejecutaba la parte del trabajo del otro, cuando éste, estaba agobiado de encargos; entre ellos había una cuenta corriente permanente. La cuantía de sus medios ya era tan considerable que, si se unieran más todavía, podrían abrir una tienda en la avenida Nevski. Esto de nuevo costó bastante trabajo a Vera Pavlovna y a Mertsalova. Aunque las relaciones entre las muchachas de las dos compañías eran estrechas, aunque todas se conocían entre sí, aunque a menudo una compañía recibía en su casa la visita de la otra, aunque se reunían a menudo para las excursiones fuera de la ciudad durante el verano, la idea de unir las cuentas de des empresas diferentes era una idea nueva, que había que ir explicando durante mucho tiempo. Sin embargo, la ventaja de tener su propia tienda en la avenida Nevski era evidente y después de varios meses de trabajo en la fusión de las dos empresas en una, Vera Pavlovna y Mertsalova lo lograron. En la avenida Nevski apareció un nuevo letrero: «Au bon travail. Magasin des Nouveautés.»

Con la apertura de la tienda en la avenida Nevski el negocio se empezó a hacer con bastante evidencia aún más ventajoso que antes. La tienda se estaba poniendo de moda —no precisamente en las altas esferas, allí no se llegaba—, pero sí en las esferas bastante ricas, es decir, en aquellas que dan unos encargos ventajosos.

AI cabo de dos o tres meses empezaron a notar en la tienda a unos visitantes que se distinguían por una curiosidad un tanto embarazosa. Esto, por lo visto, los desconcertaba a ellos mismos. Al parecer, no acompañaba el pensamiento que acompaña a una curiosidad ordinaria en las personas curiosas: «Si me intereso por alguna cosa que te interesa a ti entonces, seguramente, tú me miras con simpatía y tratarás, como puedas, de explicármela.» No, parecía que era otra idea: «Desde luego, tú me miras de reojo y tratas de disimular, pero a mí no me engañarás.» Había dos o tres visitantes de este tipo y venían siempre tres o cuatro veces. Con su «curiosidad» pasó todavía aproximadamente mes y medio. Y al cabo de mes y medio vino a ver a Kirsanov un colega suyo en medicina, en parte conocido, pero más bien desconocido. Y después de una conversación, variada sobre varios casos médicos, sobre todo después de que el huésped contara los asombrosos éxitos de ese método de practicar la medicina que él entonces utilizaba y que consistía en ordenar que no dieran al enfermo durante varios días nada de beber, porque, como decía, «todas las enfermedades consisten en caquexia, y los jugos se separan constantemente del organismo, por lo tanto, si no se proporciona una nueva fuente para éstas

separaciones, los jugos malos se agotan inevitablemente y gracias a eso la enfermedad pasará[20]», dijo que, entre otras cosas, tenía que comunicar a Kirsanov una invitación: un individuo ilustrado que había oído hablar mucho sobre Kirsanov, deseaba conocerlo. Kirsanov dijo que iría a ver al individuo ilustrado al día siguiente.

El individuo ilustrado —al que habría que llamar el hombre ilustrado, aunque no tenía mujer—, el hombre ilustrado era realmente un hombre ilustrado, porque entonces, en los años 1858-1859 la época era ya muy ilustrada. Existían todavía algunos individuos no ilustra— dos, y esos eran ya una gran rareza; Pero esta rareza se encontraba entonces solamente entre seres, a los que no se podía denominar con exactitud hombres, aunque incluso tuvieran mujeres, sino entre los hombres propiamente dichos, es decir, entre los hombres que son hombres propiamente por sí mismos —hombres, porque son hombres, no porque tuvieran mujeres—, entre estos hombres no había no ilustrados; todo los hombres eran entonces ilustrados.

Así que el hombre ilustrado recibió a Kirsanov tal como, desde luego, Un hombre ilustrado tenía la obligación de recibir a huéspedes a los que había deseado conocer él mismo, muy amablemente: le ofreció el asiento, él mismo movió un poco la silla, le ofreció un puro y dijo unas cuantas palabras amables en el sentido de que se alegraba mucho de conocerlo «a usted, Alexander Matveevich», porque había oído hablar mucho «de usted, Alexander Matveevich», «como de una de las mejores joyas de nuestra ciencia médica, que era tan necesaria al Estado», etc. Todo eso fue realmente muy amable, especialmente el hecho de que llamaba a Kirsanov por el nombre y el patronímico. ¡Esa es la ilustración! ¡Algo maravilloso! Después de esto durante algún rato venía una conversación ilustrada sobre la medicina, hasta que al final llegó al objetivo del encuentro, a la ocasión agradable.

—Quisiera pedirle un favor —dijo el hombre ilustrado; cuando había demostrado suficientemente su ilustración y amabilidad—. Hágame el favor de explicarme, qué clase de tienda abrió su esposa en la avenida de Nevski.

—Una tienda de modas —dijo Kirsanov.

—Pero lo importante es, con qué objetivo lo abrió.

—Con el habitual de todas las tiendas de modas que venden ropa de señoras.

El hombre ilustrado miró a su huésped atentamente; Kirsanov miró al hombre ilustrado también con atención. El [hombre] ilustrado, mirando atentamente, vio que el huésped, al que era agradable conocer, era un hombre difícil de roer, al que había que apretarle los tornillos. —Tengo que decirle, señor Kirsanov (¿por qué el hombre ilustrado olvidó dé pronto el nombre y el pa— tronímico de su huésped?), que sobre la tienda de su esposa corren unos rumores desfavorables.

—Eso es muy posible; a la gente le gusta los chismorreos. La tienda de mi mujer tiene cierto éxito, a lo mejor, alguien tiene envidia; ésta es la explicación. Sería curioso saber qué rumores desfavorables son. Las calumnias sobre las tiendas de moda consisten con la mayor frecuencia en que sirven como lugares de citas amorosas. ¿Acaso es esto? Eso sería ya el mayor disparate.

El hombre ilustrado miró de nuevo a Kirsanov atentamente y se convenció de que su huésped era no solamente un hombre difícil de roer, sino incluso muy difícil de roer.

—Por favor, Alexander Matveevich, ¿quién se atrevería a ofender con tal calumnia a su esposa? Ella y usted, desde luego, están muy por encima de semejantes sospechas. Y además, si los rumores de los que hablo, se refirieran a esto, yo no tendría razón para buscar su amistad, ya que con semejantes cuestiones no necesitan ocuparse personas serias. Pero yo quise conocerlo a usted, porque, estimando altamente el servicio que otorga a nuestro Estado con su actividad científica, desearía serle útil y por eso permítame pedirle, Alexander Matveevich, que sea más prudente. La sociedad y, se puede decir, el Estado aprecian a los hombres de ciencia como usted, porque el florecimiento de la ciencia es la primera necesidad de un Estado ordenado y por eso ellos, Alexander Matveevich, tienen que, se puede decir incluso, tienen la obligación de cuidarse.

—Por lo que me conozco a mí mismo, no hago nada que contradiga mi obligación ante la sociedad y el Estado de cuidarme.

El hombre ilustrado miró a Kirsanov atentamente y vio que su huésped era un hombre no solamente difícil de roer, sino incluso endurecido.

—Vamos a hablar claramente, Alexander Matyéevich, ¿por qué las personas ilustradas no pueden ser entré, sí totalmente francas? Yo mismo soy también un socialista en mi corazón y leo a Proüdhon con placer. Sin embargo…

—Permítanle decir unas cuantas palabras, para que no haya entre nosotros malentendidos. Usted dijo que usted era «también un socialista». Ese «también», seguramente, se refería a mí. ¿Por qué cree usted que soy socialista? Puede Ser que no lo Sea en absoluto, ya que además de socialistas hay proteccionistas, hay seguidores de Say, hay partidarios de los estudios históricos de Rau, hay seguidores de muchas otras orientaciones diferentes en economía política. Para considerar a una persona partidario de una de ellas hay que tener algún fundamento.

—El fundamento que tengo para considerarlo a usted, señor Kirsanov, un socialista es que conozco el régimen de la tienda de su esposa.

—Ese régimen lo aprueban los partidarios de todas las orientaciones, cuando hablan en serio. Algunas de ellas —ahora son ya muy pocas— lo atacan, cuando sostienen una polémica contra los partidarios de alguna otra orientación según las circunstancias. Pero lo atacan sólo cuando sostienen una polémica. En un tratado tranquilo, puramente científico, decididamente ninguno de los autores que escriben sobre economía política se atreve a dejar de reconocer su utilidad y falta de peligrosidad para la sociedad. Si no digo la verdad, le ruego que me indique al menos un ejemplo de lo contrario.

—Señor Kirsanov, no estamos aquí para disputas científicas. Estará de acuerdo de que no tengo tiempo para ocuparme de ellas. La tienda de la señora Kirsanova tiene una orientación perjudicial y yo le aconsejaría a ella, y particularmente a usted, ser

más prudente.

—Si es perjudicial, hay que cerrarla y a nosotros entregarnos a la justicia. Pero quisiera saber en qué consiste su perjuicio.

—En todo. Empecemos, por ejemplo, por el letrero 1 ¿Qué es «Au bon travail»? Esa es directamente una consigna revolucionaria.

—En la traducción significa: «La tienda del buen trabajo»; no comprendo qué significado revolucionario tiene el que una tienda de modas prometa cumplir debidamente los encargos.

—El significado de estas palabras no es éste. Significan que hay que organizar todas las tiendas de este modo, que soló entonces estarán bien los obreros. Y la misma palabra, está claro, está tomada de los socialistas, es una consigna revolucionaria.

—Me parece que desde que los franceses empezaron a arar la tierra y, antes de eso, cazar los animales, ya realizaban algún trabajo y no podían prescindir en sus conversaciones de esta palabra; y es muy antigua, unos mil años más antigua que los socialistas, se lo aseguro.

—¿Pero, en general, para qué poner palabras en el letrero? «Tienda de modas tal» y ya está.

—En la avenida Nevski hay muchos letreros con diversas divisas: «Au pauvre Diable», «A l'Elégance. ¿Acaso es poco? Tómese la molestia de recorrer la avenida Nevski y lo verá.

—No tengo tiempo para discutir con usted. Le pido que cambie este letrero por otro, en el que esté escrito simplemente: «la tienda de modas tal». Esta es la expresión directa de una voluntad que tiene que ser cumplida.

—Ahora no discuto, sino digo: eso se hará. Pero, aceptando en nombre de mi mujer la obligación de hacerlo, tengo que decirle que este cambio perjudicará notablemente los intereses económicos de la empresa. Los perjudica en dos sentidos: primero, cualquier cambio de la firma quita una considerable parte de la reputación comercial, vuelve la empresa comercial mucho atrás en cuanto al éxito en el mercado; segundo, mi mujer lleva mi apellido, mi apellido es ruso, el apellido ruso en una tienda de modas significa ya su menoscabo. Los intereses económicos de mi mujer sufrirán mucho. Pero se someterá a la necesidad.

El hombre ilustrado se quedó pensativo con un interés sincero.

—¿La tienda es una empresa comercial? Éste punto de vista merece atención. La administración debe defender los intereses económicos y proteger el desarrollo del comercio. ¿Pero puede usted asegurarme con su palabra de honor que la tienda dé su esposa sea una empresa comercial?

—Le doy mi palabra de honor que sí. Es una empresa comercial.

—Dígame lo que se puede hacer para hacer más insignificante la pérdida económica a la que, por desgracia, tendrá que someterse su esposa. Estoy dispuesto a admitir, puedo decir más, admitiré gustoso todos los medios para suavizar ese golpe

inevitable.

—Se me ocurre algo. En el letrero resulta embarazosa la palabra travail, hay que sustituirla por el nombre de mi mujer. ¿En esto consiste la exigencia de la utilidad pública?

—Sí.

—Considero posible cumplir con esta exigencia, cuya importancia aprecio plenamente, evitando la segunda de dos desventajas del terrible golpe que supondría para la tienda exponer en ella el nombre con la terminación en —off. El nombre de mi mujer es Vera. Se puede traducir al francés con la palabra *foi*. Si se deja la palabra *bon* limitando este cambio solamente a lo estrictamente necesario, que se refería propiamente a la palabra *travail* entonces el nuevo letrero sería éste: «A la bonne foi», es decir, «una tienda concienzuda». Así en el letrero francés habrá incluso un matiz de conservadurismo, relacionado con el significado de foi, como si fuera para oponerse a tendencias de carácter negativo.

El hombre ilustrado se quedó pensativo.

—Es una cuestión, importante. A primera vista su deseo, Alexander Matveevich, parece posible. No obstante, en éste momento no quisiera darle una respuesta definitiva, hay que pensarla; bien.

—Me permitiré expresar directamente mi idea: desde luego, en personas corrientes la rapidez de la decisión y la madurez de la decisión son condiciones que se unen difícilmente, pero jamás dudé de que encontrara en mi vida personas con la visión que abarcara a la primera todos los aspectos de una cuestión y que formulara una conclusión definitiva, madura y totalmente correcta. Es una capacidad preferentemente administrativa.

—Le pedí solamente unos cuantos minutos —dijo con gran penetración el hombre ilustrado—, necesito realmente irnos cuantos minutos.

Pasaron unos cuantos minutos en un silencio profundo.

Sí, he reflexionado ahora sobre todos los aspectos de la cuestión; su compromiso se puede aceptar. Usted comprenderá la triste necesidad de perturbar más o menos sus intereses por los intereses de la sociedad, puedo decir más, por los intereses del buen ordenamiento social; Pero exactamente así espero de su imparcialidad, Alexander Matveevich, también el reconocimiento de mi disposición de hacer todo lo posible para suavizar en lo posible las medidas indispensables.

—Puede estar seguro de que aprecio igualmente también la importancia de la medida adoptada por usted y su preocupación por la posible protección de nuestros intereses particulares.

—De modo que nos despedimos en amistad, Alexander Matvéevich. Eso me alegra mucho, tanto por mi disposición de servir como el intermediario suavizador entre la necesidad del Estado y los intereses particulares, como especialmente, por mi respeto hacia usted como hacia uno de nuestros científicos más destacados, a los que tiene que apreciar tanto la sociedad, puedo decir más a los que tanto tiene que

apreciar el gobierno.

El hombre ilustrado y el científico, al que aquél respetaba, se estrecharon las manos con emoción.

Durante mucho tiempo, para Vera Pavlovna y su marido eran una fuente de frecuente satisfacción las reflexiones sobre cómo la sociedad —se puede decir, el ordenamiento social se salvó del peligro mediante la sustitución de la palabra *travail* por la palabra *foi* y de acuerdo con esto mediante la modificación del género del adjetivo en uno de los muchos miles de letreros en la avenida Neyski. Pero, en realidad, el asunto no, era en absoluto para bromear. Esta vez la tienda se libró de las complicaciones con mucha facilidad; desde luego, fue así. Sin embargo, estaba claro que había que limitarse del todo, obligar a que se olvidaran de ella; que ahora —por lo menos para mucho tiempo— no se podía pensar en el desarrollo de la empresa que reclamaba seguir adelante; que la mayor felicidad posible tendrá: que consistir per mucho tiempo en seguir existiendo, renunciando: por muchos meses, probablemente no sólo por un año, a la ampliación de la empresa. Eso era, desde luego, duro. Pero hay que decir la verdad: ¿acaso no lo previeron? Ya es bueno que la empresa consiguiera desarrollarse hasta el punto en que se encontraba sin obstáculos. Los obstáculos podían haber aparecido mucho antes. Es bueno también el hecho de que los obstáculos se manifestaran solamente con un carácter de freno, no de destrucción. Se podía esperar incluso la destrucción.

Está claro que la atención, una vez dirigida a la tienda, no se apartaría de ella. Pero en la tienda realmente no había nada, excepto silencio y orden, buena conducta y buena organización. Por eso la actividad de la atención se limitaba, de suyo, a la atención. El efecto de la atención se limitaba a que había que detenerse sin movimiento en el punto en el que se había parado, y con su inmovilidad comprar la continuación de su existencia.

Pero de ninguna manera es posible desembarazarse de estas cosas, una vez que éstas habían aparecido, y aparecen siempre y en todas partes. Si a mí se me ocurriera, por ejemplo, pasear por la avenida Nevski, a alguien sin falta se le ocurriría pensar: «¿Por qué se pasea por la avenida Nevski? ¿Qué significa eso?» Pero yo no paseo por la avenida Nevski, por lo que a alguien, probablemente, Se le ocurrió ya: «A él nadie lo vio pasearse por la avenida Nevski. ¿Qué significa eso?» No crea usted que bromeo. De ninguna manera; y no suponga que, a lo mejor, me haya equivocado en mi «probablemente». No, puse «probablemente» sólo para suavizar la expresión, ya que lo sé con toda seguridad; tengo para eso pruebas y le digo la pura verdad que ya desde hace tres años no paso ni un día sin graves meditaciones sobre cómo proceder en cuanto a la cuestión de mis paseos por la avenida Nevski. Yo incluso empezaría a pasearme, aunque no me apetece en absoluto, pero después de una reflexión a fondo me convencí de que por eso la cosa iría peor aún: «Antes no se paseaba v ahora empezó a pasearse. ¿Qué significa eso?» Estarán de acuerdo en que eso me comprometería mucho más. Y si un hombre que lleva una vida sobre la cual no hay

nada que pensar, excepto qué no se pasea (o pasea, es indiferente con respecto a la comodidad de tomar como tema de reflexiones y como conclusión de suposiciones), si un hombre así a pesar de todo ya desde hace varios años es objeto de reflexiones y suposiciones, entonces Kirsanov, cuya mujer abrió en la avenida Nevski una tienda, no se librará de esta suerte ya de ninguna manera.

De esta forma, de vez en cuando venía a verlo el médico que trataba antaño a sus pacientes mediante la cura seca, y le expresaba su respeto y le aconsejaba ser prudente; y todo fue muy amable y realmente fue muy bienintencionado tanto por parte del médico que trataba a sus pacientes mediante la cura seca, como también por parte de los hombres ilustrados, que realmente eran ilustrados, amables y bienintencionados, y eran personas bienintencionadas que no deseaban perjudicar nunca a nadie y no limitar a nadie.

Y a decir verdad, Kirsanov no sufrió ni perjuicio ni limitación.

En el taller se reflejó todo esto de modo que seguía existiendo, desde luego, sin desarrollarse, y procurando, en lo posible, limitarse. Sin embargo, seguía existiendo. Eso quiere decir que también en él se reflejó la buena intención con un resultado bueno, y no malo; también en el taller se notaba realmente la buena intención y, se puede decir incluso, la defensa de todo perjuicio.

No obstante, si la empresa no se podía ahora ampliar, al menos podía seguir organizándose cada vez mejor. Por supuesto, incluso en esto había que tener prudencia, para qué los éxitos llamativos no provocaran una nueva desconfianza; por supuesto, incluso la misma paralización de la ampliación tenía que detener mucho el desarrollo interior, porque en estas cosas el aumento del tamaño exterior y el aumento de los medios para el perfeccionamiento interior son unos aspectos estrechamente unidos entre sí. A pesar de todo, aunque mucho más lentamente de lo que hubiera sido con otras condiciones, la empresa funcionaba.

En qué situación se encontraba ésta tres o cuatro años después de la fundación del segundo, taller, siete años después de la fundación del primero, eso lo relata la carta de una muchacha que conoció a Vera Pavlovna en aquella época, carta, dirigida a una amiga qué vivía por aquel entonces en Moscú.

Referente a la pág. 502

—… ¿Y dónde está ahora?

—Dicen que la última vez [lo] vieron entre Viena Munich, él decía que dentro de un año se marcharía, América.

—¿Beaumont no se reunió con él allí?

—No.

—¿Así que no se sabe dónde está?

—No. No se sabe.

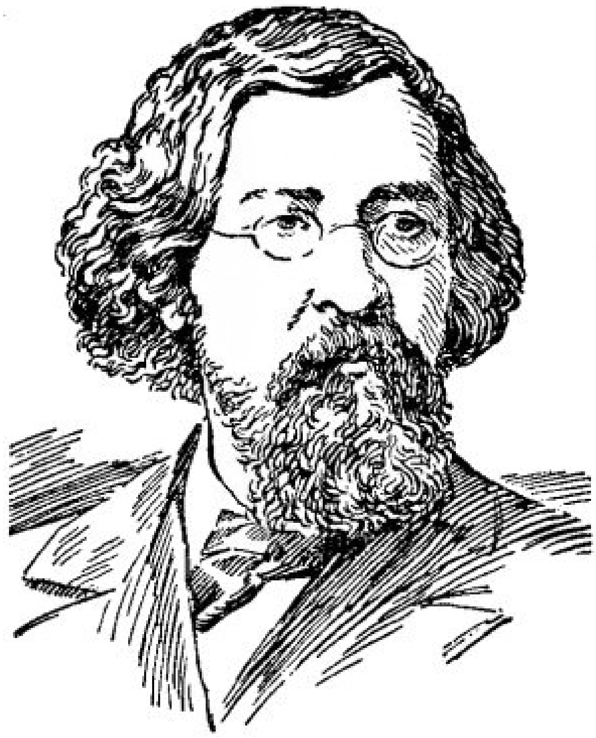
—¡Ya debería regresar!

—No se preocupen, no se le pasará.

—¿Y si [no] regresa?

—¿Y qué entonces? (Tú sabes que el lugar sagrado no suele estar [vacío].) Gente nunca falta, si tienen qué hacer, se encontrará otro; si hay pan, hay también dientes.

—¡Y el molino muele, muele bien! ¡Prepara el pan!



Chernishevski

Nikolái Gavrílovich Chernyshevski (12 de julio de 1828 – 17 de octubre de 1889) fue un revolucionario y un filósofo socialista (visto por algunos como un socialista utópico) ruso. Fue el líder del movimiento revolucionario en Rusia, conocido como naródnik, en la década de 1860, y una figura que influyó a líderes como Vladímir Lenin, Emma Goldman o Svetozar Marković. Su trabajo más conocido es la novela "¿Qué hacer?", publicada en 1863.

Hijo de un sacerdote, Chernyshevski nació en Sarátov en 1828, y permaneció allí hasta 1846. Se graduó en el seminario local donde aprendió varias lenguas, además de estudiar teología. Fue allí donde despertó su amor por la literatura. Continuó sus estudios en la Universidad de San Petersburgo, en la que ya se muestra como un ateísta, inspirado por autores como Ludwig Feuerbach y Charles Fourier. Después de graduarse, en 1850, volvió a Sarátov, donde fue profesor de literatura. Desde 1853 a 1862, vivió en San Petersburgo, donde fue el editor jefe de Sovreménnik ("El contemporáneo"), en la que publicó sus principales críticas literarias y sus ensayos sobre filosofía.

En 1862, fue arrestado y confinado en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, donde escribió su famosa novela ¿Qué hacer? que inspiró a muchos revolucionarios rusos, como Lenin, que tituló de la misma forma uno de sus tratados políticos. Posteriormente, Chernyshevski fue condenado y exiliado a Vilyúisk, en Siberia. Murió a la edad de 61 años.

Notas

[1] Se trata del libro de Victor Considérant *La destinée social* (1834). Victor Considérant era partidario de Fourier y el representante del fourierismo más destacado en Francia. En el libro citado se hace alusión a la «séries», que eran grupos de trabajadores asociados y dedicados a una tarea común. <<

[2] Se trata de la obra de Ludwig Feuerbach *La esencia del cristianismo* (1815). Su nombre no figuró en el libro a causa de la censura. <<

[3] Juego popular ruso que consiste en que una persona trata de coger a los demás participantes. Estos, en parejas, pararán de escaparse por turno. <<

[4] Se trata de los versos de A. S. Pushkin. La protagonista comenta las formas anticuadas de las palabras rusas empleadas en los versos. <<

[5] Se trata del poema de N. A. Nekrasov, publicado en 1861. <<

[6] Así se denominaba en el siglo XIX a las mujeres con intereses intelectuales, reservados en aquella época a los hombres. <<

[7] «La canción de Margarita», de *Fausto,* de Goethe (traducción de Rafael Cansinos Assens). <<

[8] Del poema de A. V. Koltsov *Canción* (1841). <<

[9] De un poema de A. V. Koltsov (1831). <<

[10] Leer aquí la primera escena del Apéndice, que corresponde a la página 429 del libro en papel (nota de la edición digital). <<

[11] Leer segunda escena del Apéndice, correspondiente a la página 502 del libro en papel (nota de la edición digital). <<

[12] De la canción *La paloma*, de I. I. Dmitriev (1760-1836). <<

[13] De *La canción de los circasianos,* de M. Iu. Lermontov. <<

[14] El romance escocés de Walter Scott. <<

[15] «La canción de Selim», del poema *Ismail-Bei*, de Lermontov. <<

[16] Shinkárochka: vendedora furtiva de bebidas alcohólicas. <<

[17] Del poema de N. A. Nekrasov *Año Nuevo*. <<

[18] De un poema de Thomas Hood (primera mitad del siglo XIX). <<

[19] En el «Apéndice» entran dos fragmentos de la redacción original de la novela, que no figuraban en el texto de la revista *Sovremennik*, al parecer, por cuestión de la censura. <<

[20] Este es un hecho real. Uno de mis mejores amigos decía que un médico había tratado a sus pacientes según este método. Ahora ése médico utiliza ya otro método, parece que el quinto desde que aplicaba la cura seca. Esto fue hace quince años. (Nota de Chernyshevski.) <<